

ARTHUR C.
CLARKE

Y MIKE MCQUAY



SISMO
GRADO 10

Lectulandia

A los siete años de edad, Lewis Crane fue el único sobreviviente de su familia después del fuerte terremoto que golpeó la ciudad de Los Ángeles en 1994. Treinta años después, Crane es un sismólogo de fama mundial. Empeñado en combatir el flagelo que acabó con la vida de sus padres, ha desarrollado una teoría para la predicción de movimientos sísmicos.

Cuando Crane y su equipo predicen un sismo de grado 8.5 en la escala de Richter, capaz de arrasar las ciudades de Memphis, Indianapolis y Nashville, hay quienes lo acusan de demente. El resultado será totalmente inesperado, y hará que Crane lo pierda todo: su reputación, su mejor amigo y la mujer que ama. Pero Crane sabe que una amenaza mucho mayor y terrible acecha: un sismo grado 10...

Arthur C. Clarke, maestro legendario de la ciencia-ficción, nos trae, con la colaboración de Mike McQuay, una obra maestra del terror catastrófico, fundada en los más recientes descubrimientos acerca de nuestro vivo e inquieto planeta Tierra.

Lectulandia

Arthur C. Clarke & Mike McQuay

Sismo grado 10

ePub r1.2

Rusli 22.08.14

Título original: *Richter 10*
Arthur C. Clarke & Mike McQuay, 1996
Traducción: Daniel Yagolkowski

Editor digital: Rusli
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

El genio es, en un vasto sentido particular, como la vida: de ambos nada sabemos, salvo por sus efectos.

CHARLES CALEB COLTON

El mundo siempre está listo para recibir el talento con los brazos abiertos. Muy a menudo no sabe qué hacer con la genialidad.

OLIVER WENDELL HOLMES

Prólogo

NORTHRIDGE, CALIFORNIA

17 DE ENERO DE 1994. 04:31

Con los dedos de la mano hormigueándole, y entumecidos los de los pies, el piyama empapado con sudor, Lewis Crane despertó abruptamente. ¡Cada uno de sus peores terrores nocturnos era real! Y, en ese horrible instante, supo que todo el tiempo había sido él quien tuvo la razón, y que fueron los adultos los que habían estado equivocados. Las Cosas Salvajes sí moraban en la parte trasera de su armario; un dragón sí entraba a hurtadillas cuando bajaba el Sol y se le acurrucaba en la cama. Los monstruos eran invisibles bajo la mortecina luz de Luna que se filtraba por las tablillas de la persiana, pero Lewis sabía que estaban ahí. Rugían de modo horripilante y se desplazaban por la habitación pisoteándolo todo, haciendo que la cama se retorciera como un trampolín al que Lewis trataba de treparse. Cerró los ojos hasta que le dolieron y se apretó los oídos con las manos... pero los monstruos no se iban. Se volvían más salvajes y proferían ruidos aún más intensos.

Súbitamente lanzado de la cama, Lewis chilló llamando a sus padres.

Su voz era tan débil y el ruido tan fuerte, que mamá y papá nunca lo iban a oír. Tenía que llegar hasta ellos. Con el corazón martillándole en el pecho, trató de ponerse de pie, pero el miedo lo retuvo atornillado al piso, que empezó a corcovearle debajo de los pies, y las paredes a ondular como los enormes pitones que Lewis había visto en el enorme zoológico de San Diego. Los estantes de la biblioteca temblaban, las sillas se estremecían, y los videojuegos apilados sobre la computadora se desmoronaron. Algo le pasó zumbando sobre el hombro —el cuadro que colgaba sobre la mesita que estaba junto a la cama— y cayó al lado de la rodilla de Lewis, el vidrio saltó fuera del marco y le roció la pierna con los fragmentos.

—¡Mamá! —gritó—. ¡Mamá, papá, ayúdenme!

Todo se agitaba. Todo. Libros y camioncitos de colección salían volando de los estantes; los muñecos articulados de los Power Rangers y las Tortugas Ninja danzaban como si tuvieran vida propia, mientras caían hacia la alfombra. El espejo que estaba sobre la cómoda y el acuario de al lado del escritorio se hicieron pedazos sobre las partes sin alfombrar del piso. Desde el otro lado de la habitación, vidrios y agua llovieron sobre el niño sin impedimento alguno.

—¡Papito! —volvió a gemir, en el preciso instante en que el armario de cajones se estrelló a centímetros de donde Lewis estaba sentado. Entonces se puso de pie de un salto, pero el piso subía y bajaba, haciéndole perder el equilibrio y caer violentamente de rodillas.

Y Lewis se precipitó hacia el fin del mundo.

Su cuerpo se sacudía con violencia, toda la habitación se sacudía con violencia, y entonces oyó el ruido más horrible que hubiera oído jamás en sus siete años de vida: sonaba como si el suelo, en muchos kilómetros a la redonda, se estuviera resquebrajando y la casa haciéndose pedazos. Quizás, hasta el cielo mismo se estaba disgregando en trozos.

Por la cara del niño rodaban las lágrimas. Empezó a arrastrarse hasta la puerta, avanzando de costado y en postura anormal, como si un gigante le hubiera torcido el cuerpo hacia un lado. Lewis creyó oír a su madre gritando su nombre, pero no podía estar seguro. Ahora estaba sollozando. Precisaba a su madre; también a su padre. Tenía que llegar hasta ellos.

El vestíbulo estaba lleno con cosas peligrosas y se detuvo un segundo. Había trozos de yeso y varillas de metal entremezclados con púas dentadas de madera y feos pedazos de vidrio provenientes de los muebles, y con cuadros que solían estar pulcramente colgados a lo largo de las paredes. La pila era más alta que las rodillas del niño, que tenía miedo de lastimarse si se arrastraba sobre ella, pero la casa oscilaba tanto que no se atrevía a pararse y correr. Hizo una inhalación profunda y empezó a arrastrarse lo más rápido que pudo, golpeándose y cortándose brazos y piernas, sintiendo cómo le pinchaban y laceraban los muslos y los pies.

Alcanzó el comedor y un sollozo se le atoró en la garganta: pudo oír a sus padres. Mamá lo llamaba... pero papá chillaba de dolor. Aquí había mucha más luz, pero a Lewis no le gustaba porque era azulada y daba la impresión de estar titilando sobre todas las cosas de manera fantasmal. Se estremeció, después giró y apoyando la mano netamente sobre la pared se empujó con las piernas y trepó, palmo a palmo, hasta que se sostuvo sobre los pies. Toda la habitación estaba dando vueltas, lo que hizo que Lewis súbitamente recordara el barco para pesca de altura donde había estado el verano pasado: cabeceaba hacia abajo y hacia arriba, oscilando de un costado hacia el otro y, de no haber estado en el regazo de su papá quien tenía puesto el cinturón de seguridad a ese asiento grande atornillado al piso, tanto él como el asiento y todo lo demás habrían estado resbalando de una barandilla a la otra ¿Podría ser que la casa estuviera navegando sobre una ola inconmensurable? Qué tontería, el viento no podría empujar la casa desde Northridge hasta el mar. Pero ese otro ruido, esa especie de retumbo... pues sí que se parecía mucho al que hacía un ventarrón en una tormenta violenta.

—¡Lewis! —oyó a su madre gritar—. ¡Lewis, corre. Sal a la calle!

La madre entró con paso vacilante en la habitación y empezó a moverse con torpeza hacia su hijo. La bata de noche estaba apelmazada en torno del pecho, y desde la cintura colgaba en jirones que se le enredaban en las rodillas. Regocijo y alivio inundaron al niño quien se soltó de la pared y avanzó a los tropezones. Después

quedó paralizado. Mamá estaba extendiendo la mano para aferrarse del borde de la mesa del comedor, que se deslizaba hacia ella y Lewis pudo ver detrás de ésta, cómo el enorme bargueño que papito había comprado para el regalo de aniversario, lentamente se venía abajo desde la pared...

Estalló el vidrio. Las astillas lo hirieron, desgarrándole el pijama. Oyó el estampido y el grito de su mamá, y vio las estrellas a través del repentino agujero que apareció en el techo del comedor. Todo pareció quedar en suspenso durante un segundo. Después se encontró arrastrándose torpemente sobre los escombros, arrancando desesperadamente trozos de material con las manos para lograr acercarse a su madre, cuyos cara y brazo derecho estaban expuestos hacia la noche.

—¡Te voy a sacar, mamá! —gritó. Sus lágrimas abrían surcos en el polvo que le cubría la cara.

—Corre, mi amor —susurró la mujer cuando el hijo pudo llegar hasta ella—. Corre hacia la calle.

En vano empujó el panel lateral del bargueño.

—Por favor, Lewis —dijo la madre, extrañamente calmada—, haz lo que te dice mamá.

—Pero tú... tú estás...

—No me d-desobedezcas. Haz ya mismo lo que te digo.

La mente de Lewis era un torbellino. No podía mover ese mueble, no solo. Necesitaba ayuda.

—Voy a buscar a alguien que me ayude a sacarte de ahí abajo —dijo dando un paso atrás cuando el bamboleo del piso se frenó un poco. El retumbo sonaba lejano ahora, y se dio cuenta de que ya no oía a papá gritando desde el dormitorio.

—Vuelvo en seguida, mamá... ¿entiendes? Volveré en seguida por ti y papá.

—Sí, tesoro —contestó la madre con voz débil—. Apúrate... apúrate a salir.

Lewis rodeó los escombros renqueando, llegó a la sala de estar y estaba a punto de pasar por la puerta de calle, cuando otra sección del techo se desplomó con gran estruendo. Ya en la acera sintió olor a gas y vio el haz de linternas que recorrían velozmente los jardines del frente de las casas de esa cuadra. La calle tenía elevaciones y grietas; en todas las casas que estaban a ambos lados, la fachada se había desmoronado. El pánico agitó a Lewis, pero no tenía tiempo para eso. Necesitaba conseguir ayuda pronto.

Oyó gente, y se dirigió hacia las voces y linternas, gritando al mismo tiempo que corría.

—¡Socorro! ¡Ayúdenme! ¡Por favor... alguien!

En ese momento tropezó en una nueva loma que se había alzado en el césped y cayó pesadamente de bruces. Le dolió todo el cuerpo... y lloró. Pero no permaneció ahí. Mientras se ponía de pie con dificultad, quedó repentinamente cegado por un haz

de luz.

—Es el hijo de los Crane —gritó a voz en cuello un hombre que se alzaba delante de Lewis—. Vengan pronto.

De todas partes surgió gente que lo forzó a tenderse de espaldas en el suelo. Trató de empujarlos a un costado.

—Socorro, por favor. Mi mamá y mi papá todavía están adentro. Mamá está atrapada. Hay que...

—Tranquilo, hijo —le llegó la voz del hombre que lo retenía contra el piso—. Soy yo, el señor Hausman, de la casa de enfrente. No te preocupes, vamos a sacar a tus padres.

—¡Mi Dios, mírenlo! —dijo una mujer, mientras la gente recorría con el haz de las linternas el deshecho pijama de Lewis—. Está sangrando mucho. Yo... ¡Oh, Señor: miren su brazo!

Lewis rodó sobre el costado para ver qué señalaba la mujer. Un pedazo de vidrio, grande como un programa de béisbol, le sobresalía de la parte superior del brazo izquierdo, al que ni siquiera sentía. Directamente no lo sentía.

—Mi mamá está atrapada —dijo. Una sombra extendió las manos y tiró con fuerza, sacándole de la carne el fragmento de vidrio—. Por favor, ayúdenla.

La mujer ahogó un grito y se dio vuelta, mientras Lewis se quedó mirando la sangre que brotaba con furia de su brazo, de ahí de donde le habían sacado el vidrio.

—Maldición —masculló el señor Hausman. Arrancó el resto de la camisa del pijama de Lewis y lo ató exactamente arriba de donde la sangre salía a borbotones—. Tenemos que llevarlo a un hospital.

—Mi camioneta —dijo el señor Cornell, el vecino de al lado—. Podemos ponerlo en la caja.

—Tráela —dijo el señor Hausman, y el señor Cornell se fue a toda velocidad.

—Mis padres... —dijo Lewis, tratando de incorporarse, nada más que para conseguir que el señor Hausman lo vuelva a poner de espaldas sobre el piso.

—Los sacaremos —dijo el hombre. Después se volvió hacia los otros espectros que estaban detrás del haz de sus linternas—. ¿Puede alguien meterse en la casa y buscar a los Crane?

El suelo se volvió a sacudir. Todos reaccionaron en forma audible, una señora llegó al punto de gemir como si padeciera un inmenso dolor.

El niño observó con alivio que varios hombres corrían hacia su casa.

—¿Qué está pasando? —preguntó, aferrando la manga de la camisa del señor Hausman.

—Terremoto, hijo —contestó el hombre, ajustando el nudo del torniquete improvisado—. Y bien grande.

—Y-yo olí g-gas —dijo Lewis, tratando de incorporarse una vez más.

—¿¡Gas!?! —Hausman parecía alarmado—. ¡Oh, no!

Puso a Lewis en el suelo y se irguió, dirigiendo el haz de su linterna hacia el señor Cornell, que estaba en la camioneta estacionada frente a la casa de al lado de los Crane.

—¡George! —gritó—. ¡No enciendas el...!

Una monstruosa explosión convirtió la noche negra como azabache, en día brillante. Lewis, recostado sobre los codos, vio una gigantesca bola de fuego que tragaba su casa, la del señor Cornell y la camioneta misma.

Chillidos de agonía rasgaron el aire. Hombres envueltos en llamas salieron corriendo de la casa de los Crane. En la cabina de su camioneta, el señor Cornell era una ramita que se retorció, abrasada por el fuego. Lewis yacía estupefacto, la mente congelada por el dolor y el espanto, mientras los escombros, convertidos en ascuas, caían en derredor.

Era un niño, pero comprendió que acababa de perderlo todo... que el amor y la protección del hogar y de la familia se habían ido para siempre. Los incendios restallaban, incontrolables, a poco más de cuarenta metros de Lewis, haciendo que le manara el sudor por todos los poros y que el césped, ya pegajoso con su sangre, se volviera resbaladizo como el hielo. Ambos codos resbalaron, quitándole sostén al cuerpo. Tendido de espaldas, el niño se quedó contemplando un campo de estrellas que era asombrosamente brillante y frío, y que estaba muy distante.

Lewis Crane estaba solo.

Libro uno

CAPÍTULO 1

El namazu

ISLA SADO, JAPÓN

14 DE JUNIO DE 2024. AMANECER

Las hilachas de la primera luz matinal penetraban por la hendidura alrededor de la cortina de la entrada a la tienda y Dan Newcombe, estirado en su catre y desnudo, salvo por las botas y el microteclado en su muñeca trataba —con intensidad—, de detener los números. Se habían estado desgranando por su cerebro durante cuarenta y ocho horas, manteniéndolo despierto y poniéndolo más nervioso a cada momento.

Cerca de ahí, alguien empezó a cavar un respiradero en el suelo. Los números que había en la cabeza de Newcombe se hacían pedazos por el áspero retumbo metálico de cada golpe, volvían a formarse antes de la nueva caída del mazo, se volvían a hacer pedazos..., hasta que no pudo tolerarlo otro segundo más y, con un violento salto, se sentó en el catre, tapándose los oídos con el índice de cada mano. No servía. No podía dejar de oír los mazazos y los números todavía seguían corriendo por su cabeza. Pero, lo peor era que se agregó otra persona en la colocación de un nuevo respiradero golpeteando fuera de ritmo respecto de la primera.

Newcombe se levantó, caminó hasta su estación de trabajo y encendió el farol, que iluminó apenas las dos mesas de gráficos cubiertas con equipo electrónico, y lanzó una mirada a la perilla facetada, parecida a una gema, que había en la parte superior del farol. Verde opaco: el maldito farol necesitaba una recarga, y Newcombe necesitaba luz, cantidades enormes de ella. En un mundo de mentiras, él se estaba aprontando para apostar su vida por la verdad... y la verdad exigía luz. Newcombe odiaba las mentiras, lo que quería decir que odiaba la manera en que Lewis Crane hacía negocios, pero incluso Crane tenía que apreciar la verdad en cierto nivel, porque él también estaba apostando su vida, junto con la de cien seres humanos más, como mínimo —quizás, hasta miles— sobre la base de los cálculos de Newcombe. Crane siempre pensaba en grande.

Newcombe recogió el farol, lo llevó hasta la puerta de la tienda y lo sacó con rapidez. Al volver a traerlo de inmediato hacia adentro, parpadeó ante la luz cegadora que emitía. Una vez que hubo ajustado la brillantez, lo volvió a colocar sobre la mesa

de gráficos y observó con satisfacción que cada rincón y cada pliegue de la tienda estaban completamente iluminados, en especial las pequeñas líneas espasmódicas de los sismogramas. Para él, esas líneas eran un idioma, un idioma que podía interpretar como ningún otro ser humano viviente. Confiaba en los sismogramas. A diferencia de la gente eran confiables, siempre sinceros. Les daban el mismo trato a todo hombre, mujer y niño, sin cambiar jamás las lecturas debido al color de la piel, o al sexo o la edad de quien los estuviera leyendo.

Comunicó las computadoras con un holograma flotante de diecisiete sismogramas suspendidos en el aire delante de él, en bandas alternas de azul y rojo. Sus diminutos cursores blancos registraban el palpitante corazón del planeta.

Una intensa actividad sísmica lanzaba su clamor desde los diecisiete gráficos, lo que significaba que todo lo que bordeaba esa sección de la placa del Pacífico estaba sometido a agitación. Newcombe podía sentirlo precisamente a través de las líneas flotantes. Sabía que Crane, donde fuera que estuviera, podía sentirlo también, sólo que Crane no necesitaba instrumento alguno, salvo sus instintos sobrenaturales... y ese brazo izquierdo inutilizado que tenía.

Hoy podía ser el día.

Newcombe puso en acción Memoria, con un toque muy leve en el teclado, y los gráficos volvieron a presentar la historia de las últimas dieciocho horas. Los ojos se le agrandaron ante la vista de las crestas sísmicas perfectamente alineadas en cinco sitios de las diecisiete pantallas: temblores que preceden al terremoto.

En el microteclado de muñeca tocó suavemente el icono de Crane y preguntó en voz alta:

—¿Dónde diablos estás?

—Buen día, doctor —dijo Crane con calidez, la voz llegando con tono melifluido a través del implante auricular de Newcombe—. Lindo día para un terremoto. Quizá debas unirte a nosotros para verlo. Estoy abajo, en las minas.

—Estaré ahí dentro de poco —dijo Newcombe, desconectando el teclado con otro toque, disgustado por el hecho de que Crane tuviera un tono tan amistoso, feliz casi, en un momento así.

Contempló los gráficos. Volvió a las lecturas actuales y a la aún aullante agitación.

—Y yo que creía que la Luna se había puesto.

Atónito, Newcombe giró rápidamente hacia el sonido de la voz burlona, sensual, perteneciente a la única mujer que podía poner a prueba su mente, su corazón y también su cuerpo, al mismo tiempo.

—¡Lanie! —exclamó.

—En carne y hueso, amor —dijo Elena King con una amplia sonrisa, los labios brillantes, cubiertos de protector solar.

Aun cuando estaba envuelta de pies a cabeza para protegerse del fulgor del Sol, se la veía atrayente y provocativa. Y, a pesar de que portaba antiparras opacas que le cubrían los ojos, Newcombe pudo advertir que ella contemplaba la desnudez de él con una mezcla de deseo y humor. Se sintió casi aturdido y se apresuró a cruzar la tienda hacia la joven.

—Oh, Lanie —dijo, arrastrándola hacia sus brazos para darle un abrazo prolongado, intenso.

Con delicadeza la separó a un brazo de distancia, para someterla a una rápida inspección; le sacó el sombrero flexible y lo tiró por encima del hombro; después le quitó las antiparras, subiéndolas como si fueran una vincha. El espeso cabello ondulado cayó como cascada por la espalda. Mientras miraba esos ojos castaños que lo embelesaban desde hacía años, lentamente la atrajo hacia sí otra vez y bajó la cabeza para darle un beso prolongado.

Al saborearle los labios, Newcombe se dio cuenta de que no le habría gustado otra cosa más que perderse en esa mujer... pero estaban los sismos. Estaban los números. Y éste podía ser el día. Con renuencia interrumpió el beso, murmurando:

—¿Cómo tuve tanta suerte? ¿Qué te trajo acá?

—¿Y tú no lo sabes? —preguntó Lanie con incredulidad, al tiempo que se liberaba del abrazo y daba unos pasos hacia atrás—. ¿Tu compañerito Crane no te dijo que me contrató anoche?

Ahora fue el turno de Newcombe para sentir incredulidad.

—¿Te contrató a *ti*?

—¡Sí! ¡Me contrató a mí! Y me ordenó que arrastre el culo hasta aquí de inmediato.

En su interior agarrotado de temor por Lanie, y de furia con Crane por haberla puesto en peligro, Newcombe preguntó con brusquedad.

—¿Tu transporte todavía está en la isla?

—¿Y yo qué sé? —contestó ella con el ceño fruncido—. Lo que ahora importa más es qué demonios te pasó de repente.

Newcombe se lanzó hacia el pie del catre y tomó con premura sus pantalones de campesino chino.

—¿Qué me pasó? —Se metió en los pantalones y ajustó de un tirón la cuerda de la pretina en torno de la cintura; después se colocó la camisa de trabajo—. ¿Que qué me pasó? —repitió en tono más alto, al tiempo que pasaba el brazo como un ariete por la manga caqui—. ¡Nada me pasó a *mí*! —Señaló los hologramas—. ¡Eso es lo que está por *pasar*! Esta isla está a punto de quebrarse... ¡De fracturarse en pedacitos!

—Eso no es un secreto, amigo mío. Todos, en todas partes, están hablando de eso —sonrió Lanie—. ¿Estás tratando de decirme que no quieres que esté aquí?

Apenas si tuvo tiempo de parpadear, cuando volvió a estar en los brazos de él, quien ahora la besó sin miramientos.

—Eso debería responder a tu pregunta. Quiero que estés en cualquier parte donde pueda tenerte cerca, Lanie... menos aquí.

Le bajó las antiparras sobre los ojos y le apoyó suavemente los brazos en los hombros.

—¡Haremos que te saquen de esta maldita isla con rapidez!

Se volvió hacia el extremo de la mesa del campamento, revolviendo en el desorden que ahí había hasta encontrar las antiparras.

—Creo que no oíste lo que dije. —Lanie atrapó al vuelo el sombrero que Newcombe había encontrado en la mesa y se lo había lanzado—. A partir de anoche trabajo en este sitio dejado de la mano de Dios, exactamente igual que tú. Soy parte del equipo que hace trabajo de campo hasta que sea la hora de regresar a la inundación, donde trabajaré codo a codo contigo, tesoro. —Movi6 la cabeza en gesto de negación—. No lo entiendo, Crane me dijo que me habías recomendado para el puesto de generador de imágenes.

—Hace unas dos semanas me preguntó si yo conocía algún buen generador de imágenes sinoéticas. Por supuesto que te mencioné a ti, pero nunca me dijo una sola palabra respecto de contratarte, y mucho menos de traerte aquí. Si yo hubiera sabido que él...

—No sigas más. Soy profesional y adulta, Dan, en caso de que lo hayas olvidado. Estamos hablando sobre mis decisiones, mi trabajo, mi vida...

Él la rodeó con los brazos.

—No tienes ni idea de en qué te has metido al venir a Sado, a esta operación. Crane la llama Móvil Uno; el resto de nosotros, Necrópolis. Nuestro jefe está más loco que una cabra, por si no lo adivinaste, y se rodeó de otros chiflados... deschavetados, tipos expulsados de sus cátedras universitarias, excéntricos, lunáticos.

—Habrá quien los llame creativos, eclécticos y brillantes. Incomprendidos, quizá, pero talentosos e inteligente... como el mismo Crane.

Newcombe soltó un bufido, dándose vuelta hacia la mesa del campamento.

—Sí, claro.

Encontró sus antiparras y se las puso; después avanzó hacia la joven a paso redoblado para quitarle el sombrero de las manos y encasquetárselo. La tomó con fuerza de la mano y, agachándose, salió con ella a través de la abertura de la tienda, sumergiéndose en el aire inmóvil y húmedo del gran campamento con su ubicuo lodo frío, o el «Cuajo de Crane», como lo denominaban quienes trabajaban ahí.

La excitación sonaba discordante en el aire mismo del campamento, atiborrado de socorristas especializados en desastres, estudiantes graduados, cronistas que llevaban cascos con videocámaras de soporte fijo, dignatarios visitantes y personal local

contratado. Todos estaban envueltos como momias, para evitar el daño del Sol. La ascendencia africana de Newcombe le proporcionaba suficiente melanina como para protegerlo contra los letales rayos ultravioleta del Sol, lo que prácticamente era, según Newcombe podía ver, la única ventaja que un hombre negro tenía en este mundo.

Un carrito que transportaba café y galletas de arroz pasó al lado de ellos, salpicando lodo. Newcombe detuvo al operador y tomó una taza, a la que agregó un cucharada colmada de *dorf*. Bebió con avidez, mellándose de inmediato el filoso lado de su ira contra Crane. Suspiró, contento de haber dominado sus peligrosas y hostiles emociones. Ahora podía pensar, tratar de entender por qué Crane había decidido traer a Lanie acá, a Sado. A su manera, quizá Crane estaba tratando de mejorar las actitudes y el estado de ánimo de Newcombe, que se habían desgastado tremendamente este último año que trabajaron juntos. La implacable atmósfera carnavalesca que Crane había impuesto a su fundación, ubicada en las montañas de las afueras de Los Ángeles, y estas situaciones en campo, era lo que más perturbaba a Newcombe, pero apenas podía albergar la esperanza de que el Gran Hombre lo entendiera. También era típico de Crane el no entender la naturaleza humana, y creer que traerle la amante al punto más peligroso del planeta Tierra le hacía bien a Newcombe.

—Es tan... tan colorido —dijo Lanie—. Vibrante, en realidad. Los azules primarios y el rojo de las carpas... Miró hacia el cielo celeste, y agregó: —Y los colores de todos esos globos aerostáticos y helicópteros que hay ahí arriba.

—¿Es así como llegaste aquí, por *heli*? —preguntó Newcombe, haciéndose lugar por entre una cuadrilla de voluntarios de la Cruz Roja, para contemplar la fuente del retumbante sonido metálico que lo había molestado antes: estudiantes graduados que martillaban postes entrelazados de titanio, para clavarlos profundamente en el suelo.

—Un helicóptero del noticiario —corrigió Lanie, la voz ahora tan tensa como la de Newcombe. Los perros del campamento empezaron a aullar, temerosos, y la joven tuvo que gritar para que él la oyera—. Crane hace que venga gente de todas partes, debido a los «cinco signos». ¿Qué son?

Newcombe apenas si oyó la pregunta. Su atención se concentraba en los estudiantes que estaban empezando a clavar en el suelo largas antenas parecidas a cepillos.

—¿Éste es tu material?

—Sí. Los cepillos son ciliatras electrónicas para medir las vibraciones más diminutas que se produzcan en las más pequeñas de las partículas. Crane quiere entender cómo se siente la materia descompuesta del suelo, y cómo se sienten el agua y las rocas.

—Sí... Ya oí todo eso antes —dijo Newcombe, dándose vuelta para encarar a

Lanie, anónima ahora debajo del sombrero y las antiparras.

—Mira, Lanie, ya te dije que Crane es un lunático. Se le ocurren esas alocadas ideas sobre «volverse parte de la experiencia de vida del planeta», no importa lo que eso malditamente quiera decir. —Describió un arco amplio con el brazo, abarcando la larga línea de postes que llegaba hasta la cabina con el control de las computadoras, que estaba montada sobre gruesas vigas con suspensión cardánica—. Todo esto es la misma tontería.

—«Tonterías» como ésta son las que componen mi carrera, *doctor* —repuso ella con frialdad—. La Fundación Crane financia *tus* sueños: también puede financiar los míos.

—¡Mis sueños son realistas!

—Y te puedes ir directamente al infierno.

Lanie dio media vuelta y se alejó.

—Está bien... está bien —dijo Newcombe, chapaleando por el lodo para ponerse al ritmo de Lanie. La hizo girar sobre sí misma, tomándola del brazo—. Me disculpo. ¿Puedo empezar de nuevo?

—Quizá —dijo ella, con un mínimo atisbo de sonrisa jugueteándole en los labios—. No respondiste a mi pregunta. ¿Cuáles son los cinco signos que tienen a todos tan excitados?

—Te los mostraré —dijo—, y después te haré salir de aquí.

Lanie no se molestó en protestar; se quedaba, y eso no admitía discusión. Fue en ese momento que un pequeño camión eléctrico se acercó silenciosamente a la confusión imperante, cerca del centro de computadoras, los neumáticos rociando lodo. En la plataforma transportaba una jaula llena de pollos. Burt Huí, uno de los miembros del personal de Crane, según la placa identificatoria que llevaba en la parte alta del hombro de su camisa chillona, sacó la cara, que portaba una: muy poblada barba, por el hueco de la ventanilla:

—¡Oiga, *doc* Dan! —gritó—. ¡Échele un vistazo a esto!

Señaló la plataforma con el pulgar.

De inmediato, la gente se apiñó, las cámaras enfocándolo; la tensión era palpable. Newcombe se abrió paso a empujones hasta Burt, que se había apeado del camión. El filtro solar relucía en sus mejillas, la única parte del cuerpo que no estaba cubierta por pelo o ropa. Los pollos se estaban lanzando contra las paredes de la jaula en un intento desesperado por escapar; sus alas se agitaban y las plumas volaban en medio de un intenso cacareo.

—Los animales saben, ¿no? —dijo Lanie, parada al costado de Newcombe.

—Sí, saben. —Volvió a mirar a Burt—. Necesito tu vehículo.

—Es suyo. ¿Qué más?

—Deja libres los pollos —dijo Newcombe, mientras se trepaba en el asiento del

conductor. Lanie se apresuró a sentarse del otro lado.

Hill fue hacia la jaula y la abrió, produciendo una explosión de plumas cuando los pájaros salieron del camión aleteando y cacareando y se precipitaron sobre los sobresaltados espectadores, que se dispersaron rápidamente.

—Y, Burt —gritó Newcombe por la ventanilla—, mantén las cosas bajo control aquí; no permitas que alguien pasee por afuera de las zonas designadas para seguridad. Perdemos un periodista y todo este asunto se habrá hecho para nada.

—Entendido, *doc* —dijo Hill, mientras Newcombe abría el foco del motor y hacía virar el camión—. ¡Manténgase en la sombra!

—¿Qué hace Burt Hill por acá? —preguntó Lanie, molesta por el hecho de que Dan no la hubiera presentado.

—Es la baqueta de Crane, su jefe de seguridad, su mayordomo... de todo. Crane y la fundación no podrían seguir adelante sin él.

—¿Y dónde encontró Crane esa joya?

Newcombe rió.

—No lo vas a creer. Crane lo eligió a Burt de un grupo de pacientes de un manicomio. Le dijo al director de la institución que necesitaba un buen esquizofrénico paranoico para la fundación. Estos enfermos se fijan mucho en los detalles, ¿sabes?, y son extremadamente conscientes en cuanto a la seguridad.

—Lo estás inventando.

Newcombe sonrió.

—Pregúntaselo a Crane. Eso es lo que él me contó. Cualquiera que sea la verdad, el hecho es que Crane tiene más cercanía con Burt que con cualquier otro miembro del personal directivo.

Al tiempo que escupía lodo desde las ruedas, el camión abandonaba con celeridad el Móvil Uno, en tanto Newcombe agregaba programación para que se dirigiera hacia las minas. A pesar de la *dorf*, Newcombe ahora estaba agitado... y odiándose por estar excitándose ante el desastre que se avecinaba. ¡Maldición, no era ni un poco mejor que Crane; el simpaticón de Crane! El camión avanzaba bamboleándose por un camino de tierra que pasaba a través de un extenso campo de plumerito amarillo, ante cuya belleza hizo que Newcombe se sintiera aún más asqueado consigo mismo. Si sus cálculos estaban acertados, y estaba malditamente seguro de que sí lo estaban, entonces todo eso —el palpitante follaje verde y las vibrantes flores amarillas, los antiguos árboles que cimbraban en la lejanía, la gente de esta isla— se convertiría en igual cantidad de materia primordial en cuestión de horas. Se hundió en el asiento, el mentón apoyado en el pecho, deseando haberse puesto una segunda cucharada colmada de endorfina en el café.

—¿Se supone que yo deba mantener la boca cerrada, o se me permite preguntar cómo has estado estos últimos seis meses? —preguntó Lanie de repente.

Newcombe se enderezó y la miró con timidez.

—Lamento haber cortado el contacto. Las cosas fueron... intensas allá, en Los Ángeles.

—Traduzco eso con el significado de que estuviste tratando de quitarme de tu sistema.

—Me intereso demasiado —contestó Dan sin pensar—. No me gusta esa clase de debilidad en mí.

—Claro, y sospecho que eso lo debo traducir con el significado de que me evitaste porque no me puedes controlar.

Newcombe hizo un rictus. Era la verdad.

—No te mudarías a la montaña conmigo. Y no empieces con la cantilena de tu «carrera».

—Es justo —dijo Lanie, reacomodándose en el asiento y admirando el paisaje—. ¿Cuál es la cuestión con esta isla? Parece deshabitada.

—No es así en absoluto —contestó él, con lentitud—, aunque no hay mucha gente. —Señaló una cumbre lejana—: Ése es el monte Kimpoku, donde el sacerdote budista Nichiren vivió en una choza. Previo el *kamikaze*, el viento divino que destruyó la flota de Kublai Khan. También hay un palacio de exilio en alguna parte, pero no lo vi. Estaba demasiado ocupado. La mayor parte de la población de la isla vive en una aldea de pescadores al este de nuestro campamento principal. Se llama Aikawa, y hay un complejo turístico contiguo que tiene una compañía de teatro, intérpretes de tambores gigantes rituales... Lo usual. Los aikawanos gustaron de nosotros al principio; principalmente, porque trajimos empleos. Ahora nos odian.

—¿Los odian?

El camión viró sobre una carretera de tierra que iba desde la llanura hasta un bosque de cipreses y bambúes. Un anticuado jeep los pasó en dirección contraria, su conductor hizo sonar el claxon y saludó con la mano, mientras sus pasajeros, con cascos y cámaras, miraban boquiabiertos.

—Es mejor que te empiece a entrar en la cabeza en qué te metiste —dijo Newcombe—, Crane es el profeta de la destrucción, amor mío. Durante cuatro semanas le estuvo diciendo al mundo que la isla Sado va a ser destruida por un terremoto. Al cabo de un tiempo, la gente que vive aquí empezó a concebir la idea de que él traía mala suerte y estaba arruinando lo poco de actividad turística que tenían. Desde hace días que nos están pidiendo que nos vayamos. La situación se ha vuelto desagradable.

Lanie pensó en eso, sacudiendo la cabeza con decepción.

—No entiendo, ¿por qué no están contentos de que se los prevenga?

—¿Realmente puedes creer que la gente se ponga en movimiento y deje su hogar, su trabajo? ¿Y adónde se supone que se vaya para esperar a que pase todo? Si es que

una vez que pase quedaría algo por lo que esperar. —Newcombe dirigió el camión hacia un amplio claro lleno con helicópteros y vehículos de superficie—. El maldito Estado no está convencido de que se vaya a producir este desastre, así que no reubicará a los aldeanos. Esta gente sencilla no puede hacer mucho... salvo odiar al mensajero. Como la predicción de terremotos no es una ciencia exacta...

—Pero Crane está tratando de convertirla en exacta.

Newcombe volvió a tocar el microteclado de control y el vehículo se detuvo al lado del helicóptero de un noticiario japonés. Apagó el foco. Por encima, los helicópteros se apiñaban en el cielo buscando el ángulo que les dé la mejor posición.

—Crane es un maniático... un tipo ávido de dinero, de poder...

—¡Dan, ¿qué te ha pasado?! —gritó Lanie—. No puedes abrir la boca sin atacarlo a Crane.

Fruunció el entrecejo, recordando los mensajes verbales que Newcombe le dejaba, los largos diálogos por correo electrónico que tenían cuando él recién se había unido a Crane. En ese entonces lo respetaba y lo admiraba, apreciaba la plena libertad que Crane le había dado para continuar sus investigaciones. ¿Quizá la familiaridad había generado desprecio? ¿O los dos hombres habían empezado a competir tanto entre sí que...?

—Ésa es la mina en la que podemos encontrar a Crane. —Newcombe señaló una cueva grande que se encontraba a unos quince metros, la entrada casi disimulada por la multitud de gente que se arremolinaba en derredor.

Excitada, Lanie se apeó con prontitud del camión y empezó a caminar rápidamente.

—No puedo esperar para ver la narración que hace en este día —le dijo por sobre el hombro a Newcombe, quien miraba con aire sombrío mientras avanzaba a paso vivo detrás de ella. La joven se detuvo y lo encaró directamente—. Necesito hacerte una sola pregunta más y quiero la verdad. ¿Por qué odias tanto a Crane?

En cualquier otro momento o lugar, pensó Newcombe, es probable que no hubiera sentido la inclinación de darle a Lanie una respuesta sincera. Pero hoy, teniendo en cuenta lo que sabía que estaba por venir, no podía ser menos que franco con ella.

—En estos últimos tiempos, cuando me miro en el espejo —contestó—, la cara de Crane me devuelve la mirada.

Lewis Crane estaba solo. Se hallaba de pie, con las manos detrás de la espalda, estudiando los petroglifos en relieve que había en las paredes de la ya agotada mina de oro. Los petroglifos, tallados hacía un siglo por convictos a los que se había sentenciado a trabajar ahí, representaban las penurias de una vida de castigo en las minas Aikawa. Hombres trabajando sin cesar, luchando, sufriendo, sin otra alternativa más que continuar o morir. No era muy diferente de la propia vida de él, pensaba Crane, con la única diferencia de que, en su caso, el castigo era

autoimpuesto.

—Lamento interrumpir —la voz vigorosa y grave de Sumi Chan llegó a través del implante auditivo de Crane—, pero usted realmente tiene que obligarse a dejar la contemplación de cosas del pasado.

—Oh, ¿tengo que hacerlo ahora? —respondió Crane—. Ya tienes a la heterogénea horda organizada, ¿no?

—No es así en absoluto, pero sí los tengo reunidos y más que dispuestos a escucharlo.

—¿Escucharme... o crucificarme?

—Crane, esto va en serio. Va a suceder hoy, ¿no? —preguntó Sumi con ansiedad.

—No es éste el momento para que pierdas la calma... no ahora. Un espectáculo, eso es lo que dijiste, un espectáculo para juntar dinero para la fundación, para su obra.

Sumi Chan era uno de los más grandes aliados de Crane. En su carácter de directivo de la rama estadounidense del Servicio de Exploración Geológica Mundial, el pequeño joven había sido el paladín de las propuestas de Crane y había obtenido fondos para la fundación, a menudo con una velocidad que sorprendía y en las circunstancias más difíciles.

—Vamos a tener un espectáculo que tirará la casa abajo.

Sumi gimió.

—¿Pero la casa se vendrá abajo hoy?

—Ten fe y levanta el ánimo. Estamos en vísperas de hacer realidad un sueño. Pronto no habrá nadie que pueda pensar en terremotos sin, al mismo tiempo, pensar en mí.

—No como broma de la Historia, espero.

—Todos somos una broma de la Historia —musitó Crane—. ¿Vas a observar desde el suelo?

—Permaneceré en mi propio *heli* —dijo Sumi, aclarándose la garganta.

Crane rió.

—Tú me amas. Piensas que soy un genio, pero no confías en mí. —Se volvió y empezó a caminar por el estrecho pozo de la mina en dirección de la luz del día—. Algún día tendrás que tomar partido definitivo por algo.

—Consulté con mis ancestros, doctor Crane, y me aconsejaron hacer exactamente lo contrario. Estaré observando desde el aire. —Crane creyó oír que Sumi lanzaba una risita ahogada—. Además, tengo una importante póliza de seguro sobre su vida.

Al llegar a la boca de la caverna, Crane se detuvo en la oscura penumbra y miró el mar de cuerpos envueltos.

—¿Están listos para volverse famosos?

—Seré el primero en atribuirme el crédito por su éxito.

Ahora sí Sumi rió abiertamente y dejó que el sonido feneciera de a poco, antes de apagar la transmisión.

Crane se acomodó en la pose que adoptaba para los periodistas. La de un dictador bondadoso; después salió hacia la luz matinal bajándose las antiparras y levantándose la capucha. Metió la mano izquierda en el bolsillo de su mono blanco de paracaidista. Sólo tenía un treinta por ciento de capacidad de uso en ese brazo, y dejarlo colgando al costado podría producir impresión de debilidad.

Había gran cantidad de miembros de la prensa. Quizá se hallaban representadas cuarenta agencias noticiosas diferentes, cuarenta accesos al mundo... un mundo que quedaría asombrado y deslumbrado antes de que terminara ese día. Crane estaba a punto de salir, cuando divisó a Newcombe con una mujer a la que no reconoció en seguida. Probablemente era la especialista en imágenes que había contratado. La pareja se estaba abriendo paso entre el gentío. La mujer llegó a él primero.

—Señorita o señora King, ¿no? —preguntó Crane, extendiendo la mano para estrechar la mano enguantada de ella.

—¿Verdaderamente pasará hoy? —preguntó Lanie, haciendo a un lado las cortesías convencionales y revelando lo emocionada que estaba.

Crane levantó sus antiparras y parpadeó.

—De no ser así, estamos en un lío enorme. Bienvenida a nuestro equipo.

Newcombe se interpuso entre ellos, su nariz casi rozando la de su jefe.

—¿Por qué la trajo aquí?

—Para que trabaje para mí —dijo Crane—. Ahora...

—Ponía en el helicóptero del noticiario. No quiero que esté en tierra cuando se desplace la placa.

Con las antiparras de nuevo en su sitio, Crane dijo.

—Ella es parte del equipo, y comparte la vida del equipo.

Lanie sacudió el brazo de Newcombe:

—Dan...

—Entonces ella renuncia. Ella no es parte del equipo.

Crane sonrió.

—¿No confías en tus propios cálculos, Dan? —Sin aguardar la respuesta de Newcombe, preguntó—: ¿Renuncia usted, doctora King?

—¡Tenga la certeza de que no lo haré!

—Bravo —dijo Crane—. Fin de la discusión. —Señaló a Newcombe—. Sabes que no hay tiempo para reñir... ¿Puedes percibirlo?

Newcombe asintió con la cabeza, tensos los músculos de la mandíbula.

—Éste es el peor sitio para estar —dijo entre dientes.

—Así es —contestó Crane, indicando que daba por terminada la cuestión. Con rapidez dio un paso hacia adelante, enfrentando a la multitud.

—Los antiguos japoneses —dijo sin preámbulos al gran grupo de periodistas—, denominaban a los terremotos *namazu*. *Namazu*... significa un bagre gigante. El dios Kashima lo mantenía fuertemente retenido debajo de una poderosa roca dotada de poderes divinos llamada piedra angular. Cuando el dios relajaba la atención un instante o cuando, por cualquier otro motivo, aflojaba la retención, el *namazu* se sacudía en forma descontrolada: un terremoto. —Hizo una pausa, su expectante público ya estaba en estado de arrobamiento—. Por supuesto, había mucha gente que no adoptaba una actitud tan pasiva frente al desastre, por lo que empezaban a combatir contra el pez. Desgraciadamente, el *namazu* no sólo era poderoso en sí mismo, sino que tenía aliados, muy buenos aliados, parece ser, quienes acudían presurosos en su defensa. ¿A ustedes los sorprende enterarse de que los aliados del *namazu* eran los carpinteros y artesanos locales, todos aquéllos que obtenían beneficios con el terremoto? —Las expresivas cejas de Crane se arquearon por encima de las antiparras—. Lo que simplemente demuestra que las cosas no han cambiado demasiado en los últimos miles de años.

La carcajada de los reporteros se mezcló con el zumbido de muchísimas cámaras de cd. Crane se limitó a sonreír, hasta que su público volvió a quedar en atento silencio.

—Según sospecho, desde la primera vez que el hombre sintió a la tierra temblar bajo sus pies se efectuaron intentos para predecir los terremotos. Durante mucho tiempo coto reservado del hechicero y de Casandra, la predicción de los terremotos siguió teniendo poca prioridad para las mentes científicas de nuestros tiempos hasta aquel instante fatídico, cataclísmico de nuestra Historia.

Aun antes de que Crane pudiera pronunciar el nombre de ese aterrador suceso, el gentío dejó escapar la, ahora ritual, reacción cuando se lo mencionaba: un gemido largo y profundo, un vehemente *mantra*, y la última sílaba con sonido bien gutural: Aahh-hh-men.

—Sí —se atrevió Crane a proseguir—, la puesta en práctica de la Opción Masada determinó que las investigaciones sobre la predicción de terremotos, al igual que otras muchas cosas, se volvieran de importancia vital y desesperada. No obstante, hasta ahora no fue posible hacer predicciones precisas. Me presento ante ustedes para darle carácter oficial y firme a la predicción sobre la que estuve debatiendo aquí durante estas cuatro largas semanas. Antes de que termine este día, un sismo de magnitud oscilante entre el siete y el ocho de la escala de Richter habrá de destruir una parte importante de esta isla, así como toda la aldea de Aikawa.

Los reporteros graznaron como pavos. Crane los dejó reaccionar durante unos instantes, para después hacerlos callar con un movimiento de la mano.

—El cómo puedo hacer esta precisa predicción es un relato largo y complejo. Sólo algunos de sus aspectos esenciales podré compartir con ustedes, en tan poco

tiempo. Mi principal asistente y apreciado colega, doctor Daniel Newcombe, no acaba de recordar que debo decirles que no estamos en un sitio seguro...

Otra vez hubo carcajadas, pero esta vez eran nerviosas. Algunas hasta tenían un dejo de histeria.

—Tenemos unos minutos, empero, antes de que debamos partir hacia el sitio seguro identificado por el doctor Newcombe. Emplearemos nuestro tiempo aquí para repasar algunas cosas. —Crane ya percibía temblores de muy escasa intensidad, pero sabía que ésa era una aptitud única en él—. Primero, observaremos el pozo del cual obtenían el agua los presos que trabajaron esta mina de oro hace más de cien años. Mientras nos desplazamos hacia él, el doctor Newcombe empezará a explicarles algo de aquello por lo que todos nos encontramos aquí hoy.

—La ciencia es investigación —dijo Newcombe. Crane advertía la autoridad que siempre impregnaba el discurso de ese hombre cuando tenía el control de la multitud—. Al estudiar el pasado aprendemos el futuro. Al conocer la geología de una región dada y al investigar los temblores pasados en un mismo terreno, pude desarrollar un sistema que denominé ecología sísmica, o eco-T, o sea, la manera que tiene el terremoto para hacer una nueva cartografía de cualquier ecosistema dado. He calculado en forma matemática los efectos de un sismo de magnitud siete de Richter, cuyo epicentro se halla en la fosa de subducción submarina de las Kuriles, a veinte kilómetros de esta isla, e hice el levantamiento cartográfico de una zona, en la llanura que está encima de nosotros, de la que creo que no se verá afectada por el terremoto. Cuando se produzca, todos deberemos estar ahí arriba, no aquí en el valle.

—Algunas de nuestras técnicas pueden ahora parecer magia —dijo Crane simplificando, siempre simplificando—, pero muchas son tan antiguas como la civilización. Hay cinco signos que predicen un terremoto, y que se evidencian en un pozo. Vengan a atisbar, por turno, mientras se los describo.

La gente formó fila, empujándose, para observar el pozo, el Sol se había elevado lo suficiente como para permitir que la luz penetrara en el pozo. Newcombe se acercó a Crane.

—Tenemos que hacer que esta gente salga de aquí de inmediato —dijo con voz estridente. Aferró el brazo sano de Crane—. Creo que acabo de sentir otro pretemblor.

—Así es —contestó Crane, sonriendo—, pero todavía nuestro pez gordo está esperando, todavía se está esforzando por soltarse. Unos minutos más aquí, y después los hacemos salir.

—Signo uno... aumento de la turbidez del agua —dijo Crane al murmurante entorno—. Luego, turbulencia... después burbujeo...

—¡El agua está haciendo eso! —dijo una mujer con voz áspera y aguda por la angustia.

Bien. Los tenía, pensó Crane. Después dijo.

—Cambios en el nivel del agua y, a título meramente informativo, el nivel es unos cuarenta y seis centímetros más bajo que el que medimos ayer. —Por último —dijo, tirando de la cuerda gruesa en cuyo extremo había una taza—, amargor en el agua.

Le alcanzó la taza a un hombre que portaba un casco con una cámara para imágenes tridimensionales, invitándolo a beber con un ademán. El hombre dio un sorbo vacilante, después experimentó una arcada y escupió.

—Amargor. —Crane bajó el tono de voz y dijo—: Hay un refrán que rige para la vida y los terremotos: «La rueda del molino tritura con lentitud, pero lo hace hasta que el grano queda reducido a un polvo extremadamente fino». La gigantesca rueda de la Madre Tierra y sus impresionantes movimientos hoy van a triturar esta isla... y no hay nada que el poder humano pueda hacer para impedirlo.

—¡Crane! —dijo Newcombe bruscamente—. ¡El cielo!

Todos miraron hacia arriba: el cielo matutino se estaba volviendo anaranjado rojizo, debido al aumento de actividad eléctrica del suelo. Estaba ocurriendo. Crane podía sentirlo pulsando a través de sí, haciéndolo vibrar como un instrumento musical. El mundo entero estaba cambiando para ellos.

—Amigos míos —dijo Crane—, deben seguirnos con prontitud hasta el campamento base. Es el único sitio en el que estarán a salvo. Los que estén con helicóptero quizá deseen observar esto desde el aire. Será... espectacular. ¡Vamos!

Corrió junto a Newcombe y King hacia el camión. Lanie se metió entre ellos, en el pequeño asiento rebatible.

—¡Dios, estamos escapando a duras penas! —dijo Newcombe.

Tocó el microteclado de control y el camión se puso en marcha con prontitud, seguido por otros vehículos que se apresuraban por huir en forma desordenada; el lodo volaba por doquier. Newcombe lanzó una mirada asesina a Lanie.

—Todavía te podemos conseguir un helicóptero.

—No se preocupe usted, doctor —dijo la joven sin dejar de mirarlo—, tengo plena confianza en sus cálculos.

—Es un buen drama —dijo Crane—, la gente corriendo para salvar la vida, corriendo hacia el único sitio seguro que existe para ellos y que nosotros les hemos brindado. Esto va a ser grandioso.

—¿Qué hay sobre los aldeanos? —preguntó Lanie—. ¿No les podemos advertir también?

—No he hecho otra cosa más que advertirles —dijo Crane, dándose vuelta para mirarla de frente, y sonriendo cuando vio que estaba ruborizada por la emoción—. Me echaron de Aikawa hace tres días, y me amenazaron con hacerme arrestar si volvía. No se puede evitar su destino.

—Debe de haber algo que podamos hacer.

Crane miró su reloj.

—Tenemos alrededor de ciento veinte segundos —dijo—, acepto cualquier sugerencia. Sorpréndanme con una idea.

Con la mente galopando, pero incapaz de presentar una sola sugerencia práctica, Lanie puso la mano sobre el hombro de Newcombe.

—¿Dan?

El camión subía coleando la ladera y eso demandó la atención de Newcombe. No obstante, al final pudo contestar.

—Estamos aquí para ver morir a esa gente —dijo con frialdad—, de modo que la Fundación Crane pueda obtener más dinero para investigación.

Lanie jadeó como si la hubieran golpeado y lanzó una rápida mirada a Crane, para ver su reacción. Parecía estar perfectamente calmado, indiferente al comentario.

—Tiene razón —dijo Crane.

Pero lo que no dijo, aunque se había dado cuenta en ese preciso instante, era el grado hasta el cual llegaba su fatalismo, revelado por la falta de él que tenía Newcombe. Era una cualidad, sospechaba Crane, que Newcombe nunca iba a desarrollar. Sin embargo, Crane sabía que existían grandes similitudes entre ellos. Si bien ambos percibían el horror, también sentían el júbilo de lo que estaba por acontecer... y esto último era tan repulsivo como paradójico.

El camión pasó a toda velocidad por el campamento, en dirección al Mar del Japón. El brazo izquierdo de Crane pulsaba como un corazón palpitante; en su mente se arremolinaron imágenes de edificios que se desplomaban, de gente atrapada, de tormentas de fuego. El dolor y la agitación amenazaban con avasallarlo, por lo que reunió todas las energías para combatir sus demonios, volver a aquietarlos, y tragar la espada de la duda en sí mismo.

Newcombe los llevó hasta unos seis metros del acantilado que remataba la planicie y caía a plomo hacia el mar que tenía abajo, y después detuvo el camión. Crane pudo oír un retumbo distante y supo que tenían apenas un minuto. Saltó del camión, la mente por completo concentrada y controlada, mientras otros vehículos se detenían con patinadas al lado de ellos. Una abigarrada masa humana ocupó la planicie.

Crane caminó con Newcombe y King hasta el borde del acantilado, y miró hacia abajo. Cien metros a sus pies, acurrucada entre el mar y la muralla de roca sobre la que estaban parados, se extendía la aldea de Aikawa. Varios centenares de edificios de madera, con coloridos techos rojos abrazaban la costa en forma de herradura con pintoresca tranquilidad. La pequeña flotilla de barcos pesqueros ya se había hecho al mar, sus tripulantes preguntándose, sin duda, por qué el cielo estaba anaranjado. Los aldeanos se estaban aproximando al último día de su vida, del mismo modo en que se

habían aproximado a cada uno de los días que transcurrieron antes. Risas de niños, reales o imaginarias, llegaron hasta Crane.

—Crane *sari*.

Crane giró hacia el origen de la voz iracunda: Matsu Motiba, alcalde de Aikawa, impecablemente vestido con traje negro y corbata lisa en color plateado, estaba rodeado por hombres de uniforme.

—Buen día, alcalde Motiba —dijo Crane, mirando más allá de éste a las cien personas, o más, que tenía apiñadas detrás de él. Al tiempo que apretaba el icono para elevar el tono de la voz, dijo:

—Señoras y señores, como podrán apreciar, en la planicie se pintaron líneas amarillas. Para su propia protección, manténganse dentro de ellas. No puedo garantizar su seguridad si no lo hacen.

—Es hora de que esta charada llegue a su fin —dijo Motiba.

—Coincido totalmente, señor. Ya es hora.

—¿Cómo? —dijo el alcalde, de pronto sarcástico—. ¿No hay desesperados ruegos para que se haga la evacuación; no hay cuentos de terror para asustarnos?

—Es demasiado tarde —dijo Crane en tono solemne—. Ahora ya no hay nada que se pueda hacer por ustedes, salvo ayudar a los que sobrevivan.

El alcalde lanzó un profundo suspiro. Tomó una hoja de papel de un teniente vestido con uniforme blanco de desfile, en cuyos hombros llevaba un logotipo que rezaba Liang Int.

—Éste es un comunicado oficial urgente del gobierno de tierra firme. —Se lo alcanzó a Crane—. Usted ha de desmontar el campamento y abandonar la isla de inmediato. Sus credenciales y sus permisos fueron revocados.

Al tiempo que sacudía la cabeza con un gesto de abatimiento, Crane alzó la vista. Globos aerostáticos llenaban los cielos. Los helicópteros pasaban a toda velocidad alrededor de los globos y se zambullían como aves de presa para captar imágenes de la aldea. Por cierto que Crane podía entender lo que sentía el alcalde.

—¿Me escucha usted, Crane *san*? Debe irse ahora.

El papel flameaba en los inertes dedos de Crane, mientras dirigía la mirada hacia el mar. Los peces voladores, una de las características más famosas de Sado, saltaban de modo enloquecido arrojándose sobre la playa.

Crane miró rápidamente al alcalde.

—Lo lamento tanto, señor, *gomen asai* —murmuró—. El destino decretó que hoy usted sea uno de los sobrevivientes. Créame si le digo que eso no es una bendición.

Después miró más allá del alcalde y se dirigió a la multitud:

—Ahora puede ser que ya oigan el retumbar. Júntense lo más que puedan, porque tienen que mantenerse dentro de las líneas.

Después, Crane giró otra vez hacia Aikawa, el cuerpo tenso e inmóvil, toda su

persona inmersa en una especie de estado extático. El ruido y la conmoción que lo rodeaban desaparecieron en el vacío del desolado silencio que llevaba en su interior. Incontables veces había caminado hasta el límite de su propia cordura, desafiando sus miedos y su ira, preguntándose cuándo habría de devorarlo el monstruo de la tierra. Odiaba lo que estaba ocurriendo, lo odiaba con una pasión que habría destrozado a la mayoría de los hombres.

Las trombas marinas comenzaron a centenares de metros de la costa. El océano subía y bajaba, lanzando al aire veinticuatro geiseres de más de quince metros de altura. Motiba, que había estado agarrando la manga de Crane, se detuvo y se quedó mirando con fijeza, paralizado. Las trombas se acercaron más a tierra, explotando fuera del agua, mientras los habitantes de Aikawa entendían, por fin, que Lewis Crane no era un demente, un engañabobos depravado, sino un profeta, una Casandra de los tiempos modernos, cuyas advertencias, neciamente, ciegamente y trágicamente, habían rehusado escuchar.

Los barcos que estaban en el muelle eran lanzados y arrancados de sus amarras para dar una vuelta de campana hacia las calles de la aldea. Otra mano apretaba a Crane, quien miró con rapidez hacia su izquierda. Elena King le estaba aferrando el brazo inválido; la cara de la joven era un compendio de conmocionada sorpresa. Crane no podía sentir la presión, aunque los dedos de ella se le hundían en la ropa y los nudillos estaban blancos por el esfuerzo.

Las trombas llegaron a tierra, el sonido retumbante se volvía cada vez más intenso, hasta que el rugido se convirtió en un resonante trueno que provenía del suelo. El mar era un torbellino que escupía arena bien en lo alto de ese cielo anaranjado. Entonces se descargó el terremoto.

El lecho del océano se hundió en la zona de subducción que está debajo de la placa eurásica; al hacerlo, arrastró consigo la superficie del suelo, volviendo a suministrar una cantidad enorme de la placa del Pacífico al horno de fundición que hay en el núcleo del planeta. Roca sólida, triturada hasta convertirse en polvo, se derrumbó sobre sí misma; enormes rasgaduras y roturas en la piel del planeta se agrandaron hasta convertirse en bocas que engullían bloques pétreos, gente, árboles, edificios y barcos que se pusieran al alcance de sus labios.

La planicie danzaba con violencia debajo de los observadores. Crane se aferraba a la esperanza de no haberse equivocado al depositar su fe en Newcombe para que hiciera el levantamiento cartográfico de las trayectorias de destrucción... y, con eso, del pequeño sitio seguro en el que ahora estaban parados. Allá abajo, los aldeanos que no quedaron aplastados ni atrapados dentro de sus casas, habían escapado a las calles. Sus alaridos se elevaban hasta unirse a los de la gente que miraba horrorizada junto a Crane. El alcalde gritaba de terror e impotencia. Y detrás de todos, el monte Kimpoku estaba en actividad, ascendiendo otros veinte metros, mientras que las

antiguas minas que recién había visitado Crane se desplomaron, borrando para siempre los registros tallados por aquéllos que padecieron en ellas. Capas de roca volcánica se deslizaban hacia el mar, aullando contra la mañana. La isla Sado se estaba desintegrando alrededor de los observadores.

El movimiento de la tierra se convirtió en una salvaje rotación que lanzaba a la gente que Crane tenía en derredor contra la planicie de polvo compacto, mientras la aldea de abajo desaparecía bajo la roca fragmentada y un fino vaho de rocío oceánico. El hendimiento de la isla, la sexta más grande del Japón, fue estentóreo; el sonido de un animal moribundo bramando con furia y tristeza, hizo que aparezcan lágrimas en los ojos de Crane, quien recordaba... y recordaba... Y sabía que aún faltaba lo peor.

Sólo Lanie seguía de pie al lado de él, aferrada al brazo, la única señal del miedo final que aparece cuando se adquiere el conocimiento de la verdadera impotencia de la humanidad.

—Coraje —le susurró Crane a Lanie.

Y después cesó la maldición infernal. Noventa segundos después de haber comenzado, la tierra terminó de realinearse e imperó un silencio de muerte. Lentamente, la gente empezó a sacudirse el polvo, a ponerse de pie, a mirar en derredor presa del pavor y de la conmoción. Ahora, al cabo de un minuto y medio, la isla tenía la mitad de su tamaño anterior. Los puntos de referencia habían desaparecido o se habían desplazado. Nada era lo mismo. Nada sería lo mismo.

Como por milagro, abajo había sobrevivientes. También ellos se estaban sacudiendo el polvo y se ponían de pie. Equipos de emergencia empezaron a movilizarse, con agua dulce y abastecimientos médicos, para el viaje hacia lo que había sido Aikawa. Presa de un horror pasmante, Motiba contemplaba lo que quedaba de su vida; los anteojos le colgaban al costado de la cara. Los ojos, distantes, enfocados hacia el infinito.

—Debo...ir —dijo en voz baja— adonde está mi gente... Debo...

—No —dijo Crane—. Todavía no puede descender ahí.

El hombre no le hizo caso y corrió a través de la multitud.

—¡Deténganlo! —aulló Crane—. ¡Tráiganlo de vuelta! ¡Todos ustedes, mantengan sus posiciones, miren la costa!

Miraron: el Mar del Japón había retrocedido centenares de metros respecto de la isla, dejándola elevada y seca, un lecho marino lleno de peces que se retorcían y de barcos ahogados en lodo.

Dos socorristas de la Cruz Roja arrastraron a Motiba, quien forcejeaba, hasta dejarlo junto a Crane.

—¡Déjenme ir! —gritaba, ahora histérico—. ¿Por qué me retienen?

Con delicadeza, Crane le palmeó el tembloroso hombro, y después señaló el mar:

—Lo retenemos porque, si descende, morirá. ¿Ve?

Desde varios kilómetros a la distancia, una montaña de agua avanzaba en forma veloz hacia la isla... corría presurosa para llenar el vacío que se produjo cuando los ascensos y descensos de la tierra la habían empujado hacia atrás.

—*Tsunami*, señoras y señores —dijo Crane con calma, demasiado consciente de las cámaras y cuidándose mucho de no traicionar el horror que le estrangulaba el alma. Ahora había tiempo, nada más que unos minutos quizá, para hablar como si todo fuese normal—. Después de que amaine, bajaremos y buscaremos sobrevivientes. Confío en que ustedes, representantes de los medios de prensa, colaboren y den una mano.

Se volvió en el momento preciso para verlo a Newcombe pasando el brazo en torno de Elena King. Crane se quitó la mano de ella que aferraba su brazo muerto, y la entregó por completo a Newcombe.

—Hiciste un buen trabajo en el terreno, Dan. Tan sólo esperemos estar lo suficientemente alto.

—¿Cómo puedes estar tan sereno? —Las emociones de Newcombe estaban hechas trizas; su voz parecía el gruñido de un animal herido—. Es gente lo que hay ahí abajo... y esa gente está muriendo.

—Alguien tiene que conservarse calmo.

—¿Qué clase de remalditas pitonisas somos?

—Acostúmbrase a eso, doctor —dijo Crane—. Esto no es más que el principio.

—¿Pero, por qué?

Crane no le prestó atención y se volvió hacia Motiba. El hombre estaba completamente destruido, llorando en silencio. Lo tomó entre sus brazos, apretándolo con mucha fuerza.

—Tiene que ser fuerte, Motiba *san* —susurró.

—Déjeme morir con ellos —imploró el alcalde, mientras el agua golpeaba contra ellos, rugiendo.

—No —dijo Crane simplemente—, alguien debe vivir... para recordar.

Al tiempo que devoraba los alaridos de los sobrevivientes que estaban en la planicie, la *tsunami* los agredió a ellos primero... Después, el agua avanzando como una enorme bestia destructora desde todas partes, asestó su mazazo sobre la isla Sado y llegó más alto, trepando. La muralla de agua restalló sobre la tierra como una monstruosa mano de Dios. La gente que estaba en la planicie se dio vuelta al unísono y huyó como un rebaño lo más atrás que pudo, hasta que el agua se encrespó y barrió la cima a borbotones, alcanzándolos y arrojándolos al suelo desde lo alto. Las olas arrastraron pedazos de edificios rotos y de cuerpos, autos aplastados y árboles arrancados de cuajo. El agua, preñada con desechos de materia viva, se descargó sobre Crane. Unas tablas lo golpearon. Después del primer diluvio, el agua demostró tener poca profundidad. Crane se acurrucó en el suelo lodoso y tachonado de charcos,

cubriéndose la cabeza con las manos: exactamente igual que como lo había hecho cuando tenía siete años.

Se encorvó ahí, temblando de miedo, hasta que el agua retrocedió por completo. Después se puso de pie para mirar, horrorizado, a los muertos diseminados sobre la planicie. Muchos de los de su propia partida habían sido heridos por los escombros que la marea había arrastrado sobre la isla. Y advirtió que los voluntarios de la Cruz Roja estaban atendiendo a los suyos primero.

Aunque la mayoría de la gente estaba aturdida, muchos de los camarógrafos ya se habían levantado y hacían video-grabaciones. Y fue entonces cuando Crane se dio cuenta de lo que él había logrado: le había dado el espectáculo al mundo. Todo lo que Sumi Chan le había advertido que necesitaría para conseguir la publicidad, los fondos, la aureola de autoridad que lo envolviera, para que Crane pudiera hacer el trabajo que constituía su vida. Y, en ese momento de gran tragedia, conoció el gran triunfo. «Oh, sí —pensó con cinismo—, el horror producía una publicidad sensacional, ¿y qué mejor horror que éste?».

Divisó a Burt Hill y le gritó para que se acerque.

—Organiza los equipos de socorro para que vayan abajo, a lo que queda de la aldea —ordenó—. Haz que trabajen en forma organizada.

—Sí, señor.

Se volvió para ver el borde del acantilado. Motiba estaba ahí, y se unió a él. El mar estaba liso como un cristal, anormalmente hermoso con los más intensos azules y verdes... Pero allá donde Aikawa había existido sólo se veía una playa vacía. Ni siquiera un bote o una choza que quebrara la continuidad de la prístina arena, que refulgía bajo la mortal luz del Sol.

—Lo siento —dijo Crane, en voz baja y ronca.

Motiba alzó la vista hacia él, las lágrimas describiendo meandros en sus mejillas.

—Sé que no debo culparlo a usted por esto —dijo—, pero lo hago.

Dicho eso giró y se alejó caminando, dejándolo a Crane absolutamente solo con sus demonios. Nadie se le acercó. Nadie extendió la mano ni le preguntó si *él* estaba bien. Para la gente que quedaba en la planicie, Crane era tan distante y tan intocable como los muertos que lo rodeaban. Pero estaban equivocados: los muertos, por lo menos, conocían la paz.

CAPÍTULO 2

Erupciones

WASHINGTON, D. C.

15 DE JUNIO DE 2024.18:16

El Sol estaba descendiendo detrás del monumento a Washington, y el señor Li Cheun, presidente de Liang International en ese hemisferio, sabía que durante las dos últimas horas, los insignificantes burócratas estadounidenses que trabajaban para él, aun cuando quizás ellos mismos no se daban cuenta, se habían estado escabullendo precipitadamente de vuelta a sus hogares. Lo más importante para él era que la casa matriz estadounidense de Liang International cesaba sus actividades por esta noche. Liang Int., la ascendente estrella china del mundo de los negocios, era dueña de Estados Unidos de Norteamérica. Diez años atrás, la empresa se había dado maña para establecer un precario asidero en Estados Unidos arrebatándole parte de los negocios a los alemanes que, por aquel entonces, eran los dueños del país. La Opción Masada había demostrado ser mejor que cualquier plan comercial o tácticas despiadadas que los chinos pudieran haber ideado, pues las nubes y precipitaciones radiactivas resultantes de las explosiones habían arrasado el sur, el centro y el este de Europa. Cuando la Madre Patria quedó devastada, sufriendo la pérdida de casi la mitad de su población, Liang Int. estuvo en condiciones de moverse con celeridad y transformar su precario asidero en dominio absoluto, no sólo de Estados Unidos sino de las operaciones comerciales alemanas de todo el mundo.

Ahora, de pie en la inexpugnable sala de sesiones, tenuemente iluminada con la sola excepción del fulgurante mapa virtual de la Tierra que la circundaba, Li contemplaba su imperio. El diorama era transparente: a través de él Li podía mirar la Luna, que siempre se veía en plenilunio, inspirando el deseo caprichoso, pero sumamente anhelado, de que las excavadoras de Liang Int. que había en el satélite de la Tierra estuvieran siempre trabajando.

No había ventanas en la sala y, por consiguiente, ni día ni noche: nada más que turnos. Toda decisión que tuviera importancia para la continuidad de los negocios (la mayor parte de la gente diría que para la continuidad de la existencia de Canadá, Estados Unidos de Norteamérica, México, y de las franquicias centroamericanas) se tomaba en este mismísimo sitio. El resto de Washington —la galería comercial exterior, que se extendía entre el Capitolio y el monumento a Lincoln, la Casa Blanca y sus ocupantes, la enorme cantidad de departamentos estatales, oficinas públicas, agencias gubernamentales, que, a su vez, se extendían hasta las carreteras de

circunvalación y más allá— no era más que un espectáculo montado para los turistas. Liang Int. era dueña de todo y lo manejaba todo... incluyendo al así llamado gobierno de los Estados Unidos de Norteamérica. El presidente Gideon, el vicepresidente Gabler, el gabinete, los miembros del Congreso y de la Suprema Corte eran poco más que meros empleados, testaferros y lacayos. Mantenían una bonita ficción de gobierno, claro está, pero eso era todo, una ficción.

Esa noche, Li estaba distraído, sus pensamientos volvían una y otra vez al extracto en videocinta que su personal directivo había preparado la noche anterior, y que fue lo primero que le mostraron esa mañana, relativo a un tal Lewis Crane y los sucesos en la isla japonesa de Sado. Los japoneses, advenedizos todos ellos, tontos, la mayoría. Realmente habían compartido la propiedad de América con gente de Medio Oriente, en la época en que existió un Medio Oriente. Pero su posesión les duró poco. Así y todo, de vez en cuando una agrupación japonesa trataba de apoderarse de una parte de los negocios. Li hizo una mueca despectiva, complacido de que en respuesta a una afrenta de esa índole, su predecesor en Liang Int. de Norteamérica hubiera hecho talar los dos mil cerezos que bordeaban la cuenca de marea, árboles que los japoneses les habían dado a los estadounidenses poco después de que terminara el siglo anterior.

—Lluvia en el Oeste medio —dijo Mui Tsao desde la suave oscuridad de su tablero de control—. Eso demorará la cosecha de trigo. Sugiero que nos pongamos en contacto con Buenos Aires y que transfiramos sus excedentes hasta que se retome el ritmo de la cosecha.

Los dos hombres hablaban casi exclusivamente en inglés, como muestra de buena fe hacia los nativos, si bien se daba por descontado que los empresarios y funcionarios estadounidenses hablaran el chino con fluidez.

—Bien —contestó Li—. Vi un informe sobre una importante epidemia de ántrax en la sucursal sudamericana. Vea si les puede canjear parte del ganado por el trigo. Tráigalos a través de Houston.

—¿Dónde los almacenamos?

—Podríamos ser en los depósitos en los que tenemos los chips para el dolor de cabeza.

—¿Y qué hacemos con los chips?

—Se los daremos a las franquicias del sur, como parte del reintegro por el trigo. Para el momento en que se den cuenta de lo que pasó, ya habrán distribuido los chips y se verán forzados a seguir adelante con una campaña de ventas.

Li oyó a Mui lanzar una risita ahogada, mientras el hombre ingresaba negocios en el microteclado, y sonrió para sus adentros. El «chip para el dolor de cabeza», como lo llamaban ellos, era un disparador de endorfina que percibía la tensión en los músculos del cuello y, de inmediato, inundaba la corteza cerebral con una descarga de

dorf modificadora del estado de ánimo, lo que detenía la jaqueca antes de que empezara. El único problema era que al cerebro le gustaba tanto la inyección de *dorf* que se dedicaba a generar una jaqueca tras otra con el único objeto de recibir la dosis, pero desgastando el implante y dejando al usuario presa de los peores dolores de su vida. Cuando se hubo corrido la voz, Liang Int. se encontró empantanada con siete depósitos llenos con chips carentes de valor.

—Hecho —dijo Mui, escribiendo furiosamente en el teclado—... y hecho.

—Bien.

Li estaba a cargo de la sucursal de América del Norte, y Mui era su control, su arpía. Segundo al mando en la toma de decisiones, la arpía tenía la responsabilidad de verificar constantemente lo que hacía su superior, de cuestionar sus decisiones. Eso podía ser irritante, pero ejercía un efecto positivo sobre las decisiones comerciales, y el comercio era lo que mantenía unido al mundo, a la vida en su totalidad. Si Li fallaba en producir el porcentaje adecuado de decisiones correctas, Mui ocuparía su puesto... que también vendría con su propia arpía para vigilar lo que él hiciera. Eso significaba muchas noches en vela, pero resultaba lo mejor para Liang International.

Y eso era lo que importaba. Li no era más que un hombre de la compañía.

El mapa flotaba alrededor de Li con continentes que surgían de océanos de brillo trémulo, las rutas comerciales del mundo palpitantes en rosado, mientras que las zonas de cosechas y de hambruna refulgían en azules celeste. La comida siempre era un problema, ya que únicamente los campos con filtro tenían la capacidad de soportar toda la intensidad de la furia del sol y seguir produciendo.

Las zonas donde había depósitos de material radiactivo aparecían, en treinta puntos diferentes, como puntos carmesí que no titilaban; la filtración hacia el agua corriente freática, como capilares a miles de kilómetros de su origen. El movimiento de metales preciosos y de divisas ambulantes acribillaba las zonas metropolitanas, en tanto que los gastos de consumo se representaban como grupos de personas de tamaño pequeño, a razón de un grupo por cada millón de seres, que destellaban, señalando sus zonas y productos de expendio, como si fueran motas de polvo que danzaran en la luz del Sol. Se hacía el seguimiento de la producción en todo el mundo, se establecían comparaciones inmediatas con otras operaciones similares, y el interior de la oficina estaba lleno con jeroglíficos flotantes que, únicamente, podían descifrar los máximos directivos de Liang. Si algún miembro del equipo se desvinculaba por cualquier otro motivo que no fuera la muerte se cambiaba el código.

La Nube de Masada pulsaba en negro oscuro, su volumen cubriendo Europa el día de hoy, y desplazándose cada vez más hacia el este llevada por las corrientes de aire en chorro. Y la Nube de Masada hizo que Li regresara, una vez más, a Lewis Crane.

Crane había obtenido el Premio Nobel seis años atrás por un trabajo, producto de

sus investigaciones, sobre la puesta en práctica de la Opción Masada y, de modo específico, por el efecto que eso tendría sobre los terremotos. Ese trabajo también había conducido, de manera directa, a la prohibición de todas las pruebas termonucleares en el planeta, porque Crane había demostrado, en forma concluyente, que las explosiones termonucleares podían causar terremotos a centenares, o tal vez a miles, de kilómetros del sitio de detonación. Tal como los miembros de su personal directivo se lo señalará a Li en la presentación que hicieron, Crane había afirmado que el terremoto de Sado era, de hecho, la consecuencia directa de la destrucción del Medio Oriente, allá por el 2014.

¿Sería posible que alguien armado con la información y los programas de Crane produjera terremotos en regiones distantes, escogidas?, reflexionaba Li. Desechó la pregunta con una sacudida de cabeza; eso era incidental respecto de lo que realmente le interesaba de Crane en estos momentos: política y ganancias... y la cuestión de por qué Crane estaba tan ansioso por ponerse en contacto con él a través de Sumi Chan. Por cierto, Chan había dejado un mensaje hacía nada más que horas, respecto de una reunión que Crane deseaba concertar.

Esos estadounidenses eran temerarios, pensó Li, pero él gustaba de ellos y de su país. Era un país del Tercer Mundo, al igual que Europa, ambos con historia verdadera. Con sus propios dioses financieros fenecidos hacía mucho, Estados Unidos tenía una gran cantidad de mano de obra barata constituida por buenos trabajadores a los que no les importaba en absoluto volver a invertir su salario en la compañía, por medio de la adquisición de productos de entre una amplia gama de ofertas. Los estadounidenses eran los mejores consumidores del mundo... con la salvedad, claro está, de los chips para las jaquecas.

La vida de Li no había conocido más que triunfos, y era por eso que se las estaba viendo en figurillas con las elecciones venideras. En el pasado, Li había podido tolerar la fantasía estadounidense de un gobierno representativo, pues los candidatos de Liang siempre habían ganado. Pero, ahora, por algún motivo, el principal competidor en cuanto a multinacionalidad, el consorcio Yo-Yu, estaba ganando terreno con sus propios candidatos. Las elecciones celebradas en un año en el que no hubo elecciones presidenciales, le habían costado a Liang Int. siete diputados. Era una desagradable tendencia que Li necesitaba cortar antes de que creciera. De ahí la dificultad, porque los veleidosos votantes insistían en creer que necesitaban «cambios» en el gobierno y que esos cambios tenían importancia. Al empezar a interponerse las fantasías estadounidenses con la armonía en las relaciones interempresarias, Li tenía que actuar. De ahí lo de Crane y sus terremotos: Li podría demostrar a los ciudadanos cuánto los amaba, al relacionar a Liang Int. y el Estado, con la predicción de terremotos. Con eso podía derrotar a Yo-Yu en las elecciones.

El diorama lanzaba zumbidos y chillidos en mil intervalos y tonos diferentes; Li los reconocía a todos. Por eso, cuando distinguió el delicado gorjeo en contralto del teléfono, decidió hacer su movida. Se volvió en dirección a Mui y con un ademán desechó la llamada ingresante, y dijo:

—Consígame a Sumi Chan, en una línea cifrada y no intervenible. Póngalo en la costa oeste.

Mientras esperaba, Li sonrió. Sabía que Mui estaría observando y escuchando con sumo cuidado.

La cara sin cuerpo de Sumi Chan, de trece centímetros de alto, cobró vida con un zumbido breve, pendiendo en el aire, en alguna parte sobre la cadena de Sierra Nevada. Empero, Li no se dirigía al hombre cara a cara: tenía una proyección por computadora que reemplazaba su rostro, de modo de no revelar los pensamientos por culpa de un gesto o una expresión involuntarios.

—Hola, señor Li —dijo Sumi Chan.

Había algo expresado en los ojos de ese hombre que Li no entendía.

—Hola, Sumi —dijo. La computadora hacía coincidir su voz con los movimientos de la proyección—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, y también estoy sumamente agradecido y sumamente emocionado —contestó Sumi con formalidad—, usted me ha honrado concediéndome su atención.

—Del mismo modo que tú me honraste a mí con tu invitación para que me reuniera con el doctor Crane.

Li hizo una pausa para permitir que Sumi empiece a suministrar información sobre el encuentro. Cuando el hombre no se mostró dispuesto a brindarla en el momento, añadió:

—Infiero que no he de reunirme con él a solas.

—No, a menos que usted desee que sea así. El doctor Crane desea presentarles a usted, y a varias otras distinguidas personalidades, algunas de sus ideas... y propuestas.

Li asintió con una inclinación de cabeza:

—Una reunión muy oportuna. Las hazañas de él en Sado se están informando continuamente y en todas partes, según me dicen.

—Sí, Sado. Una gran tragedia, pero cuyas consecuencias para los seres humanos en gran medida se pudieron haber evitado.

—Consecuencias económicas también, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Sumi—. ¿Podemos contar con su presencia?

—Si mi agenda lo permite, por cierto que me agradaría ser parte de una reunión así. Me atrevería a solicitar, empero que coordines con el señor Mui Tsao la lista de invitados, los arreglos, y demás.

—Ni es preciso mencionarlo, señor ¿Me permite decirle lo complacido que sé que

estará el doctor Crane?

Li contestó con un gruñido e indicó el fin de la conversación con una leve oscilación de la mano. Ya había tenido más que suficiente de eso y, con una sonrisa y una leve inclinación de cabeza, terminó.

—Mantente en la sombra, Sumi Chan.

—Y usted también, señor.

La cara de Sumi se apagó instantáneamente. Li dio algunos pasos lentos y medidos hacia arriba y afuera del Ártico. Podía caminar con libertad dentro del cuerpo de su mundo virtual y literalmente sentir el flujo de capital y bienes que se bombeaba a través del palpitante corazón de la sociedad consumista. El mundo era una red viviente de deidades societarias y Li era un semidiós. Las cosas eran tal como se esperaba que fuesen.

En su carácter de funcionario del Servicio Geológico, Sumi Chan realmente trabajaba para Li. En la conversación que mantuvieron se daba por sobreentendido el hecho de que él, Li Cheun, habría de llevar la voz cantante en la reunión con Crane. Le iba a dar instrucciones a Mui respecto de lo que deseaba obtener. Sí, las cosas eran tal como se esperaba que fuesen.

Mezcolanzas

EN EL YATE *DIATRIBE*, EN EL OCÉANO PACÍFICO

15 DE JUNIO DE 2024. 21:35

—El señor Li Cheun es, claro está, el único de esta lista que importa, el hombre al que hay que convencer si usted desea tener éxito, Crane —dijo Sumi, sonriendo levemente—, y confío en que usted lo deslumbrará. Temo que voy a tener que emplear toda mi labia con él.

Lo que le quedó por decir es que temía haber empleado ya toda su labia... con Mui Tsao, con el que había estado hasta hacía apenas diez minutos. No podía haber la menor duda de que Li Cheun tenía en mente una aplicación específica para Lewis Crane.

—Oh sí, ya lo creo que lo deslumbraré; hasta cantaré y bailaré para él —dijo Crane, inclinando su asiento hacia atrás y bebiendo directamente de una botella de whisky muy añejo.

—¿Tiene usted copias de mi trabajo para todos los que aceptaron concurrir? —preguntó Newcombe, tratando de volver a llevar la conversación hacia los asuntos que le interesaban.

Sumi asintió.

—Habrá copias esperando a cada uno en sus respectivas cabinas, para cuando suban a bordo.

Newcombe movió la cabeza en un gesto de perplejidad. Por qué Crane había elegido llevárselos de Sado en secreto a bordo de su yate, para encontrarse con Sumi en medio del océano, era algo que no podía entender. Y también estaban en la estratosfera los motivos de Crane para querer celebrar esta reunión con la crema del poder, en un barco. Así y todo, el *Diatrube* era una flor de nave, lujosa y atiborrada con tecnología. Quién era el dueño y cómo Crane había llegado a ella eran misterios que Newcombe estaba bastante seguro de que no serían resueltos por él.

—Repasemos otra vez esos políticos —le dijo Crane a Sumi—, est  Kate...

La carcajada de Sumi lo interrumpió.

—Todos son políticos, hasta el último de ellos, aunque el vicepresidente de Estados Unidos es el menos político de todos.

—Gabler —dijo Newcombe con desdén—, un tonto... un bufón.

—Y un importante ejemplo sobresaliente de los que son como él —dijo Crane con firmeza—. Tan sólo deja que Sumi y yo nos ocupemos de todo esto.

—Con todo gusto —replicó Newcombe—, así que permítanme meterme en el terreno en el que soy experto.  Por qué est n planeando maniobras tan alambicadas? Tal como lo veo tenemos una situación bastante directa. Los datos que hay sobre ecología de los terremotos est n en papel... y comprobados. Sado se ha acercado tanto a mis proyecciones que hay que hacer el c culo con hasta cinco decimales para encontrar la divergencia con el acontecimiento real. Esto es algo concreto para vender, Crane. V ndalo.

—Usar  ese elemento —le contestó Crane, alis ndose la mano libre sobre la camisa amarillo brillante que le cubría los pantalones de baño—, pero no me voy a casar con él.

Newcombe frunció el entrecejo con evidente disgusto, y Sumi se apresuró a llenarle de nuevo el vaso con champ a s ntetica, a la que añadió dos gotas de una botellita verde que contenía su propia preparación especial de *dorf*. Newcombe sabía que Sumi deseaba con urgencia que ingiriera la *dorf*, pero no le importaba: la comprensión que Sumi tenía de la química glandular era legendaria.

—Te dir  por qué no vendo tu eco-T, Danny, mi muchacho —dijo Crane, farfullando levemente las palabras.

Crane no se enfrentaba muy bien con la gente viva cuando estaba sobrio. Puso una mano sobre la boca de su botella, cuando Sumi trat  de aplicarle el cuentagotas de *dorf*.

—Antes que nada, est s haciendo una sugerencia en un campo que no es de tu especialidad.

—Usted me contrat  por mi talento... —dijo Newcombe— y junto con él viene

mi boca.

—Es mi fundación —dijo Crane—, mi decisión. Tus cálculos en verdad funcionan de maravillas... *porque*, doctor Newcombe, tú sabías de antemano dónde iba a situarse el epicentro. Y lo sabías porque yo te lo dije. Tu trabajo no es más que una partecita de lo que representa la Fundación Crane. Concentrarse nada más que en la eco-T limita la cantidad de dinero de subvención que se ponga a disposición nuestra. Para ser perfectamente sincero, no obstante, también alcanzo a ver un defecto básico en lo que percibes: esperas que la gente haga lo correcto. Pues no todos lo hacen. Los habitantes de Los Ángeles saben que viven encima de fallas que se mantienen unidas por medio de hilachas delgadísimas y, aun así, siguen viviendo ahí. ¿Convencerías al Estado de que evacué L. A. con trece millones de personas? ¿Dónde las pondrías?

—¡Mi sistema ahorra vidas!

Crane suspiró y tomó un largo trago de su botella.

—Pocos considerarían eso como un argumento con fuerza, doctor. Ahorrar dinero es más del gusto de la gente.

—Pero tuvo tanto éxito.

—Y es exactamente por eso que deseo utilizarlo pero, al mismo tiempo, reducir la importancia: no quiero que se piense nada más que en esos términos. Estamos buscando mucho más.

—¿Como qué?

Crane se inclinó más hacia Newcombe, con lo que Sumi, en forma automática, también se acercó. Crane respondió en tono grave, melodramático:

—¿Alguna vez pensaron, señores, cómo serían las cosas si todas las investigaciones científicas de una región dada se llevaran a cabo bajo una sola bandera, en un edificio imponente y unificador, y estuvieran adecuadamente coordinadas?

—¡Usted lo quiere todo! —rió Newcombe.

No podía creer lo desfachatado que era Crane.

Crane sonrió.

—Liang Int. es omninacional. El control total de la tectónica es una verdadera posibilidad. Tan sólo se necesita hacer el trabajo preciso de venta. Yo podría dirigir todo el espectáculo desde la fundación, tener acceso a cada bit de datos que exista. De pronto, la verdadera predicción, junto con mucho más, se vuelve realidad.

Newcombe empezó a comprender.

—Es por eso que la contrató a Lanie. Quiere que ella clasifique todo y le dé sentido a los datos, si usted consigue sus propósitos.

—Y es por eso que se invitó a las organizaciones de apoyo que tienen intereses creados a que asistan a la reunión —intervino Sumi, relajándose en su asiento y

sacudiendo la cabeza—. ¡Audaz! Así que cuando te hablaba, hace apenas unos instantes, sobre la importancia de Li, te estabas riendo de mí, ¿no, Crane? Li Cheun fue tu objetivo todo el tiempo.

—No te enojas conmigo, Sumi, por favor —dijo Crane, con tono juvenil y encantador. Volvió a ponerse serio y agregó—: La investigación geológica cubre toda la Tierra, pero toca muy pocas vidas de manera obvia. Está claro que debería hacerlo. Y está claro que Liang Int. puede financiar ampliamente nuestra obra, obtener mucho de ella, y no sentir jamás que le están robando. Por su intervención, únicamente verán ganancias.

Newcombe se puso de pie, en cuanto sintió los efectos de la *dorf*. Una sensación de bienestar lo inundó como una brisa de verano, y también había en eso un toque sensual —¿oxitocinas, arvejas?— que lo hacía sentirse muy contento de que él y Lanie volvieran a estar juntos. El barco oscilaba lentamente de una banda a otra.

—Estamos inmóviles en el agua —dijo Newcombe, perplejo—. Deben de haber echado el ancla flotante.

—Sí, en verdad lo hicieron —dijo Crane, los ojos brillantes de malicia—. Es nada más que una parte de la sorpresita que estoy preparando para nuestros invitados... Gracias a ti, naturalmente.

Le hizo un amplio guiño a Newcombe, quien se estremeció involuntariamente, al sentir de pronto un extraño escalofrío.

—¿Por qué *quieres* tener tanto poder? —susurró Newcombe.

—Un poder enorme permite alcanzar cosas enormes —dijo Crane con la luz de la espiritualidad refulgiéndole en la mirada.

De que el hombre estaba loco, Newcombe no tenía ninguna duda. Lo que le costaba identificar era el poder de su visión. Las payasadas de Crane siempre los habían mantenido financiados, por lo menos hasta ahora, pero ¿hasta dónde él podría viajar en ese tren dirigido al infierno que guiaba Crane? Conocía la respuesta: subiría al tren con el mismísimo Diablo, si creyera que con eso volvería realidad su eco-T.

MARTINICA

17 DE JUNIO. 09:45

Raymond Hsu, supervisor de turno en el ingenio azucarero Liang Usine Guérin, de Fort-de-France, isla caribeña de Martinica, estaba tratando de hacer una llamada de emergencia al contralor de franquicias de la isla Gran Caimán, para informarle de que el trabajo había sido suspendido debido a la invasión que estaban sufriendo de miles *fourmisfous*, pequeñas hormigas amarillentas con manchitas, y de *bêtes-à-mille paites*, ciempiés negros de treinta centímetros de largo. En esas cantidades ambas especies eran suficientemente venenosas como para matar a un ser humano adulto.

Se había intentado detener la invasión vaciando barriles de petróleo crudo alrededor del ingenio, mientras los obreros castigaban a los artrópodos con tallos de caña de azúcar salpicando el ingenio con sangre. En la propia casa del supervisor, que estaba en las cercanías, las mucamas estaban matando hormigas y ciempiés con planchas para la ropa, insecticidas y aceite hirviendo, mientras su esposa y sus tres hijos chillaban. No servía en absoluto.

La invasión de artrópodos era, simplemente, el último de una larga retahíla de extraños eventos cuyo origen se encontraba en la montaña Pelee, veinte kilómetros hacia el norte. A fines de marzo se había sentido el olor a gas sulfuroso que persistía en el aire. Dos semanas después se vieron penachos de vapor que salían de fumarolas que estaban bien en lo alto de la Pelee. La semana siguiente, temblores leves sacudieron Fort-de-France; a eso siguió una lluvia de cenizas.

La masa de cenizas se había vuelto más espesa, más continua, mientras el olor a azufre aumentaba con el transcurso del tiempo. En la segunda semana de junio habían llegado las lluvias, y la inmensa cantidad de ríos que entrecruzaban la Pelee y su montaña hermana, Pitons du Carbet, aumentaron en forma inusitada su caudal. Tormentosos, arrastraban bloques y grandes árboles despeñándolos por las laderas para caer al mar, junto con los cadáveres de ganado asfixiado y pájaros muertos. En los desfiladeros de la montaña, las lluvias torrenciales y la obstrucción producida por la ceniza acumulada dieron origen a la formación instantánea de lagos.

Al tiempo que llegaba la llamada de Hsu en las primeras horas del 17 de junio, también Fort-de-France estaba siendo invadida por miles de serpientes denominadas *fers-de-lance*, tipo crótalo con lomo amarillo marrón y vientre rosado, de un metro ochenta, o más, de largo, e instantáneamente letales. La población era presa del pánico y había salido a las calles con hachas y palas para enfrentarlas. Nadie se dio cuenta de que las serpientes huían aterrorizadas de la retumbante montaña. Con el transcurso de las horas, centenares de seres humanos habrían de morir; la mayoría, niños.

El contralor, un hombre llamado Yuen Ren Chao, le dijo a Raymond Hsu que contrate más trabajadores y que acelere la producción de azúcar, aun cuando la Pelee estaba tronando con mucha intensidad y su cumbre estaba cubierta por nubes de ceniza. Aquéllos que pudieron divisar algo del volcán latente desde hacía tanto tiempo, fueron humillados por la grandiosidad de la Naturaleza: dos cráteres ígneos que refulgían como hornos de fundición cerca de la cumbre y, por encima de ellos, una nube relampagueante.

El ingenio azucarero no iba a producir su cupo hoy. El señor Yuen se vería forzado a aumentar los de Cuba, mientras los ciudadanos de Martinica en lugar de huir luchaban contra las serpientes.

Dos días después de la llamada de Raymond Hsu, un lago taponado por la ceniza

rompió su propia barrera lanzando por las laderas, y sobre la isla, una monstruosa muralla de agua calentada por la lava. La masa de agua hirviente aplastó el ingenio azucarero y ahogó a todos, incluidos Raymond Hsu y su familia.

PACÍFICO MEDIO

18 DE JUNIO DE 2024. 22:13

Newcombe trepó por la escalerilla hasta la cubierta anterior de observación, disfrutando de la brisa austral y de la frescura de la noche. Al llegar vio que una fila de parpadeantes cargueros de mineral metalífero, probablemente pertenecientes a la organización Union Carbide, serpenteaba hacia la Luna como una fila de estrellas viajeras que estuvieran bailando la conga. El logo de Liang, una sencilla L en azul rodeada por un círculo, se exhibía en todo su esplendor de cristal líquido sobre la superficie de la Luna en tres cuartos.

—Atrapa tu muerte aquí arriba —dijo, mientras cruzaba hacia Lanie quien estaba desnuda tomando baños de Luna. Newcombe se dejó caer en la silla, a su lado. Ella le sonrió y sus ojos centellearon como estrellas.

—Los poderosos se están reuniendo —dijo Newcombe, lamentando no poder pasar la noche ahí, con esa espléndida mujer—, así que Crane quiere que nos unamos a la fiesta.

—Pareces molesto.

—Nada que un pequeño homicidio no pueda curar... o un rápido mutis fuera de este yate. —La cara se le contrajo en una mueca de disgusto—. El océano es un buen sitio para encontrarse con la gente que está allí abajo, en la bovedilla, Lanie. Una barracuda cada uno de ellos. Así que, ¿en qué nos convierte eso, en carnada?

La joven lo miró con gesto pensativo:

—¿Crane te está volviendo loco?

Newcombe asintió con una inclinación de cabeza.

Lanie se puso de pie y se deslizó dentro del vestido de noche que tenía a su lado, tendido en la cubierta. Era blanco, más blanco que la piel de ella, y brillaba bajo la Luna con logotipo.

—¿Me veo adecuadamente vestida para los cócteles con el vicepresidente de Estados Unidos de Norteamérica? —preguntó, girando en círculo para que Newcombe la aprecie.

—Aun si no fuera el imbécil que es, tú tendrías más categoría que él —dijo Newcombe—. Te gusta todo esto, ¿no?

La joven alzó la cabeza y lo miró con fijeza.

—¿Qué?, ¿sacarle el jugo? Por supuesto que sí. La semana pasada yo no era más que otra doctora desempleada en un universo lleno de doctores. Hoy soy parte del

equipo de Crane que está cambiando el mundo. En el caso de que no hayas mirado la *tele*, hoy en día somos los que están en el candelero. ¡Dime que no encuentras eso emocionante! No puedo dormir de noche, de tan excitada que estoy.

—Ya me di cuenta. —Dan se puso de pie—. Tan sólo no te dejes atrapar por esa sensación. Ahora que finalmente logré que bajas de la montaña, quiero verte de vez en cuando.

—Todo lo que tenías que hacer era contratarme —dijo Lanie, acomodándose con facilidad entre los brazos de él. Lo abrazó con fuerza. El cabello de ella tenía el aroma del pachulí—. ¡Oh, Dan! Quizá funcione para nosotros esta vez.

—Siempre tengo esa esperanza —dijo Newcombe, deseando que ambos no se hubieran desgastado por cinco años de intentos por domeñar sus respectivas personalidades competitivas—. Ven. Vayamos abajo. Hay alguien especial que deseo que conozcas.

—¿Quién?

—No me lo creerías si te lo dijera.

Subieron primero por la escalerilla y después en un ascensor hasta la cubierta principal; fueron caminando por la pasarela hasta la bovedilla, donde encontraron a Crane. Semiebrio, presidía la reunión cerca de la mesa de los canapés, volviendo a contar una anécdota relativa al terremoto de Alaska de 2016, que había enviado a Anchorage al fondo de la Ensenada de Cook.

La bovedilla del yate estaba circundada por pantallas de televisión que mostraban imágenes incesantes sobre la tragedia de Sado, las que a menudo se concentraban en Crane parado en lo alto del acantilado, ocupando el palco de honor para ver la matanza.

Todos los presentes usaban ropa confeccionada con las sedas y rayones más tenues, y llevaban lo menos posible entre el cuerpo y la noche. La peligrosa luz del día convertía a la noche en una obsesión. El vicepresidente Gabler parecía un traje vacío, una cara que portaba una sonrisa de ceremonia; su esposa, Rita, a su lado, lanzaba risitas tontas, mientras el vicepresidente recibía instrucciones del señor Li quien, como siempre, estaba acompañado por Mui.

—Ahí está Kate Masters —dijo Lanie, mientras Sumi se escurría hasta llegar al lado de ella y le metía una copa de champaña en la mano.

Newcombe ya se había dado cuenta: Masters era algo por completo diferente. Presidenta de la junta directiva de APM, la Asociación Política de Mujeres, era una mujer llena de energía. En una Norteamérica fragmentada, ella podía reunir cuarenta millones de votos a favor de cualquier asunto, en cualquier momento. El poder de la APM sólo era superado por la Asociación de Jubilados, que también contaba con un representante en la cubierta, un hombre llamado Aaron Bloom, una persona bastante insulsa. Masters era baja, con largó cabello rojo furioso e indiscretos ojos verdes;

llevaba un tenue vestido verde lima que parecía flotar en torno de ella como si fuera una niebla extraterrestre. Cuando la mujer se movía, partes de su cuerpo se hacían visibles durante un segundo, para después desaparecer en un jirón de verde. Sonrió con perversidad en dirección de Newcombe y Lanie, y ésta le devolvió la sonrisa perversa.

—Apuesto que para el desayuno devora niñas —dijo Newcombe.

Sumi se cernió sobre ellos, su gotero dispuesto sobre la copa de champaña.

—¿Algo especial para la bonita dama? —preguntó Sumi.

Lanie sonrió y mostró tres dedos.

—¿Reserva privada? —preguntó.

Sumi asintió inclinando la cabeza.

—Para que haga sus propios terremotos, ¿eh? —dijo; después entrecerró los ojos hasta que fueron dos rayas y estudió a Lanie con precisión quirúrgica.

—Yo no le gusto, ¿no es así?

—No lo sé —dijo Lanie—. Nunca conocí al verdadero Sumi.

—Sumi es el mejor amigo de la fundación —dijo Newcombe, sorprendido por la reacción de Lanie ante ese hombre.

—Eso oí decir —dijo Lanie, tomando un sorbo de champagne sintético y sonriéndole a Chan, mientras Newcombe observaba que Crane desaparecía hacia el sector de cabinas—. ¿Qué piensa del suceso obtenido por la eco-T?

—Opino que la Fundación Crane es muy afortunada al contar con el doctor Newcombe entre sus miembros —dijo Sumi, mirándolo fijamente—. Está ayudando a llevar la ciencia hasta un punto crítico.

—*Crítico* es, por cierto, la palabra clave de esta noche —dijo Newcombe, lamentándose por haberle permitido a Crane que lo convenza de hacer un arreglo muy especial.

Sumi Chan sonrió; después salió disparado hacia Kate Masters, y vertió en su copa todo un gotero de *dorf*. Destilada en forma natural de las propias glándulas humanas, la *dorf* era pura y resultaba imposible aplicarse una sobredosis.

Lanie se apoyó en Newcombe, apretándose; los brazos de él inmediatamente la envolvieron. La endorfina estaba haciendo su efecto. Newcombe la besó suavemente en el cuello, en el preciso instante en que Crane se situaba en el centro de la cubierta.

—Amigos —dijo—, gracias por permitirme el carácter confidencial de esta reunión, al viajar en forma clandestina hasta Guam y abordar. Están a punto de ver el porqué, pero, primero, debo pedirles que cumplamos con una condición preestablecida y apaguemos todos y cada uno de los equipos de transmisión.

Crane se irguió en toda su estatura. El instante estaba impregnado de espectacularidad, tal como él lo pretendía. Lanie se escabulló de Newcombe. Estaba extática, con todos sus sentidos puestos en la escena que creaba Crane, quien, en ese

instante tocó su microteclado de muñeca:

—A mi señal, capitán Florio. —Su voz retumbó por los altavoces del barco y en todos los implantes auditivos—. ¡Ahora!

El *Diatrube* se oscureció al cortarse toda forma de energía del yate. Las cincuenta pantallas de televisión quedaron muertas al mismo tiempo, las luces y la música y todo lo demás se extinguió de inmediato. La gente que estaba en cubierta palpó en los bolsillos y muñecas, apagando de manera coincidente sus propios dispositivos de interminables transmisión y recepción. En un mundo en el que la comunicación lo era todo, ellos se sentían como si hubieran regresado directamente a la Edad de Piedra.

Lanie apagó su implante auditivo. De pronto se sintió angustiada, casi asustada, y se dio cuenta de que estaba empezando a hiperventilar. Lanzó hacia atrás la copa todavía casi llena, preguntándose si el resto de los que estaban en la cubierta, bañados por la luz de la Luna y envueltos en el silencio, también estaban experimentando una angustia así de profunda por estar desconectados. Si era así, no lo demostraban.

—Esto es... esto es tan emocionante —le susurró a Newcombe, cuya profunda risita de respuesta sólo le aumentó la tensión que ya tenían sus nervios.

—Y todavía no viste todo —le contestó él con otro susurro.

La penetrante mirada que le lanzó a Newcombe se desvió por los súbitos movimientos de Crane. Del bolsillo de la camisa había sacado un pequeño detector, lo había encendido y ahora estaba girando sobre sí mismo, hasta completar un círculo.

—Nada —anunció, deteniéndose y sonriendo—. Estamos solos. Y ahora solicitaré la indulgencia de ustedes una vez más. Hay un invitado más a bordo, un participante con el que todavía no tuvieron la oportunidad de encontrarse.

Una puerta que daba a la pasarela frente a la cual estaban situadas las cabinas se abrió deslizándose, y todos los que estaban en cubierta quedaron atrapados por un fulminante estallido de carisma, cuando un *afric* alto entró por esa puerta.

—Señoras y señores —dijo Crane—, permítanme presentarles a Mohammed Ishmael.

Un ronco jadeo colectivo fue el saludo para el líder de la combativa y agresiva Nación del Islam, un desterrado, fugitivo y, según algunos, criminal de la peor laya y terrorista. Mohammed sobrepasaba largamente el metro ochenta de estatura, y aparentaba ser aún más alto debido al fez negro que llevaba en la coronilla y por el *dashiki*, también negro, que le alargaba el cuerpo bajo la trémula luz de la Luna. Su porte era principesco; la mirada con la que recorrió a todos los participantes, majestuosa.

Clavada en su sitio, la gente que estaba en cubierta sólo atinó a quedar boquiabierta; el silencio era asombroso. Pero el retablo viviente tuvo corta vida: el tumulto hizo erupción.

—¡Mi Dios! —exclamó Lanie en medio de los murmullos de indignación y sorpresa de los demás, que ahora se estaban recuperando—. ¡Es él!

Dos fornidos agentes del servicio secreto se arrojaron delante del señor Li, que parecía estar riendo. ¿Era por la conmoción?, se preguntó Lanie, ¿o de regocijo por la sorpresa de la cual él había formado parte secretamente? El vicepresidente Gabler agitaba los brazos y farfullaba, en tanto que otros se movían sin ton ni son y decían cosas entre dientes. Las risotadas nerviosas y guturales de Kate Masters actuaban como continuadoras de los sonidos que emitía la otra gente. Sumí Chan estaba indudablemente atónito. Únicamente Mui Tsao, de todos los que estaban en cubierta, parecía mantener pleno dominio de sí mismo.

Mui dio un paso hacia adelante.

—Sugiero un receso... un breve receso. ¿Quizá los presentes se podrían retirar a sus respectivas cabinas?

No era una sugerencia sino una orden, advirtió Lanie, al tiempo que lanzaba una rápida mirada a Newcombe. Contuvo con brusquedad el aliento cuando vio la expresión en la cara de él: trescientos años del odio de los aherrojados *africs* fulguraba en su mirada.

—No puedo creer que seas parte de esto —dijo Lanie.

Él la miró, suavizándosele la expresión:

—Ayudé a hacer los arreglos para conseguir que el buen hermano asista, sí, y ayudé a subirlo rápidamente a bordo, muy poco antes de que recogiéramos a nuestros distinguidos huéspedes en Guam. Esa detención de los motores, el arrastre del ancla... ¿recuerdas?

Lanie tragó con dificultad.

—Después de todo... después de lo que ocurrió... Quiero decir, yo...

—¿Debido a que mi apoyo anterior a la Nación del Islam casi destruye mi carrera? —asintió con la cabeza, con gesto sombrío—. Ahora tengo el apoyo de Crane para esto. Y es importante, Lanie, muy importante... para la fundación y para todo *afric* vivo.

La tomó del brazo.

Los invitados se rozaban en su éxodo desde la cubierta, y Newcombe arrastraba a Lanie hacia popa, en el momento en que ella vio que Sumi lo había puesto a Crane contra la barandilla. El puñito de Sumi aporreaba el pecho de Crane.

—¡Desastre! —gritaba Sumi—. Ese hombre es un delincuente buscado, un bandido hecho y derecho. Una afrenta así al señor Li... Se vengará de mí. Se vengará de mí, se lo aseguro. ¿Por qué no me hizo saber que haría esto? —le demandaba a Crane, claramente fuera de sí por la ira y el miedo.

—¿Habría usted traído a los demás, de haberlo sabido? —preguntó Crane.

—¡Por supuesto que no!

Crane se limitó a encogerse de hombros.

—Sedición, ayudar y encubrir...

—Diplomacia —dijo Crane—. Pacificación. Y buena política. Ya lo verá, Sumi, ya lo verá.

—Me temo que no verá nada, salvo mi cabeza en una bandeja sostenida por el señor Li Cheun.

—¿Su cabeza? Improbable. —Crane rugió de risa. Luego se serenó de inmediato.

Miró con fijeza a Sumi y le palmeó los endebles hombros, tranquilizándolo. Después le dijo:

—¿Está en su sitio nuestra otra sorpresita?

Sumi asintió con una inclinación de cabeza.

—Muy bien. Entonces, sugiero que usted empiece a llamar a los ocupantes de cada cabina llevando ese champagne sintético suyo en una mano y su botellita verde en la otra, ¿está bien? Dígales que nos volveremos a reunir aquí dentro de diez minutos. —Echó un vistazo a su microteclado de muñeca—. Sincronización perfecta.

—Ssssí —siseó Sumi, dándose vuelta bruscamente y saliendo a la carrera por la cubierta. Había hecho la mitad del trayecto, cuando gritó por sobre el hombro—: A lo mejor tenemos suerte y nos hundimos.

Lanie miraba alternativamente a Newcombe y Crane. Se sentía fuera de lugar, un tanto perdida. Necesitaba unos diez minutos a solas... para pensar. Prontamente se disculpó para poder regresar a la cubierta de observación. En realidad huyó y corrió hacia el santuario que estaba bien en lo alto de la nave. Allí, debajo de las estrellas, trató de digerir los acontecimientos que se habían ido produciendo esa noche. Era doloroso. Se encontró renuente, como siempre, a enfrentar el problemático mundo en el que vivía. Lidiaba con las «realidades» a través del intento de evitarlas, sumergiéndose en su trabajo y sus asuntos personales... o, simplemente, suprimiéndolas de la mente. Pero Crane la había lanzado a una nueva órbita que tenía un ápex muy elevado y, ella lo sabía bien, tenía que enfrentar algunos hechos muy desagradables, de los cuales el primero y preeminente era, naturalmente, todo este asunto con Mohammed Ishmael.

A la Nación del Islam, la NDI, se le tenía temor reverencial y miedo... y se la había arreado hacia las Zonas de Guerra. Lanie recordó que, al principio, cuando crearon esas zonas, su padre las había llamado guetos, palabra que producía escalofríos en la hija de un judío, a la que se había discriminado abiertamente durante sus años de adolescencia, después de la Opción Masada. Pero había estado preparada para la discriminación: se había criado con el terror que le había infundido su padre, no importaba cuan intensamente él intentara ocultarlo. Los alemanes habían gobernado el país desde la época en que Lanie era poco más que un bebé hasta que fue casi adolescente y, aunque hacían lo imposible por separarse de su antiguo pasado

nazi, los alemanes exhibían, no obstante, la clase de autoritarismo que hacía que el padre de Lanie temiera que se hubiese estado erigiendo un campo de concentración a la vuelta de cada esquina.

La joven se sacudió involuntariamente ante el mal recuerdo y mantuvo los ojos cerrados. Feos. Eran tan feos los modos de ser de la humanidad, con prejuicios, odios y violencia. Desde cuando Lanie podía recordar, a la gente se la había dividido y hecho pelear entre sí por diferencias raciales, religiosas o étnicas. Era raro que se permitiera pensar en todo lo que ella y Dan y otros habían padecido, porque dolía demasiado. En la unión de sus aún cerrados ojos se acumularon las lágrimas.

Dan le había dicho que lo peor del sufrimiento de él había comenzado en el 2005, con la ley de Seguridad en las Calles, cuando tener la piel oscura se había vuelto casi ilegal. La ley eximía a los estadounidenses blancos ignorantes y prejuiciosos, de la hipocresía de la corrección política, permitiéndoles expresar abiertamente su odio. Los toques de queda, las restricciones relativas a los sitios en los que se podía habitar y otros ultrajes más impuestos por la ley, habían confinado a los *africs* a ciertos sectores de ciudades y pueblos de todo el país, y les reducía las libertades a unas pocas horas de luz diurna. Junto con leyes sucesivas, y aún más opresoras, la ley de las calles había sido la responsable de la creación de esas zonas. El surgimiento de los combativos fundamentalistas islámicos *africs* había sido responsable por el agregado «de Guerra» a continuación de la palabra «Zonas». Nadie sabía con precisión qué ocurría dentro de ellas. Se suponía que la NDI estaba adoctrinando *africs*, armándolos, adiestrándolos y, en verdad, hubo violentas escaramuzas con la Fuerza Policial Federal (FPF) que rodeaba las zonas, lo que dio crédito a todos los rumores relativos a lo que pasaba allí adentro.

¿El «delincuente» más buscado de todos?: Mohammed Ishmael. Sus antecedentes de resistencia a la FPF, su retórica... bueno, todo lo concerniente a él, pensaba Lanie, lo convertía en uno de los hombres más buscados, odiados y pretendidamente peligrosos del planeta. ¿Por qué lo había traído Crane a esta reunión? Debió de haber previsto el efecto trastornador. Y lo que hacía más a la cuestión: ¿por qué Dan había hecho el contacto con Mohammed Ishmael, del que se sabía que no hablaba con persona alguna de raza blanca, y lo había ayudado a llegar ahí? Dan había apoyado la *idea* de la NDI cuando estudiaba en la Universidad de China, en San Diego, California; lo habían expulsado y casi se le arruinan todas sus perspectivas. No tenía lógica. No en el caso de Dan.

De pronto, Lanie pudo ver la estrategia de Crane. Al igual que a Mohammed Ishmael, también había persuadido a Kate Masters, presidenta de la Asociación Política de Mujeres, y a Aaron Bloom, presidente de la Asociación de Jubilados, para que asistieran. Ishmael, Masters y Bloom representaban los bloques de votantes de Estados Unidos de Norteamérica: eran la vara de Crane para Liang Int., el verdadero

poder; y el proyecto sobre predicción de terremotos era la zanahoria que Crane les mostraba a todos, la oportunidad de ahorrar vidas y propiedades y traumas en sus distritos electorales... o, cuanto menos, aparentar hacerlo, aparentar preocuparse. Y Liang Int. estaba interesada, por supuesto, en las horas-hombre, edificios y equipos que se ahorrarían... lo que protegería las ganancias. Lanie movió la cabeza de un lado a otro, con tristeza: las ganancias eran el motivador para casi todos en el mundo... para casi todos, salvo para Crane y el puñado de personas como él, como ella y como Dan.

Resonó un gong.

Lanie buscó un punto de apoyo para levantarse de la silla tijera, sintiendo más ambivalencia que nunca antes: parte de ella quería huir de los políticos que estaban abajo; la otra mitad quería salir a la carrera hacia la emoción que Crane generaba y el potencial con que lo estaba jugando todo para ganar esta noche.

CAPÍTULO 3

La gran fisura.

EL OCÉANO PACÍFICO

18 DE JUNIO. LA HORA DE LAS BRUJERÍAS

Un enorme submarino con su sobresaliente sección anterior de cristal, parecida a un ojo ciclópeo de mirada fija, estaba flotando a estribor del *Diatribes*, empujando el yate. De la torrecilla bajaban marineros para arrojar los cabos de amarre a sus colegas del yate, mientras los invitados volvían a reunirse en la cubierta. El nombre *Vema II* aparecía conspicuamente impreso en el casco del submarino.

—Prepárense para pasar el resto de la noche bajo el océano —anunció Crane—. Les prometo una experiencia que jamás olvidarán.

—Recorrida por la fisura —dijo Newcombe en un susurro.

—¿Recorrida por la fisura? —preguntó Lanie.

—Sí. Vamos a ver a una madre dando a luz.

—¿Madre... qué madre?

—La Madre Tierra —repuso Newcombe.

En cuestión de minutos, todos los presentes fueron trasladados al interior de la sala de observación del *Vema II*. Crane estaba de pie en la cabecera de una larga mesa, y le sonrió al montón de estafadores y bastardos sentados ante él: en el mundo, según había decidido Crane, ésta era la gente que mejor podía darle lo que él debía tener, y él nunca antes había visto una pandilla de bribones más intensamente codiciosa. Camus pensaba que la política y el destino de la especie humana estaban moldeados por hombres carentes de ideales y de grandeza. Que fuera así pues: si Crane no podía hablar de modo sensato, montaría un espectáculo. Después de todo, así era como había sobrevivido en los treinta años transcurridos desde la muerte de sus padres.

—Debo pedir a cada uno de ustedes que extienda las manos y toque a la persona que tiene al lado —dijo—, necesitamos estar seguros de que se trata de alguien real.

Todos extendieron las manos para realizar el rito, verificando que cada uno de los cuerpos que tenían a cada lado era real. Las negociaciones valederas ante las leyes no podían celebrarse con proyecciones holográficas.

Las ventanillas de observación estaban con cerrojo y las persianas fuertemente cerradas. Sumi se desplazaba con fluidez por entre la multitud sirviendo otra vez bebidas mezcladas con *dorf*. Newcombe estaba sentado al lado de Ishmael, las cabezas juntas. Conversaban en voz muy baja, mientras los demás los contemplaban.

—La civilización existe —decía Crane— por permiso geológico, pero sujeto a cambio sin previo aviso. Con todas las maravillas que hemos creado, todavía nos aterroriza el mundo en el que vivimos. La pregunta es ¿por qué?

El salón era grande, quizá de quince metros de largo por nueve de ancho. Con mucho, el espacio cerrado más grande que jamás se había instalado en un submarino. Era utilitario, desprovisto de todo confort, pero satisfacía las necesidades de los científicos y marineros que operaban la nave en el borde de la fisura. Una iluminación difusa hacía fulgurar, en vez de iluminar, el salón. De vez en cuando el submarino se estremecía levemente con el sonido de un suave golpeteo. Los invitados suponían que el ruido provenía de los motores. Crane sabía la verdad; también Newcombe.

Crane caminaba lentamente alrededor de la mesa:

—Nuestro planeta tiene cerca de cinco mil millones de años de antigüedad y todavía parece, en lo primordial, estar autoformándose, haciéndose pedazos a cada minuto.

—La naturaleza de la vida es la lucha, doctor —señaló el hermano Ishmael.

Crane dejó de caminar y se dirigió directamente a su interlocutor:

—Y la naturaleza del hombre es hacer el intento y elevarse por encima de la lucha.

—¡Para negarlo a Dios! —insistió Ishmael.

—Para hacer un mundo mejor. —Crane volvió a su sitio, la mano sana aferrando la inválida a la espalda. El brazo izquierdo estaba latiendo. Volvió a dirigirse a todo el grupo—. Se producen más de un millón de terremotos por año; como promedio, uno cada treinta segundos. La mayoría pasa sin sentirla, pero alrededor de tres mil anuales sí logran llegar hasta la superficie. De esos, treinta generan una espantosa devastación. La tendencia es decir que siempre fue así y que siempre lo será. —Miró a Mohammed Ishmael—. No estoy de acuerdo. ¿Cuántos de ustedes realmente saben qué fuerzas impulsan a estos terremotos?

—Por favor, límitese a continuar con la explicación —dijo Mui.

—Esto es mucho más que una explicación —repuso Crane—. La Tierra que habitamos está constituida por inmensas placas tectónicas; veintiséis en total, de las cuales seis son las principales. Las placas se desplazan con fluidez sobre un colchón de manto caliente, casi líquido. El noventa y cinco por ciento de los terremotos tiene lugar en las denominadas zonas de subducción, donde las placas en desplazamiento chocan una dentro de la otra. Literalmente, las placas que sostienen los océanos del mundo se arrastran por debajo de las placas continentales.

El submarino se agitó de nuevo; esta vez, de manera más perceptible.

—¿Hay algún problema con la nave? —preguntó Rita Gabler tomándose la garganta con una mano.

—No, ninguno en absoluto. Permítanme volver al tema. Una vez que se hundan por debajo de los continentes, las placas oceánicas vuelven a incorporarse al núcleo del planeta —dijo con la voz en tono más alto, para hacerse oír por encima del golpeteo y de la sacudida del *Yema II*, casi continuos ahora. Crane podía sentir la tensión que flotaba en el ambiente, tan intensa que casi era palpable y sonrió ante la contemplación del sudor que perlaba las caras de quienes componían su auditorio—. Una vez que la placa se hunde inicia un largo proceso de transformación que da por resultado... esto.

Oprimió un botón de la consola ubicada sobre la mesa; las cortinas metálicas se corrieron de inmediato. Delante de ellos, el océano fulguraba en color rojo-anaranjado brillante. Vómitos de lava se elevaban por entre las cumbres de montañas submarinas, siguiendo una fila ininterrumpida que, de ambos lados, llegaba hasta donde alcanzaba la vista, y se podía ver el fuego en una extensión de muchos kilómetros. Los invitados quedaron enmudecidos ante la magnífica turbulencia de escala planetaria. Así era como Crane quería que estuviera su público: avasallado.

—¡Volver a nacer! —exclamó con voz estentórea. Fue hasta la ventana y señaló con la mano—. Lo que están contemplando es la Tierra autorreparándose: el magma basáltico está ascendiendo desde la astenosfera y se abre camino por entre esos increíbles picos y valles que están debajo nuestro, nada más que para enfriar las aguas del océano, dar origen a más picos y después empujar la placa durante miles de kilómetros más, hacia una nueva subducción.

El *Yema II* se agitó con violencia, puesto que el renacer de un planeta iba acompañado de continuos terremotos.

—¿Hay... peligro para nosotros aquí? —preguntó Li con un tono monocorde que no revelaba ninguna emoción.

—Sólo si salimos a caminar —contestó Crane, riendo.

Crane giró para observar el palpitante corazón de la Madre Tierra que, en forma indirecta, le había matado a su propia madre. Estaban a unos cuatrocientos cincuenta metros de la fisura plástica, la fisura del Pacífico. La visión del fuego líquido anaranjado-rojo lo llenaba de temor reverencial y furia, y se permitió descargar las emociones antes de darse vuelta hacia las personas que necesitaba, si es que alguna vez iba a domeñar ese fuego.

—Vengan a la ventana. —Los instó—. Vengan a mirar la herida abierta que nos da mucho, pero que ocasiona dolor y congoja a la humanidad.

Todos se levantaron con vacilación. Crane quería que confiaran en el submarino, que confiaran en la capacidad del ser humano para controlar su propio ambiente. La fisura los estaba absorbiendo —Crane podía percibirlo—, la temperatura del salón estaba aumentando; una luz roja y brillante, proveniente de las erupciones, danzaba sobre el rostro de los presentes: era la primigenia potencia desencadenada de todo un

planeta.

—Increíble —dijo Lanie en voz muy baja.

Dio la vuelta para mirar de frente a Crane. Los ojos de ella reflejaban el fuego de afuera y el de adentro. Crane sonrió, pues conocía lo que sentía, porque sabía que esa mujer sería la herramienta perfecta que lo ayudaría a plasmar su visión. Lanie era un dínamo, un ser naturalmente dotado.

Así también lo era Kate Masters, quien se había acercado y lo miraba con fijeza. Por fin, ella habló.

—¿Y qué tiene que ver todo esto conmigo?

—Usted es mi martillo, señora —dijo Crane—, para conseguir que estas bellas personas hagan lo correcto. —Se volvió y señaló al hermano Ishmael; después, al canoso Aaron Bloom de la AJ—. Eso es lo que son ustedes... mis martillos.

—No estoy seguro —dijo Gabler—, pero creo que se nos acaba de insultar.

—Permítame que maneje la discusión de negocios, señor vicepresidente —dijo Li, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar el desprecio que sentía por su testaferro.

Crane continuó desplazándose alrededor de la mesa, deteniéndose detrás de Newcombe y King.

—Con la ayuda de estas dos competentes personas, más el apoyo de ustedes, les garantizo que al cabo de unos pocos años se podría producir un programa informático que prediga, con precisión de horas, cada terremoto que se vaya a desencadenar en la Tierra. El programa no sólo dirá dónde habrá de tener lugar sino, también, su magnitud, la intensidad de sus ondas P y S y las regiones en las que se produzcan daños primarios, secundarios y terciarios. Podremos señalar dónde es seguro permanecer y cuándo conviene hacerse a un costado.

—Muéstreme las ganancias económicas —dijo Li, mientras Mui asentía mostrando plena coincidencia, como una copia al carbónico.

Hubo carcajadas en el otro extremo de la mesa.

—Discúlpeme —dijo un hombre calvo, de barba roja, representante de la industria de los seguros, que estaba sentado al lado de una morocha perteneciente al imperio Krupp—. Un programa así permitiría a las compañías de seguros preparar pólizas para daños por terremoto que tuvieran sentido. Estuvimos estudiando las cifras desde que salimos de Guam: con los conocimientos del tipo que usted podría suministrar, estaríamos en condiciones de negar seguros en las principales zonas de daño; quizás, hasta conseguir que se sancionen leyes que impidan que la gente construya en esos lugares. En las regiones secundarias podríamos legislar reglamentos sobre la construcción. En las empresas existentes, el conocimiento previo permite que los bienes pasibles de destrucción total se pongan a resguardo de antemano. Eso ahorraría miles de millones por año... miles de millones, me permito agregar, que después estarían disponibles como préstamos para que ustedes,

productores industriales, amplíen sus propias empresas, lo que permitiría ganar más miles de millones: un círculo perfecto.

—Impresionante —dijo Li.

—Se sabría dónde no construir fábricas, diques y usinas eléctricas —dijo Crane—. Armados con mi programa, ustedes no sufrirían pérdidas en épocas de desastre; no se perderían horas-hombre debido a muertes, ni habría paralización de actividades ocasionadas por reconstrucciones y reparaciones.

—Eso lesiona la industria de la construcción, entonces —dijo el vocero de Wang International, y Crane pensó en el *namazu*.

—Espere un momento —dijo Newcombe, poniéndose de pie— ¿usted va a comparar la importancia de la industria de la construcción, con la pérdida de diez a quince mil vidas todos los años? ¿¡Cómo se atreve...!?

—Está bien, Dan —dijo Crane, indicándole con un movimiento de cabeza que se vuelva a sentar—. Intrínsecamente, todos nos preocupamos por el valor en vidas humanas que se ahorra, ¿no es así?

Hubo un murmullo apagado de semicoincidencia en torno de la mesa.

—Ahí está... ¿lo ves? —dijo Crane—. Todos los presentes tienen corazón.

Miró a Li y a Mui:

—¿Han tomado en cuenta el valor de tener los derechos exclusivos sobre mi programa?

—La exclusiva —sonrió Li—, una idea interesante.

—Esto se pensó para el mundo en su totalidad —dijo Newcombe, con una pizca de ira en la voz.

—Por cierto que es así —replicó Li—, pero ¿a qué precio? Si tuviéramos las cartas ganadoras, podríamos vender la información sobre los principales desastres a los países competidores... o no hacerlo.

Mui rió y bebió un trago.

—Podríamos hacer que la Tierra se amortice.

—En el yate mencionaron reelección —dijo Gabler, moviéndose con inquietud en su asiento.

—Piénselo, señor vicepresidente —dijo Crane— eso daría la impresión de ser lo máximo en gestos humanitarios. El pueblo de Estados Unidos ve que su gobierno, el gobierno del que pensaban que no se preocupaba por su gente en este mundo al que sólo le importa el dinero, está dispuesto a jugarse con todo para aunar los conocimientos que brinden protección a los ciudadanos. Eso valdría ganar en forma abrumadora las elecciones, y eso nada más que en California.

—¿Y qué ganaría usted con todo esto? —preguntó Masters.

—Recibiría lo que se necesita para hacer el trabajo bien —contestó Crane—. Este submarino en el que estamos viajando pertenece al Servicio Geológico: lo quiero.

Necesito hasta el último pedacito de conocimiento que pueda conseguir. Quiero el control de los miles de sismógrafos que colocamos por todo el globo, y acceso absoluto a los demás. Quiero el laboratorio central del Servicio Geológico en Colorado, y su base de datos. No voy a despedir a ninguna persona, simplemente van a trabajar para mí. Quiero todo el Sistema Global de Localización. Satélites que no hagan otra cosa que trabajar para mí durante los cinco años venideros. Y quiero un cheque en blanco a mi disposición para financiar mis operaciones. Sin restricciones.

—Tiene coraje, hay que reconocerlo —dijo Ishmael—. ¿Qué le hace creer que estos amos del poder van a compartir algo con usted?

—Ahí es donde entra usted, hermano —dijo Crane—, usted y también Masters y Bloom. Ustedes tres controlan millones de votos en las principales zonas metropolitanas. Con su respaldo, podríamos...

—Usted no cuenta con mi respaldo —dijo Ishmael simplemente, poniéndose de pie—. No recibimos limosnas de los blancos. No votamos por los blancos. Somos autosuficientes.

—No estoy hablando de limosnas —dijo Crane, sin poder creer lo que oía—. Estoy hablando del planeamiento de desastres. ¿Puede imaginar lo que le ocurriría a la Zona de Guerra de Los Ángeles si la falla de San Andrés...?

—Usted no me entiende —interrumpió Ishmael en voz baja—. No aceptamos cosa alguna de la bestia blanca, y tampoco damos. Su estúpida cháchara sobre terremotos me hace reír. —Señaló hacia la ventana y su imagen de lava pastosa—. ¡Ésa es la voluntad de Alá!

—Eso no es sensato, hermano Ishmael —dijo Crane—. Si ayuda a salvar vidas, ¿por qué no aprovecharlo?

—Hay cosas peores que la muerte, doctor. La sumisión es una de ellas. La sumisión trae esclavitud y degradación, una vida peor que la que conoce cualquier animal.

Crane miró con tristeza hacia el piso.

—La muerte es bastante mala —dijo—. Le pone fin a todo.

—Todos viviremos para siempre en el reino de Alá —dijo Ishmael—. Pero usted no entendería eso.

—Lo intento, señor. —El dolor estrangulaba la voz de Crane—. De veras que lo intento.

—¿Por qué está usted aquí? —le preguntó Gabler a Ishmael.

—Vine acá porque... —empezó Ishmael.

Las alarmas que portaban los hombres del servicio secreto sonaron con intensidad.

—Señores —dijo uno de ellos, sacándose bruscamente un pequeño explorador del cinturón—, estamos recibiendo alguna forma de radiovigilancia... transmisión por

microondas.

—Aislar —ordenó Li.

Ahora hablaban todos juntos. La confusión se había adueñado del salón, mientras hombres vestidos con monos se desplazaban por todas partes, tratando de leer la señal.

—Hicimos la revisión —dijo Grane—. No hay nada.

Se oyó un pitido seguido por la voz del capitán Long, que provenía del intercomunicador:

—Doctor Crane, estamos recibiendo generación por microondas, desde algún lugar de la sección de proa... es decir, de donde están ustedes.

—Debe haber sido encendido hace muy pocos segundos —dijo Crane, apretando el intercomunicador de la mesa—. Gracias, capitán. Aquí abajo estamos aislando.

—Como estaba diciendo —irrumpió Ishmael—, vine acá para así poder desplazarme a través de la maraña de pantallas acústicas y otras basuras de su gobierno y poder presentarle, cara a cara, nuestra lista de exigencias. Aunque su gobierno no reconoce al nuestro, sí existimos... y pretendemos que se nos escuche.

—¿De qué está hablando? —dijo Gabler. Las manos le temblaban mientras sus hombres apresuraban el rastreo electrónico.

—Autonomía —dijo Ishmael—. Gobierno propio... un Estado islámico en América del Norte que abarque las regiones actualmente ocupadas por los estados de Florida, Carolina del Sur, Carolina del Norte, Georgia, Alabama, Luisiana y Misisipi.

—¡Estamos cerca! —gritó uno de los rastreadores, mientras él y su compañero convergían en la escotilla.

Ishmael, calmado en medio de una tempestad cada vez mayor, extrajo de su *dashiki* un disco, del tamaño de la palma de una mano, y lo lanzó patinando sobre la pulida mesa hacia Gabler. Li lo atrapó.

—Nuestro plan para el gobierno independiente se señala, en rasgos generales, en este disco —dijo Ishmael— que, en este preciso momento, se está exhibiendo ante miles de millones de espectadores de todo el globo. Exigimos la secesión, señor vicepresidente. ¡La exigimos ahora!

—Éste no es el recinto adecuado —dijo Gabler—. No acepto ni sus palabras ni su disco.

—¡Aquí! —aulló uno de los técnicos, extrayendo algo de la pared mediante una pinza de brazos largos, y corriendo de vuelta hacia la mesa. Dejó caer la diminuta cámara, no mayor que la cabeza de un alfiler, en la mesa, delante de Gabler quien se apresuró a asirla y tragarla—. Esta... esta escena se transmitió.

—Ya lo creo que sí —dijo Ishmael—. Ahora el mundo oyó nuestras demandas... y lo vio en acción, señor vicepresidente.

—Dudo mucho de que los ciudadanos de los estados que mencionó hace un

momento consideren que las pretensiones de ustedes sean muy legítimas —dijo Gabler.

—Quizá sus ancestros debieron haber pensado en eso, antes de haber secuestrado a mi pueblo de su tierra natal para meterlos en barcos negreros y traerlos aquí.

Ishmael sonrió; después caminó hacia un silencioso Crane.

—No me interesan ni usted ni sus terremotos, pero le agradezco que me haya dado la oportunidad de reunirme con el señor Gabler y sus... dueños. Ahora creo que descansaré un poco en mi cabina.

—Es usted un hombre cruel —dijo Crane.

—No —dijo Ishmael, moviendo la cabeza en gesto de negación—. Soy un soñador como usted... pero yo tengo sueños diferentes.

—No son sueños, señor mío, son una pesadilla de derramamiento de sangre, aflicción e incertidumbre. Tan sólo recuerde una cosa: su cuestión es importante durante un tiempo; la mía, para siempre.

—Este paquete que le está tratando de vender a estos estúpidos no es todo lo que tiene en mente. Usted quiere más, mucho más.

Crane lo contempló con una mirada gélida.

—Buenas noches, hermano Ishmael.

El hombre abandonó la cubierta dando zancadas, mientras Sumi Chan se apuraba para ponerse a su paso.

—Bueno, esto es maravilloso, ¿no? —dijo Gabler, petulante. Tomó el disco que sostenía Li y lo contempló como si fuera una rata muerta. —Pudimos haber mantenido esta reunión en Washington, con *mi* seguridad.

—En esta coyuntura —dijo Crane—, usted *debe* aceptar mis sugerencias, si desea sobrevivir. Ishmael acaba de dejarlo en ridículo, señor vicepresidente, delante del mundo entero. Usted puede dejar las cosas ahí, o reanalizar la situación. Las encuestas más recientes, a las que tuve acceso, demuestran que un segmento grande, y que va en aumento, de la población de Estados Unidos desea que se aplique alguna forma de encierro en los propios ciudadanos de la Zona de Guerra. Ahora, la gente de raza blanca constituye nada más que el treinta por ciento del total del electorado. Usted puede usar mi plan para dar la impresión de que extendió la mano de la amistad hacia la Nación del Islam, y lo único que obtuvo es un rechazo liso y llano. Si sigue adelante con mi plan habrá demostrado que actúa inspirado por obtener lo mejor para todos sus seguidores, no importa cómo lo traten. Si no le interesa, puedo hacerle mi propuesta a la oposición: a *ellos* no les va a importar dar la impresión de que son humanitarios.

Gabler había echado la cabeza hacia atrás, como un perro y, aparentemente, estaba pensando o —reflexionó Crane—, tratando de hacerlo.

—Estoy seguro de que el señor Li entiende —agregó Crane con una sonrisa. El

chino le devolvió la sonrisa.

—Hemos llegado a una decisión, doctor Crane —dijo.

Crane hizo una profunda inspiración para calmarse, para no dejar que se le desmorone la fachada.

—¿Sí? —dijo.

—Desearía que todos salgan del salón.

Crane aceptó con una inclinación de cabeza y miró a New-combe: su expresión revelaba irritabilidad —ya se le pasaría— y, al mismo tiempo, excitación. Al cabo de unos treinta segundos, Li y Crane quedaron solos en ambos extremos de la mesa.

—Es usted un hombre interesante, doctor Crane

—Al igual que usted, señor.

—Por supuesto, ya se imaginará que nunca le podríamos dar carta blanca con la chequera del Estado.

—Pero, yo...

Li alzó la mano, pidiéndole silencio.

—Hasta ahora seguí su juego. Ahora es mi turno. Si, y hago hincapié en la palabra *si*, podemos trabajar juntos, usted va a necesitar alguien que supervise el proyecto. No me opongo a que sea alguien con quien ambos nos sintamos cómodos como, digamos, Sumi Chan, por ejemplo.

—¿Sumi?

—No somos hombres con los que sea difícil tratar. —La bebida de Li estaba delante de él—. Nos gustan los estadounidenses: todos ustedes son tan hábiles con las manos; a ustedes les gustan los chiches mecánicos más asombrosos. Sumamente extraordinario.

—¿Dijo usted *si* trabajamos juntos?

—Pues, sí. Ciertamente. —El hombre levantó el vaso y bebió, después trasvasó el resto de la bebida de Mui a la suya, y terminó con ella también. —Todos están muy emocionados con su idea, pero usted está pidiendo que la industria privada y el Estado le deleguen una gran cantidad de responsabilidades, y todo ello por nada más que una sola demostración.

—¿Adónde quiere llegar?

—Muy simple, doctor Crane. —Li sonrió, un brillo socarrón en la mirada—. Usted puede tener todo lo que pidió. Pero nosotros debemos saber, con total seguridad, que usted es lo que dice que es.

—¿Y cómo hago eso?

—Una vez más, es simple: prediga otros terremotos de importancia, algo grande, muy destacado. Hágalo antes de las elecciones, que serán en mayo. Eso le da seis meses. Si, en verdad, cada año tienen lugar treinta terremotos de importancia, ese lapso debe ser un tiempo más que suficiente.

—¿Eso es todo?

—No —contestó Li—. Denos algo cerca de casa. Algo que los votantes realmente entiendan... y, entonces, doctor Crane, el mundo será suyo.

EL *DIATRIBE* FRENTE A LAS COSTAS DE CALIFORNIA

19 DE JUNIO. 10:12

—Por supuesto que estamos bajo vigilancia —le dijo el hermano Ishmael a Crane.

Newcombe estaba sentado entre ellos, prestando mucha atención. Estaban en el yate, en el comedor de seis metros, artesonado y con ornamentaciones de bronce. Ishmael se había quedado después de que todos, incluidos sus propios guardaespaldas, se hubieron ido. Newcombe se preguntaba el porqué.

—Todos están bajo una forma u otra de vigilancia, todo el tiempo. Es la naturaleza y el empleo principal de su mundo de hombres blancos: la gente vigila, y otra gente vigila a la primera; máquinas vigilan a máquinas. ¿Por qué?

—Somos insufriblemente curiosos, supongo —contestó Crane con tono amable—. Amén de que lo que se inventa se perfecciona y, después, se usa. Es la naturaleza humana. Y, ojo, no a todo el mundo se lo vigila: los que pueden permitírselo contratan gente que puede... ser más lista que la tecnología.

Ishmael sonrió y apuntó con un largo dedo.

—Entonces *esa* persona lo vigila a usted. Y no hay que olvidar a la persona que la vigila a ella.

—¿No tienen unidades de vigilancia en la Zona de Guerra? —le preguntó Newcombe a Ishmael, quien lo trataba con calidez y respeto.

—Sí, las tenemos —dijo—. Las utilizamos sobre los blancos del mismo modo que los blancos intentan usarlas sobre nosotros. Al igual que el doctor Crane pasamos mucho tiempo siendo más listos que la tecnología. Mi gente me dice que, en este preciso momento, esta conversación está siendo grabada por un dispositivo llamado Puesto de Escucha N^o 528, cuya órbita espacial baja lo puso dentro de nuestro rango hasta... —miró su reloj de pulsera—... las catorce cuarenta y cinco.

Lanie se sentó directamente enfrente de Newcombe. Tenía los ojos brillantes.

—Si se nos está escuchando, ¿por qué conversan?

—Es parte de nuestro orden del día político. Estamos preparados para presentarle a la población blanca los motivos por los que no podemos compartir la misma sociedad. Ustedes, y el mundo, están escuchando mis razonamientos. Si yo tuviera algo privado para decir, lo diría en privado.

—Usted me está usando desvergonzadamente —dijo Crane. Bebió ávidamente de un vaso lleno con whisky puro—. Mire, hermano Ishmael. Siento muchísimo respeto

por usted. Ni siquiera me importa que usted y su causa me estén usando en este preciso momento, pero ¡maldición, hombre, dé algo a cambio, un poco de apoyo! Únicamente quiero lo mejor para todos.

—No —dijo Ishmael—, usted no quiere ayudar a la gente: usted quiere aniquilar a la bestia. Lo puedo ver en sus ojos cuando habla de los terremotos. Usted los odia. Dios forjó la majestad que tienen, pero usted tiene la osadía de odiar Su creación. Siento lástima por usted y sus molinos de viento, y le ruego a Alá que usted nunca tenga el poder para dar rienda suelta a su odio.

—Usted es un tipo difícil —dijo Crane—. Claro que sí, odio a la bestia. La odio del mismo modo que los cretenses odiaban al Minotauro. ¿Es erróneo odiar a un monstruo? ¿No fue Malcolm X el que dijo: «Cuando a nuestra gente la muerden perros, no está dentro de sus derechos matar a esos perros?». La odio por las vidas y los sueños que destruye y encontraré la manera de mellarle la espada, con su ayuda o sin ella. Ahí tiene, yo también le estoy hablando al mundo. —Resopló—. ¿Realmente cree que va a tener su estado islámico?

Ishmael asintió lentamente con la cabeza.

—Tendremos una nación islámica. En un mundo fracturado somos la fuerza dominante.

—No funcionó de ese modo en Medio Oriente —dijo Lanie.

—La entidad judía optó por destruirse antes que enfrentar la realidad del Islam —dijo Ishmael—. La Nube de Masada es el recordatorio del poderío de Alá sobre los infieles. Ya no hay más judíos en Palestina.

—Ya no hay gente en Palestina —retrucó Crane—. Y no la habrá. ¿Cómo puede usted presumir de que sabe quién debe vivir y quién debe morir? —Se puso de pie—. Yo quiero que todos vivan.

—Las selvas no funcionan de esa manera —replicó Ishmael—, y tampoco lo hacen los terremotos. Usted no puede traer a sus padres de vuelta, doctor.

—Por favor, no trate de analizarme. —Crane asió su vaso y terminó de beber con aspecto ceñudo—. Subo a observación. ¿Es seguro para usted permanecer a bordo, hermano Ishmael?

—No lo sé. ¿Lo es?

—No soy suficientemente poderoso como para protegerlo. ¿Alguien desea acompañarme?

—Claro que sí —dijo Lanie, recogiendo su taza de café y añadiéndole otra cucharada de *dorf*.

Cuando Newcombe empezó a levantarse, Ishmael extendió su mano.

—Permanece conmigo, hermano Daniel. Quiero hablar contigo.

Newcombe asintió con la cabeza.

—Cuídate del sol ahí arriba —le dijo a Lanie—. Pronto estaré contigo.

Newcombe observó a Lanie y Crane caminar hacia la escotilla del comedor, donde se pondrían los trajes enterizos, y también guantes, antiparras y sombreros. Crane sacó del bolsillo un pomo de filtro solar para aplicar sobre la parte de la cara de ambos que estaría expuesta. Abrió la escotilla. Una brillante luz solar inundó el lugar. Lanie saludó con la mano y se fueron.

Newcombe y Lanie estaban pasando buena parte del tiempo juntos, y, aún con cautela, Newcombe se estaba permitiendo soñar, otra vez, con un hogar y una familia, con algo —cualquier cosa— además de la incesante persecución de los monstruos de Crane. Hasta había hablado con Lanie sobre la idea de que ella se fuera a vivir con él, cuando regresaran a la fundación.

—¿Por qué estás con la mujer blanca, hermano?

—La amo.

—Ella es uno de nuestros opresores: no es sólo una mujer blanca, sino una judía.

Los músculos de la mandíbula de Newcombe se pusieron tensos.

—Es una *cosmi*.

—El judaísmo es una raza, no una religión.

—No acepto las filosofías de la Nación del Islam. Soy *afric* en Estados Unidos y me está yendo muy bien, gracias. No estoy oprimido; soy amo y señor de mi propio destino. Buena educación, inteligente. Llegué hasta la cumbre de mi profesión... y elegí la mujer con la que deseo pasar el resto de mi vida.

—Entonces, ¿por qué estás trabajando con alguien como Crane? ¿Por qué no tienes tus propios laboratorios, tus propios fondos?

La ira ascendió como mercurio por el cuerpo de Newcombe:

—¿Con quién estuviste hablando?

Ishmael se inclinó, acercándose, y habló en un susurro tan bajo que Newcombe casi tuvo que rozar su cabeza para oírlo.

—Me quedé a bordo para hablar contigo. La NDI te necesita. Tus hermanos claman por ti.

—No lo creo —repuso Newcombe, ahora sintiéndose incómodo.

—La Nación del Islam va a precisar hombres con instrucción, inteligencia y percepción de la sociedad blanca, con el objeto de construir nuestro mundo nuevo. Nuestras comunidades están fragmentadas, alejadas unas de otras, rodeadas en treinta ciudades diferentes. Necesitamos espacio y necesitamos unidad física con desesperación. Estamos metidos en un literal estado de guerra. Tomaremos lo que debemos tener. La *sharia* de Dios y un califato sabio se convertirán en realidad. Todos tendrán que elegir de qué lado están.

—Casi destruí mi carrera una vez debido a mi apoyo público de un Estado islámico. Desde nuestro encuentro televisado en el *Vema II* he dado un largo paso en dirección de destruirla otra vez. La causa de un suelo patrio es justa, pero ya me

vaciaste de sangre.

—No tienes lugar en el mundo del hombre blanco, salvo como su lacayo —susurró Ishmael—. Quieres un mundo mejor. Yo también. Lo que te estoy diciendo es que te puedo ayudar a lograr ese objetivo, mucho mejor que el hombre maligno para el que trabajas.

—¿Maligno? ¿Crane?

—El pertenece a la Oscuridad. Yo soy la Luz.

—Estás equivocado. Crane es como yo.

—No creo eso en absoluto. Tú sabes cuan enloquecido está.

Consternado, Newcombe no dijo nada.

—Crane es un hombre marcado sin una verdadera base de poder —prosiguió Ishmael—. Nuestra *Jihad* ya comenzó. La afiliación política con la NDI te reportará poder, reconocimiento, respeto. Puedes perfeccionarte. Puedes fijar tus condiciones. Te convertiré en héroe islámico.

—Suena como una sentencia de prisión para mí.

—Escucha mis palabras, hermano. —Ishmael, majestuoso en su *dashiki* acicalado y oscuro como la noche, se puso de pie—. Nuestro mundo vendrá. En él hay un lugar para ti, rodeado por gente que te ama. Créeme cuando te digo que en el mundo del demonio blanco no hay sitio para un *afric* que tenga demasiada educación: te convertirán en un ensalzado lustrabotas. Crane ya lo está haciendo.

—Estás equivocado.

—No en cuanto a Crane, no en cuanto a la mujer. Hermano, yo soy el único en quien puedes confiar. La justa ira de los honorables Elijah Muhammad, Malcolm X, Louis Farrakhan y Saladino el Profeta corre por mis venas. Tus «amigos» te odian, y siempre te odarán. Únicamente alcanzarás tu potencial pleno dentro de la Nación del Islam. —Se inclinó mucho y escribió en un bloc de papel que había sobre la mesa:

Registra este número en tu memoria: es una línea segura para comunicarse conmigo.

Newcombe anotó mentalmente el número, esperando no usarlo jamás. Después rasgó el papel donde estaba escrito.

Ishmael fue hasta un ojo de buey con el vidrio ahumado; miró por él. El océano estaba calmo y reflejaba los rayos del Sol como cegadores sables. Se volvió hacia Newcombe:

—Crees que no te conozco —susurró—, pero estás equivocado. Te conocí en la selva, y en los barcos negreros y llevando el yugo en los campos. Te conocí cuando te torcieron los brazos para sacarte de tu casa y te colgaron de un árbol y te enterraron en sus cárceles para mantenerte fuera de las calles. Te conocí cuando te prometieron libertad, y sólo te dieron la libertad de morirte de hambre. Te conocí, hermano, cuando te suministraron el veneno de su alcohol y sus narcóticos, y te dieron armas

para matarte. Te conocí cuando, finalmente, se cansaron de ti y te dieron la espalda por completo, con la esperanza de que murieras en la selva de hormigón armado que ellos habían construido. Nunca digas que no te conozco. Te conozco como tú mismo te conocerías si hubieras abierto los ojos.

—Te van a arrestar, ya sabes —dijo Newcombe, la voz estrangulada por la emoción—. ¿No te puedes largar de aquí?

El hermano Ishmael se limitó a sonreír.

La cara de Sumi Chan apareció con un *blip* en la pantalla de Li Cheun:

—Estoy llamando —dijo— para informar, tal como usted lo solicitó, sobre el doctor Crane: atracará hoy a la tarde y regresará a la fundación.

—Excelente. ¿Te has encargado de la colocación del equipo de escucha en su residencia y en sus laboratorios?

—Sí, señor Li.

Li miró cómo los ojos de Sumi se cerraban en forma casi imperceptible:

—¿Tiene algún problema para cumplir esta misión?

—No, señor —dijo Sumi con rapidez—. Ocurre, simplemente, que he sido uno de los principales partidarios del doctor Crane durante muchos años, y lo conozco personalmente...

—Permíteme explicar esto con toda claridad, Sumi —dijo Li, complacido al ver que un cierto temor se dejaba ver en el rostro que flotaba a unos treinta centímetros de él—. Puedo alzarte o destruirte. Si trabajas para la Sociedad de Geología, trabajas para mí. Si concedes becas soy yo quien las está concediendo. Si no quieres este trabajo...

—Señor, maldigo mis pensamientos. Estoy totalmente entregado a usted y a Liang International.

—Crane es tu trabajo, no tu hermano.

—Sí, señor. Le pido disculpas, señor.

—No hay motivo. Estás haciendo un excelente trabajo. Por favor, aguarda un instante.

Li miró a Mui, quien congeló a Sumi Chan en medio de la sonrisa falsa.

—Cuéntame sobre Ishmael —dijo Li.

—Miedo general y reacción negativa ante la exigencia de un Estado islámico —dijo Mui, leyendo directamente de su pantalla—. Reacción *muy* negativa de los estados sureños que él mencionó como ubicación para una nueva Nación del Islam. Un primer análisis indica que los candidatos de Yo-Yu esgrimirán el factor del miedo y lo aprovecharán en las próximas elecciones.

—Ya veo —dijo Li y se le ocurrió una idea—. Vuelve a comunicarme con Sumi Chan.

La cara de Sumi se volvió a formar, pero ahora con aspecto más relajado: se había

aplicado mucha *dorf* mientras estaba en espera.

—Señor —dijo Li—, tengo gran fe en usted. ¿El hermano Ishmael sigue a bordo del *Diatrobe*?

—Lo estaba cuando hablé con Crane hace unos minutos.

Li hizo enmudecer su microteclado de muñeca y miró a Mui.

—Haz que la Fuerza Policial Federal intervenga en esto. Ve si lo pueden arrestar mientras está aún en el yate. Acúsalo de sedición. Lo queremos vivo... diles eso.

Mui dio mazazos en el microteclado, después, desde la oscuridad, le señaló a Li.

—Se notificó a los elementos de la FPF de Los Ángeles. Las G están en camino.

Li hizo una breve inclinación de cabeza para asentir; después, volvió a conectar a Chan.

—Lo que deseo que haga ahora es que tome un helicóptero y recoja al doctor Crane y lo transporte a la fundación, con nuestros saludos. Le entregaremos a usted suficiente dinero como para mantener a la fundación funcionando en línea hacia su objetivo. Le daremos a Crane todo lo que quiere... por ahora. Pase mucho tiempo en la fundación. Ahora es ésa su obligación principal. Ya encontraremos a alguien más que se haga cargo de las actividades cotidianas suyas en el Servicio Geológico. ¿Entendido?

—Sí, señor. Gracias, señor.

—Camine por la sombra, señor Chan.

—Lo mismo usted, señor Li.

Mui borró la cabeza de Chan, mientras Li contemplaba a California. Crane había entrado en liza mediante una bravuconada, y se había convertido en jugador, pensaba Li. Bien. Ahora Crane tendría que resignarse a serlo.

Parado al lado de Lanie, en la cubierta de observación, Crane estaba inquieto, pero no por el calor que le daban las vestimentas ni por la rutilante luz del Sol, que duplicaba su intensidad a través de la reflexión en el agua. Se estaba volviendo neurótico, al estar confinado en el yate. El brazo le latía con un dolor sordo: había actividad en alguna parte. No cerca, porque si no el brazo le habría dolido. Así y todo, tenía una sensación creciente de dolor. Se lo frotó.

Los ojos de Lanie se abrieron mucho.

—¿Qué pasa?

—Algo... acaba de ocurrir —dijo, sintiendo tensión en su interior—. Y estoy paralizado aquí, en medio del remaldito océano.

—¿Es cerca? —preguntó Lanie—. ¿Un terremoto profundo en una fosa submarina de subducción, debajo de nosotros, quizá?

Crane negó suavemente con la cabeza, toda su atención centrada en una bandada que volaba a unos cien metros de la banda de babor de proa: los pájaros eran demasiado grandes y se estaban acercando con rapidez.

—Esta parte del océano no sufre subducción. California se encuentra sobre una falla de transformación, y las placas del Pacífico y de Norteamérica se rozan entre sí cuando se desplazan en diferente dirección. Ya sabríamos si algo estaba ocurriendo ahí abajo. Pero, gracias.

—¿Por qué?

—Por no cuestionar mi intuición.

Los pájaros habían atraído la atención de Lanie también. Los observaba con el ceño fruncido.

—Dan dice que usted lo siente en el brazo.

—¿Qué más?

Lanie se volvió y le sonrió:

—El sabe que debe de funcionar porque puede percibir las sensaciones suyas como un dolor agudo.

—¿En el culo?

—Sí. Esos pájaros de ahí... ¿no son enormemente grandes para ser gaviotas?

—Demasiado grandes y demasiado ruidosos. ¿Oye el ronroneo?

—No.

Crane observaba mientras se acercaban, planeando, sus pequeños motores zumbando listos para enfoque. Cámaras radiocontroladas disfrazadas de gaviotas, los estaban buscando.

—Creo que el cuerpo de prensa nos acaba de descubrir —dijo Crane.

Las cámaras pasaron rozando la cubierta. En el costado se veían los logotipos de las estaciones noticiosas. Después hicieron un elegante giro hacia el mar, describiendo un amplio círculo en torno del *Diatribes*, para después estrechar ese círculo.

—Debemos de estar aproximándonos —dijo Lanie—. ¿Vio los pájaros sin marcas identificatorias?

Crane asintió con la cabeza:

—FPF, las G. Lo están persiguiendo al hermano Ishmael. Apuesto a que harán el intento y lo capturarán antes de que atraquemos.

—¿No hay algo que usted pueda hacer?

—Se debió haber ido cuando lo hicieron sus guardaespaldas, inmediatamente después de la reunión. No puedo creer que no lo hiciera.

Uno de los pájaros sin marcas pasó zumbando sobre la cubierta, y Crane le dio un golpe violento con la mano cuando el aparato le pasó a unos centímetros.

—¡Gracias por darnos la bienvenida a Estados Unidos! —Le gritó, haciendo bocina con las manos, al resto de las cámaras que revoloteaban—. Esperamos ansiosamente encontrarnos con muchos de ustedes en el momento en que llegemos. —Después murmuró—: ...Bastardos.

Saludó agitando la mano sana, instando a Lanie a que sonría y saludé también.

—Mire esas nubes —dijo Lanie.

Crane alzó la mirada para ver su propia cara sonriente que saludaba, proyectada sobre nubes cumulus que estaban a unos quince mil pies de altitud.

—Esas combas me hacen aparecer gordo —dijo, para después apuntar con un dedo—. Divirtámonos un poco con ellos. Quédate acá.

Se apresuró a descender por la escalerilla, riendo, para dirigirse hacia el bote salvavidas que colgaba sobre la cubierta principal. De él tomó el equipo de supervivencia, antes de volver a la carrera a la cubierta de observación.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Lanie, cuando Crane abrió la caja de aluminio y empezó a hurgar en ella.

—Tiene que estar por aquí, en alguna parte —dijo y, de pronto, exclamó—. ¡Ajá! De la caja sacó una pistola de señales y la alzó con gesto de triunfo.

—¡Si el mundo nos está observando, entonces démosle un espectáculo que podrá recordar!

—No estará hablando en serio —dijo Lanie, al tiempo que se alejaba varios pasos de Crane.

—Siempre hablo en serio —contestó Crane, y metió un cartucho muy grueso en la única recámara. Cerró el cañón con un chasquido de su muelle y levantó el arma con la mano. Disparó directamente al medio de las quince gaviotas: primero un estampido sordo; después, una estela rojo pálido señaló la trayectoria ascendente hacia la bandada, donde la bengala estalló en rojo brillante al hacer impacto.

—¡Blanco perfecto! —dijo Lanie aplaudiendo cuando vio a dos gaviotas que caían en pedazos en el océano, mientras una tercera se alejaba, perdiendo altura a cada instante. El pájaro herido carecía de insignias: era de la FPF, evidentemente. El pájaro desapareció detrás de una marea tendida a quinientos metros de la *Diatriba*, mientras todas las demás cámaras giraban en esa dirección para observar.

Crane volvió a cargar el arma y se la entregó a Lanie.

—¿Quieres intentar uno?

—¿Me puedo meter en problemas al hacerlo?

—¿Y a quién le importa?

Apretó el disparador y derribó una cámara del noticiario, convertida ahora en una lluvia blanca de centelleante magnesio. Las gaviotas restantes se dispersaron y pusieron más distancia entre ellas y sus cazadores.

Crane pudo ver barcos esparcidos por el océano que convergían hacia el yate; los curiosos o los profesionales aparecían para ver al hombre de los terremotos. Más allá de los barcos, el contorno distante del continente llenaba el horizonte. Estaban en casa.

—¡Buena puntería! —gritó Crane. El cielo estaba cubierto con nubes, las cuales

mostraban cámaras de televisión, mientras la gente las sintonizaba a través de sus implantes auditivos.

—Creo que puede tener razón respecto de que la FPF venga en pos de Mohammed Ishmael.

Lanie señaló varias lanchas rápidas de aspecto inocuo.

—Voy a ir ahí abajo y trataré de detenerlos.

Crane dejó caer la caja y levantó una pierna por encima de la escalerilla.

Al costado del yate se detuvieron varias lanchas, cuya cubierta estaba repleta de hombres enfundados en monos blancos con capuchas blancas y máscaras típicas de la repartición policial, que cubrían toda la cara y traían antiparras incorporadas. Los hombres estaban armados.

Lanie alcanzó a Crane cuando éste se encontraba a punto de ingresar en el comedor.

—¿Sabe lo que está haciendo? —le preguntó, asiéndolo del brazo lisiado.

—No —le contestó. Lanie tenía hermosos ojos inquisitivos. Decían la verdad—. Estuve tratando de urdir algo desde que Ishmael dejó caer su bomba allá en el *Vema II*. Jugué mi baza, necesitaba que todas las cartas cayeran bien... Ishmael enredó las cosas lo suficiente como para arruinar todo.

—Pero usted llegó al acuerdo.

—No llegué a nada.

Desde alrededor de ellos graznaron altavoces:

—Ésta es la Fuerza Policial Federal —una agradable voz femenina susurró como un trueno—. Se nos autorizó para detener a Leonard Dantine, alias Mohammed Ishmael, en virtud de la Ley para Control de la Seguridad en las Calles, del 2005.

—Creo que esto va a tener efecto negativo en las elecciones —dijo Crane, mirando los fantasmas de cara blanca que trepaban a la cubierta principal del *Diatrobe*.

La puerta de la cocina se abrió con un golpazo; Newcombe asomó la cabeza.

—¿No podemos hacer algo para detenerlos?

—¿Es adecuado detenerlos? —repuso Crane, para después aventar con un ademán el gesto de furiosa amenaza de Newcombe—. Lo intentaré.

La pasarela estaba llena de hombres de blanco, que venían hacia los geólogos desde proa y popa y desde arriba. Lanie lo seguía a Crane, pisándole los talones.

—¿Cómo me dice que no llegó a un acuerdo? —dijo Lanie—, pensé que Li...

—Li me dijo que yo tendría que hacerlo otra vez.

Se adelantó para dirigirse a la persona uniformada que tenía ante sí. El G era anónimo: la fuente de su fuerza y su poder para crear miedo.

—Esta nave está fuera de las aguas territoriales de Estados Unidos de Norteamérica —dijo Crane—. Ustedes, en consecuencia, se encuentran fuera de su

jurisdicción y no tienen derecho de estar a bordo. Les agradeceré que se retiren de inmediato.

El G le habló a su microteclado; después asintió levemente con la cabeza.

—Cuatro kilómetros, sesenta y cuatro metros —dijo con tono afable. Hizo un ademán señalando la puerta—: ¿Es éste el único acceso para entrar o salir de esa sala?

—No —dijo Lanie. Newcombe, enojado, avanzó para bloquear la entrada—. También hay una puerta en estribor.

—No va a escapar de ustedes —dijo Newcombe, haciéndose a un lado—, me lo dijo.

Los G penetraron en la sala en gran cantidad. El hermano Mohammed Ishmael estaba serenamente sentado a la mesa del almuerzo, sonriendo con aire beatífico.

—¿Los señores han hecho una reserva?

—De pie —ordenó el G que comandaba—. Está arrestado.

Ishmael se puso de pie.

—No pertenezco a su país. Aun así, no quebranté ninguna ley de ustedes. No me pueden poner bajo arresto.

—Puede hacer una declaración oficial ante el robot que registra las acusaciones —dijo el G, puntillosamente cortés—. Estos señores van a escoltarlo. De usted depende el grado de dificultad.

Seis hombres se adelantaron. Aparentemente desarmados, sus mangas estaban erizadas con bandas electrónicas y de microonda, letales armas defensivas. Formaban un cordón poco compacto en torno de Ishmael. De pronto, se abalanzaron con rapidez para tomarlo.

Aferraron aire vacío. Ishmael era transparente mientras trataban de apresarlo, los brazos de los G pasando a través del cuerpo de él y agitándose inútilmente.

—Una proyección —rió Newcombe—. No es él en realidad.

—Nada más que desde hoy a la mañana —gritó Ishmael. Pasó a través de la mesa y se acercó a Newcombe, a quien le susurró en el oído—: Ponte en contacto conmigo.

Los G salieron en fila sin pronunciar palabra, y el último de ellos le entregó a Crane una factura por la gaviota derribada. La riente proyección de Ishmael describió un círculo para las restantes cámaras-gaviota que, posadas sobre las barandillas miraban hacia adentro a través de las portillas.

—Pueblo del mundo —gritó—, así es el modo en que el animal blanco se comporta. Con salvajismo, con odio. Quise que vieran por qué debemos tener nuestro suelo patrio. Nada nos lo impedirá. Es la voluntad de Alá.

El espectro se desvaneció. Crane volvió a salir, sabiendo que los tipos del gobierno iban a tratar de endilgarle algo con Ishmael, para distraer un poco la atención sobre ellos. Crane tenía que conseguir pasar inadvertido. Subió a la cubierta,

de la cual las gaviotas ya se alejaban, y se inclinó sobre la barandilla contemplando a los G que volvían a subir a su barco. Los noticiosos profesionales hicieron su aparición junto con los camarógrafos aficionados. Pudo percibir a Lanie junto a su brazo, y se volvió. Newcombe no estaba con ella.

—Li y los demás... hicieron un trato con usted —dijo Lanie—. Tienen que respetarlo.

—Únicamente si puedo hacer que se produzca otro terremoto —susurró él, guiñándole un ojo.

Enormes cantidades de barcos de todo tipo y tamaño, una flotilla, los rodeó cuando se estaban aproximando a Los Ángeles. La gente los saludaba con la mano y los llamaba a gritos.

Lanie y Crane saborearon la fama, riendo y devolviendo los saludos.

Crane se inclinó sobre la barandilla y le gritó a los del barco más cercano:

—¡A los del barco! ¿Qué noticias hay sobre terremotos? Percibo que algo acaba de ocurrir.

Un altavoz restalló desde una de las lanchas de noticias.

—Nos enteramos hace muy poco: Martinica fue arrasada por una erupción de la montaña Pelee.

—No desarmes las valijas —le dijo Crane a Lanie.

Después pasó un pie por sobre la barandilla y se descolgó hasta la cubierta principal, todo lo demás olvidado, salvo la cacería, la omnipotente, interminable cacería.

CAPÍTULO 4

Procesos geomorfológicos

LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

20 DE JUNIO DE 2024. 20:47

Nadie sabía que Sumi Chan era una mujer. Nadie. La *yi-sheng* que la trajo al mundo, en medio de un gran secreto, había muerto hacía cinco años. Sus propios padres, que habían urdido el engaño después de que la amniocentesis hubo revelado que su heredero sería una niña, fallecieron en 2022, víctimas de la gripe de San Luis. Ese virus, traído de América por viajantes de comercio, había sido mucho más devastador que la gripe de 1918, que mató centenares de miles de personas en ciudades de todo el Lejano Oriente. En el continente norteamericano la epidemia fue relativamente leve.

Así, durante los dos últimos años, Sumi había estado sola con la mentira de su vida. Y tendría que proseguir sola... aun cuando su simulación de veintiocho años de duración había fracasado por completo en su objetivo: permitir que Sumi heredara sus tierras ancestrales, derecho que estaba prohibido para las mujeres. Pero sus derechos por nacimiento ya no existían; sus tierras habían sido confiscadas por bancarrota; sus padres habían muerto en la indigencia.

Estar atrapada era la experiencia operativa de la vida de Sumi. Había venido a Estados Unidos para estudiar ciencia en el exterior, tal como era la costumbre. El puesto en el Servicio Geológico de Estados Unidos era un trabajo político, que cumplía el único objetivo de darle lustre a la cartera que ocuparía a la larga en una multinacional. Ahora era todo lo que tenía, y temía, con desesperación, que su engaño saliera a la luz y le hiciera perder el trabajo. Despojada de su honor, nada le quedaría. Toda su vida era una mentira. La única verdad que Sumi Chan realmente entendía era el temor de que se revelara esa mentira, y eso la estaba carcomiendo.

Sentada en el interior, parecido a una oficina, de un helicóptero de Liang Corporate, una *batidora* de diseño silencioso que se prefería por su desplazamiento suave, Sumi trataba de no perder la compostura. Crane había sido bueno con ella, le había dado una posición social y había sido sumamente generoso en el reconocimiento de sus contribuciones a los proyectos de él. Le gustaba, también, a pesar de sus excentricidades; a veces, incluso debido a ellas. Crane no merecía lo que estaba a punto de sucederle.

Miró la multitud, unas doscientas personas que se acercaban a la plataforma de aterrizaje que estaba en el sector de dársena del puerto de Long Beach. El Sol estaba

bajo, y una noche clara llena de estrellas empezaba a caer sobre el horizonte de la ciudad más grande del Hemisferio Occidental. Ahora, las sombrillas estaban apretadas con firmeza bajo los brazos, mientras los ciudadanos se quitaban de la cara el filtro solar y se despojaban de la ropa y los guantes antirradiación solar: la libertad de la noche había llegado.

Con cronistas que revoloteaban en derredor como mosquitos, Crane encabezaba la larga fila que avanzaba por los bien iluminados muelles hacia donde estaba Sumi. La mayoría de la gente que seguía a Crane eran cronistas con la cámara en el casco, ciudadanos desempleados o aburridos cuya razón de vivir era salir por televisión, verse proyectados en la fachada de los edificios y en las nubes. Tanta gente lo hacía que ya había dejado de ser una obsesión: era una característica demográfica.

A Crane lo flanqueaban Newcombe y la nueva mujer. ¿Por qué la había traído Crane? Sumi no sabía qué pensar de Lanie King. Parecía tener el impulso de Crane y las emociones de Newcombe, una combinación potencialmente peligrosa pero, lo que era más importante, Sumi temía que la mujer se diera cuenta de su artimaña, del mismo modo que temía que todas las mujeres pudieran ver a través de ella.

El gentío llegó, y Sumi abrió totalmente la puerta del compartimiento para permitir el acceso de Crane y su equipo.

—¡Eh, doctor Crane! —gritó un periodista que llevaba una chaqueta dorada de mandarín—. ¿Cuándo va a ser que el «grande» golpee a Los Ángeles?

—Si yo le dijera que sería mañana —contestó Crane, tomando la puerta corrediza desde adentro mientras Newcombe y Lanie entraban—, ¿qué haría usted? Ésa es la pregunta que debe hacerse a sí mismo.

Deslizó la puerta hasta cerrarla y se dejó caer pesadamente en un asiento giratorio forrado. Gimió, relajándose durante nada más que un segundo, al tiempo que alzaba la mano sana para frotarse suavemente la cara. De pronto, el segundo transcurrió, y Crane saltó al borde del asiento y miró a Sumi:

—¿Qué demonios estamos esperando?

Sumi tocó la pequeña rejilla que había en el posabrazos del asiento.

—Vamos —dijo, y el helicóptero se elevó en un instante. Le sonrió a Crane—. Próxima parada, la mezquita.

—¿La mezquita? —preguntó Lanie, mientras se quitaba el resto del filtro solar de la cara con una toalla.

—Así es como Sumi llama a la fundación —dijo Newcombe, estirándose—. Verás el porqué cuando lleguemos.

—¿Tienes datos recientes sobre la Pelee? —preguntó Crane.

—No conmigo —dijo Sumi.

—Dame la mejor información que tengas. Martinica está en la cadena de las Antillas, ¿no es así?

—Sí.

Newcombe interrumpió de manera intempestiva, antes de que Sumi pudiera continuar.

—Podría haber más erupciones.

—Ya las hubo —dijo Sumi—. Dos más... de menor intensidad. En estos momentos, el verdadero problema es el estado del tiempo: veinte ríos salen de Pelee, en creciente y desbordándose. La montaña empezó a desmoronarse... derrumbándose en forma de deslizamientos de barro que arrastran aldeas enteras. —Sin hacer pausa, Sumi preguntó—: ¿Puedo convidarlos con una bebida? ¿Un poco de *dorf*?

—No —contestó Crane, mientras daba un golpecito al microteclado de muñeca para conectar el implante auditivo—. Sumi, llama a los medios de prensa: quiero llevar a algunos conmigo a Pelee, si no para mañana ya se habrán olvidado de quién soy. Y consíguelo a Burt Hill, en la fundación. Dile que quiero una docena de médicos de emergencia y otra de hombres de gran tamaño.

—¿Hombres de gran tamaño?

—Hombres fuertes... hombres que puedan cavar. A propósito, me da gusto verte de nuevo, Sumi.

—Sí, señor —contestó Sumi, mientras empleaba el enlace de comunicaciones que tenía en el asiento, financiado por la fundación, para preparar un memorándum de conferencia en cuarenta canales, dirigido a las principales organizaciones noticiosas.

En su microteclado, Crane puso en actividad la fibra de comunicación exclusiva para hablar con Harry Whetstone. Giró en el asiento para contemplar el espectáculo nocturno de Los Ángeles a través de la ventanilla del compartimiento, mientras aguardaba a que la llamada encontrara al interlocutor. Le gustaba su benefactor, el viejo Stoney. Gran tipo. Una maldita pena que su dinero, todos esos miles de millones de dólares, fuera mantenido como rehén por los tribunales. «Matad a los abogados», como dijo Shakespeare. Aun así, Stoney tenía abundancia de cosas y gente a su disposición, de modo que podía proporcionar lo que se necesitara.

—Whetstone —llegó una voz firme, pero amistosa.

—Stoney, habla Crane.

—Oye, qué agradable es oírte. ¿Cómo diablos resultaron las cosas con el Gran...?

—No hay tiempo para eso ahora, amigo. Quiero tu avión y necesito equipo.

—¿Pelee?

—Debo partir en el lapso de una hora. ¿Puedes llevar el avión a mi pista de aterrizaje dentro de los próximos treinta minutos?

—Lo siento, solamente te puedo dar un pájaro grande. Un reactor antiguo sin foco. Tendré que ver si le pusieron combustible. De ser así, lo tendrás según tu cronograma, en caso contrario, se necesitará más de media hora sólo para recargarlo. Tengo acceso a algo de equipo pesado que te puedo enviar también, si lo deseas.

—Por Dios, no —dijo Crane—. Lo que necesito son picos y palas: ¿me los puedes conseguir?

—¿Estás seguro de que...?

—Picos y palas, Stoney. Llámame de nuevo por la fibra Q cuando tengas un tea. Apúrate.

Allá abajo, la ciudad estaba llena de vida. Las imágenes televisadas aparentemente convertían en cristal líquido toda superficie horizontal —edificios, carteles, paredes y vehículos—, los edificios más altos adoptaban una semejanza de vida cuando esas enormes imágenes les llenaban por completo sus veinte o treinta pisos. El helicóptero enfilaba hacia el norte, hacia el pico Mendenhall, en las montañas San Gabriel.

—¿Por qué los G subieron a bordo de mi barco hoy? —preguntó Crane en voz alta.

Sumi respondió con lo obvio. Siempre tenía que ser cuidadosa con la verdad que rodeaba a Crane.

—Se produjo una gran reacción negativa ante las exigencias de Ishmael. La gente quiere que se adopte alguna actitud: teme lo que se está acumulando en la Zona de Guerra.

—¿De qué modo nos afecta eso?

—Es demasiado pronto para saberlo. Nos es perjudicial... no sabemos en qué grado.

—Pero Li no corre riesgos, ¿no es así?

—El señor Li es un hombre de negocios —contestó Sumi de inmediato—. ¿Qué esperabas?

—Esperaba que nos protegiera a mí y al acuerdo que celebramos —retrucó Crane. Después desechó el pensamiento—. Esto no debe sorprenderme. —Su mente se desplazó hacia el control de los daños—. Tan sólo necesito manejar yo mismo las cosas. Puedo sobrevivir a Ishmael.

Suspiró y se sacudió para aventar una oleada de cansancio: podía dormir en el vuelo hacia Martinica. El horror se estaba extendiendo dentro de él: podía sentir el sufrimiento. Sabía del pánico que hace martillear el corazón, en aquella gente que queda atrapada adentro de su casa, debajo de toneladas de barro y roca. Las lágrimas afloraron en sus ojos y se las quitó con la mano, obligándose rápidamente a recuperar la indiferencia por las emociones, que le era esencial para soportar desastres como el de Sado y, ahora, el de Pelee.

Trató de concentrarse en el espectáculo nocturno de abajo. Se veía el helicóptero de Liang en muchas de las pantallas de televisión. Había motivos para la existencia de las pantallas externas, servían, principalmente, para mantener ocupada a la gente que aguardaba en filas inmensas para satisfacer necesidades básicas. Lo electrónico

era barato y entretenido y hacía que la persona se distrajera del hecho de que la infraestructura del país era vacilante. Departamentos paupérrimos; escasez crónica de alimento debida a la escasa existencia de campos sombreados que hicieran rendir su producción. Salarios miserables hacían que el consuelo electrónico fuera lo mejor, después de la *dorf*.

Más abajo, uno de los helicópteros que los perseguía descendió demasiado y su patín de aterrizaje rozó el costado de un edificio, por lo que la máquina primero chocó con los morros sobre el techo plano y después cayó dando tumbos. Todos los ciudadanos corrieron hacia la escena con sus cámaras. En cuestión de segundos, el helicóptero de los geólogos había dejado atrás el lugar del siniestro y Crane siguió el accidente desde las pantallas de televisión. Varios hombres con barretas saltaron encima del fuselaje del helicóptero para robar el foco. Dos hicieron palanca sobre el disco de veinticinco centímetros y otro se metió en la humeante cabina en busca de sobrevivientes.

—¿Hay algo *bueno* que esté ocurriendo? —preguntó Crane en su asiento aún girado para mirar la bahía.

—Kate Masters —dijo Sumi— dio su apoyo incondicional a su plan, a cambio de que el Estado permita que el Procedimiento Vogelmann quede fuera de los temas sobre seguro de salud.

—Grandioso —contestó Crane, moviendo la cabeza en gesto de negación, ante la idea del implante para evitar el embarazo—. Ahora estamos en el negocio del control de la natalidad.

De los centenares de pantallas de televisión que había debajo de ellos, la mitad seguía proyectando la caída del helicóptero: cuando los vándalos sacaron el foco de la nave deshecha, el otro hombre surgió de la cabina arrastrando al desorientado piloto. Los dos vieron a los vándalos y atacaron, luchando con ellos por el foco. Una sola de las poderosas celdas líquidas generadoras de electricidad que contenía el foco podía mantener funcionando una casa durante un año. Mucha gente mataría por una de esas celdas.

El microteclado de pulsera zumbó y Crane encendió su implante auditivo:

—¿Sí?

—Stoney —fue la respuesta—. El pájaro tiene combustible y está listo para despegar. También tengo algunos miles de picos y palas en un camión que ya está en camino hacia ti desde un depósito en el norte de Los Ángeles.

Las luces se iban desvaneciendo a medida que llegaban a la negrura de la Zona de Guerra, la atrincherada e intensamente fortificada sección de casi tres por seis kilómetros cuadrados de propiedad inmueble otrora llamada Los Ángeles Este. El territorio del hermano Ishmael.

—Buen trabajo, Stoney —respondió Crane—. Dale todo mi cariño a Katherine.

—Crane... respecto del avión...

—No lo voy a traicionar como al último. Palabra de honor.

—Gracias.

Crane suprimió las conversaciones mientras pasaban por encima de las luces del perímetro establecido por las tropas que rodeaban la Zona de Guerra. La zona en sí estaba totalmente cubierta con redes de malla gruesa en las azoteas y en los costados de los edificios. Nadie había entrado ahí desde hacía años. Tampoco se tenía la menor idea de cuántos *afric*-hispanos vivían adentro ni de qué hacían para sobrevivir. Las tropas permitían el ingreso de camiones que transportaban material que no fuera de contrabando. Entraban tan pocos, que mucha gente especulaba que la cantidad real de seguidores de Ishmael era bastante reducida. Ése era un tema debatible, pues una gran cantidad de niños puede nacer en un lapso de quince años; niños que solamente tendrán acceso a una retórica contracultural. Jóvenes soldados.

El piloto ganó altura al llegar a la Zona de Guerra.

—Saldremos a los treinta minutos de haber llegado —le dijo Crane a Lanie—. Es mejor que los llames con antelación para que te preparen algún equipo que necesites llevar.

Hizo un rápido cálculo en el microteclado de muñeca.

—Te concedo cuatro metros cuadrados con cincuenta de almacenamiento, con un límite de peso de dos toneladas.

—Me aseguraré de que nuestras bolsas sean llevadas directamente de aquí al avión —dijo Newcombe—. Después haré que Burt...

Crane lo interrumpió.

—Tú no vas. Te necesito en la fundación, para que busques otro terremoto... cualquier terremoto. Las franquicias latinoamericanas siempre son una buena posibilidad.

—¿La llevas a Lanie y a mí no?

Crane no podía entender la perplejidad que se leía en la cara del geólogo.

—Ella necesita el curso acelerado, doctor —contestó, inflexible—, y tú necesitas resguardar nuestro culo. Fin de la discusión.

Giró sobre el asiento dándoles la espalda, sin deseos de lidiar con la vida emotiva de Newcombe. Necesitaba que Newcombe estuviera feliz, naturalmente, pero, más que eso, necesitaba que estuviera concentrado.

El helicóptero se inclinó levemente hacia el oeste, enfilando hacia el valle. Ahora estaban cruzando centenares de líneas de falla. Los Ángeles estaba montada encima del sistema de los Parques Elíseos, un patrón entrecruzado de fallas interconectadas, suficientemente poderoso como para hacer que se derrumbe toda la ciudad. Crane sacudió la cabeza. ¿Cuánta de la gente del hermano Ishmael moriría en un terremoto así?

El piloto descendió un poco después de pasar la Zona de Guerra. Estaban cruzando sobre otras fallas también; fallas más grandes —las de Santa Susana, Oak Ridge, San Gabriel, Sierra Madre—, todas capaces de generar inmensos terremotos. Después estaba la más famosa, la falla de San Andrés, cuarenta y ocho kilómetros al este, un tajo de casi mil trescientos kilómetros de largo, que señalaba el límite entre las placas del Pacífico y de Norteamérica, y el sitio en el que, con el tiempo, la acumulación de la presión proveniente de dos impresionantes placas que se desplazan en direcciones diferentes iba a desgarrar y trasladar el oeste de California hacia el norte. Fue un breve corrimiento en una falla, la falla de Northridge, el que había moldeado la vida de Crane. Después del año en el que ganó el Premio Nobel, se la había rebautizado Falla de Crane.

Nunca entendió por qué la gente le preguntaba por «el grande». El terremoto que podría destruir Los Ángeles provendría desde cualquiera de las mil diferentes fracturas de falla, ya fueran tectónicas o de esfuerzo por movimientos tectónicos. Mil maneras de desgarrar la Tierra, mil maneras de morir. Lo que resultaba más interesante respecto de California no era que pudiese morir con tanta facilidad, sino que no había muerto aún. Ése era el motivo por el que Crane había decidido construir su fundación en las montañas San Gabriel, montañas formadas por actividad de corrimiento. Quería estar en el medio de la acción. Para aniquilar a la bestia había que ir a buscarla a su guarida.

El helicóptero se inclinó hacia el valle, apresurando la llegada de ellos a Mendenhall.

—Lanie —dijo Crane, señalando por la ventanilla del compartimiento—, ven para que eches el primer vistazo a tu nuevo hogar.

Lanie se acercó a él. Crane sonrió cuando la vio jadear por la sorpresa. A ese lugar sólo se podía llegar por aire. Construida a mitad de camino hacia la cumbre de más de mil cuatrocientos metros de altura sobre un afloramiento rocoso, la fundación se encontraba en el centro de un panel de líneas de láser de rubí, haces sincronizadores para medición de distancias, que podían percibir los movimientos telúricos más insignificantes. Era la ciencia en su aspecto más hermoso: líneas rojo claro recortándose contra una noche brillante de estrellas.

Cuando se acercaban lentamente al terreno pudieron ver al transporte supersónico de Whetstone describir un círculo en torno de la montaña, para después zambullir la nariz en dirección a la larga pista de aterrizaje que se extendía desde las zonas operativas de la fundación.

—¡Dios mío, pues sí que parece una mezquita! —exclamó Lanie

—Te lo dije —replicó Sumi. Luego miró a Crane—. Cinco periodistas están ahora en camino hacia aquí.

—¿Cuándo llegarán?

—Nos vienen pisando los talones. La única gente que podría llegar aquí dentro del horario que fijaste es la que nos siguió desde el puerto, ¿está bien?

—Tendrá que estarlo. Asegúrate de que tengan espacio para aterrizar.

—¿Por qué el edificio principal parece una mezquita? —preguntó Lanie.

—Darwinismo arquitectónico —contestó Newcombe.

—No entiendo.

Se desplazaron a través de la malla de las líneas de láser, centrándose en la plataforma de aterrizaje que estaba cerca del edificio principal. La construcción era de piedra, inmensa y cuadrada coronada con una gran cúpula.

—Construí este edificio como una mezquita —dijo Crane— porque nunca me enteré de que una mezquita fuera destruida por un terremoto. Algunas de las de Medio Oriente estuvieron de pie durante mil años. Sólo la ejecución de la Opción Masada las pudo destruir. El arquitecto otomano del siglo XVI, Sinan, empleó un sistema de refuerzo con cadenas para evitar que los edificios públicos de la época fueran destruidos por los terremotos. Y eso funcionó.

El helicóptero descendió cerca de la mezquita. De inmediato, Crane corrió la puerta del compartimiento y salió de un salto. La zona estaba bien iluminada y las construcciones bien diseminadas. El laboratorio, rematado con una cúpula, tenía una altura de tres pisos y se erguía solo al aire libre. Un centenar de metros más allá, acurrucada contra la montaña, estaba la estructura de las oficinas, larga y baja, como un tren. Por encima de las oficinas, y engarzada en la ladera, había una serie de cabañas parecidas a chalés. Las residencias de la fundación estaban construidas sobre plataformas provistas de resortes amortiguadores. Había diez, conectadas por una serie de escaleras de acero que quizá llegaban hasta unos noventa metros por encima de los terrenos de la fundación. La pista de aterrizaje, un largo tubo refulgente que llegaba hasta la oscuridad, se extendía del otro lado del laboratorio. El reactor Jumbo de Whetstone estaba posado en el centro. El compartimiento posterior de la nave estaba abierto para que los trabajadores pudieran cargar el equipo y los suministros médicos, lo más rápido posible.

Burt Hill vino corriendo, mientras los ocupantes descendían. A su alrededor, otros helicópteros estaban aterrizando.

—Doc —gritó con su larga y tupida barba colgándole sobre el pecho—, ya nos hemos encargado de todo, salvo del personal médico. Los que usted llevó a Sado todavía no están listos para regresar al servicio.

—Naturalmente —dijo Crane, caminando hacia los enormes portones del laboratorio—. Esto es lo que harás: llama a Richard Branch, en la Facultad de Medicina de la use, y le dices que envíe una docena de sus mejores estudiantes. Dile que les brindaremos el mejor adiestramiento que jamás hayan tenido. ¿Entendiste?

—Entendí —contestó Hill.

Lanie le había cobrado cariño a Burt en Sado, donde su desempeño con las secuelas de la tragedia la había impresionado profundamente. Burt pudo haber tenido cualquier edad entre los treinta y los sesenta, pero la mirada de sus grandes y expresivos ojos azules era inmemorial.

—Oh, Burt —dijo Crane—, hay un camión lleno de picos y palas que está en camino. Necesitamos estar listos para traerlo.

—Lo primero que haremos es sacar del hangar a Betsy. ¿A qué hora usted espera salir de aquí?

—Son casi las diez —dijo Crane—. Diez y treinta como máximo. Muévete.

—¿Quiere que vaya con usted? —preguntó Hill.

—No esta vez, Burt. Tú te quedas aquí con el doctor New-combe. Para ayudar. En el momento que mejor te cuadre quiero que hagas una exploración de seguridad en busca de equipo de vigilancia electrónica. Haz una exploración clase A.

—¿No lo llevas a Burt? —preguntó Newcombe, furioso—. ¿Qué maldita clase de viaje es éste?

—No estoy acostumbrado a que se cuestionen mis decisiones —dijo Crane, incinerando a Newcombe con la mirada.

—Pues prepárate para eso —dijo Newcombe—, porque no voy a permitir que Lanie...

—¿¡Tú vas a *qué!*? —gritó Lanie, aferrando el brazo de Newcombe. Crane contuvo una sonrisa cuando vio el fuego trepar por la cara de la mujer y encenderle la mirada—. ¿No me vas a *permitir* que vaya? ¿Desde cuándo eres mi padre, mi jefe, o Dios?

—No lo entiendes —dijo Newcombe—, esto es mucho más peligroso que Sado. La última vez...

—Es suficiente —dijo Crane, abriendo los grandes portones dobles con la placa de la Fundación Crane, vaciada en bronce, encastrada al lado. Nada mecánico, nada que se pudiera trabar en una emergencia—. Hablaremos en la sala de control.

Lanie, completamente asombrada, siguió a los hombres hacia el laboratorio. La Fundación Crane era el edificio más increíble que hubiera visto jamás, sin excepción. Se erguía como un águila sobre un precipicio peligroso, provocando a la naturaleza para que la desafíe: Crane agitando el puño en la cara de Dios. Pero ni siquiera el espectáculo de la fundación la preparó para lo que le deparaba el laboratorio.

Inmenso, totalmente abierto, su centro y su cúpula dominados por un globo terráqueo de tres pisos de alto. Pero era nada más que un mapa. Rodeados por aureolas de lluvias de chispas había operarios subidos a grúas y escaleras altas, que estaban realizando soldaduras en la parte superior de la corteza. La esfera tenía un suelo, en el que estaban perfectamente marcados los contornos de las masas continentales y los océanos. Sólo estaba terminado en forma parcial y Lanie pudo ver

millones de diminutos alambres en sus entrañas, así como tubos de vacío y redomas evidentemente ubicados de modo de recibir materiales en fecha futura. Un núcleo central se parecía a un pequeño alto horno.

Lanie comprendió de inmediato:

—Usted está haciendo el mundo —dijo, sorprendida al descubrir que su propia voz estaba chillona.

—Todo esto es tuyo —dijo Crane con ligereza—. Es por esto que se te contrató.

—¿Mío?

—Usted va a duplicar el desarrollo histórico de nuestro planeta, señorita King. De las condiciones actuales que hay en él...

—¿Su capacidad para hacer predicciones va a depender de *esto*?

La mirada de Crane era dura y traviesa al mismo tiempo. La mirada del tahúr, pensó Lanie.

—No —respondió Crane con suavidad— la haremos depender de *ti*. El globo será tu herramienta, pero tendrás ayuda para forjar tu herramienta... demasiada ayuda, temo que vas a pensar muchas veces.

Su mirada danzaba por la picardía y la exuberancia, lo que dejó pasmada a Lanie.

—Ah, esos ayudantes. Ahora tendrás botánicos, biólogos, físicos...

Newcombe interrumpió.

—Podemos hablar sobre esto en otra ocasión. Ahora hay algo que debemos arreglar ya mismo.

El tono de voz era áspero.

—Claro que sí —dijo Crane, dándose vuelta y empezando a salir.

Newcombe lo seguía como si lo hubiera estado acechando. Lanie los seguía rezagada caminando de espaldas, incapaz de sacar los ojos de encima de la monstruosa esfera que iba a ser de ella... De ella ¿para hacer qué? Giró sobre sí y advirtió que en todo el edificio no había visto vidrios. En las paredes no había cosa alguna que pudiera caer y causar daño. Desde el techo hasta el piso era pura piedra; pequeños laboratorios llenos de equipo sismográfico y aparatos de informática que no tenían puertas, sólo los vanos, y también carecían de ventanas. Todo parecía estar asegurado con pernos. La iluminación provenía de diminutas y brillantes lámparas microicas sumidas en la piedra negra de las paredes.

En el extremo opuesto de la sala abierta, un muro de treinta metros de largo y dos pisos de alto estaba dedicado a sismógrafos en miniatura que daban sus lecturas de picos y valles, tanto en la escala Richter como en la más popular de Magnitud Instantánea. Había varios miles, algunos lanzando pitidos, algunos sonando como campanillas. Lanie conjeturó que los que estaban produciendo ruidos estaban percibiendo los terremotos continuos, las campanillas más sonoras indicando la señal de temblores que habían logrado llegar a la superficie. En el muro, bien a lo lejos, una

de las máquinas estaba gimoteando de manera constante, casi como un bebé. Ese sonido le dio escalofríos a Lanie: Martinica.

Un conjunto de escaleras metálicas que tenía la indicación «Prohibido el paso para todos», estaba embutido en el muro que estaba al lado de las escalas. Crane y Newcombe ya las estaban trepando, dirigiéndose hacia una pequeña casamata que sobresalía de la piedra, cerca del techo. Lanie apresuró el paso para unírseles, mirando hacia arriba, no hacia abajo: el vértigo era su debilidad.

Se escurrió a través de un estrecho marco de puerta y se metió en la sala de control. Al igual que una casamata de época de guerra, era pequeña y estaba repleta de cosas: las paredes estaban cubiertas con paneles de control que, supuso Lanie, podían tener acceso y poner en marcha la mayoría de los aparatos que había en el laboratorio. Una abertura, muy parecida a una ventana grande practicada en el muro de piedra de treinta centímetros de espesor, daba hacia el globo.

Newcombe le alcanzó un juego de auriculares para protección auditiva —tanto él como Crane ya los tenían puestos— y le indicó que se los ponga. Así lo hizo. Crane, que no parecía estar muy feliz, oprimió un botón y se oyó un penetrante bocinazo. Un sonido que producía dolor incluso a través de los protectores auditivos: si alguien estaba escuchando desprotegido, ya no tenía tímpanos.

Se quitaron los protectores. Crane tocó un botón del panel, con lo que cargó la sala con electricidad estática para bloquear cualquier intento de escucha electrónica. El aire que los rodeaba restallaba con diminutos relámpagos azules que, de pronto, producían cosquillas en la piel de Lanie, y se le paraban los cabellos.

Crane se sentó pesadamente en el único asiento de la habitación; después, lo pensó mejor y se paró. Miró a Newcombe con gesto inexpresivo:

—¿Qué pasa? —preguntó—. Sácatelo de adentro, Dan.

—No vas a llevarte a Lanie a Martinica —afirmó con tono rotundo. Después se volvió hacia ella, alzando la mano pidiendo silencio—. Óyeme bien. Eres nueva en esto. No tienes preparación en técnicas de salvataje ni de supervivencia. —Se dio vuelta bruscamente para volver a enfrentarlo a Crane—. Te va a estorbar más que lo que va a servir de ayuda.

—¡No seas tan condescendiente, maldita sea! —A Lanie le estaba resultando muy difícil controlar la ira que sentía por Dan, y que amenazaba avasallarla—. ¿De qué otra manera puedo conseguir la experiencia, si no participo?

—Tan sólo escucha un momento, ¿puede ser? —le dijo Newcombe. Su cara mostraba dureza—. La última vez que Crane hizo un trabajo en un volcán en erupción perdimos siete personas.

—¿Quieres decir...?

—Sí. Muertas. La mitad del personal no regresó. No estábamos buscando publicidad en aquel entonces, por lo que el asunto nunca adquirió grandes

proporciones.

Lanie miró a Crane.

—¿Es verdad eso?

—Es verdad —dijo sin la menor vacilación—. Fue en Sumatra. Un nuevo volcán había surgido en la isla en el lapso de un mes. Estábamos evacuando el otro lado del cráter, lejos del flujo de lava, porque yo temía que se abriera un cráter parásito, cuando se desmoronó la chimenea. —Le devolvió la mirada a Lanie, quien no pudo percibir ni arrepentimiento ni tristeza en él—. No fuimos suficientemente rápidos. El nuevo cono voló la mitad de la montaña. Jamás encontramos cuerpos siquiera. ¿Todavía deseas venir?

Lanie se sacudió con la acometida de un desafío trascendental, que le podía modificar la vida.

—¿Realmente podré ayudar?

—Trabajar con un volcán activo te dará más conocimientos sobre tectónica, que leer todos los libros del mundo sobre el tema. —Fue la sencilla respuesta de Crane—. Si puedes curar una herida, podrás ayudar.

—Pues entonces voy —dijo sin vacilar.

—Si ella sube en el avión, entonces yo también lo hago —dijo Newcombe, inflexible.

—No —replicó Crane—. Te pasarías todo el tiempo tratando de protegerla, lo que hará que ambos sean inútiles. Además, ya te dije que te necesito aquí.

—No me hagas eso —dijo Newcombe en voz baja, acercando la cara a la de Crane.

—A ti —repitió Lanie—. ¿Por qué todo vuelve a ti?

—Tan sólo estoy utilizando a mis empleados para su mayor beneficio —dijo Crane—. Quizá debas pensar más en el programa que en tu vida sentimental, Dan.

—Eso me ofende —dijo Newcombe—. Yo no te pedí que la trajeras acá. Yo no...

—¡Suficiente! —dijo Lanie. Su brazo dejó una estela de relámpagos azules cuando lo movió frente a sí para señalar a Newcombe. Hizo una breve inclinación de cabeza hacia Crane—. ¿Podemos tener un instante a solas, por favor?

Crane miró a uno y a otra, y Lanie pudo leer en su mirada el miedo de haber cometido un enorme error al contratarla: si Lanie iba a hacer que esto funcione, eso tendría que ocurrir ahora mismo.

—Claro que sí —dijo Crane finalmente—. Estaré abajo, cerciorándome de que todo ande bien.

Empezó a dirigirse hacia la puerta, se volvió y dijo:

—Arreglen esto *ahora*.

Hubo varios segundos de silencio después de que Crane se fue. Lanie y Newcombe se contemplaban mutuamente a una distancia de un metro.

—No me perjudiques en esto —dijo Lanie por fin.

La cara de él adoptó una expresión de dolor.

—No quiero que quedes herida... quizá, muerta —dijo Newcombe—. No tienes preparación. A Crane no le importa. Hace cualquier cosa cuando se está enfrentando con uno de sus remalditos demonios. Perderte así... No podría soportarlo.

Lanie fue hacia él y permitió que la tomara entre sus brazos.

—Quiero este puesto, lo quiero con desesperación —dijo ella con fervor—. Éste es el desafío más grande, la mejor oportunidad que un especialista en imágenes podría esperar conseguir jamás, y no quiero que se pierda.

Él le acarició suavemente el cabello.

—No vale la pena morir por eso —susurró Newcombe, la carga estática aumentando levemente toda vez que los cuerpos se tocaban.

—Tú me conoces. Tú conoces lo que me impulsa.

—Sí.

—Pues entonces, escucha: para mí es mejor morir en la llamarada del descubrimiento, que vivir sabiendo que perdí la oportunidad de mi vida.

—No digas eso.

—Es cierto, Dan, y lo sabes. Si evitaras que haga esto, me perderías para siempre.

Newcombe se apartó de ella, le dio la espalda y fue hacia el lado opuesto de la diminuta habitación. No había adonde ir, no se podía escapar de la verdad. Cuando se volvió otra vez, en sus ojos se leía la confusión.

—N-No quiero perderte... eso es todo.

—No me perderás —dijo Lanie con tono apacible, y supo que lo estaba manipulando del mismo modo en que lo haría Crane—. Regresaré antes de que te des cuenta. Haz esto: dispón que mi equipaje, y todas las cosas que tengo en el depósito, los suban a tu bungalow. Asegúrate de que muden todo lo mío. Cuando vuelva, empezaremos nuestra vida juntos.

—¿Lo dices en serio?

Lanie asintió con la cabeza:

—Soy toda tuya, amor mío. —Extendió la mano—. ¿Trato hecho?

Newcombe le dio su mano vigorosamente; después la abrazó, la alzó del piso y la hizo girar por el aire, besándola. La volvió a dejar en el piso, la mirada endureciéndose otra vez:

—Tan sólo mira bien lo que haces. Ninguna locura. ¿Lo prometes?

—Lo prometo —dijo Lanie. Después fue rápidamente hacia la puerta—. Se lo tengo que decir a Crane. Encuéntrame en el avión.

Salió por la puerta, los pies prácticamente flotando por las escaleras y los ojos clavados en el globo, *su* globo. La excitación la inundaba; el peligro sólo echaba combustible al fuego de su impulso.

Se encontró afuera. La maquinaria y la gente se desplazaba todo alrededor de Crane, mientras él daba órdenes y señalaba, como si fuera un director de orquesta conduciendo la sinfonía de la vida real. Lanie se acercó.

—¿Cuándo nos vamos? —le preguntó a Crane.

—Dentro de unos cinco minutos —respondió él, alzando levemente una de las cejas.

Miró con fijeza por sobre el borde de la montaña. Lanie oyó un leve gemido, y un enorme helicóptero coronó el precipicio, a menos de seis metros de ellos. Llevaba colgando un camión de dos toneladas y media, repleto con picos y palas. Crane señaló en dirección al transporte. En el mundo de Lewis Crane, nada era imposible.

CAPÍTULO 5

Desaparición

LA FUNDACIÓN

21 DE JUNIO DE 2024. 01:00

—Creo que una vez por semana no es suficientemente bueno —dijo Burt Hill, no por primera vez—. Ahora tendremos que hacer revisiones especiales los viernes a la noche. No importa que yo haya estado acá desde las siete de ayer a la mañana, por cierto que no. Su Majestad dice que hay que hacer una exploración Clase A el viernes a la noche.

—Ahora es sábado por la mañana —dijo Sumi.

Estaban de pie en una tambaleante grúa alzacoche. Burt guiaba lentamente el brazo del aparato alrededor de la parte superior del globo y llevaba, apuntándola hacia adelante, una máquina del tamaño de la palma de una mano de la que sobresalía una bobina de alambre; el localizador de micrófonos ocultos zumbaba cada diez segundos.

—¿Dice usted que hace esto una vez por semana? —preguntó Sumi.

—Por supuesto —contestó Burt, frunciendo el entrecejo cuando observaba el registro del medidor en el localizador—. Desde las siete de la mañana, todos los lunes de todas las semanas.

Giró el medidor en posición opuesta a la del globo, y lo apuntó de vuelta hacia los laboratorios.

—¿Todos los lunes?

El hombre la miró a través de un seto de pelo facial, reaccionando con cautela ante la pregunta, mientras Sumi sonreía con simpatía para aventar cualquier posible suspicacia.

—Para mí es como empezar siempre de nuevo —dijo Burt, por fin—; hace que lo rutinario siempre esté en acción. Me gusta que la fundación funcione con suavidad, como un motor. Supongo que eso es lo que el *doc* Crane aprecia de mí.

—Creo que lo aprecia por muchos motivos y, en especial, porque usted es confiable.

Sumi odiaba saber que iba a tener que venir todos los domingos por la noche y quitar lo que fuera que hubiese colocado. Los brazos le colgaban flojamente a los costados del cuerpo. Diez transmisores estaban adheridos a sus manos, uno en cada yema de los dedos, incluso en el pulgar.

—¿Cómo es eso?

Habían completado el círculo. Burt pulsó el botón de descenso, y la barquilla empezó a dirigirse lentamente hacia el piso.

—Crane no está aquí: usted pudo haber postergado la búsqueda de micrófonos hasta el lunes. Nadie se habría dado cuenta.

La barquilla se estremeció levemente cuando llegaron al nivel del piso. Saltaron de ella; Sumi se adelantó para admirar la Patagonia en el globo y dejó reposar la mano sobre las islas Malvinas. Podía sentir la mirada de Hill clavada en el cuello, desmenuzándola.

—No puedo hacer eso. No lo haría. Ser capataz del *doc* Crane es el trabajo más malditamente bueno... no... los momentos malditamente mejores que jamás tuve en mi vida. Me da vergüenza decirle lo mucho que me paga. Demonios, me da un bungalow en la montaña, absolutamente gratis... y es prácticamente tan bueno como el que él mismo ocupa. Le digo esto, Sumi, cuando Crane se pone del lado de alguien, no lo abandona. Eso tiene importancia para mí. Hizo lo mismo por usted: ¿cómo cree usted que se lo ascendió a asesor principal de becas? Un Premio Nobel abre muchas puertas. Crane fue y habló con la junta por usted.

Al escuchar las palabras de Hill, las manos de Sumi se pusieron tensas involuntariamente. ¡Maldición!, por accidente había dejado caer tres transmisores en el globo, dos en la isla Gran Malvina y otra en la Soledad. Del tamaño de motas de polvo, nunca se los vería, pero la transferencia activó las unidades. Sumi esperaba que Hill no volviera a encender ahí el detector de micrófonos ocultos. Tosió, volviéndose hacia él.

—¿Y eso no lo benefició también al doctor Crane? —dijo con calma—. Es indudable que mi nuevo puesto le hizo posible obtener subvenciones, y con rapidez.

—¿Y qué demonios tiene eso de malo, señor Chan? —dijo Burt, ofendido ahora y volviendo a la formalidad.

Sumi miró el piso y, a pesar de toda la racionalización, se sentía avergonzada.

—Tome —dijo Hill. Le dio una pastilla de limón aderezada con *dorf*— entónese.

—Gracias —dijo Sumi, metiéndose la pastilla en la boca. Hill se dio vuelta para dirigirse hacia el ala oeste, donde se encontraban los laboratorios y pañoles. Sumi tendría que ser selectiva respecto de dónde colocar los micrófonos con éxito en ese mismo lugar. Quería aquellos sitios que Crane frecuentaba más.

La endorfina hizo efecto con prontitud, estabilizándole el estado de ánimo mientras se ponía a la par de Hill, pero había algunas cosas que ni siquiera la *dorf* podía curar. Una de ellas era la amarga punzada de la culpa.

—¿Desea usted bajarse un par de copas cuando termine aquí? —preguntó Hill mientras caminaban, y Sumi se dio cuenta de que sospechaba algo—. La vista es malditamente espectacular desde mi porche. En una noche realmente clara se puede ver el programa de trasnoche en el lado de la Luna.

—Trato hecho, Burt, ¿pero puedo sugerir que mojemos el garguero con el contenido de una botella especial que tengo en mi valija?

—He aquí un hombre que me conoce bien —dijo Hill, y Sumi se preguntó hasta dónde se seguirían sondeando mutuamente para obtener información.

Hill se tocó el microteclado de pulsera.

—¡Levanten esos culos gordos y vuelvan al trabajo! —tronó su voz.

El efecto fue instantáneo: soldados, programadores y personal de mantenimiento del turno de medianoche se levantaron de un salto y se apresuraron para llegar a sus puestos de trabajo.

—Crane normalmente te lleva en sus viajes, ¿no? —preguntó Sumi.

Hill frunció el entrecejo. Su cara mostraba una legítima preocupación.

—Sí. No me gusta que vaya solo. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Espero que alguien le haga acordar que tiene que comer.

Sumi miró su reloj.

—Imagino que, para estos momentos, ya debe de estar en el terreno.

El hombre rió.

—Para estos momentos está en el terreno y dirigiendo todo el remaldito circo.

En ese exacto momento, Lewis Crane estaba hundido hasta las rodillas en medio de una pesadilla de cenizas y lodo, en lo que otrora había sido la ciudad costera de Le Precheur, Martinica, aullando en un francés detestable, *Silence, s'il vous plait... silence*, a los habitantes de la ciudad que estaban tratando de desenterrar del lodo a sus familias.

La montaña aún retumbaba y en su cima todavía destellaban relámpagos, mientras Lanie colocaba sus sensores en la ladera de Pelee, hincándolos ella misma en la tierra con un martillo de bola.

Estaban en la cara este de la montaña; coladas de lava, aún burbujeaban sobre la cara sur. A través de la densa cortina de cenizas que colgaba por doquier, llegaban la luz y el calor. La hora era algún momento antes de la mañana, pero día o noche no importaban: habría noche perpetua hasta que la próxima lluvia intensa lavara del cielo las cenizas. Más hacia el sur, Fort de France estaba en llamas. La gente de Liang Int. volaba edificios con dinamita, en un intento por volver a establecer barreras contra el fuego.

Aunque Crane había estado atosigando con datos a la red sisma, sabía que tendrían que transcurrir varios días antes de que la comunidad internacional se movilizara para enviar el auxilio que necesitaban los ciudadanos de Le Precheur. Días para que tuvieran algo, aparte de sus escuálidos recursos, de qué depender. Pero también sabía que los recursos locales eran el punto central de todo el control de un desastre, cuando los ciudadanos locales tenían que cuidar de sí mismos. El tiempo se escapaba; después de seis horas, la tasa de mortalidad era del cincuenta por ciento. La

gente había quedado atrapada debajo de toneladas de lodo y casas derrumbadas. Cada minuto aumentaba ese porcentaje. Le Precheur ya permanecía sepultada desde hacía casi ocho horas. La guía de Crane era esencial, si pretendían conseguir que alguna víctima escapara del vientre de la bestia.

—*Ecoutez done!* —gritó. La zona parecía un vaciadero de mampostería rota y esqueléticas vigas de madera, el todo sobresaliendo de un mar de lodo fluyente—. *S'il vous plait!*

Toda esta cadena de islas era de origen volcánico; todas habían nacido del fuego del terremoto. En una época se las había llamado Indias Occidentales; después, la Comunidad Europea había obtenido Martinica de los franceses y la habían puesto a la venta. Liang era la propietaria absoluta, también de sus ciudadanos, desde hacía varios años.

Alrededor de Crane, los sobrevivientes actuaban con total descontrol, algunos cavaban en el lodo, otros utilizaban topadoras de compañías de construcción. Gritaban y lloraban mientras trataban de liberar a sus seres queridos enterrados, quienes pugnaban por respirar.

Un hombre, enloquecido y hablando solo, pasó cojeando mientras arrastraba los restos de una cama a través del barro saturado de piedra pómez. Estaba cubierto de hollín y costras de lodo... al igual que el resto de quienes andaban por ahí.

Crane avanzó hacia el hombre y, con un empujón, logró que soltara la cama, pero el hombre siguió caminando sin ella, ajeno a todo. Crane sacó un encendedor del bolsillo, lo encendió y lo arrojó sobre la cama: de inmediato surgieron las llamas. Crane se dio vuelta para hacerles una señal a los camiones del equipo que había trasladado desde la pista de aterrizaje en la isla Dominica, al norte.

Cinco camiones inmensos avanzaron abriendo surcos, literalmente hablando, en su marcha hacia lo que alguna vez había sido la plaza principal, mientras Crane les gritaba para que empezaran a hacer sonar sus bocinas de aire comprimido. Así lo hicieron, generando un ruido ensordecedor que hizo que todas las miradas se dirigieran hacia el hombre que estaba al lado de la cama en llamas.

—*Ecoutez done!* —aulló otra vez, pero esta vez la azorada y aturdida población escuchó.

—Estoy acá para salvarlos —siguió hablando en francés—, pero deben escucharme. Están haciendo demasiado ruido: no pueden oír los gritos de los sobrevivientes. Deben dejar de gritar y llorar. Deben apagar las topadoras: sólo servirán para enterrar a sus seres queridos. En mis camiones hay picos y palas. Tómenlos. Caven donde oigan voces... todos debemos estar callados y escuchar. Si oyen una voz, verifíquelo con alguien más, asegúrense de ubicar el sitio y, después, caven con cuidado. Los que están atrapados en los escombros morirán si no hacen lo que les digo. Los hombres deben cavar; las mujeres y los niños deben ayudar a

trasladar los cascotes. Usen carretillas, tablones, puertas... cualquier cosa en la que puedan amontonar lodo y roca. Muévase con rapidez, pero en silencio. El personal médico está aquí para prestar ayuda a los heridos. Si encuentran una persona lesionada, no la saquen del derrumbe hasta que la haya revisado un médico. Ustedes son buena gente y entenderán la sabiduría de mis palabras.

Repitió el mensaje en inglés y, después, en chino. Cuando terminó estaba tan ronco que apenas si podía hablar.

Estadounidenses con ojos desorbitados se apearon de los camiones. Crane odiaba y amaba a la gente; eran capaces de proceder con gallardía y con ignominia, todo a la vez.

—Se les dio instrucciones en el avión —graznó—. Ya saben lo que tienen que hacer. ¡Manos a la obra!

La zona se calmó, adquiriendo un espectral silencio, mientras los conductores de los camiones encendían sus reflectores para iluminar el lugar. Lanie se unió a Crane en el centro de la pantomima.

—Los sensores están en su sitio —susurró Lanie—. Y tenías razón. La información que estamos extrayendo del suelo será la mejor educación que yo o tus computadoras llegaremos a tener jamás. Estamos parados en un corazón sísmico palpitante, vivo.

Crane asintió con la cabeza, mirando hacia el cielo.

—Asegúrate de que los datos se estén transmitiendo a las computadoras —susurró a su vez—; después ocúpate de que haya retransmisión satelital a nuestra base.

—Sigues mirando hacia arriba —dijo Lanie.

Crane sacudía la cabeza:

—Mi brazo —susurró—. Todavía no hemos terminado con este bastardo. A la gente hay que sacarla de aquí lo más pronto posible. Cargaremos los camiones con los heridos y los llevaremos directamente al muelle.

—*J'ai entendu quelqu'un* —gritó alguien con excitación, desde el extremo más alejado de la plaza. Después, alguien más—. *J'ai entendu!*

—¡Caven! —gritó Crane, haciendo bocina con las manos—. *Becher!*

Trabajaron con diligencia, en silencio, todo el mundo tirando en la misma dirección. Crane se desplazó sobre el rostro del cataclismo, tratando de recuperar las vidas que el monstruo tomaría para sí. Mientras caminaba hablaba con sus trabajadores, explicando la relación vacío/volumen, para el aire retenido en edificios derrumbados, y sobre los sitios más probables para encontrar sobrevivientes. Ayudó con la carga y la colocación del equipo para la amplificación de la escucha, de las cámaras para termografía, y de las sondas visuales por óptica de fibras que se sumían directamente en los escombros y ayudaban a encontrar más gente, tanto viva como

muerta. La tecnología de espionaje electrónico a veces resultaba útil. Crane no se sentía ni bien ni mal respecto de lo que estaba haciendo, tan sólo urgencia. Su obsesión lo había traído aquí... su ira le impedía irse.

Pronto, algunas personas —notablemente, muchas de ellas vivas— pudieron ser rescatadas de entre los escombros. Con su trabajo en línea con la computadora, Lanie se unió a los demás para ayudar en la asistencia a los pacientes, haciéndoles vendajes de emergencia en las heridas, para después meterlos en los camiones. Transcurrieron horas agotadoras. Alzó la vista una vez y lo vio a Crane que, en medio de la confusión, daba órdenes como un general. Una mujer que seguía a dos camilleros y su carga, se apartó y corrió hacia Crane, abrazándolo con fuerza y besándolo en señal de gratitud. En ese instante, un gesto de terror surcó la cara de Crane, quien quedó tieso y apartó a la mujer como si tuviera miedo del contacto.

Lanie trabajaba duramente, sometida al miedo más intenso que hubiera conocido jamás. Había sido demasiado ingenua como para asustarse en Sado. Aquí supo realmente contra qué se enfrentaban. Se sentía en el filo de un cuchillo. Quería confiar en el sentido común de Crane para cuidar de todos, pero había empezado a aprender que ese hombre no tenía sentimientos, sólo astucia. El hecho de que él continuamente mirase hacia el cielo tampoco contribuía a que Lanie se sintiera mejor.

Fue entonces cuando lo vio, y todo el cuerpo se le puso tenso por la conmoción: relámpagos, relámpagos rosado pálido, saltaban desde el monolito que era la ladera de la montaña, hasta las nubes, para después volver. De pronto, los relámpagos parecieron estar surgiendo de todas partes, restallando sonoramente, como descargas de artillería.

Lanie corrió entre la confusión de trabajadores cada vez más desesperados y agotados, hallándolo a Crane en medio del parcialmente despejado derrumbe de una casa grande, cuyo piso superior sencillamente había desaparecido, su escalera conduciendo a ninguna parte. Un adolescente yacía al pie de la escalera, la pierna atrapada debajo de una viga de madera. Varios trabajadores estaban improvisando un guinche para levantar la viga, mientras Crane y un interno de la use estaban arrodillados al lado del muchacho.

—Crane —dijo Lanie—. El cielo...

—Ahora no —dijo él. Después se volvió hacia los trabajadores, que estaban en el proceso de hacer palanca con otra viga cruzada, para levantar la primera—. ¡No la quiten!

—¿Por qué no? —preguntó el interno—. Las heridas parecen ser de poca monta. Podemos subirlo a un camión y...

—Buena lección, doctor —dijo Crane—. ¿El síndrome de aplastamiento le dice algo?

El joven, sucio con lodo y hollín, se limitó a mirarlo fijamente.

—En un caso como éste —prosiguió Crane— tenemos que tratarlo in situ, antes de arriesgarnos a desplazarlo. Estuvo casi diez horas debajo de esta viga, acumulando toxinas allí donde se interrumpió el flujo de sangre. Lo extrae de ahí ahora, sale caminando lo más bien, y lo tiene muerto de un ataque cardíaco dentro de una hora.

—¿Qué hacemos?

—Lo irrigamos, en forma intravenosa, con fluidos y antitoxinas. Lo inundamos y cuando quitemos la viga, el cuerpo del muchacho estará preparado para lidiar con la acometida de las toxinas hacia su sistema circulatorio.

—Traeré el equipo —dijo el joven médico, alejándose con premura.

—Ahora sí, háblame —le dijo Crane a Lanie, mientras se inclinaba sobre el muchacho, quitándole de la cara mechones de cabello.

—*J'ai peur* —susurró el adolescente.

—*Moi aussi, mais pas trop* —repuso Crane; después miró a Lanie.

—Los relámpagos: —dijo ella— están surgiendo de la isla.

Crane, la cara convertida en una máscara, se paró sin decir palabra y salió de los escombros para mirar hacia lo alto, mientras el interno se apresuraba a regresar a la casa derrumbada para iniciar la administración intravenosa de medicamentos.

Alrededor de ellos restallaban los relámpagos, que recorrían la sonora montaña hacia arriba y hacia abajo como si fuesen una lluvia flameante.

—Todo el mundo tiene que irse —dijo Crane.

—¿Qué es esto? —preguntó Lanie mientras él se alejaba.

—Fuego de San Telmo —le gritó por sobre el hombro. A voz en cuello empezó a ordenarle a su gente que junte a quienes encontraban en el camino para trasladarlos al muelle.

Laurie corrió para ponerse al paso.

—Toda la atmósfera está cargada con electricidad estática —dijo Crane—. Algo va a pasar.

De repente, Le Precheur fue todo movimiento: la gente trepaba en los camiones o sencillamente huía, presa del pánico. El retumbo se volvía cada vez más fuerte, más intenso, mientras una densa ceniza caía sobre ellos. Lanie se concentraba en Crane, para evitar pensar en el peligro y corrió para no quedarse atrás, mientras Crane volvía velozmente a la casa de la que acababan de salir.

Se metieron en el derrumbe.

—Salga de aquí, doctor —dijo, sacándole la bolsa de fluido de la mano.

—Pero mi paciente...

—¡Lárguese de aquí, ahora! —Se volvió hacia los trabajadores, mientras el médico se iba. Estaban ocupados apuntalando la viga que hacía de palanca en lo alto de una roca, para que ésta sirva de punto de apoyo.

—*Sauve qui peut!* —aulló, y los hombres, asustados de por sí, se apresuraron a

huir.

—¿Qué demonios haces acá? —le increpó Crane a Lanie, los ojos de él muy atentos a la bolsa plástica de fluido que sostenía en la mano—. ¡Vete... vete!

—No sin ti.

—Le estoy dando una orden, señora mía.

—Probablemente ya viste lo bien que reacciono ante las órdenes —contestó Lanie—. Mira, te puedes ahorrar la saliva.

Los músculos de las mandíbulas de Crane se pusieron tensos.

—Apóyate sobre esa palanca: cuando te lo diga, empuja con alma y vida, y yo lo sacaré arrastrándolo, ¿está claro?

Lanie se desplazó, en el reducido espacio, hacia la viga transversal, y esperó, mientras escuchaba el sonido de los camiones, que partían rugiendo hacia los muelles, y el ruido de la montaña, que gruñía y escupía.

—Entonces, ¿por qué te quedaste atrás? —agregó Crane, mientras sostenía la mano del muchacho.

—No lo sé —respondió Lanie con sinceridad—. Quizá quería que veas con qué seriedad tomo el trabajo.

Crane rió entonces, con risa profunda y legítima:

—A mí me convenciste. Pero no creo ser yo la persona de la Fundación Crane a la que necesites convencer.

Lanie pasó por alto la referencia a Newcombe.

—¿Vamos a morir? —preguntó en cambio.

—Sí... es probable. ¿Está bien?

—Tú eres el jefe.

Aguardaron a que se vaciara la lenta infusión intravenosa. Crane le hablaba en voz baja al muchacho, mientras el suelo retumbaba amenazadoramente debajo de ellos y, no bien la bolsa estuvo vacía, Crane la arrancó y arrojó a un lado.

—¡Hazlo... ahora! —aulló.

Lanie se esforzó haciendo presión sobre la viga. El olor del azufre era opresivo. En Lanie no había pánico, sólo desapego profesional. Iba a hacer su trabajo. Para eso había venido. Ella misma quedó sorprendida ante su calma. Estaba asombrada de sí misma.

Oyó a Crane gruñir por el esfuerzo, aun cuando ella empujaba con todas sus fuerzas sobre la palanca y las cenizas la sofocaban, haciéndola basquear.

—Lo tengo —gritó Crane, usando su brazo sano para poner al delgado muchacho sobre su hombro y después levantarse, vacilante, entre los escombros. Lanie soltó la palanca y salió con Crane a los tropezones, la plaza vacía mientras ellos avanzaban pesadamente a través del atrapante lodo que les llegaba hasta las rodillas.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Lanie.

—Ahora, nosotros... ¡Oh, Dios!

Otra vez Crane estaba mirando hacia lo alto, los ojos muy abiertos por la admiración. Por encima de ellos, la cumbre de la Pelee estaba envuelta por un fulgor rojo opaco, que se volvía cada vez más brillante mientras lo miraban. La oscuridad total se trocó en brillante luz de día. Sin advertencia alguna, el fulgor se separó de la cumbre y bajó raudamente por la ladera, a unos centenares de metros de ellos. No era lava, sino una avalancha al rojo blanco de roca con superficie ondulante. Había bloques y los restos de árboles dentro de la pulsante destrucción; enormes rocas que sobresalían como vetas de palpitante rojo, que daban tumbos y lanzaban una lluvia de chispas.

La velocidad era terrorífica, y la avalancha descendió por toda la montaña hacia el mar en cuestión de segundos, no llegando a alcanzar a Crane, Lanie y el muchacho por un pelo.

—Había oído hablar de esto, pero nunca lo había visto —dijo Crane en voz baja, la voz convertida en un susurro por el pavor reverencial y, quizá, también por el agotamiento, pues todavía llevaba al muchacho sobre el hombro.

—¿Terminó?

—No.

En el preciso momento en que el fulgor carmesí de la avalancha se desvanecía, lo reemplazó una monstruosa nube que estaba cobrando forma contra el ahora visible cielo, por encima del sitio donde se produjo el deslizamiento de tierra. La nube se alzó desde la trayectoria de la avalancha y se desplazó siguiendo el curso de ésta. Ganó impulso, como si las partículas más livianas de material volcánico hubieran empezado a ascender levemente y continuado hacia adelante, mientras las partículas más pesadas se asentaban en la tierra.

La nube era globular, su superficie se hinchaba con masas que se dilataban y multiplicaban con tremenda energía. Lanie estaba hipnotizada mirándola, sintiendo apenas el brazo lisiado de Crane que la empujaba. La nube corrió hacia adelante, directamente hacia donde estaban ellos, bullendo y cambiando de forma a cada instante. Al tiempo que abrazaba el suelo con enorme fuerza, se alzaba ante ellos en forma de masas muy turgentes en las que restallaban los relámpagos.

—¡De vuelta al interior de los escombros! —le gritó Crane a Lanie, por encima del terrible viento caliente que, con la fuerza de un huracán, impulsaba a la nube—. ¡Ahora! ¡Muévete!

Lanie se puso en movimiento.

Una lluvia de piedras del tamaño de nueces los estaba ametrallando. El ardiente rugido se acercaba más y más. Crane sabía que tenía unos veinte segundos para encontrar la manera de que se protegieran de las altas temperaturas que, directamente, habrían de arrebatárles el oxígeno de los pulmones.

Los socorristas habían abierto una cueva de evacuación de unos tres metros para rescatar al muchacho, pero ahora estaba cediendo, desmoronándose sobre sí misma. Una viga graznaba ruidosamente, chirriaba, para después quebrarse violentamente. Como en cámara lenta, Crane la vio salir disparada hacia ellos, alcanzándola con plena potencia a Lanie en el costado de la cabeza y haciéndola caer de rodillas. Desde esa posición, la joven empezó a oscilar hacia atrás y hacia adelante, produciendo sonoras arcadas.

—¡Vamos! —Crane la agarró, pero su brazo inválido no tenía la fuerza necesaria para poner a Lanie de pie. Crane depositó su carga en el suelo: el joven temblorosamente se apoyó en sus propias manos y rodillas y gateó un poco más lejos, metiéndose en la oscuridad de la casa que estaba a punto de derrumbarse.

Crane aferró a Lanie King por la cintura y la alzó, cargándola sobre la cadera para que soportara la mayor parte del peso de la mujer. Por detrás de ellos, la plaza era un fuego rutilante. Crane apenas podía respirar.

—*Salle de bain!* —le gritó al muchacho—. ¡Bañera! ¡Bañera!

—*Ici* —señaló el muchacho con voz débil, y siguió gateando.

—Bien —dijo Crane, cargando a una gimiente Lanie, mientras caminaba agazapado entre los escombros; el calor era insoportable—. ¿Todavía estás conmigo?

La cabeza de Lanie se apoyaba flojamente sobre los hombros; los párpados aleteaban con rapidez, en un intento por volver a la posición normal los ojos que querían girarse hacia el interior del cráneo.

—Estoy b-bien —murmuraba con voz débil—. Sólo necesito... necesito... recostarme. Y-Yo...

—Sí, sí —dijo Crane, arrastrándola ahora—. Dan me va a matar, si este maldito volcán no lo hace primero.

El muchacho se había arrastrado por detrás de la escalera que no llevaba a ninguna parte, y empujaba débilmente el vano astillado de una puerta, que estaba semiplastada por su propio marco. Crane, mientras se esforzaba por inhalar aire, dejó caer a Lanie y se lanzó contra los restos de la puerta, que cedió ante él, haciéndolo entrar a los tumbos en un baño que estaba medio hundido del lado que daba hacia la montaña pero que, en otro aspecto, estaba notablemente intacto.

Crane extendió el brazo hacia abajo y arrastró consigo al muchacho: una bañera no empotrada aguardaba, majestuosa, en medio de un piso cubierto con cenizas. Crane gateó de regreso sobre los cascotes y, tomó a Lanie por el cuello de la camisa. La arrastró hacia el baño.

—¡Permanece despierta! —le aulló, mientras la joven avanzaba a los tropezones sobre madera y mampostería destrozados—. ¡¿Me oyes?! ¡No te duermas!

—A la orden, capitán —dijo Lanie con voz chillona. Del cuello le manaba sangre, empapándole el cabello y la camisa.

Crane la arrastró hasta la bañera y la acostó boca arriba al lado del artefacto.

—No te muevas —dijo, y después tomó al muchacho de un brazo y lo acostó junto a Lanie. Crane también se tendió y dio vuelta la bañera para que los cubriera a los tres, con la esperanza de que contuviera un bolsón de aire suficiente como para mantenerlos vivos, y que fuera lo suficientemente fuerte como para protegerlos de los escombros que se desplomasen.

El retumbo se hizo más intenso y envolvió la sofocante oscuridad que había debajo de la bañera.

—*Retenir votre respiration* —le dijo al muchacho, y después a Lanie—: Haz una inhalación profunda y retenía.

Así lo hicieron, mientras el rugido de la nube los inundaba y el resto de la casa cedía bajo el calor y el barro, derrumbándose encima de ellos y gritando mientras lo hacía, gritando igual que como lo hizo la casa de los padres de Crane.

El calor le coció el cuerpo, arrebatándole los fluidos. Crane no podía respirar ni tragar. Podía oír a Lanie y al muchacho tratando desesperadamente de respirar. ¡Maldición, Pelee no se iba a llevar la vida de él ni la de quienes estaban con él hoy! ¡Por Dios, el monstruo ya había recibido suficiente!

—Tranquilos —susurró a través de los labios resecos, y se descubrió acariciando el cabello de Lanie en la oscuridad; el terrible rugido ahora era un tormenta lejana. Crane sintió a Lanie relajarse bajo su mano—. Ya terminó.

Lanie gimió con fuerza:

—Entonces, ¿p-podrías... sacarme... la rodilla de la *espalda*?: me estás... m-matando

—Lo siento —dijo Crane, por fin capaz de hacer una inhalación profunda, mientras un aire fresco arremetía a través de la rajadura que había alrededor del fondo de la bañera, llenando el vacío producido por la nube. Que hubiera aire significaba que había alguna forma de comunicación con el exterior. Era un comienzo.

Con la mano sana empujó hacia afuera: la bañera se sacudió, pero quedó inmóvil. Estaba trabada debajo de algo pesado. El muchacho extendió la mano hacia arriba y ayudó. Con el doble esfuerzo lograron levantar la bañera lo suficiente como para que Crane salga rodando, saque el techo que había caído sobre el artefacto y lo haga rodar a un lado, para liberar a Lanie y al muchacho.

Había la misma negrura que en una cueva profunda. Crane tocó la parte inferior en declive de la escalera. Se había desplomado formando una V invertida por encima de ellos, lo que probablemente les había salvado la vida... pero, por desgracia, ahora se había transformado en su prisión.

Estaban atrapados.

El muchacho gimió. Crane extendió la mano para asirlo, cuando cayó pesadamente hacia el piso cubierto de escombros. Le buscó la arteria carótida: no

había pulso.

—¡No! —gritó Crane con desesperación, sus palabras devoradas por la oscuridad—. ¡No puedes tenerlo!

Empezó a suministrarle reanimación cardiopulmonar, a sabiendas, instintivamente, que al muchacho le habían sacado los fluidos intravenosos demasiado pronto y que la tensión del esfuerzo había hecho que su corazón superara el límite.

—Vamos —rogó, para después golpear con fuerza el pecho del muchacho—. ¡Vamos!

No supo cuánto tiempo había trabajado sobre el muchacho. Sólo supo que, en algún momento dado, hasta Lewis Crane tenía que rendirse. La respiración le salía en jadeos, cuando se desplomó sobre una pila de cascotes. Sentía olor a gas, pero sin saber si era real o un recuerdo súbito en la oscuridad. Sentía el calor de las llamas, pero no podía verlas. Entonces, empezó a llorar silenciosamente y sintió el deseo, como lo había sentido cada día de su vida desde el terremoto de Northridge, de estar dentro de la casa con sus padres. La paz de la muerte le era esquiva, pero la agonía de la muerte era su constante compañera.

—Se fue, Lanie —susurró por fin en la oscuridad, sin obtener respuesta. Se puso rígido—. Lanie... ¡Lanie!

Se arrastró hasta ella; la sintió flácida. La atrajo hasta su pecho y la acunó con suavidad en ese mausoleo de lodo y piedra. Y, aun mientras su mente giraba en un torbellino aturdido de edificios que se desplomaban y de brillante fuego anaranjado, cada parte de Lewis Crane, tanto racional como irracional, estaba induciéndole vida al cuerpo de Elena King.

CAPÍTULO 6

Pangaea

LA FUNDACIÓN

21 DE JUNIO DE 2024. 11:15

Newcombe estaba sentado en el oscuro salón de conferencias de la fundación, delante de la pantalla mural de nueve metros cuadrados por doce, en la que se leían las instrucciones y los datos sobre las misiones. Desde helicópteros que sobrevolaban Le Precheur llegaba un flujo de imágenes: Newcombe vio un océano de lodo, un desierto de fango con esqueléticas señales de civilización que sobresalían desde sus entrañas. En alguna parte, enterrados debajo del limo que se deslizaba sobre la ciudad derrumbada, estaban las dos personas que más le importaban en todo el mundo. Rehusaba aceptar que hubieran muerto. Se resistía a creerlo:

Había mucha gente trabajando en el sitio. La gente de la fundación estaba ahí por obligación, en cambio los habitantes de la ciudad permanecían ahí por gratitud al santo demonio que había salvado a sus seres queridos. Se podía ver a los rescatadores cubiertos de lodo quienes levantaban escombros en treinta sitios diferentes al mismo tiempo. Maldición, el esfuerzo era demasiado laxo, demasiado diseminado, como para tener verdadera efectividad. Esas cuadrillas nunca llegarían a tiempo a Lanie y Crane, si seguían manteniendo esa estrategia.

—¿H-hola?

—Sí, ¿quién habla? —contestó Newcombe, observando la tensión que había en la voz del interlocutor.

—Soy el doctor Ben Crowell y realmente me gustaría volver a la excavación, y...

—Doctor —interrumpió Newcombe—, no tenemos demasiado tiempo. ¿Fue usted la última persona que vio a los doctores Crane y King antes de la erupción?

—Sí... yo...

—Haga que alguien le coloque una cámara, Ben. Quiero ver... ver... bueno...

La sombría cara de un hombre exhausto, sucio, apareció en forma de inserción sobre la enorme pantalla.

—¿Usted sabe dónde están, Ben?

—Sé dónde *estaban*, doctor —dijo Crowell—, pero todo se desplazó. Nada está donde estaba antes. Me da la impresión de que no puedo establecer mi... orientación. Lo lamento.

—Cálmese —dijo Newcombe con su propia resolución inspiradora de confianza—. Crane está vivo. Estamos en contacto con él. Todavía les queda un poco de aire.

Tan sólo necesitamos localizarlos con precisión. ¿Está usted en la plaza de la ciudad?

—Eso creo.

—¿Ocurrió el último episodio cerca de la plaza de la ciudad?

—¡Sí! —contestó el otro hombre, iluminándosele el gesto.

En la esquina inferior derecha de la toma que mostraba la excavación, Newcombe insertó un mapa detallado hecho con fotografías satelitales, que mostraba Le Precheur tal como había sido antes del desastre.

—Haga que alguien le dé un monitor... estamos transmitiendo desde aquí.

—Un momento... Ya... sí... ya veo el mapa.

—Mírelo con cuidado y saque conclusiones.

Hizo un acercamiento visual sobre la calle que llegaba hasta la plaza, concentrándose en las casas de mampostería con techo de paja por la influencia colonial francesa.

—¡Esta, ésta! —gritó Crowell—. La quinta casa contando desde la plaza, en el lado oeste de la calle.

—¿Cómo puede estar tan seguro?

—Había escaleras que subían, pero no había un segundo piso. Su mapa sólo muestra una casa de dos pisos en la cuadra de ese lado de la calle. Tiene que ser el lugar.

Newcombe hizo que se extendiera una regla sobre el mapa.

—La plaza tenía un asta de bandera en el centro.

—Aún está ahí.

—Directamente al este del asta, a cuarenta y cuatro centímetros con seis milímetros, está la puerta principal de esa casa. Mida con exactitud, y haga que todos cavén ahí... pero con lentitud, con cuidado, con mucho cuidado.

Crowell se alejó rápidamente y estuvo fuera de cámara durante un minuto o más, si bien se mantuvo en contacto auditivo todo el tiempo.

—Tiene suficientes cavadores ahí —dijo Newcombe con tono cortante—. Necesito su atención, Crowell; necesito obtener de usted algo más de información. —La cara con gesto de agotamiento de Crowell volvió a aparecer en pantalla—. Bien. Ahora, dígame con exactitud qué ocurrió: ¿cómo es que los dos miembros principales de la expedición se quedaron atrás en el transcurso de una erupción?

—Estábamos evacuando la ciudad con rapidez, debido al fuego de San Telmo. Yo le estaba suministrando suero en forma intravenosa a un paciente con síndrome de aplastamiento, cuando Crane llegó a la carrera con la doctora King y nos ordenó a mí y a los hombres que estaban haciendo palanca que nos fuésemos al muelle. Crane me sacó la bolsa de suero y salimos corriendo. Era una pesadilla tratar de correr a través de lodo espeso, o quedar atrapado en él...

—Haga una inspiración profunda, Ben... ¿Está mejor ahora? —Cansadamente,

Crowell movió la cabeza.

—Prosiga —dijo Newcombe, con tono alentador.

La expresión de Crowell se puso sombría, al revivir el tiempo que pasó en el infierno.

—De... de alguna manera logramos llegar al muelle. Por todas partes había relámpagos, relámpagos rosados. Había incendios... las rocas nos ametrallaban. —Se frotó los ojos—. Había confusión en los barcos transbordadores; caos generalizado con los camiones, y gente que se empujaba. Nos la ingeniamos para subir a bordo, pero debimos de haber estado a más de una milla de la costa, o quizá de dos, cuando estalló la cumbre de la montaña y se formó la maldita nube. Vino directamente hacia nosotros, persiguiéndonos, preñada de relámpagos. Rugía y lanzaba rocas. Ya estaba por darnos por muertos a todos, cuando, de pronto la nube empezó a perder velocidad, se puso algo así como pálida y, después, simplemente pasó por encima de nosotros, esparciendo cenizas. Pero empezó a... bueno... pues... se diría que a expandirse, hasta que ocupó todo el cielo... con la excepción de un jirón del horizonte. Nunca había visto algo que remotamente se pareciera a eso.

—Un momento, Ben —dijo Newcombe, al ver que los excavadores progresaban—. Dígales que pongan sensores ópticos en ese lugar —dijo, al tiempo que Crowell desaparecía de la pantalla durante varios segundos; después volvió con el entrecejo fruncido.

—Me mandaron de vuelta. Todo el mundo teme hablar con usted. La mayor parte del equipo de inspección geológica se perdió en la... ¿cómo la llamó usted, erupción? No pareció como si fuera...

—Por favor, Ben.

Crowell asintió con la cabeza, como disculpándose.

—Ahora están tratando de montar algo.

—¡Si me pueden oír, entonces saben que es mejor que se apuren! ¡Vuelvan con mi gente viva... o si no, no vuelvan! Ahora dígame, ¿cuánto tiempo transcurrió entre el momento que usted dejó a Crane y King, y la erupción?

El hombre abrió los ojos como platos.

—Quizá diez minutos; apenas lo suficiente como para completar la intravenosa.

—¿Y a qué hora del día fue eso?

El hombre buscó en un bolsillo, extrajo un reloj y lo puso cerca de su cara para que Newcombe lo viera. La esfera estaba agrietada; la hora, congelada en las 07:26.

—Lo estrellé contra un camión que estaba subiendo al transbordador. ¿Puedo irme ahora?

Cuatro horas. El oxígeno representaba un problema... si es que habían logrado sobrevivir al lodo y al fuego.

—Una cosa más, Ben. ¿Dice que había una escalera en la casa?

—Sí.

—Está bien. Gracias. Hemos terminado.

Sacó de pantalla la inserción de la imagen de Crowell reemplazándola por una pasada rotatoria de las imágenes noticiosas que provenían de la escena del desastre. Dejó caer la cabeza sobre el asiento y cerró los ojos. Ahora, los iban a encontrar. Con suerte, antes de que el aire se les acabara. Crane permaneció en la casa, la zona que estaba debajo de la escalera siendo un sitio razonable para actuar como trampa de oxígeno, y tan bueno para eso como cualquier otro. Estaban ahí. Se rehusó a permitirse pensar en cualquier otra cosa que no fuera la perspectiva de que los encontraran sanos y salvos.

—¿Preferirías estar a solas?

Newcombe abrió los ojos, para ver un holograma del hermano Ishmael, de veinticinco centímetros de altura, que flotaba en el aire delante de él, con un resplandor angelical en torno de la imagen.

—Ni siquiera voy a preguntarte cómo hiciste esto —dijo Newcombe.

La imagen parecía avergonzada.

—Planté un localizador en tu mano, cuando estábamos en el barco: es eso que parece un granito, en tu pulgar izquierdo. Quítatelo y desaparezco.

Newcombe se miró el dedo, advirtió el dispositivo y lo dejó donde estaba.

—¿Viste lo que está ocurriendo? —preguntó.

La imagen asintió con la cabeza.

—Creí que quizá te vendría bien algo de apoyo, hermano. La necesidad de Crane puso en peligro a la mujer que amas.

—Necedad —repitió Newcombe—. De ese lodo extrajeron con vida a cuarenta y dos personas. A eso lo llamaría coraje, hermano Ishmael.

—Se precisa coraje tan sólo para vivir —replicó Ishmael—. No estoy aquí para discutir contigo, sino para estar contigo, nada más... para condolerme contigo, si la situación así lo exigiera.

—No nos preocupemos aún por condolernos.

—Es cierto. ¿Intervienes en la misión de búsqueda y rescate?

—En pequeña proporción —dijo Newcombe, mirando más allá del holograma, a los excavadores.

—¿Qué pasó en Martinica? En los noticiarios no pudieron explicar esa nube ni todo lo demás...

—Lo resolverán con el tiempo —dijo Newcombe, furioso porque nadie se hubiera encargado del equipo de inspección geológica que se emplazó en el sitio. Un buen sensor óptico les pudo haber ahorrado horas. Burt Hill sí se habría encargado de que llevaran ese equipo. ¡Mal rayo lo parta a Crane por no haber llevado a Burt! Volvió a mirar al hermano Ishmael—. Esta clase de erupción tiene lugar de vez en

cuando. Los franceses la denominan *nueé ardente*, es decir: nube incandescente. Ciento veinte años de refinación hicieron que la expresión finalmente quedara como «avalancha incandescente». Ya ocurrió antes en Pelee.

—¿Qué es?

—Es una especie de erupción lateral que tiene una potencia suficiente para hacer que el estrato superior de escoria volcánica salga disparado y caiga de la montaña. Actúa como líquido pesado; una mezcla de gas, vapor de agua y partículas sólidas: cuando las partículas más pesadas se asientan, el gas y el vapor de agua quedan en libertad de seguir subiendo, quedando aferradas a la tierra nada más que las partículas más pequeñas y, cuando éstas se dispersan, la nube asciende.

—¿Qué es la cosa que están trayendo ahora a la excavación? —preguntó Ishmael.

Newcombe miró la pantalla. Sintió que sus entrañas se ponían tensas por la noticia importante que se avecinaba: un sensor óptico. Ahora podrían ver.

Crane y Lanie estaban sentados uno junto a la otra en esa tumba de lodo, apoyados en la bañera que les había salvado la vida. El muchacho cuyo nombre no llegaron a conocer, yacía al lado de ellos en la oscuridad.

Estaban rodeados por una negrura total. Crane no tenía la menor idea de cuánto lodo los separaba del exterior, y temía que lo que fuere que tuvieran de aire se estaba disipando con rapidez. El ambiente estaba viciado y olía a humedad.

Dio un suave golpecito a su microteclado de pulsera.

—Dan... ¿estás ahí?

—Estoy aquí, Crane. —Había alivio y felicidad en la voz de Newcombe—. Creo que hemos logrado aislar la posición de ustedes. Vamos a explorarla con un sensor óptico.

—Metan un tubo de aire.

—Entendido. Déjame hablar con Lanie.

—Está indispuesta —dijo Crane, apagando el microteclado y dejándose caer contra la bañera, abatido. Al lado de él, Lanie adquiría y perdía conciencia. Tenía una fea cortadura en la sien, de la que Crane había detenido la hemorragia aplicando lodo; se había arrancado la manga de la camisa y había hecho un torniquete alrededor de la herida, el que aflojaba cada pocos minutos, para después ajustarlo otra vez. Había pasado por la facultad de Medicina para adquirir los conocimientos de medicina práctica, pero nunca había proseguido los estudios hasta más allá del tratamiento de emergencia en el lugar del accidente. Lanie necesitaba un médico verdadero.

Lanie gimió, recuperando la conciencia, tal como ya lo había hecho por lo menos quince veces. Tenía el tipo de concusión más endiablado de todos, aquél con traumatismo en la sección profunda de los lóbulos frontales, lo que comprometía la memoria de los hechos recientes. Lanie no podía captar ni retener un pensamiento nuevo; cada vez que recobraba la conciencia, la experiencia le era completamente

nueva. Crane se preparó para comenzar con ella de nuevo en el casillero uno. Oyó la súbita inhalación que hizo Lanie, y supo que estaba reaccionando ante la oscuridad y el dolor, por lo que se apresuró a ponerle la mano sobre el hombro.

—No te dejes llevar por el pánico —dijo en voz baja, apaciguante.

—¿Crane?

—Tómalo con calma. Recibiste un golpe en la cabeza. Trata de relajarte.

—¿Dónde diablos estamos?

—Atrapados —contestó Crane— en los escombros de una casa... debajo de un deslizamiento de lodo. En Martinica. Ya vienen a rescatarnos.

—¿Estás bromeando? ¿Martinica? ¿Dan está bien?

—Está bien... aunque un poco preocupado. Está allá, en California.

—¿De veras? ¿Por qué no puedo recordar?

—Es normal —le dijo Crane, volviendo a palmearle el hombro—. No te preocupes por eso.

—¿Qué me pasó?

—Un fuerte golpe en la cabeza.

—¿En serio? ¿Y Dan?

—Él está bien. No está aquí.

—No estamos en California, ¿no?

—No.

Si las circunstancias no hubieran sido tan tétricas, Crane sabía que no le habría resultado difícil empezar a reírse.

—Estoy bien ahora —dijo Lanie.

—Lo sé.

—¿Dónde estamos?

—En Martinica.

—¿En serio? Y Dan no está aquí, ¿no es cierto?

—Cierto.

—Estamos atrapados acá, pero nos van a rescatar.

—Eso, mi querida dama, es mi más sincera esperanza.

Lanie gruñó.

—Estoy bien. Realmente bien ahora. La cabeza me duele horrores, sin embargo. Creo que hay un poco de *dorf* en alguna parte... Nunca viajo sin...

—Yo la tengo —dijo Crane—. Ya te aplicaste un poco, pero si quieres más...

—Sólo una —contestó, extendiendo la mano. Crane se sacó la endorfina del bolsillo de la camisa, y le dio una tableta a Lanie. Habían repetido seis veces esta escena en particular.

—Toma una tú —dijo la joven, tragando la píldora.

—Ya sabes que no tomo endorfina.

—¿Cómo es posible? ¡Auch! Me duele.

—No te toques la cabeza. —Crane levantó las piernas—. Sabes, se me acaba de ocurrir que no te puedo decir nada, porque no lo vas a recordar.

—Lo recordaré —rió ella—. Ya te dije que estoy bien. Simplemente necesito saber... ¿Dan está bien?

—Está bien. Está en California,

—¿Tomé la tableta de endorfina?

—Sí —contestó Crane. Se le cruzó la sensación más aviesa y emocionante de libertad. Ahí no había vigilancia electrónica y, quizás, una tonelada de lodo actuaba como aislante de los sonidos. Una interlocutora que olvidaba de inmediato lo que le decían. Si ésta habría de ser su última conversación, Crane la iba a convertir en todo un éxito—. Estaba a punto de decirte por qué no tomo *dorf*.

—¿Por qué?

—La probé una vez. Detuvo el dolor.

—Eso es lo que se espera que haga.

—Ésa es la razón por la que no la tomo.

Crane la sintió agitarse a su lado y miró en dirección a ella, imaginando su cara en la oscuridad, sus ojos grandes e inquisitivos.

—Entiendo —dijo ella—. Vas a ser sincero.

—Y tú olvidarás todo lo que te diga. A propósito, ¿qué es lo último que recuerdas?

—Bueno, estamos hablando... Recuerdo eso. Recuerdo encontrarme en un barco. ¿Por qué está tan oscuro?

—Estamos atrapados debajo de un deslizamiento de lodo, pero ya están viniendo a rescatarnos.

—Dan está bien, empero. ¿Sí?

—Así es. ¿Sabes que me siento atraído por ti?

—¡Oh!... detente ahí. No estoy buscando una copulación rápida entre los cascotes.

—Nunca conocí una mujer como tú. Apasionada... inteligente. Cuando te miro a los ojos, puedo ver tu mente en acción.

Los dedos de Crane llegaron para acariciarle el rostro. Lanie se echó atrás levemente, pero nada más que levemente, advirtió Crane.

—Bien —dijo Lanie—. ¿Cuántas veces pronunciaste ese discurso?

—¿Cuál discurso?

—Ése... ya sabes, lo que fuere que hayas dicho.

Crane sonrió.

—Te voy a contar mi historia: eres el público perfecto para ello. Viví con la hermana de mi madre, Ruth. Mi tía y su marido no tenían mucho dinero, y yo no le

gustaba a él. Los propios hijos de mi tía estaban primero, así que yo tenía que hacer las cosas muy bien para que me tuvieran en cuenta. Para cuando tenía diez años, ya había leído todo libro que se hubiera escrito sobre sismología y tectónica de placas; obtuve mi primera licenciatura a los quince años y, a partir de ahí, proseguí con rapidez.

—¿Y qué respecto de tu vida emocional... amigos... novias?

—Siempre miré desde afuera —contestó Crane—. Los cascotes se deslizaron y algunos tablones cercanos cayeron al suelo. Lanie se arrimó a Crane con rapidez y le aferró la mano. —Crecí entre gente que era varios años mayor que yo. Eso reforzó mi desempeño, pero no me consiguió amigos. En el aspecto emocional, nada se esperó de mí jamás.

—¿Mujeres?

—Ninguna. Ni siquiera las tuve cerca. Nunca sentí un beso. Tengo treinta y siete años y nunca me tomé de las manos, siquiera, con una muchacha que me gustara.

—Pues entonces, te diré qué haremos —dijo Lanie, apoyando la cabeza en el hombro de él—. Si alguna vez logramos salir de acá, te daré un beso con todas las de la ley, para iniciarte y que puedas seguir solo.

—¿Lo prometes?

—Dalo por hecho. Yo... está tan oscuro. ¿Por qué estamos acá?

—Estábamos tratando de salvar a un muchacho atrapado por la erupción del volcán...

—¿Volcán?

—... y quedamos atrapados nosotros mismos. Y sí, Dan está bien. No está aquí. Aquí es Martinica.

—¿Ya te hice esas preguntas antes?

—Una vez, o dos.

—Creo que lo olvidé. Pero no lo olvidaré ahora. ¿Qué le pasó al muchacho que estábamos tratando de salvar?

—Extiende tu mano izquierda.

—Bien, yo... ¡Dios mío! —Prácticamente saltó sobre el regazo de Crane—. ¿Es ése...?

—El muchacho. No lo logró.

Lanie quedó laxa; después se dejó caer contra la bañera.

—Vamos a morir, ¿no? Vamos a morir en la oscuridad.

—La posibilidad existe. Lo lamento. Ahora nos están buscando. No obstante, logramos evacuar la ciudad a tiempo.

—¿Ciudad... evacuada? —Crane la oyó inspirar profundamente—. ¿No podemos hacer algo desde acá?

—A decir verdad, no —contestó él—. En la oscuridad tendría miedo de tirar de

cualquier cosa, por temor de que la casa se derrumbe sobre nosotros.

—Quizás hay un encendedor o...

—Ya busqué... incluso en los bolsillos del muchacho. Además, me estoy empezando a preocupar por el oxígeno.

—Asústame un poco, ¿quieres?

—No importa, ya que lo olvidarás.

—Eso me ofendió. ¿Está Dan aquí?

—No... y se encuentra bien.

—Bien... —dijo. Después hizo otra profunda inhalación—. ¿Predijimos éste? —preguntó.

—No puedo predecir nada —contestó Crane; después miró en la dirección general en la que estaba Lanie y dijo—: ¿Quieres oír cómo es todo este asunto?

—¿Qué asunto?

Crane hizo una profunda inhalación del fétido aire.

—Estuve haciendo el seguimiento de Sado —dijo en voz baja— desde el día en que los israelíes vieron los helicópteros iraníes que los sobrevolaban e hicieron estallar todo el arsenal nuclear que tenían: treinta bombas de multimegatonas. Cincuenta millones de personas se evaporaron en forma instantánea; diez millones más al cabo de unos segundos. —Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Lanie estaba temblando—. Las explosiones no sólo irradiaron con radiactividad la totalidad del Medio Oriente y su petróleo, sino que eso ejerció profundos efectos bajo tierra: primero en la placa de Arabia lo que, a su vez, tuvo efecto sobre las placas turco-Aegean iraní. Era como ver caer las fichas del dominó. Para el momento en que las placas indoaustraliana y eurasiática se empezaron a combar, yo estaba prediciendo los terremotos con un grado bastante bueno de precisión de, digamos, un mes o dos. Por último, años después, las placas indoaustraliana, filipina, norteamericana y del Pacífico chocaron con rudeza, lo que tuvo un efecto pequeño, pero devastador, sobre una zona próxima a Sado. —Se encogió de hombros, y agregó—: Era tan evidente como un mapa carretero.

—¿Qué era tan evidente?

—Los terremotos relacionados con la Opción Masada.

—¿Por qué no predijiste otros terremotos antes del de Sado?

—Por dos motivos. Primero, nadie presta atención de todos modos. Segundo, si yo iba a correr el riesgo de equivocarme y de que se me tachara para siempre de chiflado, habría de usar las probabilidades mayores. Sado era el remate de la torta, el disparo que se habría de oír por todo el mundo.

—Ahora... no estamos en Sado ahora, ¿no?

—Estamos en Martinica. Dan no está aquí. Se encuentra bien. Hazme la segunda pregunta. Si estuviste escuchando es probable que te preguntes qué estoy vendiendo,

ya que ahora sabes que realmente no puedo predecir terremotos.

—Sí, cuéntame eso. Lo recordaré esta vez.

—Estoy vendiendo el sueño de un mundo perfecto —dijo Crane—. Esta clase de sufrimiento es innecesario, es un derroche.

—Lo siento... Perdí algo antes... —Lanie agitó los brazos, mientras chillaba—. ¡Se arrastra sobre mí! ¡Algo se arrastra sobre mí! ¡Quítalo, quítalo!

La mano de Crane palpó el muslo y empezó a recorrerlo: en ese momento sintió algo frío, metálico.

—¡Ajá!

Agarró el sensor óptico que había penetrado hacia el interior de la madriguera en la que estaban, y lo levantó hasta la altura de su cara.

—Ya era hora de que llegaran hasta acá. Caven con lentitud. Hagan un túnel, pero con suavidad. Estamos en un bolsón de aire, pero todo el lugar está a punto de ceder. Primero, traten de conseguirnos un tubo de aire. Y, por amor de Dios, ¡consíganme una bebida! Aquí hay ingenios azucareros; debe de haber ron. Si pueden hacer el agujero para el aire, metan por él una botella.

El sensor se escurrió hacia afuera. Crane se relajó al oír el sonido de las cuadrillas de rescate que estaban metiendo a martillazos un tubo de aire fresco en esa tumba que hedía a moho.

—¿Está Dan ahí afuera? —preguntó Lanie.

—Mejor que no esté —contestó Crane—. Se supone que debe estar en los laboratorios, buscando terremotos.

—Si realmente no puedes predecirlos, ¿qué objeto tiene que los busque? —dijo Lanie.

Crane le tomó la mano en la oscuridad y se la besó.

—Estimada dama, uno no abandona el sueño de su vida nada más que porque carece de realidad.

De pronto, una luz tenue penetró en la caverna, iluminándola con una bruma enfermiza. A eso le siguió una ráfaga de aire fresco y, con él, la esperanza.

—¡Doctor Crane! —exclamó una voz a través del tubo de veintiséis centímetros.

—¡Estoy acá! ¿Dónde está el ron que ordené?

—¡Ahí va!

La botella llegó por el tubo seguida por otra de agua. Crane le alcanzó a Lanie la del agua y desenroscó la de ron, tomando un largo trago. Después gritó:

—¿A qué distancia están ustedes?

—Entre tres y cuatro metros y medio —contestó la voz—. Los sacaremos con prontitud.

—¿Somos los únicos?

—Todos los que estaban vivos escaparon... salvo ustedes tres.

—Dos —corrigió Crane, tomando otro prolongado trago de ron—. Acá sólo hay dos de nosotros.

Apoyó la espalda en la pared, contemplando con tristeza el cadáver. Lanie lo había estado mirando con fijeza desde el momento mismo en que entró la luz.

—¿Qué pasó? —preguntó, al tiempo que extendía la mano para tomar la botella de ron, después de haber terminado con la del agua.

—Tratamos de salvarlo. Murió. Fin del relato.

—¿Fue un terremoto?

—Un volcán... aquí, en Martinica.

—Estás bromeando. ¿Dónde está Dan?

—Allá, en casa. —Le gustaba seguirle la corriente: así podía ser honrado sin que hubiera ramificaciones; sincero, sin recriminaciones—. ¿Recuerdas tu promesa? —preguntó.

—Promesa...

—No tiene importancia. —Se dejó caer al lado de ella, apretando los labios contra el oído de Lanie—. Te amo, ¿sabes? —susurró.

—No digas esas cosas —repuso ella con severidad—. Ya tenemos suficientes problemas en nuestra vida.

—¿Cosas como cuáles?

Lanie tomó otro trago y le pasó la botella. Parecían gente hecha de arcilla.

—Sabes —dijo—, hay algo que no entiendo.

—¿Sí?

—Quieres todos esos fondos, todo ese... poder, para predecir terremotos. ¿No hablamos ya sobre esto?

—Sí, lo hicimos. Probablemente te estás preguntando qué quiero en realidad.

—Sí. Predecir para salvar vidas es una causa noble, pero Dan es la persona que trabaja en ese campo. ¿Por qué no hacer las cosas a su manera? Definir zonas que es factible que resulten afectadas y reescribir códigos de edificación, o prohibir la edificación en esas zonas. Para hacer eso no se necesita la información detallada que pretendes.

Crane contestó lo que nunca había tenido el coraje de decirle a otro ser humano.

—Me importa un cuerno la predicción de terremotos —susurró—. Es el medio para llegar a un fin.

—¿Qué fin?

—No puedo coexistir con el mundo del modo en que está —dijo—, así que pretendo cambiarlo. Pretendo impedir que se produzcan los terremotos.

Lanie rió y volvió a extender la mano hacia la botella. Crane tomó otro prolongado trago, antes de dársela.

—¿Y cómo intentas detener los terremotos? —preguntó Lanie.

—Mediante la fusión de las placas —dijo en tono feroz y bajo—. Este mundo una vez fue un solo continente, llamado Pangaea. No tenía terremotos, tampoco volcanes. Voy a hacer que sea así otra vez.

Lanie tomó un trago muy prolongado, y Crane le arrebató la botella y la vació. Lanie lanzó una risita breve.

—Dijiste que querías fusionar las placas, ¿no?

—Sí.

—¿Cómo?

Crane le guiñó un ojo, antes de murmurarle directamente en el oído.

—Haciendo explotar enormes bombas termonucleares directamente en las líneas de falla.

—¿Qué?

Entró luz a raudales, al mismo tiempo que resonaban voces excitadas en torno de ellos.

—Vamos, Elena King —bramó Crane, aferrándola por la cintura con el brazo sano—. ¡Hemos sobrevivido para volver al combate!

—¿Está Dan aquí? —preguntó Lanie, mientras se extendían manos para extraerlos hacia la seguridad.

—No.

—¿Qué hacemos con el muchacho?

—Déjalo. Nada arruina más un rescate triunfal, que una muerte inoportuna. Relaciones públicas, Lanie. Vivimos y morimos por ellas.

Dan Newcombe estaba sentado contemplando la pantalla, los puños apretados, manteniendo la mente despejada y controlada, mientras observaba al equipo de búsqueda y rescate cavando con cautela en el lodo verde-gris que otrora había sido una casa de dos pisos. La imagen de Ishmael flotaba exactamente al lado de él, silenciosa, contemplativa. Podía ver el icono, pero no lo podía ver a Ishmael.

—¿Estás mirando la excavación? —preguntó con voz contenida.

—Sí —dijo Ishmael—. Tengo una sensación muy positiva respecto de ella.

—¿Cómo es eso?

—Crane es un demente. Pasa por las tragedias y sale indemne. Ésa es su bendición, hermano... y también su maldición.

—La primera vez que te oigo hablar bien de él.

—No estoy hablando bien de él. No es un hombre, en el sentido normal de la palabra. Es una fuerza que se desplaza a través de mi vida, así como yo soy una fuerza que lo hace a través de la de él. Somos glaciares, Crane y yo, reptando lentamente, arrollando todo lo que encontramos en el camino. Crane está más allá de cualquier definición. ¿Ves al hombre que lleva la chaqueta azul claro, al lado del camión?

Newcombe miró. Era un técnico que trabajaba en el monitor del equipo óptico. Parecía estar excitado al girar los selectores.

—Creo que los encontré —dijo Newcombe, mirando cómo el hombre bailaba una improvisada jiga en el lodo—. ¡Míralo saltar! ¡Están vivos!

La puerta de la sala de conferencias se abrió de un portazo. Burt Hill y varios programadores irrumpieron lanzando vítores. En la enorme pantalla, una escena similar era la que veía el personal que estaba en Martinica.

—Vete —susurró Newcombe, al tiempo que Ishmael desaparecía al entrar Hill. Newcombe hizo la anotación mental de llamarlo a Ishmael y agradecerle por haberle brindado su amistad en un momento tan malo.

—¡Jamás le voy a permitir salir otra vez sin que me lleve! —gritó Hill.

Entró corriendo alegremente por el pasillo, para observar la excavación con Newcombe. Los demás se distribuyeron por el anfiteatro.

—Deben de haber perdido todo el equipo de relevamiento. Esa cosa que usaron está armada de manera chapucera con piezas de repuesto.

Newcombe asintió con la cabeza.

—Créeme, la próxima vez que Crane salga al campo, yo, en persona, lo voy a encadenar a ti.

—Dios —dijo Hill, negando con la cabeza, cuando los trabajadores empujaron una botella de ron a través de un tubo para facilitar el acceso de aire—. Está recibiendo un trago antes de que lo saquen. Ése es Crane.

Newcombe prosiguió mirando con fijeza mientras los trabajadores cavaban, pasándose baldes lleno de lodo a lo largo de una cadena humana, apuntalando los escombros a medida que avanzaban. Había vida. Ahora había que ver si había heridas.

El equipo de rescate logró entrar en cuestión de minutos. El personal del anfiteatro y el de Martinica vitorearon cuando Crane salió a los tropezones de entre los escombros y moviéndose por sí mismo, con una amplia sonrisa para las cámaras. Llevaba a Lanie en los brazos, el brazo sano soportando la mayor parte del peso y la botella vacía de ron colgando de la mano inválida.

El estómago de Newcombe se revolvió. La cabeza de Lanie estaba vendada, la sangre cubriéndole todo el costado izquierdo y convirtiéndole el cabello en una mata pegajosa. Parecía estar nada más que semiconsciente. Crane no aparentaba estar peor por el desgaste.

—Está herida —dijo Hill.

Newcombe gruñó.

—Es mejor que ahí tengan alguien más experimentado que los internos. — Descargó un golpe sobre el microteclado de muñeca, reabriendo el contacto entre él y el equipo de rescate. Una figura cubierta de lodo, de la que apenas se reconocía que

era un ser humano, apareció con un *blip* en la pantalla de Newcombe, quien dijo—. Tráigalo a Crane para acá.

En ese preciso instante, en la pantalla principal vio a Lanie lanzar los brazos alrededor de Crane y darle un largo beso, mientras la colocaban en una camilla. Newcombe sintió un nudo en las entrañas y cerró las mandíbulas con fuerza, para evitar lanzar un exabrupto. Crane parecía más sobresaltado, que sorprendido, por el beso. ¿Qué estaba pasando?

Crane agitaba las manos, saludando de buena gana a las cámaras, alzando la botella de ron y riendo. Una comida suntuosa más en la mesa de refrigerios de su emocionante vida. ¡Mal rayo lo parta! El hermano Ishmael tenía razón: no era un ser humano.

Tragado por su equipo de rescate, Crane se escabulló de la pantalla y desapareció durante medio minuto, nada más que para aparecer en el cuadro de inserciones.

—Crane —dijo Newcombe en voz baja.

—¡Danny, mi muchacho! —Crane dejó caer la botella para frotarse la cara con una toalla—. ¿Nos extrañaste?

—¿Dónde está ella? —preguntó Newcombe—. Tengo la esperanza de que no la hayas matado.

—Ésta es una línea abierta, Danny, muchacho.

—¿Dónde está ella?

Crane se había puesto el rostro para el público y no iba a cambiar de actitud. Sonrió.

—Nos estamos aprontando para evacuarla a Dominica, para que reciba tratamiento médico. Creo que no es más que una concusión. Va a estar bien. A propósito, sigue preguntando por ti.

—Ponía al habla.

—No puedo hacer eso, Dan. —Miró afuera de cámara durante un segundo—. La están aprontando para el viaje. Además... no tienes por qué celebrar reuniones en una línea abierta. Reserva eso para más tarde.

—¡Por amor de Dios, Crane, ponía al habla. Tengo que saber si está bien!

Crane negó con un movimiento de cabeza, la sonrisa todavía adosada a la cara.

—No en una línea que se puede intervenir —dijo—. No queremos revelar secretos del oficio.

—Crane...

—Debo irme, Danny, mi muchacho. Mi público espera. Crane salió de la pantalla, dejando tras de sí nada más que una pantalla muerta.

Newcombe se reclinó pesadamente sobre su asiento, con la mirada clavada en la pantalla y en los trabajadores, que se preparaban para abandonar el sitio.

—Tengo que disponer las cosas para que regresen —dijo Burt, poniéndose de pie

y tomando distancia rápidamente entre él y Newcombe. Hizo que todos los demás salieran con él.

Newcombe quedó sentado a solas, sintiéndose estúpido, sintiéndose usado. En ese momento odiaba a Crane y lo lastimaría si pudiera. Ishmael había tenido tanta razón respecto de tantas cosas. Había visto las cosas con una claridad que desafiaba toda explicación racional.

La línea Q era la fibra protegida contra intervenciones. La activó en su microteclado de muñeca y le suministró el número que había aprendido de memoria en el comedor del *Diatribé*.

Sumi Chan estaba sentada delante de su terminal de vigilancia, suministrando información directamente en la pantalla mural del chalé que ocupaba en la fundación:

—¿Está usted recibiendo la transmisión, señor Li? —preguntó, la pantalla mural volviendo a pasar la escena de Newcombe conversando con una pequeña proyección de Mohammed Ishmael.

—Sí, con mucha claridad, Sumi. Te lo agradezco.

—Consideraré que este asunto podría ser de interés para usted.

—Y de interés más que incidental. Prosigue rastreando toda conexión entre el doctor Newcombe y el proscrito que pudiera caer bajo tu vigilancia. Nosotros haremos lo mismo. La conducta provocativa de Mohammed Ishmael y las malas calificaciones que da la opinión pública nos han obligado a condenar las actividades de Ishmael y a negar la existencia de la Nación del Islam como entidad.

—Entiendo —dijo Sumi, pero no entendía en absoluto—. ¿Hay algo más por el momento?

—Sigue trabajando así. Tenemos grandes planes para ti. *Zaijian*, Sumi Chan. Cuídate del sol.

—*Zaijian*, señor Li.

El contacto se interrumpió del lado de Li, aunque sus computadoras habían volcado en su memoria la totalidad de la conversación entre Ishmael y Newcombe. Sumi cerró la comunicación y, del escritorio que estaba debajo de la pantalla de 3-D que ocupaba toda la pared, extrajo la botella verde de *dorf*.

Se desplazó hasta la puerta principal. El chalé era enorme y espacioso: básicamente era una sola habitación abierta con un dormitorio en el piso superior, debajo de un techo con armazón en A. Toda la parte frontal estaba abierta hacia el exterior y la magnífica vista. En diferentes circunstancias, Sumi pudo haber conocido aquí la paz completa.

Salió al balcón, a esa altura el viento era cálido y juguetón. Un cóndor solitario voló por debajo de donde ella estaba. Sumi sentía que el señor Li estaba cometiendo un error al reprobar la Nación del Islam, cuyos miembros eran consumidores, hasta cierto grado por lo menos, y, en su propia manera, parte de la tendencia actual de la

vida estadounidense. La desaprobación los apartaba y atraía atención hacia ellos... y, por cierto, esa atención podía acarrear escarnio; también podía acarrear apoyo. Los estadounidenses estaban habituados a patrones de pensamiento disímiles e individuales. Si no los sometía a exigencias, absorberían a la NDI. Forzados a elegir, empero, era probable que los estadounidenses optaran por la libertad, concepto que era desconocido para el señor Li.

Sintiéndose súbitamente melancólica, Sumi destapó la botella verde y bebió directamente de ella. Los pechos le dolían debajo de las ataduras: un problema que tenía todos los meses. Su *dorf* especial, que contenía elevadas concentraciones, tanto de oxitocina como de pea euforizante, parecía ayudar, aun cuando si la agobiaba un cierto anhelo sexual que nunca podía satisfacer. No podía confiar en compañero sexual alguno. No podía confiar en el sexo en sí.

Dejó que los sentimientos se derramaran sobre ella, dándole calor, apaciguándola. Pálidas nubes llenaron el cielo, exhibiendo videopelículas de partidarios de la Nación del Islam mientras eran arrestados por los G justo afuera de los reforzados puntos de control de ingreso a Los Ángeles Este. Allá abajo, Burt Hill estaba supervisando la preparación de una mesa de comida fría, debajo de un gran toldo, para el equipo de rescate que estaba regresando. También había un bar, un pequeño puesto de primeros auxilios y un estrado para una conferencia de prensa.

Sumi iba a evitar a la prensa esta vez. Todo lo que deseaba hacer era soltarse las ataduras y esconderse debajo de las sábanas de la cama del piso de arriba. Volvió a beber de la *dorf*. Quizás hoy, por lo menos una vez podría perderse en el arrobamiento.

CAPÍTULO 7

El Big Bang

LA FUNDACIÓN

3 DE SEPTIEMBRE DE 2024. 15:45

Un cóndor voló en lo alto, por encima del perímetro defensivo de la Fundación Crane. Mientras mantenía una solitaria vigilancia sobre las alarmas contra intrusos y las perturbadoras radiaciones electromagnéticas, el complejo y sus ocupantes, el pájaro describía círculos y descendía sin cesar; se posaba y planeaba continuamente. A la lustrosa belleza del cóndor sólo la superaba su complejidad, pues era por completo electrónico y sus ganglios estaban directamente conectados con el cerebro de Mohammed Ishmael. Era adecuado, pensaba Ishmael, que un enorme buitre negro americano fuera su espía desde las alturas. Pronto, si todo fuera como él estaba convencido de que habría de ir, tendría otro espía, casi tan confiable, dentro de la fundación misma.

En opinión del hermano Ishmael, Lewis Crane necesitaba que se lo sometiera a una cuidadosa vigilancia, pues era la única persona del planeta que representaba una amenaza grave para Ishmael. Crane desafiaba la visión apocalíptica del mundo que tenía el hermano Ishmael, quien supo, desde la primera vez que se fijó en Crane que, de algún modo, el destino de ambos estaba entrelazado y, por eso, no le inquietaba en demasía que su intensa preocupación por Crane y por el trabajo que hacía su fundación pudiera ser por completo oracional, totalmente personal... y que consumiera demasiado tiempo. Era necesario, aunque Ishmael no podía estar del todo seguro del porqué o del cómo.

Los ojos del cóndor produjeron una imagen ampliada de la zona de aterrizaje de helicópteros que estaba cerca del edificio principal, en el complejo de la fundación. Crane lo llamaba la mezquita, lo que a Ishmael no le causaba la menor gracia, aunque sí lo divertía considerablemente advertir que los invitados que estaban llegando en ese preciso instante habían estado en la reunión en alta mar que se había celebrado en junio. A todos se los había invitado de vuelta, con la excepción de él. Ishmael tiró la cabeza hacia atrás y rió.

Lanie King era espectacular en todo aspecto, pensaba Crane mientras miraba en torno del laboratorio central o, tal como ahora estaba instando a todos a denominarlo, la sala del globo. Los tres meses últimos, Lanie se había autosometido a prueba una vez y otra. Vivía con las computadoras, la computación le salía por todos los poros... y compartía con toda su alma la meta que Crane tenía para el globo. Había contratado

a los programadores, los había mudado de las desagradablemente húmedas salas posteriores a la sala principal, de modo que pudieran estar cerca del objeto de su trabajo y apreciar en todo momento la inmensidad del proyecto. Buen manejo empresario era ése, reflexionó Crane.

Con lo único que no estaba satisfecho era con el papel que él mismo desempeñaba en público. Rebotaba de una actuación a la siguiente... era un actor que podía cantar y bailar, hacer comedia —P. T. Barnum y Cecil B. de Mille—. Por naturaleza introvertido, quedaba agotado por esas actuaciones, aunque dudaba de que alguien pudiera imaginar cuánto le exigían. Este pequeño espectáculo de hoy fue uno de los de importancia crucial para su carrera. Los políticos y la gente que tenía el dinero querían ver progresos. Lo que era más importante, Li reclamaba un terremoto, ¡y por Dios que Crane estaba completamente seguro de que tenía uno para mandarle!

El trabajo de Newcombe y Lanie mostraba que los niveles del radón existente en el suelo habían aumentado en cerca de un treinta por ciento a través del valle del Misisipi. En la región también estaban teniendo lugar cargas electromagnéticas. Ambos fenómenos probablemente provenían de un esfuerzo deformante en las líneas de falla, que actuaba sobre las rocas: cuando las rocas se agrietaban, el radón escapaba; cuando se fracturaban, permitían que la electricidad fluyera con más facilidad a través del agua freática. Precursores... probablemente.

En julio, las computadoras de Lanie habían utilizado la misma teoría del intervalo sísmico, para predecir un terremoto de importancia en la línea de falla de New Madrid, en Missouri. El último terremoto grande en ese lugar había tenido lugar en 1812. Crane iba a contarles a todos sus invitados respecto de ese terremoto histórico como avance publicitario de los entretenimientos que estaban por venir. Su alma dividida experimentaba regocijo y abatimiento. Necesitaba el terremoto para seguir adelante con su trabajo y, en última instancia, salvar millones de vidas; sentía completa aflicción, profunda congoja, ante la idea de un terremoto a lo largo de la línea de falla de ciento noventa y dos kilómetros de New Madrid, que podía destruir todo lo que existía desde Little Rock hasta Chicago... incluyendo a Memphis, St. Louis y Natchez. Necesitaba estar en lo cierto; tenía la esperanza de estar equivocado, en cuanto al grado de devastación, por lo menos.

Miró en derredor de la sala iluminada de manera espectacular. Cerca de las puertas de entrada se había erigido un pequeño estrado con butacas afelpadas para los invitados más importantes. Que ya estaban ahí, charlando y bebiendo el champagne mejorado de Sumi. Hasta el señor Li parecía estar de buen humor, al igual que el vicepresidente Gabler —hoy sin su esposa—, y el presidente Gideon. Cómo estas personas podían estar tan alegres era algo incomprensible para Crane. En las Zonas de Guerra se habían producido tumultos durante los dos meses últimos, en respaldo de la exigencia de la NDI para que se le dé una patria. Un incremento de la seguridad

y la reducción de los embarques de alimento, poco lograban para mantener en disciplina los territorios ocupados. Los fundamentalistas islámicos de París, Lisboa, Argelia y Londres apoyaban a sus hermanos estadounidenses organizando revueltas. Los boicots de los productos de Liang Int. estaban forzando al señor Li a capitular en muchos sectores, en especial en los relativos al ablandamiento de la retención del envío de alimentos.

Una nueva peste sexual estaba arrasando el subcontinente de la India, lo que dejaba perplejos a los agoreros que predecían una superpoblación. Cada día que transcurría, pestes genéticas y cepas de virus y bacterias resistentes a los antibióticos —así como ese antiguo enemigo de la humedad, el hambre— estaban demostrando que los malthusianos estaban equivocados. El abastecimiento de comida era desconsolador. En terreno silvestre ya era muy poco lo que crecía bien: el blanqueado por los rayos ultravioletas de las cosechas había destruido todo lo que no se cultivaba debajo de los baratos escudos solares desarrollados bajo la patente exclusiva de Yo-Yu, el principal competidor de Liang.

En julio, el Presidente había anunciado que el gobierno —es decir, Liang Int.— estaba financiando un estudio de fuste sobre la posibilidad de hacer la regeneración del ozono, lo que impulsó a funcionarios de Yo-Yu a acusar al gobierno de intentar destruir el mercado de libre competencia, al atacarlos directamente en los frentes del bloqueo solar y de la protección contra radiación solar. Calificaron al estudio gubernamental de «terrorismo político». Crane sólo podía sacudir la cabeza ante las payasadas del ser humano. Para oponerse a las payasadas de la Naturaleza, empero, Crane estaba preparado para actuar... aun ahora. Subió a la plataforma donde Lanie estaba sentada ante una consola de computadora y Newcombe ante la larga mesa con micrófonos embutidos, que proyectaban por la vasta estancia hasta el susurro de los conferencistas.

—Señoras y señores —dijo, su voz sonando como la de Dios, y retumbando teatralmente desde gran cantidad de altavoces empotrados en los muros.

La sala se oscureció. Crane aguardó hasta que los asistentes quedaran en silencio; después dijo, simplemente:

—El universo...

Una luz brillante destelló durante diez segundos:

—El universo —prosiguió Crane— comenzó con un estampido de hidrógeno y helio, que vomitó materia ígnea a fantástica velocidad y en todas direcciones.

El globo estalló en una llamarada de holoproyección, vibrantes rojos y amarillos girando en torbellino en torno de él.

—Nuestro planeta nació dentro del fuego hace unos cuatro mil millones y medios de años. Al girar sobre su eje, sus nubes, que se estaban encogiéndose, de polvos y gases gradualmente se solidificaron.

El globo se modificaba mientras Crane hablaba, mostrando, en forma holográfica, la formación del planeta desde el estado gaseoso al sólido. La enorme escala de la esfera y las modificaciones que ponía de manifiesto abrumaban a la gente que estaba sentada en la oscuridad. Crane podía oír los murmullos de admiración.

—Al principio fuimos un planeta de roca fundida. Lentamente, los elementos más pesados, níquel y hierro, se depositaron, constituyendo un núcleo interior denso. Parte de los materiales rocosos más livianos, tales como basalto y granito, se fundieron, flotaron hacia arriba y se enfriaron, formando una corteza delgada. Había manto alrededor del núcleo.

Los dedos de Lanie volaron sobre las teclas de la computadora, y la proyección del globo se transformó, como por ensalmo, en una esfera rocosa, estéril.

—Entonces, empezó a llover...

Truenos retumbaron por toda la sala. Lluvia holográfica cayó sobre el globo, proveniente de densas nubes preñadas de relámpagos.

—Llovió durante miles de años, hasta que el planeta quedó cubierto con agua por completo. Por fin, el cielo se despejó.

El globo se convirtió en una bola de agua que giraba en torno de su eje.

—Al enfriarse a ritmo pausado, al evaporarse el agua, en el planeta se formó tierra, tierra flotante.

Masas continentales aparecieron en el globo de Lanie, todas ellas navegando lentamente por ese mundo de agua. Todos los asistentes miraban, extasiados, mientras la masa continental se desplazaba hacia el ecuador, para finalmente reunirse íntegra formando un supercontinente gigantesco, todavía estéril.

—Pangaea —dijo Crane—, término griego que significa todas las tierras: el punto de partida del mundo que conocemos hoy. La escisión de Pangaea como consecuencia de fuerzas desconocidas, probablemente de convección, trajo volcanes... y los gases de esos volcanes trajeron el comienzo de la vida biológica.

Hizo una pausa. Después, continuó.

—Y la escisión de Pangaea trajo terremotos.

Crane se dirigió a Lanie:

—Programa en el globo el último terremoto de New Madrid —dijo en voz baja. Newcombe garrapateó en un papel, y Lanie se apresuró hacia los programadores. Para sacar esto adelante, Lanie necesitaba más datos de entrada que los que podía manejar sola. Newcombe sostuvo el papel en alto: rezaba *¡No te arriesgues!* Crane se limitó a negar con la cabeza, mientras sonreía con ironía.

Cuando Lanie le hizo una señal, indicándole que ella y su personal estaban listos, Crane dijo:

—Atraigo la atención de ustedes a Estados Unidos y al río Mississippi.

Todas las luces se apagaron, con la excepción de un único haz luminoso,

concentrado en el medio de Norteamérica.

—Es mayo de 1811 —prosiguió Crane—. La lluvia es mala en la primavera y los ríos se desbordan. Aunque la gente oye muchos truenos, observa que, extrañamente, no hay relámpagos. En el otoño, los ciudadanos de New Madrid, en el sudeste de Missouri, cerca de la frontera con Kentucky y Tennessee, se sorprenden al descubrir que decenas de miles de ardillas abandonan su hogar en los bosques y se desplazan en falanges hacia el río Ohio, donde se tiran para ahogarse. En septiembre de ese mismo año, en lo alto pasa un gran cometa, arrojando un fulgor brillante y fantasmagórico sobre los bosques. Para muchos, un presagio.

Crane bajó la escalera con lentitud. El globo ya no giraba, sino que se había detenido frente al estrado, destacando el valle del Mississippi.

—Norteamérica es una frontera sin ley. Tecumseh gobierna sobre las tribus indias próximas a New Madrid y en el transcurso de todo el otoño libra más de una batalla contra las fuerzas del general William Henry Harrison. Los piratas y asaltantes se dedican con ahínco a su profesión en el río, obligando a que los capitanes de barcos de carga formen convoyes para brindarse mutua protección. Pero, en las primeras horas de la mañana del 16 de diciembre, un lunes, todo eso pasa a un segundo plano.

Crane penetró en el círculo de luz del reflector.

—A las dos de la mañana, el infierno hizo una visita.

Un sonoro estampido resonó por la estancia, mientras una enorme cicatriz aparecía en el globo.

—El suelo se agita con violencia derribando las casas hechas con troncos. Un horrible rugido, mezclado con un siseo y un agudo pitido, surge del suelo que se abre. Malsanos olores sulfurosos envuelven a los colonos sobrevivientes. Relámpagos de luz brotan con violencia del suelo mientras éste ondula. El suelo hace erupción como un volcán, lanzando agua, rocas, arena y carbón hasta la altura de la copa de los árboles. Veintiséis de estos sucesos tienen lugar durante esta sola noche. Espantoso. Pero sólo son temblores leves de tierra: el vigésimo séptimo día es el día del terremoto en sí, y su potencia se siente en treinta estados. Bosques enteros quedan arrasados. El suelo se hunde, dándose nueva forma a sí mismo, mientras se abren inmensas fisuras que lo tragan todo. El río Mississippi modifica su curso centenares de veces; atrapado en enormes elevaciones del terreno, se convierte en una pesadilla de remolinos y cataratas, matando todo lo que vivía en él. En un momento dado fluye aguas arriba. Cuando las riberas se desploman, el río asciende, inundando todo el valle, ahogando todo aquello que no esté ya muerto.

«En Jackson, Mississippi, a ochenta kilómetros del epicentro, los árboles se desarraigan y los edificios caen. En St. Louis, aguas mucho más arriba, relámpagos se disparan desde el suelo, las chimeneas se derrumban, las casas se parten en dos. Una espesa niebla envuelve a la ciudad durante días. Las ruinas se extienden por muchos

kilómetros de Arkansas. Memphis está devastada por los deslizamientos de tierra. Tan lejos como Nashville, los edificios retumban y se estremecen. Un lago inmediatamente al norte de Detroit burbujea como una olla hirviente. Las sacudidas se sienten con intensidad en Richmond y Washington D. C. El edificio del Congreso de Raleigh, Carolina del Norte, se sacude durante una sesión legislativa que se celebró muy avanzada la noche. En Charlestown, las campanas de 3 a iglesia resuenan y los habitantes experimentan náuseas debido a las sacudidas.»

Ramas de luz que aparecen en el globo se extienden desde la zona del sismo, de manera de abarcar la mayor parte de los Estados Unidos.

—¿Qué tiene que ver todo esto con nosotros, doctor? —alzó la voz Li.

—Mucho, señor Li, porque nuestros cálculos indican que hace años que se está demorando otro terremoto de importancia en la línea de falla de New Madrid. Muchos de los precursores de un sismo así ya están en posición, y estamos tratando de precisar el momento exacto para que se produzca esta catástrofe. Doctor Newcombe, ¿tiene usted algo para agregar?

Newcombe se quedó sentado unos instantes. No estaba seguro de que fuese la hora de hacer que suene la alarma, pero no le resultaba posible mantenerse en silencio después de la presentación de Crane:

—Las Montañas Rocallosas tienen el efecto de absorber los sismos occidentales —dijo por fin—. Cualquier sismo que se produzca al este de ellas va a ser devastador. Nuestros descubrimientos iniciales ponen la tasa de mortandad en más de tres millones de personas; los daños, en la cercanía de los doscientos cincuenta mil millones de dólares. El caos inherente a esto afectaría la capacidad del país para suministrar bienes y servicios en un radio mucho mayor que el de las zonas donde se produjera el terremoto, y se extendería a la escena internacional. El golpe que se infligiría a la economía podría condenarla a su destrucción y el país podría no llegar a recuperarse jamás, de manera muy parecida a como Gran Bretaña fue incapaz de recuperarse de las guerras que libró durante el siglo xx.

Toda la sala quedó sumida en un silencio profundo, absoluto. Newcombe hizo una profunda inhalación.

—¿Responde eso su pregunta, señor Li? —preguntó sin resentimiento.

A Crane le gustaba la apariencia del presidente Gideon. Su preocupación parecía sincera y siempre miraba a los ojos cuando hablaba con alguien. Tenía un aire de mando del que carecía el vicepresidente. Por supuesto, eso no hacía que fuera más autónomo que Gabler, sino que hacía que fuera más sencillo lidiar con él.

—Tengo la esperanza de que tan sólo esté tratando de asustarnos, doctor Crane —dijo Gideon, con una bebida firmemente alojada en su mano—. Es seguro que no sé si querría ejercer el mando durante un desastre de tan vastos alcances como el que usted acaba de describir.

El señor Li, parado al lado de Gideon, inclinó la cabeza hasta casi tocar la del Presidente.

—El buen doctor no tiene esa clase de sentido del humor —dijo—. Creo que cree sinceramente en la predicción que hizo hoy.

—No estoy invocando hechizos —dijo Crane—, si es a eso a lo que usted se refiere. Tan sólo estamos construyendo una hipótesis científica razonable.

El Presidente enderezó el cuello.

—¿No está seguro de que esto vaya a ocurrir?

Crane alzó su copa, Burt Hill se apresuró a llenarla de nuevo con whisky:

—Ah, sí ocurrirá, señor Presidente. La Tierra no tendrá esa suerte.

—Pero el momento, Crane —sonrió Li—. Todo esto consiste en conocer el momento.

—Estamos trabajando en eso —repuso Crane, mirando con cuidado a los dos hombres—. Las señales están ahí. Ahora estamos tratando de establecer la fecha. Si el globo estuviera terminado...

—Pero no lo está —dijo Gabler—, y sus predicciones son meras palabras.

—¿Igual que Sado, señor vicepresidente? ¿Fueron meras palabras? —replicó Crane, mirándolo con desdén—. Mi personal está compuesto por profesionales sumamente competentes, que transcurrieron toda su vida estableciendo las bases para arribar a este momento. ¿Cuáles antecedentes tiene usted en este sentido?

Gabler se sonrojó hasta la raíz de los cabellos, mientras Gideon se ponía la mano en la boca para ocultar la sonrisa.

—Realmente tenemos que tener absoluta seguridad sobre esto —dijo el señor Li—. Las elecciones tendrán lugar dentro de nada más que dos meses.

—Estoy haciendo lo mejor que puedo —dijo Crane—. Apresurarse y dar una predicción equivocada no le haría bien a nadie.

—Eso es absolutamente cierto —concedió Li. Sumi hizo su entrada para escanciarle champagne mejorado en la copa—. Recuerde que es para su conveniencia presentar algo antes de la fecha de elecciones.

—¿Se lo pueden imaginar? —dijo Gideon, poniendo su propia copa al alcance de Sumi— anunciamos, de antemano, un desastre de proporciones... salvamos millones de vidas y miles de millones de dólares en bienes. Los de Yo-Yu no tendrían la menor probabilidad.

—Por desgracia, señor Presidente, temo que podría acontecer precisamente lo opuesto —dijo Li, tomándolo a Sumi por el brazo—. Anunciamos un desastre de proporciones, evacuamos, cerramos fábricas, protegemos las existencias... para que después nunca se produzca ese desastre.

—La boca se le haga a un lado —dijo Gideon.

—Eso es lo que está en juego —dijo Li. Se volvió del Presidente hacia Crane, su

expresión solemne transformándose, de manera camaleónica, en otra de cálida amabilidad—. ¿Está Sumi trabajando a su entera satisfacción, doctor Crane?

Crane y Sumi intercambiaron una sonrisa.

—Sumi Chan es el mejor supervisor que se pueda pedir para un proyecto —contestó Crane—. Estoy en el terreno la mayor parte del tiempo, en consecuencia, él entiende las prioridades y emite los cheques. Un socio de primer nivel.

—Excelente —dijo Li con una amplia sonrisa. Pasó un brazo en torno de Sumi—. Liang Int. podría utilizar más hombres como Sumi. Sabe, doctor, estoy fascinado por su globo. Yo también tengo uno.

—Eso oí —dijo Crane—. Algún día tendrá que mostrármelo.

Li rió.

—Temo que eso sea imposible. Reglamentos, ya sabe.

—Claro que sí. Sumi, el presidente Gideon parece haber vaciado su copa.

—No podemos permitir eso —dijo Sumi, llevando la botella para volver a llenar la copa de Gideon—, en la fundación no se permite que las copas queden vacías.

Gideon asintió, feliz, con una inclinación de cabeza. Parecía relajado y cómodo; sus guardaespaldas también parecían estar tranquilos. Alzó la copa.

—A su salud, doctor.

Todos bebieron. Después, Gideon dijo:

—¿Qué posibilidades hay de hacer una recorrida por sus instalaciones? Encuentro este lugar fascinante. Si hubiera alguien libre, yo...

—Nadie conoce este lugar como yo —dijo Crane—. Vamos. ¿Hay alguien más que esté interesado?

—Vayan ustedes dos, así se conocen mejor —dijo Li—. Yo tengo que discutir algunos asuntos con el señor Chan.

—Me parece bien —dijo Crane, conduciéndolo a Gideon hacia afuera de la carpa.

Li se volvió hacia Sumi.

—¿Cuán cerca están realmente de este asunto de New Madrid? —preguntó con brusquedad, la vulpina sonrisa que le había regalado a los demás se había borrado por completo.

Sumi hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No estoy seguro. Hay mucha información que está llegando. Sé que ya seleccionaron la adecuada, pero todavía están en el proceso de establecer el momento preciso: podrían descubrir que no va a ocurrir sino hasta dentro de muchos años.

Li frunció el ceño.

—Quiero que encuentren un terremoto que se produzca antes de las elecciones.

—Sólo hacen lo que pueden.

—No, Sumi pueden encontrar ahora un sismo... si es que las teorías de Crane efectivamente son ciertas. Pero, para encontrar ese sismo, esta gente se debe

concentrar en conseguir lo que yo quiero, y no dedicarse a jugar con sus datos y sus chiches —sonrió con gesto despectivo—, con sus investigaciones básicas. Y hablando de investigaciones, ¿cómo andan las tuyas sobre el doctor Newcombe? ¿Sigue en pie su viajecito de esta noche?

Sumi asintió con una inclinación de cabeza, sintiendo que la red que había caído sobre todos los de la fundación se estaba ajustando.

—Viajará con el nombre de Enos Mann. Saldrá cuando oscurezca.

—Humm, estará afuera toda la noche, pues. Se prevé que la Nube de Masada entre alrededor de la medianoche.

—¿Está su gente en posición?

—No te preocupes por mi gente —dijo Li, al tiempo que en la cara se le dibujaba un gesto de disgusto cuando vio acercarse a Mui—. Encárgate de acicatear a esta gente para que me consiga esa predicción. Ahora sugiero que circules, para así evitar suspicacias de la gente.

Sumi inclinó levemente la cabeza, conteniendo la tensión y la ira. Fue hacia Newcombe, deseando de todo corazón que hubiera algo que ella pudiera decir, alguna manera sutil de hacerle saber a ese hombre que hoy a la noche debía quedarse en la fundación. Kate Masters, vestida con unas medias ajustadas de pierna entera y amplia capa, en color rojo brillante, estaba hablando cuando llegó Sumi, con su botella de champagne en la mano.

—Oh, Sumi —dijo Masters, su roja cabellera peinada en rulos apretados que le llegaban hasta los hombros—, es necesario que algún día me dé el secreto de esto.

Extendió la copa.

—Una antigua receta de familia —dijo Sumi, lanzándole a Masters la clase de mirada lasciva que había visto que lanzaban los hombres—. Es bueno para la actividad sexual.

—Tesoro, en ese aspecto no tengo problemas, pero llénela de todos modos. —Extendió la copa y Sumi escanció. En muchos sentidos percibía que Masters estaba jugando a las escondidas de manera similar a como ella misma lo estaba haciendo, un juego destinado a un mundo de hombres. En Masters había más cosas, muchas más, que las que ella revelaba.

—Eh, guarden un poco para mí —dijo Newcombe, extendiendo su propia copa.

—Deseo que todos ustedes sepan mi opinión —dijo Masters, tomando un largo trago—. Lo que ustedes hacen aquí es importante. Sé que Crane se lo tiene que vender a las autoridades constituidas y que, al venderlo, eso se vuelve vulgar. Pero no para mí.

—Agradecemos eso —dijo Lanie, sonriéndole—. En verdad, aquí únicamente queremos ayudar a la gente, pero parece que siempre tenemos que contar con un gancho.

—La naturaleza del juego —dijo Newcombe, frunciendo el ceño—. Es un juego que odio, pero es el único del que se dispone.

—Me dio un susto de muerte, sabe, con su discurso de hoy —dijo Masters.

—Eso espero —dijo Newcombe— eso me da a mí un susto de muerte.

—Si es que sirve de algo —dijo Masters, tomando otro trago—, canjeamos el Procedimiento Vogelmann para respaldar la Fundación Crane, pero si la administración Gideon se hubiera rehusado, los habríamos respaldado a ustedes de todas maneras; algunas cosas son más importantes que la política. Ustedes tienen categoría.

—Entre bueyes no hay cornadas, ¿eh? —dijo Sumi—. La felicito. Debo traer otra botella ahora. Vaya por la sombra.

Sumi salió con rapidez, seguido con la mirada por Lanie: había algo terriblemente solitario, terriblemente triste respecto de Sumi Chan. Lanie no confiaba en Sumi, pero eso no impedía que sintiera pena por él. Miró a Masters.

—¿En qué consiste el Vogelmann?

—¿Estás interesada, mi querida?

—No —respondió Newcombe por ella—. Nosotros tan sólo...

—Sí, estoy interesada —dijo Lanie, mirando con fijeza a Newcombe—. Tengo mucho para hacer en los próximos años, y no quiero tener que preocuparme por los hijos.

—Un implante único —dijo Masters—, colocado en forma externa en la paciente; la colocación tarda quince minutos. Permanece colocado para siempre y evita la ovulación. No más calambres abdominales; no más períodos. —Miró a Newcombe—. Un montón de mujeres se lo está haciendo.

—Y eso fue todo en cuanto a la población mundial —dijo Newcombe.

—Si quieres quedar llenita, tomas una píldora. Sin problemas. Las madres hacen que se les aplique a sus hijas en la pubertad. Eso se hace cargo de más de un dolor de cabeza.

—Es antinatural —dijo Newcombe.

Masters hizo destellar su sonrisa exhibidora de dientes.

—Para ustedes resulta fácil de decir, compadre. La Naturaleza es tal como la Naturaleza lo hace. En Los Ángeles hay unos pocos médicos realmente buenos que efectúan el procedimiento, Lanie. ¿Deseas que te arregle una cita?

—Sí —dijo Lanie.

—No —dijo Newcombe.

Masters hizo una breve inhalación y terminó su copa de champagne mejorado.

—Bueno, pues... quizá sea mejor que lo conversen entre ustedes, ¿eh?

—La llamaré —dijo Lanie, lanzándole una mirada furibunda a Newcombe. ¿Por qué tenía que ser tan dominante?

—Mejor me mezclo con la concurrencia —dijo Masters, mientras sacudía el cabello con gesto teatral—. No me pagan por quedarme acá parada y beber.

—Ya lo creo que sí —dijo Newcombe.

La mujer se encogió de hombros.

—Yo sé cuándo tengo que hacer un garboso mutis, ¿está bien? Otra vez, gracias por el espectáculo de hoy: voy a tener pesadillas durante una semana.

Estrechó la mano de Newcombe y le dio a Lanie un prolongado abrazo fuerte.

—La llamaré mañana —susurró Lanie. Cuando Masters estuvo bien lejos, Lanie se volvió hacia Dan, airada.

—¡Nunca, en toda mi vida, me sentí tan avergonzada! —exclamó—. ¿Cómo pudiste hacer algo así?

—¿Cómo pude? ¿Algo como eso no es una decisión que ambos deberíamos tomar?

—No desde mi punto de vista: es mi cuerpo, mi vida. Y la semana que viene haré que se me aplique el procedimiento, ya fuera que te guste o no te guste.

—Ya no somos niños —contestó Newcombe—. Tus años de fertilidad no durarán mucho...

—Fertilidad —dijo Lanie, haciendo una inspiración profunda para calmarse—. No soy una especie de Madre Tierra que solamente espera que la fecunden, Dan. ¿Por qué siempre tienes que arruinar...?

—¡Es un día grandioso! —interrumpió Crane—. Los tenemos con el culo en la mano, ¿no?

—Les hemos prometido algo que no podemos entregar —dijo Newcombe con aspereza—. ¿Qué tiene eso de bueno? Por lo menos pudiste haber esperado hasta que hiciéramos lecturas de esfuerzo en el terreno, antes de anunciarle el terremoto al mundo.

Crane miró a Lanie.

—¿Qué problema tiene?

—Bebés —contestó Lanie.

—Bebés —repitió Crane. Después se estremeció—. ¡Qué horrible pensamiento! No importa. Dentro de un ratito, todos esos papanatas se habrán ido. Quiero invitarlos a ustedes dos a mi casa para cenar. Una pequeña celebración.

A Lanie se le iluminó el rostro.

—Eso da la impresión de ser...

—No puedo —dijo Newcombe.

—¿Qué? ¿Tienes otra invitación? —preguntó Crane.

Lanie vio a Dan esquivar la mirada.

—Tengo que bajar de la montaña —dijo—. Estuve posponiendo la calibración de nuestro equipo colocado en la San Andrés. Es necesario hacerlo.

—¿Esta noche? —insistió Crane— es una de las noches de Masada.

—Llevaré un traje protector.

—Lleva dos —dijo Lanie—. Voy contigo.

Newcombe negó con un movimiento de cabeza.

—Tú te quedas aquí. Disfruta la cena. Volveré bien temprano por la mañana.

—En verdad no me importa. Yo...

—Quiero hacer esto por mí mismo —dijo Newcombe. Lanie estaba sorprendida por lo furioso que estaba—. No es algo personal... Yo... Yo necesito algo de tiempo para pensar.

—¿Pensar en qué? —preguntó Lanie, sospechando que el comportamiento de Dan nada tenía que ver con que ella se sometiera al Procedimiento Vogelmann, sino que era algo más que le estaba ocultando.

—¡Doc Dan! —gritó Burt Hill mientras trotaba hacia ellos—. Se está poniendo oscuro. Tengo el helicóptero listo para usted, si aún lo quiere.

—Voy —dijo Newcombe—. Volveré por la mañana. Disfruten la cena.

Dicho esto, dio media vuelta y cruzó la sala del globo a zancadas, sin echar una sola mirada hacia atrás.

—¿Qué demonios fue todo esto? —preguntó Crane.

Lanie movió la cabeza de un lado a otro, con gesto de pesar:

—No lo sé, pero nada tiene que ver con la falla de San Andrés.

—¿Qué quieres decir?

—Envió uno de sus técnicos para que recalibre ese equipo, la semana pasada.

21:10

—¿Ya están listos? —gritó Crane desde la grúa, mientras corría alrededor del globo en la máquina, a veintisiete metros de altura.

—¡Bájate de ahí! —gritó Lanie—. ¡Te vas a matar!

El alocado hombre estaba colgando de la barquilla y blandiendo una botella de ron.

—¡Soy demasiado terco para morir! —aulló, haciendo bocina con las manos—. Haz que tu personal se ponga en movimiento, y hagamos que esta cosa entre en acción.

—¡Estamos trabajando en eso!

Sumi estaba al lado de Lanie.

—Crane parece... estar exuberante hoy.

—Ésa es una palabra que lo describe, supongo.

Lanie se estaba muriendo de hambre: la invitación de Crane para cenar nunca se hizo realidad del todo, una vez que se obsesionó con la idea de probar el globo. Entre

la ausencia de Dan y la puerilidad de Crane, Lanie se estaba empezando a sentir más como una madre que como una socia.

Se volvió hacia sus programadores; después giró los ojos hacia Sumi.

—Vamos, muchachos. Ya lo oyeron al jefe, pongamos esa cosa en línea.

Quejidos y quejas salieron de toda la fila. Lanie miró a Sumi.

—¿Puede usted hacerlo bajar? —preguntó.

—Ni siquiera lo intentaría

—Eso fue lo que pensé.

Lanie se alejó de las terminales dispuestas contra el muro y se acercó al globo, el dispositivo alzándose de manera majestuosa dentro de su techo contorneado: la gente era tan pequeña al lado de un sueño tan grande.

—¡Baja de inmediato, o lo apago! —le gritó a Crane, mientras su grúa efectuaba otra circunnavegación.

Crane golpeó los controles, haciendo que la grúa se detuviera bruscamente y la barquilla quedara oscilando con violencia. La botella se estrelló en el piso, cerca de Lanie:

—¡Huy! —dijo Crane.

—¡Abajo, Crane... ahora!

Hizo descender la barquilla hasta el piso y salió de ella, la cara con gesto de muchachito arrepentido.

—Mi botella se cayó —dijo.

—Te conseguiré otra —dijo Sumi, saliendo con premura.

—Grandioso —dijo Lanie, mirándolo a Crane—. ¿Cuánto más de eso tienes?

—Cajas —dijo Crane, subiendo y bajando rápidamente las cejas—. Cajas de ron provenientes de los agradecidos ciudadanos de Le Precheur. ¿Cuál es la demora en la pasada de prueba?

—Tal como usted puede saber, o puede no saber, doctor —dijo Lanie con severidad—, a las computadoras les hemos estado suministrando información, no programas; tarea, podría yo añadir, que no hemos terminado aún. Tenemos que abrir todas las trayectorias para la pasadita de prueba que usted quiere para esta noche. Esta gente estuvo trabajando todo el día, y está cansada. Dele un minuto, ¿está bien?

—Estás enojada conmigo —dijo Crane, haciendo pucheros.

—Estoy enojada con Dan —contestó Lanie—. Tú estás aquí. Un geólogo cabeza dura es lo mismo que otro.

—Dan es un nene grande. Tiene asuntos, o lo que fuere, que atender, y eso es todo.

—Su vida está acá. No tiene cosa alguna que hacer abajo.

—Una botella de ron de Martinica —dijo Sumi, apurándose por llegar a ellos y darle la botella a Crane—. Sin mejorar.

Crane desenroscó la tapa y tomó un prolongado trago, girando sobre los talones para contemplar el magnífico globo.

—Me voy a volver loco pronto, si no ponemos esta cosa en movimiento.

—Ya estás loco —replicó Lanie—. Mira, no puedes esperar demasiado de esta primera vez. Los intangibles son...

—Los intangibles son el motivo de que te contratara —dijo Crane, ya sin sonrisa—. Ése es el porqué de que aquí haya un generador de imágenes, para hablar con mi globo, para comunicarme en forma sintética, para que haya sinergia.

—No es tan sencillo, sabes. Estamos metiendo todos los datos históricos, pero estamos hablando de la vida del planeta en sí. Alguien excava un yacimiento en Roma, lubricando una falla desconocida: dos años después hay un terremoto de importancia en Alaska. No podemos ingresar programación para el caos, y no podemos saber cuánto de importante, o de esencial, es el papel que desempeña.

Crane miró a Sumi.

—¿Qué piensa usted?

—Pienso que necesita predecir algo antes de las elecciones, o vamos a perder nuestros fondos. Si esto hace promover esa causa, entonces estoy decididamente a favor de avanzar a toda máquina.

Lanie no le prestó atención a Crane y miró a Sumi.

—¿Qué maldita utilidad tendría para cualquiera de nosotros hacer una predicción errónea? No entiendo lo que usted nos está diciendo. Es usted tan malo como el señor Li. No podemos hacer que la Tierra se comporte según nuestras prescripciones.

—Y nosotros tampoco podemos sobrevivir sin financiación —dijo Sumi. Después miró a Crane—. Usted predijo todo, hasta un terremoto en Centroamérica dentro de los próximos meses. No fui yo quien lo dijo, sino usted.

—Estábamos en el sitio —dijo Crane—. Necesitábamos proponer algo, eso es todo. Las señales están ahí, pero no son señales completas.

—¿Qué otra cosa necesita?

Lanie sintió que la recorrían escalofríos cuando Sumi hizo la pregunta, y no estuvo segura del porqué.

—Vamos a la localidad la semana que viene, para hacer lecturas de esfuerzo. Eso nos dará un cuadro más completo. —Crane bebió—. Algo de aumento de actividad después del período de dilatación o un temblor previo al sismo grande sería bueno. Más actividad eléctrica en el suelo tampoco vendría mal. Aunque con el proceso de dilatación, yo estaría dispuesto a hacer un poco de especulaciones, si la actividad sísmica remontara otra vez. Es una muy buena señal que la actividad de lubricación haya desplazado la mezcla de serpentina, olivina y agua, a una posición para que se produzca un deslizamiento de falla importante.

—¿Usted haría una predicción basándose en eso? —preguntó Sumi.

—Si un empujón nos ayuda a ponernos en marcha —dijo Crane, para después señalar a Lanie con la mano sana, que también sostenía la botella—. Y también quiero decirte algo. Primero que todo, no quiero actitudes negativas: hemos llegado hasta acá por haber sido positivos y temerarios. En segundo lugar, aquí estamos cumpliendo el sueño de toda una vida. Tus computadoras se están atosigando con más conocimientos sobre nuestro planeta Tierra que lo que pueda abarcar cualquier otra fuente individual. Las respuestas se encuentran ahí. A lo mejor, una vez que hayamos asimilado todos estos conocimientos, te resulte posible descubrir una gran cantidad de cosas de las que nunca antes nos habíamos dado cuenta, entre ellas la noción de que podría haber un patrón para el caos.

—¿Nunca detienes la actividad? —preguntó Lanie.

—¡Nunca!

—¡Creo que entramos en línea! —gritó uno de los programadores, lo que hizo que todos ellos prorrumpieran en breves vítores.

—Les agradezco a todos y cada uno. —Crane se volvió hacia Lanie—. ¿Te agradaría hacer los honores?

Fue entonces cuando ella lo sintió, la mezcla de miedo y emoción que había mantenido contenida desde el momento mismo en que Crane sugirió someter a prueba el programa. Asintió con una leve inclinación de cabeza, incapaz de hablar, y fue hacia el tablero maestro, una profusión de luces parpadeantes, reóstatos y botones, dispuestos todos en una doble hilera, con un solo teclado de control situado debajo de un monitor grande.

Ella encendió el monitor y apareció un cursor titilante. Lanie deseó que Dan hubiera estado ahí, independientemente de cómo resultaran las cosas. Vaciló ante el teclado.

—No tenemos trompetas para anunciar el acontecimiento, señorita King —dijo Crane, quien tenía la mirada clavada en el monstruoso globo.

Con dedos temblorosos, Lanie escribió: «Avanzar desde Pangaea». Después hizo una profunda inhalación y apretó la tecla Enter.

Con un gemido profundo, el globo empezó a rotar, los continentes dándose nuevas formas hasta llegar al gran continente único con enormes variaciones meteorológicas. Pangaea se escindió en silencio, y allí donde se rompían y cizallaban unos contra otros, los continentes mostraban venas rojas indicadoras de sismos.

—Hermoso —dijo Crane.

Lanie estaba demasiado concentrada en buscar errores de programación en el proceso, como para apreciarlo. Era un manojito de energía nerviosa mientras caminaba para reunirse con Crane.

—¿Cuál es nuestra primera interfaz histórica? —preguntó Crane en voz muy queda.

—El meteoro Chicxulub, de ocho kilómetros de ancho —contestó Lanie—, hace sesenta y cinco millones de años.

—La zona de contacto K- T —dijo Crane.

Lanie, temblando, miraba el globo fijamente.

—Sí. Principios de la Era Terciaria, fin de los dinosaurios. Buscar volcanes en las antípodas... ahí.

La holoproyección de un enorme meteoro ardiendo en la atmósfera voló a través de la sala, estrellándose en la península de Yucatán. Un gigantesco manto de polvo se elevó y se extendió por todo el globo, entreviéndose, a través del polvo, los más tenues vestigios de líneas rojas pulsátiles extendiéndose desde el sitio del impacto, mientras la actividad volcánica se iniciaba en el lado opuesto de la esfera.

Crane extendió la mano y tomó a Lanie del brazo, con el rostro convertido en máscara rígida mientras contemplaba la historia de la Tierra crearse ante sus ojos.

—Sí —murmuró, ante la propia excitación en aumento de Lanie.

Y entonces ella oyó una campanilla que sonaba desde un puesto lejano de la programación; después otra, y otra más. El sistema estaba deteniendo su actividad.

—¡No! —exclamó, liberándose de la mano de Crane y volviéndose hacia la consola, mientras centelleaban mensajes de error y las campanillas sonaban con fuerza por toda la enorme sala. Lanie se dio vuelta y miró; el globo se había apagado por completo. La cabeza de Crane se movía espasmódicamente de un lado a otro, y de su garganta surgió un profundo gruñido.

Lanie tendió las manos hacia la consola, lista para ingresar control de daños, pero se detuvo cuando vio que en el monitor aparecían escritas palabras que deseó no haber visto jamás: «Sin analogía - Sistema incompatible».

Totalmente confusa, las manos le cayeron a los costados, mientras Crane se acercaba a zancadas para pararse detrás de ella.

—Prosigue —dijo él—. Trabaja en la incongruencia.

—No puedo —dijo Lanie, señalando la pantalla—. No sabría por dónde empezar.

Crane leyó las palabras; después la tomó por los hombros, girándola para que lo mire de frente.

—¿Qué quiere decir eso?

Una horrible confusión se apoderó de Lanie, mientras otros programadores se acercaban con lentitud hasta formar un cordón poco compacto en torno de ella y Crane.

—Significa que al cráter mexicano no se lo puede hacer coincidir históricamente con alguna otra cosa que hayamos programado en las máquinas. Nos está diciendo que es imposible.

—No —dijo Crane, para agregar en voz más alta—. ¡No, no aceptaré eso! Vuélvelo a posición inicial y hagámoslo de nuevo.

—Mira, Crane —dijo Lanie—, existen dos posibilidades y una es que hayamos cometido un error al programar, lo que es comprensible, si se tiene en cuenta que no nos diste tiempo para revisar lo que hicimos. Para corregir eso tendremos que repasar todo lo que hicimos esta noche, revisando cada etapa del proceso. Esta gente está demasiado cansada para hacer eso.

—¿Cuál es la otra posibilidad?

Lanie hizo una profunda inhalación.

—Que los sucesos anteriores al de Chicxulub, quizá la separación de Pangaea en sí, ya hubieran alterado tanto al mundo, que el impacto del meteoro ejerció un efecto diferente del que mostró nuestro globo.

—Tú me dijiste que la máquina podía definir y corregir tales incongruencias, recorriendo las limitadas posibilidades de los sucesos faltantes.

Lanie lo miró inclinar la botella hacia los labios y beber la mitad de ella de un solo y largo tirón. Crane, como siempre, era una bomba de tiempo lista para explotar.

—Eso se ubica entre suceso conocido y suceso conocido —dijo Lanie—. Entre, digamos, Chicxulub y la caída de las murallas de Jericó. Pero Chicxulub es lo más antiguo de que tengamos noticia. Cualquier cosa anterior a eso es pura especulación.

Crane volvió a señalar a Lanie, su dedo tembloroso con la furia del borracho.

—Y aun así, dentro de un campo de posibilidades limitado —dijo, dejándola a Lanie y girando sobre sí para ir hacia el globo, la mirada fija en él, como si la concentración le fuese a brindar las respuestas que buscaba en la vida.

Por primera vez desde que vino a trabajar para Crane, Lanie se empezó a preguntar cuánto de la energía de ese hombre había en este proyecto. No sería la primera vez que un demente hubiera convencido a la gente para que creyera en disparates.

Crane se volvió hacia ella.

—Vuelve a ponerlo en actividad —dijo—. Revisaremos el programa sobre la marcha.

—No —contestó Lanie—. Mis programadores están cansados. Yo estoy cansada. Intentémoslo de vuelta por la mañana.

—¡Te di una orden!

—Y yo rehúso cumplirla.

—¡Maldita seas! —aulló, agitando el brazo en alto. La semiterminada botella salió volando hacia el globo, estrellándose en Siberia. Un humo acre se elevó del sitio en el que el ron había mojado los circuitos—. ¡Estás despedida!

—Está bien —contestó Lanie. Se volvió hacia el grupo de programadores, que se amontonaba en torno de ella—. Vayan a su casa. Hemos terminado aquí por esta noche. Mañana su nuevo jefe les dirá qué hacer.

—Creo que necesitamos llevarlo a su casa —dijo Sumi.

—Al demonio con él.

—Lanie...

Lanie asintió con fatigada inclinación de cabeza y avanzó para tomarlo a Crane por el brazo enfermo, mientras Sumi lo hacía por el sano.

—Vamos, lo llevaremos a su casa —dijo Sumi—. Necesita dormir.

—No necesito dormir —dijo Crane, permitiéndoles, a regañadientes, que lo saquen de ahí; mirando el globo, mientras lo sacaban arrastrándolo—. Necesito sentarme y trabajar.

Se volvió y besó a Lanie en la mejilla.

—Ah, quizá sea una cuestión del peso. ¿Cuánto le sumaste al total de la Tierra?

—Mil toneladas cortas por día, debido al impacto de meteoros.

—Prueba sumando más peso que el que había en las épocas antiguas: la actividad de los meteoros es mucho menor ahora que lo que fue hace mil millones de años.

—Lo que tú digas.

Lanie regresó y lo sacaron afuera, donde Crane los apartó con fuerza para pararse por sí mismo. Miró hacia el cielo. La Luna, llena en tres cuartos y en el costado mostrando escenas de sangrientos accidentes de automóviles.

—Ahí es donde necesito vivir —dijo Crane, señalando, para después mirarse ambas manos, en busca de una botella que ya no estaba ahí—. Allí arriba podría mirar a la locura salir por la mañana y ponerse al atardecer.

Lanzó una risotada.

Caminaron hasta las escalinatas empotradas en la ladera.

—Por lo menos, en la Luna no te tendrías que preocupar por sismos —dijo Lanie.

Crane y Sumi rieron.

—La Luna tiene sismos —dijo Sumi.

—¿De veras?

—Alrededor de tres mil por año —dijo Crane, mientras caminaba haciendo eses.

—¿Tiene núcleo?

—Sí —contestó Crane—. Uno de mil cuatrocientos cuarenta kilómetros de diámetro. Hay sismos pequeños, empero, de grado Richter 2. Muy raramente rompen la superficie. Son, casi, como un recuerdo de temblores.

—¿Un recuerdo de qué? —preguntó Sumi.

—No lo sé —Crane volvió a contemplar la Luna—. Ahí arriba un hombre podría construirse un mundo que lo satisfaga. No como hacen las compañías mineras, que sólo van a sacar, sino un mundo donde impere la verdad.

—Está empezando a hablar como Dan —dijo Sumi—. La verdad no existe.

—La ciencia es la verdad —dijo Lanie con rapidez—. El amor es la verdad.

—No existe cosa tal como el amor —replicó Sumi con amargura. Era la primera vez que Lanie hubiera oído a ese hombre exponer algo de sí mismo—. El amor

sencillamente es un disfraz para el dolor.

—Eso no es cierto —arguyó Lanie.

Sumi la miró con ojos inescrutables.

—Entonces, ¿dónde está su hombre esta noche?

—La mentira de la libertad —dijo Crane, citándolo a Newcombe—. La mentira de la seguridad. La mentira de la política. La mentira de la religión. —Se volvió hacia Lanie—. No estás despedida.

—Gracias... creo.

—Tienes que hacer que el globo funcione. ¿Entiendes lo que estoy diciendo? Esto no puede detenerse aquí. El sueño... el sueño...

Lanie sintió escalofríos, al pensar en sueños y darse cuenta de por qué estaba tan molesta por el hecho de que Dan se hubiera ido. Iba a tener que enfrentar la noche sola.

—Haré todo lo que pueda para conseguir que el globo funcione —dijo—. Confía en mí.

—Sí, confío en ti. Confío en ti tanto como confío en Dan... o en Sumi, aquí presente.

Palmeó al hombrecito en la espalda; Chan pareció estar incómodo. A Lanie la puso triste pensar que el mundo de Crane era tan reducido que tenía que confiar en Sumi Chan, aunque no se podía explicar el porqué de esa sensación.

El sonido de una campanilla flotó en la cálida brisa que corría por la meseta; a eso siguió la voz combinada de la computadora, que dijo:

—Los niveles de radiación han ascendido hasta un margen inadmisibles. Por favor buscar refugio y adoptar precauciones de inmediato.

La respuesta inmediata fue el sonido de puertas que se cerraban y de persianas blindadas que se trababan.

—La nube —dijo Crane, señalando hacia el oeste. La Nube de Masada—. Es mejor que entremos. Vayamos a donde vivo y tomemos un trago. ¿Qué opinan?

—Crane —dijo Lanie—, si alguna vez abrieras los ojos te darías cuenta de que no puedo ir a tu casa.

La miró fijamente, el rostro inexpresivo; de pronto, las cejas se le alzaron.

—Vértigo —dijo—. Ahora lo recuerdo. Tienes miedo de las alturas.

—Petrificada, se acerca más a la verdad —dijo Lanie—. Las rodillas me fallan y, lisa y llanamente, dejo de funcionar en lo físico.

Crane rió.

—Siempre me preguntaba por qué tú y Dan nunca me vienen a visitar. Estás llena de sorpresas.

Habían llegado hasta la escalera. Lanie ascendió hasta el primer rellano, el nivel más bajo en el que estaba situado el bungalow que ella compartía con Dan. Crane,

usándolo a Sumí como soporte, venía a la zaga.

—Si crees que eso es interesante —dijo Lanie—, espera a que te cuente sobre las pesadillas.

—¿Pesadillas? —repitió Crane mientras alcanzaba el rellano.

—Cada vez que voy a dormir sueño con lo que pasó en Martinica.

—¿Qué sueñas? —preguntó él.

—Estoy recordando cosas nimias —dijo ella, y se estremeció. El viento que soplaba acompañando la Nube era frío—. Retazos. Recuerdo estar sentada en la oscuridad y tocar el cuerpo de aquel pobre muchacho. Recuerdo... el ron.

—¿Qué más?

Lanie frunció el entrecejo. Crane parecía estar enfadado por el sueño de ella.

—Tú estás en el sueño, Crane —dijo—. Estás usando un traje holgado, voluminoso... todo blanco, como un traje protector contra quemaduras, tan sólo que más grande... más consistente. Estás sumamente excitado por algo, pero no te puedo oír a través de toda esa gruesa ropa. No... no estoy segura.

Hay alaridos y explosiones por todo alrededor, y ese muchacho muerto está ahí... y todos los hombres cubiertos con lodo. C-Creo que lo peor de todo esto es la sensación que me hace experimentar.

—¿Qué sensación?

—Como que estuviera esperando morir.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas. Extendió la mano hacia la perilla de la puerta de su casa.

—Lanie, yo...

—Tengo que entrar —dijo ella con brusquedad. Entró rápidamente, antes de que Sumi y Crane la vieran caerse a pedazos.

—Dan —sollozó suavemente, hundiendo la cara entre las manos—. ¿Dónde diablos estás, hijo de puta?

Se fue a la cama y lloró hasta dormirse... y volvió a tener la pesadilla, sólo que esta vez Crane, en su traje voluminoso, estaba extendiendo las manos para alcanzarla, tratando de que ella las tome. Esta vez sí pudo oír la palabra que Crane estaba gritando: Pangaea.

CAPITULO 8

Teoría del caos

ZONA DE GUERRA DE LOS ÁNGELES

3 DE SEPTIEMBRE DE 2024. 21:20

Newcombe caminó con lentitud por entre el carnaval que se había creado en el borde de la oscuridad, a dos cuadras del terreno enrasado que rodeaba la Zona. Las aceras, incluso las calzadas, estaban atoradas con gente que se apresuraba por escapar de la Nube y por policías federales fuera de servicio que estaban matando el tiempo.

Las colas eran largas en los mercados de *dorf* y de comida, con los clientes mirando con nerviosismo los cielos, mientras los residentes atornillaban persianas y puertas de acero a sus hogares y establecimientos comerciales, preparándose para Masada. Todos anhelaban que no lloviera. Como siempre, las calles rotas estaban disimuladas con el caramelo para la vista que era la luz y el color remolineantes de la televisión jugando sobre las paredes en blanco y holoproyecciones que vagaban sin rumbo a través de las multitudes o hablaban a sus propietarios, sirviéndoles de compañía en la línea.

Newcombe estaba, en el sentido más literal de la expresión, buscando problemas. El hermano Ishmael finalmente lo había convencido para que bajara de la montaña. Newcombe estaba excitado. Haber estado con el hermano Ishmael, aun cuando sólo se trató de su proyección, y nada más que dos veces en la semana, había hecho que Newcombe se sintiera parte de una fuerza vital más grande. Pero las reuniones le habían intensificado su conflicto interno. Newcombe quería alcanzar éxito y aceptación en el mundo blanco y asiático, a la vez que también quería la totalidad de la identidad y del bienestar que provenían de la solidaridad con sus hermanos y hermanas *africs*.

Se detuvo ante un vendedor ambulante de *dorf*, un hombrecillo blanco, y compró una dosis líquida.

—¿Sabe dónde está el Horizon Parlor? —preguntó mientras tomaba la pequeña botella en la que el vendedor había insertado una pajilla.

—Una cuadra... justo yendo por ahí. —El vendedor señaló hacia el interior de una caleidoscópica masa de luz brillante y movimiento—. Usted no parece de esa clase.

—¿Qué clase es ésa?

—Trabajos de cabeza... chipitos, como quiera usted llamarlos. —Cerró los ojos hasta que se convirtieron en dos ranuras y escrutó las sienas de Newcombe, tratando

de descubrir puertos para interfaz—. ¿Primera vez?

—¿Qué es usted, policía?

Los ojos del hombre se agrandaron.

—¡No tiene por qué insultarme!

Se marchó con su carreta, y Newcombe empezó a abrirse paso a través de la turba. Las cámaras del servicio de seguridad estaban por todas partes, pero Newcombe siempre se preguntó quién vigilaba lo que mostraban. Había diez veces más cámaras que gente en Los Ángeles, con los G para brindar respaldo, sus máscaras de cara sonriente haciéndolos parecer como *golems* benignos y sus pequeños robots registradores de infracciones caminando a los tumbos junto con ellos. Pero esa noche no habría de producirse problemas. La muchedumbre estaba cortés, apaciguada. Los negocios, como siempre.

—¡Allá! —gritó alguien. Newcombe se puso tenso, pero se sintió aliviado de inmediato al ver que la gente estaba señalando hacia lo alto, hacia el cielo nocturno. Los primeros jirones de nube negra estaban desplazándose por el cielo. Era necesario meterse en un sitio cerrado.

Retomó el paso, aliviado por ver la palabra «Horizon», en escritura gótica rojo sangre, flotando en el aire, delante de un edificio de acero de dos pisos y sin señales identificatorias. Se apresuró a llegar a la única puerta que pudo ver en la fachada carente de ventanas, y entró.

Nunca antes había estado en un club de microprocesadores, y no tenía la menor idea sobre qué esperar. Hacía mucho que Liang había desaprobado el uso de microprocesadores cerebrales de acceso directo, porque los adictos a los microprocesadores no consumían mucho, excepto microprocesadores.

Pero no se le iba a decir que no a la libre empresa, y Yo-Yu entró para ocupar el vacío que dejó Liang, abriendo clubes de microprocesadores a pesar de las prohibiciones sobre hacerles publicidad y a las agresivamente restrictivas leyes sobre división en zonas.

Newcombe pasó por un vestíbulo oscuro y estrecho; después, por otra puerta, que lo llevó a una amplia playa blanca que daba a un océano interminable. Pudo oler el océano y sentir la brisa cálida, salina. Apenas si podía oír el ruido del mundo exterior, las bocinas de advertencia gimiendo, diciéndoles a los ciudadanos que salgan de las calles.

Desde lejos, un chino en malla de baño venía caminando por la playa hacia Newcombe, quien se sentó en una silla de lona y esperó.

El hombre pasó cerca.

—¡Disculpe..., señor! —gritó Newcombe.

El hombre se detuvo y giró.

—Día encantador, ¿no?

—Me pregunto si usted me podría ayudar...

—Tengo que irme. Perdí mi perro —dijo el hombre.

Una gaviota descendió, posándose en el hombro de Newcombe.

—Lo siento —dijo la gaviota—. Estaba ocupado allá atrás: alguien no quería dejar su lugar libre cuando se le terminó el tiempo. ¿Estuvo usted esperando mucho?

—Se supone que aquí me encuentre con alguien —dijo Newcombe con cuidado.

La gaviota remontó vuelo, describiendo círculos en torno de Newcombe.

—Si no hizo una reserva —dijo—, no hará ninguna cosa. Siempre tenemos todas las plazas ocupadas la noche de Masada.

—Mi nombre es Enos Mann.

El pájaro graznó; después se posó sobre la cabeza de Newcombe.

—Ah, aventura árabe —dijo el pájaro—. Estuvimos esperándolo. Sígame.

La gaviota salió volando hacia el océano seguida por Newcombe, que penetró en el agua sin mojarse. Sintió una cortina en la cara, y la apartó para encontrar un pasillo lleno con puertas. Un hombre lo estaba mirando con fijeza.

—Por acá, por favor —dijo, con la voz de la gaviota.

Gemidos y gritos salían desde atrás de las puertas cerradas. Newcombe había visto chipitos en la televisión, pero Liang siempre los había representado como cascaras demacradas que vivían nada más que para recibir la dosis de estimulación electrónica en el cerebro. Newcombe no tenía la menor idea de cómo era realmente ponerse en interfaz directa con una computadora, aunque se le ocurrió que el pensamiento de unirse con las máquinas de la fundación era un concepto maravilloso.

El hombre abrió la antepenúltima puerta, conduciendo a Newcombe al interior de un cuarto desnudo, utilitario, que contenía una cama y un sofá, con una pequeña mesa dispuesta entre esos dos muebles. Un microprocesador de unos dos centímetros cuadrados se encontraba en el centro de una diminuta almohada roja. Al lado, sobre la formica de la mesa, había una caja con números que destellaban: el medidor.

—¿Oyó las bocinas? —preguntó el hombre mientras corría la cama a un costado, para revelar la tapa de una boca de acceso en el piso.

—Sí.

—Usted pasa aquí la noche.

El hombre dio dos golpes con el pie en la tapa y después se fue, con la puerta de acero cerrándose detrás de él con un chasquido del pestillo.

Con el corazón latiendo aceleradamente, Newcombe contempló la habitación en la que estaba. Levantó la silla y la estudió, preguntándose qué habían sido los gemidos y las carcajadas que había oído. Si fuera a cambiar de opinión, éste sería el último momento posible para que se pudiera escapar. Miró la puerta; después, la boca de acceso en el piso.

Se movió. Newcombe saltó hacia atrás cuando se levantó. Una cara sonriente

atisbaba desde la oscuridad.

—¡Hermano Daniel, qué pálido que te has puesto! —dijo Mohammed Ishmael, y lanzó una risita ahogada.

—Tú haces entradas grandiosas.

Ishmael salió de la boca y abrazó con fuerza a Newcombe. Dos hombres jóvenes saltaron ágilmente sobre el reborde de la boca y entraron en la habitación. Tenían buscadores electrónicos y se acercaron para examinarlo a Newcombe.

—Veo que hoy hubo una gran reunión en la fundación —dijo Ishmael, acomodándose el *dashiki*.

—¿Cómo supiste eso? —preguntó Newcombe, levantando las manos para que lo pudieran explorar debajo de los brazos.

—Mantengo vigilancia sobre mi hermano —contestó Ishmael—. Se mueve en círculos de élite. ¿Cómo está el presidente Gideon? ¿Cómo es?

Newcombe se encogió de hombros.

—Es un político.

—¿Quién no lo es? ¿Liang sigue insistiendo en una predicción rápida?

—Muy rápida.

Ishmael le clavó la mirada.

—Es derribarse unos a otros, hermano. Recuerda que te lo dije. Cuídate.

Los buscadores estaban zumbando.

—Dos transmisores —informó uno de los jóvenes—. Uno en la mano derecha; el otro, en la manga izquierda.

—El de la mano es mío —dijo Ishmael, yendo a mirar el de la manga de Newcombe.

—No sé nada de esto —dijo Newcombe, súbitamente asustado por la posición en la que se había puesto—. A mí nunca...

—Por supuesto que tú nunca —dijo Ishmael, arrancándole de la manga el transmisor, apenas más grande que una garrapata, y aplastándolo con el pie—. Esto pudo haber venido de cualquier parte. Flotan en las brisas de ahí afuera.

—Debemos irnos —dijo uno de los guardaespaldas.

Ishmael asintió con la cabeza y se desplazó hacia la boca de acceso.

—Sígueme, hermano.

Y empezó a descender.

Newcombe estaba realmente asustado ahora. El transmisor le había arruinado todo: no sólo estaba confraternizando con el enemigo, sino que también existía alguien que lo sabía. Suavemente empujado desde atrás por uno de los guardaespaldas, Newcombe se dio cuenta, mientras iba hacia la abertura en el suelo, que ya no tenía el control de su vida, y se preguntó si Ishmael no lo había planeado de ese modo.

Una escalera metálica llevaba hacia la oscuridad de abajo. Newcombe miró por sobre el hombro a los guardaespaldas, uno de los cuales descendía pisándole los talones, mientras el otro cerraba la boca de acceso por encima de ellos. Llegó al suelo unos nueve metros más tarde, Ishmael justo al lado, con la cara brillando levemente en la neblina de una lámpara roja de pila seca, en la cloaca de ladrillo.

Empezó a hablar, pero lo interrumpió una chicharra amenazadora.

—¡Uh, uh! —dijo Ishmael en voz alta, por encima del ruido—. Los G están en la puerta. Vamos. Vas a ver qué significa ser revolucionario.

A zancadas cruzaron un túnel largo, iluminado por la misma neblina color sangre. Parecía extenderse sin fin. Se estaban desplazando con rapidez, los guardaespaldas siempre cerrando la marcha.

—Esto no parece el sistema de cloacas —dijo Newcombe mientras avanzaban con prisa.

—No lo es. Nosotros lo construimos.

—¿Cómo?

—Los presos cavan. Eso es lo que hacen.

Ishmael hizo un abrupto giro a la derecha y entró en, para pasar después a través de, una pared. Newcombe lo siguió; la pared era una proyección. Se encontró en otro pasillo, éste azulejado y bien iluminado. Se bifurcaba a cada lado según intervalos de tres metros.

—Lucharemos en estos túneles y escaparemos por ellos, si la situación así lo exigiera —dijo Ishmael.

Giró dentro de otra pared y Newcombe, confuso, lo siguió de cerca. Estaban en la parte superior de una ornamentada escalera en espiral. Descendieron... ¿o era una ilusión?

—No me refería a cómo los cavaste —dijo Newcombe—. Me refería a cómo conseguiste los medios para excavarlos.

—El dinero no es problema para nosotros. El espacio sí. Tenemos muchos benefactores, gente como tú que halló su camino hacia nosotros y que simpatiza con un Estado islámico en este continente. Hay mucho que no entiendes.

—Aparentemente es así. Y, a propósito, en realidad no conduje adrede a los G hasta aquí. No tengo la menor idea de cómo ese...

—La naturaleza del mundo del hombre blanco —dijo Ishmael, desechando el asunto con un ademán cuando llegó al pie de la escalera.

Estaban en una extensa caverna en la que reverberaban los sonidos y que estaba literalmente acibillada con túneles. La iluminaban antorchas, centenares de ellas. Ishmael se desplazó con premura a través de la cámara.

—¿Nos van a capturar? —gritó Newcombe desde atrás, mientras se apuraba sin que ahora fuese necesario que lo insten.

—¡Espero que no!

Corrieron durante cerca de un minuto, antes de llegar a las paredes de roca. Ishmael tiró de un bloque que estaba en el nivel del suelo y el frente de la cueva se abrió, revelando un ascensor que había adentro.

Una vez que todos hubieran ingresado, Ishmael apretó un botón para cerrar las puertas de roca. Avanzaron a través de la parte posterior virtual de la máquina y entraron en otro vestíbulo, cuyos piso, cielo raso y paredes estaban azulejados con cuadrados de cerámica en los tonos más pálidos del azul y el amarillo. No había puertas. Ishmael redujo el paso. Newcombe se dio cuenta de que estaban cerca de su punto de destino. Lo hermoso del ascensor era que su motor de funcionamiento podía ocultar el equipo para proyección virtual.

—¿El ascensor puede descender? —preguntó.

—Y subir —contestó Ishmael—. Lleva hacia un sinnúmero de pasadizos más, incluso hacia el interior del verdadero sistema de cloacas. Tú eres el que está en problemas, ¿sabes?

Newcombe lo sabía.

—Quienquiera que sea dueño de ese transmisor es dueño de mi culo —dijo con amargura—. Tú no lo hiciste, ¿no?

Ishmael lo miró fijo en los ojos e hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Estamos del mismo lado, hermano.

—Así lo espero —dijo Newcombe.

El vestíbulo estaba bien iluminado ahora y doblaba bruscamente hacia la derecha. Estaba agrietado todo en derredor; las paredes, fuera de línea.

—¿Cuán abajo estamos? —preguntó Newcombe.

—Más de quince... veintidós metros y medio. La tierra se desplaza un poco, ¿eh?

—Esto es parte del sistema de fallas elíseas —dijo, excitado al mirar una falla de transformación. Pasó la mano sobre la grieta dentada, furiosa—. ¿Cuánto tiempo ha estado así?

—Puede ser que dos años. Empeora un poco todos los días.

Otras personas se les estaban acercando a lo largo de la sala.

—Esto no se va a detener —dijo Newcombe—. Con el tiempo destruirá toda esta sección de túneles.

—Alá nos protege —dijo Ishmael con seguridad. Una multitud de unas veinte personas, mayormente hombres, los rodeó. Algunos eran adolescentes. Y todos ellos estaban armados.

—Hemos perdido otros túneles.

Una mujer joven vestida con un traje enterizo negro estaba parada al lado de su codo; el gesto, inquisitivo; los ojos eran los de Ishmael.

—Tú debes de ser Khadijah —dijo Newcombe.

—Bueno, bueno, nos trajiste un lector de la mente, hermano mío —dijo la mujer, mientras el grupo reía.

—Él es Daniel Newcombe, el hombre del que te hablé.

—¿Oh, el hombre que no tiene el coraje de unirse a nuestra *Jihad*? —dijo Khadijah.

—Sí —dijo Newcombe, mirando hacia abajo—. Ese soy yo. —Se volvió hacia Ishmael—. ¿Alguna vez revisaste los niveles de radón de aquí abajo?

—No.

—Te enviaré algo de equipo. El radón puede ser mortal. Lo mejor es saber con qué nos enf...

—Estoy convencido de que no hay fallas elíseas ni emisiones de radón en Carolina del Norte —dijo Ishmael.

Newcombe se lo quedó mirando: el verdadero fanático sintiéndose en casa con sus inventos. O un visionario. Como Crane.

—Tú no quieres que me entrometa... No me entrometeré.

—Quiero que te entrometas —dijo Ishmael, sonriendo de oreja a oreja y palmeándolo en el hombro. Señaló hacia el techo—. Pero, ahí arriba hermano, no acá abajo. Ahí arriba. Vamos.

Fueron hacia una puerta verde pálido en la que había pintados una luna en cuarto creciente y la estrella única del Islam. Ishmael lo introdujo en el interior de lo que parecía ser una gran sala de instrucciones, con sillas, un podio, una cocina pequeña y una zona de descanso.

—Nos reuniremos con mi hermano Martin —dijo Ishmael, guiando a Newcombe hacia una puerta más lejana. Khadijah caminaba con ellos, el ceño fruncido, mientras evaluaba a Newcombe.

Newcombe vio armas. Y municiones. Por todas partes. Cajas de municiones apiladas contra las paredes hasta el techo.

No había visto un arma desde hacía quince años, desde el preciso momento en que la seguridad personal se convirtió en prioridad nacional. Quienquiera que se pudiera permitir contratar guardaespaldas y sistemas de seguridad, los tenía. Las armas ofensivas se habían vuelto fácilmente detectables por medio de rayos x-dar, automáticamente registrando a cualquier persona que las tuviera como delincuente y, en consecuencia, pasible de que se le aplique, con todo derecho, la reacción jurídica de represalia defensiva. No podía sorprender que las armas ofensivas hubieran caído en desuso.

Ishmael lo llevó a una oficina en la que un hombre maduro, vestido con túnica blanca y un pequeño fez blanco sonrió a través de su barba negra con canas. Era delgado y estaba enroscado como una serpiente.

—Acabo de oír los informes —dijo—. Alá, en su infinita sabiduría, no aceptó que

llueva esta noche en la Zona de Guerra.

—Buena noticia —dijo Ishmael—. Hermano Daniel, éste es mi hermano, Martin Aziz. Fue idea de Martin la de ponernos en contacto contigo.

—*Asalaamu aleicum* —dijo Aziz, inclinándose por encima del escritorio que los separaba para abrazar con furia a Newcombe y darle un beso en cada mejilla. Señaló televisores de seguridad en miniatura que cubrían la pared opuesta.

—Advertí que tuvieron algunos problemas esta noche.

—Por culpa mía, temo —dijo Newcombe, lanzando una mirada de soslayo a Khadijah, que puso los ojos en blanco.

—No te preocupes —dijo Aziz—. Nunca llegaron más allá del sistema cloacal falso. Encontraron otra boca de acceso y volvieron a salir por ella, yendo en persecución de varias proyecciones que plantamos para ellos. Siéntate, hermano Newcombe. Es por ti que nos debemos preocupar ahora, ya que la FPF sabe que estás con nosotros.

—¿Qué me harán? —preguntó Newcombe, sentándose en una silla de respaldo duro que estaba cerca del escritorio, mientras Ishmael y su hermana se sentaban en un canapé al otro lado de donde él estaba.

—Imposible de decir —dijo Ishmael, encogiéndose de hombros—. Hacen lo que quiere. Elaboran las reglas sobre la marcha. ¿Conociste a alguien que hubiera salido de una cárcel de la FPF?

—No —dijo Newcombe—, pero nunca conocí delincuentes... quiero decir, no hasta ahora.

Todos rieron, con la excepción de Khadijah.

—Creo que estás a salvo —dijo Aziz—, en tanto estés asociado con Liang. Fuera de su protección, ¿quién sabe?

—¿Podría haber sido Crane el que te plantara el transmisor para mantenerte bajo control? —preguntó Ishmael

—Eso es muy improbable, hermano Ishmael, él y yo somos científicos. Todo lo que estamos tratando de hacer es que la vida sea un poquito mejor en este planeta. ¿Es eso tan difícil de...?

—Eso es todo lo que tú quieres —dijo Khadijah—. Por lo que oí, Crane es un hombre complejo y tortuoso.

—Es un hombre que sigue impulsos.

—¿Pero que los sigue hacia dónde? —preguntó Ishmael, levantándose del sofá y yendo hacia Newcombe—. No respondas. Tan sólo piensa en ello.

—Si tu asociación con nosotros se vuelve de público conocimiento —señaló Aziz—, ¿qué les ocurrirá a ti y a la Fundación Crane?

—No tengo idea... Tú le pediste al hermano Ishmael que se pusiera en contacto conmigo.

—Así es —repuso Aziz—. Sabes, mi hermano y yo tenemos una manera muy diferente de ver las cosas. Es posible que hayas advertido que elegí Martin, el nombre de la no violencia, cuando rechacé mi nombre de esclavo. Estoy convencido de que el mundo está listo para oír nuestros justos reclamos. Simplemente necesitamos que hombres africanos e hispanos de importancia en el mundo blanco presenten esos reclamos por nosotros. Por desgracia, mi hermano es el único símbolo público que tenemos. La gente le teme. Quiero mostrarle a Estados Unidos un lado diferente.

—Los blancos nunca ceden algo sin pelear —dijo Ishmael—. Aun cuando están en minoría respecto de otras razas, siguen controlando el país a través de los jefes supremos chinos. Lo único que van a escuchar es la *Jihad*: creamos suficientes problemas y nos dan lo que queremos, para taparnos la boca.

—¿La gente no puede simplemente sacarlos del mando mediante el voto? —preguntó Newcombe—. La televisión está ahí mismo. Su botón para elecciones...

—¿Dónde has estado? —preguntó Khadijah—. Los chinos solamente permiten que los candidatos sean blancos, porque saben que los blancos mantendrán el statu quo financiero. Controlan el Estado con dinero, manteniendo ricos a los blancos y los demás, bien, gracias.

—¿Pero por qué los chinos deberían temerles a ustedes?

Ishmael rió y volvió a su asiento.

—Somos la ola que viene, hermano. Tendrán que hacernos lugar. Tienen motivos para temernos: nos encerraron detrás de un muro para detener su problema de delincuencia, y la cantidad de nosotros sigue aumentando; nuestra influencia se extiende. No ingerimos sus venenos. Somos fuertes e indóciles. El Corán es nuestra guía. Pertenece al mundo. Ellos pertenecen a la Historia.

—En tanto Leonard despótica —dijo Martin Aziz, mirando con leve sonrisa a Ishmael, que demostraba estar enojado porque él había empleado su nombre de esclavo—, yo estuve pensando en tu posición. Sabes, Crane te está manteniendo abajo, en segundo plano respecto de él. Me enteré de tu sistema de ecología sísmica, y me pregunto por qué no lo utilizas para elevarte un poco de posición. La fama hace que sea mucho más fácil absorber una controversia tal como aquella en la que te encuentras.

—Crane no quiere publicarlo aún —dijo Newcombe—. ¿Qué puedo hacer?

—Eres un hombre libre —dijo Ishmael—. Haz lo que elijas hacer. Me dices que esto ayudará al mundo. Pues entonces, ayuda al mundo. Desarrolla todo tu potencial.

—Y conviértete en un mejor vocero para ustedes —replicó Newcombe—. Es un punto debatible. Trabajo para la fundación, que posee los derechos de propiedad intelectual sobre cualquier cosa que se me ocurra. Tengo las manos atadas.

Aziz extendió las suyas.

—Aquí, hermano. Déjame desatarte. Tu esclavitud no es digna.

—¿Ir contra Crane? —dijo Newcombe.

—¿Por qué no? —preguntó Aziz—. Él iría contra ti en un abrir y cerrar de ojos.

—Hizo mucho por mí. Yo...

—¡No! —gritó Ishmael—. ¡Tú hiciste mucho por él! ¿No lo ves? ¿Qué hizo Crane, salvo usarte para aparecer él como bueno? ¿No crees que está mal que él le niegue al mundo tu descubrimiento?

—Sí, está mal —aceptó Newcombe. Eso era algo que lo había carcomido durante semanas—. De eso estoy seguro.

Ishmael se inclinó desde su posición elevada en el escritorio, la voz chirriante por la ira.

—Te humillas hasta la abyección ante un hombre como Crane, porque un *afric* no puede sobrevivir en el mundo interno del hombre blanco sin tener un dueño. ¿Estás tan perdido en la mujer blanca, o tan enredado en tus propias marañas, como para no ver eso?

—Malditos sean —dijo Newcombe, poniéndose de pie y caminando de un lado para otro de la habitación.

—Pero viniendo de mí —dijo Ishmael— tiene sentido, ¿no?

Newcombe tomó una gran bocanada de aire, trató de reprimir su enojo contra Crane... y no pudo.

—Sí —dijo—, tiene sentido.

—Entonces, ¿te convencí?

—No, pero lograste algunos avances importantes. Ishmael se deslizó hasta la puerta de la oficina y la cerró con llave. Se dio vuelta, sonriendo. —No tengo prisa.

Grabens

EL VALLE DEL MISSISSIPPI - CERCA DE NEW MADRID

10 DE SEPTIEMBRE DE 2024. COMIENZOS DEL ATARDECER

Gary Panatopolous era un contratista del Servicio Geológico. Excavador, se le pagaba por el trabajo, no por la profundidad del agujero que perforaba en la tierra. Durante tres días consecutivos, había estado luchando con Lanie, Crane y Newcombe aguas arriba y abajo del Mississippi, respecto de cuan profundos hacer los agujeros. No quería cavar tanto ni tan profundo. Su hijo de cinco años estaba con él, parado, al igual que su padre, con los brazos en jarras, mirando con mal humor a los tres investigadores de la fundación.

La máquina de Gary, a la que llamaba Arthro, era grande y negra, y estaba agachada sobre ocho patas, como una araña, sobre un agujero que tenía un metro y

medio de diámetro. Su trépano era mucho más grande que varios hombres juntos y lo suficientemente poderoso como para lanzar el sedimento a más de mil metros hacia arriba y afuera del agujero. La excavadora tenía dos pisos de altura y una cuadra de largo, y lanzaba geiseres de polvo y barro hacia el cielo. A medida que terminaba cada sección de cavado, sus patas de araña colocaban caños para afianzar y estabilizar el agujero. Mucho tiempo después de que Crane y su equipo se hubieran ido, el señor Panatopolous estaría llenando el agujero otra vez.

Newcombe caminó entre las patas de la excavadora para unirse a los demás, mientras el trépano se desplazaba hacia arriba y hacia abajo, absorbiendo la savia vital de la tierra.

—¡Todos ustedes están locos! —dijo Panatopolous cuando llegó Newcombe, para confirmar ante Dan su condición de hombre honrado—. ¿Qué piensan que van a encontrar a tanta profundidad, eh? ¿Un tesoro enterrado?

—Si tenemos suerte —dijo Crane con la capucha echada hacia atrás mientras estaban en la sombra de la panza de la excavadora—. Dan, ¿tuviste algún contacto con Burt?

—Supervisó treinta colocaciones para sismos —dijo Newcombe, por encima del gruñido de ultratumba que surgía de las profundidades del agujero—. Todo está colocado y funcionando. Todo lo que necesitamos es la cooperación de la Naturaleza.

—La Naturaleza nunca coopera —dijo Crane—. Domínala o convive con ella: ésas son las dos únicas opciones.

—Sí —dijo Lanie, al tiempo que daba un suave toque a su microteclado—. Soy yo. ¿Qué?

—Voy a perder dinero con todo este asunto —dijo Panatopolous con irritación.

—Lo tengo —dijo Lanie—. Sigán extrayendo. —Miró de uno a otro de los hombres—. Pasen al canal N y échenle un vistazo a esto.

Newcombe apretó su microteclado de pulsera: en la cara interna de sus antiparras apareció un cuadro con los números de los terremotos conocidos en el valle del Mississippi, en función de los meses del año: un setenta por ciento de los sismos de esa región había tenido lugar entre los meses de noviembre y febrero.

—Proseguimos con las investigaciones —dijo Lanie—. ¿Quieren hacer alguna pregunta?

—Vean lo que pueden encontrar en cuanto a relaciones con las fases lunares y las erupciones solares —dijo Crane. Se volvió hacia Panatopolous, hablando en voz baja—. Haga lo que pueda por mí, y yo haré lo que pueda por usted. ¿Le parece justo?

—Es justo —dijo el contratista, inclinando la cabeza en señal de asentimiento, en el momento que sonó la bocina que indicaba el final de la excavación del agujero—. Hemos alcanzado mil novecientos... cuatro metros con veinte centímetros. Traeré la barquilla.

Newcombe mantuvo el canal N en su implante auditivo y escuchó la respuesta proveniente de las investigaciones.

—No hallamos correlación entre las fases lunares y los sismos en la ensenada del Mississippi. Sin embargo, sí parece existir una íntima relación entre la actividad de las manchas solares y el desplazamiento de Reelfoot: los terremotos de mayor magnitud tuvieron lugar durante períodos de baja actividad de las manchas solares. Observen el gráfico.

Newcombe no se molestó en hacerlo aparecer. En vez de eso miró el agujero. El grueso cable de la excavadora se rebobinaba con rapidez produciendo un silbido, y se enrolló dentro de la excavadora en sí... la araña recogiendo su tela.

—¿Qué hay respecto de la actividad solar de este año? —preguntó Crane.

—Pocas manchas solares —contestó el investigador—; la menor cantidad desde... 1811.

Crane no estaba sorprendido, pero la boca de Newcombe quedó seca y Lanie retuvo el aliento.

—He aquí la barquilla —señaló Newcombe.

Cortaron la transmisión y se movieron con premura hacia la excavadora, que estaba exhalando un humo blanco brillante desde su panza abierta, cuatro metros y medio por encima de ellos.

Newcombe se puso una mochila que contenía un taladro de agua, y trepó en un vehículo del tamaño de un elevador, seguido por Crane y Lanie. Crane llevaba en brazos la escarpia sensora, como si fuera un bebé.

Bajaron con rapidez por el tubo, descendiendo en caída libre, mientras se encendían las luces interiores de la barquilla. Se quitaron las antiparras y coberturas de la cabeza. A más de un kilómetro y medio, las zapatas de frenado redujeron la velocidad de descenso para los últimos centenares de metros. Por fin, la barquilla cayó con sonido metálico contra la roca del *graben*.

Lanie se arrodilló para tirar de la tapa redonda del piso, tan parecida a la de una boca de acceso, pensó Newcombe, sonriendo con ironía. Todos contemplaron la roca de quinientos millones de años de antigüedad.

Se sentaron en el borde de la abertura, apoyando los pies con firmeza sobre la roca: era suave y plana, pulida por la excavadora. Newcombe sacó el taladro y le acopló el inducido de calibración en la parte anterior.

—Enciéndelo —le dijo a Lanie, quien pulsó el interruptor que había en la mochila que alimentaba el compresor.

El agua bajo presión salió disparada por la tobera, formando una línea delgada como un lápiz que perforó la roca con facilidad; después, la tobera desplazó el inducido hacia abajo, hasta que tocó fondo al cabo de unos veinticinco centímetros.

Newcombe hizo cesar la presión y extrajo el taladro. Crane desenvolvió la

escarpia de veinticinco centímetros y su martillo de juguete. En el extremo, la escarpia tenía un apéndice parecido a un cabello: los sesos de la máquina. Miró a Lanie:

—¿Querías hacer los honores?

Lanie sonrió y tomó el aparato, se inclinó hacia delante y deslizó la escarpia por el agujero recién taladrado, hasta que sobresalió no más de un centímetro. Entonces usó el martillo, golpeando con suavidad en la escarpia y en seguida se oyó el zumbido indicador de activación.

—Ya estoy conectado con el sistema de la camioneta —dijo Newcombe, sacando de su microteclado de pulsera la diminuta interfaz, para conectarla a la parte superior de la escarpia. Puso en comunicación las unidades, después pulsó Enter y el microteclado empezó a lanzar pitidos mientras medía la cantidad de esfuerzo de compresión que se estaba ejerciendo sobre la roca del *graben*.

Newcombe hizo pasar parte de esa medición por sus antiparras, mientras la suministraba a la camioneta:

—¿Cuál es el deslizamiento anual que hay aquí?

—Un par de pulgadas —dijo Crane—, acumuladas en el transcurso de más de doscientos años.

Números en rojo y azul destellaban ante los ojos de Newcombe.

—Eso representa más de diez metros de acumulación de material que se deslizó. Mucha presión. Aquí estoy mirando cifras de esfuerzo que superan cualquier cosa que yo haya visto jamás. Estamos llegando malditamente cerca del umbral de rotura.

Los números cesaron.

—Se va a producir un sismo acá —susurró Newcombe—, y pronto.

—Lo sé —dijo Crane, apretándose el brazo izquierdo y sonriendo.

En ese momento, una pared de ruido retumbó a través de la roca. La caverna se sacudió durante varios segundos, mientras una catarata de polvo se precipitaba sobre los exploradores, cubriéndolos.

—Realmente, pronto —dijo Newcombe. Lanie le aferró el hombro.

Crane tocó su microteclado calmosamente.

—Súbanos, señor Panatopolous —dijo—. Hemos terminado.

Desde su consola, Sumi escuchó el zumbido del enlace con las profundidades, y supo que estaba oyendo una nota de gracia en la prolongada sonata que había comenzado varios meses atrás, en la cubierta de observación del *Vema II* en el lecho del Pacífico. El canto del cisne de Sumi Chan.

Afuera estaba lloviendo. La mayor parte del personal de la fundación se había tomado el día libre, ya que tanto Crane como Burt Hill estaban en Missouri. Todos, desde los técnicos hasta los jefes de departamento, estaban afuera, sus voces elevándose alegremente hasta las alturas donde moraba Sumi.

Obedientemente abrió la línea R: la línea abierta de emergencia del señor Li. Éste respondió de inmediato.

—Soy Sumi Chan, señor —dijo ella—. Usted me pidió que le informara cuando la partida que fue a New Madrid empezara a enviar datos. Utilicé el acceso de seguridad para desviarlos hacia mí, en vez de enviarlos hacia las computadoras de la fundación.

Sumi se sentía avergonzada.

—Buena iniciativa, Sumi —dijo el señor Li, en un tono casi chistoso que le era totalmente desusado. Algo estaba pasando—. ¿Son ésas las lecturas de esfuerzo que me dijiste que Crane consideraba tan importantes?

—Crane dijo que haría una predicción basada sobre los resultados de los ensayos de esfuerzo, sí. —Sumi podía sentir que algo se aproximaba. La decisión cumbre de su vida. Siempre se había apoyado en la ética para resolver situaciones, y esta vez sentía que no tenía reservas internas de fuerza, de las cuales poder extraerla, para tomar esta decisión.

—¿Cuáles son tus recomendaciones? —la incitó Li.

Sumi hizo una profunda inhalación.

—No tengo recomendación alguna —dijo por fin.

—Les robaste las cifras y, aun así, ¿no tienes recomendaciones para hacer?

—Señor —dijo Sumi—, cualquier recomendación que pudiera hacer sería cancelada por una conclusión adversa.

—Espera un momento —dijo Li y apagó la transmisión. Un segundo después, se materializó como proyección al lado del escritorio de Sumi.

—Ven... siéntate conmigo. Es hora de que hablemos.

Sumi se levantó de la computadora y siguió a la proyección hasta el sofá. Li, con un destello maligno en la mirada, la convidó a sentarse antes de hacerlo él. Quedó flotando a unos cinco centímetros por encima del sillón bajo.

—Ahora —dijo Li—, hagamos de cuenta que me dices cuál es la recomendación, y después dejas que yo juzgue la «conclusión adversa» por mí mismo. Por favor.

La mente de Sumi se estaba disolviendo. El equipo de generación tenía que estar oculto en el chalé, con el objeto de emitir la proyección de Li. Y él sabía que ella sabía. El nudo se ajustaba en torno del cuello de Sumi. ¿Quién vigila al vigilador?

Sumi se aclaró la garganta.

—Si usted quiere hacer que Crane dé una predicción antes de las elecciones, sencillamente cambie las cifras de esfuerzo, haciéndolas infinitamente más grandes, incrementando la percepción del esfuerzo, haciendo que el problema sea más inmediato. Sé suficiente sobre la ecología de terremotos como para modificar los datos matemáticos y llevar las cifras hasta el punto de rotura.

—Maravilloso —dijo Li, con una sonrisa presuntuosa—. ¿Cuál podría ser la

contracara negativa de eso?

—¿No se da cuenta? —preguntó Sumi, y buscó goma de mascar con endorfina en el bolsillo de sus pantalones de trabajo—. Esta gente, señor Li, está a punto de predecir el terremoto más devastador en la historia de los Estados Unidos de Norteamérica de Liang. Yo confío en el juicio de ellos. —Se metió dos trozos de chicle en la boca—. Si cometemos un error intencional de predicción, se está dejando una gran base de población expuesta a un tremendo peligro, cuando el sismo sí acometa realmente.

Li se encogió de hombros.

—Lo que estamos tratando de hacer aquí es ganar las elecciones. Desde las últimas se produjeron varios terremotos destructivos en diferentes partes del país. La gente tiene miedo y estará agradecida por nuestra preocupación, ya fuere que la predicción resulte ser correcta o que no lo sea. La gente votará por nuestros candidatos.

—¿No oyó lo que le acabo de decir?

—Puedo limitar la exposición de Liang a daños y siniestros en esa región, si un sismo sí tendría lugar más tarde. Estaré preparado. —Miró con fijeza a Sumi—. ¿Alguna vez se te ocurrió que si el Estado realmente se dedicara a las actividades de predicción en forma seria eso terminaría en los tribunales? Un lío. Eso es lo que todo este asunto es. Pero, como ardid para alcanzar los resultados en una elección, excelente. Así que, cambia los números.

—Señor —dijo Sumi, inclinando levemente la cabeza—, no deseo ofender, pero no puedo instrumentar una orden que encuentre inmoral y peligrosa para tanta gente.

El señor Li sonrió de oreja a oreja, exhibiendo sus brillantes dientes cosméticamente blanqueados. La proyección apoyó una mano fantasma sobre el hombro de Sumi.

—Mira lo que tengo aquí.

En el centro de la sala de estar apareció una holografía del baño de Sumi, en la que se vio a sí misma saliendo de la ducha: no había duda respecto de su sexo. Sumi se sonrojó por la vergüenza.

—Así que lo sabe.

—Eres una mujer muy atractiva, Sumi —dijo Li, sus manos tratando de recorrerle el cuerpo pero, en vez de eso, desapareciendo dentro de ella. De algún modo, eso hacía que la violación de la privacidad fuera peor—. ¿Alguien más lo sabe?

—Nada más que usted —contestó ella—, lo que, según temo, es suficiente.

Li rió.

—No tengo deseos de exponerte a la humillación pública o privada. Tan sólo deseo seguir utilizándote como mi instrumento. Ahora poseo el conocimiento para retenerte. Tengo muchos planes para ti. Te lo pregunto otra vez: ¿harás lo que te

vido?

Sumi frunció fuertemente el entrecejo.

—He trabajado codo con codo con esta gente. Son buenas personas, y me gusta...

—En este preciso instante tengo al Servicio Geológico en la línea: estoy listo para decirles que eres una mentirosa y una impostora... y para darles mi recomendación de que te despidan de inmediato. Decide ahora.

Sumi se inclinó hacia adelante, con la cara entre las manos.

—Lo haré —dijo, por fin, con voz ahogada.

—¿Qué?

—Lo haré —dijo, en voz más alta. Se paró y fue hacia la consola, se sentó y empezó a escribir en el teclado. Terminó en un minuto e introdujo las cifras alteradas en la computadora principal. Durante toda su vida había engañado a personas. Ahora se trataba de la pureza de la ciencia.

—Hecho —dijo, girando sobre sí.

La proyección desapareció. Sumi fue al baño y se lavó las manos.

CAPÍTULO 9

Ondas de sonido

LA FUNDACIÓN CRANE

1.º DE OCTUBRE DE 2024. 18:00

La oficina de Crane, en verdad no era una oficina. Era un cuchitril —un cuchitril grande para tener mucho espacio en el cual juntar sus cachivaches—. Por todo el piso había salidas impresas de computadora apiladas, muchas de las pilas tambaleantes o desplomadas que se las dejaba donde caían. Libros que llenaban los estantes y desbordaban sobre el torrente de papel. El escritorio estaba en absoluto desorden, su superficie de madera por completo invisible. Tazas de café y envoltorios de comida diseminados por todas partes; terminales e impresoras de computadora embutidos en cualquier superficie que pudiera recibirlos. Crane tenía una cama en la oficina, y varias botellas vacías de licor al lado de ella. Crane conocía con exactitud dónde se podía encontrar cualquier cosa que él necesitara.

En la pared había una foto de sus padres, dañada por el humo, y un avión fundido de juguete estaba metido en una de las bibliotecas. Habían sido las únicas cosas que se recuperaron de la tormenta de fuego que devoró el hogar de su niñez, y los únicos objetos personales que Crane poseía. Era un hombre poseído por su pasado; un ser humano nada más que según la definición biológica de esas palabras.

Habían abierto un agujero directamente a través de la pared de ladrillos de ceniza, para que Crane pudiera mirar el globo cada vez que quisiera.

Una excitación que llegaba al límite hacía que en la habitación dominara un sonido discordante. Crane había convocado a la mayor parte de su personal superior que, obedientemente, se presentó llevando sillas plegables y café, mientras que el jefe permanecía semirreclinado en su cama. Estaba a punto de tomar la decisión cumbre de su vida y quería el aporte de su gente, no para que lo ayude a tomar la decisión, claro está, sino para que refuerce lo que él ya había decidido.

Lanie y Dan no habían llegado aún. Newcombe estaba tratando de apurar su gráfico de ecología sísmica, y Lanie estaba supervisando el globo a través de otro intento por definir el planeta más allá de Pangaea. Pero Crane no la podía ver a través del agujero en la pared y tiempo antes había oído las campanillas de error, cuando el sistema se detuvo solo.

Había algo verdaderamente erróneo en el concepto que tenían del nacimiento del planeta: eso es lo que Crane había decidido. Si Pangaea era correcta, entonces todo lo que se encontraba entre ese omnicontinente y el cometa de Yucatán que dio comienzo

a la Era Terciaria tendría una dimensión finita. Alguna forma relativa del mundo, errada o acertada, se podía propugnar para conectar los dos sucesos. Pero la máquina seguía negando la verdad de Pangaea, lo que podía querer decir que los errores de Crane y su gente se encontraban en un pasado muy distante.

Eso lo preocupaba, pero, por el momento, no era algo con lo que podía lidiar. Crane había pasado treinta años esperando su oportunidad. La noche de hoy sería la noche en la que se iba a arriesgar. Siempre supo que todo se habría de reducir a una decisión como ésta, pero nunca se dio cuenta del miedo que iba relacionado con ella: si estuviera equivocado cuando lo comunicara públicamente con bombos y platillos, quedaría arruinado. Eso lo asustaba, pero no lo disuadía. Ahora, lo que necesitaba saber era el grado de lealtad de su personal.

—Lamento que hayamos llegado tarde —dijo Lanie, entrando a los tropezones por la puerta abierta, ayudando a Newcombe a cargar un tablero con un cartel de un metro veinte por un metro veinte—. El gráfico nos retuvo.

Metieron el gráfico, un cuadro en forma de torta con los colores del arco iris, y lo dispusieron en el atril abierto que estaba al lado de una cámara. Se dejaron caer en el suelo y se inclinaron contra la pared al unísono, como si hubieran estado unidos por la cadera. Newcombe observó a Crane cuidadosamente: parecía estar más alborotado que de costumbre. Una idea verdaderamente aterradora.

—¿Infierno que otra vez fallamos con el globo? —preguntó Crane, con mirada sombría.

—Decimoquinto intento —contestó Lanie con amargura—. Estamos empezando a sentirnos desalentados.

—La respuesta está ahí —dijo Crane, desechando el comentario—. Simplemente ocurre que no la vemos. Sigán intentando.

No se atrevió a mirar a Lanie mientras hablaba. En los cuatro meses de trabajo conjunto había permitido que ella se acercara más al verdadero Crane que lo que jamás imaginó que le permitiría a alguien. Estaba petrificado por haberle concedido esa clase de poder sobre él a alguien, en especial a una mujer. Pero no podía evitarlo: ella parecía entenderlo de una manera tan completa.

—Tal como la mayoría de ustedes sabe —dijo, incorporándose en la cama, el brazo inválido dormido, con hormigueo—, hemos estado pensando seriamente en hacer una declaración pública, anunciando un sismo en la falla de New Madrid.

Entonces se produjo una confusión general, con todo el mundo hablando al mismo tiempo. Crane alzó la mano sana, pidiendo silencio. Newcombe pudo ver lo que pasaba por los ojos de todos los presentes: el miedo. Una predicción real significaba un compromiso real, y un fracaso real si estaban equivocados. Para los desclasados como ellos, eso significaba la amenaza de que se descarrilara el tren que traía el sueldo. No tenían ninguna parte adonde ir.

—Escucharé todo lo que tengan que decir —dijo Crane—, pero hablen de a uno por vez. ¿Doctor Franks?

Un hombrecillo con cabello corto enrulado y cara ojerosa se puso de pie, sacudiendo la cabeza.

—Estamos oyendo muchos rumores.

—¿Tales cómo?

—Tales como que los ensayos Ellsworth-Beroza no están en línea con una predicción en estos momentos.

—Es cierto —dijo Crane— y, por favor, siéntese, doctor. Crane recorrió la habitación con la mirada. —Hasta que el globo no sea verdaderamente operativo, estoy convencido de que todos nuestros intentos por utilizar procedimientos clásicos de ensayo producirán datos no concluyentes y hasta contradictorios.

Se volvió a desencadenar una barahúnda general, y una vez más Crane alzó la mano.

—Permítanme decir esto: ningún ensayo es perfecto. Ése es el motivo de que la predicción sea tan dificultosa. Pero escuchen lo que sí tenemos: la actividad eléctrica aumentó, las emisiones de helio aumentaron, las emisiones de radón aumentaron, se están produciendo sismos previos, aunque no directamente dentro de nuestra zona de germinación. Hubo evidencias de dilatación. Y tenemos una prueba poderosa en nuestras lecturas de esfuerzo. ¿Doctor Newcombe?

—Tomamos una muestra, extraída con barreno, de la roca de esa región —dijo Newcombe— y la pusimos en la cámara de compresión lateral, para ver cuánto esfuerzo deformante podía asimilar sin sufrir rotura: la roca se quebró a las 4033, 01435 libras por pulgada cuadrada. Las lecturas provenientes de la hendedura de Reelfoot dieron un resultado de 4033, 01433. La roca de la ensenada, según nuestros cálculos, no puede sobrevivir más que otros veintinueve días.

—¿Qué magnitud de terremoto predicen ustedes? —preguntó Sumi, quien había entrado unos pocos minutos antes.

—Debido a la ubicación del esfuerzo y a los tiempos estimados de retorno —dijo Crane—, estamos pensando en un sismo nivel XI de Mercalli en la región inmediata, lo que se traduce a un Richter 8,5, encima del 9, en la Magnitud Instantánea.

Franks estaba de pie otra vez.

—Uno de 8,5. Eso... eso es inimaginable.

Crane tenía aspecto solemne:

—Memphis... desaparecida. Saint Louis... desaparecida. Nashville... desaparecida. Little Rock... desaparecida. Chicago, intensamente dañada. Kansas City, intensamente dañada. Indianapolis... desaparecida. La lista asusta. Toda la tierra de labranza del cinturón cerealero, destruida. Tormentas de fuego que aislarían el este de Estados Unidos del resto del país. Comunicaciones y energía eléctrica cortadas en

más de dos tercios del país, durante Dios sabe cuánto. Observen el gráfico.

Todos se apiñaron al lado del gráfico de Newcombe, hablando y señalando.

—Suponemos que el hipocentro estará a unos cuarenta y ocho kilómetros por debajo de la superficie —dijo Newcombe—, y el epicentro por encima del suelo, en la hendidura, a unos veinticuatro kilómetros al norte de Memphis. Si la determinación del sitio es correcta, mi gráfico será tan exacta como las especificaciones para Sado.

Una de las técnicas, Loreen Devlin, se volvió y miró a Crane.

—Va a desencadenar el pánico. ¿Qué pasa si está equivocado?

—¿Qué pasa si tengo razón? —replicó Crane—. No me es posible, con toda conciencia, mantener este conocimiento para mí mismo. En cuatro mil años de historia registrada, trece millones de personas murieron como consecuencia directa de terremotos.

—Usted esperó en Sado durante semanas —siguió la técnica—, ¿cómo va a hacer con Memphis?

—Estoy convencido de haber aprendido algo en Sado. Esta vez voy a darles una fecha específica, no una aproximación, no una serie de días peligrosos. Estoy diciendo 30 de octubre, en algún momento después de las 17:00, cuando se cuele el frío del anochecer.

—¿Se da cuenta en qué se está metiendo? —preguntó Su-mi—. ¿Quién es responsable, una vez que usted hable? ¿El Estado? ¿La prensa? ¿Qué deben hacer las empresas, cerrar y perder sus ganancias, o permanecer abiertas y arriesgarse a enfrentar demandas de aquéllos que fueron heridos al estar dentro de la empresa, cuando ésta se desplome? Si usted se equivoca, ¿va a ser culpable, en el aspecto financiero, por la depresión del mercado en las zonas afectadas? ¿Su predicción originará pánico, como argumenta Loreen, con tropas de la Guardia nacional, saqueadores y todo eso?

—El juego está demasiado avanzado como para echarse atrás, ¿no es así, Sumi? —dijo Crane. Su voz había adquirido un extraño timbre.

Sumi se le acercó con vacilación, como un penitente. Se puso bien al lado de Crane y susurró, mientras Lanie se esforzaba por oír las palabras.

—Simplemente me preocupo por usted, Crane.

—Tengo que hacer esta predicción —respondió Crane—, y lo sabes. No me abandones ahora. Ya no tiene más que ver con el suministro de fondos. No puedo guardarme esta información.

Sumi hizo una leve inclinación de cabeza —con cierta tristeza, pensó Lanie— y se fue hasta el extremo opuesto de la habitación.

—¿Alguien tiene alguna sugerencia, o comentarios? —preguntó Crane.

—Sí —dijo Franks—, no lo haga. Tan seguro como la luz que me ilumina que no querría ser el portador de noticias tan malas. Además, ¿en verdad cree que la gente le

prestaría atención?

—Yo sólo puedo guiarlos hasta el abrevadero, doctor —repuso Crane—, no puedo hacerlos beber. El objetivo de Sado, de toda la publicidad, fue construir la fe en mí como pronosticador con el objeto de que la gente me escuche con seriedad. El momento nunca va a ser más propicio.

—¿Va a diseminar la información a través de un organismo estatal? —preguntó Mo Greenberg, el vulcanólogo residente.

—No —contestó Crane—. Seguiría enredado en la maraña burocrática mucho tiempo después de que el sismo hubiera golpeado.

Fue hacia su escritorio, dispersando cachivaches, para extraer un disco compacto del tamaño de una arandela grande para canilla.

—Todo lo puse aquí —dijo con voz ronca y expresión sombría—. Transmitiremos desde este sitio, pasando alternativamente de mi discurso al gráfico de Dan. Transmitiremos cada hora.

—Me gustaría presentar esto ante el Servicio Geológico —dijo Loreen Devlin.

—¡No! —aulló Crane—. ¡Ustedes quieren enterrarlo porque son débiles! No admitiré lealtades divididas. Tenemos una búsqueda, una misión, de la cual no vamos a desertar. Lo que exijo es que el corazón y el alma de ustedes estén ligados a mí. Estamos ingresando en la lucha de todos los tiempos, el Hombre contra la Naturaleza. No admitiré lealtades vacilantes ni ambigüedades. Me habrán de brindar su apoyo ahora, o se van. ¿Estamos en el mismo barco, señoras y señores?

Hubo una respuesta sin muchos bríos. La cara de Crane se puso roja de ira. Newcombe sintió que la mano de Lanie se ponía tensa sobre su brazo:

—¡Únanse a mí ahora o váyanse! —rugió Crane. Aferró una botella abierta de ron que tenía al lado de la cama, blandiéndola mientras hablaba—. ¡Aniquilaré a esa bestia! ¿Están conmigo?

Fue hasta cada persona por turno, quemándola con la mirada y haciéndole la pregunta. Uno por uno, los circunstantes se conformaron. Entonces llegó hasta Newcombe, quien dijo:

—No actuaré como esclavo tuyo dando mi palabra a esta forma de lealtad.

—No eres diferente de cualquier otro que esté aquí —susurró Crane con aspereza—. Comprométete con nuestra causa o lárgate de acá ahora mismo.

—Estuve contigo en la llanura de Sado. Nada tengo que probarte ahora.

—Maldito seas —dijo Crane en voz baja. Pero se calló y regresó al escritorio. Rescató el panel de transmisión de debajo del montón de trastos, le metió el disco compacto y, sin la menor vacilación, pulsó el microteclado para transmitir.

—Está hecho —dijo—. Ahora salgan de aquí, todos ustedes.

En el sueño, nunca antes había existido el golpeteo. Lanie estaba tendida en la cama, sudando, la mente afiebrada, con la imagen de Crane en el traje blanco con el

casco hermético en forma de burbuja transparente. Estaba gritando con desesperación, tratando de llegar hasta Lanie, pero el golpeteo era tan intenso que ella no lo podía oír... no lo podía oír...

—¿Qué demonios...? —dijo Newcombe.

Despertándose con un respingo, Lanie se sentó en la cama con la espalda tiesa. El golpeteo continuaba.

—¡Abre esta puerta! —aullaba un Crane borracho—. ¡Traidor! ¡Ábrela!

Lanie sacudió la cabeza y miró el reloj despertador que tenía al lado de la cama: eran casi las cuatro de la mañana.

—¿Qué quiere?

—¿Cómo diablos he de saberlo? —Newcombe se paró y bajó la escalera desnudo.

—¡Sé que estás ahí! —chilló Crane—. ¡Abre la puerta!

—¡Vete! —le contestó Newcombe con otro alarido—. ¡Vete a dormir la mona!

En el instante en que Lanie sacaba las piernas por encima del borde de la cama, Crane se lanzó contra la puerta, pero el aluminio de construcción no cedió. Volvió a intentarlo.

—Oh, por el amor de Dios —dijo Lanie. Encendió el velador y, lanzando vituperios, fue hacia el piso superior.

—¿Por qué no lo dejas entrar, antes de que se lastime?

—¡Monstruo! —aulló Crane, volviendo a lanzarse contra la puerta.

—¡Estás loco! —le gritó Newcombe a su vez, mientras Lanie bajaba presurosa los escalones, también ella desnuda. Abrió la puerta.

Crane pasó como una tromba al lado de ambos, quitando con furia el brazo sano cuando Lanie trató de asirlo por la manga.

Cruzó la habitación y encendió la pantalla mural que estaba en el otro extremo.

—Me traicionaste —dijo Crane, la llameante mirada puesta en Newcombe.

—No sé de qué me... —empezó Newcombe, pero se detuvo al ver su propia cara en la pantalla de televisión.

Lanie se acercó para tomarle el brazo pero, al igual que como había hecho Crane, Newcombe lo apartó con brusquedad.

—Oh, no —dijo en voz baja, yendo hacia la otomana para dejarse caer en ella—. Prometieron que no pasarían esto hasta después de varios meses.

—Bien, pues pienso que cambiaron de opinión. —Los ojos de Crane se abrieron mucho ante la desnudez de Lanie. Tomó un cubrecama de lana que estaba colgando del respaldo de una silla y se lo arrojó a la mujer—. Cúbrete.

Avergonzada, Lanie se sonrojó, después se envolvió con la manta y se puso a mirar la pantalla: Dan estaba presentando una detallada disertación sobre sus ecuaciones de ecología de los terremotos, dando a publicidad todos y cada uno de los detalles que Crane había mantenido en secreto. Newcombe ahogó el sonido.

—¿Leyó usted su contrato, doctor? —preguntó Crane.

—Conozco todos los artículos de mi contrato. En el transcurso de la disertación le doy adecuado crédito a la fundación, y todo el dinero percibido por ella va a la Fundación Crane.

—¿A quién le interesa eso? —aulló Crane—. Todo esto es parte de nuestro paquete, de lo que nos respalda. Cuando das a conocer información gratuita, eso destruye todo lo demás que estamos construyendo.

—El mundo necesita esas teorías —dijo Newcombe—. Me arrogué la decisión de hacer lo correcto.

—No eres quién para tomar esa decisión —dijo Lanie.

—Mantente aparte de esto —replicó Newcombe. Después miró a Crane—. Si te calmas, hablaré contigo.

Lanie observó la cara de Crane. En situaciones como éstas estaba descolocado por completo. Se sentó en una silla recta de madera:

—¿Por qué? —preguntó en tono bajo e inseguro.

—Tienes un sueño, Crane, un sueño que fracasó temprano, en el día de hoy, por decimoquinta vez.

—Mis sueños van más allá de ese globo —retrucó Crane.

—¿Hasta dónde? ¿Qué son? ¿Qué es, con exactitud, lo que estás buscando?

Crane se limitó a mirarlo con fijeza.

—¿Ves? —dijo Newcombe—. No me lo quieres decir, o no lo sabes, o... ¿qué? Pues bien, yo tengo una realidad en vez de un simple sueño. He pasado diez años estudiando y clasificando las ondas que emiten los terremotos. Puede que eso no sea tan glamoroso según tus pautas pero, por mil demonios, al cabo de diez años las cifras salieron y dieron bien, y me permitieron predecir zonas de daño en torno de las líneas de falla. Las ecuaciones hablan por sí mismas y es necesario compartirlas con el mundo. Así que las escribí y envié un artículo a las revistas científicas. La fundación recibe los honores y las regalías. Mi sueño es realidad.

—Tu sueño es propiedad mía —dijo Crane, señalando la pantalla—, lo que hace que todo esto no sea nada más que... un robo. No tengo obligación alguna de compartir mi visión contigo, Dan, ni lo haré hasta que yo decida hacerlo. No tienes el poder de definirnos a mí o a mi sueño. Si te sientes tan insatisfecho con el modo en que manejo las cosas, ¿por qué no renuncias? No obligaré a que permanezca conmigo un hombre que se quiere ir.

—¡No me voy porque necesito tu dinero! ¿Por qué no me despides?

Crane hizo una profunda inhalación y se puso de pie, toda su ira súbitamente agotada. Caminó con lentitud hacia la puerta arrastrando los pies; cuando la abrió, se volvió hacia la pareja:

—No te puedo despedir —dijo—. Te aprecio demasiado. Eres sumamente bueno

en lo tuyo, sumamente bueno. Lamento haberlos molestado.

—Bastardo excéntrico. —Newcombe cerró la puerta con llave detrás de él. Volvió hacia el sofá a las zancadas y le asestó varios golpes con el puño cerrado—. ¡Maldición! Me prometieron que no pasarían el reportaje sin informármelo primero.

—Supongo que la predicción de Crane hizo que la ecología de los terremotos se vuelva demasiado caliente como para dejarla pasar —dijo Lanie, todavía envuelta con el cubrecama muy apretado alrededor de su cuerpo—. Levanta el ánimo: ahora tú también vas a ser famoso.

—¿Estás sugiriendo que hice esto a propósito?

—No sé si lo hiciste o no lo hiciste —replicó ella—. Sólo sé que no tenías derecho a robar lo que pertenecía a Crane nada más porque no lo estaba manejando de la manera que tú querías que lo hiciera.

—Se lo di al mundo, Lanie —dijo Newcombe, acercándose para tocarle el hombro—. Te vas a tener que acostumbrar a eso.

Lanie torció el cuerpo para evitarlo, y le dio la espalda.

—Te gusta pasar como una aplanadora sobre todo, ¿no es así? Si quieres saber el verdadero motivo por el que me sometí al Vogelmann, es porque sabía que, una vez que se te hubiera metido la idea en la cabeza, me empujarías a tener bebés y a hacer todo lo que tú quisieras.

Newcombe hizo que girarse hacia él.

—Un momento: creí que habíamos decidido que no te someterías a ese procedimiento.

—No era una decisión que te correspondiera tomar —dijo Lanie, separándose con brusquedad otra vez y poniéndose a mirar la pantalla, ahora totalmente ocupada con un primer plano de la cara de Dan—. Al igual que no fue esa una decisión que te correspondiera a ti tomar.

—Lo hiciste sin decírmelo.

Ella seguía mirando la gigantesca cara, con ojos de mirada tan sincera. Tuvo que reírse.

—Parece que tú también hiciste algunas cositas sin decírmelo.

—Oh, demonios —dijo Dan, ablandando del tono—. Apaga ese aparato y volvamos a la cama.

Lanie no podía mirarlo de frente. Sabía que no podría dormir con él esa noche.

—Ve tú. Yo subiré más tarde.

Lanie se puso tensa cuando él la tocó. Newcombe lanzó un gruñido y se alejó.

—Está bien —dijo, empezando a subir la escalera—. Hazme un favor, empero. No te dejes llevar demasiado por las fantasías de Crane. Sólo es un loco, eso es todo.

—¡Mi globo no está loco!

Newcombe no le prestó atención y subió al piso superior. La luz se apagó ante el

sonido de los resortes de la cama.

Lanie se volvió y se quedó mirando la puerta de entrada:

—No está loco —le susurró al hombre que ya no estaba parado ahí.

Rupturas

GERMANTOWN, TENNESSEE - CERCA DE MEMPHIS

27 DE OCTUBRE DE 2024. 10:00

—Y entonces el tipo me dice —dijo Newcombe, blandiendo el mazo para hundir el poste sensor de Lanie en el suelo negro del delta— que va a proponer mi nombre para el Premio Nobel.

—Un tanto temprano para abrir el champagne, ¿no crees?

—Lanie estaba hasta la coronilla con este tema. De hecho, Dan estaba tan colmado de sí mismo esos días, que Lanie estaba empezando a cansarse un poco de él. —Por lo común, el premio de ciencia se concede muchos años después del descubrimiento.

—Sucedió antes para Crane. —Newcombe ayudó a Lanie a recoger la larga antena en forma de cepillo y a deslizarla dentro del agujero—. Dame la oportunidad de tener un poco de emoción, ¿sí?

—Tú eres el doctor.

—Malditamente bien dicho, doctora.

Lanie sonrió y centró el foco en la parte superior del aparato. Se encendió la luz roja, lo que indicaba que los datos se estaban transmitiendo. Giró para mirar la línea. Éste era el quincuagésimo poste, el poste final en una prolija hilera que definía el borde de la zona de destrucción calculada por Dan. Medio kilómetro más allá se encontraba la ciudad de las carpas, que llenaba muchas hectáreas de algodones. Miles de personas ya habían huido hacia allá, y otras tantas se estaban preparando para hacer lo mismo. Y no era porque hubieran recibido mucha ayuda por parte de las autoridades.

Alabados sean los abogados de Harry Whetstone, había pensado Lanie muchísimas veces durante las dos últimas semanas. El benefactor y amigo de Crane, el bueno de Stoney, había conseguido que la fundación saliera bien parada, porque los abogados habían hecho que se desestimara la acción contra él, con lo que los miles de millones de dólares se liberaron de quedar embargados. La deficiente actuación del Estado y de Liang en cuanto a alertar a la gente y brindar información, guía y ayuda a la población, sólo al principio habían sido sorprendentes. Después todo se había vuelto tan frustrante que Crane dijo que iba a empezar a aullar a la luna con el

logotipo de Liang, todas las noches.

Así y todo, la gente venía a raudales al campamento, que ya había duplicado el tamaño del de Sado. Las interminables imágenes televisadas mostraban caminos y corredores aéreos atestados de gente que trataba de salir de la zona. Con secciones completas de Memphis y de las ciudades próximas abandonadas, habían aparecido los saqueadores, claro está, y la FPF estaba respondiendo. De hecho, la FPF parecía ser el único brazo del Estado que estaba haciendo su trabajo de manera adecuada.

Lanie movió la cabeza de un lado a otro, y miró hacia lo alto. El cielo estaba brillante; el sol, muy caliente para ser fines de octubre. Ella transpiraba dentro de su largo tapado protector y soportaba los pesados guantes. Tenía el ala del sombrero flexible doblada alrededor de la parte superior de las antiparras. Arriba, las nubes flotaban con morosidad, mostrando imágenes de los atascamientos de tránsito por todo el valle del Mississippi. Otras, mostraban a los tozudos, los que no creían en la predicción... Las imágenes recorrían toda la gama hasta llegar a aquéllos que ni siquiera sabían qué era un terremoto. Crane había contratado un plantel de historiadores para que documentara la serie de sucesos, de modo que él pudiera trazar un conjunto sensato de planes para predicciones de futuros sismos.

—¿Eso es todo, pues? —preguntó Newcombe.

—Es todo lo que tengo —repuso Lanie, deseando haber podido ella también correr de un lado para otro vestida con una camiseta y sin sombrero—. Va a resultar interesante hacer lecturas en lodo antediluviano. Todo se va a reordenar.

Newcombe sonrió. Fue hacia el camión de caja plana en el que habían acarreado los sensores y ocupó el asiento del operador.

—La tierra se vuelve líquida. Verás cosas; en ocasiones casas enteras que desaparecerán debajo de la superficie, y otras cosas enterradas desde hace tiempo, que ascienden de nuevo a la superficie. Créeme, no querría vivir en New Orleans en este preciso momento: van a ver a sus muertos emerger directamente de las tumbas. Tanto los que recién estén sepultados en tierra como los que están en mausoleos al nivel del suelo.

—Qué pensamiento divertido —dijo Lanie, subiéndose al asiento del acompañante y cerrando la puerta—. Me pregunto qué aspecto tendrá el Ellsworth-Beroza en la mañana de hoy.

Newcombe abrió el foco, programó el camión, y el vehículo avanzó laboriosamente por el campo negro. Del suelo sobresalían esqueletos de algodoneros pelados.

—Estoy preocupado por el e-b —dijo Newcombe—. Cada maldito buscapiedras del mundo descendió a la hendidura, y todos ellos dicen lo mismo: si el e-b no arroja resultado positivo, el sismo no puede ocurrir.

—Nosotros bajamos a esos agujeros, Dan: vimos las lecturas de esfuerzo,

sentimos los temblores.

—Estoy de acuerdo... pero entonces, ¿por qué el Ellsworth-Beroza no muestra alguna actividad?

—A lo mejor ya no da más advertencias.

Con el ceño fruncido, Newcombe dijo.

—Sí... quizás. Y quizás estamos corriendo el riesgo en el momento que no corresponde. De ser ése el caso, Crane está liquidado. Eso sólo refuerza mi decisión de hacer público el sistema de ecología de terremotos. Me puedo apartar de Crane, si me veo forzado a ello, y, aun así, seguir sobreviviendo.

—Sí... a lo mejor —dijo Lanie con acritud—. Por algún motivo me resulta difícil creer que a Crane se lo pueda liquidar. Únicamente cuando esté en la tumba... y quizá ni siquiera entonces.

—Es un psicópata. Algún día lo van a encerrar.

Lanie echó la espalda hacia atrás y miró las nubes y sus interminables programas de televisión. Inteligente como era Dan, no podía habérselas con Crane, con la grandeza de éste. Quizá Crane podría ser un psicópata, hasta padecer alucinaciones, según la definición de los hombres y mujeres comunes y corrientes que no podían entenderlo ni estimarlo. ¿Pero Dan? Él debería ser la última persona que le aplicara a Crane el rótulo de cualquier otra cosa que no fuera el de brillante.

La suerte de Dan había sido en extremo buena últimamente. No había transcurrido una semana desde que hiciera el lanzamiento público de las ecuaciones de la eco-T, cuando un equipo chino de especialistas en tectónica, que estaba a punto de descubrir un sismo en su estadio temprano Ellsworth-Beroza, aplicó la teoría de Dan al epicentro que habían estimado y convencieron a los ciudadanos de Guiyang, la capital de la provincia de Guizhou para que evacúen el lugar. Dos días después, un sismo de magnitud 7,2 de Richter sacudió la región, generando gran devastación, pero nadie resultó muerto. Los científicos reconocieron que la ecología de los terremotos los estaba ayudando a definir las zonas de evacuación. Y el éxito de Newcombe estaba alimentando su engreimiento... no, se lo estaba cebando, engordando... y de manera bastante fea, pensaba Lanie. Mientras la estimación por sí mismo iba en aumento, disminuía la que sentía por Crane. Había algo de obsceno en el desdén que Dan sentía ahora por Crane.

Lanie había puesto distancia con Dan la noche de la predicción, y él parecía no darse por enterado. Había persistido en esa actitud más allá de la sensatez, para ver si Dan respondía; después, sencillamente se había convertido en rutina. No había manera de salvar la brecha emocional. En estos momentos vivían cada instante bajo un microscopio, las presiones públicas ahogando las llamas personales de la pareja. Lanie sencillamente confiaba todo al viento, y estaba viviendo día por día.

Con la salvedad de los sueños.

Los sueños eran una constante, el torbellino de Martinica se volvía cada vez más grande, hasta el punto de que Lanie ahora creía que las pesadillas tenían, en alguna forma, un significado que trascendía la mera remembranza. Aunque recordar, Lanie sí recordaba. Se estaban abriendo secciones —el terrible lodo, la ordalía que padeció el herido, el sonido de todos los camiones haciendo sonar su claxon al mismo tiempo—, aunque el evento real que le había ocasionado la pérdida transitoria de la memoria todavía permanecía en la bruma. Ni siquiera estaba segura de querer recordar esa parte.

—¿Deseas mirar a la gente? —dijo Dan, mientras conducía hacia el medio de la ciudad de carpas. No eran carpas coloridas, apiñadas como las de Sado, éstas eran de un monótono verde oliva y estaban separadas por una distancia suficientemente amplia como para permitir el paso de los camiones. Había miles de ellas. Por encima del complejo de viviendas de emergencia, la proyección de una bandera estadounidense ondeaba por efecto de un viento electrónico perpetuo.

Había gente por todas partes a la que daban instrucciones empleados uniformados, tostados por el sol, pertenecientes a Whetstone Inc., la organización de servicios de guardaespaldas que poseía el multimillonario.

Dan se detuvo en el cuartel general, en el preciso instante en que arribaba un ómnibus cargado con estudiantes, pupilos, de una escuela local.

—Niños de tecnológica —dijo Newcombe, al tiempo que bajaba del camión.

Lanie miraba cómo los jovencitos, desde la preprimaria hasta de la secundaria, se apeaban del ómnibus. Daban la impresión de ser frágiles y estar asustados.

El aprendizaje había sido reevaluado y las escuelas tecnológicas representaban una nueva dirección en la educación. La materia de estudio primordial era Microteclado de muñeca 101. Se les enseñaba a los niños cómo manipular la red de procesamiento de datos a través de sus microteclados, para tener acceso a absolutamente cualquier cosa que alguna vez pudieran necesitar o querer. La proliferación de líneas de voz en el microteclado evitaba hasta la necesidad de leer y escribir. El poder del microteclado era el poder del conocimiento absoluto. Pero ¿qué pasaba respecto de la disciplina? ¿Qué pasaba respecto del almacenamiento o de la recuperación de la memoria? Mientras lanzaba una última mirada de reojo a la fila de veinte niños, Lanie siguió a Newcombe al interior del cuartel general. Los hijos de la tecnológica tenían menor capacidad para sintetizar y reaccionar a exigencias físicas y situaciones emocionales. Vivían a través del microteclado. Pensaban que ese adminículo les proporcionaría todo y les daría todas las respuestas. El problema era que no sabían las preguntas.

Los jefes de los bloques de alojamiento entraban y salían de la tienda, trayendo solicitudes y preguntas. Crane estaba sumamente serio y meneaba la cabeza en gesto de negación, mientras hablaba con Sumi y con el canoso Stoney Whetstone, quien

estaba vestido con el mismo uniforme que usaban sus hombres. Las pantallas de televisión ocupaban los costados de la habitación de noventa metros cuadrados, y ellas reflejaban lo mismo que mostraban las nubes.

—Eres un papanatas, Parkhurst —decía Crane en el momento en que Lanie y Dan se acercaban. Hizo un gesto de hastío con la cabeza y cortó la comunicación.

—Afuera hay un ómnibus con escolares del tecnológico, que van a necesitar un manejo especial —le dijo Lanie. Crane miró a Sumi.

—¿Te podrías encargar de eso?

—Por supuesto —dijo Sumi, saliendo de inmediato.

—¿Qué hay sobre los valores de e-b? —le preguntó Newcombe a Crane, que estaba mirando hacia el piso con expresión ausente.

—No hay actividad —dijo Stoney.

Stoney era impresionante, pensó Lanie. Alto, imponente, y con visión práctica de las cosas, tenía una cara curtida, pero aún atrayente. A los sesenta y siete años seguía siendo tan hombre que Lanie se preguntó cómo habría sido a los cuarenta.

—Algo muy extraño está pasando aquí, creo yo —añadió Stoney.

Esto no era una novedad. Stoney había estado más ceñudo a medida que pasaban los días, expresando sospechas y cuestionando todo lo que estaba ocurriendo con el Estado y con Liang International.

—¿Qué quieres decir esta vez? —preguntó Lanie, con cierto tedio.

—El Estado está arrastrando los pies respecto de la ayuda que está brindando... que es malditamente poca. ¿Y toda la cuestión de que ellos acepten la predicción de Crane no se debió, acaso, a cuánta agua podían arrear para su molino y la publicidad que obtendrían entre el electorado por ser bondadosos? Supuse que este sitio sería un loquero de encuestas y reporteros. Li y sus amiguitos haciendo marchar al trote a todos sus candidatos desde aquí, dándole a cada uno de esos payasos la oportunidad de emitir sus arengas para los electores. ¿Ves algo de eso? De hecho, ¿viste un solo candidato o funcionario electo o algún pez gordo de Liang Int. que ande[^] por aquí?

Lanie negó con un lento movimiento de cabeza.

—No, claro que no, porque algo anda muy mal, ésa es la razón.

—No agreguemos la paranoia a nuestra lista de problemas —dijo Newcombe—. Todavía nos queda algunos días hasta el día T. A lo mejor algo...

—Mi brazo no anuncia nada —terció Crane— si estuviéramos tan cerca de un sismo, ya debería estar latiendo.

Los televisores parpadearon, lanzando fantasmagóricas imágenes sobre la cara de todos los circunstantes. Las imágenes murieron y apareció el escudo del presidente de Estados Unidos. Lanie puso su microteclado en el canal K, aunque no habría importado qué fibra elegía: todos estaban en cadena.

—... idente de Estados Unidos —le llegó la voz a Lanie a través de su implante

auditivo. El presidente Gideon se sentó a su escritorio. El señor Li estaba a su lado.

—Mis compatriotas estadounidenses, me dirijo a ustedes hoy para corregir un terrible entuerto. Con gran esfuerzo y a un ingente costo, el gobierno emprendió una impresionante investigación y descubrió una flagrante estafa: Lewis Crane es un embaucador. Carente de principios, ávido por ganar publicidad, está engañando al país, haciéndole creer que toda la región media y el sur de Estados Unidos está al borde de la catástrofe. Por suerte hemos descubierto que no es así y, públicamente, tachamos de fantasía a su predicción de un sismo para el 30 de octubre. Además, procedemos de inmediato a suspender todo el dinero federal que se le concedía a la Fundación Crane en calidad de subvención.

Crane estaba parado delante de la pantalla más grande, moviendo la cabeza de un lado a otro:

—¿Qué están haciendo? —murmuró—. ¿Por qué?

—¿No pudiste oler el tejemaneje en el aire? —preguntó Stoney—. Ya sabía yo que se estaba cocinando algo.

El Presidente continuó.

—Tenemos pruebas de que la Fundación Crane mantiene contactos continuos con el líder de la Nación del Islam, Mohammed Ishmael, puesto que Ishmael proclamó un Estado islámico mientras estaba en compañía de Crane. Nosotros, el pueblo, somos víctimas de alguna clase de conspiración.

Apareció la imagen de un hombre que caminaba por una acera de la ciudad, los brazos balanceándose con la marcha. La imagen estaba tomada desde el punto de vista de la manga de su chaqueta. El hombre se detuvo ante un vendedor de endorfina y le compró una botella. Cuando giró el brazo para pagarla, la cara de Dan Newcombe llenó la pantalla.

—¿¡Qué es esto!?! —Crane se revolvió hacia Newcombe—. ¿¡Qué demonios estamos a punto de ver?! —chilló.

—A mí y a Ishmael —dijo Newcombe, con cara inexpresiva mientras lo miraba a Crane.

—¿Qué más?

Newcombe señaló la pantalla con una inclinación de cabeza: en rápida sucesión, con cortes repentinos en la emisión sonora, la videocinta lo mostraba a Newcombe siendo conducido por un pasillo, en lo que parecía ser un salón para alucinogénesis con microprocesadores. Lanie contemplaba asombrada, el pulso acelerándose y una sensación de pavor en el estómago. Dan había ido a la Zona la noche de Masada en la que desapareció... eso estaba perfectamente claro ahora. Traición. Personal y profesional también, sospechaba Lanie. Empezó a temblar. Tenso, Dan le esquivó la mirada, contemplando con forzada fijeza la pantalla: lo llevaban a un cubículo, donde alguien desplazaba una cama para dejar al descubierto una boca de acceso; Ishmael

saliendo de esa boca para abrazarlo a Newcombe, como si éste fuera un pariente querido al que hace mucho que no se ve. Lanie lanzó una rápida mirada en derredor. Todos estaban absortos... y horrorizados.

Newcombe e Ishmael miraban resuelta, malignamente, a los espectadores, a través de la lente de una cámara que debió de haber estado en la palma de Ishmael.

—Stoney —dijo Crane con expresión de estupor—, ¿podrías conseguir un par de tus hombres de mayor tamaño, para que protejan la entrada a la carpa? No quiero periodistas por aquí hasta que estemos listos para ellos. Y haz que Sumi regrese.

Whetstone asintió con una leve inclinación de cabeza. Después, con gesto consolador, apretó el hombro de Crane, antes de abandonar la carpa.

—Mira, Crane —dijo Newcombe—, ese viaje a la Zona nada tuvo que ver contigo o con la fundación. Fue personal. Sólo tiene que ver conmigo.

—¿Y conmigo? —preguntó Lanie—. Es seguro, como la luz que me ilumina, que tiene algo que ver conmigo. Sé lo que la NDI opina sobre la raza... sobre lo que llama la «pureza de las razas».

Los microteclados estaban campanilleando en todos los brazos. La prensa trataba de comunicarse con los miembros del equipo de Crane. Tendrían nada más que unos minutos, como máximo, antes de que fueran arrollados por la gente que estaba afuera.

—Lanie —dijo Dan—, no te lo dije por el mismo motivo por el que no me hablaste sobre el Vogelmann...

—Por favor —dijo Crane, tratando de calmarse con inhalaciones prolongadas y lentas—, primero preocupémonos por el problema inmediato. —Señaló a Newcombe—. ¿Me juras que tu contacto con Ishmael no se relaciona con tus actividades relativas a la fundación?

—Mi palabra —dijo Newcombe.

—Tu palabra —replicó Lanie, que sentía que todo su mundo se estaba deshaciendo.

—¿Cómo te pusieron el transmisor? —preguntó Crane haciéndole un gesto con la cabeza a Sumi, quien entraba con Stoney.

Newcombe mostró las palmas vacías

—No tengo idea. Puede haber sido al azar.

—Vendido por un espía independiente a Liang —dijo Sumi—. Ocurre todo el tiempo.

—¿Realmente importa eso ahora? —preguntó Stoney.

—No —contestó Crane mirando hacia los robustos guardias apostados en la entrada de la carpa—, en tanto no haya otras sorpresas.

—Hice una visita y tuve una charla personal con el hermano Ishmael —dijo Newcombe—. A veces hablamos: nos pedimos consejo mutuamente.

—¿Te dio el consejo de que divulgues ilegalmente información con tu artículo?

—preguntó Lanie, que no se pudo contener.

—Ahora no —dijo Crane, acercándose—. ¿Me juras que no tienes conocimiento alguno sobre la cancelación del programa que hizo Gideon?

—¡Por supuesto que no! —dijo Newcombe, indignado—. En todo esto tengo tanto para perder como tú.

No es eso lo que dijiste antes, pensó Lanie.

—Tú salvaste *tu* programa —dijo Stoney.

Newcombe se dio vuelta para mirarlo cara a cara.

—¿Qué quieres ins...?

—No —interrumpió Crane—. Golpe bajo, Stoney. No puedo... No pondré en tela de juicio la integridad de Dan. Lo que tenemos que hacer ahora es descubrir qué está pasando y cómo contrarrestarlo.

Newcombe rió con gesto pesaroso.

—Lo que está pasando es que nos acaban de bajar a tiros. Nos cañonearon de popa a proa, capitán. —Hizo un saludo militar y después se volvió hacia Sumi—. ¿Y qué hay respecto de ti: por qué no viste que se venía esto?

Sumi dio un respingo.

—Cuando comenzó nuestra relación con el señor Li, se me asignó a un trabajo en la propia fundación. No tengo contacto alguno con el gobierno. Estuve aquí con ustedes.

—Necesitamos dejar de culparnos mutuamente —dijo Crane. Lanie se sobresaltó por el sonido de la multitud que se estaba reuniendo afuera, gritando—. Todavía tenemos la predicción.

—El brazo no te da señales —dijo Newcombe.

—¡Señor! —llegó la voz de un hombre desde la entrada de la carpa. Uno de los guardias metió la cabeza adentro—. Aquí afuera las cosas se están convirtiendo en tumulto.

—Dígales que les hablaremos dentro de unos instantes —dijo Crane. El guardia miró a Whetstone, quien asintió con un movimiento de cabeza.

—Las lecturas de esfuerzo no mienten —dijo Crane—. Las otras señales no mienten. Eso es lo que no tiene sentido en todo esto.

—¿Y qué pasa con las Ellsworth-Beroza? —preguntó Newcombe—. Quizá todos somos unos tontos.

—No, doctor —dijo Crane—, no somos tontos. ¿Sugerencias?

Todas las miradas se dirigieron hacia él.

—Crane —dijo por fin Whetstone—, ¿vas a mantenerte firme con tu predicción?

—El brazo no me duele —dijo Crane con una leve sonrisa—. Y no me miente pero, como verás, eso no importa, de un modo o de otro estamos casados con él. No tenemos más alternativa que la de seguir adelante a toda máquina. Es nuestro turno

para lanzar los dados, ¿no lo sabes? Una vez que el anuncio se hace desde lo alto, no se lo puede anular.

Y se dirigió hacia la puerta de la carpa.

—¿Adónde vas? —gritó Lanie.

Crane se detuvo; después se volvió brusca, mecánicamente.

—Voy a ir afuera y a convencer a toda esa gente, y también a la prensa, de que pasen por alto lo que acaban de oír y que en cambio me crean a mí.

—¿Vas a negarlo todo? —preguntó Newcombe.

—Es fácil de hacer —dijo Crane, tratando de alisarse el cabello desgredado, pero con escaso resultado—. No sé nada. Todos ustedes permanezcan aquí adentro. Yo acepté la gloria: ahora es el momento de hacer frente al fuego del enemigo. —Miró a Newcombe—. Te protegeré lo mejor que pueda.

—No preciso que me hagas favores —replicó Newcombe.

Crane entrecerró los ojos. Del perchero que estaba al lado de la puerta eligió un sombrero de ala ancha, y salió a la mañana de Tennessee. Lanie miró en derredor, dándose cuenta de que todas las pantallas de televisión lo enfocaban, desde el punto de vista de la muchedumbre que estaba afuera.

Centenares de personas, la mayoría con videofilmadoras, llenaban la calle de tierra que estaba delante del cuartel general. Crane acababa de salir de la carpa. El personal de Whetstone estaba formando un cordón en torno de él y empujando hacia atrás a los circunstantes.

—Quiero hablar con ustedes un minuto —dijo Crane, alzando las manos para pedir silencio. Como el nivel de ruido no disminuyó, entró en el sistema de altavoces de la ciudad a través de su microteclado.

Lanie se volvió para mirar a Dan.

—Ya no te conozco —le dijo.

—Quizá nunca me conociste —contestó él con la mirada fija en la pantalla—. Me doy cuenta de la apariencia que tiene todo esto. Simplemente quiero decir que lo lamento. Te amo. Hice lo que tenía que hacer.

—¡Amigos! —dijo Crane, la voz retumbando—. A pesar de lo que puedan haber visto y oído hace unos instantes, la predicción de la Fundación Crane sigue en actividad y en línea. Nosotros, aquí, no tenemos la menor idea de qué está hablando el Presidente. De lo que sí sé es sobre terremotos... y ustedes van a tener uno.

Lanie frunció los labios con ira.

—Destruir mi trabajo conectándote con un hombre que preferiría verme muerta. ¿Es eso lo que tenías que hacer?

—¿Tu trabajo?

—¡Buen día, Dan! ¡Sorpresa! ¡Despierta! El globo es mi propia creación, mi ecología sísmica. Y a que no sabes qué: creo que hasta podría ser más importante que

tu trabajo.

—Ese globo —dijo Newcombe con gesto de disgusto—, no es más que la manifestación física de la demencia de Crane. No tiene sentido alguno.

Ella lo abofeteó con tanta fuerza, que le dolió la mano.

—¡Vete al demonio! —le dijo Lanie, y giró sobre los talones.

Afuera, la gente le estaba gritando preguntas a Crane sobre la Nación del Islam.

—La Nación del Islam no tiene conexión alguna con nuestras investigaciones sobre terremotos. El doctor Newcombe tiene una amistad de larga data con Mohammed Ishmael, y en su tiempo libre tiene todo el derecho del mundo de visitarlo.

El griterío aumentó de intensidad, mientras Crane seguía tratando de mantener el orden.

Newcombe rezongó.

—No lo necesito a él para que me defienda.

—No... —empezó Whetstone, pero Newcombe ya estaba levantando la puerta de la carpa.

—Soy un hombre libre —le dijo Dan a la multitud. Orgullosa, el fuego de su mirada destellaba como si él fuera un león en un mundo de hienas—. Sí, lo he visitado al hermano Ishmael. Puedo visitar a quienquiera que malditamente me plazca.

—¿Habló con él respecto del llamamiento en favor de un Estado islámico? —preguntó alguien del público.

—Sí, a decir verdad, lo hice.

La gente le gritaba tratando de ahogar su voz. Lanie vio cómo el orgullo de Newcombe se convertía en ira, y temió por el desenlace. Crane advirtió que se estaba gestando un verdadero problema y, a empujones, se abrió camino de vuelta al centro del escenario.

—Si no hay algo más...

—¿Apoya usted la privación forzada de los derechos civiles de los sureños, para apoyar una patria *afric*? —Se oyó una voz, nítida como una campana.

Lanie hizo una profunda inspiración y retuvo el aire: la respuesta de Dan la iba a forzar a tomar una decisión.

—Durante muchos años —dijo Newcombe— mantuvimos al ocho por ciento de nuestros ciudadanos encerrados en guetos. ¿Era porque habían hecho algo? No. ¿Merecen las mismas libertades y licencias que la mayoría de los estadounidenses da por sentadas... vida, libertad, la búsqueda de la felicidad? Sí.

—¿Pero qué hay respecto del desalojo forzado?

—El hermano Ishmael no desea cambiar a nadie de lugar. Sólo quiere un Estado islámico en el que prevalezcan la sabiduría de Alá y el Corán. La gente que habite en

la patria islámica será libre de hacer lo que les plazca.

Con paso fatigado, Crane volvió a entrar en la carpa, mientras Sumi se acercaba con premura para brindarle consuelo. Mientras Lanie escuchaba la retórica de la NDI saliendo de la boca de Dan, se sentía como si se la estuviera empujando hasta el límite. Había esperado mucho tiempo para permitirse amarlo... ¿Y ahora qué es lo que quedaba, salvo pena, en ese amor?

—¿Es usted miembro de la Nación del Islam? —gritó uno de los hombres de Whetstone. Ahora, la fuerza de seguridad lentamente se estaba fusionando, convirtiéndose en parte de la multitud.

—Ésa es una decisión con la que he estado batallando —repuso Newcombe—. Por el momento soy un ciudadano del mundo. Tan sólo estoy diciendo lo que pienso, y continuaré haciéndolo.

Una mano helada estrujó el corazón de Lanie. Mientras Dan proseguía haciendo propaganda para el hermano Ishmael, ella se hundía en lo profundo de sí misma. Segregación... la obligación de las mujeres de llevar velo... la adopción de la violencia... ¿Pudo Dan Newcombe, el hombre con el que había vivido y al que había amado, ponerse realmente del lado de un movimiento que abogaba por esas cosas? Tenía mucho miedo de que la respuesta fuera sí. Inundada por el dolor, apretó las mandíbulas y se mantuvo rígida. Apenas si podía soportar la pena... ¡Crane! Se tenía que preocupar por Crane.

En el preciso momento en que Crane se dio cuenta de que con cada palabra que pronunciaba Crane la fundación perdía cada vez más apoyo, encontró su botella oculta de whisky de maíz y se fue a trabajar sobre ella con toda dedicación. Las cámaras de casco empezaron a cortar las tomas de la cara de Newcombe, para mostrar imágenes de gente que abandonaba la ciudad de las carpas a pie y en vehículos, asolando el lugar mientras se marchaban. Para el momento en que Dan hubo terminado, la mayor parte del sueño de Crane de salvar vidas y de una actividad positiva, colectiva, en el lugar del sismo estaba, o bien totalmente derrumbado, o bien robado. La carpa roja se alzaba en medio de los escombros. Dos días antes de la fecha de la predicción del terremoto, todo había terminado...

Lanie fue al lado de Crane. Había lágrimas que corrían por la cara de él, que acunaba la botella de whisky en su brazo inválido. Cuando Lanie le tocó el hombro, lo despertó de algún sueño de horror. Los ojos de él se abrieron desmesuradamente.

—Todo lo que siempre quise fue ayudar a la gente —dijo con voz baja y muy tenue.

Lanie lo abrazó con fuerza.

—Quizá debemos pensar en dejar este lugar.

—No. No yo. Tú. Búscalo a Burt y dile que embale todo, y que él mismo y el resto del equipo vuelvan a los terrenos de la fundación lo más pronto que les sea

posible.

—¿Qué vas a hacer tú?

—Permanecer aquí. Hacer mi trabajo. Todavía tengo un terremoto que se viene, y sobre el que quiero advertir a la gente. Nada más que porque el gobierno haya decidido que no se va a producir no quiere decir que no vaya a ocurrir.

Se miraron durante un largo momento.

—Crane, no puedo... No voy a dejarte solo. Estoy contigo...

—No. Tienes que irte. Haz que todos vuelvan lo más pronto posible. Trabaja en el globo. Trabaja con intensidad. Haremos lo que podamos en la fundación, hasta que se agote el dinero.

—¿Vas a estar bien?

—Nunca estuve bien. —Tomó un trago—. Sigue. Vete de aquí. No necesito que a mi gente se la arreste en Tennessee.

—¿Arreste?

—Soy un embaucador, ¿recuerdas? Perpetré una estafa. Las acusaciones y los arrestos están ahí no más, a la vuelta de la esquina, independientemente de lo que ocurra con el terremoto. Es probable que yo esté en prisión para cuando se produzca. —La miró intensamente—. Cuento contigo... contigo, Lanie. El globo es todo. Solamente tú puedes seguir adelante con ese trabajo.

Los ojos de Lanie se llenaron de lágrimas. Por fin, asintió con una inclinación de cabeza, y se vio recompensada con una de las sonrisas amplias, cálidas de Crane, que resultaba más hermosa porque muy raramente se las veía.

—Ésa es mi creadora de imágenes —dijo, y le palmeó el hombro. Después miró hacia otro lado, avizorando un lejano horizonte que nadie más alcanzaba a ver.

Lanie retrocedió, sintiendo un desconocido anhelo por abrazar a Crane, por tenerlo muy cerca y prometerle que todo iba a salir bien... pero ésa sería una promesa vacua, una mentira. Nada podría volver a estar bien otra vez. Y Crane estaba tan solo; solo y aplastado por la traición, por los orígenes de esa traición y, por lo menos en lo concerniente a los perpetradores de esa traición, por el misterio. Lanie se sacudió a sí misma: la única aptitud positiva que podía adoptar era hacer lo que deseaba Crane. Llena de decisión, pues, se encasquetó un sombrero y salió de la carpa a la carrera.

Dan estaba parado, solo, en medio del camino, la gente pasando junto a él en grandes cantidades, huyendo del campamento con tanta rapidez como habían venido. A varios centenares de metros de distancia, el arrasado complejo ardía en forma incesante. Lanie penetró en ese río humano y lo vadeó en dirección a Dan. Cuando llegó hasta él, quedó boquiabierto por la sorpresa:

—Estás llorando —le dijo.

—¡Fue maravilloso! Por primera vez en toda mi vida dije lo que pensaba, y sin remordimientos. Es una hermosa sensación, me siento bien... y libre.

Lanie contempló la devastación que los rodeaba, el fuego que amenazaba extenderse sin control, mientras la gente de Whetstone trataba de extinguirlo.

—Nos trajo libertad a todos —dijo Lanie, dudando de que Dan llegara a darse cuenta del tono irónico de sus palabras—. Te vas a unir a ellos, ¿no?

La respuesta de Dan fue un simple encogimiento de hombros.

—Quiero que pasemos mucho tiempo juntos. Todo está a la luz. Te prometo que no tendré secretos de ahora en adelante —contestó él, pasándole el brazo por los hombros. Lanie evadió el contacto.

—No, Dan —dijo, retrocediendo—. No puedo. Sencillamente no puedo...

—Pero yo te amo.

—Ya fuere que vayas a regresar a la fundación, o que no lo hagas, me voy a mudar a mi propia casa.

—Pero, Lanie...

Ella giró sobre los talones y se puso en marcha. Dan la llamó a gritos, pero Lanie no se dio vuelta y penetró aún más en la devastación. El lugar estaba en ruinas. La reputación de Crane estaba en ruinas. La fundación podría haber desaparecido en cuestión de semanas, un mes, o dos a lo sumo. Todas las brillantes y maravillosas cosas que Lanie había imaginado para sí misma y para Dan, en lo personal, y para sí misma y Crane en lo profesional, habían fenecido.

De pronto, Lanie no vio en absoluto la devastación que la circundaba. Únicamente vio a Crane tal como lo había dejado en la carpa, solo, desplomado en una silla atragantándose con whisky, directamente de la botella. El sol del atardecer era brillante pero, para Lanie King y Lewis Crane, el día se había vuelto negro como el alquitrán.

Libro dos

CAPÍTULO 10

La Hendedura fallada

LA FUNDACIÓN

6 DE NOVIEMBRE DE 2024. 20:47

—¿Qué piensa, *doc*? —preguntó Burt Hill. Él guiaba el helicóptero a través de la penumbra que cubría la ladera escarpada de Mendenhall hasta la roca saliente sobre la que se asentaba la fundación—. Exactamente como usted la dejó.

—Es la visión más dulce que tengo desde hace dos largas semanas.

Crane se embelesó con el cuadro de los terrenos y de la mezquita. Las líneas de láser de rubí le dieron la bienvenida a su regreso del viaje al infierno del mundo exterior. Era martes por la noche, noche de elecciones, la noche que se suponía que habría de señalar su triunfo. En lugar de eso, tuvo que escabullirse para volver a Los Ángeles protegido por un disfraz, por miedo de que los cronistas gráficos lo reconocieran y lo atacaran. Lo primero que hizo cuando el helicóptero estuvo lejos de la ciudad y sobre campo abierto, fue quitarse el disfraz.

Giró en su asiento y miró de lleno a Burt. Su cara tenía un reflejo cálido debido a la luz rojiza que ascendía desde la fundación.

—¿Cuántos perdí? —preguntó Crane, en tono ligeramente superior a un susurro.

—Una pareja. Todos los demás se mantienen. ¿Lo alimentaron bien en esa prisión de Tennessee?

Con un ademán, Crane hizo a un lado la pregunta. La policía local lo había metido en la cárcel de la ciudad de Memphis en la mañana temprana del 31 de octubre, cuando el sismo no llegó a ser una realidad el día anterior. Lo transfirieron a la cárcel del condado de Shelby dos días después, y se lo retuvo sin fianza por haber cometido un delito grave, estafa agravada por haber puesto temerariamente en peligro la vida de millones de personas. Crane daba más que gracias que no hubiera intervenido la FPF. Se tuvo que aguantar todas las acusaciones, que desaparecieron de modo milagroso a la mañana. Mañana de elecciones. En apariencia, Crane había servido a los propósitos del señor Li, por lo que ahora se lo podía dejar en libertad.

—Da la impresión de ser piel y huesos, *doc*. Me voy a asegurar de que se ponga algo entre pecho y espalda antes de que termine la noche... y no me refiero al ron

sino a alimento sólido.

¿Comida en la cárcel? Crane no recordaba haber comido... o no comido.

—Estaba pensando en la cárcel, Burt. Cómo pasó el tiempo.

El helicóptero ascendió por encima del saliente rocoso, para después inclinarse hacia la mezquita pasando a través de violentos vientos transversales.

—¿Está Sumi acá? —preguntó Crane.

—Nadie lo ha visto desde que todo se hizo pedazos —dijo Hill, lanzándole una mirada de preocupación—. Hemos oído que tiene un cómodo empleo directivo en la Academia Nacional de Ciencias. Me da la impresión de que es dinero sangriento, el pago de un trabajo sucio.

—Concedámosle el beneficio de la duda —dijo Crane, mientras Hill hacía posar el helicóptero suavemente a unos nueve metros de la puerta de la mezquita—. Sumi ha sido un buen amigo.

Hill se limitó a gruñir.

Crane aborrecía pensar que alguien de la gente cercana a él lo hubiera traicionado, pero el tiempo que pasó en la cárcel le brindó la oportunidad de pensar, de hacer que encajen las piezas. Los senderos que sus pensamientos habían recorrido eran espinosos: el destino al que finalmente llegó, un sitio malvado y estéril.

—¿Newcombe sigue ahí? —ya había salido del helicóptero y caminaba con rapidez.

—Tanto como yo sé. —Hill se apresuró para ponerse al paso de Crane—. Me preguntaba cuándo iba usted a preguntarlo.

Crane tocó el microteclado en la fibra P: su línea con el especialista en tectónica.

—¿Dónde estás, Danny, mi muchacho? —preguntó.

—¿Crane? —fue la sobresaltada respuesta—. ¿Estás afuera?

—Estoy hundido —dijo Crane—, pero no afuera. ¿Dónde se esconde tu gente?

—Estamos en la sala de instrucciones, observando los resultados de las elecciones.

—Pues, yo no voté aún. Creo que me uniré a ustedes.

Apagó la comunicación y entró en la mezquita. Contuvo la respiración al ver el globo. ¡Dios, qué bueno era estar en casa!

En la cárcel había pasado el primer día, o los primeros dos días, considerando la idea de suicidarse, pero la fundación y todo el trabajo no completado lo disuadieron. Todavía no había terminado. A pesar del señor Li y de los que lo habían traicionado a él y a la causa. Había tanto por hacer. Apenas si había comenzado. Podría estar en quiebra, podría ser un paria, pero todavía tenía su cerebro y esos hermosos, bellos, datos que había reunido. Además, la muerte no era la opción. Pondría fin al dolor que era su herencia y el único origen de la conciencia. Su dolor sólo se habría de aliviar cuando lo experimentara en su plenitud.

Lo había perdido todo, había soportado lo peor, y todavía estaba en pie. Ahora sabía que nada lo podía detener o hacerlo a un lado. Había potencia en esa percepción.

Entonces, apresuró el paso a través de la sala del globo y llegó al trote a la sala de instrucciones, parecida a un teatro. Cincuenta cabezas se dieron vuelta hacia él; cien ojos concentrados exclusivamente en él. O bien los ganaba o los perdía, en ese mismo momento y lugar.

Sonriente, Crane saludó agitando la mano y se apresuró a recorrer el pasillo para ocupar un lugar en el escenario. La enorme pantalla que tenía a la espalda mostraba un mosaico de cobertura proveniente de veinte fuentes diferentes, siempre cambiante, siempre dedicada por completo a las elecciones.

Una luz «Vote Ahora» estaba titilando al pie de la pantalla. Crane abrió la comunicación con la computadora a través del microteclado, e ingresó su código de votante. Tuvo acceso, apretó un botón y después transmitió.

—¡Boleta completa para Yo-Yu! —anunció en voz alta a su público, que le devolvió carcajadas dispersas.

Por las cifras que constantemente se acumulaban en la pizarra, pudo ver que Liang había ganado la principal carrera de la nación. Lo interesante, empero, era que Yo-Yu había logrado un considerable avance en las elecciones del interior del país, hecho al que lo que los analistas de la televisión querían restarle importancia atribuyéndolo a una mera chiripa.

Crane alzó el brazo bien alto, cerró la mano formando un puño y lo agitó.

—Pelearé con quienquiera que tenga el coraje de venir acá y me diga en la cara que estamos acabados. —Miró en derredor—. Todavía estoy vivo, así que no estoy acabado. Ustedes todavía están sentados ahí. Si están terminados, lárguense. No los quiero volver a ver.

Esperó. Nadie se movió.

—Esto es lo que voy a hacer. Si recortamos las operaciones en escala mundial y nos agachamos, podemos mantenernos funcionando durante alrededor de diez a doce meses, con todo el personal recibiendo el salario completo. Eso nos concede otro año para volver a ser respetables. Pudimos reunir gran cantidad de información, antes de que el gobierno sacara el enchufe. Ahora podemos hacer un uso práctico de esa información. Mis sectores de interés son dos: poner el globo en línea y conseguir una lectura muy vasta sobre la tectónica del sur de California. Con ese propósito estoy reasignando a todo nuestro personal de campo a sitios dentro de los estados.

Fue hacia la escalera que estaba en el extremo del escenario y continuó:

—Si todavía trabajan para mí, pongan manos a la obra. No se queden ahí sentados. —Apuntó a la pantalla con el pulgar—. Que alguien apague esa maldita cosa.

Cuando casi todos hubieron abandonado la sala, bajó del escenario por la escalera. Lanie estaba sentada en la primera fila, sonriéndole y con el brillo de la confianza todavía fuerte en la mirada. Newcombe se estaba acercando desde varias filas atrás. Resultaba interesante, pensó Crane, que los dos no hubieran estado sentados juntos.

Lanie se levantó y le dio un rápido, pero fuerte, abrazo.

—Bienvenido a casa.

—Agradezco todo lo que hiciste para tratar de sacarme de la cárcel —dijo Crane—. Tengo entendido que te persiguieron.

—Tan sólo espero que no haya sido demasiado horrible para ti.

Crane sonrió.

—En la cárcel del condado tuve algunos compañeros de celda muy agradables —dijo—. Me enseñaron cómo hacer una cuchilla con una cuchara.

—Imaginaba que una vez que te tuvieran adentro, tirarían la llave al mar —dijo Newcombe, acercándose y extendiendo la mano.

Crane la estrechó.

—El primer día que estuve ahí hice un análisis estructural del edificio. El segundo día, a través del abogado que Lanie me mandó, envié un informe que decía que el edificio no era seguro y que se lo debía declarar inepto para habitación humana. El abogado envió el informe a cada uno de los organismos estatales de Tennessee, así como a los medios legítimos de la prensa. Después, en nombre de los presos, presenté una acción por actitud clasista. Para el tercer día, los policías estaban dispuestos a deshacerse de mí. ¿Podrían ustedes dos reunirse conmigo unos minutos? Quiero hablar sobre lo que ocurrió.

Ambos asintieron con la cabeza. Crane advirtió que Lanie estaba manteniendo una cuidadosa distancia entre ella y Newcombe. Fueron a la sala del globo. Burt Hill se unió a ellos. Traía un sándwich de imitación de pollo para Crane.

—Quédate con nosotros —dijo Crane mientras Hill, literalmente, le embutía un trozo del sándwich en la boca.

—¿Cuánto tiempo pasó desde que tuvo una buena noche de sueño? —preguntó Hill.

—La tendré esta noche —contestó Crane, masticando, mientras se preguntaba qué estaba pasando entre Dan y Lanie.

—Tengo algo para ti —dijo Newcombe. De la cintura pinzada de su pantalón extrajo un sobre y se lo entregó.

Crane lo abrió y sacó un cheque extendido para la fundación, por un monto de medio millón de dólares librado contra una cuenta en Beijing de Liang Int.

—Es un cheque por las regalías de la ecología de los terremotos —dijo Dan—. Tal como lo prometí, es para la fundación.

—Y podemos usarlo —dijo Crane, entregándoselo a Hill, quien tuvo que hacer malabarismos con el sándwich para ponerse el cheque en el bolsillo de su mono de mecánico—. Estoy contento... y sorprendido, de ver que no te fuiste. Estoy seguro de que tuviste ofertas.

—Sí... algunas. Hasta ahora tú sigues siendo el mejor empleo de la ciudad

—Lo que mi excompañero de cuarto está tratando de decirte —dijo Lanie— es que, después de su pequeña perorata sobre la Nación del Islam, tiene su reputación tan menoscabada como la de la fundación.

Crane miró a Newcombe:

—Deseo que sepas que no te culpo por algo de todo eso.

—No voy a dejar de hablar.

—Me parece bien —dijo Crane—. Lo único que pido es que no me involucres.

—Trato hecho.

—¿Eso es todo? —dijo Lanie—. ¿Está todo en ruinas y ustedes dos sencillamente siguen adelante?

—La política es una brisa cambiante —dijo Crane—. No es real; no tiene consistencia. Recuerdo épocas anteriores al señor Li, y recuerdo épocas anteriores a eso. Todavía estoy aquí. La mayoría desapareció. En cuanto a Dan, es un hombre con integridad.

Hill metió otro trozo de insípido sándwich en la boca de Crane, cuando éste se sentaba en un asiento delante de las hileras de computadoras. Lanie y Newcombe también lo hicieron, y, rodando sobre sus asientos, formaron una especie de círculo incompleto.

Crane tragó, rechazando con un ademán la oferta de otro mordisco.

—Díganme, ¿qué pasó... exactamente?

—Siguieron utilizando la videopelícula en la que aparezco con el hermano Ishmael —dijo Newcombe—. Liang Int. y los funcionarios del Estado decidieron proseguir con el ataque contra la NDI, hablando abiertamente sobre una asociación ilícita no especificada entre nosotros dos, con lo que hicieron que todos se sintieran culpables por algo.

—En cuanto a mí... fue estafa. Pero esas acusaciones dependían de que realmente fuéramos embusteros, de que el sismo no se produjera —dijo Crane—. ¿Por qué habrían de correr un riesgo como ése?

—No corrieron riesgos —dijo Hill—. Cuando el Presidente leyó el mensaje sabía que no se iba a producir ese maldito terremoto. Hablaba con demasiada petulancia.

—Entonces, ¿en qué nos equivocamos y cómo se enteraron?

Newcombe extendió la mano hacia el sándwich de Crane, pero Hill se lo empujó lejos del alcance.

—Quizás el Estado escuchó a otros geólogos y especialistas en tectónica que

vinieron y dijeron que estábamos locos.

—Le repito —porfió Hill— que Gideon demostraba estar más seguro. No podría ser sólo eso.

—¿Adónde nos lleva esa certeza? —preguntó Crane.

Lanie había estado silenciosa, escuchando, pero Crane se pudo dar cuenta de que ella quería decir algo. Por fin, habló.

—Piensen en esto un instante —dijo—; me ha tenido como loca desde el momento mismo en que pasó. Lo único que nosotros predijimos fue, en realidad, las lecturas de esfuerzo que tomamos en la hendidura con falla. Todo lo demás señalaba, por cierto, un sismo en potencia, y aún lo hace. Fueron las lecturas de esfuerzo las que no concordaron.

—¿Falla del equipo? —preguntó Crane.

—No —dijo Hill—. Comprobamos la escarpia dos días antes, en la cámara de compresión de la fundación. Da lecturas verdaderas.

—Eso hace que la descartemos, pues —dijo Crane—. Las lecturas de Reelfoot las suministramos directamente a las computadoras de la fundación.

—No exactamente —dijo Newcombe, señalándose la muñeca—. La suministramos a mi microteclado, que, a la vez, la suministró a la computadora de la camioneta. Después de que se completaron los ensayos en todos los emplazamientos, desde la camioneta descargué todo, al mismo tiempo, en las computadoras de la fundación.

—Dos transmisiones —dijo Crane—. Puede ser que hubiera una falla en la transferencia. ¿Es normal que revisen dos veces la alimentación de datos?

—No si la intervención humana no es un factor que se deba tomar en cuenta —dijo Lanie—. Cuando es de máquina a máquina sólo revisamos el tamaño de los archivos.

Crane frunció el entrecejo y miró a Newcombe.

—¿Todavía el archivo está en tu microteclado?

Newcombe asintió.

—Pues entonces veámoslo —dijo Crane, extendiendo la mano—. Compararemos tus archivos con los de la fundación: si son iguales, descartamos las lecturas de esfuerzo como factor del problema.

Newcombe se quitó el microteclado de siete centímetros y medio y se lo lanzó a Crane, quien no pudo alcanzarlo con la mano inválida, y cayó al piso. Lanie lo recuperó.

—¿Cuál es el nombre del archivo? —preguntó, mientras conectaba la interfaz con una de las computadoras del globo.

—Reelfoot.

Lanie lo ingresó por el teclado. Apareció en la pantalla, mientras ella recorría el

índice en busca del archivo de la fundación.

—Ponlos uno al lado del otro —dijo Crane.

Todos los presentes acercaron las sillas para tener un mejor ángulo de la pantalla. Empezaron a descender números en dos columnas paralelas: cifras para densidad de material, tipo de material, resistencia a la tracción, grados de dilatación. Las listas eran largas, con una lista aparte para cada tipo de material que la escarpia había tocado. El último número de cada línea era LPC, libras por pulgada cuadrada. Ésos eran los números de esfuerzo que mostraban, con exactitud, cuánto esfuerzo estaba soportando el material.

—Bueno —dijo Crane—, todo parece estar... ¡Uaah! ¿¡Qué es esto!?! Únicamente extrae, de los dos archivos, los números de esfuerzo. —Todo desapareció, salvo los números de esfuerzo—. ¿Ven algo? —preguntó.

—En el lugar de los milésimos —dijo Newcombe—, cada cifra que hay en la computadora de la fundación es un número mayor que las de mi microteclado.

—Tienes razón —dijo Lanie, excitada—. Con lecturas más elevadas de esfuerzo, no debe sorprender que hayamos llegado a la conclusión errónea. ¿Cómo sucedió eso?

—Sólo hay dos maneras —dijo Hill—. O es una falla o alguien alteró los datos a propósito... y que me maten si conozco alguna falla que afecte de manera selectiva a toda una serie de cifras.

—Bueno, pero nadie más estuvo cerca de ellas, salvo yo —dijo Newcombe—. Yo mismo cargué todo.

—Sí —dijo Hill—. Ocurrió, justamente, cerca del momento en que usted estaba armando ese trabajo suyo de investigación, ¿no, *doc* Dan?

—Sí, así es, Burt —contestó Dan con enojo—. ¿Encuentras algún significado particular en esa coincidencia?

—Ahora que me lo pregunta, le diré lo que pienso —dijo Hill, poniendo el sandwich sobre la consola, para ponerlo después en el piso, cuando Lanie frunció el entrecejo, en tácita desaprobación—. Usted está celoso del *doc* Crane. Usted salvó su propio trabajo justo antes de que todo se derrumbe. Usted controlaba los números que se volvieron locos.

—¡Suficiente. El doctor Newcombe me dijo que no falsificó los números, y no hay más que hablar! —exclamó Crane.

—¿Es posible que hayan interceptado las señales, antes de que llegarán aquí? —preguntó Lanie.

—Sí —contestó Crane—, pero eso requeriría de alguien que no sólo conociera nuestros sistemas íntimamente, sino que también tuviera un acceso cifrado a ellos.

—Alguien de adentro —dijo Lanie.

—Fue Sumi —dijo Hill, dándose una fuerte palmada en el muslo—. Tuvo que ser

Sumi.

—Hace un instante tenía que ser Dan —dijo Crane—. Preocupémonos después respecto de que haya una víbora entre nosotros. Intentemos un experimento ahora mismo. Doctora King, ¿sería usted tan amable de ingresar las lecturas correctas de esfuerzo en los archivos Reelfoot?

—¡Mi Dios! —dijo Newcombe, dejándose caer en el asiento—. Eso significa que puede ser que hayamos tenido razón todo el tiempo. Lo único que estaba un poco fuera de lugar era el momento de ocurrencia.

—Sólo que ahora —dijo Crane—, nadie nos va a escuchar cuando los prevengamos.

—Tengo las lecturas —dijo Lanie, girando sobre su asiento y señalando el globo con una leve inclinación de cabeza—. Ya las puso ahí arriba. ¿Listos?

—Adelante —dijo Crane—. Tómalos desde el día, desde el minuto, en que hicimos las lecturas. Si acertamos con un terremoto, reduce la velocidad a tiempo real.

Crane miró la línea roja formarse en Reelfoot, tal y como habían pensado que sucedería, con el terremoto emanando del hipocentro de cuarenta y ocho kilómetros de profundidad y extendiéndose hacia arriba y hacia afuera.

Con asombroso detalle estaban contemplando el preestreno de un poder tan destructor como para poder llegar, en comparación, hasta volver débil la imaginación. El sonido, el retumbar, provenía de las ondas P, las primarias o de presión, que actuaban como ondas de sonido que latían a través del suelo, comprimiendo y dilatando la roca, tironeando y empujando la tierra, cuya manifestación era el suelo que se movía violentamente hacia arriba y hacia abajo.

Las ondas secundarias se desplazaban con mayor lentitud que las P y azotaban a través de la roca, haciendo que el suelo se sacuda en sentido lateral. En el globo, la tierra se estaba agitando a centenares de kilómetros de la delgada línea roja de Reelfoot, los ríos Mississippi y Ohio adoptaban nueva forma una y otra vez, dando la impresión de ser enormes serpientes que se retorcían.

Después vinieron las ondas L, las ondas que se originan en la superficie, haciéndole contrapunto a lo que estaba ocurriendo en lo profundo del subsuelo. Las ondas Raleigh rodaban de un extremo al otro del planeta, como olas marinas, en tanto que las ondas Lewis vibraban salvajemente en ángulo recto con su trayectoria, las dos olas al unísono produciendo un movimiento de tirabuzón que ningún edificio, árbol ni represa podía soportar. Al no haber algo que absorbiera las ondas, éstas se expandían cada vez hacia afuera. El suelo del globo se pandeó; se abrieron fisuras. Ascendieron colinas, nada más que para hundirse de nuevo; el Mississippi seguía sacudiéndose violentamente. Una cosa con vida propia. La denominaban hendidura fallada porque nunca había logrado separarse del continente. Ahora, doscientos millones de años

después, esa pequeña noción geológica se estaba aprontando para ocasionar sufrimientos indescriptibles.

Crane oyó jadear a Lanie, cuando la zona de destrucción se hizo cada vez más amplia. En el interior de él, la tensión le agarrotaba los músculos y el brazo le empezó a doler involuntariamente. Estaba contemplando el espejo amarillento de sus propios miedos e ira. Estaba sucediendo aquí, y habría de suceder en la realidad. Lo podía ver, delante mismo de sus ojos, pero era impotente para detenerlo.

—Denme un día —dijo en voz baja, casi un susurro.

Lanie giró el cuerpo hacia la consola, la mirada atrapada por el globo. Un segundo temblor sacudió la tierra otra vez, no bien se hubo detenido el primero. Lanie escribía en el teclado con una mano. Un segundo después, letras rojo sangre, de un metro cincuenta de alto, aparecieron suspendidas en el aire delante de los investigadores:

27 DE FEBRERO DE 2025, 18:00

—¡Oh, Dios mío! —dijo Newcombe—. Tres meses y medio. Crane, yo... maldición. ¡Esto da miedo!

—Sí —dijo Crane, parándose y caminando de un lado para otro—. Y contamos con credibilidad cero. Amenazaron con arrestarme si siquiera pongo el pie en Tennessee o Missouri.

—¿Qué hacemos? —preguntó Lanie.

—Volver a gritar lobo, lobo —contestó Crane—. Volverme tan insoportable que si no me escuchan, por lo menos recordarán que lo dije. —Se detuvo—. Eso me repondrá en el lugar que tenía, y así me escucharán la próxima vez.

—El único problema —dijo Burt Hill— es que todo el mundo cree que usted está loco, *doc*. Nadie lo va a escuchar.

—¿Crees que no lo sé? Espera un momento. —Crane corrió hacia Hill y lo abrazó con fuerza—. Acabas de darme la mejor idea de tu vida.

—¿Lo hice?

Crane oprimió la fibra Q de su microteclado, con la esperanza de que Whetstone no lo hubiera suprimido de su lista de amigos preferidos.

—Vamos, Stoney —murmuró—, vamos.

—¿Voy a lamentar haber respondido esta llamada? —llegó la voz de Whetstone a través del implante auditivo de Crane.

—Eres un buen hombre.

—Soy el hazmerreír de todos.

—Puede ser. Pero también eres jugador.

—Crane...

—Reúnete conmigo mañana... ¿Puedes?

—Puedo hacer lo que se me ocurra.

—Entonces, reúnete conmigo. Puedo convertirte en héroe.

—No mañana. Pasado. Pero dime algo, Crane, ¿por qué te escucho?

Crane rió entre dientes:

—Porque eres un loco como yo.

Li estaba de pie dentro de su globo, regodeándose con la victoria en la noche de las elecciones. Las cifras titilaban alrededor de él como si fueran luciérnagas electrónicas. Habían retenido la presidencia con facilidad y ganado los escaños parlamentarios que estaban en disputa, aunque algunos se ganaron por un margen menor que el que Li habría deseado. El renglón de cierre en el libro mayor significaba que Liang había retenido el poder absoluto durante otros dos años como mínimo. Li atribuyó el éxito a los ataques de último momento contra Crane e Ishmael —la teoría de la conspiración.

—¿Así que está satisfecho? —preguntó el señor Mui desde afuera del refulgente mundo. Únicamente al jefe se le permitía estar dentro de la esfera.

—Por supuesto que estoy satisfecho —dijo Li, sorprendido por la pregunta.

—Entonces, ¿encuentra usted que los resultados de esta noche son un éxito?

—¿Por qué me hace estas preguntas? Salimos victoriosos, ¿no?

—Según mis cifras —dijo Mui— perdimos más de trescientos escaños en legislaturas estatales de todo el país. Yo-Yu ahora tiene una importante cabeza de playa.

—No tiene importancia. Nosotros retenemos el poder.

—En este país, el poder político surge desde abajo... a través de leyes locales, de reglamentos locales. Yo-Yu tiene el control completo de quince legislaturas estatales, lo que significa quince jurisdicciones desde las que habrán de atacar nuestra base económica y ampliar la de ellos.

—Usted está haciendo una montaña de un grano de arena —dijo Li.

—Mis informes serán el claro reflejo de mis pensamientos. Otros juzgarán. Asimismo, mis encuestas muestran que usted cometió un error de importancia con el asunto islámico.

—¿Cómo es eso?

—En las elecciones locales, no bien nosotros acometimos con todo contra la cuestión del Estado islámico, los candidatos de Yo-Yu adoptaron una actitud suave, de esperar y ver. Prefirieron las negociaciones a la confrontación. Su éxito en las contiendas estatales es directamente atribuible a ese factor.

—No estoy de acuerdo.

—Usted hizo que tuvieran miedo —prosiguió Mui—, pero eso simplemente los ató al miedo mayor del movimiento islámico global, del que la gente piensa que es demasiado grande como para desafiarlo.

—Hice lo que había que hacer para ganar las elecciones. Todo lo que necesito hacer para remediar la situación es sacrificar a alguien en el altar del Islam, echarle la culpa a alguien, para después volverme más transigente. Para el momento en que lleguen las nuevas elecciones, ésta ya no será una cuestión problemática.

—¿A quién sacrificará usted?

—El presidente Gideon dejó que el vicepresidente pronuncie la mayoría de los discursos contrarios a la NDI: quizá ya es hora de que el señor Gabler se haga a un lado —Li sonrió—. Después de todo, no podemos tener un racista como vicepresidente, ¿no es así?

—¿Y a quién pondría usted en su lugar?

Li sonrió, pensando en los fotogramas de Sumi Chan en el baño. Con Sumi, el control nunca sería un problema.

—Estuve pensando en que podría ser hora de que un asiáticoamericano ocupe el proscenio de la política de Estados Unidos.

—¿Piensa en alguien en particular?

—Quizás. ¿Ha terminado usted de atacarme?

—Señor —dijo Mui en tono respetuoso—, es mi trabajo poner en tela de juicio sus decisiones, del mismo modo que lo fue el suyo de poner en tela de juicio las de su predecesor. Con todo respeto propongo que usted me debe una disculpa. Su actitud también debe figurar en mis informes. Estoy seguro de que usted lo sabe.

Li asintió con una leve inclinación de cabeza. Todo lo que necesitaba eran cuchillos, para que el derramamiento de sangre adquiriera carácter más público.

—Lamento haberlo ofendido. ¿Existe algo más que aparecerá en su informe?

—Sí —dijo Muí, y Li le pudo ver el brillo de los dientes al sonreír en la oscuridad exterior—. Voy a decirles que la deliberada falsificación que hizo usted de las cifras de la predicción del terremoto, tendría la capacidad potencial de destruir la viabilidad económica de todo este sector.

—Oh, vamos —dijo Li—. ¿No me dirá que realmente cree que ese payaso de Crane puede predecir terremotos?

—¿Por qué no?

Li sintió que la ira llegaba al colmo:

—¡Porque es imposible, ése es el porqué!

—Ah —dijo Muí con rapidez—. La sabiduría y certeza de usted son, evidentemente, mucho más avanzadas que las mías. Yo diría que esperemos y veamos, igual que Yo-Yu, pero usted, señor director, está dispuesto a apostar su vida a la imposibilidad de que Crane haga predicciones. ¡Bravo!

—Usted se está mofando de mí —dijo Li.

CAPITULO 11

La apuesta

LA FUNDACIÓN

8 DE NOVIEMBRE DE 2024, 16:45

—Sabes —dijo Lanie desde el vano de la puerta que daba a la sala de estar del chalé de Crane, limpiando y engalanándolo para la ocasión—, todos tenemos que beber ron, porque eso es lo que Crane acumuló.

Newcombe le sonrió. Los ojos de ella estaban chispeantes; estaba de excelente ánimo, plena de energía debido al suceso que había tenido ante Kate Masters al insistir durante todo el día. Cuando Kate supo que Stoney iba a venir a la fundación, decidió que se debían reunir ahí, pero había venido temprano, sumamente temprano, y buscó a Lanie de inmediato. Newcombe no se sentía emocionado: no le gustaba Kate Masters. Algo en su ropa llamativa, su descaro, su boca, lo molestaban. Y odiaba el hecho de que hubiera iniciado amistad con Lanie. El Procedimiento Vogelmann era culpa de Kate... y había sido la primera ruptura en su renovada relación con Lanie. En ese momento, ella se le acercó.

—Me agrada que hayas decidido hablarme, Lanie —murmuró Newcombe.

—Tomé un par de copas: eso facilita las cosas. No estoy diciendo que te voy a evitar realmente. Ocurre que no puedo manejar esta clase de situación muy bien.

Newcombe quería extender la mano y tocarle el cabello, pero no se permitió hacerlo.

—Quizá, si te molesta tanto, eso signifique que cometiste un error.

No, Dan, de veras. Las cosas están mejor de esta manera.

Newcombe redujo la distancia que los separaba y la tomó por los brazos, la bebida que ella llevaba en la mano los salpicó a ambos.

—Las cosas no están mejor, y tú lo sabes. —Le pasó los brazos alrededor del cuerpo, pero Lanie se mantuvo rígida ante el abrazo flojo de él—. Maldición, Lanie —susurró Newcombe—, ven a casa. Olvidaremos todo lo que ocurrió y empezaremos de nuevo.

Ella lo apartó con un leve empujón:

—¿Y olvidar todo lo que va a ocurrir? Elegiste un camino para ti, Dan, que no puedo recorrer contigo.

—Eso lo veremos. Nosotros...

—¡Todos! —gritó Kate Masters desde la sala de estar—. Pronto... reúnanse. Tengo noticias para todos ustedes.

—Me pregunto qué está pasando —dijo Lanie, girando con rapidez para evitar a Newcombe y yendo hacia la sala de estar.

Él la siguió obedientemente, incapaz de calibrar la intensidad de las palabras de Lanie. No le importaba que ella estuviera enojada con él: era el haberlo empujado para zafarse lo que le dolió. Las cosas habían estado tan bien esta vez. ¿Qué había ocurrido para que ella se alejara tanto? Newcombe no podía creer que fuera la postura que él había adoptado respecto de la NDI. Lanie sabía que él era un bocón. ¿Y la publicación? ¿Acaso el haberle dado ese importante cheque a Crane no demostraba la bondad de sus intenciones?

Crane y Whetstone, quien había llegado hacía nada más que unos minutos, se unieron al grupo, llevando bebidas en la mano. Burt Hill yacía semidormido en un sofá, cerca de donde Masters estaba de pie.

—Durante esta última media hora, estuve celebrando una conferencia con mi junta directiva —dijo Kate—, y tomamos una decisión ejecutiva.

—Oigámosla —dijo Whetstone.

Kate se pasó las manos por el cabello rojo.

—Estoy esperando el redoble de los tambores.

Burt Hill se golpeó rítmicamente sobre el abdomen.

Kate se volvió hacia Crane.

—En mi calidad de presidenta de la Asociación Política de Mujeres, tengo el agrado de anunciar que hemos reconsiderado nuestra decisión de quitarles el subsidio monetario y que, para el año calendario 2025, les concedemos una suma de cinco millones de dólares para la investigación sobre terremotos.

Crane rugió de placer, mientras todos los demás aplaudían. Masters se volvió hacia Lanie.

—Y ustedes se lo tienen que agradecer a esta mujer y a su elocuente alegato. Utilicé algunos fotogramas de la conversación que Lanie sostuvo hoy conmigo para mostrárselos a la junta: fue aprobada por unanimidad.

Lanie abrazó con fuerza a Kate; después se volvió hacia Crane, quien se había abierto paso hacia ella por entre la gente. Los dos compartieron una larga y significativa mirada, antes de abrazarse con gran intensidad. Newcombe sintió oscuras vibraciones.

—Mi agradecimiento a la Asociación Política de Mujeres —dijo Crane—, ha demostrado poseer gran sabiduría.

Parados en una especie de círculo alrededor de Kate, todos rieron, mientras Crane sonreía de oreja a oreja. El júbilo amainaba por momentos. Whetstone lanzó una astuta mirada a Dan y Lanie:

—Crane me comenta —dijo— que pudieron establecer el origen del sabotaje en el sismo de Memphis. Resulta difícil aceptar que alguien tan íntimamente relacionado

con el proyecto pudiera ser tan avieso, ¿no?

Se produjo un incómodo silencio. Lanie suspiró profundamente, Newcombe demostraba malhumor, la expresión de Crane era inescrutable. Durante dos días y medio últimos, ellos tres habían conversado, de cuando en cuando, sobre el significado y el posible efecto del sabotaje, y las conversaciones sólo habían servido para hacerlos sentir molestos y deprimidos. Finalmente, Kate tomó la palabra:

—¿Creen que Sumi Chan haya tenido algo que ver con los problemas de ustedes? Me gusta, pero hay algo sumamente extraño en ese hombre.

—No importa —dijo Crane. Había librado una dura batalla consigo mismo respecto del tema del saboteador. Había triunfado sobre su furia y quería seguir adelante—. Ahora la pregunta es cómo reparar el daño y conseguir que la gente nos vuelva a escuchar.

—No es posible —dijo Whetstone con autoridad—, todo lo que eres ahora para la gente, Crane, es un lunático que los engañó a todos. De eso no te recuperas.

—¡Tendrán que escuchar! —dijo Crane, casi gritando.

Las pobladas cejas de Whetstone se arquearon, en gesto de sorpresa.

—¿Volvieron a calibrar las cifras? ¿Tienen otra fecha?

—Veintisiete de febrero —interpuso Newcombe.

—Están bromeando —dijo Kate, lanzando una mirada penetrante a Crane.

—Por desgracia, no. Lo decimos con absoluta, repito, absoluta, seriedad —dijo Crane con expresión sombría.

—Sí, ¿pero están absolutamente seguros? —preguntó Kate, indiscretamente.

—Absolutamente seguros.

—Así que por eso me trajiste aquí —dijo Whetstone—. Muy bien, ¿qué deseas de mí?

—¿Revisaste últimamente cómo anda tu liquidez, Stoney? —preguntó Crane.

—No tengo que revisarla. Si necesito dinero contante y sonante, puedo echar mano de unos tres mil millones de dólares. Dar o tomar un par de centenares de millones más o menos.

—Quiero pedirlo prestado —dijo Crane.

Whetstone rió.

—Me imagino que sí. ¿Y qué harás con ese dinero?

—Hacer una apuesta.

—¡Una apuesta! Creo que el tiempo que pasaste en la cárcel te dejó completamente desequilibrado. ¿Qué clase de apuesta?

—Quiero apostarle al pueblo estadounidense que un terremoto tendrá lugar en la Hendedura de Reelfoot el 27 de febrero de 2025. Quiero que la apuesta se haga a través de un estudio contable de terceros, que va a verificar los números y asegurar la imparcialidad. Pagaremos dos por uno. La gente puede tomar hasta cincuenta dólares

de esa apuesta, que se habrán de pagar el día después del que está pronosticado el terremoto, si éste no se produjera.

—Quieres apostar tres mil millones de dólares de mi dinero a que predijiste correctamente el día del sismo, ¿no es así? —preguntó Whetstone.

—Dará la impresión de ser la apuesta de un tonto —dijo Crane.

—¡La impresión! —dijo Whetstone en tono alto—. ¡Lo es!

—No estamos equivocados, Stoney. No podemos perder. A razón de cincuenta verdes por tiro, mucha gente va a intervenir. A la televisión le va a encantar cubrirlo, porque tú te expones a perder tanto. Volveremos a estar en el candelero; quizás, hasta convencemos a alguna gente de que tenemos razón y podamos hacer que salga más rápido que ligero de las zonas de peligro. Una vez que ganemos la apuesta, la confianza en nosotros se restablece, además de que no tendremos que jugar a la política: la fundación no va a necesitar fondos del Estado para seguir funcionando.

Whetstone se limitó a mirarlo con fijeza:

—Estás demente.

—¿Lo estoy? —replicó Crane—, las lecturas de esfuerzo no mienten y, esta vez, apuesto que hasta tendremos los Ellsworth-Beroza para respaldarnos, a medida que nos aproximemos al momento.

—Mira, Crane, soy altruista como el que más, pero no logré conseguir miles de millones de dólares por ser idiota: ¿por qué debo arriesgar casi todo mi dinero en un plan con el que ya fracasaste una vez?

—Porque ése es el curso correcto de acción —contestó Crane.

—No hay nada de correcto en jugar mi dinero y perderlo. Quedaría en la ruina. ¿No te podrías arreglar con un millón, o algo así?

—No. Los números tienen que ser enormes, para conseguir la cobertura periodística y mantener vivo el interés.

Whetstone movió de un lado para otro su canosa testa.

—Te respeto —dijo—, pero esta vez...

—¿Puedo decir algo? —preguntó Lanie. Todos los presentes se dieron vuelta para mirarla. Como le prestaron atención, prosiguió—. Hace ahora más de seis meses que estoy trabajando en el proyecto, tomando la idea de Crane para el globo y tratando de volverla realidad. Se está formando ante mis ojos. Mi trabajo es hablarle al globo, hacerle entender qué estoy tratando de conseguir y, mientras lo hago, continuamente se me ocurren las asombrosas posibilidades, más allá de la predicción de la ecología de los terremotos.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Masters.

—Como la predicción meteorológica de largo plazo. La Tierra, a pesar de toda su generosidad, en realidad es un sistema totalmente cerrado y autosostenible en gran escala, que opera según su propio conjunto de principios rígidos. El globo puede

hacer que esos principios sean comprensibles. Puede ser la maquinaria más importante que se haya ideado alguna vez. Si podemos predecir los patrones meteorológicos en el largo plazo, significa que podemos representar las zonas de hambruna y de abundancia, y lo podemos hacer con años de anticipación, planeando para esas zonas, sabiendo dónde y cuándo cultivar alimentos, dónde se va a necesitar asistencia; cuándo habrá huracanes, o si las inundaciones y los tornados van a producir destrucción.

—Señor Whetstone, ¿comprende las consecuencias de lo que estoy diciendo? Usted puede ayudar a que el globo se convierta en una realidad que permita el mantenimiento de la vida, que permita nutrirla. Este dispositivo tiene la capacidad de modificar para siempre la vida sobre el planeta Tierra, y de la manera más positiva. Puede ser que nunca lleguemos a controlarlo, pero sí podemos entenderlo, que es la segunda alternativa mejor. No le quite eso al pueblo del mundo.

—Pero tu globo todavía no se puso en línea, jovencita —dijo Whetstone—. Quizá nunca funcione.

—Ya lo hace en cierta medida —devolvió el golpe Lanie—. Tuve éxito yendo desde un suceso conocido hasta otro suceso conocido. Estoy convencida de que nuestro problema es básico.

—Pangaea —dijo Crane.

Ella lo señaló:

—Exacto. Hemos basado nuestro globo sobre una suposición probablemente errónea: que Pangaea ocurrió de la manera que los científicos especularon que ocurrió. Si esa especulación es inexacta, entonces no hay manera de que nuestro globo se conecte con las realidades que conocemos con seguridad. Le dediqué mucha meditación a esto, y estoy convencida de que necesitamos ir más para atrás, más allá de Pangaea, para conseguir nuestras respuestas.

—¿Más atrás, hasta dónde? —preguntó Masters.

—Todo el camino de vuelta, supongo.

—¿El comienzo de los tiempos? —preguntó Masters, asombrada.

—Si eso es lo que se necesita... —dijo Crane—. Podemos dejar que el globo nos cuente sobre Pangaea.

—Se oye maravilloso —dijo Whetstone—, con la salvedad del hecho de que empezar con lo totalmente desconocido podría significar que ustedes creen una Tierra que realmente no exista, a la que el globo simplemente haya inventado.

—No —dijo Lanie—, no es posible. Mi trabajo como sinetista es comunicarme con el globo, hablarle, para formar la relación simbiótica que hace que la suma de las partes sea más grande que el todo. Sabemos dónde termina nuestro globo. Tenemos acontecimientos reales que deben ir de acuerdo con eso. Todo lo que tengo que hacer es explicarle al globo que debe diseñar un mundo que termine en concordancia con el

que ya existe. El resto se ocupará de sí mismo.

—¿En verdad pueden hacer eso? —preguntó Whetstone, en voz muy baja.

—Yo puedo —dijo Lanie—, y, con su ayuda, lo haré.

Whetstone la estaba contemplando, los labios temblando sin sonido alguno, la mirada fija en algún lugar interno, muy lejano. Se volvió hacia Crane.

—¿Cuándo lo hacemos?

—Ahora mismo —dijo Crane sin vacilar—. Esta noche.

—Gracias a tu generadora de imágenes —dijo Stoney—, acabas de ganar tres mil millones de dólares.

—Obtener prestado —dijo Crane—, «prestar», no «obtener». Tendrás de vuelta cada centavo de tu dinero el 28 de febrero.

—Celebrémoslo —dijo Stoney, extendiendo la mano.

Burt abrió una pequeña botella de la reserva con la famosa endorfina de Sumi, y todos empezaron a celebrar, con excepción de Crane y Newcombe.

Newcombe se sentía fuera de lugar y se preguntaba qué estaría haciendo el hermano Ishmael en este preciso instante. Después de su visita a la Zona, había dejado de beber alcohol y abandonado la endorfina. Fue una experiencia reveladora. Por primera vez se encontró a sí mismo y teniendo que lidiar con las depresiones y con la clase de irritaciones de menor importancia que la endorfina eliminaba en un instante. Supuso que, para quienes lo rodeaban, daba la sensación de hosquedad pero, en su interior, Newcombe se sentía en contacto con su verdadero ser, por fin. Podría padecer una nimia incomodidad emocional pero, por lo menos, aquello por lo que sufría era real.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Stoney—. Tenemos que elaborar las condiciones de una apuesta, poner en fila un estudio de contabilidad y, supongo, planear una difusión televisiva, ¿no es así?

—Así es —dijo Crane—. Bajemos a mi oficina.

Después, empezaron a recibir palmadas en la espalda de Kate, Burt y Lanie.

Newcombe no podía dejar de mirar a Lanie. Ella y Kate habían empezado a tomar *dorf* con alma y vida, y estaban volviendo a llenar sus vasos con ron. A Newcombe eso no le gustaba en lo más mínimo. No era propio de Lanie. Ese pensamiento lo alentó. La extrañaba horrores, la quería en su vida y en su cama; quizás ella también estaba sufriendo. Fue hacia donde Lanie estaba conversando con Kate.

—¿No crees que sería mejor que aflojaras un poco con esa sustancia? —preguntó, sacando el vaso de la mano de Lanie.

—No creo que sea asunto tuyo cuánto bebo —dijo Lanie, arrebatándole el vaso y empinándolo.

—¿Te importa, Kate, si te la quito algunos minutos? —preguntó Newcombe, pero con sentido retórico. Tomó a Lanie por el codo, conduciéndola, no con demasiada

delicadeza, hacia el dormitorio de Crane.

—¡Volveré en seguida! —gritó Lanie por sobre el hombro—. ¡No empiecen antes de que vuelva!

Newcombe la introdujo en la habitación y cerró la puerta.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —preguntó Lanie—. Me pusiste en ridículo ahí afuera.

—No habíamos terminado con nuestra conversación.

—Habíamos, en lo que a mí concierne. ¿No lo entiendes, Dan? Hace ahora cinco años que nos estuvimos haciendo pedazos mutuamente: es hora de detener el dolor, de restañar la sangría. Dan, se terminó.

—Es él, ¿no?

Lanie se sentó pesadamente en la cama.

—¿De qué estás hablando?

—Crane —contestó él—. Hay algo entre tú y ese demente.

—Estás equivocado —dijo Lanie—, pero aun si no lo estuvieras, no es asunto tuyo.

—Te vendiste en cuerpo y alma al programa desquiciado de Crane —cargó él—. Yo no podía creer las palabras que salieron de tu boca hace unos minutos. ¿Cómo pudiste pronunciarlas sin caer en la tentación de reírte?

Lanie se paró de un salto y le clavó la mirada:

—Todas y cada una de las palabras que dije fueron en serio. ¿Cómo te atreves a menospreciar mi vida y mi trabajo?

—Mira, eres buena para las computadoras —dijo—. Gloria y loor. Pero Crane está vendiendo una fantasía. ¿Cómo es posible creer que el globo vaya a funcionar alguna vez?

—Va a funcionar. Voy a hacer que funcione.

—Pues entonces estás tan loca como él.

Lanie le lanzó una mirada llameante y, por primera vez, Newcombe leyó ahí desprecio, ira concentrada en él.

—¿Terminaste? —preguntó Lanie con tranquilidad.

—No, no terminé. Recién estoy empezando.

—Pues yo oí suficiente, doctor Newcombe. Debe excusarme. En la otra habitación hay dos personas que no opinan que yo estoy demente. Preferiría estar con ellas.

—No te voy a dejar ir con tanta facilidad —contestó Newcombe—. De alguna manera, Crane te infectó con su demencia.

Puedo esperar, Lanie. Te amo y siempre estaré ahí cuando me necesites.

—Hazte un favor, Dan —dijo ella—. Hazte a un lado.

En su interior, Newcombe estaba en llamas, la ira y la desesperación privadas de

dorf cubriéndolo mientras miraba partir a Lanie.

Sumi estaba sentada ante su nuevo escritorio de la Academia Nacional de Ciencia, y trataba de concentrarse en las solicitudes de subsidios que estaban apiladas delante de ella. Le resultaba muy difícil mantener la mente concentrada en el trabajo: lo habían puesto a Crane en la cárcel —¡cárcel!—, y todo era culpa de ella. Él siempre la había tratado con respeto y amistad... ¿y cómo se lo había devuelto ella?; con el engaño más vil. Sumi se preguntaba a cuánto de ella misma podría renunciar, y aun así no perder su condición de ser humano.

—Pareces estar enfrascada en tus pensamientos —llegó una voz que la hizo volver con un respingo al aquí y ahora.

El señor Li estaba parado al lado del escritorio, sonriéndole con aire beatífico.

—Señor —dijo Sumi, parándose—. ¿Es usted o una proyección?

Li extendió la mano desde el otro lado del escritorio y le tocó el brazo. La mano de él permaneció bastante tiempo sobre Sumi.

—Soy real y estoy aquí. Lo que tengo que decirte es muy privado.

—¿Señor?

—Siéntate, Sumi.

Ella hizo lo que se le dijo. Li se desplazó con fluidez, como una víbora, alrededor del costado del escritorio y se sentó en el borde.

—A veces —dijo—, la vida tiene una manera de alterar nuestras... circunstancias en la forma más sorprendente, sin que nosotros tengamos que hacer algo para precipitar los cambios. ¿Sabes de qué estoy hablando?

—Presumo que mi nuevo puesto aquí es un ejemplo —dijo Sumi, a la que no le gustaba la mirada que tenía Li.

—En pequeña escala, sí. ¿Te importa si te hago una pregunta personal?

—Sí, sí me importa.

El señor Li rió:

—Encuentro que tengo una profunda curiosidad por tu forma de vida: ¿cómo se siente estar fingiendo, durante veintiocho años, que se pertenece al sexo opuesto?

Puesta por completo a la defensiva, Sumi respondió con cautela.

—No es algo especial en realidad. Siempre lo hice, así que es... natural.

—¿Sientes como hombre o como mujer?

—Siento como lo que soy.

El señor Li se paró y se puso detrás de Sumi, las manos apareciendo para masajear los hombros de la joven:

—Ya sabes lo que quiero decir —dijo Li con suavidad—. En lo sexual. ¿Cómo eres en lo sexual?

—Señor, no tengo deseos de responder preguntas de esa clase.

Las manos de él descendieron por los brazos de Sumi, acariciándolos con

suavidad, mientras ella pugnaba por rechazar la sensación de náusea.

—Tú harás lo que yo te diga —dijo Li—. Responde la pregunta.

Sumi tomó una gran bocanada de aire. Su cuerpo se ponía cada vez más rígido mientras él la acariciaba:

—Con el objeto de que mi superchería funcione —contestó—, hace muchos años que abandoné toda idea de sexualidad: no me podía arriesgar a exponerme. Sencillamente controlo esas sensaciones.

—¿Nunca tuviste relaciones sexuales?

—No, señor.

—¡Por todos los dioses! —Se inclinó y la besó en la coronilla; después se apartó. Sumi se relajó de inmediato. Otra vez en la parte anterior del escritorio, él la miró con las cejas levantadas—. Creo que vamos a formar una asociación muy interesante.

—¿Cómo es eso, señor?

Tenía la esperanza de que Li no viera cómo le temblaban las manos.

—Tengo un nuevo empleo para ti, Sumi. ¿Qué te parecería ser vicepresidente de Estados Unidos?

Sumi Chan rió con ganas:

—Está bromeando.

—Hablo con absoluta seriedad. Pronto será tiempo de que Gabler renuncie... y tiempo para que el rostro de China salga a refulgir en la política estadounidense. Eso hará que las culturas tengan lazos más fuertes.

—Con seguridad habrá reparado, señor Li, en que la Constitución estadounidense establece que el vicepresidente tiene que ser un ciudadano nativo de Estados Unidos.

—Ah —dijo Li, buscando en el bolsillo y extrayendo un pequeño disco—, pero es que tú eres un ciudadano así, Sumi. Todo está aquí. —Dejó caer el disco sobre el escritorio—. Eres hijo de un infante de la Marina estadounidense, un guardia de embajada, que se casó con una ciudadana china. Naciste en una nave de la Armada que llevaba curso hacia Estados Unidos. Por desgracia, tus padres murieron en la epidemia de influenza que hubo hace varios años... esa parte es cierta, ¿eh? El historial es completo. Hice un excelente trabajo con él.

—Mentiras aún mayores agregadas a mi vida —dijo Sumi—. Señor Li, no puedo hacer esto. Mis tierras ancestrales...

—Las adquiriré yo. Las perdiste como consecuencia de la presentación en bancarrota de tus padres, pero yo sabía que trabajabas para volver a comprarlas, así que lo hice yo. Serán tuyas cuando haya concluido nuestro negocio. Si rehúsas, nada tendrás.

—¿Por qué está haciendo esto?

—Ya te lo dije. Me complace la idea de que un asiático tenga la presidencia al alcance de las manos. Y esto también nos dará la oportunidad de trabajar... en

contacto muy íntimo. No obstante, no haremos este cambio hasta dentro de un mes, o de dos. Deseo que puedas prepararte.

El microteclado del señor Li empezó a zumbar con insistencia.

—¿Qué? —preguntó, malhumorado. Escuchó unos instantes con aire sombrío—. Gracias, señor Mui —dijo por fin, y suprimió la comunicación. Volvió a tocar el microteclado: la pantalla mural de Sumi se encendió, trayendo con ella la imagen de Crane y Whetstone. Sumi sonrió involuntariamente. Crane había salido de la cárcel.

—... la gente me acusa de embustero. —Estaba diciendo Crane—. Pues bien, ésta es la oportunidad de ustedes de beneficiarse con mi, así llamada, naturaleza mentirosa.

Habló Whetstone.

—Hemos puesto tres mil millones de dólares, en efectivo, en una cuenta de garantía bloqueada. Ese dinero habla: dice que habrá un terremoto el 27 de febrero en el valle del Mississippi que causará una devastación impresionante. Estamos apostando a los formidables conocimientos y genialidad científica del señor Crane. Pagamos dos por uno. Si alguno de ustedes desea un poco de acción...

—¿Qué están haciendo? —preguntó Li.

Sumi movió la cabeza de un lado para otro.

—Usted nunca creyó, ¿no?

—¿Qué Crane pudiera predecir terremotos? Por cierto que no.

—Usted se equivocó, señor Li. Traté de decírselo cuando me hizo sabotearles el programa, pero no lo quiso escuchar.

—Pero ¿qué está ocurriendo ahora?

Sumi se reía, tanto por el alivio como por lo irónico de todo el asunto.

—¿No se da cuenta? Descubrieron mi traición y corrigieron sus cálculos. Usted va a tener su terremoto, señor Li. Usted va a conocer el horror de obtener lo que pidió.

—Pero eso... ¡eso lo cambia todo!

—Sí, todo. —Sumi reía—. La vida, señor, es cambio.

La Proyección King

LA FUNDACIÓN

23 DE ENERO DE 2025, 14:00

A la carrera, Crane rodeaba a los programadores que estaban en el interior del orbe estacionario recientemente construido en torno del globo.

—¡No tienes la menor valía! —le gritaba al globo—. Eres inútil. Te voy a vender

como chatarra.

—Apaga los inductores de atmósfera, corre hacia ese globo y dale una patada en mi nombre —le gritó Lanie, con voz fatigada, desde donde se había desplomado sobre la consola.

Crane dejó de correr después de ver a Lanie: ella estaba abatida; él, nada más que enojado. Trotó hacia ella, quien tenía la mirada clavada en su teclado. Cuando se acalló la última de las campanillas de detención del funcionamiento, Crane le dijo con delicadeza.

—No es más que algo estúpido. No te rindas.

Lanie ni siquiera lo miró:

—Mejor que sea algo estúpido, porque se nos acabaron las ideas brillantes.

Crane se volvió y, a través del grueso cristal, contempló el enorme globo. Esta vez, se había paralizado en algún momento entre la formación de Pangaea, durante el estadio acuoso del planeta. Algún avance, por fin. Antes, durante las dos primeras semanas posteriores a la apuesta, lo habían reajustado veinte veces. Veinte veces lo habían vuelto a calibrar, haciendo ligeros ajustes al llameante nacimiento de la Madre Tierra... y veinte veces habían fracasado. Entonces, el globo hizo una solicitud dirigida nada más que a Crane... y éste la respondió con rapidez. El globo se estaba transformando a sí mismo; Crane sabía eso, Lanie también, aunque ninguno de ellos pudo predecir en qué entidad habría de transformarse.

El globo lo había instado a Crane a que se diera nueva posición a los polos magnéticos y a que se diera nueva conformación al ambiente circundante, para hacer la equiparación con el campo de gravedad de la Tierra a través, y más allá, de la capa de ozono. En respuesta a la solicitud, Crane había ordenado que se sellaran todas las aberturas de la sala del globo, y los vanos de puertas y ventanas. Después, se trajeron vastas cantidades de máquinas. Enormes válvulas de vacío e impulsores de campos de fuerza, bajo la dirección de los mejores físicos que Crane pudo contratar, se habían puesto en la cúpula y la base para transformar la sala del globo en una cámara que fuera una parte del universo, en la que el globo-Tierra rotaba sobre su eje.

Y ahora, esa tarde, por fin se había podido hacer un nuevo ensayo. Y a pesar de todas las modificaciones —el tiempo, el dinero, el trabajo intenso— no habían logrado otra cosa más que un nuevo fracaso... Era enloquecedor.

—Sabes, lo triste —dijo Lanie, mientras tragaba una tableta de endorfina— es que el remaldito globo ni siquiera alberga alguna esperanza de llegar a autoformarse: no encuentra la manera de llegar desde el punto A al punto B.

—Es que, sencillamente, no hacemos algo que deberíamos estar haciendo.

—Es tan simple. —Lanie se puso de pie y se unió a Crane—. Empero, tenemos factores conocidos: un peso de alrededor de seis por diez elevado a la veintiuna toneladas y media de fuego en rotación. Contiene elementos que podemos discernir.

Rotaba más rápido en los comienzos, pero ya hemos dejado margen para eso.

—Factores conocidos. Dijiste factores conocidos.

Algo estaba carcomiendo a Crane, algo que tenía delante de las narices y que apenas si podía ver.

—A lo mejor Dan tenía razón —dijo Lanie—. A lo mejor ambos perdimos la chaveta y esto no es más que una fantasía.

—Dan dice muchas cosas con las que no estoy de acuerdo.

Otra vez, Newcombe había salido a dar respaldo público a un Estado islámico. Fiel a la palabra empeñada, las dos veces que apareció en televisión mantuvo el nombre de la fundación fuera de ese tema. Lo que sí hizo, en cambio, fue hacerse presentar como «el inventor de la ecología de los terremotos».

Había sido un mes y medio extraño, desde la noche en que Crane y Stoney aparecieron por televisión con la apuesta. El gobierno había atacado ferozmente a Crane y a la apuesta, calificándola de juego fraudulento que perseguía el propósito de engañar a los ciudadanos de Estados Unidos. A pesar de eso, la apuesta se cubrió a los tres días de hecha; en realidad, dos y medio. Ya no figuraba en las noticias, pero eso no importaba: cuanto más se acercaran al momento, más grande se volvería la cuestión. Era un concepto autogenerador.

Como un solo hombre, el ambiente de científicos influyentes repicaba con condena a Crane, refiriéndose a él como a «un lunático dedicado a hacerse famoso sin importarle el costo». En realidad, Crane estaba contento de oír eso: significaba que se mantendrían lejos de Reelfoot y se lo dejarían a él.

—Alégrese, gente —dijo Newcombe, yendo hacia la consola de Lanie llevando una página impresa en la mano—. Las cosas no pueden estar tan mal.

—La Tierra ha estado manteniendo sus secretos en secreto —dijo Crane en tono amigable—. En línea con tus especulaciones.

Newcombe se encogió de hombros:

—Me encantaría verlos alcanzar el éxito, pero estamos hablando de cinco mil millones de años de historia del planeta, de la mayoría de los cuales nada sabemos. En verdad no es posible esperar...

—Estás equivocado en muchísimos sentidos —dijo Lanie, señalando su fila de programadores, todos los cuales trabajaban con rapidez, ingresando datos, aumentando los conocimientos del globo—. Los datos actuales simplemente son el reflejo de lo pasado en época remota. En cada ejemplo en el que trabajé hacia atrás, a partir de un acontecimiento conocido, pude conectarlo con un acontecimiento desconocido que dio comienzo a la cadena. Exige mucho tiempo, pero sirve.

—Entonces, ¿por qué no lo aplicas a todo el globo?

—No puede ir hacia atrás, a razón de un acontecimiento por vez, consumiría el resto nuestra vida y un poco más —dijo Crane—. Cada acontecimiento se juzgaría en

forma independiente, porque no conocemos las conexiones intrínsecas. Y, cuando hubiéramos terminado, aun así habríamos hecho un globo basado nada más que en lo que conocemos: ¿qué hay respecto de las excentricidades geológicas que ni siquiera hemos descubierto?

—Además —añadió Lanie—, aun con los eventos individuales que pudimos localizar retrocediendo en el tiempo, sólo puedo ir hasta un punto. En un momento dado, centenares de millones de años atrás, la máquina se paraliza y dice, «No pueden ir desde allá hasta aquí».

—En otras palabras —dijo Newcombe, tomando un asiento él mismo—, con el globo no pueden ir ni para atrás ni para adelante. El globo les está diciendo que el mundo que *tenemos* no es el mundo que *tuvimos*.

Crane chasqueó los dedos, pidiendo atención.

—Eso *es, precisamente*, lo que nos está diciendo —dijo, mirando a través del vidrio a la altura de tres pisos del globo—. No es el mismo. Algo le sucedió al planeta que lo modificó de manera drástica, que lo alteró para siempre. Así, pues, ¿qué pudo haber ocurrido, qué...? ¡Oh, Dios mío, qué estúpido que fui! —Se volvió hacia Lanie—. Ponlo en marcha: ahora mismo vamos a partir de cero.

—¿Qué?

—Tan sólo hazlo. Tengo una idea y la vamos a intentar.

El globo se apagó cuando las computadoras se recolocaron en estado inicial. Al cabo de un minuto, Crane miró una bola de fuego que rotaba violentamente en plena juventud.

—Muy bien —dijo—, quiero que a la masa de seis por diez a la veintiuna toneladas y media, le den un incremento de un ochenta y un avo.

—Un ochenta y un avo —confirmó Lanie—. ¿Un ochenta y un avo?

—Hazlo —dijo Crane.

Newcombe rió.

—Crane, eres un demente.

—Solamente si me equivoco.

—La máquina se rehúsa a aceptar ese peso adicional —dijo Lanie—. Me está diciendo que el incremento es inestable por su misma naturaleza. El globo no puede sostener el aumento de masa y, al mismo tiempo, mantenerse entero.

—Perfecto —dijo Crane—. Háblale, Lanie. Explícale que está bien construir un estado inestable.

—No va a querer oír eso —dijo ella.

—Dile al globo que la inestabilidad se resolverá por sí misma.

—¿Lo hará?

—Eso creo —contestó Crane, mientras Lanie se volvía hacia la computadora y abría una línea de discurso con sus funciones de razonamiento superiores.

Crane se acercó a Newcombe:

—¿Cuál es el printer? —preguntó.

—Ah —Dan sonrió, mientras le entregaba una pequeña pila de sismogramas—, casi me olvido: hemos empezado a obtener temblores Ellsworth-Beroza en las rocas de Reelfoot, que van de acuerdo con las fases iniciales de un terremoto de importancia. Asimismo, los niveles de radón, monóxido de carbono y metano siguen ascendiendo, junto con la actividad electromagnética.

Crane asintió, sin la menor sorpresa. Ganaría sus tres mil millones de dólares, pero a un costo más allá de lo imaginable. Estaba ocurriendo un ciclo de verdadero horror iniciando su implacable cosecha de vidas y propiedades. Y nadie le iba a prestar oídos a sus advertencias.

—Lo tengo —dijo Lanie, haciendo girar su silla—. Sin embargo, el globo solamente lo hará si tú le dices que lo haga, Crane. ¿Podrías venir acá?

Crane fue hasta la consola de Lanie, mientras ella ingresaba el comando que pondría el globo en acción.

—La máquina se rehúsa a asumir la responsabilidad por lo que pudiera ocurrir —dijo Lanie—. Está buscando una autoridad de mayor jerarquía.

Crane miró la pantalla; decía:

INICIAR GLOBO (S / N)

Tocó la s. La pantalla se borró, para después mostrar:

JEFE PROYECTO CONFIRMAR

—Pronuncia tu nombre en el canal C de tu microteclado —instruyó Lanie.

Así lo hizo Crane, y las luces del globo se encendieron de inmediato: la secuencia se había iniciado.

El globo giraba con rapidez, pero desequilibrado. Todas las luces se apagaron. Los programadores de Lanie dejaron de trabajar para observar el espectáculo. La Tierra no es perfectamente redonda, obviamente estaba muy lejos de eso con su abultamiento ecuatorial enorme, que se desplazaba y hacía que el planeta describiera una órbita tambaleante.

—Vas a romper tu juguete —dijo Newcombe.

Luces de peligro se encendían y apagaban en las consolas; las pantallas advertían sobre una inminente desintegración.

Ahora, sobre el globo apareció una inmensa protuberancia de fuego que amenazaba destruirlo, mientras la fuerza centrífuga lentamente alejaba del globo la bola de fuego.

—¡Vamos a tener que detenerlo, Crane! —gritó Lanie.

—¡Si lo haces, quedas despedida! —rugió Crane por encima de las campanillas de alarma que sonaban de un extremo a otro de la fila de computadoras.

—El globo quiere pasar a la secuencia de detención.

—Pero no lo hizo, ¿no? —replicó Crane—. Es más inteligente que nosotros. ¡Déjenlo ir!

El globo estaba bamboleándose horriblemente. Crujía mientras se hacía pedazos, pero Crane lo miraba con una sonrisa de satisfacción.

Y entonces sucedió: para estos momentos el globo era una forma de haltera asimétrica. Ya no era capaz de mantenerse unida a sí misma y el bulto se soltó, girando sobre sí mismo, y quedó libre, nada más que para ser capturado en la atracción gravitatoria de la masa más grande. Lo que quedó empezó a rotar normalmente otra vez. De un extremo a otro de la fila de computadoras se apagaron todas las campanillas y las luces intermitentes de alarma.

Los presentes contemplaban un planeta y su luna, un verdadero pedazo del globo, danzando en órbita sincrónica. El globo estaba de lo más feliz.

Newcombe se sentó mirando con fijeza, boquiabierto.

—¿Es ésa la Luna? —preguntó Lanie.

—Bueno, pues —contestó Crane con un encogimiento de hombros—, ahora sabemos de dónde vino eso. ¡Excelente! Sigamos mirando.

—Parece estar describiendo una órbita tan cercana —comentó Lanie.

—Creo que descubriremos —respondió Crane— que a medida que se frena la rotación de la Tierra, la Luna se aleja más. En este preciso momento, imaginemos no sólo el efecto que la Luna tendrá sobre las mareas oceánicas a esta distancia, sino sobre las mareas continentales también.

—No puedo creer que todavía funcione —dijo Lanie mientras el planeta se enfriaba y comenzaban las lluvias holográficas; la Luna ya estaba un poco más alejada.

—Esto es extraño —dijo Newcombe—. No es alguna especie de jugarreta, ¿no, Crane?

—Esto es Historia, mi estimado amigo —dijo Crane—. La historia de la Tierra como nadie la había visto jamás antes. Si este aparato sigue funcionando, puede ocurrir que todos seamos obsoletos.

Y trabajar, sí que lo hizo, mitad holografía, mitad «realidad», el continente emergió de las aguas que se evaporaban, la proximidad de la Luna sembrando estragos de importancia en tierra y mar: sismos, *tsunami*^[1] y olas de marea golpeando el globo en formas que ninguno de los investigadores pudo haber previsto. Si es que había existido una Pangaea como tal, nunca la vieron. Durante una hora que representaba centenares de millones de años, las masas continentales parecieron formarse y volver a formarse en una danza continua con la Luna, que

continuaba alejándose con lentitud.

El globo se detuvo varias veces durante estos primeros períodos añadiendo a la mezcla, y en forma holográfica, cometas, asteroides y meteoritos, con el objeto de concordar con la vida conocida que vendría después, pero no se paralizó... siguió adelante. Cuanto más lejos iba, más excitados se ponían los programadores, hasta que empezaron a gritar y vitorear cada vez que la máquina se encontraba con un error y se restauraba sola para seguir adelante.

Finalmente, la Luna se separó lo suficiente como para perder parte importante de su influencia sobre el mar y el continente. Aquí se vieron los comienzos de un mundo estable, más estable, por lo menos, que el frenesí de los años previos. Los mares se aquietaron. Los continentes emergían de manera muy aproximada a como lo son hoy en día.

Para Crane el tiempo no existía durante este ejercicio. Para él, lo primero pasaba a lo último en un instante. Pensó en todos los hombres de ciencia que, desde sus comienzos habían medido, tomado el tiempo y especulado sobre la naturaleza de su tierra: sin las observaciones que hicieron, el globo no habría sido posible. Durante miles de años, los científicos habían registrado minuciosamente sus hallazgos, sin tener idea de hacia adonde habrían de conducir esos hallazgos. Éste era uno de los sitios adonde los condujeron. Habría otros.

Cinco horas más tarde, Crane emergió de sus pensamientos ante el sonido de los vítores. El globo se mantenía orgullosamente en línea, con su representación puesta al día, girando lentamente. Completamente parejo con la información de las computadoras.

Todos seguían estando ahí, incluido Newcombe, y se les había unido el resto del personal. Era un espectáculo del que nadie se podía apartar. El agregado de nuevas informaciones iba a continuar, pero ésta era la unidad central de la que habrían de surgir.

—¿Se dan cuenta de lo que acaban de hacer? —gritó Crane al grupo que aplaudía—. No importa cuánta información hayamos puesto en este sistema, no es más que un grano de arena en la playa, en comparación con lo que el globo inventó por sí mismo para hacer que nuestros datos sean compatibles. Cada fisura capilar, cada roca, cada arroyo subterráneo o explosión nuclear no confirmada que haya tenido lugar en el planeta Tierra están ahora a nuestra disposición para que los conozcamos. La información es poder, señoras y señores... y nosotros tenemos el poder.

Otros vítores. Crane se volvió hacia Newcombe:

—¿Todavía piensas que estoy loco?

—Loco por tratar —repuso el otro—, brillante por tener éxito.

Lanie se acercó a los dos hombres.

—Todavía estoy conmocionada.

Pasó el brazo alrededor de Crane, mientras Newcombe se ponía tenso.

—Tú lo hiciste —dijo Crane, atrayéndola con un fuerte abrazo, para después separarse cuando empezó a sentir que le gustaba demasiado—. Vamos a bautizar este globo como Proyección King.

—¿Le estás poniendo mi nombre?

—Eres la mamá —repuso Crane. Después alzó la voz para que todos lo oyeran—. Hemos hecho lo imposible —dijo—. Ahora intentemos lo impensable. Doctora King, ¿tendría la gentileza de programar hacia lo futuro en la Reelfoot, y ver qué nos da eso? Llévenos hacia adelante, hasta un terremoto, un terremoto grande.

Lanie se apresuró a llegar al teclado. Como si fuera una monstruosa bola de cristal, estaban empleando el globo para tratar de ver en lo futuro: era temerario y pavoroso. Esto era diferente de la predicción que habían hecho sobre la base de las lecturas de esfuerzo. Esto era, simplemente, la Tierra que estaba devanando la certeza de su propia historia. Ante el sonido de un zumbador muy intenso, el globo dejó de girar, la luz del reflector concentrándose en el valle del Mississippi, las familiares líneas rojas de un terremoto en el valle, mellado como un cuchillo.

—La hora —dijo Crane. Tenía la boca seca.

Lanie hizo aparecer de nuevo los números rojo sangre. Esta vez decían:

27 DE FEBRERO DE 2025, 17:37

Veintitrés minutos antes que los cálculos anteriores.

—Lo logramos —dijo Crane—, hemos conquistado el futuro.

Volvió a mirar a Newcombe:

—Ésta es nuestra fuente de investigación —dijo—. Todas nuestras respuestas se encuentran ahí.

Newcombe lo miró con dureza.

—Todo lo que necesitamos ahora es el coraje para usarlas. ¿Realmente queremos la responsabilidad de conocer el futuro?

—Es una cuestión académica —dijo Lanie desde la consola—. Lo queramos o no, está ahí.

Newcombe se paró y fue hacia Crane.

—Ahora que lo conseguiste —susurró—. ¿Qué vas a hacer en verdad con este remaldito aparato?

—Cualquier cosa que se me ocurra, doctor.

La Nube Masada trajo lluvia esa noche, lo que quería decir un flujo súbito de radiactividad por las calles y hacia el interior de los depósitos de agua. Algunas enfermedades y muertes habrían de sobrevenir, la mortandad más alta si se tienen en cuenta las formas de vida al aire libre. Pero solía ser peor, y continuaría siendo una amenaza cada vez menor, hasta que se habría de disipar, a mediados de la década de

2030 y, en última instancia, se la recordaría como un flagelo que, en la escala de sufrimientos de la humanidad, ocupa un lugar entre la Peste Negra y la Inquisición española.

Esa noche en particular había sido un regalo del cielo para Crane: había celebrado lo del globo con su personal; después partió hacia su oficina cuando las alarmas hicieron que todos buscaran refugio. Mientras la lluvia caía afuera, tendría el globo para él solo durante un rato.

Se sentó ante la consola de Lanie, explicando con exactitud lo que quería conseguir. Mientras terminaba de ingresar datos, la voz de Burt Hill le llegó a través del implante auditivo.

—¿Dónde diablos está, Crane?

—Esta noche permanezco en mi oficina —contestó Crane en la fibra P—. No te preocupes por mí.

—Lo único que usted quiere es jugar con su globo.

—¿Me puedes culpar por eso?

—En absoluto. Tengo que decirle algo, no obstante. Acaba de llegar un anuncio por todas las teleemisoras. El vicepresidente Gabler renunció. Todos piensan que se debe a que se lo culpó por todos los problemas con la Zona de Guerra.

—Interesante —dijo Crane, sin que le resultara del menor interés.

—Ésa no es la parte jugosa, jefe —agregó Hill—. Gideon lo nombró a Sumi Chan para que complete el mandato.

—¿Sumi? —dijo Crane, muy interesado ahora—. Me pregunto cómo lograron salvar el requisito de la ciudadanía.

—No se preocupe por eso —dijo Hill—. Esto remacha la cuestión: Sumi no es más que un traidor, arrastrado...

—Quiero que encuentres una fibra privada con Sumi —lo interrumpió Crane—. Quiero hablar con él. Y, cuando consigas comunicarte, asegúrate de darle tus felicitaciones más sinceras.

—Pero él es...

—Un hombre poderoso que puede ayudarnos —remató Crane—. Vuelve a llamarme en esta fibra.

Cortó la comunicación y miró la consola. Durante el último año había suministrado cada trocito de información que hubiera adquirido sobre los efectos que, sobre las fallas, tenían los ensayos termonucleares en superficie y subterráneos. Para estos momentos, el globo sabía mucho más que él.

Escribió la pregunta en el teclado y pulsó la tecla de ingreso.

El globo vaciló nada más que levemente, antes de revelar una serie de luces rojas titilantes por toda la Tierra, mientras Crane corría hacia él para comprobar los sitios. Todas las luces estaban concentradas en —o cerca de— hendeduras. El corazón le

martillaba el pecho mientras contaba esas luces: cincuenta y tres.

Eso es lo que era, el motivo de su existencia.

Entonces se quebró y empezó a llorar, y no dejó de hacerlo hasta que tuvo a Sumi en la línea, y más negocios por hacer.

CAPITULO 12

Deriva continental

LA FUNDACIÓN

25 DE FEBRERO DE 2025, 19:30

Lanie terminó de empacar lo último de sus cosas y salió a la terraza cubierta para observar los preparativos finales de la peregrinación a Tennessee. El cóndor que los vigilaba descendió hasta ponerse a la vista. Lanie le gritó antes de que pasara raudamente sobre la casa y se retirara de manera majestuosa hacia terreno más elevado. Se había puesto el sol, dándoles a todos libertad para salir al aire libre. Había como cincuenta helicópteros, producto de donaciones privadas, apiñados en la llanura de abajo; los estaban cargando con alimentos, agua y suministros médicos.

Había sido Crane quien solicitó los helicópteros pensando que podrían resultar útiles para las evacuaciones y las emergencias médicas. Lanie había quedado sorprendida por la cantidad de personas que todavía tenían fe en él y estaban dispuestas a brindar su contribución. Además de los suministros, Crane había designado un equipo para emergencias constituido por médicos excelentes, buena gente que donaba su tiempo. Quizá todavía había esperanza para el planeta después de todo, pensó Lanie.

Vio a Dan salir de su lujosa residencia, cuatro casas más allá, llevando sus bolsas. Desde la noche de la apuesta eran casi como dos extraños. Resultaba sorprendente cómo alguien que había sido tan importante para Lanie simplemente pasó a tener un papel diferente en su mente y en su corazón. Ella sabía que Dan quería que volviera a él pero, gracias a Dios, Dan no la presionaba. Empero Lanie sí quería ser su amiga, así que cuando él vino hacia ella, lo recibió con un abrazo lleno de afecto. Él respondió con entusiasmo.

—Lamento haberme mantenido tan apartada —dijo, mirándolo en los ojos— no quise darte una idea equivocada.

—Una idea equivocada —repitió él.

Lo observó controlarse. Dan se apoyó sobre el pasamanos, mirando hacia abajo donde Burt Hill estaba dirigiendo las operaciones de carga en uno de los reactores jumbo de Stoney que llevaría la mayor parte tanto del material como del personal de la fundación. Dan movió la cabeza de un lado para otro.

—¿Qué haríamos sin Burt?

—Morirnos de hambre —respondió ella, apoyándose en el pasamanos a su lado—, quedarnos sin materiales. Después seguiría el caos.

Newcombe le sonrió.

—No hay duda al respecto. —Los labios se le pusieron tensos—. Ni siquiera estoy seguro de qué es lo que sucedió entre nosotros.

—¿Deseas la verdad?

—Eso creo.

—Muy bien —dijo Lanie con calma, aunque el corazón le palpitaba con ritmo enloquecido—. Me encontré carente de confianza en ti. Me encontré observando que había celos entre nosotros. Me encontré queriendo que fueras diferente. Una vez dijiste que quizá finalmente estábamos creciendo. Creo que eso es lo que pasó: crecimos, y al hacerlo nos fuimos apartando. Además, ahora llevas una vida por completo diferente.

—La abandonaría en este mismo instante, si...

—No —dijo ella, poniéndole la mano sobre la boca—, te sentirías atrapado e infeliz. No hay esperanza para lo nuestro, Dan. Sencillamente seguimos nuestro camino.

—No puedo dejar de amarte —dijo Dan.

Lanie asintió con la cabeza. Sentía un nudo en la garganta.

—Siempre nos quedará eso. Recordémoslo de esa manera.

La contempló un largo instante.

—Estaré esperándote, si cambias de opinión. Crane no te puede hacer feliz.

—Esto nada tiene que ver con Crane.

—Necesitas que se te necesite —dijo Dan—. Quizá Crane te necesita más que yo, aunque creo que eso es imposible.

—No estoy relacionada con esta discusión, Dan.

—Lo sé.

—¿Amigos? —preguntó Lanie, extendiendo la mano.

No entendió la mirada que él le dirigió.

—Amistosos adversarios —dijo él, estrechándole la mano—. ¿Vas para abajo? Necesito revisar el manifiesto de mi equipo y asegurarme de que llevan todo.

—¿No vas a volar allá con nosotros?

Newcombe negó con la cabeza.

—Voy a pasar la noche en Los Ángeles. Te veré mañana en el emplazamiento.

—Entonces, caminaré contigo.

Bajaron la escalera metálica. Dan cargó sus valijas y Lanie estaba insegura en cuanto a qué era lo que se sentía respecto de la conversación anterior. Al igual que con la mayoría de las cosas atinentes a Dan, jamás nada parecía estar verdaderamente resuelto. ¿Y qué quiso decir con eso de amistosos adversarios?

—Pareces cansada —dijo—. ¿Otra vez tienes esos sueños?

—¿Otra vez? Nunca cesaron.

Lanie sintió escalofríos. La noche anterior lo había pasado mal, la peor hasta el momento. Literalmente pudo sentir que el fuego, que provenía de una fosa, la abrasaba, mientras Crane trataba de extenderse y tomarla de la mano. Y ese muchacho estaba ahí, ese muchacho muerto, sólo que lo veía vivo y ella sentía más miedo por él que por sí misma. Había despertado a las dos de la mañana, en medio del terror y bañada en sudor. Ni siquiera había considerado la idea de volver a dormirse.

—¿Todavía crees que está relacionado con Martinica?

—Tiene que estarlo.

Caminaron entre una confusión de helicópteros y personal de apoyo que organizaba cadenas humanas, mientras las listas de los manifiestos se verificaban en forma verbal.

—¿Alguna vez le pediste a Crane que te ayude con esto de las pesadillas? —Newcombe divisó a Hill y con señas le pidió que se acercara—. Él estaba allí contigo.

—Siempre cambia de tema —contestó Lanie—, y eso es muy malo, porque creo que si tan sólo pudiera recordar lo que me paso en Martinica, todos los sueños desaparecerían. Sea lo que fuere, está ahí mismo, delante de mí... diciéndomelo a gritos.

—¿Qué se le ofrece, *doc* Dan? —preguntó Hill, sin resuello por la mucha actividad.

—Tengo que descender a la ciudad esta noche —dijo Dan—. ¿Es posible?

—Si está dispuesto a ir ahora, sí. Por el momento tengo tres docenas de pilotos que andan por ahí sin hacer nada. —Tomó las bolsas de Dan—. Algún aparato estará aguardando por usted en la plataforma principal, dentro de unos diez minutos.

—Gracias, Burt.

—Manténgase en la sombra, *doc*.

Fueron hacia la mezquita. A Dan se lo veía bien esa noche, todo vestido de negro, con traje y pulóver de cuello alto. Parecía la versión Atlantic City del hermano Ishmael. Lanie se preguntó si iba a la Zona de Guerra.

Entraron y después fueron hacia el puesto de trabajo de Lanie. A través del vidrio atisbaron el globo. Lanie siempre se emocionaba cuando veía su obra artesanal y viva, latiendo con información. Esa noche habían puesto en acción una lista completa de programadores, quienes estaban volcando datos meteorológicos en la computadora.

—Martinica —dijo Lanie, la mirada clavada en el globo—. La respuesta para mi pérdida de memoria y para mis pesadillas. Debo recordar lo que ocurrió... y creo que estoy cerca de hacerlo. Es como cuando se disipa la niebla.

Miró pasar las Antillas y luego Martinica, cuando se completó el giro. Vio el volcán de Martinica.

—Dan —gritó Crane a través de un nuevo agujero en la pared de su oficina, que le permitía ver el sector de los programadores—, necesito la ecología de terremotos en el centro comercial de Memphis.

—Ya la subo —Dan fue hacia sus laboratorios.

Lanie se dirigió hacia la oficina de Crane. El tiempo era una mercancía tan extraña: tenía su propia estructura orgánica, que funcionaba sobre la gente sin el consentimiento de ésta. Como con ella misma y Dan. Sumi Chan, por ejemplo, había pasado de ser un valioso aliado a traidor, para volver a ser amigo, y todo en el lapso de unos pocos meses. En su carácter de vicepresidente, una vez más le estaba brindando apoyo a Crane tras cajas, y era un apoyo que Crane aceptaba jubilosamente.

Lanie entró en la oficina de Crane, sonriendo ante las pantallas murales de televisión que pasaban las proezas de su jefe. Crane había tenido razón respecto de la apuesta. Daba la impresión de que todo el mundo estuviera aguardando que los acontecimientos se desarrollen. En este preciso momento era el dinero —la apuesta— lo que contaba para el mundo. Pronto, sería el horror.

—¿Cómo me juzgarán, crees tú? —le preguntó Crane, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Algunos te culparán. Como ocurrió en Sado. Otros te alabarán. Algunos te amarán, otros te odiarán. Serás un mago y un científico, un monstruo y un salvador. Pero nada de eso te importa, ¿no?

Crane sonrió, mientras con las mangas del mono recogidas, agregaba billetes a un maletín ya lleno de efectivo. Dinero de fianza.

—En tanto consigamos que los fondos sigan llegando, estoy feliz; —dijo—. La gente no sabe lo que es buena para ella. Sólo saben lo que quieren. Hace mucho tiempo que aprendí a mantener mis expectativas en un nivel bajo. Es un buen consejo para cualquiera.

—Esta noche, Dan baja de la montaña.

Crane hizo una mueca a modo de sonrisa, pero no respondió.

Lanie miró el globo desde la nueva ventana.

—Nunca puedo superar la emoción —dijo—, la maldita cosa sigue funcionando.

—Y seguirá haciéndolo —dijo Crane—. La Proyección King estará en uso milenios después de que hayamos desaparecido.

—A menos que se les ocurra algo mejor. Ahora bien, ¿por qué no fuimos más allá del 27 de febrero? Estoy segura de que hay otros terremotos para predecir..., pero no lo hemos hecho. ¿Por qué?

—Te diré el porqué —dijo Newcombe desde el vano de la puerta—. Porque ahora que Crane tiene el poder, lo teme.

—No estás muy errado —dijo Crane, extendiendo la mano para tomar los printers

que traía Dan—. Ocurre, simplemente, que pensé que era hora de reflexionar un poco, antes de proseguir. Además, está Memphis...

Tomó el diagrama esquemático que Newcombe le alcanzó y se quedó mirándolo.

—Aquí está la cárcel de Memphis —dijo—, estoy seguro de que me arrestarán y me llevarán ahí.

—Vas a estar cerca —dijo Newcombe.

—Sí. Tengo la impresión de que el lado este del edificio no va a sobrevivir, pero los pabellones de celdas están apilados del lado oeste.

—Ésa es una banda estrecha de territorio seguro. Demasiado estrecha.

—Confío en tus cálculos.

—No estoy tan seguro del río —dijo Newcombe—. Sé lo que le ocurrirá a la tierra que lo rodea, pero las cosas van a desplazarse y forzarlo a cambiar el curso. No tengo una real ecología de eso.

—Correremos el riesgo.

—¿Tendrás acceso a la televisión?

—Sí —dijo Crane. Lanie se descubrió a sí misma mirando un programa mural sobre el terremoto de Martinica. Mientras observaba, en su cabeza empezaron a destellar luces, luces de reconocimiento. ¡Por Dios!, podía sentir el lodo metiéndose a través de la ropa. Sintió picazón.

Crane todavía estaba hablando, pero lo que decía le llegaba como algo muy distante. Se tomó la cabeza al sentir un ramalazo de dolor. Podía sentir la cicatriz debajo del cabello; después, el calor, la oscuridad, el avasallador miedo de morir sofocada, la casa que se desplomaba en torno de ellos todo lo demás desvaneciéndose...

Manos que la sacudían, una voz lejana en su oído.

—¡Lanie! Apriétame la mano... ¿Lanie?

Dan estaba delante de ella. Estaban en la oficina de Crane, en la fundación. Ella estaba jadeando, tratando de tener aire. La inundaba la tristeza. Empezó a llorar.

—¿Qué te pasa? —preguntó Crane con suavidad.

—Ese muchacho —contestó ella, sollozando—. Ese pobre muchacho. Ni siquiera... ni siquiera supimos s-su nombre.

Dan se acercó para consolarla pero, en forma instintiva, Lanie se volvió hacia Crane, quien le pasó el brazo sano por los hombros.

Fue entonces cuando el portal se abrió de par en par para Lanie, los recuerdos volviendo perezosamente hacia atrás: el miedo, las interminables preguntas, el ron. Y Crane. Una sonrisa se extendió sobre su cara.

—Ya recuerdo —le dijo a Crane—. Lo recuerdo todo.

—¿Qué es lo que hay que recordar? —preguntó Newcombe.

—La botella de ron... que bajaban empujándola por el tubo de aire. Es correcto

cuando me contaste tu plan para terminar con los terremotos.

—¿*Terminar* con los terremotos? —se asombró Newcombe.

Lanie miró a Crane, dándose cuenta instintivamente de que había dicho algo que no debía decir, algo que se esperaba que permaneciera en privado.

—Si tienes un plan para terminar con los terremotos —dijo Newcombe—, te aseguro que me encantaría escucharlo.

Crane se limitó a mirarlo. Newcombe se volvió hacia Lanie:

—Muy bien, dímelo tú.

—Todavía e-estoy confundida —dijo Lanie—. Ocurre que no estoy segura de lo que yo... lo que yo...

—Eres muchas cosas, Lanie —dijo Newcombe—, pero confundida no es una de ellas. ¿Qué te estás guardando? ¿Por qué lo estás guardando?

—Dan —dijo Crane con tranquilidad—, pregúntame a mí, no a Lanie. Yo soy el que tiene los secretos.

Newcombe lo miró furibundo.

—No eres otra cosa más que secretos. Desde el principio tuviste alguna clase de plan alambicado que ocultabas del resto de nosotros. Tuvimos que encontrar nuestro camino pasando a través de la oscuridad autogenerada por ti. ¿Qué te parecería si, para variar, dijeras algo que sea verdadero?

—Vengan —dijo Crane—, les mostraré. ¿Supongo que hacerles jurar que mantendrán el secreto no serviría para mucho?

—Hubo demasiado secreto hasta ahora —dijo Newcombe, siguiéndolo a Crane.

Lanie cerraba la marcha, tensa. No había sido su intención hablar de más. Dios, ¿por qué tuvo que ir y abrir la boca? Se sorprendió al ver que Crane se dirigía hacia la consola que ella ocupaba como directora.

—Señoras y señores —dijo Crane a los programadores que trabajaban en sus puestos—, pueden tomarse un descanso de treinta minutos a partir de este instante. Quiero que todos ustedes salgan del edificio. Váyanse.

Lanie se les unió en la consola. Los dedos de Crane ya estaban atareados en el teclado. Aparentemente había cosas del globo que ni siquiera ella conocía.

—Estuve estudiando sismos toda mi vida —dijo Crane, poniendo el globo fuera de línea y volviendo a programarlo—. Tempranamente decidí que quería curar, no sólo definir. Ésa es la razón por la que me dediqué al estudio de los efectos de los ensayos termonucleares sobre los estratos circundantes.

—Todos conocemos tus novedades antiguas, Crane —dijo Newcombe—. Todavía se te atribuye haber sido el hombre que obligó a los políticos a ver la luz y detener los ensayos termonucleares.

—Y me dieron el Premio Nobel por eso —dijo Crane—, pero nunca merecí, ni quise, ese premio. Y por cierto que nunca deseé detener los ensayos termonucleares.

—No entiendo —dijo Lanie. Crane pulsó la tecla de entrada y el globo se detuvo por completo, con luces rojas que titilaban sobre toda su superficie.

—Calor —dijo Crane, yendo hacia el globo—, suficiente calor como para fundir la roca... para soldar la roca.

—Quieres hacer que las placas se vuelvan a soldar —dijo Newcombe en voz muy baja, los ojos achicados por una profunda suspicacia.

—Le pregunté a la máquina —dijo Crane—. Postulé una temperatura de cinco mil grados Celsius y pregunté si era posible reconectar las placas por medio de soldadura de puntos. —Señaló el globo—. Esto es lo que me dio: cincuenta y tres puntos de soldadura que, de hacerse en la forma adecuada, fusionarán las placas continentales y pondrán fin a la deriva para siempre.

—Para eso era el globo, entonces —dijo Lanie—. Querías un respaldo para tus teorías.

—Correcto —dijo Crane—. En nuestra propia época podemos terminar con el destructivo reinado de los terremotos.

—¿Quieres hacer explotar cincuenta y tres bombas termonucleares? —preguntó Newcombe, incrédulo.

—Cincuenta y tres bombas de potencia dada en gigatonnes —precisó Crane.

—Eres más demente de lo que yo creía.

—¿De veras? —preguntó Crane—. Piensa en ello: el mundo está sentado sobre ingentes acumulaciones de materiales termonucleares: antiguas ojivas misilísticas, material de desecho radiactivo. Si se hace en forma adecuada, mis bombas podrían eliminar esas acumulaciones al hacerlas explotar hacia abajo, hacia el núcleo del planeta, que, de todos modos, no es más que un proceso de descomposición radiactiva. De un plumazo podríamos terminar con los terremotos y volcanes y deshacernos de nuestro revoltijo termonuclear.

Lanie irguió la cabeza. Lo que decía Crane tenía lógica. Las explosiones subterráneas profundas, efectuadas directamente en las hendeduras podían, si se las manejaba en forma adecuada, aliviar toda la presión de vaivén. Si las bombas se colocaban a suficiente profundidad, representarían una amenaza cero para la vida sobre la Tierra.

—¿Es que tu vanidad no conoce límites? —preguntó Newcombe—. ¿Se te ocurrió que los terremotos son parte natural de nuestro mundo? ¿Que el planeta puede existir como consecuencia de ellos? En este planeta directamente no habría vida, si los volcanes no hubieran lanzado a la atmósfera materiales que permitieron el desarrollo de la vida. Lo que estás proponiendo es, ni más ni menos, la destrucción de los procesos que hicieron que seamos lo que somos. Son naturales, Crane. ¡Déjalos en paz!

—¿Qué tiene de natural un terremoto? —preguntó Crane—. La gente siempre es

tan rápida para juzgar. Nada más que porque siempre fue así no quiere decir que deba permanecer así. El globo cree que va a resultar bien, y el globo sabe mucho más que nosotros.

—¡No es así! —dijo Newcombe, casi gritando—. ¡El globo nada sabe sobre humanidad o sobre ética o sobre sentido común. Estás hablando sobre interferir un proceso básico de la Tierra. Sólo Dios sabe la catástrofe que podrías causar al tratar de hacer que funcione esta locura!

—Pregúntale a la máquina —dijo Crane—. Fíjate lo que ella piensa.

—¡Me importa un comino la remaldita máquina, es una extensión de tu demencia! —gritó Newcombe.

—Un momento, Dan —dijo Lanie—. El globo funciona. Lo viste funcionar. Puede ser una herramienta muy útil para...

—Eres tan mala como él —dijo Newcombe—. Escúchenme con cuidado. Con esto es a todo el planeta al que ponen en peligro. Es antinatural, Crane. No está bien.

—Extrañas palabras para un científico —dijo Crane—. Las represas alteran el curso de los ríos de la naturaleza. Los medicamentos interfieren con el proceso natural de la enfermedad. La manipulación genética lo modifica todo, desde los alimentos que comemos hasta los hijos que parimos yendo, una vez más, contra la naturaleza de la vida. Esto no es diferente.

Newcombe pulsó su microteclado de muñeca para ver la hora.

—Hay ciencia, Crane, y también hay arrogancia egoísta. ¿Quién demonios crees que eres?

—Sé quién soy, doctor —dijo Crane—. Esa pregunta te la deberías hacer a ti mismo.

—La hago —dijo Newcombe—, y he aquí la respuesta: soy el hombre que va a impedir que destruyas la Tierra.

Dicho eso, giró sobre sí mismo y salió con rápidas zancadas de la mezquita.

Lanie se acercó a Crane, y le puso una mano sobre el brazo sano.

—Lo lamento —dijo—. No debí haber hablado de más...

—No te preocupes por eso —contestó Crane, mientras miraba a Newcombe salir del edificio—. De todos modos, él lo habría averiguado dentro de poco. Voy a conseguir publicidad.

Morosamente extendió la mano y palmeó la de ella. Lanie temía que ése pudiera ser el último momento de tranquilidad de la vida de ambos.

Mientras miraba hacia la Zona de Guerra desde la terraza del depósito de dos pisos que el hermano Ishmael había convertido en su hogar, Newcombe se sintió como si hubiera regresado al pasado.

La ciudad interior estaba limpia y muy poblada, en las calles se veía gente por todas partes. En los edificios no había pantallas murales de televisión, ni dinosaurios proyectados ni gente llevando casquetes con cámaras corriendo con desesperación en pos de la nota visual que les habría de cambiar la vida.

Sin embargo, por las calles desfilaban niños que portaban armas, mientras los transeúntes los vitoreaban. Newcombe se sentía incómodo al ver a los niños armados.

En lo alto, relámpagos azules chasqueaban de un lado al otro de la parte negra superior de la Zona, una interferencia electrónica protectora para una ciudad dentro de la ciudad. La existencia transcurría dentro de un capullo eléctrico totalmente aislado del mundo del hombre blanco. Al mirar las enormes cantidades de niños y adultos jóvenes, Newcombe extrajo la conclusión de que era muy probable que la población de la Zona de Guerra jamás hubiera visto el mundo exterior.

Se sentó con Ismael, Khadijah y Martin Aziz. Estaban mirando una pequeña pantalla de televisión que mostraba la escena de lo que ocurría inmediatamente fuera de los portones de la ciudad, en la zona que se había despejado para que sirviera como sector en el que se pudiera disparar sin obstáculos. Varios centenares de niños musulmanes estaban ahí, cargando contra las posiciones de la FPF, arrojándole rocas y trozos de hormigón armado. La FPF respondía con infrasonidos de baja frecuencia, que tenían el objeto de perturbar los procesos del pensamiento, y con gas inductor de náuseas. Los niños caían, retorciéndose de dolor y llorando: un espectáculo para que lo vea todo el mundo.

—¿Por qué no los haces volver antes de que se los lleven... u ocurra algo peor?
—preguntó Newcombe—. No son más que niños.

—Son mártires del Islam —dijo Ishmael con toda calma—. Su sufrimiento abrirá el corazón de la gente a nuestra causa. Son la primera oleada de nuestra *Jihad*.

—¿Cuál es la segunda?

—Mi hermano está hablando de bombas, de terrorismo, de matanzas —dijo Martin Aziz.

—Mi hermano no tiene corazón de revolucionario —dijo Ishmael.

—Estás equivocado —dijo Aziz—, es estómago lo que me falta. Soy un convencido de que ciclos de matanzas y venganza, y más matanza, sumarán años a nuestra lucha.

—¿Y qué nos trajo la inactividad? —preguntó Khadijah.

—No estoy hablando de inactividad —dijo Aziz. Newcombe escuchaba una charla libre entre hermanos, que a él le era tan natural como respirar.

—El enfoque más considerado del hermano Daniel, a través de la prensa, ya nos trajo el apoyo de prominentes ciudadanos.

—Apoyo —resopló Ishmael, poniéndose de pie para mirar por sobre la balaustrada a las calles.

Los manifestantes, al ver a su líder espiritual y político, prorrumpieron en atronadores vítores. Miles de voces gritando el nombre de Ishmael. Sonriente, Ishmael regresó donde Aziz.

—¿Y qué trajo mi enfoque? —preguntó—. En el último mes nuestros hermanos espirituales de todo el mundo se han alzado y hecho demostraciones contra Liang Int.; los boicots están en marcha en treinta países y las tierras que viven bajo la ley islámica ya rehusaron hacer negocios con Liang, hasta que se nos dé una patria. Nuestra visibilidad y el sufrimiento de nuestros niños tocó miles de millones de corazones y, lo que es más importante, lo estamos golpeando a Liang en el bolsillo, el único sitio en el que experimentan dolor.

Aziz se limitó a mover la cabeza de un lado para otro, en gesto de negación, y contempló la pantalla mural.

—He aquí el fruto del Islam —dijo con tristeza.

Una gran fuerza de la FPF había irrumpido desde detrás de sus barricadas, y estaba vadeando con picanas eléctricas el mar de niños que vomitaban, aplicando indiscriminadamente cincuenta mil voltios a cualquiera que no se arrastrara con la suficiente rapidez como para hacerse a un lado.

Con una amplia sonrisa, Ishmael dio la espalda a la pantalla.

—Es suficiente —dijo—. Hazlos volver.

Aziz tocó el microteclado.

—Abran los portones —dijo—. ¡Ahora!

En la pantalla, Newcombe pudo ver cómo los dos portones de la ciudad secreta giraban sobre sus goznes, abriéndose y a los niños que, chillando y llorando, se batían en retirada de vuelta a la Zona, con los FPF persiguiéndolos, blandiendo sus bastones, y deteniéndose a nueve metros de los portones. Nadie intentaría violar la Zona.

Los G retomaron posiciones detrás de una pared de un metro ochenta, a noventa metros de distancia. Cuando se fueron arrastraban consigo los cuerpos de niños muertos o inconscientes.

—Apáguenlo —dijo Ishmael.

—Esto es espantoso —dijo Newcombe, sintiendo nudos en el estómago—. No se puede permitir que esto continúe.

—Tienes razón —dijo Ishmael, palmeándole el hombro—, pero toda guerra tiene bajas. Entiende eso. Podemos tener altercados entre nosotros, pero debemos estar dispuestos a pagar el precio con la sangre que exige nuestra libertad.

No había nada que Newcombe sintiera que podía decir. Alzó la vista hacia los restallantes fuegos azules, y se dio cuenta de que ahí el cielo siempre tenía el mismo aspecto.

—¿De dónde obtienen la energía para todo esto? —preguntó, mientras la esposa del hermano Ishmael, Reena, servía café de cardamomo y bollitos—. Se necesitaría

un foco del tamaño de un edificio pequeño para generar una red así de grande.

—¿Conoces el edificio de la Liga de Amistad Pan-árabe, en el centro comercial? —preguntó Ishmael.

—Por supuesto que sí —respondió Newcombe—. Tiene la forma y las facetas de una joya. La gente viene...

—Todo el edificio es un foco gigante —irrumpió Khadijah—. Apenas si hemos aprovechado su potencia.

—Nadie lo sospechó jamás —agregó Ishmael—. Los cables que nos conectan están en las cloacas. Encontrarás algo similar en cada ciudad que tenga una Zona de Guerra.

Los vítores aumentaron de intensidad, y los cuatro se pusieron de pie para mirar. Inclinado sobre la balaustrada, Newcombe veía niños de muy poca edad, como de seis años, ensangrentados, magullados y hasta transportados en camillas que retornaban al hogar después de la batalla. En estos momentos, la multitud rugía. Ishmael tomó un megáfono eléctrico para dirigirse a ella. Newcombe quedó atónito al darse cuenta de que la mayor parte de esa gente probablemente no tenía implantes auditivos. Era emocionante en su mismo primitivismo.

—¡Héroes de la Revolución os saludamos! —exclamó Ishmael—. ¡Vosotros sois el futuro! ¡Vosotros viviréis para criar a vuestros hijos en vuestra propia tierra, con Alá como guía! ¡Id ahora... al hogar, con vuestros padres que os aman!

Seguido por una atronadora ovación, Ishmael regresó a su asiento, y tomó con toda delicadeza su pocillo de café fuerte. Se reclinó con comodidad y dijo:

—Pronto, otras ciudades, otras zonas de guerra, se unirán a la revolución de los niños. Programaremos disturbios en turnos, de modo que siempre haya alguno en alguna parte. —Miró a Newcombe—. ¿Vas con los demás de la fundación al centro comercial de Memphis?

—Parto mañana.

—Hay una Zona de Guerra pequeña ahí —dijo Aziz.

—Sí, lo sé —dijo Newcombe—. Ésa es una de las cosas de las que quería hablar con ustedes. —Extrajo el gráfico de ecología de terremotos que había trazado para la ciudad de Memphis: la Zona de Guerra estaba rodeada por un círculo negro—. ¿Ven este sector? Es el centro comercial de Memphis. —Khadijah y Martin se aproximaron y se unieron a Ishmael en la observación del papel que sostenía Newcombe—. Esta línea dentada muestra un región en la que la Tierra se va a hundir como cuatro metros y medio. Aquí, en el otro lado de la línea dentada hay una región de levantamiento que desgarrará a la ciudad en dos.

—Pasa justamente a través de la Zona de Guerra —dijo Khadijah.

Newcombe la miró, y ambos sostuvieron la mirada.

—Sí —dijo Newcombe, girando entonces la cabeza hacia Ishmael—. ¿Tienen

alguna manera de salir de ahí?

—Subterránea... al igual que la que tenemos aquí.

—¿Me escucharán si les advierto?

—Si yo se los digo.

—Diles.

—¿Adónde irán? —preguntó Martin Aziz.

Todos se miraron entre sí. La cara de Ishmael se resquebrajó lentamente en una amplia sonrisa.

—Irán al sur —dijo Ishmael—, al interior de Mississippi.

—La tierra prometida —susurró Khadijah con los ojos encendidos, y palmoteo.

—Serán los primeros en hacer la peregrinación a nuestra nueva patria —continuó Ishmael—. Hay centenares de municipios *africs* tradicionales en Mississippi: nuestra gente se ubicará en uno de ellos y asumirá la autoridad de él. Será nuestra cabeza de playa.

—Perfecto —sonrió Newcombe, y las palabras que Crane pronunciara en Sado cayeron de su boca de manera espontánea—. ¡Qué drama!

—En tanto el gobierno de Mississippi no presente objeciones —dijo Aziz.

Khadijah rió.

—Por cierto que se le plantea un interesante problema al señor Li —dijo.

—Si nos permitiera establecernos —dijo Ishmael, de pie y empezando a medir la habitación a grandes pasos—, nuestra gente exigiría de inmediato el status de separatista.

—¿Y si decide detener la peregrinación? —preguntó Aziz.

Ishmael sacudió la cabeza de un lado a otro:

—Más mártires. Pero he advertido algo en los hombres de negocios: les desagrada matar consumidores.

Aziz asintió, sonriendo levemente.

—El hermano Daniel nos brindó el empuje para volver activa nuestra revolución. Doy mi aprobación.

—Excelente —dijo Ishmael, abrazando a cada uno por vez. Rió después de besarlo a Newcombe en cada mejilla.

—¿Qué va a pensar tu jefe de todo esto? —le preguntó.

—Está demasiado ocupado tratando de volar el mundo, como para darse cuenta —repuso Newcombe, sorprendido por el enorme odio que le salió en la voz.

—¿Qué? —preguntó Ishmael.

—¿Recuerdas que me dijiste, cuando nos conocimos, que Crane tenía un programa secreto de actividades? —Ishmael asintió con la cabeza—. Pues bien, lo tiene. Quiere fusionar las placas continentales haciendo explotar cincuenta y tres bombas de gigatonnes de intensidad, en puntos clave en los cuales los planos se

intersectan. Quiere detener los terremotos por completo.

—Amenaza con el puño a Alá —dijo Ishmael—. Crane se pone por encima de todo. Simplemente asombroso.

—Sólo es asombroso en lo que él quiere —dijo Newcombe—. No puedo imaginar que haya un Estado del mundo que consienta un plan tan evidentemente descarriado como el de Crane.

—No puedo creer, hermano, que lo subestimes de tal manera —dijo Ishmael, pasando el brazo alrededor de su hermana, y ambos concentrando su mirada llameante en Newcombe—. Él ya regresó de entre los muertos, y está volviendo a la escena del delito. Es muy probable que sea capaz de convencer a la gente para que lo acompañe.

Newcombe estaba perplejo.

—Casi pareces feliz por ello.

—Estuve esperando la conexión —dijo Ishmael—, el punto de colisión entre Crane y la Nación del Islam. —Hizo un amplio encogimiento de hombros—. Y ahora lo tengo. Nuestra grandeza será puesta a prueba. Ésta es la montaña en cuya cumbre el doctor Crane y yo tomaremos té.

—Me quiero convertir —dijo Newcombe, viendo aparecer un gesto de diversión en la cara de Ishmael. Todos los hermanos rieron.

—Eres un hombre ateo —dijo Ishmael—. ¿Por qué querrías volverte musulmán?

—¿Por qué te importa? Estoy seguro de que querrías que me convierta, aun si yo adorara manchas de tinta. ¿Estoy en lo cierto?

—Más que en lo cierto, hermano —dijo Aziz con rapidez, en vez de permitir que las palabras pasaran a través de la boca de Ishmael—. Al hacer que te conviertas en forma pública, cosecharíamos importantes beneficios en lo concerniente a relaciones públicas. Un hombre inteligente y de éxito elige la NDI porque tiene fe en ella. El lado moderado del Islam equilibra el necesariamente violento lado revolucionario.

—Eso también lo transforma en alguien que conoce íntimamente nuestras actividades —alertó Ishmael—. Sin querer, rápidamente se convertiría en nuestra voz oficial. —Señaló a Newcombe—. Todavía no me has dicho por qué deseas convertirte.

—No es un misterio —dijo Newcombe—. Lo hago por la Causa, y lo hago porque eso me pondrá en directa oposición con Lewis Crane, cuando este asunto de las bombas se haga público. Es un demente. Quiero enfrentarlo siendo uno de ustedes.

—Mentiroso —dijo Khadijah—. Tiene algo que ver con esa mujer blanca.

—No —dijo Newcombe, bajando la cabeza—. Lanie y yo... ya no estamos más juntos. No lo hemos estado desde hace un tiempo.

La mujer rió y se le acercó un paso más.

—Así que quizá quieras enseñarle una lección, ¿eh?

—Dios, espero valer más que eso.

* * *

Con una botella de ron entre las piernas, Crane miraba las imágenes satelitales de la Opción Masada. Sentía un vergonzoso regocijo ante la monstruosa belleza de treinta bombas, con potencia de multimegatonas, que estallaban al mismo tiempo. La nube del estallido ascendía, asombrosamente alto desde el privilegiado punto de vista del espacio exterior, su corona ramificándose y aplastándose, para después extenderse.

Había sido uno de esos acontecimientos pasmosos de la historia mundial, que fuerza a cada persona a recordar dónde se encontraba cuando tuvo lugar. Crane recordaba que, en ese momento le habían estado colocando su primer implante auditivo. Las noticias sobre Masada habían sido los primeros sonidos que oyó con el dispositivo. Al principio se había sentido horrorizado, conmocionado junto con el resto del mundo pero, una vez hechas, las cosas no se podían modificar, y él se había dado cuenta de la importancia intrínseca de Masada como campo de investigación para sus estudios sobre la relación entre los ensayos termonucleares y los terremotos.

La tarde siguiente había estado dentro de un traje protector contra quemaduras, en Sudán, junto con todo un equipo de sismólogos con quienes viajó en el mismo camión. Fue el día posterior a ése en que, mientras estaba parado en Arabia Saudita, se le ocurrió la idea de fusionar las placas: el desierto de Rub Al Kali era una cascara sólida de vidrio completamente liso, que llegaba hasta el horizonte. El intenso calor había fundido la arena. Bajo nubes grises que rodaban por el cielo y espesas lluvias de cenizas radiactivas, Lewis Crane había patinado en el desierto.

—Crane —lo llamó Lanie—, ¿estás ahí?

—Vete —contestó él, tomando un trago mientras miraba cómo la nube de Masada empezaba a derivar hacia el este. China y la Sociedad Anónima Rusa desaparecían gradualmente debajo de una bruma en gris.

—No se podía creer —dijo Lanie, detrás de Crane, con tono suave—. Yo tenía veintidós años, estaba empezando los estudios del doctorado. Recuerdo haberme sentido engañada porque no dejaba tener la oportunidad de heredar el mundo. Existía la especulación de que todo podría desaparecer. Por añadidura, a los judíos se los estaba matando en muchos sitios. Daba miedo.

—¿Fue ahí cuando te volviste *cosmi*?

—No —rió ella, dando la vuelta para sentarse en la otomana al lado de él—. Mi padre era judío por nacimiento, pero no mi madre, lo que hizo que yo quedara en ninguna parte de una cultura que seguía la línea materna. Siempre recuerdo a papá como *cosmi*. Me convirtió cuando yo era muy joven. Supongo que es por eso que

gravité de ese modo: los *cosmies* son tipos muy amistosos, como los unitarios con visión. Eso, empero, no me impidió perder una beca porque dijeron que yo era judía.

—Hubo mucho enojo durante un tiempo —dijo Crane—. Recuerdo la reacción. Ése es el motivo por el que la mayoría de los miembros de mi personal es judía. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—¿Piensas que estoy loco?

—Eres un visionario —contestó ella de inmediato—. A todos los visionarios, la gente a la que quieren ayudar, los considera locos.

—No contestaste mi pregunta.

Lanie le inclinó la cara, de modo que él pudiera mirarla. Crane se puso tenso: para él, el contacto con ella era eléctrico.

—Sí, estás loco —susurró Lanie—. Eres lo suficientemente loco como para sobrevivir a la demencia en la que estamos viviendo.

—Mi plan puede funcionar. Puede

—No tienes que convencerme a mí.

Crane asintió, sombrío, con una leve inclinación de cabeza:

—Gracias. —Miró hacia otro lado; después volvió los ojos a la pantalla.

—¿Por qué siempre tengo dificultades para que nos miremos a los ojos? —preguntó Lanie.

La miró un instante; después desvió la mirada:

—Me... me resulta difícil pensar cuando te miro. No sé a qué se debe. Nunca me ocurrió antes. Es como... no sé... como si me perdiera en tu mirada o... o algo así. Es estúpido, ¿no?

Lanie se puso en su línea visual.

—Es lo más dulce que alguien me haya dicho jamás —contestó ella y, esta vez, Crane se forzó a mirarla fijo en los ojos.

—Sabes —prosiguió Lanie—, dijiste muchas cosas cuando estábamos atrapados en aquella casa de Martinica. ¿Las recuerdas?

Crane empezó a mirar hacia otro lado, luego mantuvo su mirada en la de ella.

—Sí, lo recuerdo.

—¿Hablabas en serio?

—Creí que nunca lo recordarías.

—¿Hablabas en serio?

—Hablabas en serio —contestó él, bajando la mirada, mientras los dedos de Lanie volvían a levantarle la cara hacia la de ella—. Lo siento, no... tuve la intención de poner en peligro nuestra relación prof...

—Oh, al diablo con eso. —Se acercó rápidamente y le pasó los brazos por el cuello—. Hay grandeza en ti. Eso me excita.

—Pero soy un lisiado, soy...

—Sólo deja de hablar y bésame.

En los minutos siguientes, Lewis Crane descubrió, por primera vez en su vida, que la comunicación no necesita ser verbal para que se la entienda y tenga significado.

CAPÍTULO 13

Mercalli XII

MEMPHIS, TENNESSEE

27 DE FEBRERO DE 2025, TEMPRANO POR LA TARDE

El establo tenía olor a caballos mojados y a estiércol. Newcombe estaba escondido en un rincón, detrás de fardos de heno, para hacer contacto con la Zona de Guerra.

—No hay duda —estaba diciéndole a una cámara-monitor que tenía apoyada en la palma de la mano, dirigida a su cara— de que el sismo se producirá hoy. Estoy hablando bajo la Autoridad Verde. Repito: Autoridad Verde. La peregrinación debe comenzar dentro de una hora, si quieren sobrevivir. Al principio puede ser que tengan que pelear para abrirse paso, pero el camino muy pronto estará expedito. Deben irse dentro de esta hora. ¡Váyanse ahora!

Cortó la comunicación y esperó que todo saliera bien. Había estado transmitiendo en la banda infrarroja de frecuencia ultraalta que nadie usaba debido al costo del equipo de recepción. Pero sí la recibiría el edificio foco de la Zona de Guerra, en el centro comercial de Memphis, desde donde se la iba a retransmitir por medio del cable conector.

Las manos le temblaban: acaba de cometer un acto de sedición, acto que el hermano Ishmael se había asegurado que Newcombe mismo tendría que ejecutar.

—Si estás convencido del terremoto —le había dicho Ishmael—, si estás seguro, envía el mensaje cuando lo sepas.

Lo supo.

La zona de germinación Ellsworth-Beroza ahora era constante, mostrando la actividad sísmica que iba aumentando.

Habían medido centenares de temblores de tierra, indiscernibles en la superficie pero crecientes hacia el Gran Deslizamiento. La roca resquebrajada había liberado grandes cantidades de gases atrapados, en tanto que la dilatación se producía por todo el Reelfoot, interrumpiendo las ondas s que eran incapaces de desplazarse a través del agua que se escurría hacia el interior de las grietas. Era lo clásico: todas las señales físicas se estaban alineando. Los caballos pateaban nerviosamente su caballeriza, relinchando y gimiendo por el miedo. A lo lejos, los perros aullaban.

—¡Dan! —llamó Lanie a voces—. ¿Dan, estás aquí?

Newcombe escondió la cámara en el bolsillo de la camisa y salió de su escondite.

—Me atrapaste —dijo con sonrisa tímida.

—¿Qué estás haciendo acá? —preguntó Lanie, entrando en el establo. Estaba cubierta de los pies a la cabeza. Llevaba sombrero y en su cara destellaba la crema con filtro solar.

—Tuve que alejarme del manicomio unos minutos —contestó—. Necesitaba un poco de tiempo a solas.

—Si hubieras tomado algunas tabletas de dorf...

—¿Para qué me buscabas?

Lanie se acercó.

—Vinieron por Crane —contestó con voz trémula—. Lo están arrestando.

—Cálmate —dijo Dan, mientras extendía las manos para tomarla por los brazos—. Sabíamos que esto iba a suceder. Todo lo que se puede hacer se está haciendo.

—Estoy asustada, Dan. La turba es horrible, y...

—Tenemos vías de escape. No te preocupes. Vamos, démosle a Crane algo de apoyo moral.

Salieron hacia la locura de la granja de soja. Un hombre llamado Jimmy Earl había donado su granja de cuatro mil hectáreas en Capleville, al sur de Memphis, para que Crane la utilice como centro de refugiados. Sus motivos no eran altruistas. Estaba haciendo, adentro, una videopelícula sobre Crane y su predicción. Pero nadie había previsto la reacción del público. En lo alto, centenares de helicópteros se abigarraban como mosquitos, a través de nubes que pasaban repeticiones de un discurso del presidente Gideon en el cual denostaba a Crane.

Furiosa por el fiasco del insensato acontecimiento de octubre, y azuzada hasta niveles cercanos al frenesí por el gobierno y los cretinos de la televisión, la gente estaba descendiendo sobre la granja de Jimmy Earl como si fuera una plaga de langostas. En los dos últimos días, miles de personas habían aparecido para escarnecer a Crane y exigir su cabeza. Con premura se habían levantado cercas electrificadas alrededor del campamento para evacuación, y el personal de Whetstone en vez de brindar ayuda a los refugiados, se vio forzado a formar y distribuir pequeños destacamentos por el perímetro.

Newcombe se puso las antiparras. Él y Lanie cruzaron el corral y entraron en el campamento, en el momento preciso en que se abrían los portones principales y entraba el patrullero policial con las balizas identificatorias destellando.

—¿El puesto de mando? —le preguntó Dan a Lanie. Varios integrantes de la turbamulta lograron colarse antes de que los portones se cerraran, al tiempo que el personal de seguridad se concentraba para expulsarlos a bastonazos.

—Sí... dando entrevistas hasta el final.

—¿Se lo llevan a Whetstone también?

—A los dos «delincuentes» —respondió Lanie con sarcasmo—. A propósito, otras estaciones sismológicas del mundo están empezando a percibir pretemblores.

Creo que estarán cambiando algunas maneras de pensar.

—Demasiado tarde —dijo Newcombe—. Nadie va ir a ninguna parte. No con el Presidente en la televisión, que nos está calificando de cualquier cosa, salvo de violadores de niños.

—Estás tenso.

—Sí, estoy tenso. Estuve revisando el ecograma sísmico de Memphis, y todavía temo no haberle prestado suficiente atención al río. Es posible quedar dentro del margen con un río que cambia de curso, pero mis cálculos nunca fueron diseñados para habérselas con una situación como la del Mississippi. Se necesita más perfeccionamiento.

—¿Crane sabe que sigues preocupado?

—Sí. Dice que confía en mí. Tengo que trabajar más en este tipo de situación.

Las filas de carpas estaban vacías, con la excepción de los trabajadores voluntarios. Ni una persona había aceptado el ofrecimiento de ayuda... No todavía. Cuando Lanie y Newcombe estaban llegando a la carpa de mando, que estaba situada en el centro del campamento, el patrullero, todavía con las luces destellando, doblaba por la fila, lanzando polvo hacia atrás.

Con movimiento brusco, Newcombe se levantó las antiparas al entrar en la tienda. Las paredes estaban llenas de pantallas de televisión, algunas de las cuales mostraban ecogramas sísmicos de centros metropolitanos que resultarían afectados por el terremoto. Otras mostraban listas de suministros de emergencia para el terremoto y una lista de sitios seguros a los que ir durante la evacuación.

Crane y Whetstone estaban uno al lado del otro, de pie en la parte anterior de la habitación, delante de la alarmante representación visual de un sismograma que mostraba una amplitud de crecimiento casi constante, en todas las crestas de onda. Los rodeaba una multitud de diez cronistas con cámaras de casco de teleemisoras privadas que trabajaban sorteando la interferencia estatal de las ondas aéreas. Jimmy Earl, claro está, se encontraba en el medio de todos ellos, haciendo su videopelícula.

Crane estaba hablando:

—... en Memphis, porque Memphis va a soportar la embestida mayor del sismo. Tenemos una escala de observación que ha estado en uso durante casi doscientos años, que se llama Escala de Intensidad de Mercalli. Estoy prediciendo que el de Memphis caerá dentro del ámbito de un Mercalli XII Daño Total: prácticamente todos los edificios serán sumamente dañados, o directamente destruidos; en la superficie del suelo se ven ondas; líneas de visual y nivel distorsionadas; objetos que salen lanzados por el aire. Por favor, a quienquiera de Memphis que me esté escuchando en este instante les digo: Váyanse de la ciudad. Vengan al sur, a Capleville. Aquí les podemos brindar ayuda.

—Crane —gritó Newcombe—, están aquí.

Crane frunció el entrecejo y miró a Whetstone. Se estrecharon las manos y fueron hacia la entrada, en el mismo momento que entraba la policía.

—Quedas al mando ahora —le dijo Crane a Newcombe—. Volveré acá no bien pueda.

—No confío en el río —contestó Newcombe—. ¿No pueden...?

—No —interrumpió Crane—. Es demasiado tarde. Tendremos que correr el riesgo.

—Soy el jefe Hoskins, del Departamento de Policía de Memphis —dijo el hombre que le ponía las esposas a Whetstone, para después señalar con un movimiento de cabeza a su compañero—, y este señor que está a mi lado es Lyle Withington, alcalde de nuestra hermosa ciudad. Tengo una orden de arresto contra Lewis Crane y Harry Whetstone.

—Me dará mucho placer señor —dijo el alcalde a Crane—, ver cómo se lo encierra en un lugar donde no pueda hacer más daño.

—¿Vive en las afueras de la ciudad, señor alcalde? —preguntó Crane mientras le ponían las esposas.

Pues, no... Tengo una casa precisamente en...

—Entonces haga que su familia salga de ahí antes de que resulten heridos.

—Oiga, realmente..., señor.

—¿Hay aquí un tal Jimmy Earl? —preguntó Hoskins.

—¡Delante de usted! —Jimmy, un muchachote de campo con mejillas sonrosadas y sonrisa publicitaria de dentífrico que nunca le abandonaba la cara, se abrió camino hacia ellos. Dinero heredado, pensó Newcombe.

—Usted también puede venir: —dijo el jefe— el alcalde dio su autorización para que usted haga tomas en la celda.

—Gracias, tío Lyle —dijo Earl, al tiempo que le tomaba la mano y la agitaba como si bombeara agua.

Crane se volvió hacia los otros camarógrafos:

—Gente de Memphis —dijo mientras Hoskins lo conducía hacia la entrada de la carpa—, vayan a sus a sus cajas de control y apaguen el foco. Si tienen algo que funcione con gas natural, cierren la válvula de paso. Háganlo ahora.

Cruzaron la carpa seguidos por Newcombe, quien se volvió a poner las antiparras, junto con el resto de los que habían estado en la carpa, en el momento de salir al sol. Cuando lo divisó a Crane, la turbamulta lo insultó a gritos.

—Jefe Hoskins —dijo Newcombe, señalando a la multitud—, ¿no puede dispersarlos? Están violando propiedad privada.

—¡No están a salvo aquí y podrán recibir ayuda después del terremoto! —gritó Crane mientras lo empujaban adentro del vehículo policial.

Lanie se inclinó por la ventanilla para darle un largo beso a Crane, mientras las

cámaras se apretujaban por captar la escena. Newcombe sintió que lo invadía la furia, pero logró controlarse.

Lanie retrocedió. Crane sacó la cabeza por la portezuela y habló a la lente de las cámaras sostenidas por los casquetes:

—¡Saquen de los estantes todos los objetos pesados. Quiten los de vidrio y las arañas de luces. Saquen de la casa los materiales inflamables! ¡Ahora! ¡De inmediato!

Hoskins se puso detrás del volante, mientras Whetstone y un excitado Jimmy Earl subían a la parte de atrás con Crane.

El alcalde Withington miró a Newcombe con dureza.

—Le aconsejo que recoja sus pertenencias y se largue de aquí —dijo—. En Tennessee no hay un solo policía que lo vaya a proteger de la gente que está ahí afuera.

—Antes de que el día haya terminado, alcalde, usted nos bendecirá por estar aquí —replicó Newcombe, apartándose del hombre y regresando a la carpa con Lanie pisándole los talones. Activó la fibra P.

—Burt... Burt, ¿estás ahí?

—Sí, *doc* Dan.

—¿Estás haciendo el seguimiento de ese abogado que Crane arrastró hasta aquí desde Memphis?

—Sí... está precisamente acá.

—Arrestaron a Crane. Dale al abogado el pago adelantado por sus servicios. Saca el dinero de la caja fuerte. Dile al abogado que vaya a la ciudad mañana y que consiga la fianza... siempre y cuando la cárcel siga estando en pie mañana.

—Entendido.

—¿Qué demonios...? —dijo Lanie.

Dan cortó con Hill y se volvió hacia ella, que estaba mirando las pantallas donde *africs* e hispanos estaban saliendo a raudales del sistema cloacal de la ciudad, disparando sus armas al aire. Hacían puente con el encendido de autos que encontraban en la calle, y partían en ellos. Los autos se tocaban los paragolpes en la autopista estatal 51, el bulevar Elvis Presley.

—¿Qué demonios pasa? —preguntó Lanie.

—El comienzo de la revolución —contestó Newcombe. Su mente aullaba—. ¡Y yo lo hice!

—¿Qué hora es? —preguntó Lanie.

—Las quince y cuarenta y cinco —dijo Newcombe sin mirar el reloj—. Tenemos menos de dos horas.

La cárcel de la ciudad de Memphis era parte del nuevo complejo para aplicación de la ley, construida en la vieja comisaría de la calle Poplar 201, en la sección antigua de la ciudad, a ocho kilómetros del río Mississippi y al final de la calle que se

extendía entre el Estado de U China Tennessee y el esplendor poblado de árboles del Parque Audubon, que, en su mayoría, habían muerto. Años atrás, los notables de la ciudad emprendieron una campaña, consistente en llenar las ramas muertas con hojas artificiales, con lo que el ambiente general de la ciudad podría permanecer intacto. Y constantemente les recordaban a toda la gente que era un hermoso invierno o verano.

A Crane y a Whetstone los llevaron a la comisaría en medio de la confusión: la Zona de Guerra acababa de explotar, saliendo de su nido y fluyendo hacia la ciudad propiamente dicha. Fue necesario movilizar a toda la fuerza policial para la lucha. Pero los habitantes de la Zona no parecían querer pelear, sino nada más que huir.

Grandes cantidades de musulmanes iban a parar a la comisaría, y exigían que se les concediera el derecho de abandonar la región. Crane estaba emocionado por el hecho de que alguien le prestara atención.

Para el momento en que les hubieron dado entrada en el libro de arrestos y arrojado en el tanque —la enorme celda de detención que tenía su capacidad completa con iracundos habitantes de la Zona que gritaban pidiendo libertad—, se hicieron las cuatro de la tarde. Cuando la capacidad llegó al límite, se atiborró con gente otras celdas; después, los vestíbulos. Al final, todo el bloque quedó bajo llave.

Durante todo el procedimiento, Crane nunca dejó de hablar, nunca dejó de hablar hacia la cámara de Jimmy Earl, que estaba preparada no sólo para grabar sino también para transmitir.

—El tiempo se está acabando —decía Crane—. La gente que está aquí conmigo proviene de la Zona de Guerra: están tratando de escapar del desastre. Deben escucharme cuidadosamente si quieren salvar la vida. Es demasiado tarde, temo, para que huyan si todavía no lo hicieron. Así que, pónganse zapatos, pónganse ropa de abrigo y llenen un bolso con comida seca y productos enlatados. Llenen botellas con agua: el agua dulce será lo que más van a necesitar en las horas que se avecinan. El principal problema que tienen en este preciso instante es su propio hogar: una trampa de muerte... Los vidrios volarán y los matarán; los objetos que cuelgan de las paredes o que están apoyados en la repisa de la chimenea son proyectiles mortales; las chimeneas los aplastarán; las cañerías del agua son explosivos; el techo de su propio hogar puede caer y sepultarlos. Los ladrillos son bombas; las astillas son espadas. Salgan de su casa.

—Hay árboles muertos por todas partes: evítenlos. Salgan de los caminos. Busquen campo abierto. Recuerden que los servicios de emergencia están situados en Capleville. Si pueden ver el ecograma sísmico correspondiente a su región orienten sus pasos hacia las zonas menos peligrosas. Habrá Postemblores, varios centenares de ellos en los siguientes días, así que continúen desplazándose hacia las zonas de seguridad. Agua dulce... agua dulce. Por favor... llenen botellas ahora. No hay mucho...

Fue entonces que oyó el retumbo profundo que venía desde abajo de ellos. De pronto, todo quedó mortalmente silencioso en el bloque de celdas, mientras el ruido aumentaba.

—¡Ya llegó! —exclamó Crane—. ¡Ya llegó! ¡Salgan de su casa! ¡Ahora! ¡Ahora!

El rugido estuvo encima de ellos, el piso de la celda se pandeó, arrojándolos a todos al piso, mientras afuera, aceras, calzadas y jardines empezaban a explotar.

Jimmy Earl lanzó un chillido y se agarró de los barrotes para buscar apoyo. Cuando el edificio se sacudió, toda la fila de barrotes cayó hacia afuera, encima de los hombres que estaban en los vestíbulos, sobre los que también llovió yeso. Las luces se apagaron.

—¡Stoney! —gritó Crane. El piso se bamboleaba y cabeceaba como un barco en aguas tormentosas. El lamento de seres humanos se unió al nauseabundo rugido, en un estentóreo alarido de desesperación. —¡Stoney!

—¡C-Crane! —llegó la angustiada respuesta—. ¡Aquí... aquí!

Crane maldijo a los policías por poner demasiada gente en el tanque de detención. Se arrastró por entre la masa de carne que se retorció en el bamboleante piso. Por todas partes caían pedazos del cielo raso. Crane estaba alerta, no asustado. La muerte se divertiría con él largo tiempo, antes de llevárselo.

—¡Crane!

Encontró a Whetstone en el rincón de la celda. La cara le sangraba tanto que el canoso cabello se había vuelto de color rojo brillante. Un brazo estaba roto; quizás el hombro. Pedazos de cielo raso le habían aplastado la caja torácica.

—¡Tus piernas! —gritó Crane, sobrepasando el rugido que parecía continuar para siempre, aunque calculaba que había transcurrido nada más que medio minuto—. ¿Te puedes poner de pie?

—¡Oh, Dios...Crane! ¡Cómo duele!

—¿Puedes usar las piernas?

—Creo... creo que sí...

—Entonces, aguanta —Crane se arrojó sobre Stoney, cubriéndolo con su cuerpo. Caían más pedazos del cielo raso, pero las sacudidas eran menores y el sonido se escuchaba más distante: el primer temblor había pasado.

Crane se esforzó por ponerse de pie. Otros hicieron lo mismo. Arrastró a Stoney mientras gritaba:

—¡Salgan! ¡Salgan ahora! Habrá más temblores.

Habían aparecido enormes agujeros en las paredes. Los presos se dispersaron hacia la luz que venía desde afuera. El microteclado de Crane empezó a zumbiar. Sostuvo con firmeza a Stoney y abrió la fibra con la nariz:

—¿Qué?

—¿C-Crane? —era Lanie—. ¿Estás bien?

—Apenas —dijo—. Todo es un lío aquí. Ahora estoy tratando de salir de la cárcel. ¿Cómo se ven las cosas?

—En las imágenes captadas por los helicópteros, todo lo que podemos ver es humo —contestó—, nada más. Humo.

—Aclarará. Tengo que irme. Volveré con ustedes. Dile a Newcombe que el cálculo del sitio seguro fue un poquitín demasiado cerca.

Cortó la comunicación y siguió desplazándose. Resultaba difícil no tropezar. Había cuerpos esparcidos por todo el piso.

Lograron llegar al vestíbulo, atestado con gente que se amontonaba delante de un agujero que se había formado en la pared.

—Tenemos una salida segura —le gritó a la multitud—. No hay por qué preocuparse. Todos somos gente honesta, ayudémonos los unos a los otros. Todos estamos bien. Permaneceremos bien.

Jimmy Earl lo alcanzó justo antes de que Crane pasara por el agujero. Seguía haciendo tomas con su DC, seguía haciendo su «película». Ayudó a que pasaran y salieran.

—Aguanta, pedazo de bastardo. —Le decía Crane a Whetstone, quien estaba quejándose. Crane temía por su amigo, cuya respiración era entrecortada—. Te debo tres mil millones de dólares, Stoney. No te me mueras ahora.

Salieron a Poplar, donde algunos policías estaban daban vueltas, aturridos. Su comisaría, los diez pisos, eran polvo de derrumbe que se alzaba de los escombros, haciendo que el aire tuviera sabor seco.

El humo envolvía toda la zona. Una neblina de humo, fuego y polvo que hacía arder los ojos. Tan cerca como Crane alcanzaba a ver, Memphis había desaparecido. Las carreteras elevadas estaban retorcidas como si hubieran sido de papel; el hospital que le había bloqueado la vista a Crane en la autopista, sencillamente, ya no existía. Crane no pudo ver los Predios feriales: el humo era demasiado denso. Lo que quedaba de la universidad estaba ardiendo fuera de control. Las calles, las aceras, los jardines, se habían pandeado por efecto del deslizamiento de tierra. Después, al agrietarse, se abrían enormes fisuras alrededor de ellos. Había geiseres de agua municipal que surgían hasta gran altura, provenientes de caños maestros.

Se oyó un sonido, como un rugido, que Crane no pudo identificar. Él y Jimmy Earl depositaron suavemente a Whetstone en el suelo y fueron a investigar. Avanzaron con todo cuidado por la calle rota, desplazándose hacia el oeste, en medio de un humo impenetrable que les bloqueaba la vista. No habían recorrido ni cinco metros, cuando Crane se dio cuenta de que no se trataba en absoluto de humo, sino que era una fina llovizna, un rocío, como una garúa espumosa.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Jimmy Earl.

Estaban parados en la margen del río Mississippi, mirando un furioso torrente que

ocupaba la que supo ser Memphis, Tennessee. Los esqueletos de los edificios muertos sobresalían aquí y allá de las tumultuosas aguas, en las que pasaban flotando cuerpos y casas. Memphis había sido una ciudad de un millón de almas. Ahora era el lecho de un río. Un poco más lejos, aguas arriba, donde habían estado los predios para ferias y exposiciones, había un cuadro que tenía magnificencia en su hermosa y mortal simetría: una catarata de treinta metros de alto ocupaba lo que había sido el centro comercial de Memphis y, mientras los dos hombres miraban asombrados, el increíble arco del puente Memphis-Arkansas flotó sobre el borde de la catarata para estrellarse, como en cámara lenta, con el río que estaba abajo.

Era algo que superaba la imaginación... incluso la de Crane.

Jimmy Earl cayó de rodillas y empezó a padecer arcadas en el río.

—Ahora no hay tiempo para eso —le dijo Crane, al tiempo que lo levantaba por el cuello de la camisa—. Tú querías un espectáculo. Ahora vas a registrarlo todo en videocinta.

—Hora —le dijo a su microteclado y por el implante oyó: dieciséis y treinta y nueve.

Arrastró a Jimmy Earl de vuelta a donde estaba Whetstone, quien estaba pálido pero consciente. Se acurrucó.

—Eres grandioso, Crane —dijo Whetstone débilmente—. Nos topamos con una joyita, ¿no?

—Ahorra energía —contestó Crane—. Necesitas tus fuerzas. Maldita sea, todavía tenemos que trabajar en el globo: el sismo llegó cincuenta y ocho minutos antes de lo previsto.

—No está tan mal en un lapso de ci-cinco mil millones de años.

—Sí —dijo Crane, con aire absorto. Miró hacia Jimmy Earl.

—Quiquiera que todavía me pueda oír en este instante, necesita recordar dos cosas: aléjense de cualquier elemento que pudiera caer sobre ustedes y traten de administrar los primeros auxilios a quienes los necesiten. Preocúpense más tarde por los seres queridos que perdieron.

Sin prestar la menor atención al sol, se sacó la camisa y la deslizó por debajo de Whetstone.

—Esto te va a doler —dijo, al tiempo que anudaba la camisa por sobre las costillas de su amigo y la apretaba hasta dejarla bien ajustada. Whetstone hizo un rictus de dolor.

Crane se dirigió a la cámara.

—La gente va a ser presa de la conmoción. Van a ir vagando sin rumbo, aturdidos. Tomen a esa gente a su cuidado, protéjanla.

Tiró abruptamente del hombro de Stoney, volviendo a poner en su sitio la cabeza del húmero, y Whetstone lanzó un suspiro de alivio.

Se oyeron gritos de desesperación provenientes de los bloques restantes de las celdas, los que estaban en los niveles superiores. Había hombres colgando de ventanas y rajaduras en las paredes.

—¡Eh, hombres! —gritó Crane a los habitantes de la Zona que estaban parados, contemplando el fin del mundo—. Agarren escombros, acero y hormigón armado. Empiecen a apilarlo de manera segura contra el costado del bloque. Hagan una plataforma para permitir que baje esa gente.

Sacó el cinturón del pantalón de Stoney, lo plegó y lo metió en la boca de su amigo. Sin decir una palabra, dio un tirón corto y abrupto en el codo, recolocando el hueso roto. Stoney mordió con fuerza el cinturón. Se puso pálido y se desmayó.

Jimmy Earl estaba parado delante de Crane, grabándolo todo, las lágrimas le surcaban las mejillas.

—Tan sólo continúa haciendo lo que estás haciendo —dijo Crane con suavidad—. Eso es importante.

—¡N-nunca p-pensé...!

—¡No ahora! —exclamó Crane con tono inflexible, mientras revisaba la cortadura en la cabeza de Whetstone.

Se puso de pie y caminó hacia una parcela de tierra mojada por el agua que manaba de una boca de incendio degollada.

Llevó consigo a Jimmy Earl. Le habló a la cámara:

—Si tienen gente herida que esté sangrando —dijo—, la madre Naturaleza tiene su propio medicamento.

Hundió las manos en la tierra.

—Lodo —dijo, sosteniendo sendos puñados en las manos—. Tapen la herida con lodo.

Se apresuró a regresar donde estaba Whetstone para hacer la demostración de la técnica del lodo en el herido. Cubrió con lodo la cabeza de su amigo.

—Esto detendrá la hemorragia. Preocúpense después por la infección.

Una enorme explosión, proveniente del complejo universitario, subrayó su explicación. A esto siguió otro temblor, uno fuerte que los lanzó al piso.

Sacó el cinturón de la boca de Stoney y se lo pasó por el hombro, para hacer un cabestrillo para el brazo roto. Detrás de él, los habitantes de la Zona estaban trabajando con premura para construir la torre que iba a permitir que la gente que estaba en lo alto de los escombros de la cárcel pudiera descender. Todos estaban luchando contra la oscuridad de la desesperación.

Jimmy Earl había retrocedido y estaba encuadrando la acción. Los hombres formaban una cadena humana para alcanzar escombros, los policías ayudaban. El humanitarismo se estaba haciendo presente; los odios mezquinos y la política se derrumbaban ante el peligro que corría la gran familia del Hombre.

Había vida. Había esperanza.

Stoney volvió en sí, gimiendo, y después le sonrió a Crane:

—Te lo agradecería —dijo—, pero tú probablemente encontrarías la manera de cobrarme esto.

—¿Cobrarle? Vamos, hombre, te estoy haciendo ahorrar dinero.

—¿Cómo es eso?

—Toda la comisaría desapareció —contestó Crane con una sonrisa—. No tenemos que pagar fianza para salir.

Libro tres

CAPITULO 14

Temblores subsiguientes

WASHINGTON, DC

13 DE ABRIL DE 2026, MEDIA MAÑANA

El cóndor de Mohammed Ishmael planeó con suavidad sobre las corrientes térmicas, bien en lo alto de la avenida Constitution, siguiendo a Crane y su caravana de automóviles mientras rodaban a través de la ciudad fantasma de Washington, D. C., en dirección al edificio del Congreso Nacional.

Mucho había cambiado durante el año anterior... y cada cambio trajo sorpresas. Cuando Li Cheun le dijo al presidente de Estados Unidos, en febrero de 2025, que no habría terremoto en Mississippi, no pudo haber conjeturado que a las treinta y seis horas estaría muerto. Y por su propia mano.

El cataclismo en el Reelfoot había sido tan devastador en tantas regiones —y tanto más como consecuencia de la confabulación del señor Li— que, al cabo de un día, resultó obvio que Liang Int. Estados Unidos daría pérdida para el año calendario 2025, la primera en su historia norteamericana.

Al ver las proyecciones financieras, y al ser hombre de honor, el señor Li se empapó en alcohol de quemar, entró en su muy amado diorama, y se prendió fuego. Sumamente considerado el señor Li, pensó Mui Tsao. Su muerte había hecho posible seguir adelante sin tener que cambiar mucho de lo que existía. De haber ido el señor Li al exilio o a prisión, las reglas de la compañía «abrían obligado a introducir un cambio en cada uno de los códigos».

El señor Mui sobrevivió, pues, a un tribunal inquisitorial que la compañía, al dar a conocer todos los registros que había enviado a la casa matriz de Beijing, concernientes a lo que él había calificado como el comportamiento «cada vez más necio» del señor Li. También acusó al finado de «egoísmo y tozudez» en sus tratativas financieras, y juró ser un gerente más sensato y avenible, que pondría a Liang América de vuelta, en el negro en el lapso de un año. Esta última parte era, claro está, una mentira y todos lo sabían, pero el optimismo es fundamental en la teoría de los negocios.

El señor Mui inmediatamente adquirió su propia arpía, un joven y ambicioso

hombre de la empresa, llamado Tang. La nueva arpa hacía mucha presión para competir con Yo-Yu en el ramo de los microprocesadores cerebrales, sector en el que Tang tenía gran interés, ya que él mismo era un *chipito* con dos puertos de conexión.

La verdad de las cosas era que el imperio de Ling Int. se estaba desplomando lentamente, por su propio peso, y que el terremoto de Reelfoot, junto con los ochocientos temblores subsiguientes, no había hecho más que acelerar el proceso.

En 2011, Liang había comprado todas las deudas de Estados Unidos de Norteamérica, todos sus vales pendientes. Básicamente, adquirió la propiedad del país, la mayoría de cuyos impuestos cobrados era destinada a pagar los intereses de la enorme deuda que se tenía con Liang, aunque una pequeña cantidad de los dólares provenientes de esos impuestos tenía que aplicarse a diversos programas para el pueblo. Liang Int. tan sólo poseía y explotaba Estados Unidos, no quería conservar su inversión. Puesto que la compañía era el gobierno de facto, cuando ocurrió lo de Reelfoot, quedó cargando con las culpas.

Reelfoot *había* sido lo suficientemente grande como para derribar un gigante: la primera sacudida alcanzó los 8,5 de la escala, casi el tope. Memphis nunca emergió de abajo del Mississippi, aunque el río siguió cambiando de curso durante tres meses después del sismo. Ahora no era más que el recuerdo de una ciudad, un sitio para que los buceadores buscaran tesoros perdidos.

Little Rock y Paducah quedaron lisa y llanamente inhabitables. Nashville quedó gravemente dañada, así como Louisville y Evansville y Carbondale. En St. Louis, el río sumergió la ciudad bajo una ola enorme, derribando el Arco sobre la ciudad en sí y arrasando edificios. En Kansas City, el río Quay salió de madre y ahogó más personas que las que fueron directamente afectadas por el sismo. El lago Michigan también desbordó, y las aguas de la inundación, junto con los temblores subsiguientes en Chicago, derribaron las torres negras gemelas donde estaban las oficinas de Liang, en Dearborn.

Knoxville, Lexington, Frankfort, Indianapolis, Fort Wayne, las dos Springfield (de Missouri y de Illinois), Jefferson City. Todas esas ciudades padecieron daños en los grados VII y VIII de la escala Mercalli.

Cuatro diques del sistema TVA se desplomaron, inundando Tennessee e interrumpiendo el suministro de energía hidroeléctrica a una región del continente que todavía la utilizaba. Los malecones de Mississippi y Louisiana se desmoronaron.

La tasa de mortandad llegó a casi tres millones de personas; la acongojante cantidad de diez millones de personas quedó sin hogar. Los daños se calcularon en centenares de miles de millones de dólares.

Liang era una operación comercial sin elementos superfluos, que hacía marchar la producción en relación con los recursos naturales. Centenares de plantas químicas, fábricas de papel, fábricas de automóviles y fabricantes de escudos se hundieron con

el terremoto, por no mencionar las bocas de expendio minorista. Liang era propietaria de esos productos para venderlos. La gente acudió a su gobierno para solicitar ayuda financiera, y Liang Int. se encontró en la nada envidiable posición de exigirse el reintegro a sí misma.

No se lo podían permitir. Tampoco se lo podían permitir sus aseguradoras.

La casa matriz simplemente decidió probar si se podía hacer que el flujo de bienes y servicios regresara a través de la región y se reconstituyera con lentitud. Con ese propósito, la compañía declaró que la región del terremoto era una pérdida total y la abandonó, dejando al Medio Oeste estadounidense convertido en una zona muerta de edificios derrumbados y sueños deshechos, en la que pululaban la pobreza y las enfermedades. La pérdida en ingresos brutos fue tremenda; las relaciones públicas quedaron destruidas.

El presidente Gideon se había convertido en el hombre más odiado de Estados Unidos. Se negaba a renunciar porque necesitaba el sueldo, y no podía echarle la culpa al señor Li, que era quien realmente la tenía, porque eso habría significado admitir que, en primer lugar, había sido el señor Li el que le decía qué debía hacer. Gideon se había convertido en prisionero en su propia Casa Blanca.

El cóndor del hermano Ishmael descendió hasta el nivel de la copa de los árboles, para obtener tomas cercanas de la caravana de automóviles mientras se acercaba al Capitolio. Los ocupantes de los vehículos se apuraron a salir de ellos y entrar en el edificio.

La versión compaginada de la videopelícula de Jimmy Earl, *La mejor última esperanza*, había sido el espectáculo más mirado del mundo en 2025, lo que a su creador le había traído premios y fama e, incidentalmente, lo había vuelto a Lewis Crane el hombre más adorado y reconocible del país.

Después estaban los habitantes de la Zona de Guerra que escaparon del cataclismo en Memphis y habían ido al sur y asumido el control militar de una pequeña ciudad llamada Friars Point, Mississippi. Rebautizada Nueva Cairo, la ciudad atrajo cincuenta mil refugiados.

El Mississippi siempre había cruzado la ciudad. Ahora estaba a varios kilómetros de distancia, pero había dejado detrás el cieno más rico de toda la faz del planeta. Muy pronto, a los cincuenta mil iniciales se les unió un millón más de *africs* del sur disgustados, fugitivos de las zonas o cualquier musulmán que quisiera empezar una nueva vida. Las fronteras originales se ampliaron, tomaron cada vez más terreno y expulsaron a los dueños anteriores de las tierras. Al final, el señor Mui se vio forzado a intervenir.

Mui consideraba la expansión del islam como algo inevitable. Además de eso, no estaba por tomar a su cargo los gastos de una guerra total para echarlos de esas tierras. Lo que hizo, de hecho, fue crear otra Zona de Guerra más grande que la

anterior. Inmensa, para decirlo con sinceridad. Construyó una muralla de doscientos diez metros de altura que rodeó por completo a Nueva Cairo, aunque a varios kilómetros de las líneas del frente y sin representar una amenaza directa. A la gente se le permitía viajar libremente, si iba desarmada, hacia y desde la zona amurallada.

La NDI estableció contactos de inmediato con otros estados islámicos de todo el mundo, los que proveyeron alimentos y materiales mientras la nueva Zona de Guerra se ponía de pie por sí misma. Poco después, el hermano Newcombe fue a ver a Yo-Yu y celebró un contrato de intercambio comercial que le brindó a la NDI suficientes escudos para cubrir los cultivos del delta que necesitara desarrollar con el objeto de que Nueva Cairo se vuelva autosuficiente.

Funcionó. Lo que también funcionó fue la violencia, la escalada cada vez mayor de la guerrilla y la guerra económica, con confrontaciones implacables con la FPF y con amenazas, o boicots reales, de los productos de Liang Int. En el sitio sagrado interno más recóndito del liderazgo de la NDI, la escisión era más profunda que nunca: Martin Aziz y Dan Newcombe contra Ishmael... sin que ninguno de los dos bandos pudiera demostrarse en forma concluyente. Era un empate.

Sumi Chan se cernía desde su elevada posición en la Cámara de senadores y presidía las reuniones de esos engreídos, siempre sonrientes y amables, pero completamente falsos, que se llamaban a sí mismos congresistas. Estaban «debatendo» la cuestión de aprobar o no, una resolución no vinculante que, merced a un milagro de completa retórica y deslumbrante falta de lógica, le echaría la culpa al consorcio Yo-Yu de la tragedia de la hendedura de Reelfoot.

—Señor presidente —dijo la congresista de Nueva York—. Desearía concederle tres minutos de mi tiempo al honorable senador por Arkansas/Oklahoma.

—Se toma nota —dijo Sumi en forma automática—. Tiene usted la palabra, señor Gerber.

—Gracias —dijo el caballero, con el aplomo de un estafador.

Cuando empezó a hablar, Sumi dejó vagar su mente. Todavía tenía que entender por completo por qué estaba ahí. Y el único hombre que se lo podía decir había muerto hacía mucho. Se las había arreglado para evitarlo desde el momento en que tomó este empleo hasta su muerte, porque lo temía en lo sexual. Ahora estaba sentada ahí, aburrida y sola, el símbolo del liderazgo político estadounidense, ya que Gideon se había escondido en la Casa Blanca.

—¡Señor presidente! —La voz la sobresaltó. Uno de los pajes del Senado la tironeaba de la manga—. Alguien quiere verlo. Dice que es importante.

—¿Quién?

—Lewis Crane.

—¿Lewis Crane está acá? —preguntó en voz suficientemente alta como para que se oiga en la cámara.

—Está aguardando en el pasillo, señor.

—Mi Dios —dijo Sumi. No había tenido contacto personal con Crane desde lo de Reelfoot. Se volvió hacia el paje, un chico con acné, hijo de un juez de la Corte Suprema, y dijo:

—Llévelo a la antigua Corte Suprema, en el piso de abajo. Me reuniré con él en un instante.

El paje se alejó presuroso. Ahora, Sumi estaba completamente alerta y excitada. Crane pudo haber sido muchas cosas, pero nunca aburrido. Le entregó el mazo al oficial de orden, para que éste llame al presidente de la mayoría, y se escabulló de la cámara y salió a las salas vacías, en las que retumbaban sus pasos. Había oído que, otrora, cada año venían aquí seis millones de visitantes para escuchar los trámites legislativos y ver la democracia en acción. Nadie venía ahora. Todos los miembros del Congreso eran anacrónicos, que vivían su vida en un edificio de doscientos años que se estaba cayendo a pedazos debido al nepotismo de George Washington, que eligió su propia cantera de roca de inferior calidad como fuente de material para construir esta maldita cosa.

Lewis Crane había venido al territorio de Sumi. Debía querer algo, pero Crane siempre quería algo. Ahora quería algo antes de que Yo-Yu asumiera el poder. En un gobierno en el que los votos se compraban, el rival de Liang tenía más poder adquisitivo. Yo-Yu podía tomar el control del gobierno sin ganar un solo escaño en las elecciones. Hasta a la propia Sumi habían intentado sobornarla... y ella había considerado la posibilidad. Estados Unidos era propenso a ejercer ese efecto sobre la gente.

Crane esperaba con Lanie en la conservada galería de la diminuta sala del tribunal del siglo XVIII, mientras el resto de la comitiva visitaba todo el edificio. La sala era un incongruente espacio reducido, habida cuenta de las grandes decisiones que se habían anunciado ahí —Dred Scott, Marbury contra Madison—, notables precedentes en la jurisprudencia. La sociedad estadounidense moderna se había formado en este lugar, para después reconstruirse en el gran edificio, estilo imitación griego, que estaba en la acera de enfrente.

Lanie puso su mano sobre la de él.

—No te preocupes —susurró como si estuviera en una iglesia *cosmi*—, va a resultar.

—No lo hemos visto a Sumi desde hace mucho.

—Tengo fe en ti —dijo Lanie—. Vienes al sitio adecuado en el momento adecuado.

Crane esperaba que ella tuviera razón, pero él era escéptico... y, sentía, adecuadamente cínico respecto de la política. Haría sus juicios sobre Sumi después de que hubieran hablado. El brazo lisiado le dolía terriblemente. A la tarde se iba a

producir un terremoto de gran magnitud en la placa de Cocos, en el sitio en que se encontraba con la del Caribe. Más tarde, esa misma noche, en África, la Gran Grieta se iba a separar un poco más, cuando parte de ella se apartara de sí misma, creando rocas y abriendo enormes fisuras. Mañana iban a tener lugar avalanchas de lodo en California. La evacuación de las zonas afectadas ya se estaba efectuando gracias al Informe Crane, su boletín mensual sobre el estado de la Tierra. Eso le daba a las poblaciones un margen de dos meses de adelanto respecto de cualquier sismo inminente.

—¡Crane! —le llegó una voz desde el vano de la puerta. Se volvió para ver a Sumi Chan, en pijama negro de seda, parado con los brazos extendidos y una amplia sonrisa.

Crane se paró de un salto para apurarse y darle a Sumi un abrazo de oso.

—Se te ve bien.

—Los ojos pueden engañar —contestó Sumi, dejándolo a Crane para ir a saludar a Lanie—. Felicidades por su inminente matrimonio. Espero ser invitado a la ceremonia.

—Es por eso que estamos aquí —dijo Crane, mientras Sumi besaba a Lanie en la mejilla—. Queríamos invitarte personalmente.

—Bien —contestó Sumi, volviendo a mirar a Crane y sonriendo—. ¿Y quizá para tratar algún negocito mientras estás aquí?

—Siempre puedo tratar negocios —dijo Crane, mientras los tres tomaban asiento. Crane observó una cierta flojedad en los rasgos de Sumi. Ese hombre necesitaba un desafío. Sacó una revista del bolsillo trasero y se lo dio.

—Aquí tienes, el nuevo Informe Crane, recién salido de la imprenta.

—Ya tengo uno, es lectura obligatoria para cualquier jefe de Estado en ejercicio. ¿Cuándo es el gran día?

—El 23 de julio —dijo Lanie—, a las 14:37 exactamente.

—En la cadena del Himalaya —completó Lewis.

—Himalaya —sonrió Sumi—. Tu suerte aumentó desde la última vez que nos vimos, amigo mío.

—Al igual que la tuya.

—No, yo simplemente estoy haciendo lo que hacía cuando te conocí, alharaca y relaciones públicas, con la diferencia de que ahora lo hago en otro sitio. Me siento como un cuidador, que se limita a vigilar el cargo hasta que aparezca el verdadero vicepresidente.

—¿Entonces es cierto lo que oí decir sobre Yo-Yu? —preguntó Lanie.

—Probablemente más cierto que lo que te imaginas —repuso Sumi—. El consorcio se anotó varios puntos con nuevos chips que, según me dijeron, son mejores que la endorfina. La gente quiere a Yo-Yu. Una vez que iniciaron su proyecto

para regeneración del ozono, supe que Liang estaba derrotada. Yo-Yu se las arregló para reponer el cinco por ciento de la capa de ozono, y eso nada más que en este año. A la gente le gusta eso; vota por eso.

—¿Tu poder desapareció por completo? —preguntó Crane

—No por completo —contestó Sumi, la mirada volviéndose ya penetrante—. ¿Cómo está el doctor Newcombe?

—En estos últimos meses no lo he visto mucho en persona —contestó Crane—. Está en su año sabático, tratando de afinar su ecología de terremotos para que se adecuó más a la licuación del suelo. Lo vemos todo el tiempo en televisión, empero.

Sumi asintió con la cabeza.

—Está en Washington más que yo. Nueva Cairo sigue siendo noticia para el público, y Newcombe es el vocero de la NDI. Creo que su conversión pública tiene mucho que ver con la mayor aceptación que la gente tiene por la Nación del Islam.

—Es geólogo, no político —dijo Crane, sin molestarse por ocultar su desprecio—. Necesita pasar más tiempo en las cosas importantes.

—¿Hemos tocado un punto sensible, acaso? —preguntó Sumi.

—Dan tiene talento —contestó Crane, encogiéndose de hombros—. Desperdiciar su talento en tonterías es algo que me resulta incomprensible... sin pretender faltarte el respeto.

—Hay gente que encuentran que la idea de un Estado islámico en Estados Unidos es algo más que una *tontería* —repuso Sumi—. Sé que la gente de Liang lo considera prioridad número uno.

—La gente de Liang se puede ir...

—Crane —lo interrumpió Lanie, señalándose el microteclado de pulsera.

Él asintió con la cabeza; después sonrió, sorprendido de encontrarse nervioso.

—¿Te preguntaste por qué nunca traté de ponerme en contacto contigo durante tanto tiempo?

—Supuse que estabas enojado conmigo —dijo Sumi, haciendo una leve inclinación de cabeza.

—Oh, Sumi, no. Piensa en ello. ¿Quién mejor que yo para entender cómo a una persona se la puede someter a presión, se la puede atormentar y, finalmente, obligar a que haga algo que realmente no desea hacer? ¿Quién mejor que yo para entender las explicaciones racionales que llevan a una persona la conclusión de que el fin justifica los medios? —Movié la cabeza en gesto de negación, en su cara una expresión que era a la vez de sabiduría y de compasión—. Dejé lo pasado atrás. Por favor, créeme, y no vuelvas a pensar en eso.

Sumi y Crane se miraron con fijeza: habían establecido contacto, y había comprensión y perdón entre ellos.

Crane se aclaró la garganta.

—Pasé el último año trabajando en un proyecto especial, algo verdaderamente grande pero, para terminarlo, necesito tu ayuda.

—Me duele admitirlo, Crane, pero en estos tiempos resulta muy difícil conseguir dinero del Estado para investigación y desarrollo. Es lamentable, pero alguien de Beijing tendrá la última palabra en cuanto a la concesión de fondos...

—No quiero fondos. Quiero autorización y ratificación. La fundación es rica. La apuesta de tres mil millones de dólares, ya sabes. Además, empezamos a publicar el informe y el mundo paga por el informe en sí, por la ecología de los terremotos en las zonas pronosticadas, por la evaluación medulosa de los posibles daños, y por la obtención de asesoramiento en general. Nuestra prosperidad supera todos mis sueños.

—¿No necesitas fondos? —preguntó Sumi, frunciendo el entrecejo—. ¿Pero qué puedes querer de mí si no quieres prenderte de la teta? ¿Qué podría yo tener para ofrecerle al hombre que tiene todo el dinero que necesita?

La boca de Crane estaba seca. Metió la mano en el bolsillo y extrajo un diminuto disco.

—Dale una mirada a esto —dijo, entregándoselo—. Explicará mucho.

Sumi introdujo el disco en su propio microteclado y después miró en derredor, buscando una pantalla.

—¿Me podrías prestar tus antiparras, por favor?

Lanie le dio a Sumi unas antiparras adicionales que llevaba en su bolso de tela, al que ella denominaba bolso con-todo-lo-que-Crane-necesita-para-sobrevivir-por-el-camino. Lanie hizo una inhalación profunda, nerviosa y tenía los ojos muy abiertos. Las cartas estaban echadas.

—Prueba en la fibra L —dijo Crane, mientras Sumi se bajaba las antiparras y tocaba la tecla.

—Una vez que termines con este trabajo, te podría utilizar como encargado de las relaciones públicas —bromeó Crane.

—¿Soborno, Crane? —preguntó Sumi, siguiéndole la broma—. Esto debe de ser verdaderamente importante.

—Lo es. Pero, ahora en serio, siempre tienes un puesto esperándote. Espero que lo sepas.

—El globo —dijo Sumi, sonriendo.

—Sí —dijo Crane, con tono de padre cariñoso—. Te hemos extrañado en la fundación, Sumi.

El globo estaba girando con rapidez. ¡Si Sumi tan sólo supiera, pensaba Crane, lo que había acontecido con el globo durante este último año! Había evolucionado a velocidad asombrosa, convirtiéndose en algo que había sobrepasado las fantasías más alocadas que pudo haber tenido Crane cuando contrató a Lanie. La función cognitiva del globo no admitía reproches pero, lo que era más importante, estaba desarrollando

conciencia... Forzó su atención para que vuelva a la imagen del globo girando. Su reflector encontró y destacó California, mientras la rotación iba disminuyendo.

Estaban contemplando California, la imagen llenando todo su campo visual en las antiparras. El mundo era verde y marrón; los océanos, azules; las ciudades, vibrantes en amarillo pálido, amistoso.

—Muy bien —dijo Crane—. ¿Recuerdas dónde está el Amortiguador de San Andrés?

—Justo al sur de Bakersfield, ¿no es así? Monte Pinos.

—Sí.

El Amortiguador de San Andrés era una inflexión en s que había en la línea de falla, una protuberancia o pliegue similar a un reborde, donde la placa del Pacífico, que se desplazaba hacia el norte, y la placa de Norteamérica, que lo hacía hacia el oeste, estaban trabadas. El desplazamiento inexorable continuaba y las placas, titanes monstruosos e imparables, se empujaban entre sí. La presión estrujaba cada vez más el Amortiguador, sometiendo la roca a un esfuerzo deformante cada vez mayor.

—Ahí —dijo Crane—, ¿ves la zona roja que se abre en la base?

Una luz rojo brillante titiló justo al sur de Bakersfield, y empezó a reptar a través de una línea de falla que, al final, abarcaba una enorme losa de la placa del Pacífico, hasta llegar a Filipinas. Los Ángeles estaba del lado equivocado de la falla que se estaba desgarrando. Lo mismo pasaba con San Francisco. La rasgadura descendía ininterrumpida hacia el sur, hasta adentro de México, escindiendo la península de Baja California en el extremo norte del Golfo de California.

—El punto rojo es tan grande en el Amortiguador —dijo Sumi

—Eso se debe a que todo el Amortiguador está pronto a partirse. Mira.

Sumi quedó sin aire.

Todo el reborde estaba pulsante en rojo, deformándose. Después, simplemente se desmoronó, como si todo el esfuerzo se hubiera aliviado de golpe. La placa del Pacífico se desplazó. No había gente representada en el globo pero, cuando las ciudades amarillas empezaron a palpar en un feo rojo, cualquier ser humano que mirara podría oír los alaridos de centenares de miles de personas heridas y moribundas.

—Lo que estamos mirando es la verdadera separación del sur de California de la placa de América del Norte —dijo Crane—. Se está convirtiendo en una isla que contiene la osamenta de dos de las principales ciudades del mundo, por no mencionar que toda la California del lado oceánico, tan intensamente desarrollada, se convierte en cadáver. ¿Ves? Nació un nuevo minicontinente, que se desplaza hacia el norte.

El trozo de continente lentamente se arrastró hacia su eventual subducción por debajo del lomo norte de la placa.

—Asombroso —susurró Sumi—. ¿Y el año?

—Sigue mirando.

Crane llamó por el microteclado a Lanie, quien se quitó las antiparras para mirarlo fijo. Él se encogió de hombros, ella hizo lo mismo y después le sopló un beso, antes de volver a acomodarse las antiparras.

Crane se colocó de nuevo las suyas en el preciso momento en que los números 6 - 3 - 2058 aparecían en la pantalla.

—Quiero recordarte, Sumi —dijo—, que ésta no es una simulación ni un conjunto de especulaciones. Estás mirando en una bola de cristal y contemplando, de manera directa, el futuro, el futuro real.

—Treinta y dos años. —Sumi apretó el microteclado para detener el disco. Todos se levantaron las antiparras. La cara de Sumi estaba contraída y pálida—. Qué tristeza se debe sentir cuando se mira tanto horror todo el tiempo, cuando se sabe cuan inevitable es.

—Pero ¿es inevitable? —preguntó Crane, viendo cómo los ojos de Sumi se entrecerraban como ranuras.

—Me acabas de decir que estuve mirando en una bola de cristal.

—Una bola de cristal que muestra el futuro que será real únicamente cuando llegue.

—No entiendo.

—Pon la otra cara del disco. Deseo que mires otro futuro.

El globo se volvió a encender dentro de las antiparras. El tiempo volvió atrás.

—Mira más hacia el sur de la Falla, en el valle Imperial Observa cómo se abre una pequeña zona roja.

Mientras Crane hablaba, un pequeño punto rojo a lo largo del brazo sur de la Falla de San Andrés brilló en rojo durante varios segundos. Después desapareció.

—¿Qué fue eso? —preguntó Sumi.

—Mira —dijo Crane—. El globo va a cobrar velocidad.

Rotaba violentamente en persecución de los años, para finalmente detenerse en California. Una vez más en los números 6 - 3 - 2058, pero ahora daba la impresión de que todo estaba intacto y sereno. El espectáculo terminó. Los espectadores se quitaron las antiparras. Sumi miró fijamente a Larde; después, a Crane.

—Muy bien. ¿Qué pasó..., cómo se produjo la diferencia?

—Le pregunté al globo —dijo Crane, haciendo una pausa para el efecto dramático— si era posible evitar la destrucción de California mediante la fusión de las placas.

—¿Cómo se fusionan placas tectónicas, Crane?

—Calor. Un calor tan intenso que funde la roca sólida y hace que quede adherida.

—¿Y cómo generarías un calor tan intenso?

—Una reacción termonuclear es la única manera que se me ocurre. En este caso

en particular, una explosión de cinco gigatonnes a lo largo de un tramo de diez kilómetros bajo tierra, treinta y dos kilómetros por debajo de la superficie del planeta, justo en el punto que indicó el globo.

—Estás hablando de una explosión miles de veces más poderosa que cualquiera que se haya detonado con anterioridad.

Mientras asentía vigorosamente con la cabeza, Crane dijo rápidamente.

—Pero desviada hacia abajo, hacia el núcleo termonuclear de la Tierra. Ni siquiera produciría una onda pequeña en la superficie. Lo hemos simulado: funciona.

—¿Pero cómo podrías saber que no habría de redundar en otra cosa que no fuere una rotura de importancia en la Falla y en el apresuramiento de la destrucción catastrófica?

—Sumi, ¿no me dijiste que el Informe Crane es lectura obligatoria para todos los jefes de Estado? Pues bien, el Informe Crane se basa sobre las funciones del globo, y todavía no equivocó. En este caso lo estamos usando nada más que de una manera ligeramente distinta. Piensa en esto: fusionar las placas más hacia el sur de la falla, donde no hay esfuerzos deformantes por el momento, eliminará toda la presión sobre el Amortiguador. De hecho, esta única soldadura en verdad frenaría la velocidad de la deriva continental, al volver a unir las dos placas. Durante cincuenta años posteriores al acontecimiento, en estas dos placas comprobamos una disminución de la deriva del ochenta por ciento, con una disminución concomitante en la actividad sísmica.

Sumi se puso en pie de un salto y empezó a recorrer la estancia de un lado a otro:

—¿Estás seguro de que el esfuerzo deformante no va a saltar por otro lado? Quizás estemos destruyendo Sudamérica para salvar Los Ángeles.

—En el globo avancé doscientos cincuenta años, y no encontré actividad alguna que ya no estuviera destinada a ocurrir. Quizá mucho más adelante pueda haberla, ¿pero cuánta seguridad quieres? Hemos aprendido que esta única soldadura reduce la actividad mundial de los temblores en un siete por ciento.

—¿Lo dices en serio?

—Lo digo en serio.

Sumi salió de las filas de asientos, para pararse al final del pasillo. Señaló a Crane.

—Esto apunta a algo que es más grande que California, ¿no?

—Sí —dijo Crane sin ambages—. El globo me mostró cincuenta y tres puntos para soldadura que, una vez completados, detendrán por completo la deriva continental, junto con los terremotos, volcanes y *tsunami* asociados con ella. Supuse que hablarle al mundo respecto de hacerlo será muchísimo más fácil, una vez que demostremos que funciona en un solo sitio.

—¡Treinta y dos años es el lapso de dos vidas para un político! Eso plantea problemas.

—Es más difícil que eso —dijo Crane—. Únicamente tenemos una ventana de cinco años, como máximo, en la soldadura de San Andrés. Para septiembre del 2033 la presión habrá aumentado lo suficiente, todo a lo largo de la falla, que la soldadura no será posible sin dar comienzo a un terremoto de grandes proporciones.

Sumi avanzó por el pasillo y se sentó al lado de Crane, mirando hacia el asiento de los jueces.

—¿Y qué necesitarías, exactamente, del gobierno?

—Muchas cosas, menos dinero. Por empezar, tendríamos que resolver la manera de sortear la prohibición de detonar armas termonucleares. Yo necesitaría los permisos adecuados para hacer excavaciones en el valle Imperial, en el pliegue sinclinal de Saltón. Y, por supuesto, necesitaría acceso a los depósitos de armas termonucleares.

—Quizá —dijo Sumi— no sea tan difícil como piensas.

—¿Qué quieres decir?

—Eres un experto en armas termonucleares —respondió Sumi—. ¿Recuerdas el desarrollo de la primera bomba atómica?

—El proyecto Manhattan —dijo Crane—. ¿Qué hay con eso?

—Se hizo en el máximo secreto, el gobierno lo trataba como medida de seguridad nacional, sin decírselo a alguien casi hasta el momento mismo en que la dejaron caer sobre los japoneses.

—¿Estás sugiriendo que podríamos hacer todo esto en secreto? —preguntó Lanie. Sumi asintió con la cabeza; después miró a Crane y le tocó el brazo.

—Siempre tuve fe en ti. Si me dices que esto es posible, pues entonces tengo fe en que es posible. Eres un hombre bondadoso. Yo te causé mucho daño y estoy en deuda contigo, y tú sabes que lo estoy. Es una obligación.

—No, Sumi, a mí nunca...

Sumi alzó la mano, pidiendo silencio.

—Por favor. Permíteme recuperar el honor y el respeto por mí mismo. Liang Int. sufrió un duro revés. En última instancia aprobarían el proyecto si lo pudiéramos llevar a cabo cerca de las próximas elecciones, y triunfamos... En especial si no tienen que pagar nada: ése es el caballo que corre tapado en este asunto.

—Entiendo —dijo Crane.

—Sería en absoluto detrimento de todos que esto se filtrara al mundo exterior. Ya me puedo imaginar el clamor, en especial al estar la Nube de Masada circunnavegando el mundo cada diecisiete días, para recordarle a la gente el terror termonuclear. Éste puede ser un período histórico para ti y la posibilidad de poner por fin, en práctica tu sueño. ¿Supongo que es a esto a lo que estabas apuntando todo este tiempo?

—Tu suposición es correcta.

—Será el trabajo de venta más grande en la historia del mundo, pero estoy listo para emprenderlo. Los aspectos son tan buenos como se puede esperar. Sin embargo, para vender el programa necesito más de ti que este disco: ¿tú lo financias todo, hasta el último centavo?

—Estoy preparado para hacerlo.

—Pues entonces sólo tengo que convencer a la gente apropiada sobre la factibilidad del proyecto. Y conseguir que todo esté por escrito. Imagino que analizaste todos sus pros y sus contras.

Crane asintió con la cabeza.

—Es eso lo que me pasé haciendo este último año. Conozco cada argumento en contra, y cada argumento para rebatir el anterior. —Buscó en el bolsillo y extrajo otro disco—. Todo está ahí.

Sumi tomó el disco.

—Eres un hombre temido y respetado en Liang Int. Cayeron una vez en el lado contrario a ti, y lo pagaron caro. Querrán escuchar. —Se guardó el disco en el bolsillo y se puso de pie—. Pondré manos a la obra de inmediato.

Crane también se paró.

—¿Lo harás, en verdad, lo harás?

—Sin la menor duda. Esa puede ser la razón por la que estoy en el planeta: nada más que para hacer este trabajo.

Lewis Crane, duro como la roca y centrado como un epicentro, se desplomó en su asiento, estupefacto.

—No sé cómo agradecerte. Yo...

—No —dijo Sumi, sacudiendo vigorosamente la cabeza hacia un lado y otro—. Soy yo quien te lo agradece. Ahora puedo recuperar mi honor.

Se inclinó ceremoniosamente y salió rápidamente de la cámara. Crane estaba temblando, casi deliraba.

Lanie lanzó un chillido y le pasó los brazos alrededor del cuello:

—¡Lo lograste! ¡Lo... lograste! ¿Cómo te sientes? Crane se secó los ojos y besó a su futura esposa. —Me siento como si me hubieran sacado de los hombros el Peso de cinco mil millones de años.

Recombinaciones

NUEVA CAIRO

16 DE JULIO DE 2026, 14:00

Abu Talib, también conocido como Daniel Newcombe, estaba de pie en un

enorme algodonal, junto con representantes de las repúblicas islámicas de Argelia y Guatemala. Todos los días venían dignatarios islámicos a presentarle sus respetos o a negociar contratos comerciales con Nueva Cairo. En estos precisos momentos, el algodón era el rey.

Al convertirse al islam, Newcombe empezó a ser el hermano Abu Talib que era el nombre del tío de Mohammed y su partidario más grande de toda la vida, quien tampoco había creído en la misión del profeta, del mismo modo en que Newcombe/Talib tampoco creía en los principios del islam ni en la filosofía del hermano Ishmael. Era la manera en que el hombre ateo abrazaba la religión.

El campo se extendía centenares de hectáreas. Las pantallas de Yo-Yu a tres metros por encima, lanzaban un reflejo levemente azulado. A la distancia, la muralla de Liang dividía el horizonte. Cientos de personas trabajaban en el campo que los rodeaba. En ese mismo instante, los algodoneros se asemejaban a pequeños arbustos muertos, pero la tierra era negra y rica, y las lluvias de primavera ya estaban a pocas semanas de distancia.

Ali García, representante comercial de Guatemala, estaba en cuclillas al lado de una planta, mirándola con el entrecejo fruncido.

—¿Éste será algodón de las tierras altas estadounidenses? —preguntó, mientras sus dedos jugaban con una ramita muy delgada.

—El mejor del mundo —le contestó el hermano Talib—. Ahora no parece gran cosa, pero las flores se empezarán a formar después de las lluvias. Una vez que se marchiten se forma la vaina, la que en un par de meses estará madura. Ustedes podrán tomar el envío a mediados de agosto.

—¿Qué pueden producir en un campo como éste? —preguntó el argelino Faisal ben Achmed.

—El año pasado obtuvimos ochocientos mil balas de algodón, y sin saber lo que estábamos haciendo. Este año duplicaremos esa cantidad. ¿Están interesados?

—Por supuesto que estamos interesados —dijo García—. ¿Qué esperan a cambio?

Inversiones de capital, maquinaria agrícola, ganado en pie y materiales de construcción —contestó Talib—. Estamos cavando, atrincherándonos, hasta que el resto de nuestra gente sea bienvenida en la madre patria. Queremos establecer una base sólida a partir de la cual podamos crecer.

—*Kwiyis* —Faisal asintió con la cabeza—. La gente de ustedes es fuerte y su suelo está bendecido. Serán un buen agregado a nuestra familia internacional.

—Si queremos tomar el transbordador a Belice, debemos irnos —dijo García, poniéndose de pie.

—¿Están seguros de que no se pueden quedar y comer conmigo? —preguntó Talib—. Los alimentos son deliciosos y todos se cultivan aquí, en Nueva Cairo.

Permítanme extenderles mi plena hospitalidad.

—*Alfshukre* —contestó Faisal—, pero no, y lo lamentamos. La hospitalidad de Abu Talib es famosa.

Talib inclinó levemente la cabeza, y después los condujo a través de los campos hasta el camino principal, bajo un sol pesado, quemante. Allí los aguardaba un vehículo.

—¿Qué tan grandes son los territorios ocupados? —preguntó García, mientras el conductor abría el foco y salía raudamente.

—Somos la esquina noroeste de los territorios —contestó Talib—. El Mississippi nos divide de Arkansas y Louisiana, y nos brinda una frontera natural en el sur, hasta el Golfo de México. Nos extenderemos hacia el este, hasta el océano Atlántico. Habrá suficiente lugar.

—Por ahora —dijo Faisal, y todos rieron.

—¿Los estadounidenses capitularán? —preguntó García.

—Así lo espero —respondió Talib—. Sinceramente, así lo espero.

Viajaron a través de algodones, campos de soja y arrozales; después pasaron frente a las granjas lecheras, y más adelante se veían gallineros. Los alojamientos estaban dispersos en los campos, para que los trabajadores vivieran cerca. Estaban realizados en forma de edificios de tres pisos, con departamentos hechos con ladrillos cocidos en Nueva Cairo. La construcción de viviendas era una importante preocupación, y siempre estaba haciéndose a todo vapor. Al carecer del equipo adecuado desde el comienzo, la industria de la construcción era casi bíblica en sus métodos, algo que Talib quería rectificar lo más pronto posible.

Le encantaba el respeto con el que se lo trataba en estos días. Con Crane había vivido en las sombras. Aquí era él quien hacía la sombra, y era una sombra grande. La mayoría pensaba en él, no en el hermano Ishmael, cuando se mencionaba el Estado islámico. Eso puso a los dos hombres en una extraña posición, en especial porque Talib no consideraba a Ishmael como su líder espiritual.

Árboles de magnolia muertos y gente viva bordeaban la carretera que conducía al casco de lo que había sido una plantación antes de la guerra civil y que ahora servía como sede gubernamental y religiosa de Nueva Cairo. A Yo-Yu se le había dado permiso para construir una planta de escudos en el Estado amurallado y, a cambio, estaban diseñando escudos para árboles, de modo que la regeneración de los miles de árboles de magnolia y los algodones de Nueva Cairo pudieran ponerse en marcha.

Talib les deseó a sus huéspedes *sahbah innoor* y dispuso que el conductor los trasladara. Se abrió camino por entre la multitud que atestaba la entrada principal a la Casa de Gobierno. Siempre había multitudes, ya fuere de gente que se quejaba o, lo que era más frecuente, de refugiados que buscaban asilo. No bien Talib consiguiera levantar otro edificio, iba a hacer que Inmigración se mudara al punto geográfico de

Nueva Cairo que estuviera más lejos de donde él estaba.

No bien lo reconocían, la gente se apartaba ante él. Él era una Presencia, se lo consideraba la palabra de Ishmael encarnada, y se lo trataba en consecuencia. Y era el único estadista de la NDI: el hermano Ishmael se rehusaba a asumir ese papel, y también a visitar Nueva Cairo hasta que, según decía, «todos mis hermanos tengan libertad para hacer el viaje de vuelta a casa».

Por eso, para los ciudadanos, Abu Talib era quien gobernaba Nueva Cairo. Hasta la fecha no se le había negado ninguna solicitud, por lo que su condición de amo supremo no estaba en discusión. El primer año de Nueva Cairo había transcurrido lleno de penurias —emocionales, físicas y financieras—, pero habían sobrevivido y la colonia estaba alcanzando buenos resultados. Talib había sido responsable, en gran parte, de ese éxito.

Era lógico que, cuando decidió tomarse la licencia del año sabático, fuera allí. Estaba cerca de la acción y se lo respetaba, y, por empezar, podía trabajar con el mismo suelo que había sacado de sincronización a su ecografía sísmica. Además, Crane y Lanie estaban lejos. Él trabajaba con mucha intensidad para olvidarlos a ambos... con muy poco resultado.

Había instalado su laboratorio en un dormitorio grande con un amplio balcón donde trabajaba y dormía. Dejaba las puertas-ventana abiertas toda la noche para sentir la brisa. Ingresó luego de marcar su código y trabó la puerta detrás de sí.

—*Assalamu ahlaykum* —le llegó una voz de entre el zumbido de las computadoras y sismogramas.

Se dio vuelta, sorprendido: Khadijah lo estaba contemplando.

—*Wiahlaykum issalam* —respondió él, cruzando la distancia entre ellos para besarla en ambas mejillas—. ¿Qué te trae hasta aquí, a *Ciudad Afric*? Estás muy lejos de casa, muchacha.

—Mi hermano me envió. Quiere que me «acostumbre a la llanura aluvial». ¿Siempre hace este calor?

—La mayor parte del tiempo —dijo Talib, y rió—. Odio decirlo, pero me gusta volver a verte.

—Gracias. En realidad, estoy contenta de haber venido.

—Pues si pretendes quedarte un tiempo —dijo Talib—, recuerda usar velo cuando salgas: éste es un Estado islámico.

Khadijah sonrió.

—Lo averigüé de la manera más difícil: alguien me tiró una roca cuando estaba entrando.

—¿Y tú qué hiciste?

—Se la tiré de vuelta.

Talib lanzó una risita breve.

—También habrá que ponerte a trabajar —dijo—. Ésa es la regla aquí.

—¿En los campos? —preguntó horrorizada.

—O en la construcción, o en las instalaciones sanitarias, o en el mantenimiento de los escudos...

—Suficiente. Hablaremos sobre eso mañana. —Señaló el licuador—. ¿Qué hace eso?

—Cuando termine de ingresar datos —explicó Talib—, voy a duplicar los terremotos del año pasado. Éste es un mapa geológico exacto de esta región. Lo llené con sensores diminutos para leer los cambios. Con suerte, el río alterará su curso y, en último caso, terminará donde está hoy. Si lo hace, significa que hice mis cálculos correctamente. Si no lo hace, deberé regresar a lo básico.

—¿Cuántas veces lo intentaste?

Él alzó las cejas.

—Una docena, más o menos. En la ciencia no existe la recompensa instantánea. Pero me estoy acercando.

Khadijah le puso la mano sobre la boca. Tengo entendido que la mujer blanca se va a casar con el hombre de los terremotos.

Talib negó con un movimiento de cabeza, y se liberó de la mano de Khadijah.

—Sí, es totalmente cierto que Lanie y Crane se casarán —dijo—. La semana que viene, y en una posada en los Himalaya con una soberbia vista del monte Everest. Estoy seguro de que fue Crane quien eligió el lugar: le encanta el toque espectacular —añadió con tono sarcástico.

—El tono de tu voz me hace creer que te liberaste de esa mujer. —Talib se limitó a encogerse de hombros—. ¿Ella no va a ser tuya? —insistió Khadijah.

—No.

—Pues entonces tengo una propuesta para ti.

¿Y ahora qué? Se preguntó Talib, sonriendo con ironía.

—¿Es que una mujer musulmana que se precie de tal le hace proposiciones a un hombre?

La muchacha lanzó un sonido de exasperación.

—Mira, no tienes mujer. Yo no tengo hombre. Tengo la sangre apropiada. Es una alianza política perfecta.

—¿Cuál?

—¡Nuestro matrimonio! ¿De qué piensas que estoy hablando?

Talib rió con ganas.

—¿Nuestro matrimonio? ¿Me estás haciendo una broma?

—Oh, cierra la boca y escúchame —dijo ella con enojo—. Esto ya me es bastante difícil como para que encima te mofes. Sé que eres un... buen hombre. Serías bueno conmigo.

—¿Y te mantendría cerca de la cima de la curva del poder, eh?

—¿Y qué tiene eso de malo? Por si no te diste cuenta, es algo así como genético... Como fuere, es una tradición conmigo y con mis hermanos. Me gusta lo excitante tanto como a cualquiera. También sería buena esposa y llevaría un hogar islámico. Te podría dar hijos, soy fuerte. —Su voz perdió potencia y se quedó mirando el piso. Con tono que era casi un susurro, añadió—: Tendrías mi corazón y mi dedicación para siempre.

—Alto —dijo Talib con calma, pero con severidad, mientras la tomaba por los hombros.

—No... no hagas esto. No nos podemos casar. No lo haremos. Me siento halagado y tú eres maravillosa. Muy pronto, algún hombre...

—Soy demasiado testaruda para los hombres islámicos.

—Bueno, claro... está eso.

—Tú necesitarás casarte y procrear hijos. Haremos futuros líderes juntos. ¿No entiendes cuán correcto es esto, cuán predestinado?

—Khadijah, yo no te amo.

—No estamos hablando de amor —contestó ella—. Nunca podría amar a un vanidoso como tú. Cásate conmigo. Tu mujer le pertenece a otro.

—¡Eso no quiere decir que pueda dejar de amarla así como así!

—Y dale con el amor. ¿Qué es esto? La vida continúa, Abu Talib, contigo o sin ti. Las manos de él temblaban sobre los brazos de ella.

—Déjame solo —dijo Talib.

Se apartó de ella y fue hacia las puertas-ventana. Se inclinó sobre la barandilla del balcón y oyó el bullicio de abajo, un río interminable de gente que entraba reptando en la historia. Talib había logrado tanto... Dios, ¿por qué sentía tanto dolor?

Khadijah estaba al lado de su brazo, tocándolo levemente.

—Todavía soy virgen —le dijo—. Te daré eso ahora mismo, si te place. Sé que puedo complacerte.

—Lo que me complacería —dijo él— es que olvidaras que esta conversación alguna vez tuvo lugar. No te sacrifiques en el altar de Dan Newcombe.

—Abu Talib —lo corrigió ella, acercándosele mucho y apretando su cuerpo contra el de él—, ése es tu nombre. Y yo soy tu futuro.

Con lentitud, Khadijah se separó, dio vuelta y, con la cabeza en alto, salió con paso firme del balcón. Talib la miró cruzar la habitación y salir al vestíbulo. Después volvió a mirar sus dominios: un mar azul de escudos que se extendía en todas direcciones hasta donde alcanzaba la vista. Y pensó en Lanie.

Ya era suficientemente malo que se casara tan rápido con Crane, pero cuando oyó el rumor de que estaba embarazada, eso fue un verdadero puñetazo en las tripas. Casarse y tener una familia había sido un tema importante de discusión entre él y

Lanie durante tantos años... Pero, con Crane, ella estuvo lista de inmediato para aceptar el pleno compromiso.

Maldijo y descargó el puño derecho sobre la palma izquierda. Esto era una estupidez, una estupidez en él. Era famoso internacionalmente —reverenciado, incluso—, y no podía superar el hecho de que Elena King lo hubiera desechado por Crane. Sonrió burlándose de sí mismo. Les había enviado el regalo de bodas más fino, más exótico y más adecuado que pudo encontrar: un localizador de terremotos de Chang Heng, proveniente del segundo siglo de la Era Cristiana. Era un jarrón grande en cuyo exterior iban fijados ocho dragones dorados, cuya boca apuntaba hacia abajo. Debajo de cada dragón había una rana con la boca abierta. En la boca de cada dragón descansaba una bola de bronce y, si ocurría un temblor, el dragón afectado dejaba caer su bola en la boca de la rana, poniendo en acción una alarma. La ubicación del dragón determinaba la dirección del terremoto. En el 138 de la Era Cristiana, esa misma urna había medido un terremoto que se produjo a seiscientos cuarenta kilómetros de distancia. Los mensajeros que entraron a galope tendido en la ciudad capital de Loyang para traer la noticia, descubrieron que su información ya la había anunciado el jarrón. Era un instrumento delicado, un obsequio hermoso... y eso era todo lo que les podía dar. Por cierto que no iba a asistir al casamiento que, según Talib sospechaba, tanto Lanie como Crane, deseaban imperiosamente su presencia, porque significaría la conclusión, la reconciliación, la continuidad de la relación entre los tres. Pero él sabía que verlos casarse lo desgarraría en jirones emocionales, le quitaría la virilidad. No, la ceremonia tendría que seguir adelante sin él.

Se estremecía por la emoción. ¿Era amor, ira, egoísmo o rivalidad, lo que alimentaba el motor de sus celos y su autocompasión? No lo sabía. Sí sabía, empero, que no quería transcurrir su vida solo y sin descendencia. Estaba Khadijah...

CAPITULO 15

Culminaciones/comienzos

CORDILLERA DEL HIMALAYA-NEPAL, INDIA

23 DE JULIO DE 2026, 14:00

Sola, usando una enagua larga de raso color crema, Lanie estaba parada ante la ventana con marco de teca de la antigua posada inglesa y contemplaba, maravillada, las cumbres gemelas del Everest y del Kanchenjunga. Se abrazó a sí misma: en menos de una hora se iba a convertir en la esposa de Lewis Crane; en menos de siete meses iba a tener su hijo. Su copa desbordaba de alegría.

Para el casamiento, Crane la había traído al techo del mundo, a un sitio tan elevado como la felicidad que compartían entre sí, en su trabajo, en su vida juntos. El escenario reflejaba a la perfección el modo en que ella se sentía, tal como Crane le había prometido que se sentiría. Estaba deslumbrada y atónita. Las cumbres ante su vista tenían casi nueve mil metros de altura y la cordillera del Himalaya, desde la que se alzaban, tenía casi trescientos veinte kilómetros de ancho en algunos puntos, y se extendía a una longitud superior a los dos mil cuatrocientos kilómetros. Todo eso, claro está, había tenido origen en terremotos pasados. Esa misma tarde se iba a producir el primer terremoto en la región desde 1255.

Un estampido sacudió la posada, y Lanie sintió que el polvo de yeso le rociaba los hombros desnudos. Rió con fuerza. Únicamente Crane podía elegir ese día y ese lugar para el casamiento. Era perfecto.

Se sentía como si no hubiera estado verdaderamente viva hasta que supo que Crane se había dado cuenta de que ellos se amaban. Y sabía que él sentía lo mismo. Por Dios, se lo había dicho suficientes veces. Quizá lo que era aún más importante era cómo se lo demostraba... de toda forma concebible. La trataba como colaborador de igual a igual en el trabajo y en la vida cotidiana; como la otra mitad de sí mismo en todo lo emocional, sexual... Lanie nunca soñó que pudiera experimentar tanta comprensión y, a la vez, ser tan comprendida por otro ser humano.

En el piso de abajo, los huéspedes se reunían en el prado del frente de la posada, debajo del políticamente correcto escudo solar de Liang Int. Un grupo pequeño, pero distinguido, de científicos y jefes de Estado se estaba congregando para la boda, así como sus colegas de la fundación, partidarios y amigos. El prado con césped se convirtió en un bosque que se extendía por las laderas. Estaban a tres mil seiscientos metros, la altura máxima hasta la que podían crecer árboles. Más hacia arriba de la montaña había hierbas, líquenes y musgos que sobrevivían al aire seco y frío. Y más

arriba que eso, nieve. Todos los presentes, Lanie lo sabía, estaban tan afectados como ella por la pasmosa grandiosidad del escenario.

Al alejarse de la ventana advirtió su vestido de novia, recién planchado y colgando en el armario abierto. Sonrió y se sentó en una de las sillas de cuero, separada por una mesa pequeña, delicadamente tallada, que estaba dispuesta en el sitio ideal para aprovechar la vista desde la ventana. El resplandeciente Everest se alzaba majestuosamente hacia adentro de las nubes. Se sintió otro pretemblor: una sensación increíble, pensó Lanie, tan diferente de Sado, de Memphis. No pudo evitar reírse sola. Ser una novia completamente feliz y una futura madre debían de hacerla sentir frívola.

Sintiéndose desmañado en su traje de etiqueta, Crane estaba parado en un diminuto baño que estaba justo enfrente de la cocina, en el piso principal de la posada. Otros tres hombres estaban apiñados ahí con él, y luces azules de interferencia describían arcos alrededor de los tres. Se estaban pasando el microteclado, dándole el punto final a su acuerdo. El presidente Gideon estaba sentado en la tapa cerrada del retrete. El vicepresidente Sumi Chan estaba embutido en el rincón que quedaba delante de las piernas de Gideon; Crane y el señor Muí estaban frente a frente, Muí inclinado contra el lavabo.

—¿Empezará el proyecto pronto? —preguntó el jefe de Liang, mientras apretaba el pulgar en el microteclado. La luz se puso verde, indicando que se había identificado la huella digital.

—Inmediatamente después de la boda —contestó Crane.

—¿No habrá luna de miel? —preguntó Gideon—. Es una muy linda mujercita la que se consiguió.

La idea nunca se le había ocurrido a Crane.

—Hay demasiado por hacer —dijo—. Sólo tenemos cinco años antes de que sea muy tarde para efectuar la soldadura. No hay tiempo para desperdiciar.

Muí le entregó el microteclado.

—La seguridad en torno del emplazamiento tendrá que ser intensa.

—Estaremos llevando a cabo una operación de perforación profunda llamada Northwest Gemstone. El propósito declarado de nuestra actividad será la exploración para buscar, primordialmente, cristales para focos. —Crane colocó el pulgar en la placa negra metálica. Se registró al cabo de un segundo—. Levantaremos un edificio de seguridad llamado Procesamiento de Gemas y dentro de ahí trabajaremos con los materiales termonucleares. Armaremos los dispositivos en el terreno mismo. Ya me puse en contacto con mis investigadores para que hagan el trabajo.

—¿Qué hay respecto de los envíos de material para las armas? —preguntó Gideon.

—Compré varios camiones, señor —dijo Crane, entregándole el microteclado—.

Ahora los estamos modificando para que puedan transportar contrabando atómico. Llevarán el logotipo de Northwest Gemstone pintado en ambos lados, y darán la impresión de ser transportes de equipo.

Sumi le tomó el teclado al Presidente, fijando la huella de su propio pulgar, para completar el círculo. Se acababa de forjar un acuerdo.

—Hecho —dijo Sumi, sonriendo mientras la máquina registraba un contrato vinculante, si bien privado—. Tu sueño está en línea, Crane. ¿Cuánto tiempo antes del envío?

—Dos años —dijo Crane, tomando de vuelta el microteclado y poniéndolo en interfaz con su microteclado de pulsera, para tener su copia. Las dos máquinas cantaron juntas y después comunicaron su satisfacción con un zumbido.

—¡Crane! —llegó una voz desde el vestíbulo—. ¡Maldita sea, Crane! Hay una fiesta que se está desarrollando sin ti. ¿Dónde estás?

—Es Stoney —Crane sonrió, desconectando y devolviéndole el microteclado a Mui, que lo guardó en el bolsillo.

—¿El sabe? —preguntó Mui.

Crane negó con un movimiento de cabeza.

—Fuera de este cuarto, solamente Lanie está enterada. Ni siquiera lo sabe la gente que contraté para que excaven los túneles: creen que estamos haciendo una bóveda subterránea para conservar registros. Los tipos de pirotecnia, que construirán la bomba, creen que es una misión secreta de Estados Unidos, dirigida a la renovación de los ensayos subterráneos, y se los eligió por sus habilitaciones de seguridad.

—¡Crane!

—Aquí adentro, Stoney —gritó Crane abriendo la puerta.

Seis metros por debajo del vestíbulo, Stoney sonrió cuando vio salir a los cuatro.

—Cuando yo era niño —dijo, acercándoseles renqueando, el bastón como único recordatorio de que la muerte le pasó rozando en Memphis—, a cuatro hombres saliendo juntos de un baño los hubiera seguido, por lo normal, una nube de humo.

—¿Dónde está Lanie? —preguntó Crane.

—Con el resto de los invitados —dijo Stoney, agitando la mano hacia los otros hombres, mientras ellos se apuraban—. Está tratando de no volverse loca buscándote.

—Sé bueno —dijo Crane, palmeándolo en el hombro—. Vuelve y dile que en seguida estaré ahí

—Es tu fiesta —dijo Whetstone, y le estrechó la mano—. Felicidades, viejo. Sabes, toda mi vida busqué, y nunca la hallé, una mujer como Lanie.

—Gracias, Stoney —dijo Crane, abrazándolo con fuerza. Stoney se alejó apoyándose mucho sobre su bastón, hecho con álamo blanco de Tennessee.

Lanie. Crane no tenía idea de qué había hecho para merecerla. Había orquestado todos los demás aspectos de su vida pero, de repente, ella había aparecido y lo había

cambiado todo. Era lo más maravilloso que le hubiera ocurrido jamás. En lo que a él concernía, Lanie era la única mujer de todo el mundo. ¡Y le gustaba trabajar tanto como a él! Toda la vida de él se había rearmado, todas las piezas encajaban en el sitio adecuado. Sueños, y sueños más allá de los sueños.

Crane saboreó el momento: había conocido muy pocos de esa clase.

Su brazo lisiado palpitaba dolorosamente: el terremoto ya casi estaba sobre ellos. Supuso que algunos pensarían que él era extraño, por celebrar su casamiento en medio de la devastación de un terremoto, pero Crane lo consideraba una tragedia que se evitó, un motivo de celebración. Habría pérdida de hogares y sufrimiento, pero nada comparado con lo que hubiera ocurrido de no haberse alertado a la gente.

Pasó por la amplia terraza cubierta de madera: cien invitados que estaban conversando se callaron de inmediato. Todas las miradas se dirigieron hacia él. Por encima del ancho prado colgaba un palio. Lanie, en tafetán blanco y velo transparente, estaba de pie a quince metros, sonriendo con calma. Sostenía un ramo de orquídeas blancas. Un clérigo *cosmi* con capa roja estaba parado a su izquierda. Kate Masters, también llevando flores, a la derecha. Stoney esperaba a Crane junto a los escalones de la terraza.

—¿Listo? —le preguntó.

En lo alto restallaban relámpagos, saltando entre las montañas y el cielo. El oficiante parecía estar un tanto nervioso.

—Señoras y señores —dijo Crane en voz alta, al tiempo que abría los brazos—. ¡Confíen en mí!

Todos rieron entonces, lo que alivió la tensión. Crane miró a Stoney.

—Ahora estoy listo. ¿Trajiste el anillo?

—¿Qué anillo? —Stoney rió—. Mal chiste. Lo siento. Por supuesto que tengo el anillo.

Con el fondo de la marcha nupcial de *Lohengrin*, de Wagner, recorrieron la alfombra roja en dirección de Lanie. Crane se sorprendió al descubrir que estaba más nervioso ahora que cuando celebró el contrato con Liang.

Llegó al lado de Lanie y quedó atrapado de inmediato por la luminiscencia color castaño de la mirada de ella. Sus ojos estaban muy abiertos por el amor y la curiosidad.

—Dios, eres hermosa —susurró Crane, con el trasfondo de un sonoro retumbo. La tomó de las manos.

—No importa eso —susurró ella—. ¿Cómo resultó todo?

—Está hecho —susurró él a su vez. Lanie le pasó rápidamente los brazos alrededor del cuello.

—Quizá debemos proseguir con esto —dijo el clérigo, mirando en derredor con suspicacia a los trepidantes muebles del jardín y a las tambaleantes plantas

ornamentales y flores.

Crane pidió la hora a su microteclado: 12:36:30. Le sonrió al clérigo:

—Su espectáculo, Padre.

—Mi nombre es Al —dijo el clérigo—. Sólo Al.

—Rápido, Al —dijo Crane, cuando el suelo empezó a sacudirse lateralmente debajo de sus pies.

—¡Hermanos en la unidad! —exclamó el clérigo—. Toda la vida está constituida por las mismas moléculas, en consecuencia, ¿también estos dos seres que están de pie delante de nosotros desean convertirse en unidad a través de la institución de unión de pares de...?

El resto del discurso quedó piadosamente ahogado por los retumbantes sismos, que se originaban en un hipocentro situado a cuarenta kilómetros de profundidad, cerca de Dhangarhi, cuando la placa de la India finalmente alivió su desprendimiento de material. Era un terremoto monstruo, del que no se había visto alguno similar desde hacía casi sesenta años, desde el gran terremoto de Alaska de 1967.

Cuando el clérigo los pronunció «co-seres en la unidad», el suelo había empezado a oscilar como las olas en el mar. La repisa crujió arriba de ellos. Crane besó a la novia y esperó que los diques resistieran a pesar de lo que él mismo había pronosticado, pero sabía que no lo harían.

Para estos momentos, el cielo se había oscurecido; los relámpagos eran un espectáculo continuo de fuegos artificiales, que se producía a mitad de camino hacia las cumbres que se erguían por encima de todo. Los circunstantes salieron de abajo del dosel para observar el despliegue, cuando una sección del Everest, grande como una ciudad, se desprendió de la ladera de la montaña y cayó hacia los valles que estaban mucho más abajo.

—¡Qué magnífico regalo de bodas! —dijo Lanie, con los brazos alrededor de Crane, mientras observaban el espectáculo—. ¡Es asombroso!

—El primer terremoto de nuestro hijo —comentó Crane.

—¿Qué harás, Crane, cuando finalmente hayas logrado tu sueño y hayas terminado con todo esto? —preguntó Lanie.

—No lo sé —respondió con una mueca—. ¿Estudiar contabilidad?

Los valles aullaban alrededor de ellos, gemían, el sonido se asemejaba al de uñas que raspan un pizarrón, pero aumentado miles de millones de veces. Crane casi podía oír las voces gimiendo, acongojadas y asustadas.

Los invitados estaban inclinados, cubriéndose los oídos con las manos, mientras aumentaba la intensidad del viento que les soplaba violentamente en la cara, agitando vestidos y peinados en remolineante frenesí. El escudo solar Liang, de calidad inferior, se desplomó sobre sí mismo pero, por suerte, nadie estaba parado debajo de él.

Y fue entonces cuando ocurrió, delante mismo de los ojos de los invitados: el Everest, en medio del aullante viento y de los alaridos de las rocas que fenecían, tembló como buen anciano que era y grandes pedazos de sí se resquebrajaron estentóreamente, en el mismo momento en que los árboles que se quebraban en el bosque para caer desgajados, se agrietaban ruidosamente. Como si se levantara para irse, la montaña de nueve kilómetros bruscamente creció y se proyectó hacia arriba, elevándose más allá de las nubes, devorando el deslizamiento de tierra y creciendo... joven otra vez. Se había creado una nueva montaña.

Todo el proceso tardó tres minutos para completarse. Tres minutos para cambiar la topografía del planeta. Tres minutos para hacer que la montaña más alta del mundo creciera quince metros más. El próximo hombre que la escalara estaría escalando más alto que lo que sir Edmund Hillary trepó en el mismo lugar.

Como consecuencia de la destrucción, el nacimiento.

Sumi Chan estaba al lado de Burt Hill, quien llevaba un traje de etiqueta que le iba demasiado chico. Parecía un mono sin organillero, mientras miraba la recepción enmarañarse en torno de ellos. El vestíbulo principal de la posada estaba lleno a reventar; los regalos de boda tapizaban las paredes y atiborraban la pequeña sala de conferencias de al lado. Conversadores profesionales hablaban alrededor de Sumi y Burt, bebiendo champán sintético delante de un hogar tan grande que, en lugar de ramas, consumía troncos enteros.

—Nueve en la Richter —dijo Hill—. Más alto de lo que realmente podían medir con precisión. —Sacudió la cabeza de un lado a otro y tomó otro sorbo del licor con endorfina que tenía en el vaso—. Estos tipos lo llaman milagro: la tasa de mortandad sigue estando debajo de los quinientos. Debía haber sido de centenares de miles: los cuatro diques que estallaron inundaron cincuenta ciudades.

Sumi movió la cabeza, pesarosa:

—Una limpieza en gran escala.

—Sí, pero Liang invertirá dinero ahí. Están atareados peleando con los musulmanes por el control de todo. Aquí hay un montón de consumidores.

Sumi sorbió de su propia combinación de endorfina, lo único que en estos tiempos le permitía soportar los acontecimientos sociales.

—¿Crane conoce los resultados del terremoto?

—*Naaa* —dijo Hill, señalándolo a Crane, quien estaba bailando con su flamante esposa—. Por una vez en su vida está pensando en algo más que en terremotos. Una maravillosa imagen, ¿no?

—No creo haberlo visto feliz nunca antes.

—Muchacho —dijo Hill—, eso se debe a que nunca antes fue feliz. Es una idea que da miedo.

—¿Miedo... por qué?

Hill se puso pensativo:

—Cuando estás feliz —dijo, bajando la voz—, te olvidas de cuidarte las espaldas y empiezas a confiar en la gente, a cometer errores.

—Entonces —dijo Sumi—, creo que no cometeré más errores.

Hill la miró con dureza.

—Estoy hablando de Crane —dijo, terminando su bebida. Miró el vaso—. Voy a buscar más refrescos.

Sumi lo miró alejarse, dándose cuenta de que no confiaba en *ella*. Por supuesto que no, ¿por qué habría de hacerlo? De todos modos no importaba. Pronto la descubrirían como una superchería mayor que lo que cualquiera de ellos podría pensar. Sumi esperaba que eso no interfiriera en modo alguno con el sueño de Crane. Quería brindarle eso a él, para compensar lo que le había hecho.

—Odio beber sola —dijo Kate Masters, al lado de Sumi—. ¿Y a usted?

Sumi sonrió débilmente.

—Disfruto mucho de su compañía.

—Bien. ¿Qué hay respecto de su receta para la *dorf*?

—Es mi secreto.

Un grupo de *sherpas* nepaleses había salido del agujero en el que se había refugiado, y estaba realizando una vigorosa exhibición de acrobacia, dando volteretas y zambullidas sincopadas entre sí, para delicia del grupo de invitados.

—Usted tiene muchos secretos, creo.

El cuerpo de Sumi se sacudió involuntariamente.

—¿Cómo es eso?

—¿En verdad quiere hablar sobre ese tema?

—Sí.

—Bueno, para empezar, no eres quien dices ser.

El corazón de Sumi estaba martillando. Lo podía sentir en la garganta, mientras se le sonrojaba la cara.

—Está equivocada. Yo...

—Conocí a tu madre —dijo Masters—. En un contrato comercial, la Asociación Política de Mujeres formó una sociedad en comandita con tus padres. En ese contrato todos recibimos una paliza, pero tus padres llevaron la peor parte. Tu madre hablaba sobre ti constantemente. Siempre me molestó que deshonraras su nombre al rehacer tu pasado.

—Habría sido un mayor deshonor si no lo hubiera hecho, —contestó Sumi, mirando al piso—. ¿Usted lo sabía y, aun así, no dijo nada?

—Esperaba que fuéramos amigos. ¿Lo somos?

—Fuera de Crane, nunca tuve un amigo.

—Y mira lo que le hiciste a él.

Otra vez Sumi quedó sorprendida:

—¿Cómo...?

—Lo deduje. Soy una chica astuta.

—Sí —dijo Sumi—. Yo también.

Masters se limitó a mirarla con fijeza, pero los ojos eran diferentes. Estaban escrutando, disecando.

—¿Eso lo dijiste en sentido literal?

Sumi asintió con una leve inclinación de cabeza:

—El señor Li lo sabía y me forzó a modificar mi linaje. Para evitar que el mundo descubra la superchería de mis padres, le seguí el juego a Li.

—¿Hay alguien más que...?

—Solamente usted.

—¿Por qué me lo estás revelando?

Sumi tomó una profunda bocanada de aire:

—Estoy en problemas. N-no estoy segura de qué hacer. Necesito... ayuda.

Masters cayó hacia adelante, como si hubiera tropezado, y extendió con rapidez la mano, tocando la entrepierna de Sumi, y retirándola de inmediato al erguirse otra vez:

—Lo siento, querida —dijo—. Soy de Missouri, que sigue siendo el Estado de «Ver Para Creer». ¿Qué clase de problema?

—Por ley —dijo Sumi—, el Presidente y el vicepresidente deben hacerse un examen físico una vez por año. Me las arreglé para evitarlo por demasiado tiempo ya. Los médicos de la Casa Blanca se están poniendo beligerantes al respecto; la gente se pregunta por qué lo evito. Créame, esa clase de dudas me creará terribles problemas.

—¿Por qué confiar en mí?

—De algún modo, siempre sentí que usted era confiable.

No sé si confío en usted por completo, pero *no* confío en los médicos de la Casa Blanca.

—¿Tienes que recurrir a ellos?

Sumi negó moviendo la cabeza de un lado para otro.

—Podría exigir mi propio médico.

—Muy bien —dijo Masters—. Empezaremos a partir de ahí.

—¿Me ayudará usted?

—Eh, yo represento a la Asociación Política de Mujeres, ¿recuerdas? Bienvenida al club, hermana.

La abrazó con fuerza.

—Gracias —dijo Sumi, con los ojos llenos de lágrimas.

Los ojos de Kate Masters chispearon.

—Agradécelo cuando seas Presidente —contestó.

CAPITULO 16

Esfuerzos de compresión

ZONA DE GUERRA DE LOS ÁNGELES

29 DE JULIO DE 2026. 02:10

—La propuesta tiene un cierto mérito, y ciertamente la he de tomar en cuenta — dijo Mohammed Ishmael.

Abu Talib se hundió aún más en su silla.

—Hermano Ishmael —dijo—, le di mi palabra al señor Tang en este asunto.

—Tang —dijo Ishmael con tono despectivo—. Un lameculos. La arpía de Mui Tsao que no es más que un *chipito* con dos puertos de conexión. ¿Y por quién estabas hablando, Talib? —La expresión de Ishmael era seria, cuando clavó la mirada en Talib, que estaba del otro lado de la mesa.

Se encontraban en un refugio blindado que era pequeño, producía claustrofobia. Una larga y refulgente mesa ocupaba la mayor parte de él. En alguna parte, por debajo de la Zona, había un reducto que Talib nunca antes había visto. Las paredes eran de plomo y las puertas, pesadas y herméticas como las que se hallaba en los submarinos.

Camastros de metal se desplegaban de las paredes. Armarios y estantería de almacenamiento cubrían todo espacio disponible, y estaban atiborrados con agua en botellas, alimentos enlatados y otros conservados en frascos sellados. Un refugio antibombas y casamata de diseño y aprovisionamiento clásicos.

Ismael dio la vuelta a la mesa y se reclinó sobre ella hasta casi apoyarse, la cara a nada más que centímetros de la de Talib:

—Te pregunté en nombre de quién estabas hablando —dijo en voz alta—, porque con toda seguridad no era en el mío... ¡Y con toda seguridad que no lo era en el de mi pueblo!

Talib se erizó de rabia y se puso de pie de un salto, haciendo que la silla se dé vuelta y caiga, retumbando con sonido metálico al dar contra el suelo. Martin Aziz avanzó velozmente alrededor de la mesa y se ubicó entre los dos hombres.

—Hermano mío —le dijo a Ishmael—, el acuerdo que Talib hizo con Tang nos consigue casi todo lo que queremos y, a cambio, todo lo que tenemos que hacer es aceptar que no haya más violencia. ¿Entiendes?

—Lo que entiendo —dijo Ishmael, haciendo a su hermano a un lado de un empujón para enfrentarse a Abu Talib, la cara de los dos hombres casi tocándose— es que mis métodos nos ha traído tan lejos. Un pie puesto en nuestra madre patria, los

blancos agachando la cabeza ante *nosotros* y pidiéndonos favores. Si estos métodos consiguieron llevarnos tan lejos, ¿por qué deberíamos abandonarlos ahora?

—¿Olvidaste los edificios foco? —preguntó Talib—. Liang Int. lo sabe y amenaza con destruirlos a todos.

Ishmael alzó las manos, presa de la exasperación.

—¡Los edificios foco, siempre los edificios foco! —Arqueó una ceja—. En ese entonces tú no andabas por acá, hermano, pero sobrevivimos igualmente bien antes de que tuviéramos edificios foco que nos suministraran energía. ¡Maldición!

Se alejó de Talib y pasó apretándolo a Martin Aziz contra la pared, para quedar en la cabecera de la mesa, a cuatro metros y medio de distancia. Bajó violentamente las manos, golpeando la mesa con las palmas y le lanzó una mirada quemante a Talib.

—¿Y alguna vez se le ocurrió a tu cabeza de roca que si ellos fuesen a cerrar los edificios foco, nosotros probablemente responderíamos con un éxodo en masa hacia Nueva Cairo? Imagina eso, si no te molesta. Imagina el éxodo de Memphis multiplicado por cincuenta, y sin terremoto que lo disfrace. Imagina las peleas. Imagina el derramamiento de sangre. Imagina las relaciones públicas.

Talib se sintió repentinamente estúpido.

—Nunca pensé en eso.

—¡Pues bien, tu amigo blanco, el señor Tang, por cierto que sí lo hizo! Y por eso, por ponerle fin a la violencia que nos hizo llegar tan lejos, ¿que obtenemos a cambio *realmente*? Nada más que la promesa de que ellos van a seguir haciendo lo que hicieron hasta ahora... nada. Si supusieran que hay alguna ventaja para ganar al cerrar los edificios foco, créeme, ya lo habrían hecho, y sin consultarnos al respecto. El motivo por el que no han combatido contra nosotros es simple. Somos parte de este... este paisaje; parte del tejido de este país. Si todos las demás etnias los ven venir encima de nosotros, eso los pondría a meditar sobre qué les podría pasar a ellas. Pruebas al canto: a los G se los hizo retirar de la lucha con la Zona en Memphis casi de inmediato, por cuestiones de relaciones públicas, y Liang se aseguró de que la televisión estuviera llena de imágenes del terremoto, no del éxodo.

—Leonard —dijo Aziz con suavidad—. ¿No obstante, no podemos usar esto como una apertura? ¿No podemos tratar de seguir ese curso? Si están dispuestos a permitirnos coexistir, ¿por qué pelear con ellos? Ya casi mil de nosotros, principalmente niños, murieron en los choques con los G.

—Mártires —dijo Ishmael—. Y sé *cuántos* murieron.

Talib se paró perfectamente erguido. Había renunciado a la fundación y ahora estaba a punto de renunciar a la NDI. ¿En qué se iba a convertir? ¿En un hombre sin trabajo, sin siquiera un sitio al que llamar hogar?

—Hermano Ishmael —dijo con tono servicial—, dada la naturaleza de tu falta de confianza en mí y en la falta de importancia que de ahora en adelante vas a considerar

que tiene mi trabajo, respetuosamente te presento mi renuncia como vocero de la Nación del Islam.

—¿Por qué no te sientas, Abu? —suspiró Ishmael—. Respeto tu opinión y la tarea que haces. Eres irremplazable. Encontraremos la solución para este asunto con Tang, ¿está bien? Te dije... pedí... que te sientes.

Talib se sentó.

—Estuve trabajando en Nueva Cairo —dijo—. Un éxodo en masa no es factible. No hay suficientes viviendas. La gente que desplazamos destruirá mucho, con el objeto de evitar que lo tomemos. A la gente, especialmente a la gente de la ciudad, habrá que enseñarle cómo labrar la tierra, cómo trabajar con las manos. Pongamos veinte millones de personas en esa situación, y tendrás problemas de alimentos, agua y de eliminación de desechos como nunca pudiste haber soñado.

—Lo sé —dijo Ismael—. Todavía no estamos listos. Es por eso que estoy tomando en cuenta el acuerdo que negociaste con Tang. —Miró a Aziz—. ¿Te sentarías también, por favor? Me pones nervioso. Simplemente pido —prosiguió—, que nadie abuse de mi autoridad. ¿Puedo tener acuerdo general en cuanto a eso?

Inclinaciones de cabeza que señalaban asentimiento, se produjeron alrededor de la mesa.

—Bien. Coincido en que el desplazamiento a Nueva Cairo será lento. Hagamos que el primer asentamiento se pueda sustentar solo, y nos expandiremos a partir de ahí. Mientras tanto, el hermano Talib nos ha hecho el más grande servicio, al traernos la noticia de la meta última de Crane. Utilizar armas termonucleares para fusionar las placas continentales. Crane será nuestro foco.

—¿Por qué? —preguntó Talib—. No podrá obtener ni el material fusionable ni la autorización para hacer una cosa así.

Ishmael miró a Talib como se mira a un niño. Sonrió beatíficamente, volviendo a sentarse en un silla, las manos tocándose entre sí nada más que por la yema de los dedos:

—Continuamente me pregunto cómo es posible —preguntó con suavidad— que hayas trabajado codo a codo con ese hombre, y que no te des cuenta de su poder.

—Su poder está en su demencia —dijo Talib.

—Su poder estriba en la claridad de su visión —replicó Ismael—. El mismo sitio en el que reside *mi* poder.

—Se metió en aguas muy profundas —dijo Talib.

—Encontrará la manera de salir —dijo Ishmael—. Y a nosotros nos competirá detenerlo. Crane es mi Satán, Abu. Quiero que no haya malentendidos: él es la batalla más grande que yo haya de librar jamás. Al igual que Mahoma con los nativos de la Meca. «Aunque me dieran el Sol para mi mano diestra y la Luna para mi siniestra para que yo abandone la empresa en que me he empeñado, así y todo no descansaré

hasta que el Señor guíe esta causa hasta la victoria, o hasta que yo muera por ella». Prométanme que si no vivo para ver la culminación de esto, el resto de ustedes continuará después de mí.

—Juro que no dejaré de acosar a Crane mientras haya un soplo de vida en mí —dijo Talib.

—Y yo —dijo Martin Aziz.

—Bien. Es Crane quien, en última instancia, nos proveerá la llave para nuestra madre patria. Todavía no sé cómo, pero puedo verlo con la misma seguridad con la que puedo ver a mi propia muerte llamándome. ¿Hay algún otro asunto proveniente del mundo exterior?

Talib miró la tapa de la mesa; después se aclaró la garganta:

—Con el debido respeto y con toda humildad —dijo con la voz ahogada—, querría solicitar tu permiso para solicitar la mano de tu hermana en matrimonio.

—Una alianza —dijo Ishmael—. ¿Ya no te interesa más la mujer de Crane?

—Fui un tonto —contestó Talib.

—Sí, lo fuiste —respondió el hermano Ishmael. Se paró y rodeó la mesa en dirección de Talib—. Pero ya no eres un tonto. —Talib se puso de pie; los dos hombres de abrazaron—. Bienvenido a nuestra familia. Ahora seremos verdaderos hermanos. —Lo besó a Talib en cada mejilla. Sonriente, dijo—: Permíteme ir a buscar a Khadijah y traerla para ti. Debemos celebrar.

En verdad, Mohammed Ishmael podría haber enviado a alguien para que traiga a la hermana, pero necesitaba un tiempo a solas. Sabía que Talib era un buen hombre que se estaba transformando en buen musulmán, pero el converso todavía no había empezado a adoptar la actitud adecuada cuando trataba con los infieles. Ishmael sabía que tendría que vigilar cuidadosamente a su nuevo hermano... en particular porque Crane los estaba atrayendo a Talib y a él hacia la tela de araña que los atraparía a los tres y moldearía su sino. Ishmael podía sentir cómo lo atraía en ese mismo instante. En la cuenca de los ojos se le formaron lágrimas: al igual que Moisés, vería la tierra prometida, pero no viviría lo suficiente como para entrar en ella.

Afuera, en el vestíbulo, mirando hacia la pared para que nadie lo viera, lloró para sí mismo, y después maldijo su debilidad. Únicamente las palabras del profeta le aportaban algo de solaz: «Sé en el mundo como un viajero, o como un transeúnte, y considérate a ti mismo como perteneciente a los muertos».

Así sea.

SILVER SPRINGS, MARYLAND

13 DE AGOSTO DE 2026.16:23

Sumi Chan observaba su monitor de seguridad, cuando el helicóptero de Kate

Masters planeó con suavidad sobre la plataforma de descenso, vomitando a la mujer y a un hombre mayor que llevaba un maletín de médico. Las luces que bordeaban la plataforma se encendieron, haciendo destellar las lentejuelas de la ceñida malla roja de danza de Masters, haciendo que la mujer se ilumine como si fuera parte de la ópera china en noches de festival.

Sumi vio las figuras aproximarse al ascensor de la casa. Sintió gran agitación, pues nunca le había confiado sus secretos a alguien, ni siquiera a Crane, y ahora vería qué precio iba a tener que pagar por haberse permitido confiar en Kate Masters.

Los visitantes desaparecieron de la pantalla, y Sumi cambió de toma, para tener una vista del interior del ascensor. Las puertas se abrieron y Masters y el médico entraron. Al descubrir la cámara, de inmediato Kate usó la lente a modo de espejo y se acomodó el cabello.

—Espero que estas películas queden bien en los archivos —dijo, bajándose un poco más el ya profundo escote y guiñando un ojo.

Los aposentos del vicepresidente estaban situados en Silver Spring, Maryland, a pocos minutos de la capital. Toda la casa estaba bajo tierra y protegida en forma electrónica, lo que dejaba al vicepresidente protegido sin necesidad de gastar en guardaespaldas. Sumi ya había imaginado numerosas maneras en las que aquí se podía violar la seguridad, pero no importaba. En la historia de Estados Unidos, nadie había tratado de asesinar a un vicepresidente, porque tenía muy poco poder y era fácil de reemplazar.

Sumi apretó el botón de activación de la puerta y fue presurosa a través de la pequeña, pero elegante, tradicional casa china cuyas ventanas daban a proyecciones holográficas de la provincia de Henan, en la que ella se había criado. Tierra de labrantía ondulante, campesinos trabajando los campos; a la distancia, el río Huang He fluyendo suavemente de oeste a este. En el transcurso de un año, Sumi había visto la plantación, el crecimiento y la cosecha de dos cultivos, sin que falten siquiera los tifones en la primavera y la helada mortífera en el invierno.

Las puertas del ascensor se abrieron en la sala de estar. Masters salió de un salto hacia la habitación y le dio un fuerte abrazo a Sumi.

—Todo este secreto es muy excitante.

—Estoy empezando a tener frío en los pies —susurró Sumi en el oído de Masters—. Este médico, ¿cómo sabes que podemos confiar en él?

Masters sonrió y se irguió.

—Vicepresidente Chan, deseo presentarle a mi padre, el doctor Ben Masters.

—Es un placer —dijo el hombre, estrechando la mano de una aliviada Sumi. Debió de haber sabido que Masters iba a manejar las cosas de manera impecable—. Kate me dijo que usted tiene algo así como un problema de sexo.

Sumi asintió inclinando suavemente la cabeza.

—No quiero que sepan que soy mujer —dijo, y las palabras sonaban raras proviniendo de su boca.

—Me limitaré a presentar mi informe sobre el estado de su salud —contestó el hombre, relajado su rostro lleno de arrugas—. No es mi tarea hacer el censo poblacional. ¿Hace cuánto que no se hace un examen físico general?

—No lo hice desde que salí de China diez años atrás.

—Muy bien, pues —respondió el médico—. ¿Dónde puedo disponer las cosas?

—Hay un cuarto para huéspedes al final del pasillo —repuso Sumi—. ¿Servirá eso?

—Excelente. Deme unos minutos para preparar todo.

El médico se alejó. Entonces, Sumi se volvió hacia Masters, quien extendió las manos y le empezó a desarreglar el cabello, que estaba severamente peinado hacia atrás, haciendo que caiga a los costados y formando un flequillo. Sonrió con satisfacción cuando terminó, como si recién ahora pudiera aceptar realmente a Sumi como mujer.

—¡Estoy listo aquí atrás! —gritó el doctor Masters desde el cuarto de huéspedes.

—¡Voy! —contestó Sumi.

Kate la detuvo:

—Siéntate un segundo, quiero preguntarte algo personal.

—Sobre actividad sexual, ¿no? —dijo Sumi, sintiendo que involuntariamente se estaba poniendo tensa—. Te diré lo que le dije al señor Li: para poder mantener mi charada, tuve que suprimir esos impulsos.

—¿Eres asexual?

—No.

—¿Te gustan las mujeres o los varones?

—No me atraen las mujeres. ¿Por qué me estás haciendo estas preguntas?

—*Bien*. ¿Qué clase de hombres encuentras atractivo?

—Kate —dijo Sumi, nerviosa—, ¿adónde apunta todo esto?

—Limítate a responder mi pregunta. ¿Qué clase de hombre te atrae, un semental joven... un tipo lleno de músculos?

—No —rió Sumi—, esto es tonto. Un juego.

—Juega, pues. ¿Qué clase de hombre?

—No sé... inteligente. Alguien que me represente un desafío mental. Maduro... que esté más allá de las tonterías de un joven. Fuerte, pero vulnerable. Seguro de sí mismo, pero abierto a las interpretaciones...

—Lo estás describiendo a Crane.

—¿Qué?

—Es de Crane de quien estás hablando.

Sumi retrocedió asustada, instintivamente cubriéndose la boca con la mano.

—Estás enamorada de él, ¿no?

Sumi jadeó como si le faltara el aire, y dio la espalda a Kate. Ahora Masters conocía todos sus secretos. La mujer la abrazó desde atrás, apoyando la cabeza sobre el hombro de Sumi.

—Lo siento tanto, querida —le dijo. Después la hizo darse vuelta lentamente, hasta que quedó frente a ella—. Tengo algo para ti. —Mostró un pequeño enchufe metálico, del extremo del cual sobresalían juegos dobles de sensores de casi ocho centímetros de largo.

—¿Un puerto para chip?

—En cinco minutos, papá puede colocarte uno de éstos en el cráneo. Confía en mí. Te ayudará con tus problemas sexuales.

—¿Quién dijo que tengo un problema? —preguntó Sumi con vehemencia—. No soy una *chipita*, Kate.

—Tampoco lo soy yo. —Kate se corrió la parte de la roja cabellera que estaba directamente sobre la oreja izquierda, revelando su propio puerto—. Soy una simple muchacha. Si es malo, lo hago. Si es divertido, lo hago; por lo común son la misma cosa. Confía en mí, querida. Puedo arreglarte de manera que puedas llevar una vida sexual plena sin llegar a conocer jamás un hombre. Cinco minutos de tu tiempo. Debajo del cabello, donde nadie lo vea, a menos que tú quieras que lo vean.

Sumi Chan se quedó mirándola con los ojos agrandados como platos.

La lluvia holográfica caía con fuerza sobre Henan. A través de la ventana del dormitorio de Sumi penetraba una brisa fría, húmeda, fragante. Las luces del dormitorio estaban apagadas. Destellos ocasionales de los relámpagos iluminaban la habitación.

Un leve dolor de cabeza le hacía recordar a Sumi el chip que estaba guardado en la cajita que tenía al lado, en la mesa de luz. La revisión médica había salido bien y la operación quirúrgica en verdad sólo había tomado cinco minutos, la mayor parte de los cuales se empleó en afeitarse el punto de dos centímetros y medio de la cabeza, donde se iba a hundir el puerto. Se administró un anestésico. Después se practicó una pequeña incisión, y los sensores se pusieron directamente dentro del corte. Los sensores eran muy agudos. Ben Masters usó un pequeño martillo para hacerlos pasar a través de músculos y hueso. Una vez que traspasó el cráneo, un empujón introdujo los sensores profundamente en el cerebro de Sumi.

Había sido indoloro.

Los relámpagos destellaron otra vez, y Sumi se dio vuelta para mirar la caja del chip y las pequeñas pinzas de punta fina que estaban unidas a la caja por medio de una cadena. No había motivo para que no lo utilizara de inmediato, le había dicho Kate.

Se sentó en la cama, el pijama de seda culebreando a lo largo de los cobertores,

cuando lanzó los pies hacia el suelo y recogió la caja. La abrió y, con las pinzas, extrajo el chip. Se palpó el nuevo puerto con el meñique; usando ese tacto como guía, puso en posición el chip, que se deslizó sin esfuerzo dentro de la unidad excitadora e hizo contacto, emitiendo un ronroneo que sólo Sumi podía oír.

Aguardó un instante; después miró en derredor en la habitación. Nada estaba ocurriendo, no había alucinaciones, no había colores brillantes, no había estados alterados. Se volvió a tender de espaldas, decepcionada, tiró de los cobertores sobre sí misma y miró las sombras en el cielo raso.

Entonces, un sonido. Golpecitos muy leves: alguien estaba llamando suavemente a su puerta. Estiró las sábanas hasta la barbilla.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz alta.

La puerta se abrió y entró un hombre llevando una vela.

—Traje un poco de luz: —dijo en chino— pensé que la tormenta te podía haber asustado.

El corazón de Sumi empezó a galopar cuando el hombre se acercó más. La mano se acercó sigilosamente a la alarma de seguridad, aunque sería demasiado tarde para que la salven. ¿Cómo había logrado entrar ese hombre?

—He estado aquí todo el tiempo —respondió a la pregunta no expresada de Sumi.

—¿Quién es usted?

—¿Quién o qué?

El hombre puso la vela al lado de Sumi, sobre la mesa de luz; después se sentó al lado de ella en la cama. Ella pudo sentir que los muslos de ambos se tocaban, mientras el hombre la miraba con expresión de inocencia. Sumi extendió la mano hacia la vela, y pudo sentir su calor.

—Empiece por *quién*.

—No tengo nombre. Dame tú uno.

—*Qué*, entonces: ¿qué es usted?

—Soy tu hombre ideal, supongo —contestó—. He estado viviendo en tu cerebro desde el mismo momento en que el anciano *doc* Ben introdujo el excitador. Tengo la impresión de ser una combinación de Lewis Crane, de tu padre y de un profesor del colegio secundario, llamado señor Weng, del que estabas secretamente enamorada.

—El señor Weng —dijo Sumi, hundiendo la cara en las manos; la cara estaba ruborizada por la vergüenza—. Nunca pensé en él como...

—Pensaste en él hoy, cuando Kate te preguntó qué clase de hombre te gustaba.

—¿Por qué estás aquí?

—Estoy aquí para ser tu amante, Sumi, si así lo quieres. Tu amigo, si no quieres un amante... aunque debo decirte que te estarías perdiendo algunos estímulos increíbles. Éste es un chip muy bueno. Me siento con mucha vitalidad.

—Pero no... no estás aquí en realidad. Quiero decir, no en sentido físico.

Él bajó la mano para acariciarle suavemente el muslo. La tensión de Sumi empezó a aflojar. De algún modo, saber que era *ella* la que estaba creando a su amante hacía las cosas mucho más fáciles. Sin miedos. No había necesidad de tener miedos.

—Te voy a llamar Paul.

—De acuerdo. —La mano de él subió hasta la cara de ella, el contacto desencadenó impactos eléctricos por todo el cuerpo de Sumi—. Pero ¿por qué Paul?

Lo miró con los ojos muy abiertos:

—Porque no conozco a nadie que se llame Paul —contestó. Ambos rieron.

Los brazos de él la rodearon y la atrajeron. Sumi pudo oler el aroma de su colonia, sentir la áspera textura de su cabello ensortijado.

—Te amo, Sumi —le susurró Paul en el oído.

—Lo sé —repuso ella, las lágrimas rodando por las mejillas—. Lo sé.

ZONA DE GUERRA DE LOS ÁNGELES

17 DE DICIEMBRE DE 2026. 19:03

Abu Talib estaba sentado en la parte de atrás de la gran sala de instrucciones junto con Khadijah. Tenía los pies apoyados sobre la mesa y la cabeza tirada hacia atrás. Estaba cansado; sentía los huesos molidos. Cinco meses atrás había completado negociaciones con Tang, relativas a un acuerdo del que se sentía orgulloso... así como tremendamente nervioso. A cambio de la aceptación de la NDI de cesar las protestas violentas, Liang Int. había prometido convocar un referéndum nacional respecto de darle a la NDI una patria. Y esa noche era la noche, noche de elecciones.

Cerca de treinta personas llenaban la sala, paradas contra las paredes y observando grandes pantallas de televisión. Estaban vigilando la votación en ciudades que tenían Zonas de Guerra. En la parte delantera de la sala —la misma a la que habían traído a Talib en su primera noche bajo tierra, hacía ya un millón de años—, estaban de pie tanto Mohammed Ishmael como Martin Aziz. Una túnica negra y una túnica blanca, el día y la noche, dos hombres absolutamente unidos por la causa y diametralmente opuestos por el método. Estaban mirando una enorme pantalla que llenaba la parte frontal de la sala. Khadijah estaba sentada con Talib, la cabeza sobre el hombro de él, haciéndole mimos cansadamente. Talib le besó la frente.

Talib se preguntaba qué iba a hacer el hermano Ishmael si el voto no resultaba como lo quería. Durante estos cinco meses últimos, Martin Aziz había tenido enfrentamientos cotidianos con Ishmael sobre la cuestión de la violencia en los territorios ocupados. Durante cinco meses, un agotador día tras otro, su hermano lo había convencido de nuevo a Ishmael de que no vuelva a iniciar los disturbios y a contentarse, en cambio, con la fase de «educación pública» que había ideado Aziz y

que conducía Talib. El trabajo de Talib consistía en pronunciar discursos y hacer apariciones en la red de televisión, en el programa de quienquiera que se lo solicitase, para vender el hecho de que la Nación del Islam era una organización pacífica, que simplemente se dedicaba a la formación de un Estado islámico y de la hermandad común y corriente entre todas las personas.

Había hecho esto sin parar durante cinco meses enteros dejando de lado por completo la ciencia, ya que no había lugar en el carné de baile. Incluso sus deberes diplomáticos en Nueva Cairo estaban recibiendo demasiado poca atención. La actividad se había vuelto desorientadora para Talib, sin saber jamás en qué ciudad se encontraba, diciendo siempre las mismas cosas. Eso lo había desgastado por completo, y era una manera muy poco conveniente para comenzar un matrimonio.

En forma coincidente, Aziz había iniciado demostraciones pacíficas desde la Zona. «Tumultos informativos» los denominaba. El pensamiento prevaleciente en Aziz era que Ishmael había atraído la atención de toda la gente con los verdaderos tumultos, y ahora, mediante educación y relaciones públicas, era el momento de obtener la comprensión de esa misma gente y, con suerte, su voto, en la cuestión de obtener una patria.

—¿Por qué están tan preocupados tú y mi hermano? —preguntó Khadijah—. ¿Acaso no estamos ganando?

—Por el momento —respondió Talib—. No estás acostumbrada al proceso electoral, pero lo que ocurre es que muy poca gente vota durante el día de elecciones. La mayoría espera hasta llegar a casa del trabajo y enciende la pantalla para ver los discursos y promesas de último minuto, de los políticos. La gente toma la votación como otro medio de entretenimiento.

Sintió, más que oyó, a Khadijah lanzar un jadeo de estremecimiento. Señalaba una pantalla en el costado de la sala, y Talib se volvió para ver a Crane y una inmensamente embarazada Lanie que ocupaban toda la pantalla, al pie de la cual se indicaba que el sonido entraba por la fibra M. Talib pulsó su microteclado y pudo oír la parte final de lo que estaba diciendo Crane.

—... y ésa no es más que una de las razones por las que mi esposa y yo apoyamos la causa de la Nación del Islam. Hemos votado por una patria. Esperamos que ustedes también lo hagan.

Sorprendido hasta el punto de la conmoción, Talib se puso rígido, para después apagar con rapidez. Aparte de mandarles a Lanie y Crane un agradecimiento, a través del correo electrónico, por el apoyo que brindaron, ¿cómo se suponía que debía reaccionar? En esos días, Crane era un héroe triunfal y el más mínimo de sus actos aparecía en televisión. El casamiento en los Himalayas había obtenido horas de cobertura.

Aparte de esas presentaciones de tipo chismoso, empero, poco se sabía sobre

Crane y Lanie... sobre su trabajo, sus nuevos proyectos. Incluso la comunidad científica había estado bastante tranquila, si bien a oídos de Talib había llegado que algo se estaba gestando, que Crane estaba desarrollando un nuevo sector, pero Talib había estado demasiado ocupado como para hacer el seguimiento. No podía ser el plan para fusionar las placas. Crane se había vuelto lo suficientemente rico desde aquella apuesta como para poner en marcha un esfuerzo así, pero nunca habría obtenido las autorizaciones de excavación que serían necesarias, y mucho menos el material fusionable. Y aun así...

Khadijah le estaba sacudiendo vigorosamente el brazo.

—¿Qué te pasa? —preguntó con brusquedad—. Estás enfadado. ¿Te molesta ver que la mujer blanca está tan grande con el hijo de Crane?

—No —mintió—. Todo eso quedó en el pasado.

—Pero te gustaría tener hijos... varones, ¿no?

Talib le hizo girar la cabeza, que ella todavía apoyaba en el hombro de él, y la miró en los ojos:

—Sí —respondió—, me gustaría mucho.

—Bien —contestó Khadijah—, porque vas a tener uno. Te hice un varón para que gobierne Nueva Cairo.

—¿Qué?

La mirada de ella era juguetona.

—Ya me oíste —dijo—. No deberías estar sorprendido. Lo estuvimos intentando con bastante diligencia.

La abrazó con fuerza, inundado por una sensación de agrisulce euforia.

—Eso es maravilloso. ¿Para cuándo?

—Junio —respondió ella—. El próximo junio.

—¿Sabes que es un varón? ¿Te hiciste el examen?

—No necesito examen —dijo ella—. Hice un varón para el Islam. En mi familia somos muy obstinados.

—¡Talib! —gritó Ishmael—. ¡Enciende tu maldito implante auditivo!

Abu besó a Khadijah, sintiendo mariposas en el estómago, y activó la fibra V.

—¡Khadijah está embarazada! —le anunció a todos los que sintonizaban la fibra.

Todos los presentes lanzaron vítores.

—Oremos para que sea un hijo varón —dijo Ishmael—. Ahora, ¿tendrías la bondad de mirar la pantalla?

Talib miró y no quedó sorprendido. En uno de los lados de la pantalla se veía una toma del exterior de las murallas de la Zona de Guerra de Los Ángeles. Habitantes de ella, adultos y niños, estaban de pie formando un grupo grande y cada integrante llevaba una vela. Estaban cantando. En el otro lado de la pantalla estaban pasando el recuento de la votación: la NDI estaba perdiendo.

—¡Estamos perdiendo, y mi hermano hace que nuestra gente cante *negro spirituals*! —gritó Ishmael, alzando los brazos al cielo—. ¡Un espectáculo para escarnecernos!

—En porcentaje, estamos un punto abajo —interrumpió uno de los observadores del referéndum—. Dos puntos abajo en Phoenix.

—¡Estamos perdiendo la delantera en Nueva York!

—Eso es —dijo Ishmael en voz baja.

Talib miró la pizarra con los resultados generales. Los votos se volvían contra la causa.

—¿Quién está manejando la pantalla de Detroit? —preguntó Ishmael a gritos, en medio de la confusión.

—Yo, señor —respondió un hombre que estaba parado cerca de Talib, que ahora estaba de pie. Khadijah se paró también.

—¡No! —gritó Aziz, agarrando el brazo de Ishmael—. ¡No puedes hacer eso!

Ishmael liberó el brazo con un ademán violento y escupió en el piso.

—Ése es el resultado de haberte escuchado —dijo. Después se volvió hacia el observador del referéndum—. ¿Es el Hermano Elijah el que dirige la acción en Detroit?

—Sí, señor.

—Dile que encienda el fuego, hermano.

—Sí, señor.

En la pantalla grande, Aziz ya había pasado a la Zona de Guerra de Detroit, mientras Talib miraba cómo le llegaba a la multitud la orden de Ishmael. Cesaron de cantar de inmediato, arrojando las velas contra la guardia de FPF, que estaba en fila a una distancia de cuarenta y cinco metros.

La multitud cargó hacia el borde la Zona, gritando:

—¡Alá es grande!

Arrojaban piedras, pero cuando el gas vomitivo cayó sobre el pavimento alquitranado, salió a relucir la verdadera artillería.

—¡Armas de fuego! —bramó Aziz—. ¿¡Qué estás haciendo!?

—¡Lo que debí haber hecho todo el tiempo! —replicó Ishmael—. En estos momentos es la única manera. Quizá podamos conseguir que suficientes telespectadores se alejen de sus botones de votación. Quizá podamos mantener la delantera. ¡Pongan a Chicago en el micrófono!

—¡El cómputo está descendiendo en Detroit. Ahora hemos bajado el cinco por ciento! —gritó el observador del referéndum.

—Díganles que aguarden —dijo Ishmael, caminando furiosamente de un extremo a otro de la sala. Señaló a un hombre que operaba un pequeño monitor— ¿Cuál es el análisis de comparación en la pantalla?

—Todavía estamos ganando en las ciudades en las que no tenemos presencia — contestó el hombre por el implante auditivo.

—Hermano —dijo Aziz, terciando suavemente por el implante—, respecto de Detroit...

—Abortar Detroit de inmediato —dijo Ishmael. Con el ceño profundamente fruncido, entró a zancadas en el medio de la actividad. La gente estaba trabajando a todo vapor en los monitores y descargando estadísticas.

—¡Cesar todas las operaciones! —ordenó Ishmael. La sala quedó repentinamente en calma, todas las miradas puestas en Ishmael.

Se corrió la voz con rapidez, las zonas rompían su vigilia con velas y los sediciosos ya corrían de vuelta a guarecerse detrás de sus murallas.

—¿Y ahora, qué? —preguntó Aziz.

—¿Y tienes la osadía de preguntarme eso? —Ishmael puso un dedo justamente frente a la cara de su hermano—. Vamos a perder, y te acuso a ti. —Después señaló a Talib—: Y te acuso a ti.

—La violencia no es la respuesta. Te estoy implorando que mantengas la paz — dijo Aziz.

—¡No! —gritó Ishmael.

Giró sobre los talones y, como un torbellino, se alejó de su hermano y se abrió paso a empujones por entre la multitud, saliendo por la puerta lateral sin siquiera echar una mirada hacia atrás.

CAPITULO 17

La artesa de Saltón

PROYECTO VALLE IMPERIAL
BOMBAY BEACH, CALIFORNIA
15 DE JUNIO DE 2028.11:00

Lewis Crane levantó el helicóptero hasta las hinchadas nubes blanco brillante, recortadas contra un cielo azul intenso, y después enfiló rápidamente hacia abajo. Charlie, a quien le faltaban nada más que dos días para cumplir dieciocho meses de vida, palmoteo y rió con su vocecita tintineante. Estaba sentado en el regazo de su madre y, en su propio regacito, llevaba un enorme elefante amarillo de felpa.

—¿Sabes qué son las nubes, Charlie? —preguntó Crane mientras inclinaba el helicóptero hacia el sur, en dirección al sitio del proyecto—. Son agua.

Charlie hizo un gorgorito. Daba la impresión de adorar a los padres, y los deleitaba escuchando con atención cada palabra que le decían, a menudo respondiéndoles con una profunda retahíla de sonidos en su media lengua.

—¿Y cuánto pesa una nube?

Los ojos del niño, color castaño como los de la madre, se abrieron como platos. Como si pudiera entender todo lo que le decía su padre, miró el cielo. Recién estaba aprendiendo a hablar. Señaló con un dedito rechoncho y dijo:

—*Núe... núe.*

—Así es, muchacho: nube —dijo Crane—. Estoy seguro de que crees que esas nubes no pesan nada... como las telas de araña. Pero una nube realmente grande pesa mucho. Quizá cuatro millones y medio de toneladas. Grande. Grande, ¿eh?

—*Gande* —repitió Charlie, abriendo los brazos todo lo que podía. Levantó su animalito de paño—. *Efante.*

—Sí —dijo Crane, excitado—. Quizá dos elefantes.

Radiante, miró a Lanie.

—¿Oíste eso? Dos palabras nuevas. ¡Y entendió el concepto de tamaño!

Lanie lanzó una risita, alisando el cabello de Charlie mientras resistía la tentación de embromar a Crane. ¡Qué diablos!, pensó, Charlie *era* brillante, probablemente no estaba listo para pronunciar el discurso de aceptación del Nobel en Estocolmo, pero Crane tenía motivos para sentirse orgulloso de su hijo. Cómo amaba a Charlie. Y qué padre fantástico era. No obstante, lo más importante de todo, pensaba Lanie, era que Charlie tenía temperamento dulce, tenía curiosidad por su entorno y era afectuoso. Casi como si le pudiera leer los pensamientos, Charlie giró y le estampó un húmedo

beso en la mejilla. Lanie reía cuando divisaron el Proyecto, centenas de metros más abajo.

Como siempre había manifestantes protestando en torno de los portones exteriores del compuesto del Proyecto. Habían estado ahí desde que se practicó la excavación inicial, lo que había tenido lugar apenas unos pocos días después del nacimiento de Charlie. Mohammed Ishmael había ampliado el alcance de las protestas de la NDI, al mismo tiempo que las hacía cada vez más violentas. El propósito declarado de hacer piquetes de protesta en Northwestern Gemstone era impedir que Crane siguiera adelante con lo que los manifestantes llamaban «sus planes dementes de sembrar estragos termonucleares para detener los terremotos». Lanie y Crane lo sabían. Había provenido de una fuente única: Dan Newcombe... o Abu Talib, como se hacía llamar ahora.

Cuando Dan renunció a la fundación, ambos temieron que diera a publicidad lo que sabía sobre el sueño de Crane. Lo único que los sorprendía era que hubiese tardado tanto... o que le hubiera tomado tanto tiempo enterarse sobre Northwest Gemstone y sumar dos más dos. Hasta ahora no le habían mentido al público. De hecho, no habían efectuado declaraciones públicas en absoluto. Pero no tenían que mentir, ya que el público no era propenso a creerle a la NDI. Después de la derrota en el referéndum sobre la patria para la NDI, Mohammed Ishmael se había vuelto mucho más prominente, a menudo eclipsándolo a Dan en cuanto a la cantidad y la importancia aparente de los discursos, de las apariciones en televisión y ante su pueblo. Y no había duda de que era Mohammed Ishmael el que había hecho retornar a la NDI a un régimen militar de ataques terroristas.

Todas las Zonas de Guerra se habían alzado al mismo tiempo, para después desplazarse más hacia el interior de las ciudades en sí. Bombas humanas, automóviles llenos con asesinos que les disparaban a quienquiera que tuviera la mala suerte de estar en las calles, guerrilla urbana sin la más mínima contemplación.

Y cada vez que tenía lugar otro tiroteo, otro atentado con bombas, Mohammed Ishmael inmediatamente reclamaba el honor, y decía que el terror se detendría cuando la NDI consiguiera una patria... y se detuviera la actividad de Crane.

Liang Int. seguía respaldando el proyecto, el motivo principal era el hecho de que no se podían permitir perder el honor ante Yo-Yu, cuyo nuevo logotipo, las letras you en rojo sangre, parecían hablarle directamente al hombre de la calle.^[2] Yo-Yu había sido un fenómeno: sus chips se habían vuelto notablemente complejos, capaces de crear efectos en los que el cerebro no podía establecer la diferencia entre la realidad y la fantasía. Habían salido tan buenos, de hecho, que los intentos del señor Tang por competir lanzando productos similares habían fracasado de manera lastimosa, como consecuencia de su inferior calidad. Sencillamente había una brecha tecnológica demasiado grande, y Yo-Yu protegía con mucho cuidado sus secretos.

Y también estaba el valle del Mississippi. Yo-Yu, que había recibido una poderosa inyección de capital proveniente de sus chips —pues, en verdad, los chips estaban reemplazando a la *dorf* en el mercado—, había hecho una oferta para toda la región que Liang aceptó. Eso lo había hecho feliz al señor Mui, ya que permitió que Liang América exhiba ganancias para el año calendario 2027. Después, Yo-Yu bombeó dinero en todo el Medio Oeste, lo que suministró energías a la región. Ésta se había convertido en una zona fronteriza de bonanza, a la que convergían desde todas partes los desplazados sociales que carecían de derechos y franquicias, y ocupaban el lugar de aquéllos que se habían ido después del terremoto y de sus persistentes temblores posteriores.

Bulliciosa y más allá de la ley, la gente del valle del Mississippi lo había convertido en el punto candente para obtener dinero rápido y celebrar contratos con facilidad, y eso le había brindado a Yo-Yu el sitio de apoyo que necesitaba en sectores básicos —propiedad de la tierra, madera para la construcción, plantas de productos químicos, agricultura—, con lo que pudo tomar verdadera carrera para quebrar a Liang América.

Y se habían ganado a la gente. El mejor proyecto de relaciones públicas que pudo haber visto el mundo fue el de la regeneración del ozono, idea que se le había robado a Liang. El proyecto de Yo-Yu había reabastecido el veintisiete por ciento de la cantidad de ozono atmosférico, lo que ayudó a todos sin costo alguno. Una vez más, la gente pudo salir al sol sin temor de contraer cáncer de piel. Árboles a los que se consideraba muertos desde hacía mucho se estaban regenerando. En las elecciones para la renovación parcial del Congreso, en 2026, Yo-Yu se había quedado con ochenta y nueve escaños de la Cámara de Diputados, tantos que se había establecido una especie de equilibrio político y en el Congreso se volvieron a oír, una vez más, debates verdaderos sobre asuntos verdaderos.

Crane pasó con el helicóptero muy cerca de la turbamulta, encendiendo el altavoz externo con su microteclado, mientras un pequeño mar de caras lo maldecía y agitaba los puños hacia él.

—Están invadiendo propiedad privada —les dijo, mientras Charlie reía y volvía a palmotear al oír la estentórea voz de su padre—. Abandonen la zona de inmediato. Vamos a iniciar ejercicios para control de disturbios, empleando una aspersion química letal. Váyanse de inmediato.

Hizo ascender de nuevo el helicóptero mirando cómo, abajo, la gente se dispersaba presurosa. Se conectó con Control de Proyecto.

—Enciendan las regaderas rotativas —ordenó.

Todo el personal reía cuando se abrieron las mangueras de agua común y corriente para rociar a la gente. Los manifestantes corrían, tropezando y ahogándose, jadeando en busca de aire... derrotados por el poder de sugestión. Crane cambiaba de

broma al cabo de algunos días, para que no se corriera la voz.

Despejaron la cerca de tres metros de alto y el pequeño contingente de FPF los saludó con la mano cuando pasaron. A pesar de todas sus bravuconadas, el hermano Ishmael nunca había atacado el complejo en forma directa, quizá porque temía salir demasiado lejos de una zona central de guerra... o bien pudo haber tenido miedo de estar en lo cierto respecto de que en el complejo se estuviera trabajando con material termonuclear inestable.

—¿Dijo que las máquinas no van a cavar? —preguntó Lanie mientras despejaban la cerca para recorrer los siete kilómetros que faltaban para llegar al complejo.

—El señor Panatopolous está muy molesto y quiere modificar la fecha de completamiento.

—¿Y, qué tiene eso de nuevo? Diez plañideras juntas no llegan a superarlo.

—Ése es su especial talento, mi amor. La contribución creativa que nuestro Pany le hace al mundo. Creo que la extrañaría si él llegara a cambiar.

—¿Qué le dijiste?

—Le dije que haría que mi esposa iría ver qué pasa —respondió Crane, subiendo y bajando rápidamente las cejas—... porque sí irás a ver qué pasa, ¿no?

Lanie asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Da la impresión de que otra vez fuera un problema de calibración. Los excavadores se salen de la línea al cabo de un tiempo, y nadie se da cuenta hasta que dejan de trabajar.

Descendieron con exactitud en el edificio de confinamiento de dos pisos, su construcción, carente de ventanas y parecida a una cúpula, se asemejaba a una verruga de hormigón armado en el plano desierto de Bombay Beach. El emplazamiento estaba en la margen oriental del Mar de Saltón, a varios kilómetros de una gran comunidad de retiro espiritual. Más hacia el este estaban las montañas de San Bernardino. Bajo el brillante sol matutino, Saltón refulgía como un diamante. De cuarenta y ocho kilómetros de largo y dieciséis de ancho, había surgido a la vida en 1905, cuando el río Colorado irrumpió a través de esclusas de irrigación e inundó la región. Aunque se lo llamó mar, Saltón realmente era un lago salino de poca profundidad. El proyecto extraía agua de él para sus reactores.

Pero no era por eso que habían construido aquí: Saltón estaba a sesenta y nueve metros, sesenta centímetros, por debajo del nivel del mar, por lo que podían cavar desde un punto bajo. Y lo que era más importante aún: la artesa de Saltón estaba ubicada precisamente encima de la convergencia de fallas más importante de California. Inmediatamente por debajo del mar, las fallas de San Andrés e Imperial se convertían en una sola, siendo la falla Imperial la última rasgadura que seguía ininterrumpida hasta el Golfo de California. Las fallas unidas después se desplazaron hacia el norte, interconectándose con otras fallas y volcanes inactivos. No sólo era el

Mar de Saltón el sitio para que actúe como cuello de botella de San Andrés sino, también, para enfriar otras tres fallas, por lo menos, al mismo tiempo. El globo mostraba lo importante que era llegar a estas otras fallas, porque demostró que, para 2070, trece años después de que el sur de California se convirtiera en la isla de Baja, el resto del Estado se fracturaría hasta el Saltón, desde la frontera mexicana hasta Oregon, convirtiendo a California en una península sobresaliente, mientras las costas del Pacífico iban a apoyarse contra Arizona y Nevada.

De aquí a dos semanas, Crane estaba planeando detener todo eso con una sola acción temeraria.

Aterrizó sobre una superficie alquitranada que estaba al lado del edificio de confinamiento, donde había trabajadores que la lavaban con mangueras, después de que la noche anterior pasara la Nube Masada. Masada por fin estaba empezando a disiparse e iba a desaparecer en el transcurso de los próximos años. Finalizaciones y comienzos. Tres meses antes, un grupo de cuarenta científicos judíos había desafiado la aún intensa radiación de Israel, para erigir un asentamiento tipo ambiente cerrado en la arrasada ciudad de Jerusalén. La cúpula de ese asentamiento se apoyaba en los restos del Muro Occidental, que era todo lo que quedaba del templo que Salomón había construido tres milenios antes. El mundo islámico se quejó tremendamente y prorrumpió en amenazas. Los judíos permanecieron en Jerusalén. Dos bebés ya habían nacido en la tierra de sus ancestros.

El giro de la rueda, había pensado Crane en aquel momento. *Cómete el codo, hermano Ishmael*.

Descendieron al lado del confinamiento, saltaron del helicóptero y fueron caminando hacia la profusión de pequeños edificios diseminados por toda la planicie. Había barracas para las tropas permanentes, un comedor para el personal y edificios para recreo y tinglados para proteger el equipo. Había otro sector donde se reunían las máquinas a motor, donde moraban todas las extrañísimas máquinas cavadoras antropomórficas del señor Panatopolous. A lo lejos, en las llanuras de sal, un monte de sesenta metros de roca y tierra excavados constituía el punto más elevado de la zona circundante.

El ascensor que llevaba a la caverna tenía la apariencia de cualquier otro edificio. De tres pisos de alto, tampoco tenía ventanas. Polvo amarillo soplaba por el campamento en el aire caliente del desierto. La familia Crane se apuró para llegar al camino de acceso. Lanie llevaba a Charlie y le bajó el ala del sombrero sobre la cara, para evitar que el polvo le entre en la boca, pero el niño lo empujó de vuelta hacia arriba Charlie se adaptaba de modo natural al desierto.

En la entrada pronunciaron sus nombres, para que la computadora compare los patrones de pronunciación; después recorrieron a pie los cuatro metros y medio de oscuridad que mediaban hasta la puerta interna, igualmente grande para permitir el

ingreso y el egreso de equipo pesado. Aquí los tres pasaron por la exploración del patrón de vasos retinianos y de las huellas digitales.

Las puertas del ascensor se abrieron con un silbido hidráulico, y entraron en un cilindro metálico liso de seis metros de alto por nueve de radio que podía transportar cien personas o sesenta toneladas de equipo. El ascensor era un gigantesco electroimán que utilizaba el propio campo magnético de la Tierra como propulsión. Estaba suspendido en lo alto de un abismo de treinta y dos kilómetros, sin aparatos externos que lo mantuvieran en su sitio y sin frenos. Inmediatamente por dentro de la puerta había dos botones. Una flecha hacia arriba y una flecha hacia abajo.

El centro del cilindro estaba alfombrado, tenía asientos confortables y entretenimientos que aguardaban a los pasajeros del viaje de descenso de veinte minutos. Lanie se dejó caer pesadamente sobre un sofá. Charlie fue directamente en busca del constructor holográfico, una máquina de proyección que se sostenía con la mano y que creaba ladrillos que se podían apilar y disponer de manera para construir cualquier cosa. A Charles Crane le encantaba apilarlos hasta el techo de la habitación, para después sacar el de abajo y ver cómo se desmoronaban los demás.

Crane miraba a su hijo, con la chochera que únicamente un padre mayor podía sentir. A los cuarenta y un años no se sentía particularmente viejo, pero había llevado una vida fuera de lo común, que le habría bastado a diez hombres, y su reciente dulcificación lo había hecho sentirse contento de estar viendo cumplirse su sueño. Temía perder la energía maniática que lo había impulsado antes. Esto era demasiado importante para el mundo como para sacarse de encima la presión. Se estaba volviendo malditamente civilizado y pronto, sospechaba, llegaría la aceptación... después la complacencia... después, la muerte de la creatividad.

—¿Vas a tener que posponer la fecha? —preguntó Lanie, mientras la torre de ladrillos de Charlie se desmoronaba en medio de ellos, para gran regocijo del niño.

—Estaremos bien —respondió Crane desde una cómoda silla, mientras Charlie cambiaba los ladrillos y empezaba de nuevo, pero esta vez con pirámides.

—Simplemente estoy contento de que tengamos esto listo antes de las próximas elecciones.

—Quizá toda esa horrible violencia se detenga también. —Lanie se extendió en el sofá.

El ascensor se desplazaba sin hacer el menor sonido, con la salvedad de un leve chasquido cada diez segundos, correspondiente a un punto de contacto.

—¿Estás bien? —preguntó Crane.

—Nada de importancia... Estoy un poco cansada. No dormí bien anoche.

—¿Pesadillas?

—Nada de importancia, ya te lo dije.

—Lanie...

Ella se incorporó sobre el borde del sofá, tensa:

—¿Recuerdas el sueño que yo solía tener?

—¿El de Martinica? Claro que sí. Desapareció después de que recuperaste la memoria.

—Volvió —dijo Lanie—. Lo tuve anoche. —Movié la cabeza de un lado para otro—. Tan... real. Podía sentir el fuego quemándome las piernas, y los alaridos, y...

—No es más que un sueño, Lanie —dijo Crane, yendo hacia el sofá para sentarse al lado de ella. La rodeó con los brazos y la envolvió con fuerza.

Lanie se ablandó al estar apoyada en él.

—La locura de todo esto es... el lugar donde ocurre, en el sueño. Se parece mucho a donde estamos en este preciso instante.

Crane la besó en la mejilla.

—Simplemente, tu cerebro está poniendo lo que tú sabes en el sueño, eso es todo.

—No —dijo Lanie, poniéndose tensa entre sus brazos—. No cambió. Siempre tuvo ese aspecto en la pesadilla.

Crane la hizo girar para mirarla de frente.

—¿Qué son los sueños? —preguntó.

—Impulsos eléctricos al azar en la corteza cerebral. El cerebro los interpreta como le place —Lanie le sostuvo la mirada—. Entonces, ¿cómo es que vi este lugar en un sueño, hace cuatro años?

—Coincidencia —respondió Crane—. Una caverna es muy parecida a otra.

El proyecto había ejercido presión sobre todos los intervinientes, y Crane iba a estar contento en el momento en que se terminara. Cuando le venda el paquete al mundo, sería con alguna otra persona actuando como coordinador. Crane estaba listo para descansar, para pasar algo de tiempo disfrutando de su familia.

—Puede ser.

Se estaban acercando. Crane podía sentir la reducción de velocidad en el vientre. El ascensor los descargó en un vestíbulo grande con paredes de hormigón armado y soportes de acero, bien iluminado. Desde el vestíbulo salían varios corredores, que iban hacia diferentes partes del Proyecto. Los Crane tomaron el administrativo, pasando recepción de visitantes/procesamiento, y hasta la sala de procesamiento electrónico de datos.

Se detuvieron ante la puerta. Lanie entregó a Charlie a Crane.

—Eso es, ve con papito a visitar al señor Panatopolous, mientras mami vuelve a poner el proyecto grande de vuelta en el flujo

—Vamos, muchacho —dijo Crane—. Iremos a ver las excavadoras.

—¡Edora! —dijo Charlie, excitado.

El corredor terminaba en un conjunto de escalones metálicos, al lado del cual estaba pegado un cartel que rezaba: «Personal autorizado solamente». Tomaron la

escalera e ingresaron en la caverna.

Era enorme, de más de cuatrocientos cincuenta metros de lado a lado. El techo natural de la caverna estaba a treinta metros por encima. Ramificándose a cada lado de la caverna principal estaban las cavernas del señor Panatopolous. Suficientemente anchas como para permitir el paso de camiones y equipo, se extendían casi cinco kilómetros en cualquiera de ambas direcciones. Una iluminación brillante hacía que el sitio pareciera incandescente, aunque se mantenía frío en los veinte y medio grados Celsius, que son naturales bajo el suelo.

La sala de procesamiento electrónico de datos, grande y envuelta en vidrio, miraba hacia la caverna.

—Saluda con la manita a mamá, hijo. Ella espera.

Crane y Charlie agitaron la mano en dirección de la ventana, donde Lanie les sonrió con calidez y les devolvió el saludo. Crane y Lanie eran simbióticos, se combinaban a la perfección en todos los aspectos de su vida. Compartían la obligación de cuidar a Charlie, trabajaban cuando querían o necesitaban. Más que todo, entendían y respetaban lo que impulsaba al otro. Ninguno era servil. Por primera vez en su vida, Crane entendió el dicho «El hombre no fue hecho para estar solo».

Puso a Charlie en el piso. El niño avanzó rectamente hacia las zorras de tres ruedas que se usaban en las cavernas. Crane se apresuró a seguirlo y ambos treparon a una.

—Llama a mami —dijo, sosteniendo el microteclado de muñeca para Charlie, que inmediatamente extendió la manita y tocó la fibra P. Por el implante auditivo de Crane llegó la voz de Lanie.

—Eh, estamos trabajando aquí arriba.

—Sí, sí. ¿Podrías decirme dónde está Panatopolous?

—Corredor A —contestó—. Abajo de todo.

—Gracias, amor. Adiós.

Cortó la comunicación y tocó la tecla del foco, con lo que el vehículo se puso en acción con una sacudida, avanzando con un leve ronroneo a lo largo del piso hormigonado. Mientras avanzaban por la caverna hacia el corredor A, el poder apareció ante la vista. Agujeros del tamaño de piscinas de natación y separados entre sí unos nueve metros habían sido recortado directamente en la roca. Estaban rodeados por rieles. Cada agujero descendía casi seis kilómetros y por su centro corría un tubo de treinta centímetros de diámetro, relleno con material termonuclear. Había cien tubos.

La zorra se desvió hacia la izquierda, tomando el corredor A, que daba vueltas y revueltas debido a los agujeros con sus tubos embutidos que tenían el propósito de soldar las ampliamente divergentes fallas que entrecruzaban el sector. Para estos

momentos estaban tan abajo de Saltón que, al ser el lago tan poco profundo, las explosiones de abajo apenas si producirían onditas en el agua.

Grandes salidas impresas de computadora, colocadas cada kilómetro, aproximadamente, hacían el seguimiento de la radiación que había en la cámara. Había pequeñas fugas ocasionales, fácilmente comprensibles en un sistema que no se pretendía que durara más allá de la semana posterior a la siguiente. Con las cantidades asombrosas de material radiactivo que habían estado utilizando los dieciocho meses pasados, resultaba notable que nunca hubieran tenido un verdadero problema. Eso era lo que les permitía terminar más pronto de lo estipulado y antes de las elecciones que, según lo que se esperaba universalmente, iban a dar por resultado una victoria avasalladora de Yo-Yu y, dado que se estaba corriendo la voz sobre el proyecto, y estaba ganando consenso entre el público eso podría significar la cancelación del proyecto.

El corredor seguía serpenteando, haciéndose evidente en las paredes de roca el esfuerzo de falla, y las fracturas por esfuerzo transversal y por compresión. Un tesoro geológico invaluable que mostraba las posibilidades de la Naturaleza. Todo este paisaje se convertiría en roca fundida, cuando los dispositivos term nucleares se dispararan.

Llegaron a un tramo recto del corredor y divisaron el comerrocas del señor Panatopolous, a unos treinta metros adelante, al final de la línea. El hombrecito caminaba de un lado para otro lleno de enojo, como siempre. Fiel a la palabra empeñada, cuando llegó el momento de conceder el subcontrato para excavación, Crane había pensado en el hombre que lo había ayudado a cavar a través del lodo aluvial de Reelfoot, y lo contrató a Panatopolous para todo el trabajo y le ofreció un incentivo del cincuenta por ciento, si terminaba la tarea para fines de marzo.

—Ya era hora de que viniera —dijo Pany cuando aparecieron en la zorra. Calmado, se le iluminó la cara con una vasta sonrisa al ver a Charlie.

—Eh, ahí está mi muchachote —dijo Panatopolous, sacándolo de la zorra para sostenerlo en el aire. Charlie reía, pero sus ojos estaban fijos en la excavadora de tres metros que tenía el aspecto de una *mantis* religiosa—. Estás creciendo día a día.

Charlie era la mascota no oficial del proyecto, al haber sido criado, literalmente, desde retoño hasta que empezó a gatear, bajo la vigilante mirada de sesenta empleados.

Crane fue hasta una máquina que tenía el hocico totalmente hundido en el agujero a medio cavar, el confín del pozo demasiado abajo como para que se lo pudiera ver. Una jaula del tamaño de un hombre colgaba justo en el borde interior del agujero. Estas jaulas estaban diseñadas para transportar a un trabajador hacia el fondo, para que revise posibles fugas en el núcleo. Al final del trabajo, transportaría al encargado de disparar los miles de kilos de explosivos plásticos embutidos en el tubo que darían

comienzo a la reacción en cadena.

La excavadora tenía en el extremo un poderoso trépano que picaba la roca. Después, los cascotes eran succionados hacia arriba por el tubo, en dirección de las entrañas de la máquina. Una cámara larga, cilíndrica, deshacía la roca por medio de ultrasonido, hasta convertirla en polvo, que después se arrojaba en la parte trasera de un camión volcador que lo aguardaba para transportarlo hasta la montaña artificial que estaba en la planicie.

Panatopolous llevó a Charlie hasta su padre.

—Pude haber terminado con esto si no *estaría* atado a las malditas computadoras. Un agujero es un agujero, ¿por qué tienen que revisar mis agujeros?

—Usted sabe mucho sobre agujeros —contestó Crane—. Yo sé sobre lo que hay adentro de ellos.

—En un agujero no hay nada. Está vacío.

Crane le sonrió.

—¿Cuánto pesa una nube? —preguntó.

—¿¡Qué!?

El microteclado de Crane sonó en la fibra de Lanie.

—Estoy mirando una excavadora no operativa —dijo—. Háblame.

—No te atrevas a permitir que Charlie quede en el suelo, cerca de ese agujero abierto —contestó ella en el implante auditivo de él.

—Comprendido.

—Dile a nuestro desdichado amigo que tiene que recalibrar su excavadora coma - cero - nueve - cinco centímetros, a veintitrés grados...

—Coma - cero - nueve - cinco centímetros a veintitrés grados —le dijo Crane a Panatopolous, quien maldijo, para después disculparse ante Charlie.

—... está haciendo que la falla sea parte de este túnel. Las computadoras no admitirán la incongruencia intrínseca de un túnel que se desplaza.

—Recibido. ¿Algo más?

Ella quedó en silencio durante varios segundos.

—¿Lanie?

—Hay aquí dos grupos para hacer una visita programada.

—¿Y qué hay con eso?

—Uno de ellos es un grupo pequeño de la Nación del Islam.

—¿Qué? Nunca autoricé...

—Lo siento, Crane —dijo ella en voz baja—. Sumi me llamó ayer y me preguntó si podíamos hacer esto como un favor personal para él; como una manera, quizá, de abreviar la violencia. No estabas disponible, yo estaba hasta las orejas con trabajo... Dije sí, y después olvidé decírtelo.

—No permitas que alguien vaya más allá de recepción. Voy para ahí —dijo

Crane.

Tomó a Charlie de los brazos de Panatopolous. Crane era tan famoso que atraía enorme atención. En los comienzos de la excavación, el público había pedido a gritos venir al emplazamiento para conocerlo a él. Las mejores relaciones públicas, eso fue lo que se decidió, consistían en aceptar unos pocos grupos que hagan visitas limitadas que se concentraran en la geología de la caverna. Todo eso formaba parte, también, del pretexto para mantener el proyecto en secreto.

—Crane —dijo Lanie—. Dan es parte del grupo.

La ira estalló en el interior de Crane.

—¡No puedo creer que tenga la osadía de venir acá!

—En estos momentos lo tengo delante de mí —dijo Lanie.

Abu Talib estaba de pie, incómodo, en la antesala para visitantes, repleta de armarios. Estaba con Khadijah, que estaba embarazada de su segundo hijo, y Martin Aziz. Talib podía sentir odio por Crane, que, ahora lo sabía, lo había experimentado desde el principio, pero en los primeros tiempos lo había suprimido por completo.

Aquí, en las cavernas de la locura de Crane, Talib conoció la estructura del Mal. Un ruidoso grupo de escolares de quinto grado, pertenecientes a la escuela primaria Niland, se vino a la carga por toda la estancia, perseguido por su maestra, que trataba de apaciguarlos. Talib no advirtió nada de eso. Escuchaba los sonidos metálicos, las voces de los operarios, el zumbido de los sistemas de circulación... eran los sonidos de un sistema que operaba en línea, la realidad del ejercicio de Crane para jugar a ser Dios. Si Talib había tenido antes la más leve duda respecto de sus sospechas, esa duda se disipó ahora. Ni siquiera tenía que mirar por los alrededores. Sabía que abajo habría pozos, muchos de ellos, y todos atiborrados con explosivos termonucleares.

Aunque ateo él mismo, Talib era muy sensible a los conceptos de la ley natural. La Tierra era buena, el producto de todo lo que había pasado antes; sus procesos eran sacrosantos. Estudiarlos, claro que sí y tratar de vivir en armonía con ellos, por supuesto, pero ¿controlarlos?, blasfemia. Pensaba en las leyes newtonianas del movimiento: toda acción produce una reacción igual y de sentido opuesto. ¿Cómo podría reaccionar la Tierra ante el ataque de Crane?

Abu Talib sintió que la ira crecía dentro de él. Sobre sus hombros soportaba el peso de la justicia. Tenía que hacer lo que nadie más podría y detener al demente antes de que destruya el planeta.

—No puedo creer que realmente estés acá.

La cabeza de Talib giró, como disparada por un resorte, en la dirección de la que venía la voz de Crane. Crane estaba flanqueado por dos G; Lanie se mantenía un poco más atrás, sosteniendo a su hijo, su hijo blanco.

—Y yo no puedo creer que realmente vayas a hacer esto —contestó Talib.

Lanie se abrió camino entre los G para entrar en la sala.

—Hola, niños —les dijo a los escolares, que habían dejado de jugar cuando oyeron el intercambio de palabras entre los dos hombres—. Desearía pedirles a todos ustedes que elijan un armario y se quiten todo equipo de comunicaciones que pudieran estar usando. Apaguen los implantes auditivos. Sáquense los microteclados y guárdenlos en los armarios.

Los niños hicieron lo que se les pedía.

—Gracias —prosiguió entonces Lanie—. Ahora vayan, por favor, con el policía, que los llevará en una visita guiada a la sala de rocas y gemas.

Los niños se pusieron en fila detrás de uno de los inexpresivos guardias de seguridad. Crane y el otro G fueron hacia la sala de procesamiento, para rodear a los tres representantes de la NDI.

—¿Así que cuánta gente mataron hoy, Dan? —preguntó Crane—. ¿Hemos pasado la marca de los tres mil ya?

—Déjelo en paz —terció Khadijah—. Libramos una guerra de liberación. En las guerras muere gente.

—Usted debe de ser la esposa —dijo Crane, acercándose a ella.

—Pasaré todo eso por alto, Crane, ya que no es la NDI la que está en discusión —dijo Talib—. Estoy aquí para darte una última oportunidad de recobrar la sensatez. Por favor, detén esta locura ahora. Aléjate de esto.

—Tú me conoces malditamente bien como para decirme eso —replicó Crane.

—Pero yo no lo conozco en absoluto, doctor Crane —intervino Aziz.

Crane se quedó mirando al hombre vestido con una túnica blanca:

—¿Y quién podría ser usted?

—Alguien que aborrece la violencia tanto como usted —replicó Aziz.

—Pues entonces anda usted en malas compañías.

Lanie se adelantó con el bebé, y Talib sintió que se ponía tenso en su interior:

—Hola, Dan —dijo en voz baja. Él cruzó los brazos para impedir que le tiemblen las manos.

—Así que usted es Lanie —dijo Khadijah, interponiéndose entre la otra mujer y Abu—. Yo soy Khadijah, la esposa de Abu Talib. Tiene usted un hermoso hijo.

—Gracias —dijo Lanie, los ojos todavía fijos en Talib—. Tengo entendido que usted tiene una hija.

—Y un varón en camino —dijo Khadijah, palmeándose el abdomen—. ¿Su hijo heredó la locura del padre?

—Así lo espero —repuso Lanie con frialdad, todavía mirando a Talib—. ¿Por qué no nos puedes dejar tranquilos, Dan? ¿Qué te hicimos?

Talib rompió el contacto visual, pues sentía que su determinación se estaba resquebrajando.

—No lo entiendes —dijo—. ¡Lanie, esto puede destruir el planeta!

—Suficiente —dijo Crane—. Quiero que se larguen.

Talib nunca había sabido si Crane odiaba a alguien, pero podía sentirlo ahora, pulsando desde ese hombre en oleadas agonizantes. El enemigo. Talib no protestó contra la orden de Crane.

Regresaban hacia Procesamiento desde la sala de computadoras, donde un ordenanza estaba barriendo justo afuera. Cuando Talib pasó al lado del hombre, en el bolsillo de su chaqueta cayó un disco.

Llegaron a Procesamiento, y Talib deslizó el disco fuera del bolsillo y lo introdujo en la ranura de su microteclado para copiarlo. Tosió para disimular el pitido que indicaba que se había completado la copia. Después se puso el disco en la palma de la mano y lo dejó caer en el cesto de residuos que estaba al lado de la puerta, en el momento en que el ordenanza ingresaba en la sala para barrer.

Crane y el FPF los guiaron de vuelta a los ascensores. A los pocos minutos, los alumnos de quinto grado corrieron por el vestíbulo para unirse a ellos. Mientras caminaban hacia el enorme ascensor, Crane aferró a Talib por el brazo, y lo miró con furia.

—No sé qué estás haciendo aquí después de todo este tiempo —dijo—. Pero lo harás por última vez. No deseo, ni pretendo, volver a ver otra vez tu cara.

—Sácame la mano de encima —dijo Talib, desembarazándose, mientras la puerta se cerraba entre ellos.

Lo último que Crane vio del otro hombre fueron los ojos, brillantes como lava por el odio. La tubería de emociones negativas funcionaba en ambos sentidos.

—¡Crane! —gritó Lanie, viniendo a la carga por el vestíbulo, con Charlie cabalgando alegremente sobre su espalda—. ¡Crane! —Lo alcanzó sin aliento, frunciendo el ceño ante las puertas cerradas del ascensor—. Se fueron —dijo.

—En seguida, por supuesto. ¿Ocurrió algo?

—Nos falta un disco.

—¿Cuál?

—Diagramas esquemáticos del diseño básico, planos heliográficos, análisis estructural.

—Muéstrame —dijo él, al mismo tiempo que avanzaba por el pasillo—. Si se llevaron algo, tenemos tiempo para detenerlos cuando lleguen a la superficie.

Corrieron a la sala de procesamiento electrónico de datos, oscura y fría, esculpida en la roca desnuda.

—Lo había sacado —explicó Lanie— para revisar los problemas de alineación de Pany; después lo coloqué...

—¿Aquí? —preguntó Crane, levantando un pequeño disco que estaba en el otro lado del teclado y sosteniéndolo para que ella lo vea.

—¡Es ése! —dijo ella, tomándolo de Crane para colocarlo en la caja de discos que

se cerraba con llave. Miró con dureza a Crane:

—Yo no lo puse ahí.

—¿Estás segura?

Lanie asintió con un silencioso movimiento de cabeza. Crane clavó la mirada en el techo de la caverna como si, a través de la roca sólida, pudiera ver a Talib.

CAPÍTULO 18

Fallas ocultas

PROYECTO VALLE IMPERIAL

30 DE JUNIO DE 2028, 21:18

La voz de Harry Whetstone retumbaba por la caverna cuando él disertaba, desde el pequeño podio montado en la caverna principal, ante el conjunto de asociados que habían trabajado en el proyecto. Crane contemplaba a su amigo con una extraña sensación de calma, de demonios conquistados.

—Esta noche nos encontramos en una encrucijada de la historia —decía Stoney, quien se veía frágil, anciano—. Nunca pensé estar dentro de una bomba, y mucho menos de la bomba más grande en la historia del mundo. Nunca pensé que *querría* ver estallar una bomba pero, en este caso, aguardo ansioso. Nos encontramos al borde del paso siguiente de la humanidad: domeñar nuestro propio ambiente para bien, no sólo de todos los seres humanos vivos, sino de todos los que habrán de nacer. Y estoy orgulloso por haber desempeñado un pequeño papel en la obtención de esta meta. Digo un pequeño papel porque únicamente una persona es primordial en el logro de este gran objetivo, un hombre de quien nada más que su percepción y su incansable devoción han hecho posible dar este salto gigantesco: Lewis Crane.

Vítores y aplausos surgieron de las setenta personas presentes, y sonaban con más intensidad debido al eco. Entre los asistentes figuraban los operarios del proyecto, más los agentes de energía y los partidarios que se habían entregado al sueño de Crane: Sumi Chan, Kate Masters, Stoney, los señores Tsao y Tang, Burt Hill, y el personal clave de la fundación.

Crane saludó a los concurrentes agitando la mano, y Whetstone alzó una copa de champagne.

—¡Por ti, Crane! ¡Porque con tu indómito coraje desafiaste probabilidades imposibles! —gritó.

Todos bebieron. Lanie se acercó a su marido para abrazarlo con fuerza.

—Lo lograste —dijo, y lo besó en la mejilla—. En verdad lo lograste.

—Todos lo logramos —dijo Crane—. Todos los aquí presentes ayudaron a que esto ocurra... en especial tú.

—Tú eres el punto de apoyo, Crane.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

Todo el día se había estado preguntándose qué le pasaba a Lanie. Estaba ahí en el aspecto físico, pero parecía estar profundamente sumida en sus pensamientos,

pensamientos que no se traducían en palabras.

—Me siento extraña —contestó—. Todo esto fue un tremendo ajeteo.

—Sí —le contestó Crane, abrazándola con fuerza, bebiendo su contacto, su aroma—. Te amo tanto.

—Oh, Crane —dijo ella, besándolo profundamente en la boca, para después sonreírle en la mirada—, nunca sabrás... nunca entenderás la magia que trajiste a mi vida.

—¡Vaya si lo llegaré a entender! —susurró él—. Nunca tuve una vida hasta que te conocí. Una esposa... una familia: nunca pensé que esas cosas fueran posibles para mí. Yo...

Ella lo hizo callar con un beso. Después le dijo algo muy extraño.

—Nunca olvides los momentos que tuvimos —dijo con total seriedad—. Eso me mantendrá para siempre contigo.

Hubo algo en el modo en que dijo esas palabras, que a Crane le dio escalofríos de muerte. Se le erizaron los pelos de la nuca.

—Felicitaciones, Crane —dijo el señor Mui, haciendo una reverencia muy formal—. Terminó antes de lo previsto, no se salió del presupuesto, no tuvo problemas laborales, no tuvo problemas con los científicos. Usted mismo pagó todo esto y prometió que, al irse, iba a devolver la región a su estado natural. Es usted un hombre de palabra, señor. Aprecio eso.

—Y yo aprecio el compromiso de Liang Int. con nuestra meta —Crane también hizo una reverencia—. Ustedes no se doblaron, ni siquiera bajo presión.

Una vez más, el señor Mui hizo una reverencia. Sonriente, Lanie dijo.

—Bueno, en nada más que unas doce horas tendremos la culminación del proyecto... y del sueño de mi marido. Ustedes caballeros, tendrán que disculparme. No sé donde está mi hijo.

Los dejó entonces, aunque Charlie no había sido más que una excusa. Lanie sabía con exactitud dónde estaba su hijo. Hacía todo lo posible por no quebrarse esa noche. Mientras los demás celebraban, ella se había recluido en sí misma, temerosa. Las pesadillas nocturnas de muerte eran más intensas que nunca, y todo el día había sentido que en torno de ella flotaba una nube de desgracia. Lanie no había podido quitársela de encima y pasó la mayor parte del tiempo tratando de ocultarle a los demás su aprensión.

Kate estaba arrastrando un carrito con Charlie a bordo. Era un niño cuyos pies muy raramente se posaban en el suelo. Kate y Sumi estaban charlando al lado de la mesa con comidas frías, mientras Charlie se inclinaba sobre el carrito para hurtar canapés, que prontamente arrojaba a quienquiera que acertara a pasar.

Lanie se abrió camino a través de la excitada multitud, para unirse con ellos. Aferró el bracito de Charlie en el preciso instante en que el niño se disponía a lanzar

un misil alimenticio en trayectoria baja, directamente a la cabeza de Whetstone.

—¿Pues entonces quién maneja a quién? —preguntó tomando al niño, que estaba empezando a dar muestras de cansancio e irritación. Ya hacía mucho que había pasado su hora de ir a la cama.

—Prefiero mil veces hacer de tía, y no la maternidad —dijo Kate, realineándose las lentejuelas— juega con ellos, cánsalos y después devuélvelos a la madre.

—Tienes un hijo realmente maravilloso —dijo Sumi, volviéndose hacia la izquierda y hablando al aire vacío—. ¿No crees, Paul?

—¿Paul?

—Lo siento —dijo Sumi, sacudiendo la cabeza—. Permítanme que los presente. Paul, ella es Elena King Crane.

—Llámeme Lanie —dijo, cerrando los ojos hasta volverlos dos ranuras. Miró a Kate.

—Paul es el compañero en chip de Sumi —dijo Kate—. Un amigo proveniente de la propia mente de Sumi. Alguien con quien hablar, con quien compartir ideas.

—¿Quieres decir que es como un amigo imaginario? —preguntó Lanie.

Sumi rió junto con Paul, su mirada dirigida al aire vacío.

—Imaginario para ti —dijo. Miró a Lanie—. Para mí es mi media naranja. Es inteligente, sensato... le encanta hacer cosas: viajar, asistir a fiestas, hacer excursiones a pie. De hecho, nos preguntábamos si sería posible que Paul y yo exploráramos un poco por aquí.

—Bueno, claro que sí —dijo Lanie—. Tomen una de esas zorras estacionadas debajo del ventanal de la sala de procesamiento electrónico de datos. Vayan donde deseen, pero tengan cuidado con las portañolas del material termonuclear. Si caen por una de ellas, son más de seis kilómetros, y sin paradas, hasta el fondo.

—Gracias —Sumi sonrió; después se volvió hacia Paul. Vamos.

Se perdieron entre la gente. Entonces Lanie miró a Masters:

—¿Sumi está bien?

—Sí —sonrió Masters—. Es un chiche de Yo-Yu. El chip se alimenta directamente del inconsciente, pero también almacena la carga anterior, como si fuera un cerebro adicional, lo que permite que se recuerde cada experiencia con tu «amigo», y que a partir de ella se cree otras nuevas. Estuviste encerrada bajo tierra demasiado tiempo, si no lo habrías visto en mucha gente. El chip es un modo para que la gente que está básicamente sola tenga compañía. Mejor que eso: gente mayor, que no sólo siente la soledad sino que no hay nadie cerca de ella, encuentra todo un mundo nuevo con vínculos sentimentales y felicidad, en una relación que ni los censura ni los juzga.

—Pero Sumi es el vicepresidente de Estados Unidos —replicó Lanie—. ¿Siempre actúa así en público?

—No siempre —dijo Kate—, pero sí muchas veces. Creo que Paul es relativamente agresivo, en el aspecto de no querer perderse cosa alguna que se haga.

—Es mejor que me adviertas cuándo Paul anda cerca. No quiero pisarle los pies o algo por el estilo.

—El chip es muy ágil: evita el contacto con el resto de la gente.

—Actúas como si estuviéramos hablando de una persona real.

—Tan real como Sumi, supongo —dijo Kate—. ¿Qué hay respecto de ti? No pareces tan excitada como yo habría esperado que lo estarías en la noche más importante de tu vida.

—¿Es tan evidente?

—De hecho, pareces asustada, querida. ¿Qué pasa?

—No lo sé —dijo Lanie, sosteniendo a Charlie cerca del busto, acariciándolo con la mejilla—. Esta caverna me empezó a dar la impresión de que era como... una cripta o algo así. Cuando esto termine, no quiero volver a entrar en otra cueva mientras viva.

—Eres la segunda persona a la que le oí decir eso la noche de hoy.

—¿A quién?

—A Burt Hill.

Burt Hill estaba en la parte inferior del tubo número 33, buscando, en forma sistemática, si había conspiradores. Había salido de la jaula y estaba recorriendo el núcleo de explosivos termonucleares, un viaje de diez segundos de duración. Había sentido el peligro rodeándolo, del modo que solía sentir antes de que el *doc* Crane lo hubiera sacado del hospital y dado un trabajo. Como si fuera un frío súbito que descendía y lo envolvía, Burt podía sentir los gélidos dedos de la traición estrangulándole el corazón.

Miró hacia arriba y vio una luz tenue, un punto incandescente seis kilómetros arriba, un ojo gigante que lo miraba. Volvió a subir a la jaula y tocó la palanca que ascendió en silencio por el riel. Los indicadores colocados en la pared marcaban cuánto se había ascendido. La pared estaba tapizada con explosivos. Burt nunca habría podido revisar los cien tubos esa noche. Tendría que pensar en otra cosa. Entonces se le ocurrió una idea.

* * *

Crane se sentó con Whetstone en la sala de procesamiento electrónico de datos. Por una vez en su vida, Stoney estaba más ebrio que Crane. Aunque, pensó Crane, eso no era del todo cierto. Desde que Lanie había entrado en su vida, raramente bebía.

Los dos hombres miraban la fiesta desde el ventanal; el sonido les llegaba amortiguado.

—¿A veces no sientes que es un sueño? —preguntó Whetstone, la piel blanca, casi translúcida; los labios con un tinte púrpura.

—¿Todo esto? —preguntó a su vez Crane—. No un sueño, en realidad. Demonios, estuve aquí cuando se sacaba cada palada de tierra que salía de ese hediondo suelo del desierto. Es demasiado real para mí. Pero... *sí* hay algo... No sé cómo expresarlo.

—Déjame ayudarte —sonrió Stoney—. Dedicaste toda tu vida a una idea, un objetivo. Ahora que estás a punto de lograrlo te sientes un tanto desconectado, quizás hasta inútil.

—Ya pasaste por eso, ¿no?

—Ahí es donde me hallaba cuando te conocí, mi querido muchacho. Un hombre sólo puede hacer una cierta cantidad de dinero antes de que la empresa pierda el fuego que la animaba. Tú y tus ideas enloquecidas volvieron a poner fuego en mi vida y, con eso, siento que mi vida valió la pena.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Yo me muero ahora, Crane.

—Oh, vamos, Stoney. Ésta no es noche para...

—No —dijo Whetstone—, es cierto. Mi vida de vigor y disipación finalmente me alcanzó.

—¿No hay algo que se pueda hacer?

Whetstone se encogió de hombros:

—Tienen esas máquinas extraordinarias para mantener vivos a los tipos ricos, durante décadas después de que debimos haber muerto. Eso no es para mí. Es demasiado truculento. Viví como hombre. No moriré como la Válvula de Succión A-57 de alguna remaldita máquina.

—¿Cuánto tiempo te queda?

El anciano lo miró con melancolía.

—¿Cuánto tiempo tarda una hoja en separarse de su árbol en otoño y flotar hacia el piso? Es otoño, Crane.

Crane lo miró a los ojos, sin piedad ni aflicción. Los dos sabían qué era la muerte y no la temían.

—Te voy a extrañar —dijo Crane.

—Tú y mis exesposas —rió débilmente Stoney—. Ahora tendrán que buscar la manera de mantenerse. Le dejo todo a la fundación.

—La fundación no necesita tu dinero.

—Te conozco, Crane. Sé cómo piensas, cómo vives. Tu vida tendrá que continuar mañana por la mañana. Tendrás que pensar en qué harás después. La fundación, en estos momentos, se maneja muy bien sola. No sabrás qué hacer.

—Ya pensé en eso.

Stoney dejó su bebida en el piso y extendió la mano en busca de la mano sana de Crane.

—Eres un hombre sabio, Crane —dijo—, pero la edad también trae su propia sabiduría. Escúchame. Dedicar tu vida a algo nuevo, algo positivo. Eres un ser humano especial y puedes aportar sueños que nadie más puede. No te pierdas de vista a ti mismo. El último día de tu vida trabaja con la misma intensidad que en el primero. Tú me enseñaste el valor de la dedicación. Ahora te lo devuelvo. ¿Recuerdas nuestra apuesta de tres mil millones?

—¿Recordarla? ¡Fue ella la que hizo todo esto posible!

—Pues bien, alguna vez vas a desear hacer otra jugada de tres mil millones de dólares, y mis viejos huesos bailarían de júbilo en mi tumba si soy quien la haga posible.

—Gracias, Stoney. Por todo. Fuiste como un padre para mí.

—Mi más profundo placer fue el haberte conocido, haber compartido tus sueños —dijo el anciano poniéndose de pie, apoyándose en el bastón. Empezó a caminar hacia la puerta. De pronto se paró y se dio vuelta—. Con la salvedad de aquel avión que regalaste aquella vez. —Moviéndole la cabeza de un lado a otro, reprobando—. Perdiste una esposa por eso. Había sido un regalo de cumpleaños.

—¿Te refieres a Yvette... la esposa que jugaba a esconder el palito con todo mandadero que llegaba a la puerta de calle?

—Sí, creo que me refería a ella. Creo que me estoy poniendo viejo. Sólo recuerdo las cosas buenas. —Se quedó mirándolo a Crane un largo instante. Después alzó el bastón, apuntando con él—. Te veré en el infierno, muchacho.

Crane lo miró irse, y supo que nunca más lo volvería a ver. Las funciones fisiológicas del anciano sólo lo llevaban hacia la muerte, pero la mente podría seguir enriqueciéndose aun cuando todo lo demás abrazara la entropía. Era dignidad, lo que Stoney había dado de ejemplo esa noche, y Crane esperaba lograr ser, aunque más no fuere la mitad, de hombre que era Harry Whetstone.

De pronto, Burt Hill lo reemplazó a Whetstone en el vano de la puerta.

—Jefe, tenemos que hablar.

—Muy bien —dijo Crane. Fue hacia la estación para vigilancia de radiación, en la que parpadeaban cien luces verdes—. ¿De qué quieres hablar?

—¿Cuánto se tardaría en volar todo esto? —Hill estaba caminando de un lado para otro, estrujándose las manos.

—No lo sé... una hora, más o menos, para tener todo listo. Después, el tiempo para salir y ponerse a cierta distancia. El disparador a distancia, ya sabes.

—Saquemos a todos de aquí ahora mismo.

—¿Puedo preguntar el porqué?

Hill se le acercó. En sus ojos había un brillo de locura:

—Porque nos están observando. Ése es el porqué. Están haciendo tiempo simplemente, esperando. Esperando. Esperando que bajemos la guardia.

—¿Quiénes?

—¡Ellos! —dijo Hill, casi en un grito—. ¿No los puede sentir? ¿No percibe su mirada, que reptaba sobre nosotros?

—¿No estás tomando tus medicamentos, no, Burt?

—He dejado de tomar mis medicamentos hace tres años, doctor —dijo en voz muy alta—. ¡Le digo que si vamos a volar esto, hagamos que todos salgan de aquí y volémoslo ahora!

Hill había sido el poderoso brazo derecho durante diez años, pero la tensión de estar ahí abajo lo estaba vulnerando a todos, decidió Crane. Lo había contratado a Hill por su paranoia. Quizás era hora de oírla.

—Muy bien, hagámoslo —dijo Crane—. Empezaré alejando a los de la fiesta, mientras tú llevas el ascensor de servicio hasta el nivel del suelo. Revisa por ahí alrededor. Busca en las barracas y en los demás edificios. Diles a los G que hagan una barrida de seguridad. Cuando estés satisfecho, regresa aquí abajo. Tú y yo haremos los preparativos. Dispararemos cuando sintamos la necesidad. ¿Te parece justo?

—Ahora está hablando —dijo Hill—. Ya me pongo en acción.

Burt se fue. Una de las luces del panel se puso roja, acompañada por un zumbido suave. Crane trajo a la pantalla el informe de condición: el tubo número 61 del corredor B tenía una pequeña fuga de radiación. Nada serio, pero una excusa suficientemente buena como para evacuar el sitio.

Descubrió que le agradaba la idea, que estaba ansioso por terminar con todo esto. Excitado, a decir verdad.

Abu Talib estaba parado al lado de una yuca. Mediante binóculos infrarrojos que llevaba adosados a la cabeza, observaba a los G que se desplazaban alrededor de la cerca del perímetro exterior del proyecto de Crane, a cuatro kilómetros de distancia. Junto con él había cuarenta hombres, envueltos e invisibles, en las estribaciones de San Bernardino, esperando el momento adecuado.

Una avalancha de pensamientos se desmoronaba por la cabeza de Talib: Lanie, su hijo, Crane, la fundación... Todo lo cual producía una mezcla de emociones conflictivas.

Dios, si tan sólo pudiera haber sido de otra manera. Bien. Mal. Amor. Odio. Lealtad. Él ya no tenía idea de lo que significaban esas palabras. El ímpetu de su vida se había convertido en un mero impulso hacia adelante, una esfera que bajaba rodando por un plano inclinado.

Se sacó los binóculos y los colgó en una rama de la yuca. Resultaba extraño cómo este árbol del desierto, pequeño y esquelético, con grupos de hojas en el extremo de las ramas, le traían a la memoria los algodones inmaduros. ¿O la comparación era

traída de los cabellos, y pensaba en el algodón porque habría preferido mucho más estar en Nueva Cairo, preparando la cosecha, que aquí, preparando una acción militar?

Estaban protegidos en una pequeña hondonada, los tres camiones provistos con arietes, casi invisibles al estar mimetizados para el desierto.

El hermano Ishmael se acercó. Le alcanzó una taza de café.

—¿Hay algo?

—No —dijo Talib—. Los invitados siguen ahí. Los manifestantes se fueron a su casa; los G no están alerta.

—Bien. Revisemos la vista aérea y después demos las últimas instrucciones.

Regresaron adonde estaban sus hombres, quienes vestían de negro y llevaban protectores faciales, ahora recogidos y apoyados sobre la frente. La noche del desierto era clara y fría, con una brillante Luna llena. Los hombres, sentados en el suelo, estaban acurrucados entre sí, para darse calor. Una pequeña pantalla apoyada contra una de las yucas recibía su alimentación del cóndor de Ishmael, que describía perezosos círculos en el cielo, sobre el Proyecto de Valle Imperial.

Vieron un complejo silencioso con una playa de estacionamiento llena con autos y helicópteros. La mayoría de los operarios permanentes vivía a unos pocos kilómetros, en Niland. Cuando se fueran esa noche, todos los automóviles se irían con ellos. Un hombre solitario parecía estar recorriendo metódicamente las dependencias exteriores y hablando con los guardias.

—¿Quién es? —preguntó Ishmael.

—Su nombre es Burt Hill. Es la baqueta de Crane y su jefe de seguridad. Sólo está haciendo su trabajo.

—Bien. Alá guía nuestros pasos esta noche. —Ishmael se volvió hacia los demás —: No bien los invitados abandonen la fiesta, entramos —anunció—. Pónganse las antiparras y pasen a la fibra c.

Salió un gemido del pelotón de hombres que habían repetido esos pasos muchas veces, en las dos semanas pasadas. Obedientemente se colocaron las antiparras, mientras Talib extraía la información del disco que había copiado el día que inspeccionó la abominación subterránea.

En la pantalla apareció un diagrama virtual de la caverna. La vista pasó frente a la sala de procesamiento electrónico de datos y bajó la escalera, hasta llegar a la sala principal.

—Recuerden que hay zorras al pie de la escalera —dijo Talib—. Ustedes las van a usar. El equipo rojo tomará el corredor que va hacia la izquierda..., ¿lo ven? Es el corredor A. No tiene una estructura diseñada para permanecer en pie mucho tiempo, por lo que es inestable. El equipo rojo plantará los explosivos plásticos en todas las columnas de ese corredor. El equipo azul hará lo mismo en el corredor B. El resto de

ustedes llevará tres bolsas de explosivos por hombre, todo fijado para estallar dentro de una hora. Dejarán caer los bolsos por los tubos que contienen los explosivos termonucleares.

—¿Y estás seguro de que arrojar las bolsas no va a detonar esos explosivos? —preguntó Ishmael.

Talib suspiró.

—Hiciste esa pregunta mil veces, y mil veces te dije que se precisa un enorme esfuerzo para hacer que estalle una bomba termonuclear, hermano. Nuestras bombitas no lo van a conseguir. Lo que sí van a conseguir es producir fugas de radiación. Una vez que derribemos este sitio, queremos que esté tan caliente que nadie pueda, o quiera, volver... jamás. Cuando entremos, me encargaré de las computadoras de la sala de procesamiento de datos. La bomba del camión se encargará del tiro del ascensor, una vez que hayamos terminado. Recuerden, si manejamos esto bien, nadie sale herido.

—Los invitados deben de irse muy pronto —calculó Ishmael.

Él fue hacia la cobertura mimética en tostado y verde pálido de uno de los camiones y la levantó. Entró en la parte trasera y salió con dos pesadas valijas. Las bajó y abrió: armas. Armas que empezó a distribuir a los frutos del Islam.

—¿Qué es esto? —preguntó Talib, quien había seguido a Ishmael hacia la parte de atrás del camión, donde un cajón de municiones estaba colocado en el borde.

—Me dijiste que no habría violencia —le susurró Talib con dureza.

Ishmael volvió a la valija y extrajo un pequeño subfusil que se colgó del hombro.

—Hermano Abu —dijo—, estamos disponiéndonos a volar todo un complejo subterráneo, y *tú* lo preparaste. En mi diccionario eso es violencia.

—Pero las armas —dijo Talib—. Acordamos que nadie saldría herido, que sólo haríamos el ataque cuando el sitio estuviera despejado.

—¿Oyen eso, amigos míos? —dijo Ishmael en voz alta—. Nuestro hermano quiere que libremos una guerra sin bajas.

—¡Yo también... por lo menos, sin bajas para nosotros! —gritó alguien.

Todos rieron, mientras llenaban las bolsas que les colgaban del cinturón con cargadores adicionales.

—¡Espera, éste no fue el acuerdo que hicimos! —gritó Talib.

Ishmael se zafó violentamente de Talib.

—Eres un soñador, Abu, sin coraje para ver a través de tus sueños. ¿Cómo demonios esperas que podamos entrar siquiera en el terreno, eh? ¿Pidiéndoles a los buenos G que nos inviten a tomar el té?

—Tan sólo pensé... no sé qué pensé.

—Bien —dijo Ishmael. Se colocó en bandolera una canana llena de cartuchos de perdigones, para recargar el arma de cañón recortado que llevaba en la mano libre—.

Recuerda, hermano Talib: los pensadores preparan la revolución; los proscritos la llevan a cabo.

Arengó a sus hombres.

—Una vez que empecemos, no se vuelve atrás. O bien triunfamos o morimos en el intento. Esta noche luchamos contra el Gran Satán en persona y, si tenemos que hacerlo, lucharemos hasta el último hombre. Disparen a matar a cualquiera o a cualquier cosa que se interponga en nuestro camino. Es probable que todos no logremos regresar. ¡Si llego al Paraíso primero, prepararé el camino para ustedes, probando las huríes!

Los hombres lanzaron vítores, alzando sus armas con el brazo extendido. La confusión paralizó a Talib. Súbitamente, el hecho lo sobrepasó, desarrollándose con rapidez. Ya no era tiempo de hablar.

Ishmael le metió una pistola en la mano.

—Toma —le dijo— es probable que necesites esto.

Talib miró de mala gana el arma; después la puso dentro de la pretina de sus pantalones negros con cierre relámpago.

Crane y Charlie despedían a los invitados agitando las manos, mientras éstos subían al ascensor, gritando sus felicitaciones finales. La alerta de radiación balaba con delicadeza en el fondo. Mientras las puertas se cerraban, Lanie recorrió el corredor desde la sala de procesamiento electrónico de datos. Tomó a Charlie de los brazos de Crane. El niño inmediatamente apoyó la cabeza sobre el hombro de su madre y cerró los ojos, con el pulgar en la boca.

—¿Estás seguro de que no quieres ir con ellos? —preguntó Crane—. Puede ser que aquí haya que pasar un par de horas más.

Lanie negó con un movimiento de cabeza.

—Charlie puede dormir en la sala de procesamiento de datos —dijo—. Ahí tengo mucho trabajo que preparar para mañana.

Crane asintió.

—Estamos pensando en la misma longitud de onda. Burt y yo decidimos seguir adelante y preparar la detonación ahora. No hay motivo para esperar. Lo haré no bien revise esa fuga en el número 63.

—Es una descarga de tamaño considerable —contestó Lanie—, suficiente como para convertirse en un peligro dentro de unas pocas horas. ¿Le dijiste a alguien que enviara el ascensor abajo otra vez, una vez que llegara arriba?

—Burt está ahí arriba —dijo Crane, sacudiendo la cabeza—. Él lo traerá para abajo.

—¿Vas a dispararlo esta noche? —preguntó Lanie, acunando lentamente a Charlie hacia atrás y hacia adelante.

Crane sonrió.

—Sí.

—¿Qué te hizo decidirte por hacerlo ahora?

—La ansiedad de Burt... Confié en eso —dijo, alzando una ceja—. Tú te estás volviendo claustrofóbica. Y el dispositivo no puede estar más a punto que ahora: ¿por qué esperar?

Empezaron a caminar de vuelta por el pasillo, en dirección a la sala de procesamiento de datos.

—Por mí, está bien —dijo Lanie—, pero tengo la sensación de que hay un montón de inspectores y funcionarios...

—Y manifestantes y terroristas. Si alguien está descontento con esto, pues que me haga una demanda.

Ambos rieron. Lanie le dio un beso prolongado cuando llegaron a la puerta de la sala de procesamiento electrónico de datos.

—Ya parece estar más feliz —le dijo Crane.

—¿Estás bromeando? Ni te puedes imaginar lo feliz que estaré de largarme de este sitio. Voy a entrar en esa sala, empacar mis cosas personales, apagar los sistemas, armar los explosivos plásticos y darle un beso de despedida a este sitio. ¿Dónde quieres dispararlo?

Apretó a Lanie contra la puerta.

—En casa... mientras estemos haciendo el amor. Haremos que la tierra tiemble.

—Tú ya sabes cómo hacer eso, querido —dijo Lanie, volviendo a besarlo—. Volemos de regreso a la fundación hoy a la noche. ¿Tenemos... *casa* en alguna otra parte?

—No que yo sepa.

—Quizá debamos pensar en comprar otra. Charlie va a necesitar saber pronto, en algún momento, que no es el único niño que hay en el mundo.

—Tomé nota —dijo Crane—. De hecho, hay muchas cosas que podemos hacer, ahora que hemos terminado aquí. Podemos irnos mañana. ¿Qué nos detiene? Tiraremos los microteclados y volveremos a la naturaleza.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que tuviste vacaciones?

—Nunca las tuve —contestó Crane—. Pensé que podría ser divertido intentarlo.

—Lo creeré cuando lo vea.

—Lo verás. Te lo prometo.

CAPITULO 19

Danza macabra

PROYECTO VALLE IMPERIAL

30 DE JUNIO DE 2028, DOS MINUTOS ANTES DE MEDIANOCHE

Las entrañas de Abu Talib se agarrotaron, cuando vio a los invitados surgir del túnel del ascensor y dirigirse hacia sus vehículos. Se sintió aún peor que cuando se enteró sobre Northwest Gemstone y entendió que era una artimaña. Se forzó a sí mismo a revelarlo en público con acerbos ataques contra Crane.

Varios helicópteros pertenecientes a los invitados saltaron hacia el cielo nocturno, volando hacia el norte. Los autos se alinearon para recorrer el camino asfaltado, desde la playa de estacionamiento hasta los portones principales.

—Así es la cosa —dijo Ishmael—. Nos atacarán con gas vomitivo y ondas sonoras desorientadoras. —Años de hacer disturbios le habían brindado buena enseñanza a él y a sus frutos del Islam—. Los filtros renovadores de aire de las máscaras los protegerán. Si cualquiera de ustedes tiene implantes auditivos, apáguenlos. Si no lo hacen, les transmitirán el sonido directamente a la cabeza. Conozcan los blancos asignados y mantengan los ensordecedores en las orejas. Tienen cañones eléctricos de agua, pero los vamos a estar triturando bajo nuestras ruedas antes de que tengan oportunidad de encenderlos. Saben lo que tienen que hacer. ¡A sus vehículos!

Con aullidos y vítores, aprontándose para la batalla, los hombres se apresuraron a subir a los camiones. Congelado en su sitio, Talib únicamente podía mirar.

—Si no tienes las fuerzas de tus convicciones, quédate aquí —le dijo Ishmael con tono despectivo.

—El helicóptero de Crane sigue en la playa de estacionamiento —dijo Talib, señalando la pantalla.

—¿De veras? —Ishmael miró el helicóptero en el televisor—. Alá nos bendice. Podremos encargarnos de la blasfemia y del blasfemo al mismo tiempo. ¿Vienes?

Su parálisis súbitamente vencida, gritó:

—¡Ya lo creo que voy! —Se apresuró a trepar al semioruga, siguiendo al hermano Ishmael—. Estuvimos de acuerdo en que no habría muertes.

Talib trepó por el lado correspondiente al pasajero del pesado vehículo. Ishmael se colocó detrás del volante. A la distancia, la serpenteante línea de faros de automóvil se había alejado de los portones del complejo de Crane, y se estaba desplazando hacia el sur.

La máscara del hermano Ishmael estaba sobre su coronilla; los ojos le brillaban con dureza bajo la luz de las estrellas. Abrió el foco y el camión se disparó hacia adelante, su ariete apuntando directamente a los portones que estaban a casi cinco kilómetros de distancia. Las mandíbulas de Ishmael estaban rígidas; los labios, recogidos, mostraban los dientes apretados.

—No nos van a ver siquiera, hasta que estemos encima de ellos —dijo en voz baja.

—Por favor —susurró Talib—. Prométeme que no vas a lastimar a Crane, si lo encuentras.

—No lo voy a lastimar —dijo Ishmael—, lo voy a matar.

—Ishmael...

—Saboréalo —dijo Ishmael—. Estás a punto de ver la justicia en su forma más pura.

Ishmael alzó la mano al techo y tocó un interruptor que encendió todas las cámaras que habían traído consigo, incluida una en el camión. Tanto Ishmael como Talib, con la cara descubierta, ya estaban apareciendo en mensajes urgentes a través de la red.

Los tres camiones lanzados a toda velocidad estaban uno al lado del otro ahora, conservando una distancia de unos veintisiete metros, avanzando a los saltos sobre el despereado terreno, mientras las luces de advertencia del perímetro fulguraban en blanco brillante, iluminando los camiones como si fuera de día. Agregado a esta excitación visual había un discurso de Ishmael cuidadosamente elaborado, grabado con anterioridad, que explicaba el objetivo y el propósito de la sagrada misión que estaban emprendiendo.

—¡Ahí vamos! —aulló Ishmael. Encendió los bloqueadores de sonido de sus oídos, se bajó la máscara y se subió de un tirón la capucha de su albornoz.

Con completa torpeza, Talib lidiaba con su equipo. Tenía la mente aturdida, el corazón galopante, el sudor le salía en gruesas gotas.

¡Gas!

Estaban conduciendo a ciegas, a través de nubes irritantes de gas nocivo. Los dos hombres se bajaron las antiparras y pasaron a visión infrarroja. Talib se estaba sacudiendo de manera incontrolable. Tenía la boca seca. ¿Qué estaba haciendo? ¿Qué demente lo había puesto en este camión?

Con sonoro ruido metálico embistieron la cerca afilada, enganchándola con eslabones de cadena montados en el ariete. Lanzada como un latigazo contra el parabrisas, se convirtió en un caleidoscopio de telarañas en el espeso humo.

Talib se volvió hacia Ishmael, quien había recogido su escopeta recortada, colocándola contra el parabrisas y disparándole para volar los vestigios de vidrio. De pronto, un hombre se paró delante de ellos. El ariete lo alcanzó a la altura de las

rodillas, partiéndolo en dos. El torso rebotó sobre el capó; la cabeza pasó a través del lado del parabrisas de Talib. Aún con vida, sangraba por los agujeros correspondientes al ojo y a la boca de su sonriente máscara de FPF, mientras los brazos se agitaban como aspas enloquecidas, del otro lado del vidrio hecho pedazos.

Talib estaba chillando sin control dentro de su propio cráneo.

Burt Hill recién había entrado en el cobertizo del equipo para devolver una pala que había encontrado en el terreno, cuando oyó disparos de armas de fuego que sonaban como la detonación de fuegos artificiales. Con cautela miró a través de una ventanilla que había en la puerta. Vio tres camiones que habían ingresado en el complejo.

Los guardias del perímetro cayeron en cuestión de segundos. Sus sistemas defensivos eran inútiles contra un ataque sorpresivo, salvaje. Uno de los camiones se desvió hacia las barracas; los otros dos se dirigieron directamente hacia el edificio del ascensor.

Explosiones sucesivas demolieron las barracas. El primer camión en llegar al ascensor pasó rompiendo el camino de hormigón que llevaba hacia ahí; los pedazos volaron en todas direcciones. En las barracas, los alaridos se mezclaron con el sonido de los disparos.

El dedo de Burt fue hacia su microteclado para llamar a la fibra de emergencia de Crane. De pronto, se paralizó: debían de estar rastreando las transmisiones. Si se comunicaba con Crane, sabrían que él y su familia estaban ahí abajo. Sabrían dónde estaba él. Abajo no había sitio alguno para esconderse, salvo en los tubos. El silencio sería su aliado. Tomaría hacia abajo el ascensor de servicio del pozo, y se haría un fuerte en los tubos.

Con la pala todavía en la mano, Burt fue hacia la parte de atrás de la sala de equipo y pronunció su nombre, para que la computadora le reconociera la voz y le diera acceso al pequeño ascensor que prestaba servicio a las bobina del pozo, para el elevador principal. Subió con inflexible determinación, y tocó el botón de descenso. Este ascensor no era tan rápido como el principal, pero lo llevaría ahí con suficiente presteza.

* * *

Abu Talib saltó del camión, se arrancó la máscara, y vomitó. El G que había pasado a través del parabrisas finalmente murió, pero no sin antes bombear la mayor parte de la sangre de su carótida sobre Talib y le empapaba la ropa y la ponía pesada y reluciente. El muerto yacía sobre el capó.

A través del complejo volaba el humo. Las sirenas de alarma sonaban estridentes. El fuego de las armas automáticas remató al resto de los G en las barracas. Talib era presa de la conmoción.

Los hombres enmascarados, atiborrados de bolsas con explosivo plástico y armas, saltaron velozmente desde la parte trasera del camión hacia la parte más espesa de los escombros que había en la entrada del ascensor. A una señal de Ishmael, todos los que tenían implante auditivo desactivaron el bloqueador de sonidos.

—¡Alá es grande... y nosotros somos Sus instrumentos! —gritó Ishmael.

Ishmael aferró al paralizado Talib por el brazo y lo arrastró hasta los controles de seguridad de la entrada.

—¿Qué se necesita? —urgió—. ¡Pronto!

—Exploración de la retina —dijo Talib—. Er... er... huellas digitales. Lo siento, no...

—¡Traigan al prisionero! —gritó Ishmael. El tercer camión se detuvo bruscamente con chirrido de neumáticos, y un G fue llevado ante la enorme puerta deslizante.

Ishmael arrancó la máscara sonriente del G, para revelar una mujer, cuyos labios se movían sin emitir sonido y sus ojos miraban sin ver. Por debajo del liso uniforme blanco salían burbujas de sangre. Ishmael le estrelló la cara contra la pantalla de exploración retiniana, mientras Talib le apoyaba el pulgar derecho sobre la placa. Los controles se pusieron en verde, y las grandes puertas se abrieron como por ensalmo, ante los vítores del fruto del Islam.

Ishmael arrastró a la mujer hacia un costado quien se deslizó por la pared hasta quedar en postura sedente, e Ishmael le pateó el cuerpo hacia la entrada, para impedir que las puertas se cierren.

—¡Traigan el camión bomba! —rugió Ishmael. El camión avanzó con lentitud a través de la ancha puerta, con hombres caminando al lado de él. Talib entró muy despacio, caminando como si estuviera haciéndolo en sueños.

El camión bomba llegó hasta el centro del ascensor, golpeando muebles y haciéndolos a un lado. El resto de los hombres avanzó a la carrera. Su misión era apoderarse del tiro del ascensor, sellar las obras de abajo dentro de un sarcófago.

Ishmael quitó de un empujón el cuerpo de la G: la puerta se cerró de inmediato. Fue hacia donde estaba Talib:

—Vuelve en ti, hermano —le dijo—. Sé hombre.

—Si Crane está ahí abajo —dijo Talib—, es posible que su esposa y su hijo estén también.

Ishmael sonrió por la satisfacción.

—Erradicaríamos todo el nido de víboras —contestó. Después se dirigió hacia el hombre que ocupaba el asiento del conductor en el camión.

—Pon el detonador de tiempo en la carga del camión. Hermanos, tenemos exactamente una hora hasta que el pozo del ascensor estalle.

Talib sintió que el ascensor se ponía en movimiento con un leve tirón, para

después comenzar su lento descenso hacia los confines del Infierno.

Desde la sala de procesamiento de datos, Lanie Crane oyó la campanilla de llegada del ascensor, y luego muchas voces. Durante un instante creyó que los invitados habían regresado por algún motivo. Entonces, la atronadora voz de Mohammed Ishmael le dijo que era el fin del mundo.

Tomó rápidamente a Charlie de donde dormía sobre una manta en el piso, y salió a la carrera hacia el pasillo que llevaba a la escalera.

Charlie despertó y empezó a llorar. Lanie le tapó la boca con la mano y cuando llegó al pie de la escalera viró a la derecha. Pasó como una exhalación frente a la línea de zorras que había ahí y corrió hacia el ascensor para mantenimiento del pozo del principal. Tocó el botón.

—Lo siento —contestó la agradable voz de computadora—, pero el ascensor para mantenimiento del pozo está en uso.

Pudo oír las voces, que ahora estaban en la sala de procesamiento de datos; pudo oír los disparos de sus armas y el ruido de objetos arrancados por los balazos estrellándose contra el piso de hormigón. Grandes astillas de vidrio salieron volando al explotar el ventanal de observación, rociándolas a ella y a Charlie, quien chilló por el terror.

Volvió corriendo hacia las zorras y subió a una, partiendo rauda por el corredor B, con su hijo fuertemente abrazado a ella. Lanie huyó porque tenía que hacerlo... aun a sabiendas de que no había dónde ir.

Casi cinco kilómetros hacia abajo del tubo número 63, Crane estaba en la jaula sellada de su ascensor, inspeccionando la fuga: era mínima. No interferiría con la explosión. No debió haberse puesto el traje contra la radiación porque dificultaba el movimiento. El traje era grande y le daba calor. Estaba diseñado para proteger contra los escombros que pudieran caer. Un guijarro pequeño que cayera desde kilómetros podía ser mortal.

Arriba creyó oír el sonido de leves golpecitos rítmicos, como cuando se sigue el compás con algo puntiagudo sobre una mesa. Miró en derredor y no vio algo cercano que pudiera producir ese sonido.

Miró hacia arriba, hacia una infinidad de tuberías. Si el sonido provenía de la caverna, entonces debía ser tremendamente intenso como para llegar hasta esa profundidad. Sintió un escalofrío.

Encendió el equipo de audición de su voluminoso casco para amplificar los sonidos. Estampidos sordos, retumbantes. Estampidos producidos por explosivos. Y sí provenían de la caverna.

El microteclado zumbó en sus oídos. Lo pulsó para oír la voz angustiada de Lanie.

—¡Crane, por favor responde!

—¿Qué está pasando, Lanie?

—¡Hombres... con armas! ¡Están destruyendo el lugar. Ya me dispararon! Yo...

—¡Están rastreando la comunicación! —interrumpió Crane—. ¡Sal de la fibra! ¡Ocúltate!

—¿Pero...?

Le cortó la comunicación y movió la palanca del ascensor para hacerlo subir: la jaula empezó a trepar velozmente por su riel.

—Rápido —susurró, manteniendo la palanca baja, en un intento inane por imprimir más velocidad—. Rápido.

La velocidad máxima de la jaula era de unos cincuenta kilómetros por hora: más de seis minutos hasta llegar arriba. Podía pasar cualquier cosa.

Sabía que era la NDI. Sabía que era Newcombe, que había venido a rematar su *danse macabre*. Su única esperanza radicaba en llegar a la caverna y ofrecer su vida a cambio de la de Lanie y Charlie.

Tocó «abrir señal» en el microteclado:

—A quienquiera que esté escuchando —dijo en el micrófono del casco transmitiendo a través del microteclado—, habla Crane. Me rendiré ante ustedes, haré lo que me pidan. Por favor, dejen vivir a mi esposa y mi hijo, son inocentes.

—Todos son inocentes —le llegó la voz de Ishmael como contestación—, y nadie lo es. La vida es cruel. Alá es grande.

Al pasar frente al indicador de los tres kilómetros de profundidad pudo oír explosiones en la caverna. ¡Estaban derribando toda la caverna! Algo vino cayendo por su tubo y pasó frente a él, que sólo vio algo borroso.

Diez segundos después, el fondo el tubo número 63 explotó: primero se vio el destello y a eso lo siguió, diez segundos después, el sonido. El tubo retumbó. La jaula se deformó contra el riel. Abajo estallaron llamaradas y el fuego se propagó por todas partes.

La jaula siguió subiendo entre crujidos, amenazando saltar del riel en el último kilómetro. Por fin, Crane alcanzó el nivel de la caverna, para ver, a lo lejos, zorras que iban hacia atrás, recorriendo la serpenteante curva, regresando hacia la caverna principal. En ese preciso instante, en el extremo opuesto del corredor se produjo una explosión. Se desgarraron soportes, cayeron trozos del techo, mientras una acometida de polvo y fragmentos inundaba el corredor.

Su zorra todavía estaba estacionada contra la pared del corredor. Fue a los tropezones hacia ella, palpando por dónde iba, protegido por el casco. Saltó dentro del vehículo y abrió el foco cuando llegó la siguiente explosión, sacudiendo la cámara haciendo que polvo de roca le cayera desde lo alto, rebotando sobre el casco, mientras más polvo le obstruía la visión.

Partió con celeridad, manejando de memoria, golpeando la pared de la derecha

para evitar pasar junto a los tubos cuando se produjo otra explosión, que hizo que toda la cámara que estaba detrás de Crane se derrumbara, mientras él daba una vuelta en S hacia otro corredor.

Con el foco abierto a lo máximo, Crane corrió por el tortuoso corredor, aun cuando hacia su izquierda estallaban los tubos. El mundo de Crane y su vida se estaban desintegrando en torno de él. Nada de eso importaba, excepto Lanie y Charlie: tenía que llegar hasta ellos.

Entró en la caverna principal a toda marcha. Hombres de negro venían corriendo hacia la escalera, mientras de la sala de procesamiento de datos salían lenguas de fuego, y los tubos de la sala principal retumbaban, vomitando fuego y humo. Toda la caverna se sacudía, del techo se desprendían trozos de roca que explotaban sobre el piso de hormigón.

Era la condenación traída, personalmente, por el hermano Ishmael.

Crane atrajo los disparos mientras rodaba velozmente hacia el corredor B, arrollando con su zorra a un hombre que vino corriendo y oyendo explosiones distantes mientras ese corredor se desplomaba sobre sí mismo desde el extremo opuesto.

Las sirenas que indicaban peligro de radiación sonaban con toda su fuerza; los monitores de la pared parpadeaban en el extremo superior de la zona roja. La zorra salió abruptamente a un espacio libre y, en un instante, Crane tuvo un panorama completo de la destrucción. Un hombre, a bordo de una zorra, se reía, apuntando un arma hacia abajo por el tubo número 21. El riel estaba deshecho, una zorra había caído en el tubo y bloqueaba el descenso de la jaula de servicio.

Crane no tenía más que un disparo, y lo aprovechó instantáneamente. Con el acelerador a fondo, atacó por el costado la zorra del invasor. El disparo derribó hombre y máquina por el tubo, y Crane viró violentamente para evitar caer junto con el enemigo.

Y el hombre estalló.

Crane saltó fuera de su vehículo y corrió hacia el tubo. El fósforo ardiente estaba esparcido sobre el piso de la caverna. Dos zorras en llamas estaban atoradas entre el costado del tubo y el poste del medio. El fuego, que estaba por todas partes, amenazaba hacer estallar los explosivos plásticos. Una jaula había descarrilado y se balanceaba precariamente en lo alto de los restos de las dos zorras, un metro y medio más abajo. Todo el conjunto amenazaba perder su frágil cuña y caer todo a lo largo del tubo. Lanie y un histérico Charlie estaban en la jaula, completamente rodeados por el fuego. Lanie aferraba con desesperación al niño, acurrucada como un feto, mirando hacia arriba a través de la desgarrada pared trasera del vehículo.

—¡Trepá! —gritó Crane, extendiendo la mano hacia abajo—. Toma mi mano.

—¡N-no puedo! —le gritó ella como respuesta—. Estoy mareada... mis rodillas

no... ¡Por Dios, ayúdame, Crane!

La palabra hizo que él se diera cuenta: vértigo. Lanie estaba congelada, imposibilitada para moverse. Crane se puso de bruces, inclinándose dentro del agujero, tratando de llegar hasta ella, quien lo miraba con ojos desorbitados. Y Crane se dio cuenta de que Lanie estaba viviendo su pesadilla.

Extendió hacia él la mano izquierda, manteniendo a Charlie en el brazo derecho doblado. No se podía poner de pie y temblaba en forma descontrolada. La masa de desechos crujía sonoramente; después experimentó una brusca sacudida, todo se movió y Lanie lanzó un chillido.

Crane se inclinó hasta doblar la cintura, y le aferró la muñeca con la mano sana. Lo que quedaba de jaula y zorras chirrió con mucha intensidad sobre el tubo interior, para después soltarse y caer. El brazo de Crane tiró con fuerza y casi disloca el hombro de ella. Lanie quedó colgando sobre el abismo. De la superficie del tubo brotaban lenguas de fuego que la quemaban.

—¡Aguanta! —gritó Crane, pero ella ya no lo podía oír. Trató de tirar de ella hacia arriba, pero el peso era demasiado y no tenía un punto de apoyo. Gotas de sudor le caían de la cara sobre el visor del casco, nublándolo.

No tenía de donde agarrarse. Trató de levantarse lo suficiente como para ponerse de rodillas, pero no pudo. Lanie gritaba cuando las llamas le mordían las piernas.

—¡Agarra a Charlie! —aulló Lanie, tratando de levantar al niño llevándolo en la articulación interna del brazo derecho.

El sonido era intenso dentro del traje, retumbaba una vez y otra en la cabeza de Crane. Estiró el brazo lisiado, dejándolo colgar en el tubo.

—¡No puedo! —gritó en respuesta a la pregunta que le hacían los ojos de Lanie—. ¡Mi brazo! ¡Mi brazo inválido!

—¡Tómalo! —chilló Lanie—. ¡Por favor, tómalo!

—¡No puedo! —Una explosión que se produjo más adelante en el corredor los sacudió, y Lanie empezó a resbalarse. Crane sintió que la mano se le acalabraba tratando de sostenerla. Lanie se retorció, intentando lo imposible: alcanzarle el niño que lloraba con desesperación.

—¡Oh, Dios, Lanie... Lanie!

Ella se deslizó de la mano de él.

Así de sencillo. La vio caer, apretando con todas sus fuerzas a Charlie. En el ojo de su mente, Lanie quedó congelada en esa posición, eternamente suspendida en el aire, como la imagen que se graba en el horizonte de un agujero negro. Para siempre prístina. Para siempre viva. Crane tenía un solo objetivo: seguirlos al pozo de la muerte.

—Entonces —le llegó una voz desde atrás, y Crane se volvió. Mohammed Ishmael lo pateó, haciéndolo caer, y se paró delante de él apuntándolo con una

escopeta—, la semilla desapareció. Ahora debemos arrancar la mala hierba de la que surgió.

—Gracias —dijo Crane, pues entendió que, por fin, este hombre le daría la paz eterna.

Fue entonces cuando Ishmael se dio vuelta a medias. Crane vio a Burt Hill corriendo hacia ellos, los ojos con mirada enloquecida, la pala ya casi completando su arco segador. Alcanzó a Ishmael en la espalda con el borde afilado de la pala. El cuerpo cayó pesadamente vibrando sin control.

Hill alzó la pala otra vez, pero esta vez bien arriba de la cabeza.

—¡No! —gritó Talib desde atrás. Hill giró sobre los talones para ir en pos del nuevo enemigo—. ¡No, Burt!

Burt embistió. El arma que Talib llevaba en la mano tosió dos veces; acertó dos veces. Hill tropezó y cayó de bruces, mientras otra explosión, muy cercana, sacudía la cámara. Una viga de sostén cayó entre Crane y Newcombe.

—¿Estás satisfecho? —chilló Crane, alzándose sobre las rodillas. Por la cámara soplaba un polvo espeso, mientras Newcombe trataba de cubrirse la cara con la mano libre—. ¡Tú la mataste! ¡Tú mataste al bebé!... —Crane se quebró, doblándose por la cintura, llorando, la cara entre las manos.

—Crane —dijo Talib, acercándose—. Nunca tuve la intención... de que pasara esto... Nunca...

—Mátame —chilló Crane, alzando la mirada hacia Newcombe—. ¿Tendrías la humana decencia de evitarme este dolor?

—Crane —susurró Talib.

—¡Por el amor de Dios, mátame!

Talib alzó el arma, mientras sus labios farfullaban. La mano le empezó a temblar sin control y la respiración le venía como jadeos sollozantes. Dejó caer el arma. Mientras le corrían lágrimas por la cara, lo agarró a Ishmael por el cuello del uniforme y lo arrastró hacia las espesas nubes de polvo que soplaban por el corredor.

Crane vaciló sobre las piernas, llorando. Cuando se estaba dando vuelta para saltar dentro del tubo, oyó los gemidos.

Un Burt Hill cubierto de polvo y sangre lo aferró por los hombros:

—C-Crane —dijo con voz rasposa—, tenemos que... tenemos que... —Se tambaleó y cayó sobre una rodilla.

Crane miró dentro del tubo, después se apartó de él con renuencia.

—Maldito seas por estar vivo —murmuró. Arrancándose a sí mismo del borde del tubo, sin ser suficientemente egoísta como para forzarlo a Burt a morir con él, Crane maldijo antes de pasar por encima de la viga caída, llegó hasta Burt y lo ayudó a ponerse de pie.

—Apenas puedo respirar —dijo Hill.

—Polvo —dijo Crane, a sabiendas de que el hombre no lo podía oír—. Probablemente tienes un pulmón perforado.

Se las ingenió para meterlo a Hill en la zorra, sorteando la viga que les obstruía el paso. Partió, mientras el sector del tubo número 21 se desplomaba detrás de ellos, enterrando toda su vida para siempre.

Crane llegó al servicio del tiro del ascensor, mientras grandes pedazos de pared y techo de la caverna se estrellaban en el piso.

Con torpeza zafó los pernos del casco y lo llevó a Hill hasta el ascensor, desplomándose ambos dentro de él.

La puerta se cerró. Tocó la flecha para Arriba, mientras el techo de la caverna cedía por completo. Se estaban desplazando.

Crane no recordó el trayecto hacia arriba. Hill tenía una herida expuesta en el pecho y otra superficial en el brazo. El sonido de succión significaba que había que cerrar rápido esa herida.

Se quitó los guantes de plastil del traje antiquemaduras y usó uno para cubrir la herida. En su bolso de herramientas e instrumentos había un recipiente de masilla de plomo: la usó alrededor de los bordes del guante, para sellarlo sobre la piel de Hill y producir un vacío. Después lo hizo girar a Burt sobre su lado herido, para facilitarle la respiración al pulmón sano. Si es que iba a sobrevivir, necesitaba ayuda con rapidez.

Se sentó al lado del hombre que gemía, acunándole la cabeza, llorando. Todo había terminado. Todo. Terminado. ¿Qué clase de necio había sido al creer que podría cambiar el curso de la historia? ¡Qué arrogancia! La vida era dolor y nada más. Su mente retenía una sola imagen: Lanie y Charlie congelados en el horizonte, los ojos de ella llenos con una especie de celestial decepción.

Oyó una campanilla y se dio cuenta de que habían llegado al nivel del suelo. La puerta se deslizó en el cobertizo del equipo. Mientras Crane se levantaba, arrastrando consigo a Burt, una tremenda explosión los expulsó fuera del ascensor, aplastándolo por completo y haciendo que el cobertizo se sacuda. Alrededor de los dos hombres todo se había convertido en escombros.

Crane se quedó mirando la noche. El sonido de las distantes sirenas era música para él. Los helicópteros, allá en lo alto, danzaban con sus reflectores rodeándolo. Belleza en el seno del horror. Crane miró, a través de la bruma de sus lágrimas, un campo de estrellas que era pasmosamente brillante y frío... y maravilloso. La Luna era redonda, llena, las letras YOU impresas en su superficie en rojo sangre. You.

YOU.

CEMENTERIO DE FOREST LAWN - LOS ÁNGELES

5 DE JULIO DE 2028, MEDIA MAÑANA

El mausoleo era muy antiguo. Era de mármol, con columnas como las del Partenón y ornamentado con querubines, cuyas caras estaban oscuras por los años de exposición a los elementos. Había algunas fracturas laterales cerca de la base, y un par de grandes grietas serradas en la bóveda en sí, lo que indicaba algo de vagabundeo sísmico en la zona. Crane había elegido este mausoleo porque estaba directamente enfrente de las sepulturas en memoria de Lanie y Charlie, y él se podía sentar acurrucado en sus escalones debajo del nivel del suelo, sin que lo vean. Estaba sentado perfectamente inmóvil, como uno de los querubines, llevando anteojos para sol y un poco de filtro solar.

El funeral para Lanie y Charlie había sido grande y ostentoso. Crane se encargó de que fuera así. Los cuerpos se habían perdido, claro y dos ataúdes vacíos desfilaron ceremoniosamente por la ciudad. Se los trajo aquí para sepultarlos ante un grupo muy grande de concurrentes. La gente sentía como si hubiera conocido a los Crane, tan pública fue su vida. Concurrieron miles de personas. Todos con casquete con cámara, naturalmente. Hasta un representante de Yo-Yu había pronunciado un panegírico que rivalizó con el de Liang en cuanto a pura trivialidad y vacías condolencias.

Lanie habría odiado cada minuto de esto, exactamente igual como lo odiaba Crane, pero estaba presentando un espectáculo para un solo espectador y, si resultaba, el hipócrita funeral y toda la aflicción que había causado habrían valido la pena.

La NDI se había evadido. Talib y los suyos aparentemente se habían escondido como ratas en su dédalo de pasadizos subterráneos, para dejar que pase la furia. Y que hubo furia, la hubo, y en grado sorprendente. El hermano Ishmael había calculado mal la reacción pública ante su salvaje ataque al complejo. La escena del G cortado por la mitad y pasando por el parabrisas del camión de Ishmael se pasaba una vez y otra por todo el mundo. Pero, lo que era aún peor, una cámara unida a Ishmael lo mostraba de pie, contento, mientras Lanie y Charlie caían. El corazón de toda la gente, independientemente de su postura respecto de la cuestión del Proyecto Valle Imperial, estaba con el bebé. El público pedía a los gritos que Liang aplicara la más severa justicia al hombre «santo» y su secuaz, Abu Talib, las dos únicas caras que el público había visto.

Crane subió los escalones arrastrándose por ellos lentamente y miró a las tumbas recordatorias de Lanie y del bebé a unos quince metros de distancia, sobre las colinas con suave ondulación de Forest Lawn. A lo lejos pudo ver una figura que se desplazaba con lentitud en su dirección, y que constantemente miraba por sobre el hombro para ver si lo seguían.

La cascara vacía, muerta, que había sido otrora Lewis Crane sintió que en su interior se encendía una chispa: odio puro y simple. Lo sorprendió que aún pudiera experimentar alguna emoción.

Pulsó la fibra P y a la voz que le respondió le deseó un tardío feliz Día de la

Independencia. Después cortó la comunicación y trepó los escalones.

La figura llegó hasta las tumbas y se detuvo, la cabeza inclinada. Estaba vestida con el mono verde de los cuidadores del cementerio. Un sombrero de ala ancha caía sobre la cara, pero Crane habría reconocido a Abu Talib/Daniel Newcombe aunque se hubiera cubierto con pelambre y ladrara como un perro.

Talib alzó la vista. La mirada no mostró emoción alguna cuando Crane se paró delante de él.

—Nunca, en toda mi vida, le deseé la muerte a alguien —dijo Crane—, pero te podría matar con mis propias manos.

—La amaba, Crane —dijo Talib, las lágrimas inundando sus ojos—. Por nada del mundo la habría lastimado... ni a tu hijo. Lo lamento tanto.

—Te he estado esperando, lo sabes.

—Conocía los riesgos cuando vine aquí. Sencillamente n-no pude mantenerme alejado. Quizá soy débil... no lo sé.

—Si era a mí a quien buscabas, me podrías haber matado en cualquier momento. ¿Por qué tuviste que hacerlo de ese modo?

Talib miró hacia el suelo.

—Pensábamos que era importante detener tu obra, no sólo a ti.

—Detener la ciencia, Dan: ¿es eso lo que estaban tratando de hacer?

—¿Qué importancia tiene ahora?

—¡Tiene importancia para mí! —chilló Crane—. ¡Me arrebataron la vida! —Agarró la solapa de Talib con la mano sana—. Tienes que decirme por qué... ¡tienes que hacerlo!

Los labios de Talib se movieron, pero no salió sonido alguno. Por fin, dijo.

—No tengo respuestas para ti. Ya no sé nada. Tengo esta s-sangre en las manos y... y no sé qué hacer para que desaparezca. ¿Me preguntas cómo llegué a todo esto? No lo sé. Sigo intentando hacer encajar las piezas, de... resolver... el porqué, pero es como si no pudiera pensar más. No p-puedo aprehender una idea sin que se me vaya de la cabeza. Le disparé a Burt. L-le disparé. ¿Está... está...?

—Vivirá —contestó Crane, advirtiendo que los sobrevolaban helicópteros, al tiempo que G vestidos con su uniforme blanco se abrían camino por entre las hileras de lápidas para llegar hasta ellos—. ¿Dónde está Ishmael?

Newcombe hizo una mueca parecida a una sonrisa.

—La pala de Burt le produjo daños importantes en la espina dorsal, dejándolo parálítico. Martin Aziz decidió que era hora de ocupar el lugar de Ishmael. Barrunto que eso significa que nuestro líder ahora es descartable...

—Eso hace que tú también seas descartable.

—Me advertiste sobre la política: debí escucharte.

Los G estaban sobre ellos, rodeando a Talib, quien miraba a cada una de las

máscaras sonrientes por vez, como si pudiera reconocer diferencias entre ellos. Llevaban aturdidores en las manos.

—No voy a resistir —dijo.

—Ésa es una decisión sumamente madura —contestó uno de ellos con tono amistoso. El G extendió una mano para tomarlo del brazo—. Ahora vendrá con nosotros.

Crane miró cómo se lo llevaban a Newcombe.

—¿Por qué? —le gritó Crane a la figura que se iba alejando—. ¿Por qué?

Le quería decir algo a Talib, para enfrentar en cierto modo la demencia de todo lo que había pasado. Pero, cuando llegó el momento no hubo palabras, no hubo acciones que tuvieran alguna importancia o que lo ayudaran a aliviar su terrible sensación de pérdida. Durante un fugaz instante lo había tenido todo, y ahora eso se había ido para siempre. No había un porqué.

Miró el suelo, las lápidas falsas sobre los ataúdes falsos. Por cierto que ahí no había el menor consuelo.

Un helicóptero descendió en el borde del cementerio. Pusieron a bordo a Talib y se lo llevaron de inmediato.

Y así como así, todo terminó, envuelto en un lindo envase para que se lo archive, y olvide rápidamente, mientras el mundo seguía adelante con sus asuntos.

Lewis Crane quedó solo otra vez.

CAPITULO 20

Shimanigashi

EN ALGÚN LUGAR DE LA PRIMAVERA
ESTADOUNIDENSE DE 2038. MEDIA MAÑANA

Abu Talib comenzó el que iba a ser el día más extraordinario de su vida, del mismo modo en que empezaba cada día durante la última década: decidiendo si se iba a suicidar o no.

Se había quedado mirando la soga que le dejaron, el nudo corredizo del verdugo ya formado. Palpó el contorno, las suaves fibras de nailon se deslizaban con facilidad sobre la palma de la mano. Era compulsiva esa idea del suicidio, de ese control sobre la propia vida, pero no era la opción que iba a acariciar el día de hoy.

Todos los días, durante diez años, había sacado el lazo corredizo de la pequeña cómoda que había en su cuarto —vacilaba en llamarlo *celda*, ya que no tenía barrotes— y sostenía la soga, sintiendo la atracción por la muerte. Todos los días, durante diez años, había negado esa atracción, aunque algunas veces era más fuerte que en otras.

En su juicio —o la farsa a la que habían llamado juicio— se lo había sentenciado a pasar una cantidad indefinida de tiempo en *Shimanigashi*. Aislamiento. Las prisiones, la FPF y los tribunales eran administrados por empresa privada. No habían existido testigos en el juicio, ni jurado ni espectadores ni abogados. Sólo habían existido un hombre no identificado vestido con traje de hombre de negocios, las videoimágenes del ataque al complejo de Valle Imperial y, por supuesto, él mismo. Recordaba haber firmado papeles por triplicado.

El hombre con traje de hombre de negocios fue el último ser humano que vio durante diez años.

Lo habían dormido con alguna clase de gas, y despertó en un cuarto con paredes metálicas beige, pero sin ventanas y una sola lámpara, en el que había una cama, una mesa y una silla. Y la soga, claro está. También había un muy lindo compartimiento para bañarse, con una ducha que funcionaba durante sesenta segundos por día exactamente; y un inodoro que se autolavaba con agua cuando se apretaba un botón de la pared. No había espejos.

Abu no tenía libros ni televisor mural ni música ni papel, salvo el higiénico, y tampoco lápices. Su uniforme de preso consistía en un mono enterizo negro hecho de delgado material plástico descartable: al cabo del día lo arrojaba en un agujero para desperdicios que había en la pared y, durante la noche, aparecía uno nuevo. Si no lo

desechaba a la noche, no recibía el nuevo.

Tanto como sabía, era el único preso del lugar. Ninguna guardia pasaba jamás para vigilarlo; no había otros sonidos, salvo los de él mismo, para hacerle compañía. La comida aparecía dos veces por día, a través de una ranura que había en la puerta. El menú no variaba: arroz y caldo. En los últimos años, empero, había existido un plato ocasional de habas y pan de pita, lo que lo hizo pensar que se estaban produciendo cambios en el mundo exterior... o en la administración de esta prisión.

El cabello y la barba crecieron durante los diez años. Descubrió que había encanecido cuando su barba alcanzó la longitud suficiente como para que la pudiera levantar y mirar. El cabello casi le llegaba hasta los codos.

Habían esperado, claro está, que se vuelva loco, y había complacido a sus captores perdiendo la chaveta más de una vez. Cada vez que le ocurrió eso, esperó que el resultado fuera el contacto con seres humanos, un intercambio de alguna clase. Pero nunca lo hubo, y siempre se lo dejaba para que se volviera e enfrentar con su propia mente. Incluso la vez que se descompuso en extremo, con un tremendo dolor en el abdomen, no había habido contacto. El cuarto se llenó de gas y, cuando despertó, estaba en su cama, con una cicatriz a la altura del apéndice.

Pero fue un comienzo. Significó que alguien vigilaba; que, si hablaba, lo escucharía. De alguna extraña manera, era reconfortante.

Conocer la hora era y mantener el seguimiento del tiempo transcurrido había sido su primer, y más difícil, desafío, en especial durante la ocasión en que estuvo «afuera» por la apendicectomía. Al no saber si era de día o de noche, no tenía cómo establecer comparaciones, pero se le había ocurrido, durante los días iniciales de su encierro, que, si perdía toda noción del tiempo, sólo le quedaría la soga. Fue ahí cuando Abu Talib, que naciera como Daniel Akers Newcombe, empezó a ejercitar la mente.

Había contado los segundos —un Mississippi, dos Mississippi— durante días, sin interrupción, hasta que adquirió el ritmo interno de un día. Había considerado la idea de tratar de permitir que le crezcan las uñas, en vez de mordérselas, para raspar en alguna parte del metal del cuarto, una marca por cada día transcurrido. Pero después decidió no hacerlo, razonando que volverían a pintar las paredes para frustrarlo. Si es que iba a ser un reloj humano, debía llegar hasta el final.

Y así, al no tener otra cosa para hacer, se convirtió en un reloj humano. Optó por creer que en los diez años que había contado, no se le habría escapado más de una semana o de dos. Una vez que se sintió cómodo con su *relojería*, descubrió que podía sublimarlo y pensar en otras cosas.

Recordaba haber leído una vez (¿por qué no había leído *más*?) sobre un hombre aislado en un campo de prisioneros de guerra, quien sobrevivió jugando al ajedrez en su cabeza, visualizando el tablero y el desplazamiento de los trebejos. Talib descubrió

que, al cabo de varias semanas de inane esfuerzo, podía él también jugar ajedrez en la mente y pasar muchas horas entretenido.

Había controlado el tiempo que dormía, mediante el simple cálculo de cuántas horas de sueño necesitaba, normalmente, cada noche para sentirse descansado, cuántas se tomaría el cuerpo por su cuenta. Siete parecía haber sido su número ideal cuando vivía en el mundo real, así que siete fueron. Nunca hacía siestas y se aseguraba de estar despierto diecisiete horas de cada veinticuatro.

Al no tener otra cosa que hacer, más que ejercicio físico, para mantenerse ocupado, exploraría su mente... A veces con felicidad y otras con menos felicidad. Tenía buen poder de concentración, y en el ojo de su mente podía recrear gente y sucesos con toda claridad, para volver a vivir su pasado. Mucho de él lo avergonzaba, aunque lo que más le molestaba era el hecho de haberse dado cuenta de la inmensa cantidad de tiempo que había desperdiciado en su vida y que nunca podría recuperarla.

Naturalmente, se concentraba mucho en averiguar por qué había elegido, cada mañana, vivir bajo ese régimen tan absurdo, en vez de usar la soga. Nunca se le ocurrió una verdadera respuesta, con la salvedad de que reconocía en él una muy arraigada tendencia a competir con quienes pugnaban por quebrarlo. No era una respuesta satisfactoria.

Lo que había descubierto en sí mismo, empero, era una idea central que redefinía sus procesos de pensamiento. Empleaba su aislamiento en forma metafórica, aislando su mente, separando los pensamientos entre sí y de los componentes emocionales/egoístas de su persona. Lidiaba con ellos y con sus sentimientos aplicando la indiferencia, del mismo modo en que lo hace la gente para aliviar la angustia, examinándolos tal como él haría con los datos sobre los terremotos.

No le gustaba mucho la calavera que había visto debajo de la piel. Tenía la impresión de que una parte sustancial del tiempo la había empleado siguiendo los dictados de sus gónadas y emociones y muy poco en pensar de manera razonable. Le era difícil sentirse enojado con quienes lo habían puesto en prisión, ya que sentía que merecía la sentencia. Al no albergar ira, se las había arreglado para trasponer la barrera humana de la racionalización y verse a sí mismo como realmente era: un animal, expresando pasiones animales. Una vez que uno atravesaba ese sendero en particular, resultaba imposible regresar a la bendita ignorancia y había aprendido a aceptar la responsabilidad como un ser humano. La gente libre había aprendido menos en diez años, supuso.

También habían estado los «episodios», las batallas con la demencia. Cada vez que se ponía fuera de sí, había sido después de un viaje particularmente oscuro al interior de sí mismo, lo que permitía que se infiltrara una lenta psicosis que obnubilaba el razonamiento.

Una vez decidió que, durante la incursión en el complejo del Proyecto, en realidad lo habían matado y estaba viviendo una vida infernal después de la muerte. Daba golpes contra las paredes del cuarto en una eternidad de soledad y silencio. Se puso histérico y se dejó morir de hambre durante tres días, hasta que lo durmieron con gas y lo alimentaron por la fuerza. Había despertado sintiéndose mucho mejor, después de haber pasado inconsciente una cantidad desconocida de días. La única conclusión a la que pudo llegar fue que sus carceleros no le iban a permitir una muerte por un método tan pasivo como no comer. ¿Su única opción para morir sería el método activo de usar la soga del verdugo?

En otro episodio, se le había ocurrido la fantasía de que estaba libre y que podría ir y venir a voluntad. Optaba por quedarse porque, como se decía a sí mismo en voz alta, una y otra vez: «Todo era para su bien».

En esa última instancia también lo durmieron con gas.

Ahora temía que le estuviera ocurriendo otra vez.

Después de que hubo terminado su ritual matutino con la soga, se sentó a comer el arroz y el caldo que le habían pasado por la ranura de la puerta. No había tomado ni tres bocados cuando oyó un chasquido que no era familiar, proveniente de adentro de la puerta seguido, segundos más tarde de un crujido al producirse, a medias, una apertura. Nunca antes había sucedido.

Abu se quedó mirándola durante largo tiempo. Había un pasillo del otro lado de la puerta. Hasta ahí podía ver. Pintado de azul, el pasillo tenía una luz amarillenta que se derramaba en toda su longitud.

Eso había sido una extraordinaria cantidad de datos para recibir de una sola vez. Regresó para seguir comiendo el desayuno y se demoró en esa actividad un rato. Entre bocado y bocado, sin utensilios, sólo las manos, miró hacia la puerta para ver si seguía abierta, para contemplar ese maravilloso azul que se convertía en verde lavado bajo la borrosa luz amarilla. Los colores parecían estar vivos, respirando, interactuando.

Terminó la comida y volvió a poner la bandeja en la ranura de la puerta. Cuando la tocó se abrió un poco más. Miró por el pasillo que se extendía unos noventa metros en las dos direcciones. Las lámparas amarillas del techo estaban separadas por unos seis metros. Unas puertas con números llenaban el pasillo de ambos lados.

Mientras estaba parado ahí, con la bandeja en las manos, se dio cuenta de que se esperaba que él pasara por esa puerta abierta. Fue el peor momento desde su encarcelamiento. No quería irse. El miedo destellaba con tanta intensidad que se espantó físicamente, retrocediendo con tanta violencia que la bandeja salió volando de sus manos y cayó en el suelo con ruido metálico.

Quería poder pensar en esa puerta abierta, en razonar durante varios días sobre la existencia de ella, pero el hecho de que estuviera abierta de par en par hacía que su

utilización inmediata fuera imposible de evitar. Tomó una profunda bocanada de aire y dio una zancada hacia el pasillo.

Sintió miedo durante nada más que un segundo; después lo invadió el orgullo. Lo había logrado, había salido por sus propios medios hacia el mundo exterior.

Había una puerta en cada extremo del pasillo. ¿Cuál elegir? De pronto, la idea de una opción distinta del suicidio lo estimuló. Al ser diestro decidió que su inclinación natural sería ir hacia la derecha. Fue en ese sentido.

Mientras pasaba junto a las otras puertas, se preguntaba quién estaría del otro lado, si es que habría alguien. Nunca había percibido sonidos provenientes desde afuera de su cuarto, con la excepción del ruido mecánico que hacía la mesa rodante de la comida cuando circulaba pesadamente por el pasillo.

Resultaba extraño caminar tan lejos en línea recta. Cuando llegó a la puerta que estaba al final del pasillo, una vez más superó sus temores internos y la empujó para abrirla. Entró.

Estaba parado en una habitación que tenía unos dos metros cuadrados. Era beige y desnuda, con excepción de una silla de metal que estaba atornillada en el piso, en uno de los extremos, y una banqueta de metal también atornillada, en el otro. La silla estaba cerca de la puerta por la cual había entrado. Al lado de la banqueta había otra puerta. Se sentó en la silla y esperó.

A su debido tiempo, la puerta se abrió y entró una atractiva mujer con dos niños. Cuando lo miraron, los ojos de la mujer se abrieron, horrorizados, y los niños retrocedieron un paso.

—¿Abu? —averiguó.

Fue entonces que él la reconoció.

—Kh... Khadijah —dijo con la voz ronca. No había hablado en mucho tiempo—. ¿Eres tú realmente?

Se puso de pie y fue hacia ella. La mujer levantó las manos para evitar su avance.

—Nada de contacto físico —dijo— es una de las condiciones de la visita.

—¿Cuáles son las... demás condiciones? —preguntó con calma, mientras se volvía a sentar.

—No te puedo dar nada —contestó ella—, no te puedo decir dónde estás. Debo irme cuando me lo digan.

Abu asintió con una leve inclinación de cabeza.

—Entiendo.

—Tienes el aspecto... de un salvaje —dijo—. Tu cabello... tu barba. ¿No te cortaron el cabello jamás?

—No —respondió—. ¿Éstos son mis hijos?

Khadijah asintió con la cabeza. Se sentó en la banqueta con el niño a un lado de ella y la niña del otro.

—¿Najan? —le preguntó Abu a la niña, los ojos brillantes por encima del velo—. ¿Me recuerdas?

—No, señor —respondió Najan con rapidez—. Pero sé que es mi padre.

—¿Y cuál es tu nombre? —le preguntó al niño, de unos nueve años según sus cálculos.

—Abu ibn Abu Talib —dijo el niño, poniéndose de pie—. Mi nombre es en honor suyo.

—Y estoy muy orgulloso. Tienes aspecto de ser un buen joven. Y esa camisa que llevas... ¿cambia de colores?

—Sí, señor —contestó el hijo—. Todos las usan.

—¿Recibes alguna noticia aquí? —preguntó Khadijah.

Negó lentamente con la cabeza.

—Nada —dijo. Después la señaló con el dedo.

—13 de marzo de 2048.

—Es 24 de abril —repuso ella, achicando los ojos.

—Cerca —dijo él con gesto de triunfo.

—Debes de tener un millón de preguntas —dijo su mujer, inclinándose hacia adelante como para estudiarlo mejor.

—No tantas. Dejé de hacer preguntas. A pesar de todo, te ves maravillosa. Has adquirido redondeces.

—Dar a luz tiene sus ventajas —Khadijah sonrió, y él le respondió, pero los músculos de las mejillas se le cansaron de inmediato.

—¿Me van a liberar?

Había tenido temor de hacer la pregunta, las lágrimas le afloraban a sus ojos mientras pronunciaba las palabra, pero impidió que se manifestaran.

—No —repuso ella—, te tienen demasiado miedo.

—¿Tienen miedo... de mí?

Ella asintió con la cabeza.

—Una vez que Ishmael pasó a formar parte de la larga y distinguida lista de asesinados...

—¿Asesinado? ¡No! ¿Cuándo?... ¿Cómo?

Las cejas de ella se alzaron.

—Claro. No podías saberlo. Hace unos años. Asesino desconocido, nunca se lo capturó. —Khadijah tragó aire—. Tú, entonces, eras el único símbolo visible del movimiento. Martin se hizo cargo. Es un buen administrador, pero nadie lo conocía. Para mantener viva la llama de la rebelión, te convertimos en nuestra causa. Empezamos exigiendo tu liberación como prisionero político. Te convertirte en el pegamento que unió a todo el Estado islámico en las zonas de guerra, un símbolo mundial de la gente que estaba en prisión. El año pasado obtuviste el Premio Nobel

de la Paz. Tu influencia es global.

—Pues imagínense eso —dijo Abu sin entusiasmo—. Realmente da la impresión de que lo estuve pasando muy bien.

—Te quiero mostrar algo —dijo ella con excitación, poniéndose un disco en el microteclado de la muñeca. Tenía la mitad del tamaño de los que Dan recordaba. Era liso y carecía de símbolos.

En la pared beige apareció una videoimagen que mostraba la Zona de Guerra que se vaciaba de gente, grupos inmensos emigrando hacia el sur cuando se inauguró el Estado islámico.

—¿Cuándo? —preguntó Abu.

—El año pasado —dijo Khadijah—. La presidente Masters refrendó el Decreto de Partición, el Día de Acción de Gracias de 2037.

—¿Presidente Masters?

—¿Kate Masters? Creo que la conoces.

—Creí que la conocía —dijo él con tono enigmático—. ¿Cómo lo lograron?

—Durante años, silenciosamente, el gobierno y la sociedad anónima YOU-LI estuvieron comprando gente en esos estados. El terremoto de Memphis ayudó mucho. De todos modos, la mayoría de los blancos quería irse. —Señaló la imagen en la pared. Lucha casa por casa en una pequeña ciudad sureña, raza contra raza—. Los que no se querían ir resistieron durante un tiempo pero, al final, nos deshicimos de todos.

—¿Se deshicieron de ellos? ¿Hay un ejército *afric*?

Los niños lanzaron una risita tintineante, que hizo que Talib irguiera la cabeza.

—Esa expresión ya no se usa mucho —dijo Khadijah, sonriendo.

—¿Por qué no?

—Nuestros hermanos islámicos de África no opinaban que muchos de nosotros éramos lo suficientemente negros como para autodenominarnos africanos —sonrió—. Empezaron a llamarnos mestizos.^[3] El nombre quedó.

—No es una denominación halagadora —dijo Abu.

—Hicimos que lo fuera. —Khadijah se sentó más erguida, súbitamente en postura de reina—. Así que ahora el país se denomina Estados Unidos de Norteamérica e Islam. Nueva Cairo abarca Florida, Carolina del Norte y del Sur, Georgia Alabama, Louisiana y Mississippi.

—¿Por qué cedieron después de todo ese tiempo? —preguntó Talib—. Debe de haber sido tremendamente costoso comprar tanta gente.

—No tenían alternativa —contestó ella—. El mundo es islámico en un setenta por ciento. Los consorcios chinos están feneciendo con rapidez porque ya no controlan el comercio. África es el asiento del poder económico en estos momentos. En última instancia, los chinos celebraron un acuerdo con nosotros para encauzar el comercio

hacia el resto de Estados Unidos a través de nuestra puerta trasera, y a precios preferenciales: eso mantiene vivos a ambos países.

Ahora, la pared mostraba a Martin Aziz agitando las manos hacia la multitud y pronunciando discursos.

—Él está a cargo —dijo Khadijah—, pero tú eres el corazón de la gente. No vamos a aceptar un arreglo con los blancos hasta que acepten que, o bien te veamos a ti, o bien veamos tu cuerpo. Por mucho tiempo nadie supo si estabas vivo o muerto. Ahora que lo sabemos, te prometo, Abu, que no descansaremos hasta que estés libre.

—¿Por qué tengo la sensación de que todo esto tiene muy poco que ver conmigo?

—Eres un símbolo. Eres Abu Talib. Eres una leyenda en vida. En estos difíciles días, el pueblo de Nueva Cairo necesita un modelo al que imitar. Cuando los blancos se fueron, después de la partición, quemaron todo a sus espaldas. Estuvimos construyendo desde cero. Tu ejemplo es la fuerza de aquella gente.

—Mi ejemplo —repitió Talib, sonriendo otra vez con los músculos doloridos—. No creo haber dado ejemplo alguno. Aquí tuve que sobrevivir como un animal. Deseo que sepas que no fue sencillo. He... cambiado mucho. Para ser aún más honesto contigo, te diré que en todo el tiempo que pasó no pensé mucho en el movimiento. En vez de eso, he pensado en volver a oler el aire verdadero, o en ver el cielo. —Extendió el brazo y cerró la mano con lentitud hasta formar un puño—. Pensé en juntar rocas del suelo y conocer todo lo que haya que saber sobre una región, a través de ellas... ¡Toda una historia a través de las rocas, hasta el comienzo de los tiempos! He pensado en el sexo... —Khadijah bajó instintivamente la mirada, cada uno de sus gestos tan claros para Abu como un mapa carretero—. Está bien —dijo él— diez años es demasiado tiempo. No sabías si yo estaba vivo. Yo...

Se oyó un timbre muy fuerte. Khadijah se puso inmediatamente de pie.

—Es hora de irnos —dijo—. ¿Hay algo que desees decirle al pueblo?

Talib rió.

—Hoy es el primer día, en tantos años, que oigo una voz que no sea la mía propia. Ni siquiera vivo en el mismo mundo en el que vives tú.

Ella se encogió de hombros.

—Ya urdiré algo.

La puerta del lado de ella se abrió con un chasquido, como si tuviera un resorte. Los chicos fueron hacia ella. Tan pronto. ¿Cómo podía haber terminado todo tan pronto? Esto era peor que el aislamiento.

—Crane —dijo mientras Khadijah empujaba a los chicos hacia afuera—. ¿Qué está haciendo Crane?

La irritante risa de ella lo sobresaltó tanto que el cuerpo se le sacudió involuntariamente.

—¿Cómo caen los poderosos? Un paria, eso es lo que Crane es. Un desterrado.

Denostado... por haber planeado detonar bombas termonucleares. La marea se volvió contra él, cuando se reveló plenamente su demente plan. Después, durante años, estuvo delirando y desvariando en todas las teleemisoras respecto de un terrible desastre que estaba por acontecer en California. Nadie lo escuchó. Y no he oído nada de él desde hace mucho tiempo.

A mitad de camino, se dio vuelta y dijo:

—Te vamos a sacar de acá.

—Regresen para hacerme más visitas —dijo Abu, pero ya su esposa se había ido. La puerta se cerró con rapidez y oyó cómo corría el cerrojo.

—¡Diles que debo tener acceso a la información! —gritó—. ¡Por el amor de Dios, hagan algo!

Se derrumbó en la silla. La puerta de su lado hizo un chasquido y se abrió de repente. Lentamente, Talib se puso de pie y después, arrastrando los pies, regresó a su celda. De ahora en adelante viviría de una visita a la siguiente, en los arrabales de la esperanza. Había perdido la capacidad de medir el tiempo... y nunca la iba a recobrar.

* * *

Lewis Crane estaba sentado en el asiento trasero del deslizador lunar, junto con Burt Hill. La bulbosa panza del vehículo para todo terreno llena de helio, hacía que los pasajeros se sintieran como si estuvieran flotando sobre el desolado paisaje de la Luna. En lo alto, las estrellas eran brillantes puntas de alfiler, mientras la corona de la Tierra apenas sobresalía en el horizonte que estaba detrás de los viajeros. El vendedor de bienes raíces no dejaba de hablar, con lo que obligaba al continuo ajuste de los monitores de dióxido de carbono de la cabina. Un pálido rastro de luz proveniente de la corona de la Tierra, iluminaba el paisaje, esta banda de superficie aprontándose para ingresar en un período de una *noche* de dos semanas.

—No recibimos muchos *nocheros* aquí arriba —dijo Alí, el vendedor—. La gente quiere las propiedades buenas, que están en el lado iluminado, desde donde se puede ver la Tierra.

—Precisamente eso es lo que no quiero —dijo Crane, mirando hacia las ventanillas. Se estaban deslizando por el Mar del Sur, el *Mare Australe* de Galileo, en camino hacia la difunta mina de titanio de YOU-LI, en el Mar del Ingenio. El cráter Julio Verne se alzaba majestuosamente hacia la izquierda de los viajeros. Empero, el *mare* era polvo, no agua como había conjeturado Galileo: era roca y vidrio pulverizados y escoria de asteroides.

—No sé por qué usted desea mirar lugares en el lado oscuro —dijo Burt, respirando con estridor—, a un hombre le gusta un poco de luz solar de vez en cuando.

—Reciben tanta luz acá como en el otro lado —dijo Crane—. Simplemente no tienes que mirar la Tierra, eso es todo.

—Tengo montones de buenos lotes del otro lado —insistió el vendedor—. Amanecer de Tierra de primera calidad.

Crane pasó por alto el comentario.

—Veamos, cualquier cosa que compre aquí va a ser mía, ¿no es así?

Alí se volvió para mirarlo. Su bigote negro formaba una arcada sobre la sonrisa amplia. Con el índice y el pulgar formó un círculo, extendiendo los demás dedos.

—Absoluta soberanía —dijo, abriendo los dedos como movidos por resorte—. Muchos grupos compran tierras para tener libertad religiosa, ¿saben? O por sus ideas políticas. Acá no intervienen los estados de la Tierra. Es un buen sistema, si les interesa el estilo «cada cual que se haga cargo de lo suyo».

—¿Qué hay sobre el acceso al agua potable? —preguntó Bul.

—¿Qué pasa con eso? —repuso Alí—. Ustedes hacen cualquier arreglo que puedan para conseguir toda el agua que quieran. El consorcio que hay aquí arriba cobra muchísimo, ¿saben? La mayoría de la gente, si está en condiciones de pagarlo, hace el acarreo desde la Tierra.

Crane gruñó. La Tierra no era el lugar para hallar agua en estos días. Oh, era mejor en varios sentidos. La atmósfera se había regenerado con ozono; la gente vivía al sol otra vez, del mismo modo que él recordaba de su niñez: y Masada había desaparecido por completo hacía cinco años, prácticamente sin dejar rastros. Toda la gente estaba demasiado ocupada preocupándose por la cantidad de radiactividad en su abastecimiento de agua, como para que le interesara muchas otras cosas. La precipitación radiactiva de la Nube de Masada había contaminado algo más que el agua: los productos de desecho se habían filtrado por todo el planeta a través de sus coberturas herméticas, porque nadie había estado dispuesto a prestar atención al problema hasta que se convirtió en una catástrofe. El agua emponzoñada estaba por doquier.

Crane había empezado a buscar la solución en el globo de la fundación, nada más que suministrándole los datos sobre régimen de filtración y la presencia y velocidad de desplazamiento de reservas de agua subterránea. La esperanza era obtener una predicción, muy adelantada en el tiempo, respecto de dónde y cuándo la enfermedad se diseminaría por el cuerpo del planeta, de modo que la humanidad supiera dónde atrincherarse para combatir al invasor. Pero, para algunos, el envenenamiento de las reservas de agua de la Tierra parecía ser una razonable condena divina. Todas las épocas tienen su gente optimista.

El globo era una maravilla, la herencia viva de su esposa. Muchas cuestiones, como el proyecto sobre radiactividad, se habían hecho pasar por los sentidos de ponderación de la máquina, y eso había redundado en conclusiones reales. Pero, en

algunos aspectos se había estropeado, lo que Crane sabía que no habría pasado si Lanie estuviera viva. El resultado fueron las decepciones y los terremotos no previstos. Por ejemplo, entre ellos, uno en California. Hasta ahora, el globo había parecido ser infalible.

Siempre pensaba en la teoría de Lanie sobre piscinas excavadas en Roma, que daban origen a sismos en Alaska. De hecho, dos de los terremotos no previstos al final se atribuyeron a lagos que se estaban excavando, uno de ellos a ochocientos kilómetros de distancia, cuando el agua llenó el lago, filtrándose por las grietas de las rocas y lubricando fallas ocultas. Crane se preguntaba si, no obstante, algún día sería posible conocer lo suficiente como para decirle a la gente donde no cavar para hacer lagos... ni piscinas.

—Ahí vamos, señores —dijo Alí, señalando por el parabrisas una zona fulgurante que estaba a varios kilómetros de distancia—. Hice que encendieran las luces para ustedes.

Crane se preguntaba qué pensaría Lanie de esto, de él comprando un pedazo de la Luna con la dote de los tres mil millones de dólares de Stoney. Stoney le había dicho que los usara para comprar otro sueño. Ahora, diez años después, estaba cumpliendo lo que le había pedido su amigo.

Alí hizo invertir el sentido de empuje de los ventiladores, para frenar el vehículo, que rebotó con rudeza en medio de un pequeño pueblo fantasma formado por domos y edificios metálicos cuadrados, prefabricados, que constituían pilas como los hololadrillos con los que Charlie había jugado durante el viaje en ascensor, en el proyecto Imperial.

—¿Los tiros de las minas todavía están abiertos? —preguntó Crane, mientras miraba la retahíla de restaurantes abandonados que llevaban nombres que le eran familiares.

Alí vaciló.

—Podemos discutir lo de los tiros. No estoy seguro de cuánta alegría le dé a YOU-LI tener que venir y tapar...

—Quiero los tiros —dijo Crane—. Voy a nutrirme de calor y energía sacándolos del núcleo de la Luna.

—Usted quiere tiros —dijo Alí con felicidad, describiendo arabescos en el aire con las manos—, pues tendrá tiros. Están por todas partes... por todo este remaldito lugar. El señor quiere tiros. ¡Los quiere!

Alí los condujo lentamente hacia la esclusa de aire, desplazándose hacia arriba, mientras las grapas magnéticas agarraban y sellaban en forma hermética.

—Se tienen que poner el traje de presión —dijo—. No me puedo permitir encender aquí adentro el sistema para mantenimiento de la vida, nada más que para mostrarles el lugar.

—¿Qué superficie cubre toda la operación? —preguntó Crane. Alí se ponía su traje. Después apuntó a Crane con el dedo. Crane dejó que Burt lo ayude a meterse en el traje.

—Piense en estas construcciones como que son el punto central —contestó Alí—. La operación se extiende dos mil seiscientos kilómetros cuadrados a la redonda. Usted será dueño del cráter Van de Graaff, del cráter Leibnitz y del cráter Von Karman. El Mar del Ingenio es suyo, todo él.

—¿El precio?

—Tres coma dos mil millones —dijo Alí—. Claro, sé que es un montón de dinero. Tengo lotes más pequeños del lado iluminado que...

—Hágalo tres mil millones redondos y cerramos trato —terció Crane.

—¿Tiene usted esa clase de garantía? —Se sorprendió Alí—. No deseo ser brusco, señor.

—Pagaremos en efectivo.

—¡Amigo mío! —dijo Alí—. Usted ha hecho que un viejo vendedor de camellos sea muy feliz. Nadie quiere el lado oscuro.

—Insisto en tenerlo. ¿Recorremos las instalaciones?

La visita duró menos de una hora, Alí estaba ansioso por volver a la cara iluminada de la Luna y Crane en absoluto interesado por las comodidades. El campamento YOU-LI había sido una típica operación espartana de minería y apenas con apoyo de la empresa misma. A su debido momento, Crane iba a tirar abajo los edificios, construyendo los propios. Pero la construcción existente iba a alojar a los encargados de planeamiento y a los ingenieros, cuya tarea habría de ser la de convertir un campamento minero de la cara oscura de la Luna en una nueva civilización. Iba a ser un proyecto largo y difícil, pero Crane había emprendido muchos proyectos así antes.

Más tarde, ya de regreso en el hotel Marriott de la base, Crane y Hill se sentaron a una mesa del bar. Crane le daba la espalda a la magnífica Tierra naciente que brillaba a través de los enormes y gruesos ventanales. El hotel estaba lleno, la zona circundante a él empezaba a parecerse a una pequeña ciudad de domos y plataformas elevadas. La Luna era territorio nuevo, del que YOU-LI, los propietarios anteriores, ofrecía la posibilidad de vender con rapidez. Los chinos estaban consolidando sus posesiones, y la Luna no figuraba en su futuro. Así que, a razón de un pedazo por vez, se estaba desarrollando gracias a la gente que siempre abría nuevos territorios y colonias: los bribones y los héroes. Crane no estaba seguro de a cuál de las categorías pertenecía.

Hill, frágil y callado desde que fuera herido varios años atrás, alzó su cerveza.

—Creo que esto es a su salud —dijo—. No estoy seguro de qué hizo, pero felicitaciones.

—Estamos aprovechando una oportunidad mientras podemos —dijo Crane, tocando con su vaso de whisky la botella de cerveza, y después sorbiendo—. Siempre quise dirigir mi propio gobierno.

—Tonterías —dijo Hill—. Todo lo que siempre quiso hacer fue matar terremotos. De repente, nos encontramos comprando la Luna.

—No es de repente. Estuve pensando en eso durante largo tiempo... años. Nunca fue factible hasta ahora. No te cuento todo lo que pasa por mi cabeza, Burt.

—De eso no me cabe duda. Nunca me dijo que Sumi era una mujer.

—Supuse que si eras lo suficientemente obtuso como para no saberlo —dijo Crane—, no iba a ser yo quien te lo dijera.

Era una antigua broma entre ellos. A decir verdad, ninguno de ellos tuvo jamás la más vaga idea sobre Sumi. Su historia había sido fascinante y casi trágica. Tanto había acontecido en el transcurso de los años.

Escasamente un mes después del ataque al complejo Imperial, el presidente Gideon resbaló al pisar una pastilla de jabón y prontamente murió... o, por lo menos, ésa fue la información que dio a conocer la Casa Blanca. Sumi se convirtió en presidente y de inmediato nombró a Kate Masters vicepresidenta. Debido a que Liang Int. y Yo-Yu se habían dividido el electorado, Sumi estuvo en condiciones de presentarse como candidata de ambas compañías y ser elegida Presidente sin afiliación en las elecciones de noviembre de 2028.

Fue Sumi quien sentó las bases para lo que, en conclusión, iba a redundar en el Estado islámico. Debido a lo que ella denominó «razones de salud», decidió no volver a presentarse en el 2032, aun cuando había sido un Primer Mandatario equilibrado y respetado durante su lapso en el cargo. Después, en la misma conferencia de prensa, reveló su verdadero sexo, diciendo que «ya no podía fingir» más que era un hombre.

Kate Masters se presentó y ganó con gran ventaja, pasando de repente de su ya inmenso poder de base a aprovechar los sentimientos antichinos. La economía se siguió tambaleando debido a una andanada de sanciones impuestas sobre los intereses comerciales chinos por un movimiento islámico mundial, cuyo punto de vista global era etnocéntrico, por decir lo menos.

Los motivos para que Sumi Chan renunciara a presentarse otra vez para las elecciones se hicieron patentes de inmediato, cuando se internó en un sanatorio neuropsiquiátrico. Paul, el amante generado por el chip, se las había ingeniado para apoderarse por completo de la vida de Sumi, tomando todas las decisiones de ella, eligiendo sus asesores y atrayéndola a una espiral, siempre descendente, de xenofobia y cerrazón mental. Sumi se había convertido en el círculo de la humanidad, y todo dentro de sí misma. Paul no permitía que entrara nadie.

Crane había mantenido un contacto laxo con ella durante ese período,

comprándole a YOU-LI, por insistencia de Kate, las tierras ancestrales de Sumi, a quien después se las arrendó al precio de un dólar por año a perpetuidad. Sumi necesitó —y se le concedió)— un divorcio legal de Paul. Tan poderosa era la presencia de él, que permaneció aun después de que se hubiera quitado el chip. No fue Sumi la única que tuvo problemas. Millones de personas se hicieron adictas a los chips de Yo-Yu, y surgió una nueva rama de la medicina, llamada Reemplazo de la Personalidad, para lidiar con la despersonalización total.

Sumi Chan pasó cuatro años encerrada, mientras Yo-Yu repartía miles de millones de dólares en pagos por atención médica y daños y perjuicios para los *chipitos* adictos, recibiendo un golpe tan grande, que se vio forzada a realizar una fusión internacional con la que a duras penas llegaba a ser su rival, la YOU-LI Corp. El Chip Compañero se fue, igual que los dinosaurios, a la extinción, aun cuando los implantes de chips para educación estaban teniendo una popularidad cada vez mayor. A Crane mismo se le instaló un puerto en el 2035, y encontraba que el dispositivo era invalorable para la investigación científica.

Kate Masters, mientras tanto, había sido reelecta en 2036, y ahora estaba cumpliendo los dos últimos años de su segundo mandato. Sumi vivía con tranquilidad en sus tierras ancestrales, en China.

Stoney había muerto al año de la catástrofe del proyecto Imperial.

Para Crane, no obstante, los últimos diez años habían sido una pesadilla de la vigilia. Poco tiempo después del arresto y encarcelamiento de Talib, cuando se conoció la información sobre qué era en realidad el proyecto Valle Imperial, la compasión pública cambió rápidamente. Muy pronto fue él, el villano por haber osado pensar siquiera en detonar dispositivos termonucleares...por osar creer siquiera que podría alterar la subestructura misma de la Tierra o que podría tener algún derecho para hacerlo.

La voz de Crane se convirtió en la voz que clama en el desierto. Una y otra vez, en el transcurso de largos años trató de advertirles a sus compatriotas sobre la terrible catástrofe que caería sobre California. Peor que los insultos, peor que las carcajadas que saludaban sus mensajes grabados, escritos y en vivo, era el silencio ensordecedor con que se recibían sus advertencias. Y, al final, perdió toda esperanza.

Y cada vez se volvió más y más hueco...

Entonces fue cuando pusieron en venta a la Luna y Crane sintió algo en lo profundo de su estómago, una chispa. Se abalanzó sobre ella.

—¿En verdad va a poner... edificios y cosas así aquí arriba, eh? —preguntó Hill.

—Eso planeo —dijo Crane—. Quiero construir toda una ciudad aquí arriba, Burt. Un lugar en el que la gente quiera vivir.

—¿Usted también va a vivir aquí?

Crane sonrió.

—No, amigo mío. Creo que ambos ya somos un tanto viejos y amargados para esta clase de actividad precursora.

Hill se repantigó y lanzó un profundo suspiro.

—Eso es un alivio. Sencillamente no me podría imaginar en uno de esos malditos trajes de presión todo el tiempo. ¿Qué pasa si uno tiene que estornudar, o sonarse la nariz?

—No obstante, haremos visitas en ocasiones. Hay mucho trabajo para hacer, decisiones para tomar. —Crane tomó un sorbo del whisky, mientras miraba a una cuadrilla de trabajadores de la construcción en sus exotrajes musculados, quienes entraban en el bar y se sentaban en una mesa de atrás—. No me agrada la idea de tener dependencia de la Tierra para conseguir el abastecimiento de agua —dijo—. Me pregunto si podríamos dragar pergelisol en Marte y embarcarlo para acá nosotros mismos. Quien controle el agua, controla el ambiente.

—¿Cuánta gente quiere poner ahí afuera?

—Unos cuantos miles cuanto menos, diría yo.

—Usted estuvo excitado con este proyecto durante meses. A mí me parece una locura. ¿Por qué hacerlo? ¿Cuál es el objeto?

Crane hizo una mueca y terminó su bebida. Mantuvo el brazo en alto y atrajo la atención del camarero del bar, quien hizo una leve inclinación de cabeza, indicando que había entendido y fue a buscar la botella de whisky.

—Es todo ese dinero que Stoney me dejó —dijo—. No podía encontrar algo que valiera la pena lo suficiente... que durara lo suficiente, en qué invertirlo. Entonces se abrió esta posibilidad.

—¿Por qué esto?

—Tuve un acuario una vez... bueno, dos veces en realidad, pero en el que estoy pensando lo tuve cuando era un niño y vivía con mi tía —dijo Crane—. Lo había conservado para mí. Tuve muchas clases diferentes de peces en el transcurso de los años, pero una vez puse ahí un camarón, una cosilla delicada, hermosa. No pude encontrar qué darle para alimentarlo de lo que él quisiera comer. Después de un tiempo se empezó a comer a sí mismo, día tras día, un pedazo por vez, nada más que para mantenerse vivo. Con el tiempo, se alcanzó un órgano vital. —Se volvió entonces y miró hacia la Tierra, enorme y azul y envuelta en nubes, a través de las portillas de observación. La señaló con el dedo—. Es eso lo que creo que están haciendo: comiéndose vivos. Asesinan en el nombre de Dios y destruyen ciegamente el ecosistema mismo que los mantiene.

—La gente es la gente —dijo Hill, encogiéndose de hombros.

—Lo que estás diciendo en realidad es que las personas son animales —repuso Crane—, y te digo que no es preciso que las cosas sean de esa manera. Podemos hacer una civilización, una verdadera civilización, construida sobre la verdadera

comprensión de nosotros mismos y de nuestro universo. Compré terrenos en el lado oscuro de la Luna, porque no quiero que mi gente vea la Tierra morir ante sus ojos. Mi... ciudad puede que sea la última esperanza mejor para la especie humana, Burt. Por eso es que lo estoy haciendo. ¿Es ese sueño suficiente para ti?

—Usted no pudo salvar la Tierra. ¿Así que ahora quiere hacer un mundo nuevo?

—Aceptaré esa interpretación.

—¿Cómo va a llamar a este lugar?

—Charlestown. Lo voy a llamar Charlestown.

Burt asintió en silencio con la cabeza. Los ojos se le humedecieron.

—Creo que es muy lindo nombre, *doc*. Realmente lindo.

CAPÍTULO 21

Tormenta de fuego

CORTAFUEGO EN SHIRAHEGA - TOKIO, JAPÓN

1.º DE SEPTIEMBRE DE 2045. MEDIODÍA

Desde el aire, el cortafuego de Shirahega era imposible de no ver, ni siquiera en la ciudad más grande del mundo. Era un edificio de departamentos o, mejor dicho, un tramo de departamentos diseñado para impedir el paso de la tormenta de fuego resultante de un terremoto de envergadura, diseñado para proteger los barrios que estaban más al norte, de los más pobres, que eran los del sur. Era la Gran Muralla de Tokio.

Crane y Burt Hill estaban viajando en la sección para pasajeros de un helicóptero de auxilio de la Cruz Roja. Una docena, más o menos, de técnicos en medicina con uniformes blancos, gente joven principalmente, llenaba los bancos que estaban al lado y enfrente de los dos hombres. Los jóvenes no sabían quién era Crane, no tenían conexión con el semblante envejecido que otrora había tenido al mundo subyugado con sus proezas y sus tragedias.

Los técnicos estaban boquiabiertos mientras miraban a través de las grandes portillas en forma de burbuja de la gran aeronave. La vista de Tokio que se extendía por debajo de ellos le podría quitar el aliento a cualquiera. Los edificios de una de las más importantes ciudades del universo dominaban el paisaje y, aun así, era la ciudad satélite, las viviendas destartaladas de treinta y tres millones de personas, lo que atrapaba la atención. Casas de madera, apretadas unas contra otras a lo largo de estrechas calles, la hacían parecer un cobertor hecho con retazos. Millones de casas de madera. Más casas que las que la mente humana podía imaginar en verdad. Únicamente ver significaba creer.

Pero lo que era peor eran los enormes tanques de propano situados al lado de las viviendas, a veces empequeñeciéndolas por comparación de tamaños. Todavía ahí usaban gas. Cuando comenzara el sismo —y sería pronto—, los incendios se iniciarían con rapidez. En el lapso de quince minutos, un tercio de Tokio estaría ardiendo hasta los cimientos; un millón de edificios destruidos. El brazo inválido de Crane dolía.

—Usted es un maldito tonto por venir aquí —dijo Hill—, persiguiendo terremotos como no lo había hecho desde 2028. Alguien tendría que conseguirle un psiquiatra.

—Eres el hombre más desagradable que haya yo conocido jamás —contestó

Crane—. Por qué te tolero es un misterio para mí.

—Me necesita, porque es demasiado bebé como para cuidarse por sí mismo. Demonios, habría muerto veinte veces si no hubiera sido por mí. Y estoy aquí para decirle, ahora, que ésta puede ser la vigésimo primera. Le apuesto a que el *doc* Bowman no le dio la autorización para hacer esto.

—No se lo dije —dijo Crane.

No había podido sacudírselo de encima al doctor Bowman desde el breve encuentro con un cáncer de colon el año anterior. El cáncer había sido ocasionado por la exposición a la radiación durante la lucha en el valle Imperial, y era el motivo por el que estaba ahí. Quería experimentar un terremoto intenso una vez más. Habían transcurrido diecisiete años desde que se permitió visitar la localidad de un terremoto —se estaba autoflagelando—. Burt tenía razón en ese sentido y grandes como eran su dolor y aborrecimiento por la bestia, así también lo eran el alborozo y la excitación. La bestia provocaba un exquisito antagonismo.

Estaban en la base lunar Charlestown, supervisando los interminables pequeños detalles de un proyecto tan enorme, y en condiciones tan hostiles para la vida, como para avasallar a cualquiera, cuando cayó enfermo. Nunca antes había estado realmente enfermo. Cuando lo descubrieron, ya el cáncer estaba avanzado. Lo trataron en forma química. Después le dijeron que el cuerpo haría el resto. Lo que no le dijeron fue el terrible precio que tendría que pagar en lo físico. La guerra que su cuerpo libró se había prolongado durante ocho dolorosísimos meses. Cuando finalmente hubo terminado, estaba libre del cáncer y, de hecho, estaba inmune contra la mayoría de las formas de la enfermedad, pero estaba muy débil y se cansaba con facilidad. Ya no podía beber más y, con cincuenta y ocho años, se sentía un anciano. Y ese día iba a ser testigo de un sismo de características tales como jamás había visto antes.

Tokio se asentaba sobre la articulación de cuatro placas: la de las Filipinas, la del Pacífico, la eurasiática y el borde de arrastre de la norteamericana, por medio de las fosas submarinas del Japón y de Izu. Un sismo enorme de subducción se estaba preparando para ocurrir en la unión de la fosa Japón/ Izu, y eso iba a destruir la mayor parte de Tokio.

En los años recientes, una trama tenebrosa se había desarrollado en torno del Informe Crane. Desacreditado por muchos, respetado por otros, el Informe era utilizado por unos pocos para planear sus aventuras y su muerte. Cada vez que se pronosticaba un terremoto de importancia, centenares, a veces miles, de personas aparecían para probarse a sí mismos contra el poder del sismo. Al igual que cuando se corre con los toros, los hombres lo usaban como una prueba de hombría. Otros lo planeaban como un suicidio espectacular.

El cortafuego se alzaba abajo, una cuchilla de bordes sobresalientes, formada por

edificios empalmados entre sí, que cortaba a la ciudad en dos. Sus persianas de acero ya estaban bajas y trabadas; enormes cañones de agua estaban prontos. Lo irónico es que era el 1.º de septiembre, tradicionalmente el Día del Terremoto en Japón desde el 1.º de septiembre de 1923, cuando cuarenta mil personas murieron incineradas en la tormenta de fuego que arrasó Edo, como se conocía Tokio en ese entonces. En total, ciento cincuenta mil personas murieron ese día.

El helicóptero se acercó cautelosamente a Shirahega. Había un atestado puesto de observación construido en lo alto de uno de los edificios centrales con un helipuerto al lado. El piloto viró hacia ese puesto y centró el descenso en el helipuerto. Los jóvenes técnicos saltaron fuera de la máquina no bien hubo aterrizado. Estaban ahí para ayudar a los sobrevivientes pues, además de los intrusos que se colaban, siempre había gente que se rehusaba a ser evacuada.

Crane y Hill fueron los últimos en descender. Crane rechazó con un ademán la ayuda que Hill trató de darle.

—Puedo ser un inválido —dijo gruñendo cuando estiró la pierna para dar el largo paso hacia abajo—, pero no soy un *maldito* inválido.

No habían estado en el techo más que algunos segundos, cuando experimentó el primer temblor.

—¿Lo sientes, Burt?

—¿Señor? —masculló Hill.

Crane estaba sintiendo los temblores, que le subían por la pierna y le sacudían todo el cuerpo, haciéndolo vibrar como si fuera un diapasón.

—Creo que es mejor que te busques una posición mejor. Ya quedan sólo unos instantes.

Unos cinturones anticimbronazos se habían conectado con la pared frontal metálica del cortafuego. Hill ayudó a Crane a ponérselo. Tomó un par de binóculos que colgaban al lado del cinturón. Abajo, grupos de personas en las calles circundantes todavía estaban de fiesta, muchos de ellos vestidos de manera similar. Había un grupo con trajes negros, relucientes, con bandas rojo brillante que iban desde el hombro hasta el tobillo. Había otro grupo de hombres jóvenes, y algunas mujeres, que estaban desnudos, con la salvedad del calzado, y que llevaban la ropa atada en líos que transportaban sobre los hombros. Otro grupo, vestido con ropa de payaso. Todos de gente joven, necia. Se los llamaba roqueros, porque desafiaban a la geología en los propios términos de ella.

A los suicidas los pudo ver más atrás, en la ciudad. Eran de todas las edades. Buscaban un edificio que se sacudiera para escalarlo, una estructura grande debajo de la cual pudieran aguardar. Los roqueros permanecían lo suficientemente cerca del cortafuego como para correr. Los suicidas vagaban sin curso fijo, pero lo suficientemente lejos de Shirahega como para no poder alcanzarla en caso de una

tormenta de fuego. Los que lisa y llanamente se rehusaban a creer en el terremoto estaban, se suponía, en el hogar o la oficina, haciendo lo que fuere que normalmente hacían.

—¿Tienes un instante para una vieja amiga? —le llegó a Crane una voz desde atrás. Se dio vuelta para ver a Sumi Chan. El cabello le llegaba hasta los hombros. Tenía los ojos, maquillados con sombra azul pálido.

—Pero, vamos —dijo Crane. Extendió el brazo para alcanzarla, mientras Sumi se apresuraba a darle un fuerte abrazo—. Déjame mirarte.

Ella retrocedió e interrumpió el breve abrazo. Llevaba un traje enterizo negro y borceguíes, y tenía una imagen muy sensual. Había envejecido bien. Toda una vida de dominar las emociones la había dejado con una cara notablemente libre de arrugas. De hecho, se dio cuenta Crane, Sumi estaba hermosa, y lo estaba mucho más por el hecho de que sus ojos tenían una mirada más amistosa que lo que él jamás le hubiera visto. Una mirada más íntima. Él le hizo una leve inclinación de cabeza, una vez que pudo discernir que ella estaba sana y muy cómoda consigo misma.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó, mientras Sumi iba a abrazar a Burt, quien ya se había colocado el cinturón de seguridad.

—Me enteré de que venías, así que se me ocurrió aparecer —contestó ella—. Prácticamente somos vecinos.

Un sonoro retumbo bramó desde la tierra. El edificio empezó a sacudirse, y Crane sostuvo a Sumi. La atrajo hacia la pared para ayudarla a que se abroche el cinturón.

—¡No te sueltes! —rugió—. ¡Va ser uno violento!

El edificio se sacudió violentamente de un lado para el otro, las ondas s, grandes en este caso, hacían temblar el manto. No se detuvo, se intensificó, uniéndose a la acometida de las ondas p, ondas ascendentes y descendentes que hacían que la tierra se desplazara.

Crane se aferró a la fachada que tenía ante sí con un, aún fuerte, brazo derecho, la mirada fija en la ciudad que tenía veinte pisos más abajo. La gente estaba huyendo en todas direcciones, todos olvidándose de los heroicos planes de reírse ante el rostro de la catástrofe. La gente corría, caía, volvía hacia el cortafuego. Enormes fisuras rugientes se abrieron en las calles, y todo el grupo de roqueros desnudos desapareció en las entrañas de la bestia.

La sacudida aumentó de intensidad, cuerdas enteras de edificios simplemente se derrumbaban allí donde el piso se volvía líquido. El despedazamiento de vidrios y hormigón de cuando los edificios caían, se mezclaba con el bramido del terremoto, engendrando una avasalladora muralla de ruido. Una nube de polvo se alzó de las estructuras demolidas, y se extendió por toda la ciudad.

Comenzaron las explosiones. El temblor sólo tenía treinta segundos de edad. Puentes y pasos aéreos cayeron, volcando hacia el vacío autos llenos con evacuados

que esperaron hasta el último minuto, desperdigando gente y automóviles por todo el paisaje urbano que se estaba desmoronando.

Y entonces empezaron los incendios.

Transcurrieron noventa segundos, y el suelo todavía se sacudía lateralmente y subía y bajaba, el cortafuego crujiendo debajo de la gente. A nueve metros de distancia, el helicóptero que los había transportado a Crane y los demás rebotó contra el costado del edificio, para después precipitarse sobre la calle.

—Se lo dije, Crane —dijo Hill—. Otra vez estamos en el mismísimo medio de todo.

—Y es grandioso —dijo Crane en voz baja, sus entrañas ardiendo. ¡Vivas! Podía sentir cómo afluía a su interior el poderío de la bestia, su enemigo volviendo a insuflarle vida. No se había sentido tan bien desde hacía varios años.

—Mira la bahía de Tokio —dijo Sumi, tomándole el brazo lisiado, agarrándose con fuerza.

La bahía se había quedado sin agua, vacía, la fea herida dentada de la fosa submarina era evidente a varios kilómetros, en el pozo de lodo.

—Ese viento... —dijo Hill.

—La tormenta de fuego está creando un vacío, consumiendo todo el oxígeno que tiene alrededor —dijo Crane en voz muy alta, para tapar el ruido—. Ese viento no es más que aire que se está apresurando a llenar el espacio dejado.

Las sacudidas habían amenguado. Pero la tormenta de fuego se les estaba acercando, devorando Tokio a razón de una cuadra por vez.

—¿Sienten el calor? —dijo Sumi, con sus manos delante de la cara. El fuego era una línea ininterrumpida de dieciséis kilómetros de largo por tres de anchura. Mientras se acercaba, un temblor secundario los sacudía de costado.

El humo era espeso, pero la sangre de Crane estaba más caliente que el infierno que estaba enfrentando. El fuego, inmenso e implacable, avanzaba como un océano, con olas de tenue brillo que aplastaban y rompían, saltando como si fueran salpicaduras de la rompiente.

Estaban sudando, cuando se pusieron en actividad los cañones de agua, bombeando agua de mar bajo presión para crear una muralla de agua que se opongiera al fuego. Una espesa rociadura de agua refractaba el anaranjado brillante, produciendo incontables arcoíris en miniatura en el seno de la conflagración. Uno de los cañones apuntaba directamente hacia arriba, el agua rociando por encima de la azotea del edificio, refrescando a la gente, empapándoles las piernas antes de caer sobre agujeros de drenaje y volver a describir un arco hacia el fuego. El mismo espectáculo se estaba representando a lo largo de todo el cortafuego. Shirahega era la única esperanza de la ciudad.

La temperatura estaba subiendo, y mucho. Burt se arrancó la máscara y tosió.

—¿Estás bien? —le gritó Crane en la oreja.

Burt tosió secamente y escupió.

—Demonios, le dije que yo nunca me podría mover en un traje espacial... ¿no? ¡Pero puedo soportar esto tanto tiempo como usted!

Sumi sentía que todo le daba vueltas alrededor, mientras se reía.

—¡Eres ciento por ciento de alto octanaje! —chilló. El agua caía por su cabello y el maquillaje se le corría por la cara.

—Yo no lo inventé... tan sólo lo predije —gritó Crane respondiéndole, sintiendo el calor en la ropa. Las caras estaban color rojo sangre.

Se oyeron exclamaciones en la sección más alejada de la línea. La gente miraba hacia arriba. Sin vacilar, Crane también miró. Por encima de él, el cielo estaba anaranjado, el fuego intentando pasar completamente por arriba del cortafuego para escoger sus blancos en el otro lado.

—¡Los árboles arderán como velas! —dijo Crane, desabrochándose el cinturón y chapaleando para alejarse de la vista del sur, y observar el lado norte del edificio; Sumi y Burt pisándole los talones.

Miró hacia el norte, donde la mitad de la ciudad ya era escombros y muchos incendios pequeños se extinguían en el horizonte envuelto por el humo. Abajo, el parque de evacuación estaba atestado con gente que, de algún modo, había sobrevivido al temblor y a la tormenta de fuego. Dos árboles ya estaban ardiendo furiosamente, como consecuencia de las pavesas que transportaba el viento, y algunos yacían acurrucados en el suelo, para huir del humo: era de la misma manera en que todos habían muerto en Edo, ciento veinte años atrás.

Crane volvió a mirar el cortafuego: la mayoría de los cañones de agua sobresalía de la enorme estructura del edificio en sí, pero tres grandes, del tamaño de obuses pesados, estaban apoyados en el techo. Miró a Mui.

—¿Crees que puedes manejar una de esas cosas? —le preguntó.

—Si es algo mecánico, es pan comido para mí —respondió Hill, arrancándose la máscara para escupir otra vez.

—Toma el cañón del sudeste —dijo Crane—. Dalo vuelta, que dé sobre el parque. ¡Ve! ¡Ahora!

Sumi siguió obedientemente a Crane al cañón del sudoeste, el que apuntaba en forma perpendicular hacia arriba. Era inmenso, y lo suficientemente grande como para no pandearse bajo la intensa presión del agua. Dos asas grandes sobresalían de la parte de atrás de la máquina. Crane y Sumi tomaron sendas asas y dieron un empujón, con el cual lentamente, pusieron al cañón en posición de disparar hacia abajo y en derredor, para que el agua describiera un arco por encima de la fachada y rociara el parque.

Los japoneses que estaban sobre el techo corrieron hacia la pared norte y miraron

lo que pasaba. Después, giraron sobre sí y aplaudieron con cortesía.

Unos cansados Crane y Sumi Chan se apoyaron contra la pared y se quedaron mirando hacia el parque, a los paramédicos que trabajaban en forma ininterrumpida, seleccionando los heridos más graves y brindando atención de emergencia. Hill andaba en alguna parte, tratando de conseguir algún transporte que los saque de la zona del siniestro, ya que habían perdido su helicóptero.

—¿Cuánto hace que no nos vemos? —preguntó Crane a Sumi. Para él la situación era fascinante, no había tenido el menor problema para aceptarla como mujer.

—No sé... quince años, más o menos. Yo todavía vivía como hombre en aquel entonces.

—Con Paul —sonrió Crane—. Todos supusimos que eras homosexual. ¿Sigues viendo a Kate?

—Vino a visitarme hace unos meses. Se quedó una semana. La misma Kate que no cambia: estaba en el proceso de divorciarse de su cuarto marido y de adquirir el quinto.

—El único punto fijo en un siempre cambiante universo —dijo Crane, preguntándose por qué Sumi lo había venido a ver en realidad.

—¿Cómo está la situación mundial del agua? —preguntó Sumi—. Supongo que la fundación todavía toma parte en los proyectos sobre la limpieza de la radiación.

—Suministramos actualizaciones diarias, luego de enterarnos qué se estaba haciendo; después contrabalanceamos con sugerencias. Parte de la información que nos llega es realmente notable: hay un tipo en Colorado, Estados Unidos, y otro en la Argentina, que están desviando ríos subterráneos, trayéndolos a la superficie y controlando el flujo para evitar las zonas muy contaminadas. Las cosas siguen estando mal, claro está, y el racionamiento sigue siendo necesario, pero creo que podremos llegar al punto de retroceso dentro de unos seis años, o algo así.

—¿Qué tal el Oriente Medio?

—Sigue caliente como la lava —repuso él. Ella era buena en esto, profesional—. Ahora dime por qué demonios estás aquí en realidad.

—Por supuesto —dijo Sumi, sonriendo. Le palmeó la mano—. Tengo dos propuestas para ti.

—La visita de Kate Masters no fue sólo porque estaba de vacaciones, ¿no? —dijo Crane—. Vino para convencerte de algo, ¿no?... y lo consiguió, imagino.

—Acertaste en todo —contestó Sumi, la sonrisa abandonándole la cara—. Crane, en este mismo instante Estados Unidos está al borde de una guerra racial. A todo lo largo de la frontera se combate con Nueva Cairo. La cuestión de Abu Talib hizo que todo pase a un segundo plano... la lógica, la vida misma.

—No me interesa oír eso —dijo Crane—, y cuando Burt regrese, tampoco va a querer oírlo.

—Burt oirá exactamente lo que tú quieras que oiga —contestó Sumi.

—¿Se supone que eso es ofensivo?

—No. Fiel a la verdad. Eres su ídolo, lo sabes. Me escucharía si tú se lo dijeras. Déjame decir lo mío antes de desecharlo. En nombre de los viejos tiempos, ¿eh?

—Encuentro toda esta discusión perturbadora —dijo Crane—. Dilo rápido.

—Muy bien. Los pocos líderes que todavía hay en Washington no tienen la menor idea de lo que tienen encerrado en su prisión. Kate lo habría perdonado a Talib hace muchos años, pero no lo hizo por respeto a tus sentimientos. Ahora lo lamenta y la gente que está a cargo piensa que es una especie de monstruo que guiará a Nueva Cairo hacia un baño de sangre islámico de un extremo a otro de Estados Unidos. Los musulmanes creen que Estados Unidos retiene a Talib como una afrenta hacia ellos, como un ataque a su líder religioso.

—¿Newcombe... religioso?

—Su esposa es la única que habla con él, y sigue trayendo mensajes, el protocolo religioso de la NDI, cuando vuelve de sus visitas. Es muy poderosa y persuasiva. La gente cree en ella.

—¿Y Kate quiere desenmascararla?

—Todavía le queda mucha influencia, aun cuando ella se haya retirado de la política.

—Sí, ya veo cuánto se retiró.

—Tan sólo escucha. Kate quiere que tú y Burt salgan de testigos como gente que realmente conoció a Talib. La voz de ustedes sería la más fuerte que se levanta en favor de la liberación de ese hombre. Ambos sabemos que Dan no conduciría revueltas ni acciones similares.

—Lo vi dispararle a Burt. Iba al frente de la incursión que mató a mi familia. Estoy convencido de que es capaz de todo.

—Repasé todos los discos, toda la historia del hecho —dijo Sumi— por lo que vi, Dan estuvo en esa incursión para tratar de detenerte pero, también, para evitar el derramamiento de sangre. El haberle disparado a Burt fue pura defensa personal. De no haberlo hecho, habría terminado con la cabeza triturada.

—¿No entiendes? —dijo Crane con lentitud, marcando bien cada palabra—. No importa cuánta gente haya muerto en este desbarajuste de hoy, cuántos daños se produjeron. Esto no habría ocurrido si Newcombe hubiera evitado que esa gente penetre en el complejo. Para estos momentos, el planeta habría estado libre de terremotos.

—Sólo estás especulando —contestó Sumi—. No tienes la menor certeza de si el resto del mundo te habría seguido en tu plan.

—Lo odio —dijo Crane.

—Esto es mucho más importante que tú y él. La vida de la gente...

—Ya no me dedico al ramo del salvamento de vidas —interrumpió Crane.

—¿Entonces qué estabas haciendo con ese cañón de agua?

La miró deseando poder compartir con ella, de alguna manera hacerle sentir el dolor que todavía lo carcomía cada vez que veía a un bebé que empezaba a caminar, cada vez que veía a un marido y su esposa tomándose de las manos. Las lágrimas surgieron espontáneamente.

—Arruinó mi vida, S-Sumi —se le estranguló la voz—. No quiero r-revolver las cosas. No quiero pensar en eso. ¿No es posible dejar solas estas cosas, para que se resuelvan por sí mismas, sin mí?

—No. No se las puede resolver sin ti. Y tú eres el que no entiende: enfrentar eso no sólo lo liberará a Abu Talib... también lo liberará a Lewis Crane.

—¿Liberarme, para qué?

—Para lograr la paz, quizá... por fin.

La miró un largo instante:

—Dijiste que tenías dos propuestas.

Sumi le mantuvo la mirada:

—Quiero que te cases conmigo —dijo, en un tono sin inflexiones.

—¿¡Qué!?

—Paul era un sustituto de ti —dijo—. Los años que pasamos juntos, y después tratando de deshacerme de él, fueron duros, destructivos. Tengo cincuenta y dos años, y no sé cómo conocer o aproximarme a los hombres.

—¿Me estás diciendo que estás enamorada de mí? —preguntó Crane.

—Siempre lo estuve... desde hace casi veinticinco años.

Crane suspiró y se dejó deslizar por la pared hasta quedar sentado, chapaleando en el agua que todavía estaba acumulada ahí.

—Ha pasado tanto tiempo desde que pensé de ese modo —dijo—. Desde Lanie, no... no hubo nadie más.

—¿Estás listo para la tumba, entonces? —preguntó ella—. ¿Ya estás muerto? Porque si te queda la menor chispa de vida, pensarás seriamente en mi oferta. Entiendo tu trabajo y te entiendo a ti. Sé que esto es difícil: siempre pensaste en mí como en un hombre, pero no lo soy. Nunca lo fui. Fui una actriz desempeñando un papel. Te amo, Crane, y temo con tanta desesperación envejecer y morir sin haber compartido mi vida contigo, que estoy dispuesta a sentarme aquí, en el agua, y ponerme en ridículo, para estar cerca de ti. No me avergüenza hacerlo.

Crane inclinó la cabeza contra la pared, el ulular de las sirenas servían de ubicuo recordatorio del sitio en el que estaban. Ayer se habría horrorizado por la sugerencia de Sumi, pero eso fue ayer. Antes de hoy. Antes de que descubriera que dentro de sí

todavía le quedaba algo, que no había quedado vacío.

—Entonces, ¿cuándo lo organizamos? —preguntó Crane.

—¿El juicio de Kate?

—No —contestó, sonriéndole a Sumi—, nuestro casamiento.

EDIFICIO DE DETENCIÓN FPF N.º 73 - DENVER, COLORADO

13 DE MARZO 2046, 10:45

Crane se sentó con Sumi en un banco duro, afuera de la sala de audiencias de la monótona e incolora prisión, escuchando a través de su implante auditivo, a Joey Panatopolous, el hijo ya adulto del señor Panatopolous, a quien Crane oía cada vez más excitado.

—Crane... está funcionando. ¿Me escucha? ¡Está funcionando!

—¿Los generadores están encendidos?

—¡Encendidos y funcionando! A partir de este preciso momento, estamos funcionando por completo con energía térmica. Las turbinas están cantando, el calor se está canalizando a través de los domos. Ya no necesitamos combustibles sólidos m focos. Ahora, Charlestown es autosuficiente, en cuanto al abastecimiento de energía.

—La Luna nos está alimentando —dijo Crane—. Está trabajando con nosotros, no contra nosotros. Has hecho un gran trabajo, Joey. Tu papá se habría sentido orgulloso.

—Ojalá hubiera podido estar aquí arriba para verlo.

—Sí... yo también. Sería el único hombre, además de ti, en el que habría confiado para que extraiga energía del núcleo lunar.

—Fue mi maestro.

—Lo sé. Mis saludos a todos los de Charlestown. —Empezó a cortar la comunicación, pero después agregó—: Hagamos de esto una celebración para toda la ciudad, Hoy hemos conseguido nuestra independencia. Celebrémoslo todos los años.

—Hecho —dijo Joey—. Le hablo mañana.

—Mañana será, pues. —Crane miró su microteclado; después dijo—: Fuera. —La línea se despejó y el enlace de las comunicaciones se apagó.

Sumi le pasó los brazos alrededor del cuello.

—¿Buenas noticias?

Crane sonrió ante el amor que leía en los ojos de ella.

—Hemos conseguido conectarnos con éxito al núcleo lunar, y estamos usando su energía.

—Nunca dudé de que tendrías éxito.

—Nunca dudaste de algo que yo hubiera dicho —le contestó, inclinándose y besándola en la punta de la nariz—. Es por eso que siempre quise que trabajaras para

mí.

—Eso se debe que a que aún nunca te equivocaste —dijo Sumi.

—Sólo una vez —repuso Crane, sintiendo cómo la felicidad de la noticia de Charlestown huía de él—. Y, ahora, quizá dos.

—No te tortures a ti mismo —dijo Sumi, apuntándolo con un dedo a la cara—. Te vas a poner muy mal. Y *sabes* que estás haciendo lo correcto.

Crane frunció el entrecejo.

—¿Lo estoy haciendo, Sumi? Confié en él y abusó de mi confianza en todos los niveles.

Sumi se encogió de hombros.

—Tú le quitaste la novia y él se puso celoso.

—No hagas que parezca tan mezquino e insignificante. No es...

—Tú eres quien lo redujo al nivel de quién hiere a quién. —Lo abrazó con rapidez, para después tomarle la cara en el cuenco de las manos—. Crane, te amo, pero eres obstinado y ciego cuando quieres serlo. Predicas la tolerancia, la cortesía, pero haces lo mismo que hacen todos los demás: lo intentas y llevas un registro de dolor y pérdidas, y después compites para ver quién quedó más herido. No puedes basar tus relaciones con el mundo sobre eso.

—Sumi, yo...

Ella le puso el dedo sobre los labios:

—Entonces díles eso. Eso es todo. Sé más grande que tus sentimientos. Di la verdad.

Crane asintió con la cabeza, disfrutando del abrazo de ella. Se preguntaba cómo estaban yendo las cosas adentro, en este preciso momento: Burt estaba rindiendo testimonio. Unos mestizos estaban caminando de un lado a otro del pasillo, esperando. De vez en cuando le lanzaban una nerviosa mirada a Crane, para después mirar hacia otro lado cuando él los descubría mirándolo.

Era tan extraño verlos; partidarios, suponía Crane. Todos deseaban desesperadamente ver libre a Newcombe... ¿pero por qué? Eran demasiado jóvenes como para conocerlo o preocuparse por él como persona. Era algo más que querían de él, algo más fundamental.

Se dio cuenta de que lo que estaban persiguiendo era la unidad, un círculo cerrado que los nutriera de creencias e ideas, un pozo del cual beber. Era lo que todos querían, en realidad. Era de eso de lo que se trataba Charlestown. Y Newcombe era su estadista de más edad, tal como Crane lo era en Charlestown: la canilla de la cual se derramaban las ideas.

—Por favor, díganme que todavía no rindieron testimonio —llegó la voz de Kate Masters desde el extremo opuesto del vestíbulo—. Díganme que todavía no me lo perdí.

Masters entró en la sala como una exhalación. Hasta pudo lograr que el monótono pasillo fuera de ella, cuando llegó deslizándose con rapidez. Vestía un diáfano vestido de gasa y no parecía ni un día mayor de la edad que tenía hacía ya veinte años.

—Hola, hola —dijo, besando a Crane en la mejilla—. ¿Cómo está la feliz pareja? Sumi se paró de un salto y la abrazó con fuerza.

—Somos los siguientes —dijo—. Estoy contenta de que hayas podido venir.

—¿Podido? Esto es lo más grande que haya conseguido armar jamás. —Masters se sentó entre ellos, inclinándose de modo de poder conversar con ambos—. Créanme, si esto no sale bien hoy, entonces les recomiendo que hagan las valijas y se muden a otro país, porque las cosas se están poniendo muy difíciles aquí. Estamos viendo el incremento de fuerzas militares regulares y de la reserva en ambos lados de la frontera con Nueva Cairo. Todo este país podría estallar.

—He oído conceptos peores —dijo Crane.

—¿Qué pasa contigo? —le preguntó Masters.

—Sólo está gruñón, eso es todo —contestó Sumi por él— todavía tiene problemas con T-A-L-I-B.

—Sé deletrear, maldición —Crane dijo—, y lo estamos llamando Newcombe, ¿recuerdas?

Masters le puso la mano en el brazo.

—No te irás a convertir en chip dominador de mi cerebro, ¿no?

—Déjame tranquilo, Kate.

—No lo haré. Tienes la responsabilidad de entrar ahí y arreglar este asunto antes de que las cosas se desmanden.

—¿Por qué? ¿Porque es mi responsabilidad?

—Tú ya sabes la respuesta a eso —dijo Masters con frialdad, poniéndose de pie—. Te veré adentro. —Se fue con paso majestuoso hacia la sala de audiencias.

—Ahora conseguiste que *ella* quede muy molesta. —Sumi hizo un chasquido con la lengua, para indicar su desaprobación.

—¿Alguna vez haces otra cosa que no sea negociar?

—No, es lo que hago mejor.

—Oh, yo no diría eso —dijo Crane, sonriendo—, anoche me mostraste algunos trucos.

—Basta —susurró Sumi, dándole una leve palmada en el hombro—, alguien te podría oír.

La puerta de la sala de audiencias se volvió a abrir de par en par, y por ella salió Burt Hill, encorvado, la cabeza gacha. Desde el principio, Hill había aceptado rendir testimonio y Crane, por su parte, había rehusado influir sobre él de modo alguno. Los dos nunca discutieron lo que sentían, lo que iban a decir.

—¿Estás bien? —preguntó Crane, mientras Sumi agregaba:

—¿Qué pasó?

—Soy un maldito estúpido, eso es lo que soy.

Crane le aferró el brazo:

—Burt...

—Iba a incinerarlo —dijo Hill—, iba a incinerarlo de pies a cabeza. Demonios, no he sido ni la mitad de un hombre desde que me disparó. Pero... pero, cuando traspuse esa puerta... —Burt parecía confundido, hasta herido.

—¿Qué pasó? —preguntó Sumi en voz alta—. Burt, si...

Crane la detuvo alzando la mano. Se volvió e hizo una leve inclinación de cabeza: ya estaba por saberse qué había ocurrido.

—Entré ahí —dijo Hill otra vez—, y... y lo vi. ¡Oh, Dios, me desgarró el corazón! Era el *doc* Dan, pero estaba... estaba... ¡Oh, no! —Se puso la mano en el pecho—. Me tengo que sentar.

El hombre se derrumbó en el banco con la mirada fija en la nada, sacudiendo la cabeza. Inspiró profundamente.

La puerta se abrió y una mujer con velo asomó la cabeza hacia el pasillo.

—Lewis Crane —dijo, y le hizo un gesto para que entre, cuando Crane le llamó la atención moviendo la mano.

—¿Vas a estar bien aquí afuera? —preguntó Sumi a Burt.

Él murmuró un «sí», y Sumi y Crane entraron en la sala de audiencias tomados de la mano.

Unas cincuenta personas estaban de pie en uno de los extremos de la sala: no había asientos. La multitud era una mezcla de portadores de edad mediana de cámaras en casco y ciudadanos de Nueva Cairo. La grabación con cámaras rápidamente se estaba convirtiendo en un pasatiempo para la gente de edad madura. La tecnología de los chips estaba lo suficientemente avanzada como para que la generación joven encontrara una *raison d'être* dentro de los confines de su propio cráneo. Los hijos de la tecnología, que habían sido criados con algo más que el microteclado, estaban en la vanguardia del gigantesco Enchufe.

Crane reconoció a Khadijah entre la multitud de gente que llevaba coloridas túnicas, por su postura erguida y desafiante, y el fuego en la mirada. A ambos lados de ella había dos jóvenes adultos: los hijos de Newcombe, supuso Crane. Sin que se la evocara, la imagen del pequeño Charlie se presentó de pronto en su mente. No vio a Martin Aziz en la galería. Desconcertante.

En el otro extremo, la sala estaba bisecada por una línea amarilla sobre la que nadie podía cruzar. Ahí había un escritorio, un sencillo escritorio de plástico color gris pavonado. Un hombre de traje oscuro estaba sentado detrás de él. En la cabeza llevaba un *ghutra* en cuadros rojo y blanco, la moda entre la clase del personal administrativo. Detrás de él estaba parado un chino, probablemente un representante

de la YOU-LI Corp. A lado del escritorio había una silla atornillada al piso.

Y, entonces, Crane vio a Newcombe: engrillado a la pared. Su cabello era blanco brillante; su larga barba, también blanco nieve. Estaba lánguido y macilento: los ojos oscuros, vacíos. Como si le fuera posible escapar, cuatro G lo rodeaban, vistiendo nuevos trajes enterizos negros de asalto y amenazadoras viseras del casco que los hacían parecer como monstruos salidos de un libro de cuentos, como engendros malignos que acechan en los bosques. Crane se dio cuenta, entonces, de que los G habían perdido a muchos agentes en la Masacre del Valle Imperial, como se la llamaba ahora, y era probable que también ellos tuvieran un interés personal en la audiencia.

—¿Doctor... Crane? —dijo el hombre del escritorio, usando su estilográfica a modo de puntero, mientras leía directamente de una pantalla que había sobre el escritorio.

—Soy Crane.

—Avance.

Crane obedeció y caminó hasta quedar adelante del escritorio, listo para prestar juramento.

—¿Es usted consumidor? —preguntó el hombre.

Crane casi lanza una carcajada.

—Pues, claro que lo soy. Todos lo son.

—Excelente —dijo el hombre, inclinando levemente la cabeza con aire juicioso—. Por favor, tome asiento.

Crane se sentó. El hombre deslizó hacia él una almohadilla de presión.

—Éste es el contrato tipo —dijo—, que estipula que usted vino aquí por su propia voluntad y que *ENGA-YO-LA* Servicios de Seguridad S. A. es la propietaria de todos los derechos de propiedad intelectual relacionados con esta audiencia, y que a usted no se le reembolsará esta aparición. Si acepta el contrato, apriete el pulgar contra la almohadilla.

Crane lo hizo y después volvió a sentarse. Se dio vuelta para mirar a Newcombe otra vez. Resultaba difícil odiar a ese hombre lastimoso, que estaba todo menos quebrado, al que habían encadenado como a un animal. Sus miradas se encontraron y las sostuvieron. Crane vio pena en esos ojos hundidos, pero vio algo más también: a pesar de lo horrible que se había vuelto su vida, los ojos de Newcombe todavía contenían orgullo.

Crane miró a Sumi: ella lo saludaba con inclinaciones leves de la cabeza, pero parecía preocupada, nerviosa.

—La palabra es suya, doctor Crane —dijo el hombre sin nombre que estaba detrás del escritorio.

Crane se aclaró la garganta, sin tener la menor idea de qué iba a decir. Sus

sentimientos eran completamente confusos.

—Mi esposa..., discúlpeme, la señora presidenta honoraria, me recordó, antes de que yo entrara aquí, que todo lo que tenía que hacer era decir la verdad —dijo—. La pregunta es: ¿Cuál verdad? ¿Mi verdad? ¿O hay una verdad más grande que la mía? Soy hombre de ciencia, como lo fue el doctor Newcombe. Nos hicimos hombres de ciencia porque odiamos el lastre de la subjetividad. Siempre traté de ajustarme a la verdad más elevada de la ciencia, del conocimiento, pero fallo. Si quieren saber mi verdad, les diré que odio a ese hombre que está ahí. Todavía no puedo creer que me haya profanado de tantas maneras. Él me arrebató mis sueños.

Movió la cabeza de un lado a otro, como tratando de aventar malos pensamientos:

—Ésa es mi verdad subjetiva... pero ¿cuál es mi verdad analítica? Mi verdad analítica es que éste es un hombre al que una vez estimé mucho, que cometió un error que desembocó en consecuencias trágicas. Su error fue que cambió de dioses; la ciencia por Alá y, por eso, cambió de metas sin saberlo. Él es tanto un producto fabricado por su religión como yo lo soy por la mía, y también víctima de eso. Pero esto que digo no se refiere a víctimas. Todos son víctimas. Eso es lo que Kate Masters me instó a recordar. Antes de que todo termine, todos perdemos lo que alguna vez fuera importante para nosotros, y después nos perdemos a nosotros mismos. Tenemos que llegar más allá de nuestra propia condición de víctimas y adoptar la visión de largo plazo, la visión hacia lo que dejamos atrás y lo que viene después de nosotros.

Sentía que la voz subía de tono por sí misma, y se dio cuenta de que no se trataba de Newcombe, y que Sumi ya lo había entendido. Esto se trataba de Charlestown y del verdadero arte de la comunidad.

—Es tan fácil justificar la comisión de actos de violencia y la imposición del dolor. Siempre es la reacción primera, y la más natural. Debo preguntarme a mí mismo, ¿qué es lo correcto? —Crane miró directamente al hombre que estaba detrás del escritorio—: ¿Puedo hacerle unas preguntas al preso?

El burócrata aceptó inclinando levemente la cabeza.

Crane se puso de pie y fue hacia Newcombe, la cara de éste arrugándose en un gesto de casi diversión:

—¿Le pagó a la sociedad los delitos que cometió?

—La factura más la propina —dijo Newcombe de inmediato, arrogante. Crane sonrió cuando se dio cuenta de que el cuerpo de ese hombre estaba deshecho, pero no su mente: su respuesta era aguda.

—¿Tenía usted la intención de matar a alguien cuando fue esa noche al Proyecto de Valle Imperial?

—No.

—¿Siente remordimiento por lo que ocurrió?

—Siento remordimiento por la pérdida de vidas. Siempre lo tuve. Ése no es el camino.

—Estoy de acuerdo. ¿Es usted un hombre violento por naturaleza?

—Soy un científico.

—Sí —dijo Crane—, y muy bueno, señor —agregó en consideración al Señor Sin Nombre.

—Gracias —contestó Newcombe—. Usted no es malo tampoco.

—¿Se considera usted civilizado, doctor Newcombe?

—Mi nombre es Talib, y sí; me considero civilizado.

—¿Aun después de haber pasado casi un tercio de su vida en la cárcel?

—Ya respondí a su pregunta.

Crane se acercó hasta quedar a pocos centímetros de su cara.

—¿Acepta la responsabilidad por la muerte de mi esposa y mi hijo?

—No —dijo Newcombe, y la voz se le trabó levemente—. La muerte de su esposa y su hijo fue mi castigo por todo lo demás que he hecho.

Crane retrocedió espantado, cubriéndose la boca con la mano. Había estado tan encerrado en su propio dolor y pérdida, que nunca había tomado en cuenta que el amor que Dan sentía por Lanie pudo haber sido tan grande como el suyo propio.

Miró a ese hombre, lo miró de verdad, y vio el espejo de su propia alma, sus propios sentimientos. Se vieron el uno en el otro, y Newcombe reconoció, con una leve inclinación de cabeza, una gran verdad. Crane flaqueó, retrocediendo, tambaleante, varios pasos.

Hubo una conmoción en la galería: Khadijah se estaba abriendo paso, a través de los espectadores, para salir de la sala, era rápidamente seguida por sus hijos.

Crane tragó con dificultad y volvió a mirar a Newcombe frente a frente, los sentimientos acometiéndolo, pulsando como ondas de presión.

—Creo —dijo en voz baja— que puedo ser suficiente hombre como para dejarlo a usted en libertad sin perdonarlo, y que usted alcance la libertad sin pedir mi perdón. Y creo que a eso se lo denomina civilización.

Se volvió y miró a Sumi: por sus mejillas corrían lágrimas.

Se dirigió al burócrata que estaba detrás del escritorio.

—Señor —dijo, casi en un susurro—, estoy convencido de que en la sociedad hemos llegado a una encrucijada: dos grandes naciones se están friccionando la una contra la otra, desgarrándose, como la falla por desplazamiento de rumbo que está rompiendo en dos a California. El señor N... Talib es el punto de presión en la placa, el amortiguador, que evita que ambas sociedades continúen avanzando hacia la colisión. Todo hace compresión sobre este punto y, si no se alivia la presión, la falla sufrirá una fractura, destruyendo sin motivo alguno.

Crane bajó la vista.

—He odiado los terremotos toda mi vida, debido a lo que me arrebataron, y lo he odiado al señor Talib por el mismo motivo. Qué estúpido... estúpido necio fui. —Miró con fijeza a la galería—. El odio, he llegado a darme cuenta, no consigue algo positivo; sólo es destructivo. Es la agencia activa del miedo. ¿Qué nos trae? ¿Qué bien nos hace? Les imploro que dejen libre a este hombre, no importa cuánto puedan odiarlo o temerlo. Reduzcan la presión sobre la falla, para bien de todos. Talib no representa un peligro para nadie; estoy seguro de que eso lo pueden ver. No es más que un hombre que cometió un error, es todo. Déjenlo volver a su casa, y todos dejaremos esto a nuestras espaldas.

Salió de inmediato por la puerta sin mirar a Newcombe. El dolor todavía estaba ahí pero, más que cualquier otra persona, Crane siempre había sabido que la vida era dolor.

En el pasillo compartió una mirada con la esposa de Newcombe. La mujer lo odiaba a pesar del testimonio positivo que él había prestado. Khadijah parecía ser una persona de enojo profundo y persistente. Qué lástima. La mujer se dio vuelta bruscamente y se metió en el círculo protector de los mestizos del vestíbulo.

Crane se sentó al lado de Burt, que lo miró una sola vez y movió la cabeza de arriba abajo.

—Usted tampoco lo quemó, ¿no? —Crane negó con la cabeza—: Ambos somos un par de viejos tontos, eso es lo que somos.

—¡Ah, qué demonios! —dijo Crane, dejando que su cabeza caiga hacia atrás, contra la pared de metal beige—. La vida continúa. No se puede vivir por el odio: en realidad no se vive.

La puerta se abrió de par en par, y salió Sumi con una amplia sonrisa en la cara.

—¡Lo lograste! —dijo, apurándose a llegar a él para abrazarlo.

Un segundo después, la gente estalló por el vano de la puerta, lanzando vítores. Un confuso Newcombe se sentía transportado en una ola de amor y apoyo. Ninguno de los hombres miró directamente al otro. Las entrañas de Crane se pusieron tensas cuando vio el tratamiento de rey que estaba recibiendo Newcombe, pero no tan tensas como lo habrían estado ayer.

Y a eso se lo denominaba progreso.

CAPÍTULO 22

Sismo grado 10

LA FUNDACIÓN

3 DE JUNIO DE 2058. ALREDEDOR DEL MEDIODÍA

Crane pudo determinar con absoluta precisión cuándo iba a terminar su vida, la primavera de 2055. Un día había empezado a recorrer los cubos de almacenamiento, extrayendo todos los testimonios de homenaje y los premios y medallas por servicio que había recibido en más de medio siglo de tratar de aniquilar la bestia interior. Había enmarcado los honores de mayor importancia y los había colgado en las paredes de su oficina, en la fundación, hasta que no hubo más espacio en ellas. Y los miró, reflexionando. Fue entonces que supo que estaba viviendo en el pasado. Entonces empezó a planear el hoy.

Estaba sentado en su oficina con un hombre joven, llamado Tennery, avergonzado de que la exhibición en las paredes pareciera recargada, ostentosa. Simplemente, hablaba para retener la atención de Tennery y evitar que mirara en derredor:

—¿Por qué desea unirse a nuestra pequeña colonia? —le preguntó.

—Tengo entendido que es... diferente —contestó Tennery, con su cabello rojo enrulado que le llegaba hasta los hombros. Tenía veinticuatro años—. Tengo entendido que ustedes están tratando de construir un mundo en el que la lógica se haga oír, donde la gente piense antes de actuar. —Rió—. Siempre quise vivir en un mundo así, porque tengo la impresión de que estoy rodeado de maniáticos.

—Muy cierto —dijo Crane. Su mirada se desvió hacia la imagen del globo, en la sala principal, que estaba rotando con lentitud, indicando con luces y pitidos un desplazamiento geológico en San Andrés—. ¿Es usted botánico?

—No —contestó el hombre—, granjero. Nada más que un granjero común y corriente. Tengo un diploma en agricultura, pero...

—¿Pero es inútil en lo que atañe a cultivar en la realidad?

El joven asintió con la cabeza.

—Levantarse a las cinco y media de la mañana requiere algo más que un título universitario. Además, estoy interesado en el polvo de la Luna.

—Sí, ya sé: suelo estéril, absolutamente desprovisto de cualquier compuesto orgánico. Y aun así, cuando se lo mezcla con tierra normal...

—El polvo del Mar del Ingenio, que estuve recibiendo de Charlestown, aumentó mi producción de maíz en casi un quince por ciento. También he oído que ustedes tienen una mezcla.

Crane volvió a sonreír. Le gustaba mucho este candidato.

—Sí, con la tierra que extraemos del Delta, del Ganges, del Amazonas y de los Himalayas. Estamos mezclando hasta cincuenta suelos diferentes, en busca del mejor pH y del equilibrio natural de elementos nutritivos. ¿Interesado?

—¿Si lo estoy? —El hombre se miró las manos. Después miró a Crane—. Mi esposa quería que le pregunte a usted algo. Estuvimos oyendo que en la Luna hay muchos problemas con el suministro de agua...

—No en Charlestown —dijo Crane—. Cuando los consorcios islámicos obtuvieron el control de todos los embarques de agua hacia la Luna, empezaron a utilizarla como dispositivo de coacción, racionándola, amenazando con interrumpir los envíos si la Luna no se convertía en un Estado islámico. Ya habíamos previsto una eventualidad así y, en secreto, estuvimos haciendo estallar minas en Marte para extraer el *perma-frost*. Ahora tenemos un sistema de embarques desde Marte que es permanente y confiable, y cada seis semanas llega agua nueva. Tenemos la esperanza de contar con la suficiente para vender a las demás colonias, de modo de obtener algo de dinero y mantener la región autónoma.

—Buena suerte.

—Soy yo el que se la debe desear. Es usted quien va a ir a vivir a Charlestown.

—¿Usted no va a estar ahí?

—No del modo en que usted piensa —sonrió Crane—. Bienvenido a bordo.

—¿Así que me acepta?

—A usted y su esposa, Mona, y a sus dos hijos —pensó unos instantes—, Lana y Sandy. Necesitamos gente como ustedes en la colonia. Pienso que, con el tiempo, será el último refugio para la humanidad. Como tal, la debe representar gente que sea decente, honesta.

—Sabemos muy poco sobre Charlestown.

—Es cierto —dijo Crane—. No estamos haciendo publicidad. La gente adecuada propende a buscarnos. De ese modo, somos una especie de faro.

—¿Cuáles son las reglas?

—Sean corteses —dijo Crane—, y vivan su vida. No tenemos policía ni cárceles ni tribunales. Se la organizó como si fuera una gran familia. Cualquier ganancia que generamos va para el mantenimiento de la ciudad misma. Lo que queda se divide. La gente parece satisfecha con ese mecanismo. No lo sé, para decirle la verdad. La ciudad parece estar autoperpetuándose, desarrollando su propia forma de vida. Hace mucho tiempo aprendí que no tengo todas las respuestas. Me reúno con los solicitantes. Si me agradan, van allá; si no, no. Usted es el último.

—¿El último solicitante?

Crane asintió con la cabeza.

—El último que seleccioné. Usted elevará el total a cinco mil ciudadanos. Yo les

di todo lo necesario para el guiso. A ustedes les corresponde cocerlo.

—¿Tienen escuelas?

—Con todas las comodidades del hogar, aunque nuestra forma de educación tiene propensión a ser muy anticuada. A los niños les enseñamos a trabajar con el cerebro, no con el microteclado. Y no es de mi conocimiento que la religión desempeñe un papel muy importante en la vida de Charlestown.

—Mi religión siempre fue la confianza en mí mismo —dijo Tennery, poniéndose de pie—. ¿Cuándo partimos?

—Mañana —dijo Crane—, desde mi complejo en Colorado Springs. Empaque cuanto pueda cargar.

Burt Hill llenó el vano de la puerta.

—Maldita sea, Crane. Todavía no empacó una sola maldita cosa.

—Todo a su tiempo, Burt. Te presento a nuestro más nuevo ciudadano de Charlestown, Jackson Tennery.

—Está en el lado oscuro, ya sabe —dijo Hill, estrechando la mano de Tennery.

—Ya lo sé.

Hill irguió la cabeza.

—Usted es tan loco como el resto de los que están ahí arriba —dijo, y después miró otra vez a Crane—... Si quiere hacer ese estúpido programa de televisión, tenemos que irnos ahora.

—Bien —dijo Crane, poniéndose de pie también—. Acompañaremos al señor Tennery a su helicóptero.

Salieron de la oficina. La fundación era una colmena en actividad. Científicos y operarios se movían con prisa por todas partes, llevando equipo y pertenencias personales en cajas. Se estaba evacuando Mendenhall. En cuestión de varias horas, los escombros de la fundación serían parte de la isla de Baja, un nuevo agregado al mapa del Pacífico.

Pasaron por la sala del globo. Crane se detuvo para darle una última mirada a la máquina que abarcaba todos sus sueños y todas sus frustraciones. Había sido de Lanie. Le había pertenecido a muchos otros desde ese entonces, incluyendo a Sumi, quien había muerto dos años atrás por un virus cancerígeno creado en forma genética por la Hermandad, el brazo terrorista de la Religión de la Unidad Cósmica —los *cosmies*—, quienes estaban buscando su propio Estado libre de la persecución religiosa de los musulmanes del mundo. La peste había matado a casi cuarenta millones de personas en todo el mundo, antes de madurar y convertirse en un germen del resfrío común y corriente, a lo cual Crane había quedado inmunizado como consecuencia de su experiencia anterior con la enfermedad. Inadvertidamente, el hermano Ishmael le había salvado la vida.

Sumi... Fue Sumi, en última instancia, la que había hecho posible el hoy, con su

trabajo en el globo. Fue Sumi quien le hizo entender a Crane que él no tenía todas las respuestas y que el dolor de la vida no era para que él solo comandara. Fue Sumi a quien se le había ocurrido la idea que sintetizó toda la vida de Crane, que hizo que hoy —3 de junio de 2058— fuera la culminación de todos sus sueños y esperanzas y también de sus expectativas. Si Lanie había sido su gran amor, entonces Sumi Chan Crane había sido su gran maestra. Ella había hecho que la vida de Crane, y su muerte, valieran la pena.

Él había vuelto a idear Charlestown debido a que Sumi lo forzó a atestiguar. Se había dado cuenta de que no era más inteligente que otra persona, en cuanto a tener que decirle a la gente qué hacer. Ésa había sido la diferencia.

Los años que pasaron juntos fueron los mejores, los más felices de la vida de Crane, y se sintió doblemente bendecido por haber conocido a dos mujeres de notable carácter y percepción, dos mujeres a las que había amado entrañablemente, y a las que tuvo que dejar ir con renuencia.

A veces resultaba difícil imaginar que había conocido a Sumi durante casi cincuenta años y a Lanie durante menos de cinco. En la mente, los años se comprimen como líneas de falla. Mientras todo lo demás cambia, la mente recuerda exactamente lo que quiere recordar. Una década se puede perder, y un año parecer una eternidad. Cuando al amor se lo arrebatara de manera brusca, el amor permanece activo.

Crane había aprendido, por último, cómo relajarse bajo la tutela de Sumi. Había aprendido a navegar y juntos se habían dedicado a la oceanografía. Había visto Charlestown llegar hasta su consumación, entregándole alegremente el gobierno a los ciudadanos. Finalmente, había visto completarse la limpieza de la contaminación radiactiva, en los sistemas de abastecimiento de agua, cuando los cargueros de Crane acarrearón todos los desechos hasta una órbita lunar, para después lanzarlos despedidos hacia el Sol. Las cosas que Crane había visto, las cosas que su mente había guardado, lo llenaban por completo. Ningún hombre pudo haber pedido más, y ya no se sintió atormentado por el fracaso en el Mar de Saltón, no era más que una de las muchas cosas que le habían ocurrido. Uno más de los muchos sueños que había tenido.

Los años habían pasado con rapidez, pero le había quedado un millón de recuerdos detrás de sí, suficiente para toda la vida de un rey. ¿Qué más se podría pretender?

El globo todavía era operativo, y seguiría operando hasta que las fuerzas de la Naturaleza lo deshicieran. La fundación misma se estaba escindiendo en su cuartel general en la montaña Cheyenne y la estación del globo en la isla de Wight, quedando atrás buen personal especializado para seguir adelante con el trabajo.

Salieron de la mezquita para pararse en la llanura horizontal del reborde de

Mendenhall, mientras una irrupción continua de helicópteros llenaba el espacio aéreo en torno de la fundación. Una cosa que Crane había aprendido en una vida de setenta y un años era que no importara con cuánto tiempo de antelación una persona se enteraba de algo, seguiría esperando hasta el último minuto para preocuparse.

—¿Realmente todo esto desaparecerá en el día de hoy? —preguntó Tennery, mientras lo llevaban de regreso a su helicóptero alquilado.

—Sí, así es —dijo Crane, y toda una vida pasó por su mente como una ola—. Se habrá ido, pero no se la habrá olvidado. La vida cambia, lo queramos o no.

El hombre, excitado, importándole un comino California, trepó al helicóptero.

—No puedo esperar a hablar con Mona. Realmente va a saltar hasta el cielo de alegría. ¿Hay algo que usted desea que les diga cuando suba allá? ¿Algún mensaje?

—Sí —dijo Crane—. Dígales que hagan lo que es debido.

Cerró la portezuela del lado de Tennery y le sonrió. Después giró y se alejó. Hill, a su lado, tosía con tos seca.

—Sabe que no se dejó suficiente tiempo para empacar —dijo Hill, guiándolo hacia un helicóptero de pasajeros que estaba en medio del enjambre.

—No hay problema —dijo Crane como al pasar—. No hay algo a lo que necesite aferrarme.

—Hoy está de malditamente buen humor. Había supuesto que hoy sería un infierno para usted, y me preguntaba cómo me las iba a arreglar para que no pierda la calma, sabiendo que su sueño realmente había terminado.

Crane apoyó el brazo por encima del hombretón.

—Nada termina jamás, Burt. Los círculos simplemente se hacen más pequeños a medida que giran. Además, hice todo lo que pude para evitar esta catástrofe... todo.

—Usted está loco, ¿lo sabía?

—¡Sí! —respondió Crane con tono enfático—. Gloriosamente loco. Hoy no es más que el comienzo, Burt.

—¿El comienzo de qué?

—Etapa dos —le respondió Crane, guiñándole un ojo.

Hill movió la cabeza, sin entender.

—Haré que alguien empaque sus cosas mientras esté afuera —le dijo, extendiendo el brazo hacia la bruñida, bulbosa, nave y trepando a ella para ayudar a Crane.

—Lo que quieras.

Los asientos eran mullidos y Crane se hundió en el suyo con la mirada todavía fija en el complejo de la fundación, en los chalés en las laderas, en el pasadizo cubierto desde el nivel de Lanie hasta el de él. Nunca volvería a ver estos lugares y, sin embargo, no sentía remordimientos. Seguirían viviendo en su propia manera.

El helicóptero ascendió con suavidad, las hélices silenciosas mientras tomaba

curso hacia Los Ángeles. El cielo estaba lleno de aeronaves, centenares de miles de personas que se iban, dirigiéndose hacia campamentos para refugiados en Oregon y Arizona. No importaba cuántas veces se le había explicado a la población que todo, desde el valle Imperial hasta el norte, llegando a San Francisco, iba a desaparecer. La mayoría de la gente seguía pensando en términos de un terremoto del que rebotarían de vuelta a donde estaban, en términos de regresar al hogar después de que los temblores hubieran pasado.

Crane no estaba seguro de cuál iba a ser el destino de Baja. *Cosmies*, en enormes cantidades, venían a esa zona, aun cuando muchos otros se iban. Tenían la intención de declarar a Baja como nación libre, en el momento mismo en que se separara del continente, una república isleña que les pertenecería a ellos. Hasta era posible que lo lograran: en Estados Unidos no había estructura de poder que tratara de detenerlos, y el mundo islámico ya se estaba desmoronando bajo su propio peso inflado, cuando el mundo no islámico que aún quedaba forjó alianzas defensivas y económicas contra los musulmanes. Nuevos y más compactos vendedores de energía estaban surgiendo en lugares como Estocolmo y Toronto. El Islam siempre había sido una cuestión emocional, así como económica. Una vez que alcanzó los límites de su feroz dominación del mundo, sus miembros empezaron a reñir entre ellos, y a marchitarse como grupo. Crane adoraba ver cómo la rueda daba su vuelta.

También Nueva Cairo estaba sintiendo la quemadura: su relación con el resto de Estados Unidos se había agriado no bien el país pudo formar alianzas no islámicas, y habían tenido los gastos de dos costosas guerras con los estados islámicos de América Central, sobre cuestiones de comercio internacional.

Al año de su liberación, Abu Talib había tomado el control religioso y político de Nueva Cairo, después del asesinato de Martin Aziz. Al igual que en el caso de Ishmael Mohammed, tampoco se encontró al asesino de Aziz. El camino de Talib nunca se cruzó con el de Crane desde aquella audiencia en la cual se lo liberó. Las veces que Crane lo había visto en televisión, Talib había estado tranquilo y con tono afable, hablando de unidad y hermandad. Su esposa parecía llevarse la parte del león, en cuanto al trabajo político. Talib se contentaba con mantenerse en segundo plano. Crane pensó mucho en Newcombe —no en Talib— en esos días, y lamentó no haberse puesto en contacto con él y hacer las paces. El siguiente proyecto de Crane era uno que probablemente agradaría mucho a Dan.

El helicóptero pasó por encima de la antigua Zona de Guerra, ahora otra vez parte normal de la ciudad, y se desplazó hacia el bulevar Sunset y los estudios de la KABC, donde se esperaba que Crane diera su entrevista, directamente desde el corazón de la conflagración. Autos y heliodeslizadores taponaban las carreteras, tanto las que entraban como las que salían de la ciudad. Crane se preguntaba si los que huían tendrían tiempo suficiente en estos momentos pues, aun desde el instante mismo en

que el helicóptero descendió en la playa de estacionamiento, Crane sabía que la compresión que se ejercía sobre la falla cercana a monte Pinos, estaba creando esfuerzos de deformación sobre el borde de fractura, y que también se iba a fracturar la falla Imperial, lo que habría de iniciar el proceso de dividir California en dos, desde el Golfo de California, pasando por el Mar de Saltón y la falla de San Jacinto, hasta llegar a San Francisco. Mientras tanto, la falla Emerson, cerca de Landers, se iba a desgarrar debajo del Mar de Saltón y empezaría un proceso de fractura que se extendería novecientos sesenta kilómetros, hasta el monte Shasta, dando comienzo al mecanismo de relojería que iba a poner a Nevada y Arizona en las costas del Pacífico, en el transcurso de los próximos años. Crane no iba a estar para ver esos cambios. Ya había tenido su oportunidad y estaba más que listo para abandonar el mundo a... ¿Cuál había sido la palabra de Tennery?... los maniáticos. Le gustaba eso. Los maniáticos.

Bajaron del helicóptero y penetraron en la demencia de una ciudad abierta. Los saqueadores rompían vidrieras. Aquéllos que eran demasiado pobres, o demasiado estúpidos como para escapar, estaban teniendo una fiesta para celebrar el haber heredado la ciudad. Las sirenas sonaban, pero no se podía ver a nadie que representara la autoridad. La ciudad estaba sentada sobre la cima de su propia eternidad.

—¿Realmente quería venir aquí para ver esto? —preguntó Hill.

—Quiero revolearme en esto —contestó Crane, caminando hacia el edificio. Un auto fuera de control pasó frente a ellos y volcó, chocando contra una pared de ladrillos y lanzando a su conductor a través del parabrisas—. Toda mi vida estuvo atada a este día.

—No tendrá una tuerca suelta en la cabeza, ¿no? —preguntó Hill mientras Crane trasponía las puertas.

—Depende de cuál sea tu definición de tuerca suelta.

Entraron en la fresca oscuridad del pequeño edificio de un piso. Crane estaba eufórico, excitado. Desde el día mismo en que Sumi murió, había estado contando en forma regresiva hasta hoy. Ella habría estado orgullosa de él.

Un hombre, con un ojo cámara en el lugar donde debió haber estado el verdadero, se apresuró a llegar hasta ellos en el vestíbulo vacío. Llevaba un reluciente traje plástico verde lima, con camisa con frunces y corbata ancha dorada.

—Usted es Crane, ¿no es así?

—Está en lo cierto.

—Mi nombre es Abidan. Lindo espectáculo montó usted aquí.

Estaba sudando y parecía nervioso, agitado.

—Yo no los hago —dijo Crane—. ¿Se queda usted atrás?

—Eso es lo que hacen los periodistas, señor. Se quedan atrás.

—Eso es lo que los geólogos hacen también, hijo. Prosigamos.

—Vamos a transmitir desde aquí atrás —dijo Abidan, guiándolos a través de un estudio fantasma, desprovisto de gente y lleno de un equipo que lanzaba pitidos suaves—. Ésta es una red principal de noticias. Aquí tenemos facultades de enlace con cuarenta y siete puntos de distribución de noticias de todo el mundo, y voy a conectarme con todos ellos.

Abrió la puerta para que entraran en un estudio pequeño, con la escenografía de una sala de estar rodeada por cortinas negras. La iluminación era tétrica.

Hill se quedó sin aliento cuando vio la sala.

—Hijo de puta —dijo.

Sentado en una de las sillas de la escenografía estaba Abu Talib, con aspecto vetusto, vestido con su acostumbrado traje negro, menos el fez. Se puso de pie.

—El hecho de que seamos viejos, muchacho, no quiere decir que no te podamos romper el alma —dijo Hill, mientras Crane alzaba la mano para hacerlo callar.

—Todo está bien, Burt. De hecho, es perfecto. Como en los viejos tiempos.

La excitación de Crane iba en aumento. Todo estaba encajando en su lugar... y sin que él hubiera tenido que trabajar en ello siquiera. Los sueños sí se volvían realidad.

Cruzó el vacío piso del estudio. Con la mano extendida, Abu Talib, quien parecía tener centenares de años de edad, se detuvo y sonrió con calidez.

—Es bueno volver a verte, viejo amigo —dijo, estrechando la mano de Crane.

—Qué bueno volver a verte a ti también... ¿Cómo te debo llamar, Su Eminencia o señor Talib o...?

—Llámame Dan —sonrió—. Creo que es lo más cómodo para ambos.

—Helo aquí, señoras y señores —dijo Abidan con su ojo cámara que refulgía al tomar las imágenes—. El encuentro entre dos grandes enemigos. Un hombre que quería salvar a California. Otro que estaba dispuesto a matar para detener al primero.

—No es muy cordial —dijo Talib, moviendo la cabeza hacia Abidan como si el periodista fuera un niño travieso—. Nos agarraron, Crane. —Inclinó levemente la cabeza, en señal de reconocimiento, hacia la figura que estaba a varios metros de distancia—. Burt.

—Doctor Crane —dijo Abidan, aguijoneando—. ¿Qué se siente al estar parado aquí, en vísperas del cataclismo, con el hombre que destruyó su vida?

—Si el señor Abidan quiere una pelea, creo que va a quedar muy decepcionado.

Crane rió. Sonriente, Hill aplaudió suavemente.

Las cejas de Newcombe formaron una profunda v.

—El señor Abidan ya fue menos que amable —dijo con tono tranquilo—. Yo diría que si es que desea tener una entrevista de la clase que fuere, cierre la boca y nos permita conversar. No se preocupe —le sonrió a Abidan, las arrugas de su curtida

cara doblándose unas sobre las otras, como pliegues de acordeón—, terminaremos pronto.

—¿Por qué viniste aquí? —le preguntó Crane a Talib—. Tienes un país al que dirigir.

—De eso hablaremos después de que se apague la cámara. ¿Podemos sentarnos, por favor? —preguntó, señalando con un ademán una de las sillas del estudio—. Mi espalda no es lo que solía ser.

—Mi todo no es lo que solía ser —dijo Crane, sentándose—. Y me muero por hablar contigo. Tengo una propuesta para ti.

Newcombe se repantigó. Los ojos profundos, hundidos, se le iluminaron.

—¿Una propuesta? —repitió—. Me siento intrigado.

Abidan fue en busca de un tercer asiento, pero con un ademán Newcombe le indicó que se fuera.

—Burt, ven aquí y siéntate con nosotros: deja que el joven permanezca de pie... aunque apuesto a que no lo estará cuando golpee el terremoto.

Los tres rieron. Crane señaló a Abidan:

—¿Sabe cómo salvarse, muchacho? —preguntó. Después echó una rápida mirada hacia Burt y Dan—. Mírenlo, ya está sudando. Está temblando tanto, que es probable que la imagen salga movida. Ya puedo oír, allá en el valle Imperial, a la falla aullando como un animal herido, mientras se desgarran en dos partes, empujando más hacia el oeste, arrancando del monte Pinos, esa zona de encarrujado. ¿Entiende usted la inmensidad de lo que tan despreocupadamente pasó por alto, joven? Esa gente que está en las calles... es ignorante, o está fuera de control, o loca, o lista para morir. Los hombres que están sentados delante de usted no tienen miedo de la muerte. ¿Lo tiene usted?

Mudo, Abidan negó moviendo la cabeza de un lado para otro.

—Usted va a tener que ser testigo *de primera mano* —prosiguió Crane—, de una monstruosa *tsunami* al este de Los Ángeles, cuando el Pacífico irrumpa para llenar el gigantesco exhondamiento producido por la desgarradura en el cuerpo de la Tierra. ¿Sabe que verá las calles explotar delante de sus ojos? Acto seguido, cuando el terremoto haya terminado, usted tendrá que vivir con las consecuencias. El agua potable es lo que se acaba primero. Después, cuando se regresa a un ambiente prehistórico, las enfermedades se extienden sin freno. ¿Está usted preparado para enterrar un par de millones de cuerpos? Porque eso es lo que tendrá que hacer para mantener alejados las enfermedades y el hedor, mientras su propio sudor lo hace heder como la muerte, y su casa y la de sus amigos, y todo, desaparecieron.

—¿Cree que este cataclismo será como el leve empujón que se le da a una balsa para alejarla de la margen de un río? —le dijo Newcombe a Abidan—. Trate de imaginar la potencia de fuerzas que pueden aplanar y elevar montañas, con la misma

facilidad con la que usted enciende su ojo. ¿Se da cuenta de que Los Ángeles tiene una probabilidad cero de sobrevivir, cuando la falla del Parque Elíseo fisure toda la ciudad, haciendo que cuadradas enteras caigan kilómetros dentro del suelo, y nunca más se las vuelva a ver? California se va a partir en dos. Habrá una conflagración como no se ha visto en este planeta desde hace millones de años. ¿Es en verdad tan importante que usted muera en California, en esta ocasión?

Abidan tragó con dificultad y negó con la cabeza, el ojo cámara sin seguir el movimiento de la cabeza.

—Bien —dijo Newcombe—, porque quiero que nos deje terminar lo que teníamos que decirnos; después quiero que monte en su caballo y salga como alma que lleva el Diablo. Le quedan unos cuantos años buenos para vivirlos. Trate de permanecer vivo para ellos. No sea como esos idiotas que están en las calles.

—G-gracias —susurró Abidan.

—Estoy sorprendido —le dijo Crane a Newcombe—. Aprendiste cómo usar el poder.

—Y tú aprendiste cómo mantener la boca cerrada en ocasiones —repuso Newcombe—. Ambos hemos cambiado.

—Oh, no —dijo Hill, poniendo los ojos en blanco—. Aquí vamos.

Crane se inclinó hacia la cámara, señalando a Newcombe.

—Este hombre me acosó desde el día que lo contraté, en 2023. Este hombre nunca me acompañó de buena gana en nada, en toda su maldita vida.

—Es porque eras un dictador —rió Newcombe—, y tenías un plan oculto.

Crane alzó las manos muy alto.

—Creo que hoy podemos ver por qué lo mantenía oculto.

—Ninguno de ustedes habría hecho algo sin mí para impedirles que se estrangularan mutuamente —dijo Hill—. Es a mí con quien deberían estar agradecidos.

—Gracias, Burt —dijeron al unísono.

—De nada. No tenía otra cosa para hacer, de todos modos.

Crane volvió a mirar la cámara. Abidan estaba temblando de manera visible, su ojo verdadero muy abierto, casi en el límite del pánico, cuando retumbó por todas partes un leve pretemblor, que sacudió el estudio e hizo que una parrilla de reflectores se estrellara en el suelo. Los tres rieron cuando Abidan se arrojó cuerpo a tierra.

—No va a estar seguro aquí mucho tiempo —dijo Hill.

—Permítanme hacer esto.

Crane se levantó de su silla y fue hasta donde estaba Abidan, quien yacía en posición fetal en el piso, cubriéndose la cabeza.

—Gírese y míreme, hijo —dijo Crane.

Abidan se extendió lentamente y giró hasta ponerse de espaldas. La luz roja de su

ojo cámara miraba con fijeza a Crane.

—Quiero irme de aquí —dijo Abidan.

—Tengo un helicóptero esperando en la playa de estacionamiento —dijo Crane—. Reservé un asiento para usted. Tan sólo permítame decir mi parlamento primero. —Miró directamente al ojo cámara de Abidan—. Señoras y señores, las cosas que estamos diciendo no son exageraciones. Si ustedes viven al oeste de la línea de falla de San Andrés, corren peligro de muerte. No den por sentado que van a estar seguros en cualquier parte.

Crane hizo una profunda inspiración, preparándose para empezar la familiar letanía y con la desesperanzada esperanza de que allá afuera hubiera gente escuchándolo, y que le haga caso a su consejo.

—Si no pueden llegar al este de la línea dentro de la próxima hora, más o menos, no entre en su casa. Es una trampa mortal. Eviten los árboles grandes. Vayan a campo tan abierto como puedan encontrar. Este consejo salvará a algunos de ustedes, a otros, no. He presenciado personalmente cinco docenas de terremotos en mi vida, y estuve en el sitio de ocurrencia de centenares más. Créanme: Los Ángeles, desaparece; San Francisco, desaparece; Santa Bárbara, San Bernardino, San Diego, Tijuana, cualquier ciudad grande desde Baja hasta San Francisco, es probable que muera hoy. Si no quieren morir con ellas, escúchenme. No pueden controlar esto con la mente ni con explicaciones racionales. Va a ocurrir. ¡Y les va a ocurrir a ustedes, a menos que hagan algo ahora! ¡Ahora!

Crane se paró.

—Es todo. Apague. Dejemos que esta gente se vaya. —Ayudó a Abidan a ponerse de pie—. El helicóptero está en la playa de estacionamiento —dijo—. Entre en él.

Abidan corrió.

—Necesitamos hablar —dijo Newcombe, uniéndose a Crane en el proscenio del estudio.

—¿Tienes un helicóptero esperándote?

Newcombe negó con la cabeza.

—Interesante —dijo Crane—. Eres bienvenido en el mío.

—Gracias.

—Vamos —dijo Hill—. Pongamos algunos kilómetros entre nosotros y este maldito lugar.

Los condujo hacia la playa de estacionamiento. Abidan ya se había colocado el cinturón de seguridad y se estaba agarrando con fuerza de uno de los asientos de pasajeros. Hill trepó y extendió la mano para ayudar a subir a Crane.

—Tú sigue adelante —dijo Crane, haciendo un gesto de negación con la cabeza.

—¿No viene? —dijo Hill con triste resignación—. Yo sabía que algo se tramaba. —Miró a Newcombe.

—Yo tampoco. —Newcombe sonrió.

La cara de Hill se aflojó, y buscó las palabras.

—Me ayudaste en el adiós final a dos esposas, Burt —dijo Crane, yendo hacia el compartimiento de carga para abrazarlo, sin lágrimas, sin remordimientos. Ambos habían hecho las cosas tan bien como pudieron, y no había tristeza en eso—. Me ayudaste a pasar la muerte de un hijo. Me ayudaste cuando estaba tan deprimido que creí que nunca volvería a reír. Salvaste mi vida mil veces, de mil maneras diferentes. Gracias.

—N-no puedo ir con usted en este viaje —sollozó Hill. Echándose hacia atrás tosió secamente y después escupió. Miró de Crane a Newcombe, y de vuelta a Crane—. No estoy listo todavía.

—No esperaba que lo estuvieras —dijo Crane—. Además, tengo que aprender a hacer alguna cosa por mí mismo. Siéntate, Burt. ¿Entiendes que tengo que cerrar el círculo?

Hill asintió sin hablar; después se sentó.

—Lo voy a extrañar, *doc*.

Crane asintió con la cabeza, sonriendo. Después palmeó el costado de la aeronave, levantando el pulgar para que lo viera el piloto, quien se remontó de inmediato.

Tenían alrededor de una hora.

—¿Te gustaría ir a caminar? —le preguntó Crane a Newcombe.

—Me parece bien. —Se inclinó muy cerca de Crane y susurró—. Sabes, lo que realmente me gustaría es un trago.

—Eso no es islámico.

Newcombe sonrió de oreja a oreja.

—Creo que Alá entenderá, dadas las circunstancias.

—Bien. Busquemos un restaurante que esté en la terraza de un edificio, un edificio bien alto en el que podamos sentir el latigazo.

Caminaron hacia las entrañas de la ciudad, la destrucción y la anarquía imperando todo en derredor de ellos. Tanto había cambiado en la Tierra en la época de Crane; tanto había permanecido igual. Estaban los saqueadores, los *roqueros*, a los que ahora se llamaba *sismos*, los suicidas, y los *cosmies*, vestidos con túnicas blancas en las que tenían el Tercer Ojo blasonado en rojo sobre el pecho. Hoy Crane era uno de ellos y, quizá, siempre lo fue. Parte de la ciudad estaba en llama. Los saqueadores ayudaban al terremoto. Eso daba en qué pensar.

Iban caminando sin que los incomodaran. Los suicidas siempre tenían un cierto aire, y la gente automáticamente les permitía estar en privado con su propia defunción.

Después de varias cuadras de brillante sol y viento cálido en la ciudad de ángeles,

en Wiltshire encontraron una torre de acero y montones de vidrio, de aspecto temblequeante, que tenía un ascensor en funcionamiento, que llevaba hasta el restaurante del piso más alto. Mejor material para el latigazo que éste, a Crane no se le podía ocurrir.

El restaurante tenía una maravillosa vista de la ciudad en todas direcciones. Rompieron la puerta de vidrio para ingresar. Después eligieron una mesa con vista hacia el oeste. Crane pasó detrás del bar para tomar una botella de buen whisky. El cielo estaba repleto de helicópteros que daban vueltas, formando un grupo espeso, como un enjambre de moscas. Buscadores curiosos que estaban ahí para ver morir a un mundo y a otro llegar dolorosamente a serlo.

—¿Por qué tú también estás haciendo esto? —preguntó Crane, mientras buscaba un par de vasos limpios. No había tomado alcohol en casi quince años.

—Esto completa mi círculo también. Pasé años pensando en este momento en la prisión... mi propio castigo, supongo.

—Ya cumpliste tu condena, Dan. —Crane volvió con la botella y los vasos, y los llenó con whisky y soda—. Déjalo ir.

—Si fueras yo, ¿lo dejarías ir?

Crane alzó su vaso.

—No lo sé. Levanta tu bebida. A tu salud, amigo mío.

—A la de ambos —dijo Newcombe brindando. Después hizo una mueca ante la primera bebida alcohólica que probaba en años—. Pareces estar terriblemente feliz Crane, si se tiene en cuenta que éste es tu último día de vida.

—Fines y comienzos —dijo Crane—. Tú también pareces muy feliz.

—¿Estás bromeando? Estoy en estado de éxtasis. Ésta es la primera decisión verdadera que tomo por mí mismo en treinta años. Durante diecisiete desperté todas las mañanas con un nudo corredizo de verdugo. La muerte por cierto que no entraña temor para mí.

—Morí hace años —dijo Crane. Miró su vaso de whisky que se sacudía y lanzaba distintos reflejos, como reacción a las vibraciones que corrían por el suelo—. Después volví. Me doy cuenta, ahora, de que vida y muerte sólo son palabras. No odio más a los terremotos tampoco. Es curioso cómo todo cambia. —Bebió un prolongado trago, sintiendo que el estómago ya le empezaba a arder—. Estoy por quedar fuera de juego.

—Yo también —dijo Newcombe—, y se necesitarán unos cinco minutos.

Crane asintió con la cabeza.

—Sigo sin entenderte. Mi trabajo aquí terminó hace mucho. Estoy ansioso por irme. Pero tú... tienes esposa, una familia, responsabilidades sociales y políticas.

—Aclaremos bien las cosas respecto de mis responsabilidades —dijo Newcombe, abriendo mucho los ojos y sonriendo—. Es un relato extraño, pero esto es lo que

descubrí después de salir de prisión. Mi esposa, que se acostaba con todo hombre cuyos pantalones pudiera sacar, mató personalmente a su hermano Ishmael, para sacarlo del medio. Hizo ver que el homicidio fue un asesinato político y lo usó con fines de propaganda. Después conspiró tras cajas contra su otro hermano, Martin, hasta que se me liberó. En ese momento hizo que sus partidarios lo mataran a Martin Aziz, de modo que yo pudiera asumir la postura de semidiós público y sirviente privado.

—Yo... yo nunca lo habría supuesto, jamás.

—No terminé —dijo Newcombe, tomando otro trago—. La cárcel me cambió. Yo no tenía deseos de poder o fama en ningún nivel. Lo habría dado todo por retornar a la geología, pero ahí estaba, atado. El símbolo de la unidad islámica para millones de personas. Mi esposa dijo: «Pronuncia los discursos», así que pronuncié los discursos que ella escribía. Yo no era más que su megáfono. Entregué mi tiempo por el bien del pueblo. Hombre, hay un límite para todo. Pero las ambiciones de Khadijah no conocen límites. Hubo tres intentos de asesinarme. Pude establecer que los tres fueron urdidos por mi muy amante esposa, la última vez ayudada por mi muy amante hijo por el que, en apariencia, se está haciendo todo esto. Créeme: Khadijah regirá Nueva Cairo a través de Abu ibn Abu. Estuvo rigiendo demasiado tiempo a través de mí. Estoy feliz de poder largarme de ahí.

—Ésa es una manera muy mala de vivir, Dan.

Newcombe sacudió la cabeza.

—No quería nada de eso. En los sesenta y siete años de mi vida, mis años más felices, los mejores, fueron los que pasé contigo, trabajando en la ecología sísmica y corriendo por todo el mundo persiguiendo tus malditos demonios. Mi trabajo contigo fue el único gesto mejor de toda mi vida.

—El testimonio que rendí en la audiencia era mío —dijo Crane—. Finalmente hizo que me cuestionara a mí mismo. Me humanizó. Lewis Crane pudo dejar de jugar a ser Dios. Le agradezco a Sumi por eso. Fue una mujer con todas las letras.

—Por Sumi —dijo Newcombe, volviendo a levantar su vaso.

Los dos hombres bebieron.

—Dijiste algo en esa audiencia que nunca olvidé —dijo Newcombe, los dos mirando al océano en la distancia, un leve humo proveniente de muchos sitios diferentes haciendo que la vista sea brumosa—. Dijiste que podías liberarme sin darme el perdón, y que yo podía seguir adelante con mi vida sin pedir el perdón. —Movié la cabeza de un lado a otro—. No puedo: quiero tu perdón ahora, Crane. No quiero... seguir adelante sin él.

—Te perdoné hace años, Dan —dijo Crane—. Tenía que hacerlo para poder seguir adelante con Charlestown, para poder dejar eso a mis espaldas.

—Pero nunca me lo dijiste.

—No... nunca lo hice. Y, por eso, me disculpo. Verte hoy fue mi oportunidad para corregir ese error en lo que, espero, será de manera profunda.

Los dos bebieron; después volvieron a llenar los vasos.

—¿Es Charlestown esa colonia lunar a la que estás dedicado?

—Sí —dijo Crane, inclinándose para acercarse a Newcombe—. ¿Tienes dinero?

—¿En mis bolsillos quieres decir?

—No, dinero, *dinero*.

—Estoy forrado en él —dijo Newcombe—, los gobernantes de países sí que se las arreglan bien. Me las arreglé para embolsar varios centenares de millones.

—Quiero que me los des —dijo Crane—, y creo que necesitamos apurarnos.

Con un movimiento de la cabeza, señaló hacia afuera de la ventana: los edificios estaban oscilando. Las vibraciones provenientes del terremoto en el valle Imperial se estaban sintiendo ahí, tan al norte.

—¿Para qué lo quieres? Tú también te estás aprontando para morir.

—¿Tienes acceso para chips? —preguntó Crane, farfullando nada más que un poco.

Newcombe bajó y subió la cabeza con rapidez.

De su microteclado, Crane sacó un pequeño chip, usando unas pinzas de punta fina que tenía en el bolsillo. Le pasó las pinzas a Newcombe, que caminaba vacilante, un poco muy alto, errándole al puerto de chip al principio, para después acertar con la ranura y sentarse de vuelta.

Crane sonrió cuando Newcombe cerró los ojos. El chip era un destilado de Charlestown, una visita óptica/videocerebral del lugar, a la que se superponían las emociones de Crane relativas a la ciudad lunar. Y después estaba El Plan.

La experiencia se había diseñado para llegar al cerebro en forma de pensamiento conservado desde toda la vida, todo lo que Crane sabía y sentía sobre Charlestown penetrando por osmosis, en un instante, en el cerebro de Newcombe... los sentimientos de Crane, sus sentimientos. La velocidad del pensamiento.

—Oh, sí... —dijo Newcombe, sonriendo, aprobando con leves inclinaciones de cabeza—. Esto es lindo. Entiendo. —Se quitó el chip con las pinzas—. Esto es asombroso —dijo, devolviéndoselo a Crane, quien lo metió en su microteclado, transmitiéndolo por primera vez a los sistemas de la Luna—. ¿Realmente puedes hacer esto?

—Sumi lo ideó —dijo—. Pasó los últimos años de su vida trabajando en ello. Todos somos parte de ese globo, Dan.

—¿Me estás...?

—¿Preguntando si te vas a unir a nosotros? ¡Sí! ¿Lo harás?

—¡Crane, pedazo de hijo de puta, derrotaste al sistema después de todo! —Rió—. Que no te quepan dudas: me uno a ti. Es una oferta que justifica toda una vida.

—Bien. Primero, tomemos todo tu dinero —contestó Crane—. No creo que tu esposa y tus hijos lo necesiten.

El retumbo empezó en ese momento, intenso, más intenso que el de Tokio, los edificios de afuera sacudiéndose con violencia. Los dos hombres se sacudían con violencia. Newcombe señaló hacia el suelo, a las ratas que salían huyendo desde las paredes.

—¡No puedes escapar de ellas, ni siquiera en los sitios elegantes! —gritó Newcombe por sobre el estrépito de vidrios y vajilla de barro que se rompían, mientras Crane agarraba la botella justamente cuando se daba vuelta la mesa que ocupaban.

—Cuentas bancadas —dijo Newcombe. Con su microteclado ingresó a sus cuentas en forma automática.

—Cuenta de Charlestown —le dijo Crane a su microteclado—. Aceptar transferencias de fondos por identificación.

El edificio osciló, el vidrio de las ventanas saltó para caer a plomo treinta pisos hasta el suelo. Afuera, enormes estructuras se desplomaban. El océano estaba palpitando y revolviéndose a la distancia. Era hermoso, emocionante.

—Transferir todos los fondos —dijo Newcombe.

Los dos hombres extendían su mano para poner el pulgar en la almohadilla del microteclado del otro.

—Transacciones completas —contestó el microteclado en ambos implantes auditivos.

—Buen hombre —dijo Crane, extrayendo otro chip—. Ahora, apúrate, pon éste en tu puerto.

—¿Qué es?

—Voy a copiar tu mente y ponerla en las computadoras. Ese chip está en blanco.

—¡Dámelo! —rugió Newcombe. Una silla pasó volando. Newcombe cayó violentamente al suelo, pero protegió el whisky que tenía en la mano. El terremoto rugía alrededor de ellos.

—¡Aquí! —gritó Crane.

Newcombe extendió la mano para agarrar el chip y meterlo en el puerto.

—¡Hazlo... aprisa! —urgió Crane.

Las sillas y las mesas estaban rebotando por el suelo, aun cuando toda la estructura gemía y bailaba. Crane se deleitaba experimentando el latigazo de primera mano. Otro violento sacudón, o dos, y el restaurante iba a pasar a formar parte del primer piso.

Newcombe metió el chip en su puerto; sintió que la cabeza se le retorció, cuando le absorbió la mente poniéndola en un chip de 6,5 centímetros cuadrados, hecho de plástico transparente. El edificio bramaba mientras se sacudía peligrosamente. Crane,

de rodillas ahora, tomó un veloz trago.

Newcombe se sacó el chip de su puerto.

—Estoy listo para irme —dijo, alcanzando el chip a Crane, quien rápidamente lo insertó en su microteclado y lo transmitió.

—Dios, estoy listo para irme.

Una salvaje convulsión los atrapó, ambos hombres lanzados de un lado al otro del salón, golpeándose en el bar, que rebotaba contra ellos. Y entonces la bestia empezó a gritar con todo, cuando empezó a aumentar la agonía del desgarramiento.

—Esto es lo más loco del mundo —gritó Crane por sobre el rugido—. ¡Pero el brazo... no me duele!

El edificio empezó a derrumbarse; sobre los hombres cayeron trocitos de cielo raso. Y entonces el mundo se dio vuelta. Lewis Crane se arrancó un chip de su propia cabeza y lo embutió en su microteclado, aun cuando se sentía caer... caer... La imagen alejándose. Distante. Una ciudad que se derrumbaba, un castillo de naipes construido en un túnel de viento, barrido en un instante.

Epílogo

El helicóptero geográfico desapareció, reemplazado por Paisaje Lunar. Las cúpulas geodésicas que reflejaban la luz del Sol y que se extendían hasta el horizonte, estaban conectadas mediante carreteras en terraplén, túneles y pasadizos. Una plaza central estaba emplazada justo dentro del campo visual; un globo operativo de Proyección King para la Luna dominaba la plaza.

—Y así, niños —decía un Lewis Crane virtual mientras caminaba por el aula de cuarto grado—, es cómo se llegó a formar Charlestown, en la Base Lunar.

Con el brazo sano sosteniendo el lisiado en la espalda, llegó hasta el frente del aula. El Lewis Crane virtual era una proyección del globo, que conservaba el alma del homónimo dentro de sus cargas eléctricas. No era real, pero *era* Lewis Crane y, con orgullo, bebió en su entorno, el producto de su imaginación.

—Esta... ciudad —dijo— es para que ustedes la creen, ¿saben? ¿Qué harán con ella? Sólo les pido que usen la mente antes de tomar decisiones, y que sientan el dolor de los demás con la misma intensidad con que sienten el propio. —El Virtual sonrió—. Deseo presentarles a algunas personas que puede ser que ustedes las reconozcan.

Extendió el brazo sano hacia la puerta, y Burt Hill, Dan Newcombe, Sumi Chan y Lanie King hicieron su entrada. El Crane virtual sintió que lo invadía el júbilo cuando los chicos quedaron boquiabiertos de felicidad, para después aplaudir a las otras mentes que Crane había conservado en la máquina.

Lanie, Dan, Sumi estaban de pie al lado de él en el frente del aula.

—Tengan fe —dijo Crane, yendo a abrazar a la gente que había hecho que su vida valiera la pena de vivirse—. Tengan fe en los sueños. Los sueños nunca mueren.

Miró hacia la puerta del aula. Lanie ya estaba mirando con fijeza hacia allí, mientras Hill, Newcombe y Sumi sonreían de oreja a oreja.

—Bueno, no te quedes parado como estaca —dijo Crane—. Entra y deja que los demás te vean.

—Sí, hazlo, por favor —dijo Lanie a su vez.

Y para gran regocijo de su padre y de su madre y de sus demás amigos adultos, el pequeño Charlie Crane, de dieciocho meses de edad, entró caminando con dificultad, los brazos extendidos.

Notas

[1] Nombre japonés para una ola gigantesca por un sismo submarino o una erupción volcánica. También llamada por algunos, erróneamente, *pororoca* u *ola de marea*. [N. del T.] <<

[2] You: Tú, usted o ustedes, según el contexto, en inglés. [*N. del T.*] <<

[3] En español en el original. [N. del T.] <<